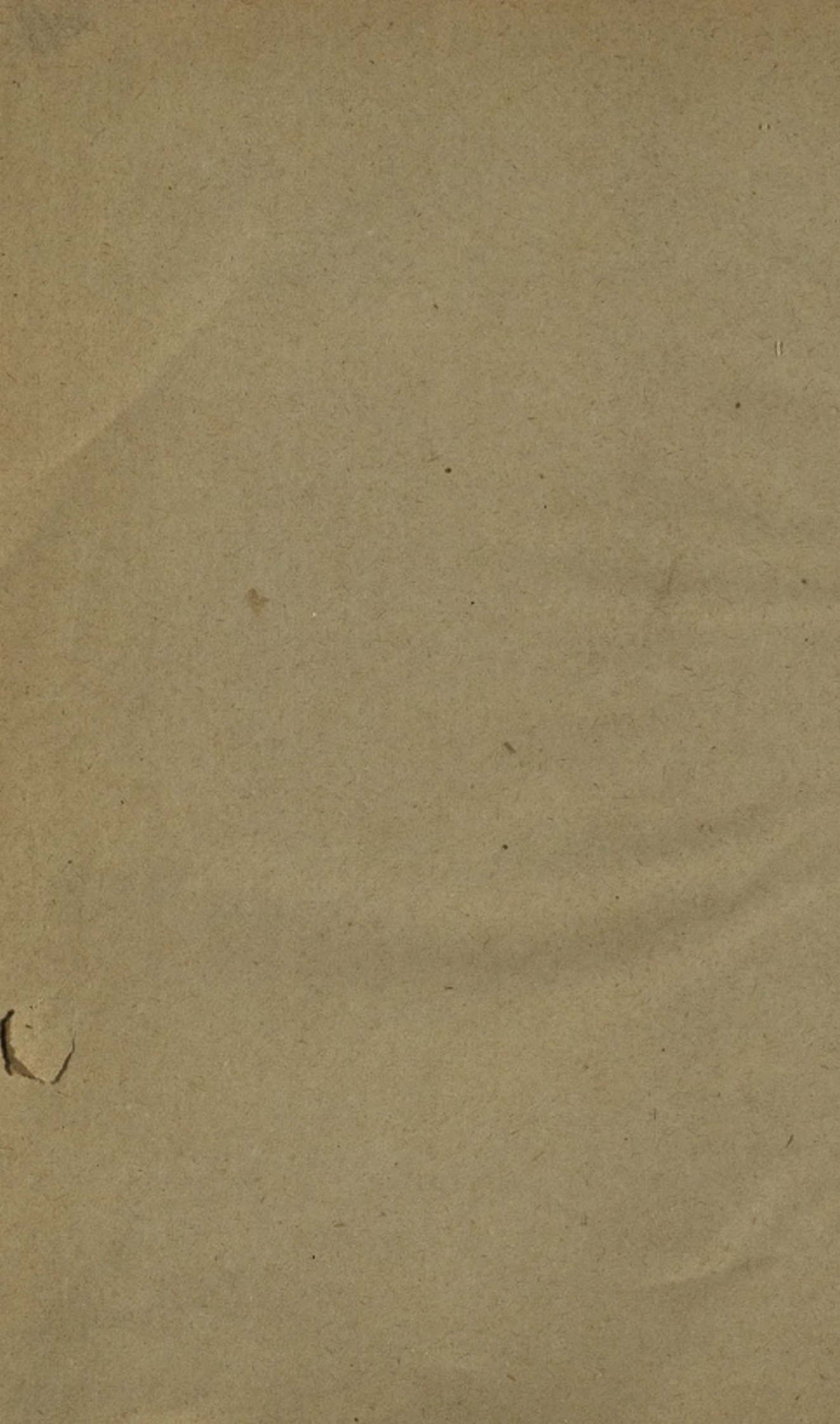








2



NA 584946

B. A: 14.622/
DC

AS

Julian Mayor
A. M. D. G.

CDC
271
PUI

RESEÑA HISTÓRICA

DE LA

FUNDACION DEL CONVENTO DE RELIGIOSAS

DE LA

COMPañÍA DE MARÍA SANTÍSIMA Y ENSEÑANZA
DE TUDELA,

Y DE ALGUNAS GRACIAS CON QUE EL SEÑOR LE HA FAVORECIDO.

COMPRENDE ADEMÁS, PARA BUENA EDIFICACION,
LAS BIOGRAFÍAS DE LAS RELIGIOSAS FALLECIDAS EN EL MISMO CONVENTO
HASTA NUESTROS DIAS,

por la

RDA. MADRE MARÍA CONCEPCION PUIG Y ARBELOA,

DE LA MISMA COMPañÍA, EN DICHO CONVENTO.



CEU

Biblioteca

B. Díez del Corral

MADRID:

IMPRESA A CARGO DE D. R. P. INFANTE,
Calle de la Bola, núm. 8.

1876.



Lit. de J. M. Mateu. C. de Recoletos 4

LA VENERABLE MADRE DE LESTONNAC,
Fundadora de la orden de Nuestra Señora de la Enseñanza.

A. M. D. G.

Soberana y excelsa Reina de los cielos y de la tierra desde ántes de todos los siglos: Señora Inmaculada y llena de gracia desde el primer instante de tu sér: Madre amorosísima de los pecadores en el mismo pié de la Cruz redentora. Como Reina, como Señora y como Madre, todo es vuestro; y al reconocerlo así, y confesarlo una pequeñita hija vuestra, se complace en ofreceros una obrita que, en union con sus hermanas, ha trabajado en el último plazo de su vida, con la única mira de daros gloria en esta mínima porcion de vuestra Compañía en la ciudad de Tudela. Así tambien tendrá el consuelo, en la hora próxima de su muerte, de haber apurado sus dias y sus facultades en vuestro obsequio y en el de su amada Comunidad.

Maria Concepcion Puig y Arbeloa.

Gobernan y exceden fuera de los cielos y de la tierra
 desde antes de todas las cosas: Señores Juncos y Juncos
 de guerra desde el primer instante de la era: Madre simo-
 rosamente de las cosas en el mundo por la Cruz re-
 dentora. Como señores, señores señores y como Madre, todo es
 vuestro, y al reconocimiento así, y confesión una pequeña
 hija vuestra, se cumplase en silencio una obra por en
 union con sus hermanos, los trabajos en el último plazo
 de la vida, con la gracia para de estar vivos en esta mi-
 nimo parte de vuestra compañía en la ciudad de Toledo.
 Así también fuera el consuelo, en la hora próxima de su
 muerte, de haber estado sus días y sus fortunas en vuestro
 cuidado y en el de su amada Comunidad.

El Real Consejo de Indias

CENSURA.

Por encargo del M. Ilre. Sr. Gobernador eclesiástico de esta diócesis he leído y examinado atentamente la obra cuyo título es: *Reseña histórica de la fundacion y anales del convento de las Religiosas de la Compañía de María, conocido con el nombre de la Enseñanza de Tiedela, con las biografías de las finadas en el mismo hasta el presente*; escrita por la Rda. Madre María Concepcion Puig y Arbeloa, de dicha Compañía, y declaro: Que despues de aplicar la más rigurosa crítica, cuanto era de mi parte, ningun error he hallado contra nuestra santa fé y costumbres.

Esto era suficiente para la aprobacion de la citada obra; pero no puedo ménos de decir, en justa alabanza de la escritora, y para recomendacion del árduo trabajo que emprendió, que sólo ella reunia cuantos medios eran necesarios para llevar á feliz término una obra que me atreveré á llamar grande.

En confirmacion de este aserto, digo que esta religiosa murió á los principios de este año. Contaba cerca de los ochenta y cuatro años, habiendo vivido más de setenta en el claustro: era señora de extraordinaria comprension, como lo manifestó claramente en difíciles circunstancias y encargos y gobierno que desempeñó. Este es hoy el juicio que merece á la respetable Comunidad del convento, y este mismo es el de todos los que la trataron.

Ahora bien: ¡qué sello de veracidad presentan esta Historia y anales! Efectivamente; vió muchísimo la escritora; todo lo sucedido en el convento en lo que se cuenta de siglo. Por otra parte, fué hija en el espíritu de aquellas vírgenes del Señor, mujeres grandes, que en el pasado siglo

brillaron en la Enseñanza. Según esto, fundado dicho convento á fines del siglo xvii, se echa de ver que todo lo supo la Rda. Madre, ya como testigo ocular, ya por haberlo bebido en purísimas fuentes.

Pero hay otra cosa que en su clase hace completa la obra, y es el ser escrita por una verdadera y perfecta religiosa.

No es mi intento trazar aquí su bien merecido elogio; mas por lo que hace á mi objeto, afirmo (y esto por haberla tratado por espacio de once años y medio, los que llevo de capellan y confesor de la referida Comunidad) que la Madre Concepcion estaba tan íntimamente adherida á su Instituto y convento, como son amantes los buenos hijos de sus madres; y así, en virtud de este amor, supo todo lo de la Enseñanza; todo lo apuró, y fielmente nos lo ha trasmitido.

Pero el fin de una obra no sólo consiste en la verdad siempre indispensable, sino deben serla inseparables la utilidad y necesidad. Y aquí sí que se ve bien que la escritora se excede á sí misma. Yo la admiro. Juzgo que el convento de la Enseñanza necesitaba por su renombre y sus circunstancias una historia digna; y en verdad que la ha hallado cuanto podia desear.

Mas ¡qué historia tan provechosa para todo género de personas y de todas condiciones! ¡Qué doctrina tan celestial presenta á cada paso! Ciertamente que rebosa en toda ella la más sustancial de la mística Teología de Santa Teresa, de Granada, y de Alonso Rodriguez. ¡Qué bellas máximas, qué reflexiones tan profundas contiene! Habla de la Providencia de un modo inspirado, aunque con parsimonia. Todos, todos pueden beber de esta rica fuente saludables aguas.

Mas la necesidad de esta obra es patente para las religiosas de la Enseñanza. ¡Oh! Para éstas la creo un tesoro inestimable. Sí, en efecto: pone de relieve la profunda escritora la providencial fundacion de este convento; narra sus primeros pasos y su desarrollo hasta el presente; cuenta todos los sucesos, y en todo se ve el especial cuidado del Altísimo, con el que todo se explica, y sin el cual todo es oscuro. Así es como se comprende cómo Dios en su principio libró al convento de peligros morales bien terribles, y hasta el día ha concedido á sus hijas, no sólo el no salir de su amada mansion, sino el haber sido en lo pasado asilo y paño de lágrimas para fervorosas comunidades, y hoy día venir gozando de esta gracia.

Si pues la Rda. Madre presenta los beneficios que Dios ha venido otorgando al convento, ¿no persuade con esto de un modo bien poderoso del esmero con que deben las religiosas corresponder á tan inestimables gracias? Y si los pueblos no pueden vivir sin tradiciones, ¿no son éstas más necesarias á una comunidad religiosa?

Mas en lo que se coloca á mayor altura la escritora, es en las biografías, en que aparece sábia maestra. Refiere el lustre que tantas y tantas, por su gloriosa prosapia, aportaron al convento, pero las presenta todavía más elevadas por el esplendor que recibieron del mismo; así se ve que en todas y cada una lo que refleja es la verdadera grandeza; sus méritos, sus obras. ¡Cuánta santidad! ¡Qué celo, segun lo pide el Instituto! ¡Qué abnegacion! En fin, todas las virtudes: lo sublime en cada una, y en alguna lo heróico, se ve como en un espejo: esto, en verdad, mueve y áun obliga á la imitacion; son ejemplos saludables y hasta necesarios para sostener en la virtud y aspirar á lo más perfecto. Todo esto se propone la Rda. Madre, y por cierto que lo consiguió completamente; y aquí se ve que su objeto, que es el de proponer prácticos ejemplos de santificacion, queda realizado.

Por todo ello se suplica, no sólo la aprobacion de la obra, sino que se conceda licencia para imprimirla.

Tudela 18 de Junio de 1876.

LDO. ISIDORO ELVIRA.

Vista la censura precedente, puesta de nuestro mandato. Imprimase la obra, peniéndola por principio.

JOSÉ RAMON GARCÍA.

Por mandado de su señoría,

JOSÉ MARÍA GARCÍA.

Secretario.

La historia de la fundacion y principios de la Compañía de Nuestra Señora, juntamente con la vida de la Venerable Madre Juana de Lestonac, su Fundadora, y de otras Madres dignas, por sus virtudes y santidad, de perpétua memoria, fué escrita en francés, y más tardé traducida al castellano por un Padre de la Compañía de Jesus. A la sazón en que se escribió, sólo habia en España tres casas, de las cuales se da alguna noticia; pero despues se han ido haciendo nuevas fundaciones en várias provincias de la Península, y hoy dia son quince las casas de la Compañía de María que cuenta la católica España: las cuales, por la infinita bondad del Señor, en todas partes han sabido responder á las esperanzas que de tan santo Instituto se concibieron; y en todas han florecido religiosas de mucha perfeccion y excelentísima santidad. Y por esto se ha juzgado conveniente que cada convento escriba sus anales y dé á conocer los nombres de aquellas que, por su observancia regular y práctica de las virtudes, son dignas de ser presentadas á la posteridad como dechados y modelos de religiosas. Esto es lo que vamos á hacer tambien, con el favor y ayuda de Dios; empezando por contar cómo vino á fundarse esta Casa de Tudela, que ha sido siempre protegida del cielo de una manera maravillosa. Y esperamos que la relacion de las virtudes y santa vida de las Madres que en ella han muerto en olor de santidad, será de mucha edificacion á las que las leyeren, y moverá su corazon á bendecir y dar gracias al que es Dador de todo bien, y origen y fuente de toda santidad.

CAPÍTULO PRIMERO.

Compendio breve del Instituto y Religion de la Compañía de María Santísima ó de la Enseñanza, sacado de la Historia de esta esclarecida Orden.

Esta religion esclarecida nació en Burdeos, capital de la Guiena, en el cristianísimo reino de Francia, para ruina del calvinismo y bien universal de la santa Iglesia.

Fué aprobada por el Santísimo Papa Paulo V á 7 de Abril de 1607, y agregada á la antiquísima Religion del Patriarca San Benito á 29 de Enero de 1608 por el Emmo. Cardenal de Surdis, arzobispo de Burdeos, á quien Su Santidad cometió esta agregacion.

Pero las religiosas de la Compañía de Nuestra Señora no están sujetas á alguna Orden, sí sólo á la jurisdiccion de los Ordinarios, que son sus Superiores, bajo la autoridad del Sumo Pontífice. Antes tienen la expresa prohibicion de jamás sujetarse á religion alguna. El primer origen de la Compañía de Nuestra Señora se tomó de la casa contigua al templo de Jerusalem, en que vivió María Santísima con otras doncellas, ocupada en ejercicios de oracion, leccion, meditacion, y en primorosas labores de mano para el culto del Santuario.

Continuóse este sagrado origen en la compañía de vírgenes y viudas que acompañaron á Nuestra Señora en la primitiva Iglesia hasta su gloriosa Asuncion á los cielos. Y despues los sagrados Apóstoles establecieron esta Compañía de mujeres consagradas á Dios en todas las provincias de su apostolado. Esta es la purísima fuente de perfeccion de donde se deriva el Instituto de la Compañía de Nuestra Señora, ó Madres de la Enseñanza.

Para formar en cuerpo visible de Religion esta vida de la Compañía ó compañeras de Nuestra Señora, que se conservaba oculta en muchas personas esparcidas por el orbe cristiano, se valió la divina Providencia de la grande heroina de la gracia, la Venerable Madre Juana de Lestonac, marquesa de Monferand. Apenas se formó este Instituto, cuando se vió aprobado por el Sumo Pontífice y confirmado en lo temporal por Enrique IV el Grande, rey de Francia.

Aunque de ninguna religion dependen las religiosas de Nuestra Señora, tuvieron al tiempo de formarse por idea el Instituto de la Compañía de Jesus para imitarle, en cuanto compadeciese con lo que Nuestro Señor podia querer de su sexo. El primer director para esta grande obra de la mayor gloria de Dios, que tanto sirve hoy á la santa Iglesia, fué el P. Juan de Bordes, insigne Jesuita francés; protegióla en Roma el Eminentísimo cardenal Belarmino, y otros muchos famosos Jesuitas, controversistas y predicadores, empleados en destruir la herejía de Calvino en Francia, la introdujeron en muchas ciudades de este cristianísimo reino. Por esta causa las religiosas de Nuestra Señora miran el instituto de la Compañía de Jesus como modelo del suyo para la propia perfeccion y para la salvacion de las almas.

Y en la Bula de su agregacion á la Religion de San Benito, dice el Sumo Pontífice: «Las permitimos que sean del Orden que escogieren para agregarse á él y gozar de todos sus privilegios, y tambien las permitimos que puedan abrazar el Instituto que desean.»

En estas palabras de la Bula declara el Sumo Pontífice á esta sagrada religion de María Santísima independiente de la Religion de San Benito y de la Compañía de Jesus, pues á ésta propone á las religiosas sólo para la imitacion de su Instituto, y á aquélla para que, agregada á su celestial gremio, goce los innumerables privilegios de la antigua é ilustrísima religion benedictina. Añade el Pastor Sumo de la Iglesia en su Bula: «Son religiosas del Instituto de la Bienaventurada siempre Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra.»

Con este glorioso título las ennoblece el Papa y da el origen que hemos insinuado. Gozóse tanto Su Santidad en la aprobacion de este Instituto, pareciéndole muy semejante al de los Padres Jesuitas, por lo que mira á la educacion piadosa y gra-

tuita de las doncellas, que llegó á gloriarse de esta fundación de religiosas con el M. Rdo. P. General Cláudio Aquaviva. Habiendo ido este Padre á besar el pié á Su Santidad, le dijo el Papa (1): «Acabo de ataros sin haber pedido vuestro consentimiento.—¿Con quién, Santísimo Padre? respondió el General.—Con virtuosas doncellas, añadió el Pontífice, que desean hacer á la Iglesia en las personas de su sexo los mismos servicios que vosotros haceis en toda la cristiandad.—Nosotros no merecemos, respondió el General, que nos tomen por ejemplares; pero pues nos quieren imitar, procuraremos conservar siempre este carácter.» Y si bien nunca pudo esta esclarecidísima religion tomar á su cuidado la direccion particular de esta Orden de Nuestra Señora por Instituto y en la forma que religiosas de otras Ordenes están sujetas á sus Ordenes respectivas, sin embargo, en todas partes las ha favorecido de mil modos. Permitió el grande General y varon religioso Cláudio Aquaviva que el Instituto de la Compañía de Jesus sirviese de modelo al que emprendian las religiosas de la Compañía de Nuestra Señora, hijas de la Madre de Dios, siempre Virgen María. Este es el título y nombre que les dió el Papa en su Bula. Con la permission de su General, dispuso el Rdo. P. Bordes el libro de las Constituciones ó cuerpo del Instituto de la Compañía de María, semejante al de la Compañía de Jesus, que no discrepa ni en las palabras en cuanto permite la condicion de su sexo.

El Emmo. Cardenal de Sourdis, hombre eminente en doctrina, santidad y cuantas cualidades de naturaleza y gracia pueden concurrir á formar un héroe eclesiástico, examinó muy despacio las reglas del Instituto de las Hijas de la Virgen Madre. Tuvo muchas juntas de teólogos para examinar y aprobar las Reglas más menudas de este Instituto. Y, en fin, dió su beneplácito y aprobacion para que se presentase al Santísimo Padre Paulo V, empleando sus agentes en Roma y el poder y crédito de sus amigos en todas partes, especialmente en la córte de Roma, para llegar al deseado fin de la institucion y aprobacion de la nueva Orden de Nuestra Señora, que nació en Burdeos, capital de su arzobispado, como ya vimos.

(1) Sacado de la Historia y vida de la Venerable fundadora Juana de Lestonac, escrita por diferentes autores unánimes.

Luégo que la venerable Madre Juana de Lestonac tuvo el consuelo de ver su piadosa Compañía de doncellas y viudas erigida en religion formada, y aprobada por el infalible oráculo pontificio, se aplicó á imprimir su Instituto en el espíritu de sus Hijas y esparcirlo por todo el reino de Francia. Sus primeras compañeras cumplieron perfectamente el fin de su sagrado Instituto, que es atender á la salvacion de las almas propias, y con el mismo cuidado atender tambien á la salvacion de los prójimos, especialmente de su sexo. Y como esta apostólica empresa pide mujeres varoniles, llenas del espíritu de María Santísima, cuidó con particular atencion de recibir doncellas en quienes concurriesen los talentos que sus Reglas piden. Porque hay impedimentos que excluyen de esta Religion y se notan los talentos que deben tener las que admiten al noviciado. Pídesese en la pretendiente: en cuanto al cuerpo, no deforme, salud robusta; en cuanto al alma, un buen natural, buen entendimiento, voluntad buena, flexible á las impresiones de la gracia é instrucciones de la Religion. La nobleza, cuando está acompañada de las cualidades dichas, se aprecia justamente. Excluye de esta Compañía las personas que han abjurado la fé, ó mantenido públicamente algun error contra ella. Las que son infames por algun crimen enorme de que han sido convencidas. Las que han traído el hábito de otra religion por seis meses. Sobre todo, dispone la Fundadora que se atiendan á ciertas pasiones que se juzgan incorregibles, costumbres envejecidas de pecados, incapacidad total para servir al Instituto.

En tiempo del noviciado se piden ántes de la profesion seis pruebas principales: comienzan por hacer los ejercicios de San Ignacio, y la confesion general de toda su vida; despues las aplican á servir á las enfermas en la enfermería; en todos los oficios de la casa, en los más humildes de la cocina; asistir á la sacristía; servir á las pensionistas, y enseñar á las niñas la doctrina cristiana. Estos ejercicios humildes se ejercitan con intervalos durante los dos años del noviciado. Al mismo tiempo las hacen leer con reflexion el Breve pontificio de Paulo V, donde están las cosas más esenciales de su Instituto. Las muestra y hace notar las reglas de más elevada perfeccion, y en que la naturaleza puede hallar alguna dificultad. Que dejando el mundo, deben despojarse de todos los afectos terrenos, para

colocar en su corazón el amor purísimo de Jesús, por quien dejaron padre y madre, hermanos y cuanto tuvieron en el mundo. Que estarán prontas á emplearse en el laborioso ministerio de enseñar á las niñas, cuando lo mandáre la obediencia.

Que continuamente se ejercitarán en la práctica de las virtudes más sólidas de caridad, obediencia, humildad, mortificación y otras semejantes; que su vestido, comida y aposento serán como cosa propia de pobres. Al fin del noviciado, que se emplea en estas pruebas y otros santos ejercicios practicados en todas las comunidades religiosas bien regladas, se preparan para el sacrificio de la profesion con algunos dias de retiro. Hecha la profesion religiosa, se van formando segun la vida contemplativa y activa de su sagrado Instituto, teniendo siempre á la vista los ejemplos de su Maestra y Madre, la Virgen Santísima.

Como la Venerable Madre de Lestonac, de la vida contemplativa, la oracion mental y vocal, los exámenes de conciencia general y particular, la lectura de libros sólidamente espirituales, el ejercicio de la presencia de Dios, los retiros espirituales, la pureza de intencion y todas las virtudes interiores que dan espíritu y consagran á Dios las obras exteriores, haciendo de la soledad religiosa un paraíso delicioso. De la vida activa sacó la Venerable Madre Fundadora cuanto puede contribuir al bien espiritual y temporal del prójimo en la perfecta y gratuita educacion de las doncellas.

Estas dos suertes de vida mixta son el carácter particular de la Orden de Nuestra Señora ó Compañía de María Virgen y Madre de Dios, á cuya mayor gloria están consagradas todas sus Hijas con los votos solemnes de pobreza, castidad, obediencia y clausura.

Para conseguir con la divina gracia la altísima perfeccion que profesan, se emplean las religiosas en la oracion mental, exámenes de conciencia, Misa, leccion espiritual, Rosario de Nuestra Señora, Oficio parvo, con Vísperas cantadas los dias de fiesta. Renuevan los votos dos veces al año, precediendo tres dias de retiro, y hacen los ejercicios de San Ignacio todos los años por ocho dias. Ayunan todos los sábados y vigiliias de Nuestra Señora.

Se observa perfectamente la clausura; y áun al locutorio van siempre acompañadas de la que señala la Superiora.

Después de tan sólidos ejercicios de la vida contemplativa, pudo la Venerable Madre de Lestonac establecer felizmente en su religion los de la vida activa. Erigió sus Casas como Colegios para oponerlos en los principios de su Instituto á las escuelas de las maestras herejes, y santificar después las familias cristianas por medio de las niñas perfectamente educadas en sus escuelas ó clases.

A las regentes ó maestras, que son de las Madres más bien instruidas en el espíritu de su sagrado Instituto y de primorosas habilidades en todo género de labores, encargan sus Reglas particulares que procuren singular pureza de intencion, no mirando en las tareas laboriosas de su enseñar á las niñas otra cosa que la mayor gloria de Dios y bien de las almas.

Las cosas que deben principalmente enseñar, son: la doctrina cristiana, hacer el exámen de conciencia, recibir con fruto los santos sacramentos de Confesion y Comunión, oír con devocion la santa Misa, rezar el Rosario, tener oracion; en una palabra: quanto conduce á educar una niña cristiana en el santo temor de Dios. Deben enseñar tambien, y enseñan en las escuelas ó clases de los conventos de la Compañía de Nuestra Señora, á leer, escribir, labrar todas las labores de aguja, bordar, hacer encajes y quanto debe saber una doncella para vivir honesta y cristianamente en el mundo. Es admirable la armonía que se observa en las clases. Cada una está dedicada á una Santa, que son: Santa Ana; Santa Catalina, Santa Isabel y Santa Magdalena. A las ocho se hace señal con la campana, y van entrando las niñas hasta las nueve; conforme llegan, saludan á Nuestra Señora.

A las nueve, la Madre Prefecta cierra sus puertas. En seguida todas se arrodillan para ofrecer á Dios en alta voz las obras del dia.

Durante la labor se guarda silencio; cuando da la hora saludan con el Ave María á la Reina del cielo. Hay tiempo señalado para la explicacion de la doctrina cristiana, y los puntos de devocion de que las niñas son capaces. A las diez y cuarto baja una religiosa, que regularmente es novicia, á rezar con las niñas las oraciones del Catecismo, y se pone fin á la mañana con el exámen de conciencia y el acto de contricion. Por la tarde entran de dos á tres, y se observa la misma dis-

tribucion, principiando por los actos de fé, esperanza y caridad. A las cuatro y cuarto baja tambien la novicia á decir una parte de doctrina y el Rosario, con la Letanía de Nuestra Señora, que da fin. En las horas destinadas á las labores, las maestras cuidan de arreglar, preparar y enseñar á las niñas las labores.

La Superiora tiene obligacion de velar sobre las maestras y ver cómo se aplican á la enseñanza de las alumnas que las han encomendado, y por sí misma examina y ve cómo están adelantadas.

Y cada año tienen sus exámenes generales. Y para que las niñas que concurren á las escuelas de María Santísima conozcan estar bajo la proteccion de esta celestial Señora, instituyó la Venerable Fundadora aquella devota procesion y funcion que celebran todas las niñas el dia de la Presentacion de Nuestra Señora, Niña, en el Templo.

Estas dos especies de vida activa y contemplativa son la esencia y carácter del Instituto de las Hijas de Nuestra Señora. Y como tienen dentro de la clausura diferentes clases de personas, hay tambien diversos departamentos para religiosas, para las pensionistas y para las externas: el colegio de señoritas de pension está muy arreglado; viven siempre en la clausura, hasta que sus padres ó interesados disponen el término de su educacion, que consiste en todos los ramos de instruccion que deben adornar á una señorita en lo espiritual y en lo temporal. En esta religion hay novicias, hermanas profesas que en llegando á la edad competente pueden pasar al grado de Madres; y las que sólo se ocupan en los oficios temporales se llaman hermanas coadjutoras ó compañeras. El hábito es sencillo y modesto, de estameña negra, con un ceñidor tambien de lana, del cual pende el rosario de Nuestra Señora; la toca es blanca y el velo negro de holandilla, y llevan tambien una capa de tela más ligera, que la usan para recibir la sagrada Comunión y otras funciones. Las novicias llevan el velo y sobrevelo blancos, y todo el hábito respira modestia, pobreza y edificacion á los que las miran.

Paulo V sometió esta Compañía de Nuestra Señora á la jurisdiccion de los Sres. Obispos, y éstos la gobiernan segun lo establecido por el sagrado Concilio de Trento, y conforme á las Constituciones de la Orden.

La Superiora es absoluta en el gobierno de la comunidad: es elegida á votos secretos de las Madres, de tres en tres años, la víspera de la Anunciacion de Nuestra Señora, despues de mucha oracion, silencio y retiro, para alcanzar de Dios el acierto sobre la virtud, prudencia y sabiduría, etc., de que debe estar adornada. Hecha la eleccion, la nueva Superiora da los oficios á todas las religiosas, aprobándolos el Prelado, para que todo vaya bien reglado en este Cuerpo místico de la Virgen, para mayor gloria de Dios. Se observa perfectamente la vida comun.

CAPÍTULO II.

Don Francisco Garcés del Garro forma el proyecto de instituir en esta ciudad de Tudela una casa de la Compañía de María Santísima.—Destino de su familia.—Caudales con que se comenzó.—Permiso.—Piden religiosas á Barcelona.

Corria el año del Señor de 1683, cuando D. Francisco Garcés del Garro, muerta su piadosa esposa, movido de Dios Nuestro Señor, y despues de haberlo consultado con su Divina Majestad en la oracion, resolvió abrazar el estado eclesiástico. Era D. Francisco de singular prudencia, virtud y celo por la gloria divina, la cual procuró siempre por cuantos medios le fué posible. Rico en bienes de fortuna, y devoto en gran manera de la Madre de Dios, quiso en obsequio suyo fundar un convento de religiosas de Nuestra Señora ó Compañía de María Santísima, en la ciudad de Tudela, para que, segun su santo Instituto, se ocupáran en la enseñanza de las niñas, las criáran en virtud y santidad, y se vieran en Navarra los grandes frutos que en Barcelona, y sobre todo en Francia (donde nació esta Orden de María Santísima), todos los buenos y amantes de la Religion admiraban y ensalzaban.

Quedó D. Francisco, á la muerte de su esposa, con tres hijos y tres hijas, las cuales fueron religiosas en el mismo convento que fundó su padre, y al postrero de sus hijos, que se

llamaba D. Félix Garcés, y fué de la Iglesia, dió la capellanía del convento, que era de 1,450 ducados navarros, y le concedió además el usufructo de todos los bienes, que despues de acomodados sus hijos le habian quedado. A su muerte debia heredarlos el convento, con la obligacion de edificar una iglesia capaz de los réditos que los sobredichos bienes produjesen, los que despues de hecha la iglesia y el altar mayor debian agregarse á los 1,450 ducados de la capellanía, hasta que diera ésta la renta de cien ducados anuales.

Para empezar, pues, esta obra que de tanta gloria de Dios y de su Inmaculada Madre habia de ser, señaló D. Francisco 4,000 duros, con rédito de 3 1/2 por 100 hasta su entrega. Y como esto no bastase para levantar la fábrica del convento y atender á las necesidades de las religiosas, Dios Nuestro Señor, que queria se estableciesen y extendiesen por España las Hijas de la Compañía de María, movió á otras personas caritativas y animadas del mismo deseo de la gloria de Dios, que cedieran en favor de la nueva casa de religiosas parte de sus bienes, y Doña Magdalena Ros la hizo donacion de cuanto poseia.

Pero siempre fué D. Francisco quien más solícito anduvo y más se afanó y trabajó para lograr el establecimiento de este convento de Tudela, que le reconoce por su fundador. Habia obtenido el 21 de Enero de 1683 el beneplácito del muy ilustre señor dean, D. Ignacio Alvarez de Montenegro, para hacer la fundacion del convento de Nuestra Señora, y en el mismo año la muy noble y leal ciudad de Tudela le otorgó lo que á este objeto habia solicitado.

Obtenido ya el asentimiento, así del Sr. Dean como de la ciudad, faltaba todavía el del Real y Supremo Consejo, conforme á las leyes del reino de Navarra, y lo dió por su Provision Real en 23 de Julio de 1683.

Miéntras se trabajaba en la construccion y arreglo del convento, en lo que se pasaron cuatro años, escribió D. Francisco Garcés al Ilmo. señor obispo de Barcelona, D. Fr. Benito Ignacio de Salazar, suplicándole con mucho encarecimiento se dignase concederle la gracia de que algunas religiosas de la Enseñanza (con este nombre son generalmente conocidas en España las religiosas de Nuestra Señora) pasasen desde Barcelona á Tudela y tomasen posesion del convento que con ge-

neral aceptacion de la ciudad se les habia edificado. Escribió al mismo tiempo á la Rda. Madre Angela Novas, priora del convento de Barcelona, rogándola tuviese á bien aceptar la nueva fundacion y enviar para este objeto las Madres que á ella y á Su Señoría Ilma. mejor pareciere.

Como el Prelado y la Madre Priora recibieron las cartas de D. Francisco Garcés, se alegraron mucho, y viendo que era justo satisfacer tan santos deseos, y que de fundar nuevas casas se habia de seguir grande gloria de Dios y provecho para las almas, y el que fuese conociéndose el fin de tan útil y provechoso Instituto, de muy buena voluntad accedieron á su peticion y demanda.

Llegada que fué á Tudela la respuesta del Prelado y Madre de Barcelona, salieron luégo al camino de dicha ciudad el mismo D. Francisco y otros dos sacerdotes, con una señora de probada virtud y modestia, para acompañar á las Madres que debian venir á Tudela.

Fueron éstas María Eulalia Argila, María Engracia Pons, Serafina Galban, y Gertrudis Marimon, elegidas por el ilustrísimo Sr. Obispo, y todas ellas de mucha virtud, oracion, observancia, y que conocian bien el fin de nuestro Instituto.

El 14 de Octubre de 1687 fué el dia destinado para emprender el viaje. Despidiéronse las Madres con muy expresivas muestras de amor y caridad, y se alejaban con sentimiento de aquella casa en que dejaban tantas hermanas, con quien habian vivido largos años, y á quien tan tiernamente amaban; pero el deseo de extender la gloria de Dios y de Nuestra Señora con la nueva fundacion templaba estos sentimientos naturales y dábales á todas esfuerzo y valor para tan costoso sacrificio: que no era tampoco pequeño para las que se quedaban el desprenderse de tan buenas Madres.

CAPÍTULO III.

**Salen de Barcelona las Madres fundadoras.—San Rafael.—
Venerable P. José Martínez.—Llegan á Fontellas.—Capi-
tulaciones.**

Salieron de Barcelona, acompañadas de D. Francisco y demás personas que dijimos fueron á buscarlas; iban en coche, con las cortinas tiradas, para no ser vistas de la gente y guardar todo el recogimiento posible. Y porque el camino era largo y se habia de pasar un mes en hacerlo, de comun acuerdo dispusieron elegir algun Santo protector y ponerse bajo su tutela y amparo. A este efecto, y para que la eleccion fuera de Dios Nuestro Señor, la Madre Eulalia Argila, que venía de Superiora, escribió los nombres de algunos Santos Angeles, y echando luégo suertes sobre ellos, por tres veces consecutivas salió el de San Rafael Arcángel, aunque ella quisiera que hubiese salido el de San Miguel, por la mucha devocion que le tenía. Más adelante se vió que no fué casual esta eleccion, sino que sucedió por especial providencia del cielo, porque estando las Madres en Zaragoza muy cansadas y fatigadas por las dificultades del camino y con temores de no poder llegar al término de su viaje, acudieron á la oracion, suplicando al Señor les manifestase su santísima voluntad y encaminase á su mayor gloria la empresa que habian comenzado.

Escuchó Su Divina Majestad los ruegos y súplicas de sus fervorosas y fieles Hijas, y quiso consolarlas por medio del venerable P. José Martínez, de la Compañía de Jesus, que á la sazón vivia en el Colegio de Zaragoza. Este virtuoso y santo varon, tan favorecido del cielo, sabiendo que las Madres habian llegado á Zaragoza, sin haberlas conocido ni visto jamás, escribió á la Superiora las siguientes palabras: «Recibid en secreto, mi Rda. Madre, lo que os escribo; dad gracias á San Rafael y á los otros Santos Angeles, y sabed que la fundacion, que tanto cuidado os da, se proseguirá y concluirá seguramente, porque tal es la voluntad del Señor. Tened, pues,

esto en secreto, y quedad en paz.» Maravillada quedó la Madre Eulalia Argila con tan inesperada nueva, la cual luégo comunicó á sus compañeras, y dieron todas gracias á Dios por la singular merced que les hacía, y al glorioso Arcangel San Rafael y demás Santos Angeles protectores de su viaje; y con esto, muy gozosas y consoladas, y con nuevo ánimo, esfuerzo y confianza en Dios, prosiguieron su camino, llevando con alegría las incomodidades y molestias que se les ofrecían.

El 4 de Noviembre llegaron á la villa de Fontellas, que dista una legua de Tudela, y es de la jurisdiccion de su deanato, y allí descansaron y se detuvieron unos dias para poder practicar las formalidades debidas ántes de hacer su entrada en la ciudad. Hallábase ya en dicho lugar el M.ltre. Sr. Dean D. Ignacio Alvarez de Montenegro, de quien fueron bien recibidas, y ellas le dieron desde luégo la obediencia y se sujetaron á su jurisdiccion.

Acompañaban al Sr. Dean D. Diego de Mártes Martinez, Comisario del Santo Oficio de la Inquisicion y Vicario perpétuo de la parroquial de San Juan, y D. José García de Cascante, como procuradores de dicha parroquia; y como delegados por el muy ilustre cabildo los canónigos D. Francisco Virto de Espinal y D. Blas de Liarte, para asistir al otorgamiento de la escritura, que, entre otras cláusulas, contenia las siguientes:

«Que habian de pagar al muy ilustre cabildo, así las presentes como las futuras religiosas, los diezmos de todos los frutos que produjesen los bienes del convento, aunque por privilegio á su Orden concedido ó cualquiera otra razon, estuvieran exentas de pagar diezmos, renunciando desde entónces á tales privilegios.

»Item.—De pagárselos á la parroquial de San Juan.

»De celebrar la comunidad una Misa cantada con responso igualmente cantado y decir las religiosas un nocturno del oficio de difuntos cuando muriese dignidad, canónigo ó racionero del muy ilustre cabildo.»

Este se obligó, por su parte, á venir á nuestra iglesia siempre que alguna religiosa pasase á mejor vida, y celebrar una Misa de cuerpo presente y oficio de sepultura.

CAPÍTULO IV.

Llegan á Tudela.—Su recibimiento.—Toman posesion del convento.—Nombramiento de Prelada.—Herejías.—Se descubren.—Sana intencion de D. Francisco Garcés.

Arregladas así las cosas, partieron de Fontellas para Tudela, y el 13 de Noviembre de 1687 se celebró con pompa y solemnidad su instalacion en el convento. Para esto se reunió el muy ilustre cabildo con los demás del clero de la ciudad, en la iglesia colegiata, desde donde salieron en procesion, yendo delante las cruces de las parroquias: luégo el clero y cabildo, en medio del cual iban las cuatro Madres con velas blancas en las manos, y por último, seguia el crecido número de caballeros y damas y de gente de toda la ciudad, que para solemnizar este acto se habian reunido. De esta manera llegaron al convento, en cuya pequeña iglesia se cantó primero un solemne *Te Deum* en accion de gracias, y despues, con desusada majestad y pompa, una Misa que celebró el licenciado D. Agustin de Baquedano, canónigo tesorero, en la cual comulgó de su mano á las religiosas.

Acabada la funcion, las Madres entraron en su clausura, y la procesion se volvió por el mismo camino á la iglesia colegiata.

En este mismo dia entraron las tres hijas de D. Francisco Garcés; la María Josefa, que tenía ya diez y nueve años, tomó luégo el hábito y profesó el 18 de Noviembre de 1689. Llamábase la segunda Francisca, y vistió el hábito teniendo sólo doce años, y pasados cuatro, en 22 de Octubre de 1691. Era la postrera de siete años; y despues de haber pasado seis en clase de educanda, vistió el hábito y se consagró á Dios con los votos solemnes el 24 de Octubre de 1696. A las dos postreras les dió la profesion su mismo padre D. Francisco.

Pasados ocho dias, el M. Iltre. Sr. Dean asistió al nombramiento de Prelada, y confirmó por Priora á la Rda. Madre Eulalia Argila. La Madre María Engracia Pons fué nombrada

Subpriora; Maestra de novicias la Madre Serafina Galvan, y á la Madre Gertrudis Marimon se la dió el cargo de Maestra de las escuelas.

Aceptó cada cual como de la mano de Dios su cargo, y todas se esmeraron en cumplirlo con perfeccion, viviendo siempre muy unidas, y no habiendo entre ellas más que un sólo parecer y voluntad.

Con lo cual, y el olor de su buen ejemplo y sólida instruccion que á las niñas daban, se granjearon en breve la estimacion y aprecio de los padres de familia, y se vió ser una bendicion del cielo para la ciudad de Tudela el haberse en ella establecido las religiosas de la Compañía de María.

Mas como todas las obras de Dios en sus principios suelen tropezar con dificultades, por el empeño grande que pone el comun enemigo para estorbarlas, ó cuando ménos para viciarlas, así tampoco se descuidó en esta ocasion, y estas fieles hijas de María, sin ellas saberlo ni entenderlo, se vieron en gravísimo peligro; del cual las libró Dios Nuestro Señor, desbaratando las máquinas que el demonio habia armado para perderlas, y convertir la casa de Tudela en instrumento y medio de propagar los desvaríos de Miguel de Molinos.

Era este sacerdote natural de Aragon, y de sospechosa doctrina; porque, dejados los caminos llanos y trillados por donde hasta entónces habian caminado los Santos y maestros de la vida espiritual, se lanzaba por otros singulares y peregrinos, y de nadie imaginados.

Inventaba nuevas formas y maneras de oracion, en la cual se adormeciesen todas las potencias del alma, y, so capa y apariencia de virtud y santidad, enseñaba groseros errores y máximas muy perjudiciales á la Religion y pureza de costumbres. Y aunque la doctrina de este hombre, por ser falsa y herética, fué luégo condenada y anatematizada por la Iglesia nuestra Madre, con todo, no faltaron personas, así en Italia como en España, que teniendo en poco y menospreciando las censuras de los Romanos Pontífices, seguian adictas á Molinos, y eran apóstoles y propagadores de sus dogmas y errores.

Fué uno de estos infelices el racionero Causadas, uno de los sacerdotes que dijimos salieron en compañía de D. Francisco Garcés en busca de las Madres, y miéntras hacía el viaje de Tudela á Barcelona, supo cómo su maestro y amigo Mo-

linos habia sido preso y encarcelado en Roma, y su doctrina notada y condenada.

Mas él, aunque sintió mucho este golpe, disimuló, y con más ahinco que ántes procuró llevar adelante su mal propósito y depravadas intenciones, que eran de propagar las doctrinas erróneas y heréticas de su amigo por medio de la nueva fundacion. Para esto pensaba servirse de dos doncellas que él tenía engañadas, y habian de tomar el hábito de nuestra religion: una de éstas era hermana suya, y la otra, que se llamaba Polonia Zaraquesqui, habia sido primero de virtud sólida y vida muy pura; mas luégo fué por su director engañada y convertida en instrumento de maldad y perversion.

Con este mismo fin, y ganarse mejor la voluntad de las Madres y atraerlas así más fácilmente á sus dañadas intenciones, se mostró siempre el racionero Causadas muy celoso defensor de la nueva fundacion, y muy amigo partidario de todas nuestras cosas.

Mas no pudieron por largo tiempo encubrirse tan infernales planes, ni ocultarse la ponzoña de las intenciones de Causadas á los miembros del Santo Tribunal de la Inquisicion, ante el cual fué citado y obligado á comparecer con sus dos discípulas y otras muchas personas que los siguieron.

Maravilláronse y espantáronse las Madres al oír semejante novedad, y más cuando vinieron á conocer el fin y mal deseo de su fingido protector, y cuán á riesgo estaban de ser tenidas por sospechosas, y de que se pusiera mácula y tacha en su fé y costumbres, por el frecuente trato y comunicacion que con el racionero Causadas habian tenido. Y cierto no fuera de maravillar que por esta razon se creyera tenian con él alguna secreta inteligencia; pero no lo permitió Dios Nuestro Señor: ántes por el contrario, fué tal y tan grande el aprecio, estima y seguridad que de su pureza de costumbres é integridad en la fé concibieron los mismos Inquisidores, que juzgaron como uno de los medios más adecuados para oponerse á la reciente herejía, el proteger y amparar la fundacion de las nuevas religiosas. Y es aquí de notar otra providencia especial y favor muy particular del Señor hácia éstas sus Hijas, porque habiendo diversas veces fijado y dispuesto el dia para que vistieran el hábito las dos doncellas que dijimos, tenía preparadas el racionero Causadas para infiltrar, si pudiera, sus errores en las

Madres por medio de ellas, nunca llegó á verificarse, por ponerse siempre el dia ántes enferma la Madre Priora; de manera que nunca fué posible hacerse la funcion. ¡Bendito y loado sea Dios, que tan visiblemente favoreció á las que sólo estribaban en su amparo divino, y en Él sólo ponian su corazon y su confianza!

Téngase presente lo que al principio se dijo: que la intencion del verdadero fundador, D. Francisco Garcés, era santísima, y que por ningun concepto estaba comprendido, ni era sabedor de los designios de su fingido bienhechor Causadas, ni él ni sus hijas, y que siguió su obra constantemente hasta el fin, á pesar de tanta guerra del infierno.

CAPÍTULO V.

Pobreza de la casa.—Observancia de Reglas.—Muere la reverenda Madre Fundadora Eulalia Argila.—Santa Visita.—Eleccion de nueva Superiora.—Vuélvense las demás Fundadoras á Barcelona.—Se termina la fábrica de la iglesia.—Funciones que se celebran.

Padecieron al principio las Fundadoras mucha pobreza y falta de lo necesario, mas todo se les hacía fácil; esperaban que no les habia de faltar Dios Nuestro Señor, teniendo, como tenian, puestos los ojos en su sola gloria. Y así fué, concurriendo alguna vez con hechos prodigiosos la divina bondad; porque acaeció en cierta ocasion que la hermana que corria con el cuidado de lo temporal, se fué á la Madre Priora y le dijo que no habia aceite en casa, á la cual respondió la Superiora, animada de un verdadero espíritu de fé: «Hermana, vuélvalo á mirar bien;» y como se volviese y de nuevo lo mirase, encontró el aceite que necesitaba.

Fueron, además, muy señaladas en el verdadero espíritu de las Reglas, y procuraron muy ahincadamente y supieron inspirar é infundir este mismo espíritu en el corazon de las novicias que el Señor iba enviando; así desde los principios se practicaron las virtudes sólidas y perfectas, y se vió en todo

su vigor la observancia regular, que por la infinita bondad y misericordia del Señor nunca se ha menoscabado en esta casa, de María Santísima.

Con próspero viento caminaba la navecilla de la Enseñanza de Tudela, dirigida por tan hábil y experto piloto cual la Madre Eulalia Argila; mas plugo al Señor que en 29 de Octubre de 1697, diez años despues de hecha la fundacion, dejára el timon de las manos para trasladarla al puerto de gloria y darle el premio que su serenidad y constancia en las tormentas le habian merecido. Y es mucho de sentir que las que tuvieron la dicha de tratar á esta Madre no nos dejasen escritas largamente las virtudes de que estuvo adornada. Era esta Madre natural de Barcelona, y contaba solos catorce años cuando se consagró á Dios en la religion, y ántes de venir á Tudela habia ya desempeñado el gravísimo cargo de Maestra de novicias y Prefecta de escuelas. Murió á los cincuenta y dos años de edad y treinta y ocho de religion. Su cuerpo se conserva incorrupto, y más adelante diremos el modo cómo se encontró.

En vida de la Madre Argila entraron veinticinco novicias, de las cuales á su muerte habian profesado ocho, y dos muerto santamente, y nuestra Madre fué la tercera, cuya muerte fué muy sentida de los de fuera y llorada de todas sus Hijas.

Las tres Madres que quedaron, para proceder á la eleccion de nueva Priora, juzgaron por conveniente que las hermanas Josefa Garcés, Francisca Garcés, Ana María Villoslada, Teresa Villoslada y Francisca Vallés, que tenian ya diez años de hábito, fuesen nombradas Madres, y así se verificó el 25 de Noviembre de 1697, y el 28 se congregó la comunidad en el coro bajo y asistieron á la reja el señor visitador D. Blas de Liarte, nombrado por el M. Iltre. Dean, que á la sazón era el ilustrísimo Sr. D. Sebastian de Cortés y Lacárcel, y el P. Pedro Vazquez, rector del colegio de la Compañía de Jesus de esta ciudad, y D. Juan Antonio Jaurrieta, vicario de San Jaime, quien fué nombrado secretario para todo lo perteneciente á la santa visita y eleccion de secretaria, que recayó en la Madre Serafina Galvan. La Madre Gertrudis Marimon fué elegida diputada, y no se hizo eleccion de vicaria por serlo la Madre Engracia Pons desde la muerte de la Madre Eulalia Argila.

Para la eleccion de Priora se señaló el dia 14 de Diciembre, y para que el Señor las asistiera y diera acierto en ella, se

prepararon las Madres con oraciones, ayunos, penitencias y otros espirituales ejercicios. Llegado el día, vinieron los mismos señores arriba mencionados, y después de haber celebrado la Misa de Espíritu Santo y comulgado á la comunidad, el P. Vazquez advirtió á las religiosas vocales que habian quedado solas en el coro, cuanto se requería para la elección canónica.

Pasóse en seguida á la votación secreta, y por unanimidad salió elegida Priora la Rda. Madre Engracia Pons, á la que dió luego obediencia toda la casa. La Madre Teresa Villoslada fué nombrada Subpriora, y la Madre Serafina Galvan Maestra de novicias y Prefecta de escuelas, y á las demás Madres se dió también su oficio, el que fué por todas con gusto aceptado y desempeñaron por todo el tiempo de la prelación de la Madre Engracia Pons.

Hecha, pues, la elección de Priora, como hemos referido, y distribuidos los oficios, se dió principio á la santa visita, y tanto el Sr. Visitador como el P. Rector del colegio de la Compañía de Jesus y el secretario y los canónigos D. Francisco Virto de Espinal y D. José Lacruz, se enteraron muy detenidamente de todas las cosas temporales y espirituales, y después de visto y examinado todo con maduro consejo, dispusieron treinta y seis capítulos, todos muy conformes á nuestras Constituciones, y que han servido no poco para el buen régimen de la casa y observancia regular. Terminó la prelación la Madre Engracia Pons en Abril de 1701: fué nombrada en el mismo mes por sucesora suya la Madre Josefa Garcés. Y como las tres Madres fundadoras viesan el buen orden y asiento que en todo habia, y que la casa de Tudela podia ir adelante sin su ayuda y cooperación, determinaron volverse á su convento de Barcelona, con harto sentimiento de toda la comunidad, que sintió vivamente verse dejada tan á los principios de sus primeras Madres y maestras. Fué su partida á los 27 de Julio del año 1701, y llegaron bien á su convento de Barcelona, donde fueron con alegría recibidas y murieron religiosa y santamente.

Con la salida de las tres Madres sólo quedaron cinco, número insuficiente para llenar los oficios que requiere este grado; y así, el 29 del mismo mes, con la debida anuencia del Prelado, fueron nombradas Madres las hermanas Rosa Garcés, Juana Lopez, Felipa Yañiz y María Ignacia Pancorbo.

Estos principios tuvo el convento de María Santísima de Tudela, que por haber conservado el verdadero y genuino espíritu de su Instituto, y florecido en él las virtudes sólidas y macizas y observancia regular, ha merecido en todos tiempos la especial protección del Señor, que se ha hecho clara y manifiesta con sucesos extraordinarios.

Aconteció en 1709 que fueron tantas las lluvias, y tan continuas, que no hubo casa en Tudela que no se viera inundada de agua, con grande espanto y terror de las pobres gentes, que se veían obligadas á abandonarlas. Sólo la casa de Nuestra Señora se vió totalmente libre de esta calamidad, como se ve por la carta que la Madre Teresa Villoslada, Priora en aquel entónces, escribió con fecha 7 de Noviembre al autor de esta Historia, en la que leemos las siguientes palabras: «En casa tambien nos ha librado nuestro angel; tanto, que ni una gota de agua entró por parte alguna, siendo así que todos los vecinos se hallaban con las casas llenas de ella. ¡Sea Dios bendito por tanta misericordia!»

Entre tanto que las Madres se esmeraban en desempeñar con perfeccion los deberes y obligaciones que con la ciudad habían contraído, no cesaban de adelantar por todos los medios posibles la fábrica de la iglesia, persuadidas como estaban de que, en teniendo templo capaz, sería numeroso el concurso del pueblo, mayor la frecuencia de Sacramentos, y más notables los frutos de piedad y devocion. Y así fué, en efecto; porque luégo que se terminó la nueva iglesia y se abrió al culto público, se vió muy frecuentada y concurrida de la ciudad.

Y porque con esta ocasion se manifestó y vió claramente cuán agradecida estaba toda la ciudad á los beneficios y enseñanza de las religiosas, bien será que digamos, aunque muy brevemente, algo de las fiestas que celebraron. Ante todo, Don Félix de Aperregui, tesorero de la insigne Colegiata, asistido de todo el capítulo de San Juan, bendijo el nuevo templo con las ceremonias de costumbre, y se acordó que la traslacion del Santísimo Sacramento se hiciese en la tarde del 6 de Abril de 1742, que en aquel año cayó en sábado. Llegado que fué el dia y hora fijada, se echaron á vuelo todas las campanas de la iglesia parroquial, convento de Santo Domingo y de casa, y muy luégo se vió reunido el cabildo y clero de la ciudad, con todo lo más granado de ella, y un número muy considerable de

pueblo. Ordenóse la procesion en seguida por la plazuela, y miéntras se trasladaba el Señor de la antigua capilla á la recién fabricada iglesia, la música de Santa María entonaba tiernos y devotos cánticos al Cordero Inmaculado. Hubo tambien regocijos públicos, fuegos y hogueras al uso del país.

En los dos dias siguientes se celebraron solemnes cultos con gran pompa y majestad y asistencia del muy ilustre cabildo y de los caballeros más principales de la ciudad: el panegírico estuvo á cargo de los Padres Hurtado de Mendoza y Lacunza, ambos de la Compañía de Jesus. En el tercero se trasladaron los restos mortales de nuestro fundador y especialísimo bienhechor, y se le hicieron los funerales, y quedaron depositados en el templo que hoy dia existe.

CAPÍTULO VI.

Bienes temporales de la comunidad.—Capitulaciones.—Pension Real.—Nuevas obras.—Despojan á la comunidad de sus bienes.—Se los devuelven.—Proteccion de San Francisco de Jerónimo.—Remédiase lo espiritual y temporal mejorando la observancia.

No estará ahora de más, ántes excitará á alabar y engrandecer la altísima providencia de Dios, el ver el modo con que siempre ha gobernado las cosas temporales de la Casa para subsistencia de sus amadas esposas.

Las capitulaciones que se habian hecho con la muy ilustre ciudad de entónces, eran muy gravosas, y ponian á las religiosas en una sujecion muy penosa.

Mas al cabo de sesenta años, sus sucesoras se vieron precisadas á acudir al Tribunal eclesiástico, cuya sentencia fué dada por D. Manuel Escribano, oficial y vicario general, siendo notario Benito Eslava y Pueyo. Este pleito tuvo principio en Marzo de 1760, y estaba fenecido en Febrero de 1762. Y quedaron en posesion de: 1.º, poder pedir limosna si lo necesitasen; 2.º, ajustar los dotes; 3.º, de no tener número determinado; 4.º, poder hacer fábricas; 5.º, no dar razon de las que

mueran ni de las haciendas que adquieran; y 6.º, valerse del escribano que quieran.

Al principio, á pesar de su gran pobreza, tuvieron nuestras Madres gastos muy crecidos para construir la dicha iglesia, de fábrica muy sólida y costosa, y con retablos de muy primorosa escultura y bellas imágenes. (Es verdad que uno de ellos, como se verá, lo costeó la Madre Fundadora de Méjico.) Tiene tambien la iglesia diez tribunas y tres coros para religiosas y colegialas: los dos coros bajos con rejas de hierro de mucho mérito. El convento es grande, y se ha ido haciendo poco á poco en diferentes épocas; tiene trozos muy buenos, y otros, añadiendo casas vecinas, no con tanta solidez y hermosura, sin duda por falta de medios.

Despues de treinta años de su fundacion, se vieron muy apuradas; pues no bastando sus cortas rentas para su manutencion, les fué preciso consumir muchos caudales de dotes en el culto divino y alimentos de la comunidad. Y habiendo suplicado al Rey nuestro señor D. Felipe V les concediese alguna renta con que mantenerse, S. M. les concedió y asignó con fecha en el campo real de Luisaso de 28 de Junio de 1719, una pension de mil ducados anuales sobre la mitra de Toledo, los que por más de un siglo se iban cobrando sin dificultad ni contradiccion, con sólo acudir cada catorce años á Su Santidad por la Bula de prorogacion. Ahora, desde la incautacion de los bienes nacionales, no se cobra.

Aún hemos conocido fábrica en 1807 en que se emplearon ocho dotes de religiosas; porque nos convenia apropiarnos una iglesia contigua suprimida. De este modo, gastando los capitales, no es posible tener riqueza; sin embargo, nunca se puede desimpresionar al mundo de la fama de rica en que tiene á esta comunidad, siendo su principal patrimonio la altísima Providencia, que nunca nos desampara.

El año 1834, así como á las demás comunidades, quitaron á ésta todos los bienes raíces, se llevaron los papeles del archivo; venía el comisionado cada dia á presenciarse el recibo del aceite que rendian las olivas, llevando la cuenta de todo; inventariaron los muebles del convento, etc. Estos hombres eran tratados por las religiosas con un modo afable y dulce, que mucho los desarmaba. Al mismo tiempo que se hacian representaciones al gobierno, alegando la utilidad pública

del Instituto en la enseñanza gratuita, se importunaba mucho más á la córte celestial, señaladamente á la Virgen Santísima y San Rafael. A este Santo Arcángel, y á una reliquia de Santa Ana, se les dedicó una lámpara continua, que aún sigue luciendo. El resultado fué que, despues de quitadas las haciendas, las volvieron. Y aunque várias veces ha habido anuncios ó amenazas de volver á quitarlos, nunca se ha verificado, ni se ha perdido la confianza en el patrocinio de tan poderoso y caritativo patron.

Hubo una época, por los años del 40 al 50, en que al entrar en su cargo una Prelada, se encontró tan falta de recursos, que sólo le entregó su antecesora una bolsa con algunos miles de reales, diciendo: «Esto es de capitales que hay obligacion de imponerlos.» Del asiento faltaban ya bastantes cantidades, que se habian ido tomando para salir de algunas urgentes necesidades. La pobre Superiora, sin experiencia, decia: «¿Pues cómo hacen esto?» Pero bien pronto principió á hacer otro tanto. Se veian precisadas á vender las alhajillas de diamantes que algunas habian traído del siglo para adornar imágenes, y habia que emplearlas en cosas más precisas. Por último, acudia la Madre procuradora, afligida, diciendo: «Madre, no tengo para comprar carne;» otro dia: «El chocolate se acaba;» luégo: «Madre, que piden una contribucion y no hay con qué pagar,» etc., etc. Y habia que acudir á la bendita bolsa, que se iba enflaqueciendo notablemente. En este conflicto, inspiró Dios á la Superiora el meter en dicha bolsa una estampa del milagroso San Francisco de Jerónimo.

¿Y qué sucedió? Nada, sino que desde aquel dia ya no fué necesario sacar de ella ni un solo real. O se iba cobrando con más facilidad, ó se proporcionaba algun provecho; ello es que cesó aquella afliccion y se fué levantando cabeza, é insensiblemente se llegó hasta reponer, y en pocos años á imponer la cantidad primitiva.

Ya ántes se habia experimentado más de una vez la milagrosa asistencia de este Santo en los comestibles. En una ocasion, el año 30, teniendo en el granero gran cantidad de trigo, se encontró lleno de gorgojo, que no sólo echa á perder todo el trigo, sino que deja perdido el granero para muchos años. No habia modo de remediarlo; ni removiéndolo á menudo, ni rociándolo con vinagre, ni con ninguna cosa ó inven-

cion: los animalejos subian ufanos por las paredes. Estando tan perdido, acordaron las religiosas poner en la pared de dicho granero una estampa de San Francisco de Jerónimo, y arrodillándose las presentes, y aún el hombre que gobernaba el trigo, rezaron tres veces el Padre nuestro y Ave María á la Santísima Trinidad, pidiéndole el remedio por los méritos del Santo, y se marcharon.

Al dia siguiente, volvieron á registrar, y no encontraron ni rastro de la tal plaga.

Vinieron luégo compradores, y examinando el trigo, lo hallaron muy bueno y se lo llevaron todo á buen precio.

Tambien alguna vez ha sido la penuria una reprehension amorosa del Señor, como sucedió en un tiempo en que no andaba la observancia en tanto fervor. Habia algunas Reglas no bien entendidas; así como en el silencio, pobreza y otras menudencias. No se acababa de perfeccionar la vida comun. No entraban educandas en el colegio, ni en la instruccion de las clases se adelantaba cosa; muy pocas religiosas, y sin poder recibir novicias. Los bienes temporales no producian, porque cuando Dios no quiere, no se lucen los medios humanos.

En medio de esta desolacion, el Señor, que siempre abunda en misericordia, iba preparando los corazones y moviéndolos al deseo de una observancia más perfecta.

Envió Dios un Padre de la Compañía de Jesus; éste las explicó las Reglas, y ayudó á poner en práctica las que no lo estaban.

Todas se decidieron á esto de todas veras; no de un golpe ruidoso, sino poquito á poco: hoy una cosita, mañana otra, é insensiblemente se hallaron con todas las Reglas en observancia de un modo estable, y con todas las seguridades posibles á la flaqueza humana. De aquí resultó que desde esta resolucion fervorosa, Dios Nuestro Señor comenzó á derramar sus bendiciones á manos llenas sobre esta comunidad, en lo espiritual y temporal, y por la bondad del Señor ha llegado hasta nuestros dias.

CAPÍTULO VII.

Comiéntase á tratar de las fundaciones del siglo XVIII.—La de Zaragoza.—Venerable P. José Martínez.—Llamamiento de Dios á unas señoras.—Dificultades.—Se establece la hermandad.—Se elige la casa.—Real Refugio para huérfanas.—Hacen sus votos simples.—El Padre les señala las Reglas.—Se abren las escuelas.—San Valero, Patron.

Volviendo ahora á proseguir el hilo de nuestra historia, que habíamos interrumpido con esta digresion sobre lo temporal, diremos que, concluida felizmente la fundacion y colocado el divinísimo Sacramento en el agraciado templo, prosiguieron nuestras buenas Madres sus apostólicas tareas en bien de las almas, con gran fruto y consuelo del piadoso pueblo. Y que por la bondad de Dios esta comunidad, que como preciosa concha no sólo fué rica en virtudes para sí sino fecunda y generosa para enriquecer á otros, tiene la honra de haber propagado la gloria de Dios en muy remotos países por medio de cinco fundaciones que de ella salieron.

La insigne ciudad de Zaragoza fué la primera en pedir una fundacion de nuestra Orden. Pero será necesario tomar el agua de más atrás para manifestar sobre qué bases se estableció esta grande obra. Dispuso Dios, con alto y maravilloso consejo, se fundase un sólido establecimiento de pública educacion, que deberia ser de sumo provecho espiritual y temporal para aquella ciudad y diócesis, y áun para toda España. Concurrió primeramente para el diseño de esta grande obra el celo infatigable del venerable P. José Martínez, de la Compañía de Jesus, que era por su apostólico espíritu, escritos y predicacion el oráculo de aquella ciudad; y concurrieron tambien para su ejecucion algunas fuertes y piadosas señoras, las cuales, enardecidas del fuego del divino Espíritu, se ofrecieron voluntariamente á perfeccionar con heróico teson la grande empresa.

Lloraba, pues, el dicho Padre el sensible abandono en que

veía á una multitud de niñas, las cuales, ó por ser pobres andaban vagueando y como perdidas por los rincones y calles de la ciudad, ó que siendo acomodadas se criaban entre la abundancia y cariños domésticos, con poca y viciosa educación, en daño irreparable de las costumbres y de la pública piedad: iba el siervo de Dios meditando sobre asunto tan serio é importante, y le fué inspirando el Señor el único medio de reparar y dar cobro á tanto mal, y fué que miéntras él andaba desvelándose en el entable del feliz proyecto, le puso la Providencia bajo su direccion espiritual á várias y fervorosas señoras de buena edad y muy capaces de ejecutar con su celo, habilidad y teson el árduo y penoso ministerio; de modo que se resolvió el venerable Padre á comunicar con estas heroínas su pensamiento, haciéndolas ver al mismo tiempo ser el único remedio de tan público y lastimoso desórden el que se abriesen escuelas públicas, donde, además de enseñarse á las niñas cuantas labores fuesen necesarias para las ocurrencias y necesidades de las familias, se fuesen éstas acostumbrando al retiro, correccion y disciplina mujeril, y aprendiesen, sobre todo, el santo temor de Dios y toda buena máxima de Religion, con lo cual se irian ellas haciendo, bajo los ojos de diligentes y fervorosas maestras, al trato modesto, á la cristiana circunspeccion y á un santo horror contra la libertad y desenvoltura á que va fácilmente expuesta la incauta é inocente edad.

No dejaban de presentarse muchas y grandes dificultades, como sucede en todas las obras del servicio de Dios; pero todo lo fué venciendo el espíritu del Señor, pues dió al venerable Director un gran teson heróico para no ceder á dificultad alguna: aumentó al mismo tiempo el celo y fervor de las piadosas señoras. Tambien fué una gran disposicion del cielo hallarse entónces como Arzobispo de aquella ciudad una de las personas más autorizadas que han ocupado la Silla episcopal, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Ibañez de la Riva Herrera, el cual, por el alto concepto que tenía del P. Martinez y por las grandes ventajas que prometia el dicho establecimiento, ofreció su poder y autoridad para cuanto cumpliese á su ejecucion.

Nueve eran las señoras que estaban resueltas á sacrificarlo todo á la gloria de Dios; empero dos de ellas hallaron una fuerte y tenaz oposicion contra sus buenos deseos de parte de un hermano suyo, eclesiástico, el que llevaba muy á mal des-

prenderse de sus queridas hermanas, llamadas María y Agustina Gordo, por parecerle que iban á sepultarse en vida tomando, á su parecer, un estado miserable y de incierta y difícil duracion. De esto nació que una de ellas se habia ya resuelto á abandonar su resolucion y solicitar la entrada en el colegio de las vírgenes, cuando yendo una mañana las dos hermanas juntas á confesarse, como solian, al colegio de la Compañía, se hallaron sin saber cómo rodeadas de un gran número de niñas, las cuales con gran fiesta y cariñosos ademanes las iban mirando y siguiendo; de modo que, maravilladas altamente las dos hermanas de una tan impensada novedad á tal hora y en tales circunstancias, entendieron claro lo que Dios queria significarles, mientras les mostraba á aquellas niñas como vagas y casi perdidas y como pidiéndolas con sus pueriles y afectuosas demostraciones la compasion y remedio de su abandono: ello fué que, admiradas ellas de la novedad, la comunicaron aquella misma mañana á su confesor, el cual, bien considerado el suceso y la conmocion que ellas habian sentido en su espíritu, les aseguró ser expresa voluntad de Dios que se dedicasen á tan santo y útil ministerio, habiéndoles Dios puesto á este fin delante de sus ojos tan tierno espectáculo y mostrándoles con él la necesidad de un asilo para aquellas criaturas que acababan de ver tan á deshora por las calles.

Lo cierto es que desde entónces se resolvieron tan eficazmente á seguir la manifiesta vocacion del Señor, que determinaron romper por todo y dedicarse al utilísimo ministerio de la pública enseñanza.

Y como fuesen estas dos hermanas de las principales y las más conocidas entre las nueve por su virtud, habilidad y prudencia, pidió una de ellas la gracia de que nunca jamás se le diese el cargo de Superiora, lo que se le prometió y cumplió; nada de esto propuso la otra, llamada Agustina, ántes bien se dejó enteramente en las manos de Dios y de los superiores, los cuales no tardaron en valerse de las raras prendas de gobierno que en ella se traslucian; de modo que gobernó muchos años la piadosa hermandad y tuvo la dicha ó consuelo de ser ella la Superiora ó Presidente de la casa, cuando despues de casi cincuenta años pasaron las fervorosas hermanas á ser novicias de la religion é Instituto de las Hijas de María Santísima.

Al fin se estableció la hermandad felizmente con el celo del venerable P. Martinez y el espíritu fervoroso de las buenas y edificantes señoras, logrando la aprobacion del Excelentísimo é Ilmo. Sr. Arzobispo, que con tantas veras lo habia deseado.

Se edificó la casa frente al colegio de la Compañía de Jesus, para proporcionarse más fácilmente la direccion de aquellos Padres.

El piadoso rey D. Felipe V habia establecido un asilo para que veinticinco huérfanas de militares se criasen con toda regularidad, cristiana y civil educacion, y ordenó por Real Cédula, despachada en Madrid el dia 16 de Enero del año 1712, que se pudiese su instruccion bajo la vigilancia y direccion de la hermandad de Jesus y María, asignando al mismo tiempo las rentas suficientes para su manutencion, y mandando aplicar para su habitacion y escuela el sitio necesario, que era de su Real Patronato, y se llamó el Real Refugio.

El dia 15 de Setiembre, octava de la Natividad de María Santísima, hicieron con gran consuelo de su alma los votos simples de pobreza, castidad y obediencia á sus Superiores, y el propósito de la clausura, que procuraron observar perfectamente, excepto en pasar á oír Misa, sermones y recibir los Sacramentos á la iglesia de dicho colegio de la Compañía de Jesus.

El Rdo. P. Martinez les dispuso las Reglas que debian guardar, del todo conformes en lo posible á las de la Compañía de María; porque todo su empeño y blanco se dirigia siempre á ser algun dia religiosas de este Instituto.

En fin, se abrieron las escuelas de que estaba advertido el público. Se vió en este dia alegremente conmovida toda la ciudad, hallándose por todas partes en movimiento una grande multitud de niñas, que con mucha algazara y fiesta acudian con sus bolsitas y lo necesario para sus labores, á reconocer á sus santas y benditas Maestras, y á ponerse como una cera blanda en sus manos para ser formadas por medio de sus sudores y cuidados, jóvenes laboriosas y modestas, á gloria del Señor, felicidad de las familias y aumento de la pública piedad. Ello es que fueron más de cuatrocientas las niñas que en este primer dia se presentaron, y fueron despues continuando con tanto júbilo y emulacion, que no pudo contenerse el venerable

P. Martínez, sin dar las gracias en una de las pláticas á su auditorio, que solia ser muy fervoroso por el mucho cuidado que mostraban, especialmente las Madres, del aprovechamiento espiritual de sus hijas; pues las enviaban con tanto tesón y diligencia á las nuevas escuelas.

Resolvieron solicitar un poderoso protector que tratase con Dios y su Santísima Madre de los intereses espirituales y temporales de la hermandad; y fué elegido el ínclito confesor de la fé, el santísimo Obispo de aquella ciudad, San Valero, el cual fué mostrando bien claro, con una portentosa asistencia, cuán acepta le habia sido la eleccion que de él habian hecho las fervorosas hermanas, como se vió visiblemente en cierta ocasion, que hallándose en gran pobreza escribieron al Santo un memorial pidiéndole el socorro en su afliccion. A este tiempo, un alma favorecida de Dios, estando haciendo oracion en la capilla de Nuestra Señora del Pilar, vió al santo Obispo vestido de pontifical, que arrodillado ante el Trono del Señor presentaba un papel en ademan suplicante. Muy pronto experimentaron que habia sido acogido favorablemente, porque vieron el remedio y el logro de su peticion.

En suma, fueron innumerables las ocasiones en que sintieron milagrosamente los cuidados de la divina Providencia en el socorro de sus necesidades.

CAPÍTULO VIII.

Memorial presentado al Sr. Arzobispo.—Favorable despacho.—Piden Madres Fundadoras á Tudela.—Salen de esta comunidad.—Recibimiento en Zaragoza.—Visitan á Nuestra Señora del Pilar.—Llegan á su convento.—Hácese eleccion de Priora en la Madre Croy.—Las hermanas toman el santo hábito.—Hacen su profesion —Vuélvense las Madres Fundadoras á Tudela.

El dia 11 de Setiembre de 1740 dió licencia el Sr. Arzobispo para que se fabricase la iglesia, y ayudó á su construccion, no sólo con dinero, sino con la compra de una casa para

el sitio conveniente; iba, pues, el Prelado poniendo en obra con suma diligencia todo lo concerniente al santo proyecto; mas cuando vivian llenas de esperanzas de ver establecida la obra de Dios, se dignó el Señor llevar para sí al celosísimo Prelado, con gran sentimiento de todos los buenos, especialmente de las piadosas señoras, que adoraron con profunda sumision, entre tiernas lágrimas, la mano del Omnipotente. Con todo, vivian confiadas en las disposiciones de la Bondad divina, que no tardaria en abrirles el camino para llegar al término, como se verificó en el dignísimo sucesor D. Francisco Ignacio de Añoa y Busto, que con no ménos celo, bondad y aficion tomó el perfeccionar tan grande empresa. Cobraron, pues, ellas nuevos alientos, y solicitaron de nuevo con mayor empeño el logro de sus santos deseos. Hicieron primeramente con Dios y su Santísima Madre plegarias y oraciones para que echasen su bendicion, é hicieron un memorial al benignísimo Arzobispo, que lo firmaron todas las hermanas que actualmente estaban en la casa, y es como se sigue:

«Excmo. é Ilmo. Sr.:

»Agustina Gordo, Presidenta, yí demás Madres de la Enseñanza de la hermandad de Jesus y María de esta ciudad de Zaragoza, puestas á los piés de V. S. Ilma., con el mayor rendimiento, dicen: Que habiéndose recogido con deseos de más servir á Dios y aprovechar á los prójimos, practicando las Reglas que observan las religiosas de la Compañía de María, por el Excelentísimo Sr. D. Antonio Ibañez de la Riva Herrera, Arzobispo, en 15 de Setiembre de 1697, fué erigida congregacion con votos simples, y el de obediencia á los Sres. Arzobispos, debajo de la cual viviesen en comunidad; y subsiguientemente dicho Sr. Arzobispo, por despacho del mismo dia, aprobó la instruccion y direccion, Reglas y forma de vivir en recogimiento, virtud y ejemplo que debian observar. Hánse mantenido y viven despues acá en beaterio y casa de recogimiento, acudiendo al colegio de la Compañía á oír Misa, las pláticas y sermones, á confesarse y recibir la sagrada comunión, á excepcion del tiempo de la Pascua, en que iban á la iglesia parroquial.

»El deseo y fin de la ereccion de esta congregacion fué lle-

garse con el tiempo á formalizarse en convento de la sagrada Religion de la Compañía de María Santísima, y se profesase en él la Regla que la Santa Sede tiene aprobada para las santas religiosas llamadas vulgarmente de la Enseñanza. Este mismo anhelo de las que se han subseguido, uniéndose á las Fundadoras, es por quien suspiran las suplicantes, deseando sacrificarse cuanto ántes gustosamente al voto de perfecta clausura, y hacer los solemnes de Religion, sin reparar, despues de tantos años de Maestras, empezar el oficio y tolerar enseñanzas de novicias.

»Los considerables beneficios que al mayor servicio de Dios y utilidad de los fieles se siguen de los conventos de la sagrada Religion, son bien notorios á toda la cristiandad... Desde la fundacion de este beaterio, y quanto ha sido posible, se ha procurado conformase con tan santo Instituto, y actualmente se practica; pues á más de la educacion de las huérfanas, tienen el seminario de educandas que llaman Encomendadas, en que al presente existen trece, y á las públicas escuelas diariamente concurren más de ciento sesenta niñas: estos santos ejercicios, tan del honor de Dios nuestro Señor, utilidad de la cristiandad y de la ciudad, se aumentarán si esta Casa llegára á perfeccionarse en convento de dicha Religion. Lo material de la casa en que habitan es capaz para vivir las suplicantes en clausura, y fácil de acomodarse con separacion de las huérfanas del Real Refugio, y de la habitacion ó seminario de las pupilas ó encomendadas, y tambien para tener las escuelas públicas de las niñas de la ciudad. El Ilmo. Sr. Arzobispo D. Antonio Ibañez de la Riva Herrera, deseando promover la dicha Casa en convento, concedió licencia en 11 de Setiembre de 1740 para fabricar iglesia, y áun ayudó á los gastos de su construccion... Si bien sobrevenida su muerte no pudo verla concluida, lo está ya con ornato y toda decencia, teniendo tres coros y tribunas separadas para las religiosas y las seculares encomendadas, y las huérfanas del Real Refugio.

»Lo que el ilustrísimo antecesor de V. S. Ilma. anheló tanto, lo ha reservado el cielo para los principios del feliz pontificado de V. S. Ilma., en que las suplicantes, aseguradas en la innata piedad de V. S. Ilma. y su grande celo, confian y rendidamente suplican se digne de que, precedidas aquellas dili-

gencias que por Derecho canónico y decretos apostólicos fueren precisas en la ereccion de conventos de religiosas, expedidas sus licencias necesarias para que dicha Casa ó beaterio, con todas sus rentas y demás derechos que por cualquier título le puedan tocar y pertenecer, sea erigida en convento de dicha sagrada Religion de la Compañía de María Santísima, debajo de la obediencia y sujecion de V. S. Ilma. é Ilmos. Sres. Arzobispos de esta ciudad, sus sucesores, y se profese en él la Regla aprobada por la Santa Sede y Bula de Paulo V, de data de 7 de Abril de 1607, y constituciones hechas en virtud de facultad apostólica por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Burdeos en 13 de Junio de 1638.

»Tambien le piden rendidas, á fin de ponerlo en ejecucion, para poder las suplicantes tratar con el convento de dicha sagrada religion, llamado de la Enseñanza, de la ciudad de Tudela, reino de Navarra, les conceda religiosas fundadoras y la licencia y comision de V. S. Ilma. para señalar y cerrar la clausura y bendecir la iglesia... Así lo esperan del celo y benignidad de V. S. Ilma.»

Las firmas: Ana Teresa de Bonstel, por la Madre Agustina Gordo, que no le alcanza la vista.—Rosa Gordo.—Bernarda Ladosa.—Isabel Josefa Trefent.—Ana Teresa de Bonstel.—María Magdalena Carí.—Catalina Perez.—María Manuela Sobreviela.—Josefa Oset.—María Zuria.—Juana de Arriola.—María Josefa de Garay.—María Josefa Villuendas, novicia.—María Bardaji.—Manuela Escaso, novicia.

Recibió el Prelado con grande consuelo de su alma el dicho memorial, y al punto lo despachó el dia 2 de Julio de 1744, refrendado de su secretario D. Nicolás de Echeverría. Causó en las fervorosas hermanas la prontitud y buen despacho de la súplica extraordinario contento, y así aceleraban ellas cuanto estaba de su parte la obra, no perdiendo tiempo para que se efectuase el sacrificio de su libertad con la religiosa clausura; ibanse, pues, perfeccionando las obras que faltaban á gusto y diligencias del Ilmo. Sr. Arzobispo, como que al fin habia de ser el fundador del convento, y sucedió un accidente que tuvo mucho de extraordinario. Alzabase el frontispicio de las actuales escuelas, y apenas se hubo colocado sobre la puerta el escudo que hoy se ve del Dulcísimo Nombre de María, como una públi-

ca señal de ser aquel lugar dedicado y consagrado al honor de la gran Madre de Dios, cuando compareció debajo de él un fiero mastin, el cual, dando terribles ladridos y descomunales saltos, empinábase por la misma puerta y pared, asestando con sus embestidas hácia el Santísimo Nombre; quedáronse atónitos cuantos fueron viendo la furiosa rabia de la bestia, sin haber quien de allí lo ahuyentase; cerró la noche y siempre allí el encarnizado mastin, continuando en dar toda ella temerosos ladridos; de modo que tuvo en consternación á toda la vecindad, hasta que viniendo ya el dia desapareció sin saber más de él, pero dejando en todos una manifiesta prueba de las iras y encono del cruel infernal mónstruo contra este alcázar de piadosa y santa educacion, y contra la proteccion que prometia, contra sus artes y asechanzas, el escudo impenetrable del santo y augusto Nombre de María.

Con tan felices y prósperos anuncios, iba adelante el santo proyecto con toda la presteza que podia desearse.

Fué luégo tomando sus medidas el celosísimo Arzobispo, y lo puso todo á punto con la magnificencia para la pronta dedicacion y clausura de esposas de Jesucristo. Ya las hermanas habian negociado con la Rda. Madre Priora Francisca de Croy, de este convento de la Enseñanza de Tudela, para que fuese ella misma, con tres religiosas más, á perfeccionar la obra de Dios y formalizar canónicamente la nueva fundacion; requiriólas tambien de lo mismo con dulce y autorizado empeño aquel Ilmo. Prelado, y sabido su consentimiento y habidas todas las necesarias facultades, ordenó y dispuso que fuesen las Fundadoras conducidas con la debida seguridad, respeto y decoro. Cometió, pues, S. Ilma. el cargo de venir á recibir y conducir á las dichas Madres al Sr. D. Juan de Cotero, arcipreste de Belchite, dignidad de su santa iglesia, dejando á su arbitrio el que escogiese una ó más personas de ciencia y autoridad que le acompañase, á fin de que se ejecutase todo á norma de lo que para estos casos prescriben los Sagrados Cánones, y en particular el Santo Concilio de Trento. Eligió él, pues, por compañero al P. José de Andosilla, persona muy condecorada del colegio de la Compañía de Jesus, y partieron ambos con el tren correspondiente de criados y coches para esta ciudad de Tudela. Así que llegaron, presentaron formalmente sus despachos, facultades y comision al M. Iltre. Sr. Dean, Mi-

trado entónces de esta iglesia, el cual trató luégo de disponer la entrega de las Madres Fundadoras; todo lo cual se efectuó segun el ceremonial canónico, agregándoles para autorizar la entrega y comitiva el P. Vicente Hurtado de Mendoza, rector del colegio de la Compañía de esta ciudad, con D. Fermin de Sagardoy, canónigo de esta iglesia, con el presbítero D. Antonio Liquiniano y los correspondientes criados.

Todos estos personajes, unidos á los enviados por su ilustrísima, partieron de la portería de este convento inmediatamente despues de haberse hecho la solemne entrega de las cuatro Fundadoras, que fué á las cinco de la mañana del dia 6 de Setiembre de 1744. No hay para qué decir la generosa serenidad con que entre cariñosos y estrechos abrazos se separaron las fervorosas fundadoras de sus carísimas hermanas, pues poseidas todas, así nuestras peregrinas como las que aquí quedaban, del espíritu de su santo Instituto, que es promover por todas vías la mayor gloria de Dios y provecho de la tierna juventud, mostraron aquella santa intrepidez que suele Dios infundir en las almas que escoge para las grandes empresas de su servicio. Partió, pues, la autorizada y religiosa comitiva, y llegaron al dia siguiente á Zaragoza. Ya se tenía noticia exacta de las pausas ó descansos que iban haciendo los viajantes, y sabíase tambien la precisa hora en que debian llegar. Con esto mostraron todos en esta ocasion el júbilo que les cabia en la traslacion y arribo de unas religiosas que les llevaban el mayor bien y felicidad. Pero más que todos mostró su cordialísimo amor aquel Ilmo. Prelado, que puso en movimiento los sujetos más distinguidos para el recibimiento de sus amadas y suspiradas Fundadoras. Salieron, pues, á recibirlas, en nombre de S. Ilma., el Dr. D. Antonio Leiza y Eraso, arcediano de Daroca, y su secretario de cámara D. Nicolás de Echeverría. Tambien tomó parte la nobleza en el recibimiento de unas religiosas que iban principalmente para hacer felices á sus familias con la noble y cristiana educacion de sus hijas, y así salieron á recibirlas con gloriosa emulacion y empeño las Excmas. señoras duquesa de Montemar, condesa de Atares, condesa de Aranda, marquesa de Mora y marquesa de Vilhermoso. Eran todavía las más interesadas en tan tierno y solemne recibimiento las hermanas de Jesus y María, de las cuales salieron tambien cuatro, interpoladas con las nobilísi-

mas damas, á esperar y recibir en nombre de toda la hermandad á sus Fundadoras Madres.

El concurso del pueblo, y el festejo alegre y público de toda la ciudad, fué correspondiente á la ventajosa idea que todos tenian de las fatigas y provecho de la piadosa hermandad; considerando especialmente que por este medio yvenida de las Fundadoras se iba perpétuamente á establecer la obra de mayor utilidad para la enseñanza en labores y virtud de sus familias. Recibidas ya con tanto aparato y fiesta las Madres Fundadoras á las puertas de la ciudad, se puso luégo en órden el vário y respetable acompañamiento, entre los júbilos de un inmenso pueblo que allí se habia presentado, y fué bien justo que se dirigiese y caminase el festivo acompañamiento de tanta carroza y gente hácia el templo de la Santísima Vírgen del Pilar, para que visitasen, como lo deseaban, estas tiernísimas Hijas de María á su dulcísima Madre en su augusto templo, á cuya puerta se apearon todos y entraron en la devotísima capilla estas vírgenes del Señor y veneraron con sumo fervor de espíritu y tiernísimos afectos á la prodigiosa y celestial Imágen, consagrándole las fatigas del viaje y ofreciéndole de nuevo todas sus fuerzas para la santa educacion de la parte más querida de su grey, las niñas zaragozanas.

Hecha, pues, la visita á la Santísima Vírgen, tomó en seguida la autorizada comitiva sus coches y fué derechamente á la casa de la Enseñanza, donde ya estaba esperando toda la comunidad; llegaron, finalmente, abriéronse las puertas interiores, y vieron por la primera vez las Fundadoras á sus amadas hijas en Cristo, rebosando gozo unas y otras y abrazándose entre dulcísimas lágrimas, sin que dejase de causar á las Madres recién llegadas una muy sensible maravilla, no sólo la modestia, regocijo y afectuoso rendimiento en las hermanas, sino tambien la edad avanzada de algunas de ellas, que habian envejecido en la observancia y faenas de la hermandad y en la expectacion de este tan alegre dia.

Quiso dar lugar el prudentísimo Prelado á que se desahogasen con inocente libertad unas con otras en tiernísimas muestras de amor, y vino luégo al momento, en las alas de su amor y deseos, á visitar y reconocer por vista de ojos á las elegidas de Dios y buscadas por Él con tanto teson, las respetables Fundadoras; las vió y dió su paternal bendicion

con mil demostraciones de cordialísimo amor, con lo cual quedaron todas muy satisfechas y seguras del afecto del Prelado y de los esmeros con que llevaria él á su entera perfeccion la nueva Casa de las Hijas de María. Reposadas ya y cumplimentadas las Madres Fundadoras de todo lo más florido y respetable de la ciudad, fuéles mostrando el mismo ilustrísimo Prelado la preparacion hecha de cuanto era necesario para entablar la vida de observancia religiosa, con divisiones necesarias, así para ellas como para las huérfanas del Real Refugio y las Encomendadas, y los sitios correspondientes para las escuelas, todo con la intencion de que se hiciera cuanto ántes la solemne clausura y fuese solemnemente erigida en convento religioso la antigua casa de la hermandad.

Como estaba ya todo en órden y dispuesta tambien y benedecida la iglesia, ordenó S. Ilma. que se colocase en ella el Santísimo, y se colocó en realidad, con solemne pompa, el dia 13 de Setiembre de 1744, que era Dominica infraoctava de la Natividad de María, y fiesta de su Dulcísimo Nombre, y no pudo ser sino que se enterneciesen y derramasen dulces lágrimas de puro consuelo las antiguas hermanas al acordarse que en el mismo dia y santísima festividad se habian ellas ántes encerrado en la santa hermandad, teniendo á suma ventura el haber sido y ser ahora de nuevo consagradas á Dios, bajo la tutela de tan sacrosanto y Dulce Nombre, como que es la insignia y glorioso timbre que distingue en la Iglesia de Dios al ínclito y apostólico escuadron de vírgenes alistadas en la Compañía de María, en donde ellas mismas acababan de alistarse.

Luégo tras de esto se dispuso para el dia siguiente, 14 del dicho mes, la solemne clausura, dando á las hermanas gran consuelo el entregarse ellas á su celestial Esposo en el de la Exaltacion y Triunfo de la santa Cruz. Entónces mismo nombró S. Ilma. por Priora del nuevo convento á la principal de las Fundadoras, que era la Rda. Madre María Francisca de Croy, la que fué al momento puesta en posesion y reconocida de todas como tal, dándosele juntamente la facultad de repartir, segun su prudencia, entre sus tres compañeras los importantes y necesarios oficios de una casa religiosa; y así nombró por Subpriora y tornera á la Madre Joaquina Murillo, y por Maestra de las niñas del Refugio y de las Encomendadas á la

Madre María Teresa de Bitas, y últimamente, por maestra de novicias, á la Madre Javiera de Ibaizabal, y fué autorizado este acto por el Ldo. D. Antonio Fernandez Alcaya, colegial mayor de Santa Cruz de Valladolid y provisor y vicario general de aquel arzobispado, siendo testigos de todo el P. Francisco Antonio Palomar, rector del colegio de la Compañía de aquella ciudad de Zaragoza, el P. Vicente Hurtado de Mendoza, rector del de Tudela, y el P. José Andosilla con otros Padres de la Compañía.

Dados todos estos pasos con el espacio y formalidades convenientes, se dió pública y formalmente la licencia para que tomasen las pretendientes hermanas el hábito religioso, que bendijo con aparato y solemnidad pontifical el Ilmo. Prelado; quien consiguientemente se les vistió con el mismo aparato y regocijo el dia 27 de dicho mes, acabándose este solemnísimo acto con una oportuna plática hecha por el P. José de Andosilla. Con razon puede ciertamente dudarse á quién tocaría mayor parte de alegría en tan solemne y devota funcion, porque aquí vió el tiernísimo Padre y celosísimo Prelado cumplidos todos sus deseos, y se halló penetrado de aquellas inexplicables alegrías con que suele recrear el espíritu del Señor á sus justos en los dias de su visitacion y en el cumplimiento de sus santos deseos; aquí se vieron alegremente confusas las mismas religiosas Fundadoras, al observar la sensible devocion y humildad de unas reverendas ancianas puestas en sus manos como cándidas novicias, vueltas y convertidas en niñas por amor y en obsequio de aquel Esposo que tanto nos pide á todos en su Evangelio, y que tanto nos quiere para darnos la posesion de su reino; aquí, finalmente, se avivaron de nuevo aquellos fuegos que tantos años atrás tenian enardecidas y ocupadas en el ministerio de la propia perfeccion y santificacion, y de la de los prójimos, á las respetables y fervorosas novicias, viéndose dulce y fuertemente atadas con los deseados lazos del religioso retiro, y corriendo ya por medio de la privacion ó noviciado al estado perpétuo y feliz de la profesion solemne, donde poder cantar el cántico de la Esposa: *Hallado hé á mi Amado; téngole, y nunca jamás le dejaré.*

En efecto; tuvo este devoto acto de solemne clausura todo el efecto que se esperaba; pues se renovó en todas un nuevo espíritu de celo y observancia, con grandes denuedos de la pro-

pia santificacion, acrisolándose más y más todo aquel cúmulo de virtud que habian recogido en los muchos años de expectacion y anhelo por el estado religioso. Ejercitábanse las ancianas y nuevas novicias en toda virtud, con aquella escrupulosa menudencia y cuidado con que suele amoldarse la juventud, y que sirve de fundamento para la práctica de la perfeccion religiosa, sin que los muchos años que habian ya vivido bajo la disciplina regular las hiciese ménos diligentes en las pruebas y ejercicios del noviciado.

Todo esto miraba con suma edificacion y consuelo el ilustrísimo Padre y Superior, el cual, considerando el grande fondo de virtud que ellas tenian, pensó con el mayor acierto suplicar á la Sagrada Congregacion del Concilio que se sirviese acortar el plazo de los dos años del noviciado que ordenan las Constituciones de la Compañía de María Santísima; y así como se pidió, vino luégo concedida la gracia en virtud de un Rescripto despachado en Roma el dia 7 de Julio de 1745, y remitido al Ilmo. Arzobispo, por el cual se dejaba este negocio á su prudencia y disposicion, y así se fué todo preparando para la pronta y solemne profesion de las novicias.

Autorizado S. Ilma. con los poderes y facultad apostólica para determinar el tiempo y dia de la profesion, señaló para el solemne acto el 8 de Setiembre del mismo año, queriendo que sus fervorosas novicias como que naciesen y se sacrificasen solemnemente á Dios en el mismo y felicísimo dia en que nació al mundo la Reina y Madre de ángeles y hombres. Bien se deja entender con cuánto fervor se dispondrian las fervorosas novicias para el grande y deseado sacrificio; fué solemnísima esta funcion: recibióles la profesion el mismo Pastor que tanto tiempo habia aguardado por tan alegre dia, y queriendo él sacrificar al Señor estas víctimas al pié del altar y entre la solemnidad é inciensos del incruento Sacrificio, ante los ojos y entre el festejo de su recién nacida Madre; dia grande, á la verdad, en que tuvieron su cumplimiento los largos y ardientes deseos que por cuarenta y ocho años habian tenido las fervorosas hermanas del Beaterio de Jesus y María.

Esta fué la portentosa obra de la fundacion de una nueva Casa de nuestra Orden, que para tanta gloria de Dios y bien de las almas quedó ya confirmada con celestiales bendiciones. Nuestras carísimas Madres de Tudela trabajaron incansable y

gloriosamente en comunicar su espíritu de observancia y religiosa práctica de todas las Constituciones y Reglas que con la palabra y el ejemplo formaron la bellísima obra del verdadero espíritu de la Compañía de María Santísima.

Habia pasado ya á mejor vida la Madre Teresa Bitas. Las otras tres Rdas. Madres Francisca Croy, Javiera Ibaizábal y Joaquina de Murillo, viendo consumada la obra de Dios y que nada quedaba por hacer en tan gloriosa empresa, se restituyeron á su antiguo domicilio de Tudela para prepararse al último llamamiento de su celestial Esposo y darle cuenta del buen logro de sus cinco talentos recibidos.

CAPÍTULO IX.

Fundacion de la Casa de Méjico , copiada á la letra del libro de su Historia.

La noticia de la Orden y modo de vivir de las Hijas de María Santísima, y de lo que el Señor por ellas habia obrado en Tudela de Navarra y otros puntos, no se encerró dentro de los límites de la Península, sino que pasó á muy remotas regiones, separadas de España por la inmensidad de los mares. Y no fué esto al acaso, sino disposicion del cielo, que queria trasplantarlas al Nuevo Mundo. Y así copiaremos á la letra la misma Historia que nos mandaron nuestras muy amadas Madres mejicanas de la fundacion y admirable vida de nuestra carísima y ejemplarísima Madre María Ignacia Azlor, su Fundadora, y es como sigue:

I.

Su pátria, nacimiento y educacion de sus primeros años.

Esta América Septentrional, tan celebrada por sus ricos minerales, puede gloriarse de haber sido pátria de una mujer tan heróica, que podemos aplicarle el epíteto de mujer fuerte, por su ánimo varonil y magnánimo corazon, ó el de nave

del mercader, que trajo el grano escogido de la doctrina evangélica para repartirlo gratuitamente en la instrucción de las de su sexo, propagando por este medio la gloria de Dios y de su Santísima Madre, imitando en cuanto pudo el espíritu de nuestro santo Patriarca San Ignacio de Loyola, cuyo nombre logró en las santas aguas del Bautismo. Conseguida tan árdua y dificultosa empresa cuando gobernaba la Iglesia nuestro Santísimo Padre Benedicto XIV, de feliz recordación, y siendo rey de las Españas nuestro católico monarca el Sr. D. Fernando VI (que de Dios goce), virey y capitán general de esta Nueva España el Excmo. Sr. D. Juan Francisco Güemes y Horcasitas, conde de Revillagigedo, gentil hombre de cámara con llave de entrada de S. M., etc., y dignísimo Arzobispo de esta diócesis el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel José Rubio y Salinas, visitador general del obispado de Oviedo y de la abadía de Alcalá la Real, capellan de honor de S. M., etc., á quien esta comunidad debe estar siempre reconocida por lo mucho que la protegió.

Nació esta grande heroina en San Francisco de Patos, una de las más populosas haciendas de las que componen el grandioso mayorazgo de su casa de Echeverz, y perteneciente á la administracion del Valle de Santa María de las Parras, día 9 de Octubre de 1715. Fué bautizada el 17 del mismo mes, en una capilla de dicha hacienda, y en el testamento que otorgó en el año 37, á los veintiuno de su edad, dejó un legado piadoso para el culto de aquella capilla, y en memoria de haber nacido en ella, á la gracia y para el cielo. Pusiéronle por nombre María Ignacia, por devocion que tuvo la señora su madre á nuestro Santo Padre Ignacio.

Fueron sus ilustres padres los Sres. D. José de Azlor Virto de Vera, hijo segundo del Excmo. señor conde de Guara, gentil hombre de cámara de S. M. y teniente general de sus reales ejércitos, y doña Ignacia Echeverz y Vades, marquesa de San Miguel de Aguayo y Santa Olalla, tan esclarecidos en nuestra antigua España por su ilustre sangre esparcida en muchas casas de su primera grandeza, entre ellas las hoy unidas de Javier y Loyola, blason únicamente apreciado de la Madre María Ignacia, por su devocion tiernísima y filial amor á nuestro ínclito Padre San Ignacio y al glorioso apóstol de la India, San Francisco Javier, á quienes veneraba por Padres: como en estos reinos por su beneficencia, rectitud de costum-

bres y muchos distinguidos servicios del Sr. D. José de Azlor en la pacificación y establecimiento de la provincia de los Tejas, en que distribuyó de su propio caudal las cuantiosas sumas que constan en este superior gobierno; y de los ascendientes de la señora marquesa en el reino de Guatemala y provincia de Nueva Vizcaya desde los más remotos tiempos.

Habiendo concluido el Sr. Azlor su gobierno de Tejas, destino con que vino á la América, se establecieron en esta corte de Méjico, yendo á temporadas á sus haciendas. Por todo este tiempo, hasta el fallecimiento de sus padres, no hay noticias individuales de sus virtudes; pero sí una generalidad en que se puede ver como un bosquejo que demuestre bastantemente su angelical y religiosa vida. Un hombre de razon, y criado que era entónces de la casa, atribuye esta ignorancia al extraordinario retiro en que la crió su ilustre y cristiana madre. Aquella señora, capaz, virtuosa y diligente madre de familias, que conocia bien que la crianza modesta y retirada de las hijas sirve á Dios, á los Estados y á las mismas hijas, se hacía en su propia casa ciertos departamentos en donde vivia separada de todo el tráfago y bullicio de la familia, que era muy crecida, como correspondia á su esplendor, encerrada en sus piezas con las dos hijas que tenía en esta tierra, á donde no se daba entrada sino á criados escogidos y personas de satisfaccion para cosas necesarias. Este retiro, poco usado en las familias, quitó el registro de lo que en él se hacía á los domésticos, que suelen ser los testigos y pregoneros de las virtudes ó vicios caseros de sus amos. No por eso se les dejaba de traslucir á éstos que allí estaban en un continuo ejercicio, ya de leccion, ya de oracion, ya de operacion de manos, con que daban algun descanso á la cabeza, sin dar entrada á la ociosidad y sobradas conversaciones, en que, si no hay cuidado, hay por lo comun muchos defectos. Esta vida retirada da márgen para discurrir cuán celestialmente vivirian unas señoras de esta clase, que no pudieron tener otro motivo para observar tan voluntaria estrecha clausura sino sólo el abstraerse de las gentes para entregarse desembarazadas al devoto reverente trato con Dios Nuestro Señor, y era, así en la madre como en las hijas, una virtud extraña, principalmente en nuestros tiempos, que con daño muchas veces del recato, el pudor y la modestia, ni las madres piensan en otra cosa que en hacer,

como ellas dicen, á las hijas urbanas y sociales, ni las hijas piensan más que en presentarse, en ver y que las vean, y en hacerse conocer y celebrar.

Y como cada estado tiene sus virtudes, á más de las comunes que son de todos, tienen otras que le son propias las de una doncella hija de familia. Son la sujecion, la obediencia, el recogimiento, el silencio, la compostura y la modestia. Todas estas virtudes se hallaban en un modo extraordinario y singular en aquella conducta que seguian, siendo modelo de mucho ejemplo á todas aquellas señoras que por distincion de su nacimiento están obligadas á hacer público papel en la ciudad, para unir con destreza la representacion que en este teatro del mundo les corresponde, con la moderacion y humilde trato que la nobleza bien instruida demanda, á fin de que, sin defraudar á la república de todo aquello que se le debe en lo político para el acertado cultivo de sus máximas, no se le defraude al Autor divino ni áun las primeras partículas del tiempo que es muy debido se emplee en su reconocimiento, pues es como el tributo que debe rendir la criatura á su Criador, como en primicias de la vida.

II.

Mueren sus padres y entra en el convento de la Concepcion.

Contaba ya doña María Ignacia diez y ocho años de edad en este cristiano modo de vivir, cuando reconociendo su señora madre, por el quebranto de salud, que estaba cercana su muerte, un mes ántes llamó á las dos hijas, á quienes dió los consejos que correspondian á su prudencia y virtud, encargándolas el cuidado y asistencia de su padre, que ya estaba achacoso. Esto fué en el mes de Octubre de 1733, y al siguiente mes de Noviembre le acometió un dolor de costado, que creciendo en gravedad y conociendo la señora en los semblantes de los muchos que la rodeaban los temores de que se acercaba el último trance de su vida, y que al mismo tiempo no se atrevian á decírselo, acordándose de su hija y de que sola ella y la firmeza de su espíritu la desengañaria en tal ocasion, estando ésta retirada encomendándola á Dios y llorando su próxima orfandad, dijo: «Que me traigan aquí á

María Ignacia, que ella me dirá si me muero.» Lleváronla, en efecto, y preguntada por su madre, respondió: «Sí, señora; se muere V., y no hay que perder tiempo.»

Prueban estos hechos: el primero, el concepto que tuvo la señora su madre de su capacidad, prudencia y juicio, por lo que muchas veces la hablaba y aún consultaba, como si fuera de una edad muy provecta, negocios importantes; el segundo, el que tuvo de su valor y constancia y de aquella firmeza de ánimo superior á todo trance que la acompañó despues en grandes lances de la vida. Este concepto de la señora marquesa prueba mucho, por ser una mujer varonil y de superiores talentos; tanto, que siendo así que el señor marqués, su marido, era un caballero de altas prendas políticas y militares, se decia en Méjico comunmente que en la casa de los marqueses de San Miguel, *él era ella y ella era él*. Habiendo con la ya dicha entereza desengañado á la enferma, se mantuvo con ella hasta la misma hora en que espiró, cantándole en compañía de su hermana la Letanía de Nuestra Señora, como las tenía encargado lo hiciesen. Llevó este golpe tan sensible con grande resignacion; y como Nuestro Señor, por sus altos designios, la tenía destinada para instrumento de su mayor gloria, quiso desprenderla de la sujecion paterna para que libremente emprendiese el cumplimiento de las inspiraciones con que continuamente el divino Esposo le hablaba al corazon. Dispuso su Providencia darle el segundo golpe en el fallecimiento de su padre, que fué el mes de Marzo del año 1734, dejando á esta tierna planta en los más peligrosos ardores de la sangre juvenil en una de las ciudades populosas del mundo, y la mayor de este vasto reino, tierra propiamente extraña, en donde no tenía más respeto de la naturaleza que atender, que el de su señora hermana, que tambien era todavía jóven, aunque mayor que doña María Ignacia, quien, sin especial sujecion que la contuviese, viéndose niña, señalada de prendas, distinguida nobleza, dotada de caudal crecido, bien parecida, de génio alegre, urbano y agradable, discreta en la perfeccion, pudiera haberse dejado lisonjear de la que el mundo llama fortuna. Pero habia preocupado Dios su alma con los verdaderos deseos de dejarlo burlado, despreciando sus lisonjas por la pobreza de una mortaja, que no es otra cosa el humilde hábito de una religiosa. Con esto era ya sabido en Mé-

jico, en donde tambien era entendido, que los deseos de esta señorita eran de ser religiosa en los reinos de Castilla; deseoso el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan Antonio Bizarron y Eguiarreta de que no careciese este reino del esclarecido esmalte que le daria una señora de esta esfera con tan claro ejemplo del desengaño, procuró cuanto pudo y cuanto le permitian las altas facultades del gobierno político y eclesiástico que ejercia, procuró, pues, en cuanto le permitia la cristiana prudencia, que no fuese á España, sino que profesase alguna de las reglas de las muchas con que se ilustra esta ciudad nobilísima; y para ver si suavemente le entraba en el alma, con la vista, la vocacion, le dió permiso para que entrase en hábito seglar en todos los conventos de la filiacion de S. E. Ilma. La señorita, que otra cosa no queria sino cláustro que venerar, escuela que cursar y muro en que guardarse, admitió agradecida la oferta; pero con tanta moderacion y prudencia, que no entró sino sólo en el real y más antiguo convento de la Purísima Concepcion, que está casi á las orillas de la ciudad, como muro propiamente de su recinto. No quiso entrar en otro alguno de los demás, porque como no le animaba la curiosidad, sino sólo la necesidad de tapias que cubriesen su orfandad, uno sólo le bastaba para la consecucion de su intento; y entre todos, sin agravio de los otros, eligió éste, por dos motivos que á los demás no injurian. El primero y principal, por su título nobilísimo de la Pura Concepcion de María, Señora nuestra, de quien siempre fué tiernísima devota; y el segundo, por el retiro y soledad que le prometia extramuros su material situacion. Edificó á todo Méjico una accion tan virtuosa, y tambien á aquel convento, el verla entrar en él, prefiriendo el cláustro á la libertad de un gran pueblo, y la pobreza de una de sus celdas á las comodidades de su casa. Luégo que estuvo dentro, lo edificó mucho más con su ajustada conducta, llenando aquel hermoso plantel de cándidas azucenas de un nuevo olor de santidad. Aquí se detuvo como un año, miéntras la Providencia divina, con ocasion oportuna, le daba el giro para su meditado destino. En esta clausura se ocupó en ejercicios propios de fervorosa religiosa: dos veces tuvo, con gran abstraccion y retiro, los ejercicios de nuestro gran Padre San Ignacio de Loyola, por espacio de diez dias, segun la costumbre de aquel observantísimo monasterio.

Fuera de los ejercicios , edificaba á aquella santa comunidad con la devota diaria asistencia á la santa Misa, con la frecuencia de los santos sacramentos de Penitencia y Comunión, preparándose ántes para recibirlos con fruto, probándose humildemente, segun el consejo de San Pablo, con la larga tarea de sus devociones, de oracion, meditacion y leccion, y con ayudar á las señoras cantoras en su ejercicio, como si hubiera entrado con esta obligacion; especialmente los juéves y los sábados, en que tocan el violon, las acompañaba á cantar la Misa, Letanía y Alabado que acostumbran. Señalábase en estos dos dias por la memoria del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, que corresponde al juéves, y el culto de la Reina de los ángeles, María Santísima, á que es consagrado el sábado, de quienes fué particular veneradora toda su vida; y por no tener rato ocioso, los pocos que le quedaban de estos ejercicios los empleaba en obras de manos. Así caminaba sin detenerse, porque sin apartarse de su primer propósito iba siempre adelante en el aprovechamiento de su espíritu.

En el ínterin el Sr. Bizarron no perdía ocasion de inspirarla por todos los medios de su genial dulzura, y cuanto permitia la prudencia, el deseo de ser religiosa en Méjico sin pensar más en ir á serlo á España. Y á la verdad que á más del justo dolor de que perdiese este reino su buen ejemplo y sus consecuencias, parecia, por otra parte, un deseo altanero y extravagante el de serlo en Europa pudiéndolo ser en Méjico. Si esta ciudad no tuviese muchas esposas de Jesucristo de vidas angelicales y vários conventos de religiosas en qué elegir, podría parecer prudencia ó religion ir á buscarlos por medio de los peligros de mar y tierra; mas que teniéndolos en la América una doncella tierna expusiese sus pocos años y su vida á tantos riesgos, más que prudencia parecia entusiasmo ó capricho. Doña María Ignacia, con su grande penetracion, conocia bien que todo eso y mucho más se diria, y consideraba las grandes dificultades de su viaje; pero sin embargo de las instancias dichas de aquel Excmo. señor y estas mismas reflexas que hacía, no condescendió con su intento, porque era más alto el Señor verdadero que para otros de su mayor gloria la llamaba. Este, pues, soberano Dueño de nuestras almas, como todo lo dispone suave y fuertemente, quiso servirse para este fin de tres medios naturales para el corazon de esta se-

ñorita, eficacísimos y no ménos demostrativos de la solidez de su virtud. Uno de los motivos que tuvo para no quedarse religiosa en este reino fué el haberle encargado sus señores padres que fuese á España á tomar estado á gusto y complacencia de sus esclarecidos parientes; y estuvo tan obediente á la voluntad paterna, que áun muertos ya quiso obedecerles en lo que sólo le insinaron. Pero ¡ con qué discrecion y prudencia! Dos cosas comprendia este cariñoso encargo: la una, que fuese á España; la otra, que á gusto de los señores sus parientes. Como buena hija, obedeció doña María Ignacia en la primera, manteniéndose firme en ir allá á tomar estado, venciendo embarazos casi para una niña insuperables, surcar el mar, entregarse á los peligros, regarse á las súplicas, á muchos respetos, y áun al parecer con alguna crueldad; renunciar la ternura de la naturaleza en el cariño de una única hermana que dejaba aquí, con quien habia vivido en armoniosa union; porque pesaba más en su generoso ánimo la insinuacion de sus padres, que todo pavoroso riesgo y que todo respeto humano. En la segunda cosa que encerraba el paterno encargo, no quiso obedecer, porque no acordando los deudos con Dios Nuestro Señor, no se ha de atender al agrado de los parientes cuando está por medio el llamamiento divino; y así, obedeciendo á costa de incomodidades, peligros y sentimientos en lo que pudo, no obedeció en dar gusto á éstos, que le brindaban con comodidades, gustos y regalos, por no apartarse del de Dios, que era el norte de toda su navegacion. El segundo motivo que tuvo para no quedarse en este reino, áun con todo el grande y fiel amor que le tenía, fué el cumplir personalmente con algunas promesas que habian hecho sus señores padres, una de ellas era ir á visitar á Nuestra Señora del Pilar, caminando á pié una legua ántes de llegar á Zaragoza. El tercer motivo que tuvo fué el que la señora marquesa, su madre, en las conversaciones familiares que con las dos hermanas tenía útiles y virtuosas para divertir las, cayeron éstas alguna vez sobre nuestro Instituto, del que adquirió dicha señora noticia cuando estuvo en el reino de Navarra; y despues de haberlas dado alguna idea de lo que era y su utilidad, les dijo repetidas veces esta expresion, hija de su piedad y afecto: «Si yo no os tuviera á vosotras, emplearia todo mi caudal en una fundacion de monjas Marianas.» Por monjas Marianas nos entendia á

nosotras, dándonos ese nombre por ser el título de la religion de la Compañía de María. Esta expresion de su madre habia infundido en el ánimo de la niña María Ignacia el deseo de que la parte que le hubiese de tocar de aquel caudal se convirtiese en el meditado destino de que la señora les hablaba, anhelando su corazon á ser, si pudiese en algun tiempo, la ejecutora de aquel pensamiento; y así desde niña se puede decir que era nuestra Fundadora, pues como tal se criaba con la leche de los deseos. Estos fueron los medios de que quiso Dios servirse para conservar la en el dictámen de ir á España á tomar el hábito de religiosa, tan firme como se requería para superar las dificultades que, ya en lo natural, ya en lo político, le habian de batir para mudarle la madura y cuerda determinacion.

Muertos sus padres, y ya en estado de disponer de sí y de sus bienes, creyó que estaba en aquel caso. Por eso, cuando más la observaba Méjico sobre el partido que tomaria, ella estaba ya resuelta en irse á España y profesar nuestra Religion, y traerla á esta córte, dejando al mundo sus opiniones y á Dios la consecucion. Mas para que la fundacion no se frustrase con su muerte, si Dios la llevaba para sí ántes de ejecutarla, la mandó en el testamento que otorgó é hizo cerrar para ocultarlo ántes de embarcarse el año 37, á los veintiun años de edad. Todo lo escribió de su letra, y quien lo hubiera leído y al mismo tiempo la hubiera tratado y conocido, vería desde luégo que ella es la que habla, y no otra por ella.

Dispuso en él nuestra fundacion con toda individualidad, y otras muchas cosas, todas de modo que, á juicio de inteligentes, es la pieza un prodigio de aquella edad y un gaje en su sexo de obra digna de la prudencia de un jurisconsulto y de la piedad de un Santo Padre, principalmente en la vasta idea de la fundacion, que se compone de tantos cabos que la perspicacia de su talento previno. Sujeto instruido que lo ha leído despacio, nos ha encargado que lo guardemos como bella reliquia de su grande espíritu, y como precioso monumento de su piedad y prudencia.

III.

Salte de Méjico para el puerto de Veracruz: embárcase: llega á Zaragoza, y conducta que allí observó.

Dispuestas así sus cosas, y llegado el tiempo de su viaje, se despidió de aquella religiosa comunidad con los precisos sentimientos que se puede creer, tanto por la uniformidad de espíritus, como por el cariño que se habia granjeado con sus amables prendas, á que correspondia doña María Ignacia, agradeciendo su amable corazon los favores que recibió de aquella religiosa Casa, que mantuvo siempre impresos en su memoria.

La tierna despedida de su querida hermana, la señora marquesa de San Miguel, quien ya habia contraído matrimonio con el señor conde de San Pedro del Alamo, D. Francisco Valdivielso, no es fácil describir: basta sólo insinuar que fueron hermanas muy amantes, y que necesariamente fué muy dolorosa una separacion para tanta distancia. Salió de esta ciudad para el puerto de la Veracruz, acompañada de su hermano el señor conde y del doctor D. Juan Antonio de la Peña Mejía, á quien llevó para capellan con dos criadas para su servicio, en el mes de Marzo de 1737. En dicho puerto estuvo esperando que llegára el tiempo de embarcarse, y habiéndole cogido allí la Semana Santa, aunque estaba de paso, satisfizo su devocion en aquellos sagrados dias, pues ni áun caminando perdía ocasion de aprovechar su espíritu.

Dia 8 de Mayo, consagrado á la Aparicion del Señor San Miguel, de dicho año, se hizo á la vela en la flota al mando del Sr. D. Rodrigo de Torres, en el navío de Ninfa, álias *Nuestra Señora de los Remedios*, que por ser dedicado á María Santísima lo eligió; y habiendo arribado con toda felicidad al puerto de la Habana, se detuvieron allí, como es regular en las flotas, hasta el 2 de Julio, dia en que se celebra la Visitacion de Nuestra Señora, circunstancia muy plausible para nuestra navegante, la que siempre procuraba comenzar sus cosas en dia dedicado á esta poderosa Reina; y aunque esto no estaba en su arbitrio, le fué motivo de agradecimiento, considerándola como favor del patrocinio de esta amabilísima Señora; y Dios, que

nos busca en todas partes, dispuso que fuese en el mismo navío el señor mariscal de campo marqués de Villapiente, bien conocido en ambos mundos por la pública piedad de sus obras, que por todas partes extendidas utilizaron en muchas y muy distantes provincias al apostólico ministerio con abundantes socorros para la subsistencia de los predicadores del Evangelio. La comunicacion y santa conversacion de un hombre tan celoso de la gloria de Dios encendió en gran manera el espíritu de doña María Ignacia: y no paró en esto sólo: dicho caballero llevaba consigo la vida de la insigne Fundadora de nuestra Religion la Venerable Madre Juana de Lestonac, con cuya leccion se inflamó más su magnánimo corazón al ver la genial concordancia de afectos, y ya no sólo fué deseo de hacer la fundacion, sino una santa emulacion de imitar el ajigantado espíritu de aquella mujer fuerte. Entretenida su esperanza con estos santos pensamientos, seguia felizmente su viaje. Aportó la flota á la bahía de Cádiz, y pasó á desembarcar en el Puerto de Santa María en dia 28 de Agosto, en que nuestra Madre la Iglesia hace memoria de la luz de los Doctores, Señor San Agustin, teniéndole prevenido hospedaje en su casa su tia la Excma. señora doña Micaela Anastasia de Ipañarrieta y Dominguez, recién viuda del piadoso caballero, verdadero padre de pobres, Excmo. Sr. D. Tomás de Idiaquez, capitan general del reino y costas de Andalucía, en cuyo empleo habia fallecido el dia 3 del próximo pasado Febrero, por cuyo motivo no salió personalmente á recibirla la dicha señora, pero envió á su nombre á la señora doña Manuela Eusebia Cepillo, mujer del auditor de guerra D. Luis Antonio de Vega, por ser persona de su cariño y confianza, á quien encargó la acompañase en las precisas visitas, haciendo las veces de S. E. Recobrada por algunos dias del mareo y precisas incomodidades de la navegacion, marchó para la imperial y coronada villa de Madrid, córte de nuestros católicos Monarcas, no con otro fin que con el de zanjar los medios por donde pudiese conseguir el de su fundacion, deseada en beneficio espiritual del país que le habia dado uno y otro sér: el de la naturaleza y el de la fortuna. Para esto no perdonó diligencia, porque todas cuantas practicaba las enderezaba á este único fin, que consideraba medio para conseguir su fin último. Le dominó tanto este pensamiento, que llegó á pasarle por la imaginacion el entrarse á

servir en Palacio, haciéndose de valimiento de sus parientes, que era entónces mucho, y les habia vendido la fineza de haber entrado en la córte por conocerlos y ofrecerse á su servicio; pero no lo ejecutó porque no le anduvo tan ingrata la fortuna que le fuese necesario tanto sacrificio para el logro de sus deseos. Se dice tanto sacrificio, porque aunque el empleo era de grande honra y estimacion en el mundo, su genio y su corazón, herido del harpon divino, no se hermanaba bien con el esplendor inquieto de un palacio.

Habiendo cumplido con los debidos obsequios á sus parientes, y recibido de éstos sin melindre los que le hicieron, llevándola á ver las cosas más particulares de esta villa y sitios reales, y practicadas aquellas diligencias que le parecieron eficazmente conducentes á sus designios, salió de Madrid para Zaragoza, en donde entró, cumpliendo con la promesa de sus padres, que ya se apuntó arriba, lo que hizo con aquel arte y gracia con que solia disimular sus obras virtuosas. Valióse para esta peregrinacion de su primo el excelentísimo señor conde de Guara, quien le hacía sombra para su respeto, y ya cuando conoció que se acercaba á la ciudad, porque este caballero no extrañase y aún impidiese la devocion, le dijo que necesitaba y apetecia hacer algun ejercicio á pié, que le aprovecharia mucho, y con esta estratagema consiguió permiso, pasando por diversion y medicina lo que era devocion y religiosidad de promesa ajena. Otra de las promesas fué un legado de seis mil pesos que dejó su padre para aquella Santísima Imágen, y quiso su hija, como tan amante de Nuestra Señora del Pilar, llevárselos en persona, cuya mano mejoró la manda, porque los que eran seis se volvieron diez en manos de la devota conductora, aumentando cuatro su afecto. Lo mismo hizo con otras varias mandas que llevó de sus padres á otros santuarios de aquellos reinos, añadiendo su devocion siempre crecido porte á favor de la donacion piadosa.

Se hospedó en casa de la señora, su tia, doña Rosa de Azlor, en donde vivió en su compañía como más de dos años, con grande edificacion, no sólo de la casa, sino tambien del pueblo, porque era bien público lo moderado y piadoso. El porte exterior era el regular de las señoras de su clase, sin tocar la raya de la profanidad, ni bajar de los límites de la decencia; en lo doméstico era devota, silenciosa, recogida y modesta; fuera de la

casa, piadosa, limosnera, obsequiosa y ejemplar; porque en las iglesias era continúa, en la frecuencia de los Sacramentos constante; con los necesitados era afable y misericordiosa, socorriendo en cuanto podia sus desdichas. Cuando el divino Señor Sacramentado salia de la parroquia de San Miguel á visitar á algun enfermo por Viático, le acompañaba á ida y vuelta con singular compostura y devocion, alumbrando con un hacha, segun el uso de las matronas más virtuosas y graves de aquella tierra. Así era de todos vista con la estimacion que siempre se granjea por sólo su aspecto la virtud, como lo atestigua el párroco de la ya citada, en su aprobacion del sermón que dijo el dia de su ingreso á la Religion, quien dice:

«Frecuentando en su iglesia con singular fervor los Santos Sacramentos, y acudiendo á los divinos oficios con tan ejemplar devocion, que era confusion su puntual voluntaria residencia á los que la tenemos con obligacion tan precisa; pues sin perdonar las inclemencias del tiempo, lo incómodo de las horas, ni la distancia del territorio de esta parroquia, cuando solia salir por Viático, no sólo le acompañaba fervorosa, sino que tambien socorria con abundantes limosnas á los afligidos necesitados enfermos. Esta piedad tan notoria, que publicáran con demostraciones de sentimiento los pobres desconsolados al tiempo de su partida, la esmaltó con preciosas dádivas que sirven de lustre al divino culto, y de primoroso ornato á esta iglesia; y su valor demuestra, no sólo la devocion con que las ofreció á nuestro Príncipe Arcángel, sino tambien la magnificencia de su generoso pecho.»

Y el orador del sermón cuya es esta aprobacion, dijo en su panegírico lo siguiente:

«Digo, pues, que mis admiraciones y las de muchos de mis oyentes, ya cesan este dia, pues se emplazan todas cuando en medio de una ciudad como Zaragoza, que por lo noble, populosa y augusta puede tener presunciones de córte, vimos una señora, y en ella una especie de milagro ó cosa venida del otro mundo. Porque ¿quién podrá dejar de pasmarse al ver una señora templada entre la abundancia, desprendido el corazón entre la riqueza, humilde entre los aplausos, afable con todos en el trato, enemiga de la ociosidad, reverente á lo sagrado, siempre dobladas las rodillas en los templos, profusa en las limosnas, caritativa con los pobres enfermos, á quienes yo mismo

he visto les servía con devoto despejo la comida en el hospital real de Nuestra Señora de Gracia? También la he visto, á pesar de la naturaleza delicada de su sexo y de la inclemencia rigurosa de un invierno, asistir muy de mañana á los sermones de la célebre Cuaresma que en el templo de aquel mismo hospital se predicán. Vimos, en fin, una señora que pudiendo todo lo que queria, nunca quiso sino lo justo, y lo más conforme á la divina Ley y al decoro de su noble nacimiento. Vimos una perfeccion tal cual la deseaba la Venerable Lestonac en sus novicias, como nos refiere su vida, esto es, una virtud sin melindre, una devocion sin hazañería y una modestia sin afectacion. Dirélo todo en una palabra: vimos una religiosa vestida de una modesta gala. Todo esto vimos, pudiendo decir con el Evangelista en su primera Canónica, que os anunciamos aquello mismo que oimos y vimos por nuestros ojos. Este milagro se admiró duplicado en Zaragoza, cuando le vimos por su compañera y allegada, no ménos en el fervor que en la sangre, á lo que tambien lo ha de ser en el noviciado. ¿Quién vió jamás á estas dos nobles almas ocupadas en aquellos profanos regocijos, en aquellos peligrosos pasatiempos que la moda de este corrompido siglo, quiero decir, el demonio de la carne ha inventado, y que por más que los quiera autorizar la costumbre y calificar de inocentes, siempre quedan colmados, no sólo de riesgos, sino tambien de precipicios? Se han visto, sí, casi cotidianamente en el templo de la Compañía de Jesús como ensayándose para alistarse en la Compañía de María, con la reverente frecuencia de los Sacramentos, con la puntual asistencia á las doctrinas y pláticas de todos los dias festivos, á los piadosos ejercicios de la escuela de María y á los cultos del Sagrado Deífico Corazon de Jesús. Se ha visto en otros muchos templos, siempre con devocion y modestia, asistir á las más sagradas funciones, siendo de continuo la Angélica Cámara y Apostólica Capilla de Nuestra Señora del Pilar el iman de sus afectos y el centro de sus fervores. Yo mismo las he encontrado alguna vez, por contingencia, mucho antes del amanecer, ir, como matutinos astros, á saludar á la divina Aurora en su Columna.»

Hasta aquí sus palabras; y nos hemos querido valer del dicho de estos dos sujetos, quienes por su carácter y autoridad, y ser testigos oculares, acreditan lo que en esta obra se escribe.

IV.

Oposiciones que tuvo, y firmeza de su vocacion.

En este tiempo fueron los más fuertes combates que padeció su espíritu, tanto más terribles cuanto eran disfrazados con el bien parecido traje del natural afecto, y verdadera y sólida estimacion de los deudos. Por estas virtudes, que esmaltaban el noble fondo de su feliz naturaleza, era amada, respetada y celebrada de todos; mas como la vida de los justos es un tejido de tribulaciones y consuelos, tuvo, en medio de estas satisfacciones y aplausos, que padecer mucho su vocacion, que era su parte amada. Fué ya tiempo de dar principio á sus ideas, para lo que hizo conocer el plan de todas con más claridad de lo que hasta entónces habia hecho. Y siendo la entrada en la religion la primera y fundamento de las demás, los señores sus parientes empezaron á recelar quanto podia temer la prudencia.

No aprobaban éstos tan crecido desengaño en tan pocos años de vida, pues contaba de veintitres á veinticuatro, y tantas lisonjas de las que llama el mundo fortuna. «Una jóven, la decian, en la flor de su edad, de un nacimiento esclarecido, de representacion algo más que buena, de entendimiento claro, de un genio muy humano, de una complexion alegre, de espíritu generoso, de ánimo despejado y de prendas más que regulares, mañana se halla arrepentida de verse amortajada en vida, muertas sus esperanzas, extraviado el curso de su logro, sepultado todo aquel esplendor que sacó de la cuna en la comun estimacion del siglo; una señorita criada en regalo, acostumbrada á las sumisiones, que en semejantes casos se rienden, con especialidad á las niñas, que son la atencion toda de una casa, abriendo despues de su retiro los ojos, nos expone á un empeño en que, ajado nuestro honor, hayamos de valentear un arrepentimiento que procedió de una resolucion inmadura. Si la religion fuese único camino para el cielo; deberia arriesgarse todo por conseguir aquel uno necesario; pero son muchos los de la casa del Padre celestial, como son muchas sus mansiones. No le han dado ménos almas los matrimonios que las profesiones; ántes, si bien se considera, una religiosa

santa es santa estéril, y no más que para sí; cuando una madre de familia, santa, es santa fecunda y santa para muchos, santa para los hijos y familia que cria y gobierna santamente, y santa para todos los que trata en el necesario comercio del mundo, y á quien ayuda á santificar con el buen ejemplo de su vida. Y siendo esto verdad en toda madre de familia, lo es más en aquellas que por sus grandes prendas son respetables y observadas en el grande teatro del siglo.»

Con estas y otras muchas semejantes razones batian la fortaleza de doña María Ignacia, que, bien cerciorada de su vocacion, rebatia los tiros del mundo con las máximas del verdadero sólido espíritu.—«Todo es verdad, les decía, y por esas mismas consideraciones una persona no debe tomar semejantes resoluciones sino despues de bien pènsadas todas las conveniencias ó desconveniencias que se versan en la materia, los impulsos ó embarazos con que pueden tropezar despues los ánimos ménos prevenidos. Yo todo esto he visto; y aunque conozco que en la realidad estoy expuesta á los vaivenes que todas, no por eso debo desistir de mi intento. Sea muy en hora buena la ejecucion de mis pensamientos tan difícil como ensartar un cable por el ojo de una aguja; pues esto, que es para nosotros imposible, para Dios es muy fácil; y pues Dios me llama, Su Majestad hará lo que yo no pudiese; porque no estribo en mis fuerzas, sino en la ayuda de Dios, que agita mis pensamientos: por lo demás, no es de mi sexo entrar en disputas sobre los estados de la religion y el matrimonio; sólo me toca oír y obedecer con docilidad; pero sé, lo primero, que aunque uno y otro estado son caminos del cielo, el de la religion es más perfecto, ménos impedido de cuidados seculares, y más parecido por la mortificacion y penitencia al camino real de la Cruz que nos abrió Jesucristo: lo segundo, que aunque por todos se vaya á la pátria celestial, cada uno debe ir por el que le llama el soberano Autor de la santidad y de la gracia.»

Con estos y otros sólidos fundamentos desvanecia con desembarazo la eficacia toda de aquellas reflexiones que tanto estima la prudencia de la carne y sangre, que adelgaza mucho en políticos discursos y adelanta poco en los tratados del cielo; pero esto mismo los empañaba más para solicitar la persuasion efectiva por medio de personas tales, que, á más de vestir bien sus razonamientos por la cultura de sus letras, añadian

el peso de la autoridad fuerte, por lo asentado de su opinion y crédito en la república. Llegó á suceder caso en que, viéndose esta señorita oprimida de las eficaces persuasiones de una persona de esta esfera, no tuvo otro modo de evadirse sino sólo con decirle: «Yo no puedo creer que éstas sean razones de V. P., sino del comun enemigo, que disfrazado en su figura me arguye de esta suerte para desvanecer mis deseos.» Expresion que en otras circunstancias pudiera ser ajena de la modestia, compostura y respeto que doña María Ignacia profesaba, así por genio, como por crianza y doctrina, pero que en la ocasion presente parece no desdecia de la sumision, porque se trataba de materia en que ni á los Padres naturales debe atenderse, y de negocio que más bien se determina con la firme resolucion que con el rendido respeto.

Con esto, ya perdidas las esperanzas de contrastar aquel diamante fino, que ni con la sangre se docilitaba, se mudó de rumbo en la conquista. Se le propusieron vários ventajosos matrimonios, en cuyos lazos, si no mejoraba en lo humano de fortuna, al ménos se engarzaba en los timbres de su familia iguales esplendores, que con union tan estrecha era necesario que aumentasen los grados de la estimacion; pero como éstos eran adelantamientos que nada valen para el cielo y en nada aseguran á una persona para con Dios, eran ventajas de poca estima para aquel prevenido espíritu, que, mal hallado con todo aquello que la tierra aprecia, sólo anhelaba las mejoras que, despojando al alma de todo humano afecto, la levanta venturosa al trato familiar y fácil comunicacion con Dios. Y así, agradeciendo las honras que se le hacian con proposiciones tan apreciabiles, mas declarando al mismo paso que era perder el tiempo buscarla otro estado que el de la religion, rogaba que se le dejase seguir la aguja de su derrota, porque no se habia de aquietar en la vida miéntras no se fijase en la estrella de su rumbo que á la religion la llamaba el cielo, y miéntras no entrase religiosa, no habian de sosegar sus ánsias. Se conoció con ésto que era de Dios aquella firmeza en querer un modo de vida contrario á los sentidos, cuando podia elegir otros que la fuesen agradables segun la naturaleza; pero quería Su Majestad todavía que llegase más pura y acrisolada á las bodas del Cordero, y la permitió otro ataque.

Como no sólo queria ser religiosa, sino religiosa nuestra,

los señores sus parientes concedían una cosa irregular y extravagante: que prefiriese las muchas religiones antiguas y bien fundadas que tiene España, á una religion moderna, sujeta todavía á las revoluciones y mudanzas nuevas. «En hora buena, decían ya dándose por vencidos; enhorabuena sea, pero en religion ya establecida, de las muchas que católicos veneran estos reinos; no en la Enseñanza, que, como reciente, puede mañana caer y deshacerse en un momento.» Y aún hubo persona que la dijese que no era tal religion, sino unas benditas beatas que, antojadizas y profesoras de novedad, se habian recogido con peregrinos antojos de enseñanza.

Ya aquí parece era ménos dolorosa la batería, porque al fin se condescendía en la sustancia, y sólo se le hacía oposicion en el modo ó cualidad de religion que habia de profesar; pero como el impulso de Dios no sólo llama á la sustancia de religion, sino tambien á la cualidad del Instituto, insistía doña María Ignacia en su meditado destino, y les decia: «Todas las religiones fueron nuevas, y si por serlo debieran retirarse sus pretendientes, nunca hubieran llegado al lustre que hoy gozan con la antigüedad. Que la Enseñanza no es religion, sólo pueden decirlo los que no leen y sólo se gobiernan por vulgaridades que oyen; y así, me parece que por motivos tan ligeros no he de mudar de determinacion, que tan antigua es en mí, aunque yo no soy vieja. Fuera de que yo no me resuelvo á ser religiosa porque quiero, sino porque Dios á ello me inclina; y si no me inclina á otra alguna que á la Enseñanza, ¿cómo me puedo apartar del divino llamamiento cuando únicamente por seguirlo dejo mi libertad, que es la alhaja que se aprecia más que el oro de todo el mundo? Religiosa he de ser, y religiosa de la Enseñanza, porque de otra suerte no cumplo con la voluntad divina, y no me contento con eso, porque caminan más léjos mis deseos. Yo entro religiosa de la Compañía de Maria, llamada vulgarmente, en fuerza de su Instituto, de la Enseñanza, pero no únicamente para ser sólo religiosa, sino para, ya instruida en las Reglas y Constituciones, volverme á las Indias á fundar en aquellas remotas tierras un monasterio que bajo la misma Regla se emplee en la instruccion de innumerables niñas pobres que por falta de facultades carecen de doctrina.» Aquí se renovaron las contradicciones, porque no parecia razon que se hubiese de volver á entregar á los peligros

del mar, á las incomodidades de caminos y navegacion, y á los racionalmente temibles quebrantos de la salud para una fundacion que podia sin tanto riesgo hacerse en España, ni sería ménos gloriosa ni ménos conducente al servicio de Dios por hacerse allí, que por hacerse en Méjico, puesto que con igual gloria de Su Majestad podian ejercitarse los ministerios de su Instituto en España que en Méjico. Y áun cuando no fuese igual y tuviese alguna ventaja la fundacion en Indias, eran tales las dificultades de la licencia, y tantos los embarazos del viaje y de los trasportes, que hacian preferible la fundacion en España.

El gobierno, por razones de Estado, dificulta siempre éstas fundaciones, y las dificultará más en este tiempo en que se habla mucho de poner ciertos términos á las erecciones nuevas y de reducir las antiguas á las reglas del Concilio de Trento. Pero á más de las dificultades que son comunes á todas las fundaciones, las tendrán mayores las de las Indias, en que el Consejo, por las distancias, procede con cautela. A estos inconvenientes que le representaban, ella reponia que, siendo indiana, nacida, bautizada y criada en las Indias, debia hacer á su pátria ese servicio: que los caudales que habian de servir á la fundacion, eran adquiridos y estaban allí, y que por eso tenian aquellos países cierto derecho al reconocimiento ó gratitud, y cierta justicia para que se distribuyesen á beneficio de ellos: por último, que esto era más conforme á la voluntad de su madre, por cuyo órgano la llamó Dios, y que los obstáculos que le representaban en los viajes y en Méjico, debian de dejarse á la Providencia divina, que da los socorros para la consecucion de sus désignios. Al regreso á Méjico no cabía en la prudencia, y temeridad dejarla volver á los mares y á la tempestad de que Dios la libertó en el viaje á España. Este habia parecido por entónces, y en las circunstancias que se hallaba, el último esfuerzo de una jóven y un prodigio de su valor y de su espíritu; pero el de la vuelta, si llegaba á hacerlo, era en todo más difícil, y juntaba, á lo penoso de aquel otro, el volver acompañada de las religiosas Fundadoras, que por su sexo y profesion debian hacer la caminata más embarazosa y peligrosa, y serle al mismo tiempo por agradecida conductora y fundadora, otros tantos cuidados mayores que el de su persona sola.

V.

Vence las oposiciones, sale de Zaragoza para Tudela de Navarra, toma el hábito y hace su profesion religiosa.

Como los decretos divinos siempre han de tener su efecto, á pesar de todo poder humano, y sólo permite Dios las contradicciones para acrisolar las almas escogidas, dispuso esta borrasca para purificar más la de doña María Ignacia; pero como el fundamento todo con que se excusaba, eran los impulsos soberanos que para sus altos fines la llamaban, no era fácil apartarla de sus resoluciones y era necesario que saliese siempre vencedora en unas contiendas que no se alimentaban del capricho, sino sólo del cariño y estimacion que profesaban á su persona, sin pensamiento, ni áun lejano, de divertirla de todo aquello que pareciese mejor en el acatamiento divino. Con esta atencion y respeto hubieron de deferir aquellos nobilísimos caballeros al parecer de la parienta, á quien no sólo aprobaron la determinacion, sino que le auxiliaron para la ejecucion de tan gloriosa empresa.

Ya vencidas las dificultades y allanado el camino, salió de Zaragoza para Tudela de Navarra, llevando en su compañía á doña Ana María de Torres Cuadrado y Echeverz, prima suya, á quien facilitó el estado religioso, dotándola para este efecto, por ser de cortas facultades su casa, aunque muy ilustre. Llegaron, en fin, á la siempre grande, antiquísima y leal ciudad de Tudela, y entraron en nuestro convento de la Compañía de María el dia 24 de Setiembre, festividad de Nuestra Señora de la Merced del año 1742, en donde estuvieron de seculares, en habitacion separada, por espacio de cuatro meses y dias, para observar más de cerca y hacerse cargo de la vida religiosa, habiendo sido recibidas con mucho gusto de aquella santa comunidad, que por las noticias que tenía de las bellas prendas de la Indiana (como la llamaban), deseaban que acabase de llegar para lograr la satisfaccion de conocerla y tenerla en su compañía. Aquí el espíritu de doña María Ignacia halló

el sosiego que apetecía su corazón, dando afectuosas gracias al Soberano Bienhechor de verse agregada al claustro de la Reina de las vírgenes, que había sido el blanco de sus ansias.

Libre ya de los respetos que ponían rémora á su giro, comenzó á practicar las diligencias regulares para ser admitida en el número de las religiosas de esta sacra Compañía, lo que sin dificultad le fué concedido, como asimismo á su prima, disponiendo el ingreso para el 2 de Febrero, día de la Purificación de María Santísima, del año 1743; y dando parte á sus nobilísimos parientes de Aragon y Navarra, fueron éstos á solemnizar la función, y de cuenta de la generosidad de la novicia tuvieron algunos días mesa franca para deudos y extraños. Llegó la víspera, y este día salió, acompañada de su prima doña Ana María de Torres, á visitar los templos, vestida de ricas galas y joyas de inestimable precio, esmerándose en ir brillantemente adornada para celebrar este acto tan deseado y tener la complacencia de despreciarlas por vestir el humilde hábito de penitente. Así paseó la ciudad de Tudela; pero ¡con qué modestia, aunque sin encogimiento, mostrando con gracioso donaire, alegre semblante el gozo con que dejaba las vanidades del mundo! Estaban prevenidos vistosos fuegos artificiales para el tiempo de su entrada aquella noche, que por la grande iluminacion no permitieron verse sus sombras. Volvió para su convento acompañada de lucida comitiva, que llena de ternura al ver una acción tan heroica, la manifestaban por los ojos, no sólo los parientes, sino aún los extraños, cuando sólo esta mujer varonil estaba serena y constante enardecida en el divino amor. Puesta la comunidad, como es costumbre, para recibirlas en la portería en dos coros, entró con gran denuedo, dejando burladas las esperanzas del mundo. Fué conducida por las religiosas al coro, en donde se cantó, según nuestro estilo, el *Te Deum*. Al día siguiente por la mañana recibieron el hábito y velo de mano del Sr. Dean mitrado, con dos asistentes capitulares y concurrencia del venerable cabildo y noble ayuntamiento, estando, para recibir el sacrificio de estas fervorosas víctimas con mayor solemnidad, manifiesto el augustísimo Sacramento del Altar, con Misa solemne, que ofició la música de la insigne iglesia colegial, en que se cantaron varios villancicos impresos. Predicó el muy Rdo. P. Hipólito Escuer, rector que fué en el colegio de Hues-

ca, misionero apostólico en los reinos de España de la sagrada y esclarecida religion de la Compañía de Jesús, que tal orador desempeñó la función. Con tan lucido aparato, armonioso estruendo y autorizado culto, sentaron plaza en la apostólica Compañía de María Santísima para militar bajo las banderas de esta soberana Reina en el servicio del divino Esposo de sus almas, siendo Priora de aquella casa la M. Rda. Madre Francisca Croy, religiosa de grande espíritu y celo de la observancia y disciplina regular, y Maestra de novicias la reverenda Madre María Nicolasa Colmenares y Aramburu, de superior talento, bajo cuyo magisterio adelantó mucho nuestra novicia.

Terminado el culto del templo, se sirvió en la gran casa destinada para los convidados un espléndido banquete. Por la tarde concurrió la misma distinguida asistencia al locutorio, en donde al compás de músicos primores acompañó la abundante copia de bebidas heladas y ramilletes, que para la vista y el gusto perfeccionó el arte, no perdonando gasto en demostracion de su regocijo.

De su virtud en el siglo, y rodeada de todos los alicientes la vida mundana, puede inferirse cuál sería en la religion, que es escuela de la virtud. Luégo que entró, se aplicó toda al cumplimiento del Instituto religioso; y como éste no es otra cosa en la sustancia que una regla ó modo de vivir conforme al Evangelio y sus consejos, aprobado positivamente por el Oráculo infalible de la Iglesia, asistida por el Espíritu divino, sentia consiguientemente á esta verdad que el religioso ó religiosa que vivan segun la Regla á que les llamó la Providencia, pueden creer que van seguros por el camino derecho de la gloria; y los que, por el contrario, no vivan segun ella, deben temer que van descaminados y no como Dios quiere. Esta máxima, que debiera estar impresa y siempre firme en todos los corazones religiosos para el consuelo ó para el temor, y sobre todo para animarse á la observancia, la condujo á la más puntual y vigilante que se puede imaginar de nuestra Regla. Ella era el norte que miraba; siempre hacía todo lo bueno que podia, pero ántes de todo cumplia con lo que ésta prescribe. En su aprecio nada era pequeño, si era Estatuto, y miraba las pequeñas observancias, no por lo que eran en sí mismas, sino con respecto al Instituto, de quien son antemurales

y obras, por decirlo así, exteriores que guardan y defienden el muro de la religion.

Antes de cumplir los dos años de noviciado que ordena nuestro Instituto, hizo con todas las solemnidades conciliares renuncia en forma de sus bienes á favor de la premeditada fundacion: ya la habia mandado mucho ántes, como está dicho, en aquel testamento cerrado que hizo en Méjico ántes de embarcarse; pero convenia quitar las dudas que podian suscitarse sobre la revocacion de aquél por su entrada en religion y profesion, y le pareció que tambien convenia quitar algunas cosas y añadir otras, y todo lo hizo de su mano en la prudentísima instruccion que dió con la renuncia al prodatario ejecutor.

Concluido el noviciado, hicieron su profesion las dos primas en el mismo dia 2 de Febrero del año 1745, con iguales alegres demostraciones de júbilo y pompa que se describió en su ingreso, y repique general de todas las iglesias, asistiendo el venerable cabildo de la colegial insigne, presidido de su muy ilustre Prelado. Acudió el recto respetable ayuntamiento de la antiquísima Tudela, cabeza de su merindad, y asistió, finalmente, lo sábio, lo religioso, lo discreto y lo noble en Prelados, señoras y caballeros, no sólo de aquella ciudad, sino de otras muchas partes de Navarra y Aragon, que fueron en lucidas tropas. Para evitar los confusos desórdenes de la plebe se previnieron seis alabarderos, que, como los leones del trono de Salomon, hiciesen guardia á aquel precioso relicario de la virtud. Celebró el sacrificio incruento el señor tesorero de aquella iglesia, entonando á su tiempo la música las armoniosas letras dirigidas al asunto de la profesion de las dos nuevas esposas. Predicó el Rdo. P. Mtro. D. Isidoro Francisco Andrés Monje, del real monasterio de Nuestra Señora de Santa Fé, Maestro de la congregacion benedictina cisterciense, doctor insigne y consumado maestro de púlpitos, cuya fama fué bien notoria. Habiendo consumido el sacerdote, se siguió la sagrada ofrenda de los votos. Estando éste para administrarlas el santo sacramento de la Eucaristía, como es costumbre en esta santa religion, hizo con extraordinario fervor los votos solemnes la hermana María Ignacia, que tenía preciosamente estampados en una lámina que representaba la figura y forma de corazon, para dar á entender que quedaban así grabados en el suyo, lo que tuvo siempre á la vista en su

apuesto para recuerdo de este holocausto. Pasó á hacer la misma ofrenda su ilustre compañera, prima y nueva hermana. Al finalizar la Misa, las adornó con los velos negros el Sr. Dean, y puso el anillo de oro y corona como observamos. Inmediatamente entonó la música el *Te Deum* con que se finaliza este acto, haciéndose más plausible esta mañana por la abundancia de plata que se repartió para las necesidades de la comunidad y míseros cortijos de los pobres, aliviando y remediando sus miserias, infundiéndoles alegría y disipando sus congojas. Los varios afectos que causó en todos los concurrentes de ternura, asombro y edificacion una accion tan generosa, no es fácil significarlo: viendo á aquella grande mujer, á quien lisonjeaba la fortuna con tan crecidos caudales, honras, aplausos y adoraciones mundanas, olvidar de una vez nobleza, caudal, obsequios, rendimientos, aclamaciones y todo lo que el siglo aprecia, para encerrarse en un cláustro, conocian ser obra del poder de la divina gracia.

VI.

Progresos en la virtud de la hermana Mariã Ignacia despues de su profesion.—Solicita la licencia para la fundacion, y sale para ella.

Por la profesion en nada aflojó el arco, ántes lo llevó más tirante, como obligada ya á aspirar á mayor perfeccion, y el fervor del noviciado fué sólo un ensayo del de profesa. No puede decirse todo lo que era; ocultaba mucho de lo que hacía por obviar la alabanza, y que sólo Dios fuese glorificado: quería que sólo este Señor fuese el testigo de su virtud y de su conciencia. De lo que era preciso hacer á la vista de otros, disfrazaba tambien mucho con cierto aire natural, haciendo como geniales algunas cosas que en el secreto de su alma y en los fines con que las ejecutaba eran virtudes elevadas.

En la inmediata eleccion la señaló la obediencia por Maestra de las educandas, y consecutivamente le encomendó, en las elecciones siguientes, los oficios de sacristana y el de Prefecta de salud, en los que ocupó el espacio de siete años poco más que estuvo de profesa en aquel convento, los que ejerció con

el esmero correspondiente al deseo que tuvo de ser instrumento útil en la religion. En todo este tiempo no dejó de la mano el negocio de nuestra fundacion, así con incesantes súplicas al Altísimo á fin de que se verificase, como por medio de las diligencias que practicaba, valiéndose para ello de las personas que la favorecian en Madrid.

Pero como siempre el comun enemigo procura estorbar las empresas de mayor gloria de Dios, y ésta lo era tanto, puso los esfuerzos de su malicia para impedirlo, moviendo grandes oposiciones para su consecucion, con lo que se le ofrecieron muchas ocasiones de merecer; pues á más de las dilaciones que en toda pretension indispensablemente ocurren en la córte, ésta, por las malas inteligencias, se diferia tanto, que le costó bastantes lágrimas y aflicciones de espíritu, porque como Dios se complace en ver padecer á sus escogidos, por el mérito que se les acrecienta con las tribulaciones, permitió que por debajo de cuerda acudiesen algunas personas de este reino solicitando el que no se concediese ó se retardase la licencia. Todo lo sufrió con invicta paciencia, sin descaecer ni desistir su magnánimo corazon, siempre con la firme esperanza de conseguirlo, sin embargo de que todo lo tenía en contra, y segun los medios humanos parecia imposible se efectuase. Llegada la hora decretada por la Majestad suprema, le inspiró á la hermana María Ignacia se valiera de la proteccion del muy reverendo P. Francisco Rábago, de la respetable Compañía de Jesus, confesor que era del Rey nuestro señor, por cuya mano en breve se facilitó. Se sirvió S. M. conceder la licencia por su real decreto de 21 de Febrero de 1752, como consta de la real cédula de 25 de Abril del dicho año, cuya alegre noticia recibió nuestra pretendiente desde principios de Marzo con el regocijo que se puede discurrir, rindiendo afectuosas gracias al Dador de todos los bienes, que tan bueno es para los que le aman y provee cuanto le place. Inmediatamente puso en planta las disposiciones para su viaje, y tratándolo con las religiosas que la habian prometido venir en su compañía, se retractaron; pero otras se le ofrecieron animosas, ocurriendo aquí á la memoria el caso de los Cuarenta mártires de Sebaste, al ver la facilidad con que Nuestro Señor substituyó la falta. Ajustado el número de doce, que, inclusive su persona, habia determinado que viniesen, las once tomaron los Ejercicios de

nuestro Padre San Ignacio de Loyola para disponerse á tan dilatado camino. Se dice las once, porque la otra religiosa, que era de nuestro convento de Zaragoza, no llegó hasta la antevíspera de la marcha. A esta hacía tiempo que una persona religiosa de conocida virtud le había profetizado tres cosas, las que somos testigos se verificaron; una de ellas fué que había de venir á las Indias, y teniendo noticia de la licencia concedida para esta fundacion, no olvidando dicha prediccion, resolvió escribir á nuestra Fundadora para que la admitiese en nuestra Compañía. Por este tiempo se le confirió á la hermana María Ignacia el título de Madre, el que no había obtenido por no haber cumplido los diez años de religion que previenen nuestras Reglas; pero ahora, no obstante no haberlos completado, les pareció á las Madres de aquella santa comunidad le era debido este honor en atencion á sus prendas, carácter de Fundadora y principal instrumento de esta obra, por lo que se le dió jurídicamente, como es costumbre. Querían asimismo que viniese de Prelada, á lo que Su Reverencia se resistió fuertemente, respecto de lo cual el Sr. Dean, en 11 de Octubre del 52, hizo el nombramiento de Presidenta en la más antigua, que lo era la M. Rda. Madre María Ignacia Sartoló y Colmenares, sujeta muy capaz de desempeñar el empleo. Y puestas á cargo del Sr. Dr. D. José Jáuregui, canónigo magistral de aquella iglesia colegial, por orden del dicho Sr. Dean, acompañándolas D. Pedro Baynés, capellan de aquel convento, y D. José Hollo, capellan de la fundacion, y D. Juan José Irigoyen, que venía de mayordomo, habiendo llegado el dia 12 de Octubre, el que estuvo esperando la Madre María Ignacia, por la particular devocion que siempre profesó á Nuestra Señora del Pilar, leche con que la crió su madre la señora marquesa, á quien tenía escogida por Titular y Patrona de este convento, como por Angel tutelar al Príncipe Arcangel San Miguel y por Patrono al glorioso protomártir del siglo San Juan Nepomuceno, porque, á más de la devocion que le tenía, cayó la suerte de estar haciendo su novena al tiempo que recibió la noticia de haber conseguido la licencia, y había prometido al Santo por cuyo medio estuviese actualmente impetrándola de Dios, lo nombraría por patrono, ayunándole su víspera y guardando fiesta el dia. Llegado como se ha dicho el dia señalado, cumularon y oyeron Misa, estando prevenidos ya cuatro co-

ches: á toque de campana se juntó la comunidad en la portería para la última despedida y abrazo de caridad que ordenan nuestras Reglas en tales circunstancias. No hay palabras para ponderar la ternura y lágrimas de esta separacion y último vale de una y otra parte, como unidas con el vínculo de la hermandad religiosa, que es tanto más sensible que el de la naturaleza, cuanto á éste excede la gracia.

Dos señores capitulares iban sacando una á una, entrándolas en los coches, saliendo por su órden, comenzando por la ya dicha Madre Presidenta María Ignacia Sartaló y Colmenares, natural de la ciudad de Pamplona; siguieron las Madres María Estéban de Echeverría, de la villa de Lesaca, en el reino de Navarra; María Ignacia Azlor, americana, y María Josefa Búrgos, de la dicha ciudad de Pamplona: para el segundo coche, las Madres Ana María de Torres, de la villa de Allo, en el reino de Navarra; María Tomasa Tellez, de la ciudad de Alfarro; Joaquina Antonia Azcárate, de la ciudad de Pamplona, y María Isabel Cepillo, que aún era jóven, de la villa de Madrid: en el tercero, la Madre Ana Teresa Bonstel, de la ciudad de Bruselas, en los Estados de Flandes (esta es la religiosa que dijimos vino de Zaragoza á incorporarse), y las hermanas novicias María Lucía Beramendi, de Pamplona; María Josefa Cabriviada, de la villa de Agreda, y una seglar pretendiente, doña María Agueda Urtaum, de Val-de-Roncal, del reino de Navarra. La multitud de apasionados y curiosos era la que en semejantes casos enseña la experiencia concurre, atraídos de la novedad, no sólo de la plebe, sino de toda clase. Habiendo acomodado á las religiosas en los coches, tomaron el suyo los señores destinados para acompañarlas, llevando el pasaporte con que el Rey nuestro señor honró esta nueva comunidad para los lugares donde no hubiese convento de religiosas: éste entregaron á un mozo de confianza, el que iba delante á disponer el alojamiento.

VII.

Sigue el viaje de las Madres Fundadoras hasta llegar al puerto de la Veracruz.

A los cinco dias de camino llegaron á la ciudad de Alcalá de Henares, en donde las vino á encontrar el M. Rdo. P. Bernardo Porzuengos, de la Compañía de Jesus, procurador general y vice-provincial de la provincia de Filipinas, por encargo que de ello le hizo el M. Rdo. P. General Ignacio Vizconti, por haberle pedido á S. Rma. la Madre María Ignacia le hiciese favor de enviar sujetos de su religion para que las acompañaran en el viaje, el que admitió gustoso el Padre. Cuando lo supo uno de los Padres asistentes en Roma, le hizo particular recomendacion de las religiosas, diciéndole: «Quiéralas vuestra reverencia mucho, porque le hago saber que, revolviendo los papeles de un archivo nuestro, se halló uno de letra de nuestro santo Padre Ignacio, en que decía que si Dios le prestaba la vida por algunos pocos años, haria diligencia de una fundacion de mujeres religiosas, que se empleáran en el mismo Instituto de la Compañía, con las de su sexo, bajo las propias Reglas, aunque sin sujecion á esta religion, sino precisamente á los Sres. Obispos.» Y le añadió el susodicho Padre: «Pero no quiso Su Majestad darle esta gloria, por que se la llevase Juana de Lestonac.»

En dicha ciudad de Alcalá entraron por la tarde, y posaron en el convento de Santa Clara, siendo recibidas con mucha complacencia de aquellas señoras religiosas, que se esmeraron en obsequiarlas. Al dia siguiente salieron tarde para su jornada, con el motivo de que aquí el señor magistral hizo la entrega de su comision, con todas las formalidades que demanda el Derecho, al M. Rdo. Padre Procurador general, que le sustituyó, y desde este dia quedó constituido por su comisionado y conductor. Siguieron su derrota sin perder en todo el camino la regular observancia en sus distribuciones de Misa, comunión, oracion mental y vocal, leccion espiritual, exámenes al toque de una campanilla que llevaban en el primer coche, sin

omitirlas áun en la fatiga del camino, en que pasaron bastantes incomodidades cuando entraban en parajes donde no lograban la fortuna de que hubiese convento de religiosas, y se alojaban en casas particulares ó mesones. Y áun en estos lances, que no fueron pocos, les rebotaba la alegría: como que ésta es siempre testimonio de buena conciencia, y lo era tambien de la buena voluntad con que venian. Entre tantas incomodidades no fué de poca monta el transitar la Sierra Morena, que en aquel tiempo era muy fragosa y no admitia pasarla en coche, siendo preciso lo hiciesen en burros (pasaje que con gracia nos referian), y el fin de la jornada fué parar en una venta que no habia más provision para toda la comitiva que cinco huevos y unas sopas muy ahumadas. Aquí entró la reyerta en ceder los huevos: los Padres para las religiosas, y éstas para los Padres.

Víspera de San Simon y Judas, ya de noche, al entrar en Andújar y á la vista de un rio, yendo por su orilla, que era mala senda, pues por el lado contrario todo era peñas, que entre uno y otro no cabía más que el coche, habiendo pasado los tres de las religiosas sin sentir vaiven, se volvió el de los Padres tan del todo al lado de las peñas, que no tuvieron otro arbitrio que romper el vidrio para poder salir, por ser el lado del rio una barranca; pero esta salida por el vidrio fué á costa de una desgracia, porque éste le rompió una oreja al Padre Bernardo, lo que sufrió con grande prudencia y edificacion de todas, pues no habló palabra hasta que le vieron envuelto en un pañuelo. Como estaba cerca de la ciudad, se fué á pié al colegio de la Compañía que allí tenian, para que lo curase el cirujano, y quiso Dios que no tuviese ninguna resulta. Las Madres pararon en el convento de Clarisas, de las que fueron recibidas con mucho agasajo, así de la Madre Abadesa, que lo era la señora doña Menda Alvarez, como de las demás religiosas. Hubieran salido al dia siguiente á no haber enfermado la Madre Fundadora de un grave dolor en un costado, con fiebre, que fué necesario hacerle dos sangrías; esto puso á todas en grande consternacion, por el cuidado que manifestó el médico, que llegaron á pensar siguiesen el camino sin Su Reverencia, á lo que no se acomodaban sus hijas. Pero como Dios aflige y consuela, le envió esa tribulacion para que tuviesen eso más que ofrecer á Su Majestad, y permitió pasára breve, pues á los tres dias reconoció el facultativo que habia declinado, dicién-

doles se consolasen, que allí habia obrado Dios, de lo que dieron gracias al Altísimo, quedando agradecidísimas á aquella santa comunidad por el cuidado que mostraron y finas expresiones que hicieron con todas. Aún no bien convalecida, pues fué esto en tres dias, continuaron el viaje, y el dia 4 de Noviembre, al anochecer, estando cerca del lugar llamado de las Cabezas, se extravió el coche, que hubiera dado en un barranco si no hubiera tenido el auxilio de unas voces que oyó el cochero, sin duda de algun molino que habia á distancia, pues no supieron por dónde las daban, sólo oían que les decian que iban perdidos, con lo que retrocedió y siguió la vereda segura.

En la ciudad de Jerez de la Frontera hicieron noche en casa del teniente coronel: era D. Manuel Azlor, y por la mañana, habiendo ido á la iglesia de la Compañía á comulgar y oír Misa, los Padres las pasaron á desayunar, y esto mismo habian hecho los del colegio de Ecija. Dia 6 de Noviembre, por la tarde, llegaron á la real Isla de Leon, y se aposentaron en casa de don José Diaz de Guitian, sujeto muy apasionado de la Madre Ignacia, por haberla conocido en estos reinos y haber ido en el mismo navío en que Su Reverencia se fué á España, por lo que estuvieron con mucha satisfaccion las Madres.

Al dia siguiente, á hora proporcionada, salieron para Cádiz, y el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Tomás del Valle, del Sagrado Orden de Predicadores, Obispo de esta ciudad, noticioso de su arribo, salió al camino á recibirlas con otros señores prebendados; y asimismo muchas de las señoras principales, entre otras la hermana del Sr. Dean. El Sr. Obispo entró en su coche á las Madres Presidenta y María Ignacia, siguiendo las demás que venian con el acompañamiento dicho, hasta ponerlas en el convento de señoras religiosas agustinas de la Candelaria, del que era Priora la Rma. Madre doña Angeles Paula de Soto, de la que y de su comunidad recibieron mil favores. Las pusieron en habitacion separada, para que tuvieran más desahogo, el que en realidad lograron por la confianza con que se trataban unas y otras, convidándolas aquellas Rdas. Madres á todas sus funciones, así las de coro, á las que asistian interpoladas las dos comunidades, como á sus diversiones religiosas. Los Padres capellanes se esmeraron tambien en favorecerlas, pues no quisieron, en el tiempo que estuvieron allí, que fuese á darles la comunión su capellan, sino tomarse uno de estos

señores el trabajo de madrugar por mostrar su voluntad. Lo más florido de la ciudad de todos estados fueron á cumplimentarlas, valiéndose Dios de estas concurrencias para que se suscitase en los piadosos señores D. Manuel de Arriaga y doña María Ana Artiaga, impuestos en la utilidad de nuestro Instituto, el deseo de hacer una fundacion en la real isla de Leon, la que se verificó algunos años despues, y áun querian que se quedase alguna de nuestras Fundadoras para este fin; y no conviniendo ninguna en ello, acudieron á su tiempo á nuestro convento de Tudela.

Cuando el Padre General de la Compañía hizo al P. Bernardo Porzuengos el encargo de que condujese á las religiosas hasta Méjico, le dijo que eligiese compañero á su gusto y á propósito de los de su mision, la que dejó encomendada al Prelado Murillo Velarde, segundo procurador, su compañero, por lo que escogió al Rdo. P. Tomás de Ron, sujeto muy del caso, por la experiencia que tenía de confesionario de religiosas y direccion de espíritus, el que no pudo venir ántes por las distancias, y llegando ahora, fué recibido de todos con mucho gusto, y los dos iban de su colegio dariamente á saber de las Madres y á confesarlas con frecuencia.

Así pasaron siete meses, demora que no se creyó larga, en espera de embarcacion, la que unos opinaban fuese del Rey, otros no, por la razon de la concurrencia de tropa, sino mercante, á lo que se inclinó la Madre Fundadora. De éstos habia vários que tenian á honor traerlas, y se ofrecieron para ello; pero los buenos informes que tenía del capitan D. Pedro Garaycochea, prefirió éste á los demás, y el Rey nuestro señor, que tan propicio se mostró en todo lo perteneciente á este asunto, las recomendó á dicho capitan, concediéndole en premio cierta gracia en órden á intereses. La Reina nuestra señora, doña María Bárbara, se dignó con su real piedad contribuir con la cantidad de 3,000 pesos para ayuda del viaje á las religiosas, cuyo premio estará gozando en el cielo. En plazos se fué pasando el tiempo, por las contingencias que se ofrecen siempre que se apresta algun navío. Por último, el dia 12 de Junio, Pascua de Pentecostés, por la tarde, fué el señor Obispo con vários Padres Jesuitas á sacar á las religiosas, esperándolas ya otros Padres en el navío, y á toque de campana bajó la comunidad de Candelaria á la despedida, que fué

tiernísima, por el mútuo amor que se habian cobrado: encamináronse los coches al muelle, cuyas escaleras bajaron conducidas por los familiares de S. Ilma., que las esperaban, y entró con todas en la falúa de la Intendencia, sin retraerle el extremado temor que le tenía al mar, acompañándolas hasta introducir las en el navío *La Galga*, álias *Nuestra Señora del Cármen*, en que tenía el capitán prevenido un gran refresco, regalando el Sr. Obispo á la Madre María Ignacia una lámina de la Alma de Nuestra Señora, con marco de plata, por muestra de su afecto, la que hoy dia se halla puesta en la puerta de la cráticula de este convento. Pasado esto, se retiró el Sr. Obispo, haciéndole el navío la salva acostumbrada. Por falta de viento estuvieron ancoradas hasta cerca de las siete de la noche, que se hicieron á la vela. Salieron convoyadas del navío del Rey llamado *El Dragon*, de órden de S. M., hasta Canarias, por el recelo de los moros que suelen infestar aquellos mares. Siguiéron con próspero viento su viaje, si bien las más bastantemente mareadas, como tambien el P. Tomás, que nunca habia navegado. Pasadas Canarias, se despidió el navío *Dragon*, enviando el capitán de su comando un barco con recado á las Madres, muy cortesano, por si gustaban escribir ó se les ofrecia alguna cosa, separándose los demás navíos mercantes que salieron juntos, cada uno á seguir su rumbo, el navío *San Pedro* que venía con el mismo de *La Galga*. Era ésta tan velera, y se adelantó tanto, que no volvieron á saber de él hasta más de mediados de Agosto; es decir, como quince dias despues de haber llegado á tierra. Tuvieron el consuelo de tener Misa todos los dias, y algunos tres, salvo uno, que por racional temor de aquel pasaje, que tenía conocido el Padre Porzuengos, no quiso exponerse á que despues de haber consagrado hubiese algun vaiven. Serenadas algunas del mareo, se divertian en pescar algunos pececillos. El capitán estuvo muy generoso en la abundancia de la comida y aseo de la mesa, poniéndoles pan tierno cada dos dias, que en pocas navegaciones se cuenta. No hubo necesidad de hacer aguada, pues venía tanta provision, que podia haberse vuelto á Cádiz con el agua que le sobró. Fué tanta la felicidad que lograron en toda la gente que venía en el navío, que ninguno tuvo enfermedad grave, y por atencion á las Madres no quiso Garaycochea admitir más pasajeros que tres: estos fueron D. Sebas-

tian de Jáuregui, marqués del Villar del Aguila; D. Martin de Azurmendi, que venía de secretario á esta Inquisicion, y don Clemente Fragua Flotista: los marineros parecian escogidos, pues no oyeron las religiosas una palabra descompuesta. Rezaban tres veces al dia el Rosario de Nuestra Señora; áun las coplas que cantaban, como acostumbran, eran de disparates que causaban risa y no ofendian sus oidos. En los últimos dias tuvieron alguna calma, aunque no fué cosa de especial cuidado. El 4 de Agosto, ya caida la tarde, á los cincuenta y dos dias de embarcadas, dieron fondo en el puerto de la Veracruz, y aquella noche fué el mayor peligro que tuvieron, aunque sin conocerlo las religiosas; pues no se sabe por qué accidente quedó sin amarrar el navío, á la discrecion sólo de las olas y de los vientos, amaneciendo en distinto paraje de donde habia parado, lo que reconocido dieron gracias á Dios por haberles librado del riesgo. El teniente-rey del castillo de San Juan de Ulúa pasó al navío á recibir á la Madre María Ignacia para llevar la comunidad á dicho castillo, donde tenía una grande prevencion, creyendo pasaban por allí, respecto á que cuando pasó por Cádiz este caballero, que venía con el empleo, se habian concertado en esto, lo que no se verificó, por haberlo repugnado el vicario general de la ciudad de Veracruz, diciendo no parecerle bien estuviesen las religiosas en donde por lo regular hay tantos presidiarios; y aunque conociendo tenía razon, le sirvió de mortificacion á la Madre Fundadora, por dejar desairado al castellano, bien que éste quedó satisfecho: estando todavía en el navío llegó un propio de Méjico á entregarle vários pliegos: en uno de ellos lé iba la noticia de que las reverendas Madres del convento de la Concepcion no las admitian, como estaban apalabradas por cartas desde Tudela, ínterin que les hacian su convento, porque habiendo muerto á esta sazón la Madre Abadesa, con quien lo habian tratado, la M. Rda. Madre sucesora, mal informada, fué de distinto dictámen; comenzando aquí á probar el amargo cáliz que les esperaba en este reino, pues los otros pliegos contenian asunto más sensible, como era el que estaban contrario á la fundacion el Ilmo. Prelado y algunos sujetos de la ciudad de Méjico, efecto de las malas impresiones. Saltaron en tierra en dicho puerto, en donde estaban en la orilla esperándolas vários Jesuitas y D. Alejandro Alvarez de Guitian, uno de los

oficiales reales: éste, así por la recomendacion que el gobernador y dichos oficiales tenian de S. M. para atenderlas, como por la particular que le habia hecho el ya mencionado D. José Diaz Guitian, su tio, llevaron á las Madres á la Contaduría, sin destino, por lo que ya el dicho D. Alejandro les franqueó su casa, á donde fueron, pasando primero á la iglesia de la Compañía; allí hicieron oracion y tuvieron el gusto de ver la milagrosa imágen de San Francisco Javier que en aquel colegio se venera; y habiéndoles los Padres felicitado su llegada, salieron para la casa de aquel piadoso caballero, quien, con su esposa, se esmeró en complacerlas, yendo la señora gobernadora y demás nobleza á tener la satisfaccion de ofrecerles sus personas. En la misma casa oian Misa por privilegio de altar portátil que traia la Madre María Ignacia concedido por nuestro Santísimo Padre Benedicto XIV. Quiso Dios que siendo la temperatura tan caliente, no tuvieran novedad en la salud en los cinco dias que se detuvieron esperando el avío ó carruaje.

VIII.

Salen de la ciudad de Veracruz para la Puebla de los Angeles y á la de Méjico.

La tarde del dia 10 de Agosto salieron de esta ciudad, y desde aquí hasta la de Puebla, á donde llegaron el 19. Estuvieron muy obsequiadas de los señores curas y Padres Jesuitas que habia en aquellos distritos, por especial recomendacion que á los unos hizo el señor obispo de la Puebla, y á los otros el Padre General, siendo necesario por esto detenerse en algunos parajes. A la entrada en la ciudad es indecible el concurso: salió al recibimiento el Ilmo. Sr. Dr. D. Domingo Pantaleon Alvarez de Abreu, dignísimo Prelado de aquella diócesis, con el venerable cabildo, muchas señoras y caballeros, siguiendo la tropa con toda su música. Se encaminaron á la catedral, en donde las esperaba S. Ilma., que se habia adelantado: las entró en la iglesia y con toda la música se cantó el *Te Deum*: de aquí salieron en procesion cada dos religiosas con dos señores capitulares, y al último el Sr. Obispo, si-

guiendo la tropa, acompañando los instrumentos de ella. Ya esperaba la comunidad de las señoras religiosas del convento de la Concepcion en la portería. Entraron dentro con el ilustrísimo Prelado y señores prebendados, llevándolas al coro con la música del convento á adorar al Santísimo. Salidas de allí, las condujeron á la habitacion que les tenian destinada, bastantemente espaciosa y adornada de colgaduras de damasco. Concluidos los cumplimientos regulares, regresó dicho señor á su palacio, muy complacido, y diariamente les enviaba de su mesa vários platos, é iba á visitarlas con frecuencia, acompañando del señor auxiliar. Aquí estuvieron muy gustosas, pues se esmeraban las señoras religiosas y todos en favorecerlas. De los conventos de Recoletas les enviaron algun obsequio, por insinuacion de su Prelado; pero en medio de esto, el corazon de nuestra Madre María Ignacia estaba bien atribulado con las noticias que le llegaban de Méjico, sobre no quererlas recibir, por las oposiciones que habia en la ciudad, á causa de vários particulares, y lo más doloroso era que áun el Sr. Arzobispo se hallaba imbuido de malos informes sobre la insuficiencia de caudales para la fundacion, y se le reconocia mucho el desabrimiento. Este era el cáliz que se dijo la esperaba, porque ya se deja entender qué sentiria aquel noble corazon al verse á las puertas de Méjico con estas repulsas, siendo tanta la preocupacion, que llegaron á pensar el volverlas, lo que no podia tener lugar; pues venian con el consentimiento y privilegios de Su Santidad y licencia de S. M., con especiales recomendaciones á los ministros, jueces y justicias de estos reinos. Y para que se vea que no quedó piedra por mover para combatir esta fortaleza, hasta las Maestras de Amiga de esta ciudad hicieron recurso á la Real Audiencia, alegando se les quitaria su modo de subsistir, la que respondió no podia oponerse á las órdenes del Rey nuestro señor.

El Sr. Obispo, que deseaba mucho una fundacion de nuestro Instituto en aquella ciudad, de suerte que, premeditándola, les tenía dedicada la iglesia, y llevó á las Madres á verla cuando salieron, sabiendo lo que se dificultaba en Méjico su admision, le instaba mucho á la Madre María Ignacia para que la hiciese allí. Pero Su Reverencia, en medio de estos ataques, no desistia de su primer pensamiento, y era contra su honor retraerse, dando fundamento á creer ser cierto lo que le acu-

mulan de que era locura y poca prudencia el exponerse sin suficientes fondos á semejante obra: puesta su esperanza en Dios, agradecia á aquel Ilmo. señor su buen afecto, y se descartaba con responderle: «que la licencia estaba para Méjico y no para la Puebla.» Entre estas perplejidades recibió carta de la M. Rda. Madre Abadesa del convento de Regina Cœli, en que le avisaba tenerles ya prevenido hospedaje en su convento, con muchas expresiones de cariño, lo que le sirvió de algun consuelo y mitigó sus penas. Con este motivo, pasados ocho dias de estar allí, el 27 de Agosto, habiéndose despedido de aquella santa comunidad con muchas gracias por el especial agasajo recibido en su compañía, salió el Sr. Obispo con sus familiares y algunos de los señores de aquella santa iglesia á dejarlas fuera de la ciudad, y despidiéndose allí de la Madre María Ignacia con particular cariño, echándola el brazo al cuello, la dijo: «A Dios, querida: primero será la fundacion de la Puebla que la de Méjico.»

En todas estas cosas sólo la sostenia la mano poderosa para no caer de ánimo ni acobardarse, sino llevar la empresa hasta el fin. Siguieron su camino, y el dia 30 de dicho mes llegaron á comer al pueblo de Santa Clarita: llegó al mismo tiempo don Antonio Rubalcava, caballero del Ilmo. Sr. Arzobispo, quien, contra toda la repugnancia que tenía, aunque no de voluntad, envió á cumplimentarlas como correspondia á su cortesana política, haciendo éste muy buenos oficios para consolar á las Madres, á quienes como veia temerosas, aseguraba hallarian buena acogida en su Prelado, pues el mismo señor les habia solicitado alojamiento, yendo en persona á pedírselo á las Madres de Regina, las que habian admitido gustosas. Fueron asimismo á dicho pueblo vários conocidos de la Madre Fundadora, eclesiásticos y seculares. Despues de comer y reposar un rato, se encaminaron todos para la insigne y real colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, celeberrimo santuario de este reino por la maravillosísima y milagrosa imágen de este título que en él se venera. Apeadas allí, el señor abad D. Juan Antonio Alarcon y sus prebendados las esperaban. Habiendo adorado al Santísimo Sacramento, las entraron á la sala de cabildo, en donde estuvieron esperando á Su Ilma., el que vino acompañado de vários canónigos y las saludó con mucha atencion y agrado, mostrándose expresivo. Fueron tambien á recibirlas

muchos Padres Jesuitas de todos los Colegios, y como principales en el asunto, la familia del general D. Francisco Tagle, por ser este caballero tutor de las sobrinas de la Madre Fundadora, marqués de San Miguel de Aguayo y conde de San Pedro de Alano, casado con doña María Soledad Gallo y Villavicencio, quien convidó á su madre, tia y hermanas para que amadrinasen á las religiosas en su entrada. Habiendo estas besado la mano á su Prelado, despues de un corto espacio mandó que abriesen la vidriera de Nuestra Señora para que tuvieran el consuelo de besar la sagrada imágen, lo que lograron algunos de los concurrentes principales; concluido este devoto acto, se adelantó Su Ilma. para recibirlas en Regina, y despedidas del Abad y demás señores, fueron entrando en los coches dos religiosas y dos señoras, llevándose consigo la Madre María Ignacia á los señoritos sus sobrinos. Entraron en esta imperial córte, y habiendo tenido licencia nuestra Madre Fundadora, se apeó en la portería de la Concepcion á dar un abrazo á la religiosa que la habia tenido en su celda cuando estuvo allí de seglar ántes de irse á España, como se dijo en su lugar, de lo que tuvieron muchas mucho gusto, aunque por breve rato, pues estaban esperando las demás en el coche. El gentío que ocurrió desde que entraron en Nuestra Señora de Guadalupe, lo puede discurrir quien sepa lo populoso de esta córte de Méjico; pues no sólo estaban inundadas las calles, sino los balcones y azoteas, acompañando á esta multitud el armonioso y alegre repique de todas las campanas de la ciudad. Llegaron á Regina, recibidas de los señores capellanes del convento, los que las introdujeron en la clausura acompañadas de sus madrinas, estando en la portería de adentro, en el sitial, el señor Arzobispo con dos asistentes y la comunidad, habiendo dado licencia para que otras personas principales pudiesen entrar, así eclesiásticas como seculares. De aquí fueron procesionalmente al coro bajo, en el que estaba prevenido otro sitial y doce cogines, en que se hincaron las Madres Fundadoras con sus madrinas, y entonando la música de la iglesia catedral el *Te Deum*, iban llegando por su antigüedad cada señora con su ahijada, á que diera la obediencia á Su Ilma. Acabada esta preciosa ceremonia, subieron á la sala que estaba dispuesta para el recibimiento, en la que se les sirvió un magnífico refresco de cuenta de este Ilmo. Príncipe: duraron tanto estos ob-

sequios, que serian como las nueve de la noche cuando se despidieron, dejando muy consolada á la Madre María Ignacia el trato afable con que estuvo el benignísimo Prelado; llegando á tanto, que concedió voluntariamente entrasen los tres dias consecutivos á la mañana y tarde las señoras que amadrinaron, enviando en ellos Su Ilma. espléndidos refrescos, como tambien la comida de las Madres aquellos tres dias con abundancia, y encargando con esmero y gracia que no echasen pimienta en este país de Chile, porque no la comerian.

Estando ya solas, sin el bullicio, manifestó aquella religiosa comunidad á sus huéspedes la crecida voluntad con que las albergaban y el deseo que tenian de complacerlas. Cenaron con Sus Reverencias y las llevaron despues á tomar posesion de su vivienda, que era la celda de la M. Rda. Madre Agustina de Señora Santa Ana, quien la cedió por tener la comodidad de un corito bajo para la capilla que llaman de los Medinas, con su comulgatorio y confesonario separados de la iglesia, para mayor comodidad de las Madres: añadieron unas piezas que tenian una hermosa tribuna para la iglesia. El ajuar de la habitacion estaba dispuesto por D. Francisco Tagle, á expensas de la Madre María Ignacia, y la despensa del Sr. Rubio, que la hizo proveer con abundancia de cuanto pudiera ser necesario. Los Padres Jesuitas conductores estaban en el Colegio de San Andrés; no entraron en la clausura ni el primer dia; pero iban á verlas con frecuencia, como tambien otros muchos de todos los Colegios, los que siempre perseveraban en su asistencia, por haber traído la Madre Fundadora carta de recomendacion del Padre General para el Padre Provincial de esta provincia de Nueva España, el que les entregó la direccion de sus espíritus, por peticion de la misma, á los M. Rdos. Padres Cristóbal Escobar, Francisco Ceballos, Francisco Javier Lazcano, José Carrillo y Eugenio Ramirez: éstos fueron asignados, pero iban otros muchos.

El Cabildo eclesiástico y Real Audiencia las cumplieron por medio de comisionados, ofreciendo su proteccion, como asimismo las sagradas religiosas y muchas personas particulares de la ciudad. Los Sres. Vireyes no hicieron demostracion alguna en esta ocasion, por descuido ó inadvertencia que hubo en no haberle pasado aviso á la Sra. Vireina de su llegada, á lo que despues se le procuró satisfacer; pero sin embargo de

esta justa queja, cuando ya estaban las Madres en su convento, se sirvió la Excma. señora doña Antonia Padilla, como tan caritativa, enviarles vários tercios de semillas.

Pasados los tres primeros dias, empezaron á seguir con quietud su distribucion religiosa, aunque con el desconsuelo de no poder ejercer su Instituto. Sin embargo, en algunas niñas de aquel convento emplearon su celo. Aquella religiosísima comunidad, que parece ser su carácter la mútua union entre sí, la misma se extendió para con nuestras Madres; de modo que se trataban con tanta satisfaccion, que siendo así que tenian en su habitacion toda la comodidad de coro y comulgatorio, como se ha dicho, no permitieron se sirviesen de él sino para las renovaciones de votos cada seis meses, y para rezar el Oficio, por ser el nuestro el Parvo; pero en los tres dias de Semana Santa, dia de Noche Buena y difuntos, que acostumbramos rezar el Oficio mayor, iban á su coro, poniéndose interpoladas, haciendo armonía los vestuarios de una blanca y una negra. En todo lo demás de funciones, comuniones diarias, Misas y diversiones religiosas, siempre juntas, cuando lo permitian sus distribuciones, siguiendo de esta familiaridad tanta estrechez de voluntades y fino agradecimiento de nuestras Madres, que nunca acababan de ponderar los favores recibidos, y que no eran capaces de corresponderlos, como muchas veces lo expresaban, perpetuándolos con hermandad que hicieron de aplicar por las difuntas de una y otra comunidad los mismos sufragios que cada una ofrece por las suyas, y esto no sólo con las doce que allí estuvieron, sino quedando para toda la posteridad. En 6 de Setiembre, á los siete dias de estar en el convento de Regina, presentó la muy Rda. Madre María Ignacia Sartoló á nuestro Ilmo. Prelado el nombramiento jurídico que á la salida de Tudela hizo en su persona el Sr. Dean, Dr. D. Martin de Valdemoros, Prelado de aquella ciudad y su distrito, con fecha 11 de Octubre de 52, en que la constituyó presidenta de la fundacion hasta llegar á Méjico, y asimismo la Madre María Ignacia Azlor presentó otro escrito á nombre suyo y demás Madres, pidiendo la confirmase en el empleo hasta la futura eleccion, que segun nuestras Constituciones debe ser la vigilia de la Anunciacion, á lo que condescendió S. Ilma., como consta por su decreto de 7 del mismo.

Presentada la real cédula de licencia de la fundacion al superior gobierno, se obtuvo el pase, como consta del decreto de 31 de Octubre de 53, lo que ejecutado con el real acuerdo, lo dió por su decreto de 19 de Noviembre del mismo año. Pasaron despues á presentar escrito al Sr. Arzobispo con la real cédula, pidiendo el pase, y avisando el obediencia del superior gobierno y real acuerdo de esta Nueva España, é impetrando las licencias necesarias para la creacion y fundacion. En que este pasára al promotor fiscal, y las demás diligencias que se practican en estos casos, no se obtuvo la licencia hasta el dia 31 de Diciembre de 53, como consta del decreto, mandando al mismo tiempo se ejecutára lo que el promotor fiscal pidió, que fué razon de los fondos que habia, con cuyo proveido comenzaron las cosas á enlazarse en dificultades; y como S. Ilma. estaba aún algo desabrido y desconfiado en órden á la suficiencia para la fundacion, á causa de los informes contrarios que se le habian hecho en este particular, diciéndole que habia sido inconsideracion el haberla emprendido sin tener con qué, y otras cosas semejantes que le abultaban; y por otra parte veia que la Madre Fundadora le aseguraba que de todo su caudal habia hecho heredera á Nuestra Señora del Pilar para esta fundacion, y era bien público el que tenian sus padres. Para salir de confusiones, mandó notificar á dicha Madre declarase con individualidad los caudales que tenía, en qué ramos y en poder de quién, lo que ejecutó por medio de su apoderado D. José Antonio de Santander. Con esta declaracion decretó S. S. Ilma. se le notificase al albacea de los señores marqueses sus hermanos, en cuyo poder se hallaba, para que diese razon con declaracion jurada de lo que existia. Hecha esta diligencia, fué corriendo el tiempo en la dilacion de los trámites regulares que permiten las leyes, sin embargo de la exigencia con que se manejaban en la secretaría arzobispal, pues aún estando en la visita S. S. Ilma. hay vários decretos despachados en el mismo dia en que se presentaban, desde el pueblo en que se hallaba; y de Tezcúco hay uno expedido en 16 de Febrero, en que respecto á la multitud de negocios que ocurren en la santa visita, y deseando dar curso al de la fundacion, sin gravar á las partes interesadas en los costos, manda que así éstas como el señor promotor hagan sus recursos ante el Sr. Dr. D. Francisco Javier Gómez de Cervantes,

prebendado de la santa iglesia metropolitana, provisor y vicario general de este arzobispado; mandó á dicho señor comision en forma para que miéntras se restituia S. S. Ilma. á esta capital, conozca del precitado negocio, dándole cuenta de sus resoluciones para la inteligencia de S. S. Ilma. Ultimamente, en 28 de Febrero, decretó el señor provisor al albacea pasase á la secretaría el dinero y alhajas que habia expresado existian; y habiéndosele notificado á dicho albacea el 21 de Marzo próximo, puso en dicha secretaría, por mano del apoderado D. José Santander, setenta y dos mil doscientos cuatro pesos cuatro reales y medio, habiéndole entregado ántes várias alhajas de oro, plata y pedrería, láminas y cuadros, y que del chinchorro que habia más de seis mil ovejas daría cuenta cuando viniese el último arredro, y lo entregaria al sujeto que nombrasen, lo que mandó el señor provisor se le hiciese saber á la Madre Fundadora y que determinase á dónde queria que se depositára el dinero, á lo que respondió Su Reverencia no tener más voluntad que la de S. S. Ilma. Y como el señor provisor hacía las veces de Prelado, dispuso se guardase en el arca del convento de Regina, respecto á que con el motivo de la fábrica que se emprenderia era preciso tenerlo á la mano para lo que fuese necesario, lo que se ejecutó al dia siguiente, 22 de dicho mes.

En esta satisfaccion dieron paso á buscar sitio acomodado á nuestro Instituto, que debia estar en el centro de la ciudad, y comenzaron la diversidad de pareceres entre los sujetos apasionados, por vía de consejo. Por fin se resolvió comprar dos casas en esta calle de los Cordobanes; la una se le compró á D. Andrés Otáñez, que estaba para pasar á la ciudad de Veracruz, y con este motivo la tenía de venta, debiéndole las Madres hiciese la caridad de dárselas en mil pesos ménos de lo que otros prometian por ella; la otra, que era contigua, finca de las Rdas. Madres de la Encarnacion, fué más difícil de conseguir, pues se resistieron fuertemente, por justos motivos que tendrían, hasta que nuestro Ilmo. Prelado fué en persona á suplicarles diesen su consentimiento, atendiendo á la necesidad que habia. Efectuada la compra, se comenzó la obra de este convento, sábado 23 de Junio de 54, la que dirigió fray Lucas de Jesus María, religioso láico del sagrado Orden de San Agustin, de la mision de las islas Filipinas, el que lo

tomó con todo empeño, y para mayor brevedad no lo sacó de plantas, valiéndose de la misma que tenían las casas. En su recinto formó habitaciones propias para religiosas de vida común, y las anejas á nuestro Instituto, sin faltarle, en medio de la estrechez del sitio, oficina alguna. A la eficacia de dicho Fr. Lúcas se agregaba la vigilancia del Arzobispo para que no hubiese demora; y corrió con tanta felicidad, que áun en el temblor tan fuerte que hubo en aquel año, día de Santa Rosa, estando los pilares del segundo patio sin cubrir, no se experimentó desgracia ni sentimiento alguno en la obra, como temieron todos. Cuando se cerró la clave del último arco del patio principal, vino á asistir S. Ilma., poniendo en él varias reliquias, y se pusieron sus armas, labradas en piedra, para señal y en memoria del agradecimiento. A 21 de Noviembre, día de la Presentacion de Nuestra Señora, que ya estaba concluido el convento, vino el Sr. Arzobispo á bendecirlo. El día 17 de Diciembre del año de 54 dió orden S. S. Ilma. al señor provisor para que el día siguiente fuese á las seis de la mañana á pasar á las religiosas, y á éstas de que se trasladasen á su nuevo convento. Sin duda quiso S. S. Ilma. usar de esta violencia para evitar el concurso, de modo que apenas tuvieron tiempo para despedirse de aquella venerable comunidad, á quien estaban tan obligadas y reconocidas. Este, que parece acaso, fué muy conveniente; pues lo repentino de la salida no dió lugar al sentimiento, que hubiera sido mayor de una y otra parte, premeditada la separacion, despues de haber estado en tan estrecha union por espacio de un año, tres meses y diez y siete dias.

IX.

Toman posesion de su convento y empiezan á ejercer sus ministerios.

Conforme á la órden que se dijo en el capítulo anterior, día de la Expectacion de Nuestra Señora, 18 de Diciembre, á las seis de la mañana, fué el señor provisor D. Francisco Javier Gomez de Cervantes, acompañado del notario, y en los coches

que mandó el Sr. Arzobispo para su transporte, vía recta, las condujo á la iglesia de este convento, en la cual entraron con unas candelas encendidas que recibieron en la puerta de ella, habiendo hecho oracion ínterin se cantó el *Te Deum laudamus*, el que fenecido pasaron en derechura á la portería, y habiendo entrado en el coro bajo recibieron todas el santísimo sacramento de la Eucaristía, que les administró el señor doctor D. Manuel Rojo del Rio y Vieira, canónigo de esta santa iglesia y capellan mayor de este convento, que fué nombrado desde que estaban en Regina, que despues fué Arzobispo de Manila, quien inmediatamente procedió á celebrar el santo sacrificio de la Misa, á que asistieron todas, estando en este acto el Santísimo Sacramento patente. Acabada la Misa y depositado el Divinísimo, salieron á desayunarse, teniendo prevenido, de órden del Sr. Arzobispo, abundancia de masas, que no pudieron comer por ser dia de tómporas.

Hallaron aquí á dos señoritas sobrinas de la Madre Presidenta (que en la actualidad son religiosas) y á la mujer del apoderado Santander. Estas no se quedaron á comer; pero sí estuvieron todo el dia el Padre Bernardo Porzuengos y su compañero el Padre José Azcon, porque el Padre Tomás de Ron ya se habia ido á su destino de misionero, los señores allegados al Sr. Arzobispo y dicho D. José Santander, quienes les estuvieron enseñando toda la casa con el bachiller D. Manuel Sanchez de Tagle, segundo capellan y sacristan mayor.

Llegada la hora de comer y puestos á la mesa los dos Padres Jesuitas y las Madres, les sirvieron la comida los familiares del Sr. Arzobispo, la que vino de su palacio, y estuvo tan buena como abundante.

Este Ilmo. Prelado vino á la tarde á congratularse con esta pequeña comunidad y darles el parabien, quien no satisfecho en sus obsequios, les dió un magnífico refresco, sentándose en su compañía hasta despues de las oraciones, que se retiró, dejándolas muy llenas de satisfaccion y agradecidas á tanto cúmulo de beneficios, pues á más de los referidos dió órden á su mayordomo desde que vinieron á esta ciudad para que les suministrase cien pesos mensualmente para su manutencion, limosna que continuó hasta su fallecimiento.

Inmediatamente distribuyó la Madre Presidenta los oficios en la forma siguiente: Su Reverencia, portera de las clases;

Madre María Estéban Echevarría, Maestra de clases y enfermera; Madre María Josefa Burges, Maestra de colegialas y sacristana; Madre María Ignacia Azlor, procuradora; Madre Ana María de Torres, Maestra de novicias; Madre Ana Teresa Bonsel, portera del convento y Maestra de clases; Madre María Tomasa Tellez, sacristana y tornera; Madre Joaquina Azcárate, Maestra de colegialas y bibliotecaria; hermana María Isabel Cepillo, Maestra de clases; hermana María Lucía Beramende, Maestra de clases y ropera; hermana María Josefa Cabriada, dispensera y enfermera, y estas tres últimas llevaban á semanas, á más de sus oficios, los de campaneras, refitoleras y otras várias cosas.

El dia 30 de Diciembre entraron por la mañana en este colegio doña María Josefa Moreno y Azpilcueta, de edad de siete años, por quien habia hablado el Sr. Obispo de Durango, doctor D. Pedro Anselmo Sanchez de Tagle, á quien habia prometido la Madre Fundadora sería la primera que entrase con su tia doña María Ana Moreno, las que vinieron de dicha ciudad con este destino, y doña Josefa Camarillo; á la tarde doña María Antonia Rivera y María Ana Blanco, entrando sólo cinco este dia, aunque habia otras que estaban esperando, determinándolo así la Madre María Ignacia en reverencia del Dulcísimo Nombre de María, deseando que estas cinco dedicadas á tan augusto nombre quedáran religiosas: beneficio que lograron y hoy dia viven. El dia 1.º de Enero del 55 entró de colegiala doña María Gregoria Bustamante, con el destino de ser ya religiosa, para lo que estaba admitida. Continuaron de este modo entrando en el colegio muchas de las principales familias, así de esta ciudad como de fuera. Las clases externas no se abrieron el dia 7, como es costumbre, por acabarse el dia de Reyes nuestras vacaciones, sino hasta el dia 11, por ser sábado, dedicado á María Santísima. Aquella primera mañana acudieron á dichas clases sólo diez niñas, á la tarde veinte; pero desde la semana siguiente, una multitud, á que no daban abasto las Madres maestras: era necesario que las de otros oficios las fuesen á ayudar, siendo esto de mucho júbilo para el ardiente celo de nuestra Madre Fundadora, que daba por bien empleado todo lo que habia padecido al ver logrado su fin; cuya concurrencia ha continuado hasta ahora sin descaecer, con grande consuelo nuestro, por el fruto que se saca, mediante la ayuda

del Señor y para gloria suya, por nuestro santo Instituto.

El dia 24 de Marzo, en que deben ser nuestras elecciones, habiendo precedido los ocho dias de retiro que prescriben nuestras Constituciones, vino esa mañana S. S. Ilma. á hacer la eleccion, en la que con todos los votos salió electa por Priora la Madre María Ignacia Azlor, la que por la suma repugnancia que siempre tuvo á la prelación, dijo ser nula la eleccion, alegando que no tenía la edad, cuando sólo la faltaban seis meses, á cuyo alegato repusieron las vocales estar este inconveniente ya vencido, pues á prevención tenían de antemano obtenida la dispensa de S. S. Ilma. por si se verificaba este caso; con lo que no teniendo que responder, obedeció, recibiendo la cruz más pesada para Su Reverencia que las anteriores. Nuestro Prelado quedó muy gustoso de la eleccion hecha, y á la tarde volvió á dar el parabien y hacer la visita acostumbrada, costeando su generosidad un buen refresco, que sirvieron sus familiares.

Habiendo hecho la lista de oficios, y despachada ésta, dió paso á que profesáran las dos que habian venido de novicias, quienes habiendo cumplido el dia 10 de Octubre anterior, no habian hecho su profesion, porque nuestro Ilmo. Prelado, aunque muy compadecido por tanta espera, decia era necesario tuviesen paciencia hasta que la Madre Fundadora evacuase lo que por el defensor se habia pedido y por su persona ordenado, sobre la calificacion de los caudales que habian de servir para la fundacion, pues lo contrario se oponia á lo formal y á lo justo. No obstante esto, por las repetidas instancias de las novicias y obviar los inconvenientes, habiendo afianzado sobre el chinchorro, condescendió el corazon piadoso del Prelado, é hicieron su profesion solemne el dia 7 de Abril, con mucho consuelo de sus espíritus. El dia 20 del mismo tomaron el hábito doña María Agueda de Urtazun, que vino de pretendiente con las Madres, añadiéndose el nombre de Javiera, y doña María Gregoria Bustamante, quien se puso el de Micaela, por devocion de la Madre María Ignacia y suya, alegrándose mucho Su Reverencia de que tan breve empezáran á alistarse en esta sagrada Compañía, y gozabase en la posesion de sus deseos, viendo establecido ya nuestro Instituto sagrado en este Nuevo Mundo, trocados en tranquilidad los pasados riesgos, y en seguridad el amenazado naufragio. Lo grande del beneficio

le obligaba á mostrarse agradecida á la poderosa mano que la habia sacado de tan repetidas inquietudes; y como el mejor modo de agradecer es el cumplimiento de la obligacion de cada uno, y en la Superiora es, no sólo el aprovechamiento propio, que es la principal parte del fin é Instituto de la Compañía de María, miraba no solamente á su alma, sino tambien á la de sus hijas, como porcion encomendada á su cuidado, que habia de dar estrecha cuenta si por falta de vigilancia se introducía insensiblemente algun abuso contra la observancia regular, por lo que tan perfectamente se dedicó á ésta para el mayor ejemplo, que es el más poderoso estímulo para la imitacion, sin ruido de palabras, que sin exageracion alguna pudo tenerse por dechado de religiosas observantes: de manera que con advertencia y conocimiento, por respeto ninguno se apartaba un punto de lo que la Regla manda. La distribucion ordinaria, que es el plan de la religiosa disciplina, era la pauta por donde se arreglaban todas sus operaciones del dia. Las enfermedades, que son el desconcierto de la naturaleza, desazonando interiormente de tal suerte las potencias, que desabridas éstas, repugnan todo ejercicio, áun aquel que en sana salud les es delicioso y apetecible, nunca le impedian la observancia de su diaria ocupacion; porque asistia puntual á todo lo de la comunidad con la misma devocion y fervor como cuando estaba sana, siendo su regular dicho en semejantes ocasiones que era poco mal y bien chiqueado. Este era el caso único en que con humildad representaba al confesor por quien se dirigia, porque si éste le decia que debia ver por la vida, respondia regularmente que bastante se hacía por ella y nada por Dios. Si le decia que habia obligacion de cuidar de la salud, respondia que la salud no sirve para otra cosa que para emplearla en el servicio de Dios, y de esta suerte hacía sus representaciones graciosas para que no la obligase al descanso y retiro de los diarios ejercicios de la comunidad; pero con todo, si oidos sus alegatos le mandaba cesar de la comun tarea piadosa de las demás, obedecia rendida, aunque esta su obediencia se reducía sólo á no salir del aposento, resguardándose del viento, que era lo que le parecia encerrarse en el mandato, mas no á dejar de hacer dentro de sus pobres paredes todos aquellos oficios de piedad que pide la devocion, cuando ésta tiene perfectamente dominado el ánimo. Allí, pues, encerrada

se empleaba en los rezos, en la oracion, en las estaciones y demás religiosas obras en que estaban en lo público bien ocupadas sus hermanas. Esta invariable práctica observó constantemente desde que se enclaustró en Tudela hasta la última enfermedad de que murió.

Celaba en todas las oficialas el cumplimiento de sus respectivos oficios, y si en alguna religiosa veia ó sabia de ella alguna falta, en lo pronto disimulaba, llamándola despues á su aposento para reprenderla, segun el hecho lo requeria; pero siempre con estilo de Madre, haciéndole conocer el deseo de su aprovechamiento; y aunque en el acto se mostraba severa, pasado éste no le quedaba amargura en su corazon para con la súbdita, procurando ocultarlo de las demás. A las clases externas bajaba muchos dias á observar el porte de las Madres maestras, encargándoles el cuidado de las niñas, particularmente de las más pobrecitas. Sobre la grande tarea del dia, pues todos los negocios los manejaba por sí propia, el descanso de la noche era salir, cuando ya estaban recogidas las religiosas, á velar la viña que el Padre de familias habia puesto á su cuidado en el convento y colegio. En éste, si reconocia que las educandas, como niñas, estaban inquietas haciendo travesuras, avisaba á alguna de sus Madres maestras para que las fuera á sosegar. Era Su Reverencia recta y procuraba que sus súbditas fueran muy observantes, solicitando que ninguna estuviese ociosa, acordándose de lo que dice nuestra santa Regla, que el ocio es origen de todos los males; pero al mismo tiempo en su trato familiar era benigna, afable y festiva en su conversacion, divirtiéndolas en las horas de recreacion y de quietud, dando á cada cosa su tiempo, no agradándole que fueran melancólicas, ni virtuosas con hazañerías, sino que sirviesen á Dios con libertad de espíritu, sin nimiedades escrupulosas. Con este modo de gobierno se manejó todo el tiempo que Nuestro Señor nos la concedió por modelo.

En este primer trienio del año 55, tuvo nuestra Madre María Ignacia el consuelo de recibir la especial reliquia del ínclito mártir San Juan Nepomuceno, que se venera en nuestra iglesia. Esta se la remitió su tio el Excmo. Sr. D. Antonio Azlor, que se hallaba de embajador en la córte de Viena, á quien se la habia regalado la señora emperatriz doña María Teresa de Austria, y la trajo el señor marqués de las Amarillas

cuando vino de Virey á esta Nueva España. Esta preciosa reliquia es un artejo del dedo índice del Santo, colocada en una imágen suya de poco más de cuarta, toda de oro curiosamente labrada, y áun dicen que es verdadera efigie del glorioso mártir, dádiva propia de una Emperatriz, para la que mandó hacer nuestra Madre Fundadora, á su idea, una urna de cristales guarnécida de plata, estribándola sobre una nube asimismo de plata, y en el reverso de dicha urna, tambien entre cristales, se deja ver la auténtica. Fué para Su Reverencia muy apreciable esta prenda, por el afecto que profesaba al Santo y el deseo que tenía de poseer una reliquia suya, que es tan difícil conseguir.

En 28 de Noviembre del año 1757, en atencion de haber verificado y cumplido la Madre María Ignacia todas las obligaciones de Fundadora, y en su consecucion, se sirvió el señor Arzobispo aprobar en toda forma de Derecho esta fundacion, confirmando y concediendo al mismo tiempo el patronato de iglesia y convento á nuestra Madre Fundadora por los dias de su vida, y despues de su fallecimiento á sus sobrinos los señores marqueses de San Miguel de Aguayo y conde de San Pedro de Alamo, miéntras vivieren, y despues de sus dias á los hijos y sucesores del primero que llevase el título de marqués de San Miguel de Aguayo, por la línea recta solamente; y en su falta, á la persona que eligiere la comunidad si le pareciese conveniente. Lo que se les hizo saber á las Madres á toque de campana en el coro bajo, las que dieron rendidas gracias á S. S. Ilma., particularmente la Madre María Ignacia, que con esta definicion tuvo ya el lleno de sus deseos, viendo establecido con firmeza lo que tanto desvelo y oraciones le habia costado. El motivo de haberse diferido todo este tiempo dicha aprobacion, fué por el recelo que, como ya se dijo, tenía nuestro Prelado de la suficiencia de fondos para que pudiese subsistir este convento, lo que miraba con prudencia respecto á que nuestra Madre Fundadora contaba, no sólo con los cien mil pesos que le tocaban por sus legítimas, de los que ya se ha dicho quedaron en ser setenta y dos mil, por haber expendido los restantes en los viajes de ida á España y vuelta á estos reinos, obras pías que fundó y muchas limosnas que hizo, como ya queda insinuado, sino asimismo con los cincuenta mil pesos que su hermano el señor conde del Alamo le asignó sobre

las utilidades de la mina de Santa Anita, en Guanajuato, para este fin; los que hasta el dia no se han enterado, porque la mina, frustrando las piadosas instrucciones del señor conde, ni dió ni ha dado utilidades algunas, y esto era lo que conocia S. S. Ilma. Pero el buen gobierno y economía de la Madre María Ignacia dispuso en buena forma las rentas, pues con lo que quedó despues de concluido el convento, en que se gastaron cincuenta y siete mil pesos, várias alhajas que vendió, menaje de la casa y algunos dotes de las primeras que entraron, con más ciertas cantidades que le volvieron, de que era acreedora, procuró prontamente comprar fincas, para con sus réditos satisfacer y dar cumplimiento á lo que habia dispuesto.

X.

Su devocion al Santísimo Sacramento, á María Santísima y á otros Santos.

Cumplidos los tres años de su prelación, el 58 se procedió á nueva eleccion, la que recayó en la misma persona de nuestra amada Madre Azlor, con tanto gusto de la comunidad como repugnancia de Su Reverencia, pues más deseaba obedecer que mandar. La confirmó S. Ilma. en el empleo con particular complacencia, y hubo de seguir con la cruz que Nuestro Señor la habia destinado hasta su muerte, reconociéndosele en el semblante lo acibarado que quedaba su corazon con el nuevo honor, muy debido por todos títulos á su virtud y talento.

Ya se ha hablado de su gobierno en general: haremos ahora alguna insinuacion de sus virtudes y devociones particulares, pues para expresar por menor lo mucho que se pudiera decir de su frecuencia de Sacramentos, presencia de Dios, oracion, meditacion, leccion de libros devotos, mortificacion y penitencia, era menester que corriera muy dilatada la pluma.

La devocion de la Madre María Ignacia al Santísimo Sacramento era tan reverente, que no llegaba á esta sagrada mesa sin primero reconciliarse con mucha compuncion de sus leves faltas; y aunque era nimio su temor, no omitia recibir este Pan

de vida, no satisfecha de sólo las comuniones de Regla, con la mayor frecuencia que podia, y tenía particular cuidado de recibirlo el dia del Santo patron de cada mes, y de que todas lo ejecutasen: en muchas festividades de María Santísima consiguió licencia para que se descubriese el Santísimo en la Misa cantada, y á la tarde por espacio de una hora; y siempre que estaba expuesto este divinísimo Señor en nuestra iglesia, no se apartaba de su presencia si no la obligaba alguna distribucion ó negocio en cumplimiento de su empleo; jamás dejaba de estar de rodillas en el coro, si no era cuando se rezaba el Oficio, con tal compostura exterior, que se echaba bien de ver la interior reverencia de su espíritu, que á todas las componia. Consiguiente á esta era la devocion á la santa Misa, sin perder alguna de cuantas se decian, lamentándose cuando no llegaba siquiera á cinco, en reverencia del Dulcísimo Nombre de María, y al sacerdote que decia la quinta le rezaba cinco Salves en agradecimiento de haberle completado este número; lo que sabido por algunos de los que frecuentaban nuestra iglesia, codiciosos de sus oraciones, solicitaban que les cayese la suerte; siendo tanto su anhelo de este Santo Sacrificio, que tenía prolijidad de apuntar las que oia en cada semana, mes y año, haciendo exquisitas diligencias por no perder ninguna; y várias veces sucedia desayunarse á toda prisa, ó no acabar, para alcanzar la Misa que habia oido tocar; y si por motivo urgente perdía alguna, todo el dia le duraba el sentimiento. No obstante esta grande devocion, prevaleció un dia su paciencia y humildad, pues estando ya en pié para ir á oirla, entró una hermana, quizá con más sencillez que malicia, dándole un libro de la vida de un Santo, diciéndole que leyera aquel capítulo, que era de la prudencia con que habia gobernado, y se volvió á sentar, respondiéndole se lo leyese la misma, perdiendo la Misa por oir dicho capítulo, sin mostrar la más mínima turbacion, de que quedaron muy edificadas así las que se hallaron presentes como las que despues lo supieron. Este interés la obligaba á sufrir la incomodidad del aposento en que vivia con la ventana á la calle, una de las más ruidosas, así por el continuo tráfago de los coches, que á todas horas del dia y de la noche van y vienen para todas las demás calles del vecindario, como por el molesto bullicio de la gente vulgar, que para sus algazaras, alborotos y griterías ni tiene hora ni guarda concierto; y

teniendo el sueño muy ligero, con todo, para la Madre María Ignacia era muy acomodado y apetecible, porque tenía una ventanilla pequeña, que, abierta, daba comunicacion al aposento con el coro, facilitándole las continuas visitas al divino Señor Sacramentado. De ésta usaba especialmente cuando estaba enferma ó impedida por la obediencia para asistir á los divinos Oficios, á visitar á su divino depositado Dueño; pues abierta, no sólo le frecuentaba la presencia mental, sino tambien la real, para lograr la mayor inmediacion que podia á los altísimos misterios y á la adoracion de su Amado.

Con esta santa industria lograba el oír todas las Misas que se decian en Casa, porque si estaba sana asistia en el coro, y si enferma, desde el aposento. La devocion y reverencia con que todo esto ejercitaba no es fácil expresar en breve; sólo se dice de paso que las reverencias ó postraciones corporales y externas todas eran profundas, áun siendo muy frecuentes, si no decimos continuadas, porque se habia de postrar indefectible y profundamente siempre que mentaba á la santísima augustísima Trinidad, el dulcísimo Nombre de Jesus, el santísimo de María, y no sólo cuando Su Reverencia los nombraba, sino tambien siempre que los oia nombrar, si se hacía alguna mencion de la sagrada Eucaristía ó se mencionaban los otros tres santísimos Señores José, Joaquin y Ana; y como todos estos sacratísimos nombres son tan continuos en los rezos, oraciones, deprecaciones, y áun en las conversaciones piadosas, puede con verdad decirse que estas postraciones rendidas eran, aún más que frecuentes, continuas: tanto, y con tal constancia, que agonizando estaba ya, desamparada de las naturales fuerzas, sin poder valerse de sí para nada de su alivio, y con todo, siempre que los que la auxiliaban mencionaban alguno de los ya dichos sagrados nombres, habia de inclinar la cabeza para hacer la reverencia; y si se nombraban seguidamente, la inclinaba seguidamente, hasta las dos últimas boqueadas, que se dudó si las oyó. De aquí se infiere la continua presencia de Dios que tenía quien con tanto teson se actuaba en los dichos actos.

Su devocion á María Santísima se puede llamar exímia, pues desde niña le rezaba, sin faltar dia alguno, su Oficio y Rosario de quince misterios: continuamente le hacía novenas y solia juntar á otras cuatro que la acompañasen, porque pro-

curaba en todo ajustar el número de cinco, en reverencia de las cinco letras, y por lo mismo erigió cinco lugares de gracia para colegialas, que se distinguen de las otras en el escudo que llevan del nombre de María, teniendo las demás; por divisa del hábito de Nuestra Señora del Pilar, en el brazo izquierdo un pilarito de plata. Todas las admisiones, así de religiosas como de colegialas, habian de ser en festividades de Nuestra Señora; y si ésta estaba léjos, á lo ménos en sábado, por ser dia consagrado á esta Señora. Se le notó que cuanto se le pedia por la Virgen lo concedia, aunque con prudente disimulo, por que no se valieran de esto para impertinencias. Hacía en su honor várias limosnas, y si veia pasar á algun pobre por la calle pidiendo por María Santísima, si no era á deshora, enviaba á la tornera algun socorro para que le diera, pues en esto y en el culto divino empleaba el vitalicio ó reserva que sus hermanos le asignaron. El Viérnes Santo acompañaba á esta Señora en su soledad con las tres horas que le hacía en su aposento, de doce á tres, con muchas lágrimas de ternura y compasion de sus dolores, en cuya memoria procuraba fuesen siete con Su Reverencia las que se congregaban á este devoto ejercicio; y quedando las otras rendidas, sólo nuestra Madre María Ignacia era la incansable, despues de haber empleado la mañana, acabados los divinos Oficios, en otras muchas devociones, propias del dia, lo que continuaba á la tarde en los tiempos que cesaban las distribuciones, que admirábamos cómo tenía aliento para tanto, siendo así que la noche anterior no sabemos si llegaba á acostarse. Solicitaba este dia que á todas las imágenes de Dolores que habia en el convento se les diese algun especial culto. Su devocion era tanta, que todo encarecimiento es corto: solia decir tenía mucha envidia al rey don Jaime de Aragon por los muchos templos que habia dedicado á Nuestra Señora, y se puede contar por prodigioso un caso que sucedió. La señora marquesa, su madre, tenía en esta ciudad estrechez con una señora aragonesa, la cual vivia en una de estas casas que hoy son convento: ésta tenía una efigie de Nuestra Señora del Pilar, de marfil, hecha en la China por un sangley gentil, el que despues de haberla hecho, se prendó tanto de su hermosura, que se hizo cristiano. Era tan crecida la inclinacion de la niña María Ignacia á esta sagrada imagen, que le rogaba á menudo á su señora madre viniese á visitar á

doña María Sanz, que así se llamaba la amiga aragonesa, sólo por lograr el consuelo de ver esta imágen, la que entónces estaba colocada en una pieza que vino á ser el mismo aposento en que murió despues Su Reverencia. Es á saber, que habiendo enviudado dicha doña María, le tenía comunicado á la señora marquesa, hermana de nuestra Madre María Ignacia, que habia de dejársela á Su Reverencia cuando ella muriera. Volvió á casarse con un aragonés, y cuando falleció dicha señora se quedó este caballero con la efigie, diciendo, cuando se le reconvino, no estar en el testamento esta donacion, por lo que le propuso nuestra Madre Fundadora, para que se la dejára, darle otra de marfil y doscientos pesos. No convino en ello, pues su ánimo era llevarla á España y colocarla, haciéndole una capilla en su tierra. Ya próximo su viaje, le suplicó la Madre María Ignacia que si queria nos la trajera para verla y despedirse de Su Majestad. Condescendió en esto, pero con tal desconfianza, que no quiso dejarla entrar dentro de la portería, sino sólo que la vieran inmediata á la puerta: con este sentimiento le dijo Su Reverencia: «Ahí castigará á V. la Virgen, porque nos la lleva, que esa imágen es nuestra.» Palabras que habiéndolas proferido sólo por el afecto del dolor de la pérdida de lo que tanto amaba, se vieron verificadas. Fuése el caballero, y habiendo llegado á Sevilla, se volvió loco; despues le dió una enfermedad en Cádiz, con la cual le volvió el juicio, y en su testamento dejó ordenado nos trajesen la santa imágen y costeasen de su cuenta la conduccion, pagando esta soberana Señora á su devota el tierno amor que le profesaba. Con esta noticia, tanto fué el gozo de lo que conseguia, como la pena de la fatalidad acaecida al sujeto, sintiendo haber dicho aquellas palabras que inocentemente produjo. Aquí es de advertir que tuvo tanta confianza la Madre María Ignacia de que la Virgen habia de volver, que sabiendo tenía corona de oro y el niño de plata, ántes de tener algun aviso se la mandó hacer de oro. En fin, despues de várias revoluciones por el motivo de la guerra y otros acontecimientos, sin diligencia alguna de Su Reverencia, asentada la paz, en los primeros navíos vino Nuestra Señora, la que recibimos con repique y cantando el *Te Deum*. El dia 12 de Mayo del año de 63, sábado por la mañana, se pasó de la portería á la iglesia procesionalmente, comenzando desde este dia su novenario; y aunque por

entonces se colocó en el altar mayor, hoy la tenemos en el coro alto, por haberse puesto en el nicho de la iglesia la imagen que llamamos regularmente patrona, porque fué de la madre de nuestra Fundadora, quien la llevó á España, y cuando estuvo en Zaragoza, logró tenerla nueve dias en la santa capilla, y la hizo tocar á la original: dicen está hecha á las mismas medidas de aquella milagrosa imagen, columna de la fé y amparo de toda España; por lo que con particular amor y veneracion la tuvo siempre en su aposento hasta que murió.

Su devocion á los Santos era tan general, que no es fácil especificar en cuál sobresalió, porque en cada uno hallaba particular motivo su piedad; pues á unos porque se esmeraron en el amor de la dolorosa Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, á otros en el culto y tierno afecto á María Santísima y á otros por particular virtud en que más se señalaron, se puede decir que no habia Santo que no invocára. El deseo que tenía de la proteccion de éstos le hizo solicitar de Roma muchas reliquias, pues á más de la Sábana santa tocada á la original que se venera en Turin, por medio del Sr. Sada, hermano del señor marqués de Campo-real, que lo consiguió cuando fué sirviendo á la señora doña María Antonia de Borbon, que pasó á casarse á Saboya con el señor duque príncipe del Piamonte, y dos santas Verónicas, asimismo tocadas á las originales, que le enviaron de Roma, cuatro cuerpos de santos mártires, dos de ellos vestidos, que son San Clemente y Santa Cándida, dádiva de los Emmos. Sres. Cardenales Guadaeni y Portocarrero, los otros dos de San Rufo y Santa Rudinetris, están sus huesos colocados en dos urnas y muchas reliquias, con sus auténticas, que se veneran todas en un altar de nuestra iglesia.

XI.

Su observancia de los votos y otras virtudes.

Pobreza, castidad y obediencia son la esencia de la religion. Quien tan adicta estaba á la piedad y devocion, bien se deja entender cuán desprendida estaria de todo lo que es inte-

rés y amor á los bienes temporales, incompatibles con el recogimiento interior, pues quien estos bienes ama, no puede del todo entregarse á Dios; y habiendo ya en lo antecedente manifestado la interioridad con que nuestra amada Madre continuamente se ejercitó toda su vida en el trato con Dios, parece que se ha dado á conocer bastante el despego que siempre tuvo, que es en lo que esencialmente consiste la pobreza voluntaria. Nada deseaba, nada apetecía, nada poseía. ¡Qué mayor desprecio de mundanos bienes! Por el contrario, se complacia con los remiendos, rehusando ponerse cosas nuevas, y era menester instarle, con pretexto de que era día de la Virgen, para que lo admitiera. Se regocijaba con la descalcez y se recreaba con los efectos de la necesidad: así se portaba como verdaderamente pobre voluntaria. La diferencia que hay del pobre por Jesucristo al pobre por la fortuna, no es otra sino que aquél tiene por gloria su indigencia, y éste por trabajo su escasez. La Madre María Ignacia estaba tan léjos de lamentarse de su penuria, que ántes le servía de desazon su remedio; porque si las muchas bocas de la pobre ropa que vestía obligaba á la caritativa providencia de la religion á ponerle ropa nueva que la cubriese, se causaba con su misma caridad una grave mortificacion en su ánimo, pues más queria cubrirse por necesidad con remiendos, que abrigarse por comodidad con renuevos. Los zapatos habian de ser tales, que bastasen á verificar que no profesaba descalcez; pero no tan buenos que la acreditasen de calzada, sino en una medianía de tal naturaleza, que cubriéndole el pié no la privase de la mortificacion de descalza. El hábito, toca y demás ropa, de modo que quitándole el sonrojo de descubierta, no le privase de la gloria de desnuda, sino que conciliando su profesion con la decencia, le cubriese con moderacion el cuerpo, sin ocuparle en la más leve complacencia el espíritu. La comida tambien era propia de pobres. Quien con tan poco se contentaba, claro está que nada habia de desear ni apetecer fuera de lo necesario para la conservacion de la vida; y áun esto tan preciso parece no lo apetecía, segun veíamos todas lo poco que deseaba vivir.

A vista de este ejemplar desengaño, no será difícil el presumir cuánto se esmeraria nuestra Madre Fundadora en la virtud de la pureza, que tanto más se esclarece cuanto más se le escasea el regalo y su mantenimiento á la naturaleza. Las

palabras que siguen son todas de su confesor, el M. Rdo. Padre José Carrillo: «Era realmente en Su Reverencia esta virtud angélica, porque era tan elevada, que no fué triunfo conseguido por batalla, pues no fué molestada áun de aquellas sombras que osadas intentan oponerse á las luces más claras de la limpieza, sino como un don que sin victoria alguna quiso concederle generosa la divina Providencia; tanto, que sin ponderacion alguna en este punto podia decirse que la Madre María Ignacia era ángel en carne humana, segun la tranquilidad, paz y sosiego con que poseia este tesoro, virtud que es propia de los ángeles. Ni me hace á mí fuerza alguna, porque si bien este es siempre favor y beneficio que de lo alto viene, pero en humana prudencia me consta que puso de su parte los medios más eficaces que en las máximas de espíritu pueden ponerse para impedir la entrada para la lucha al enemigo. Este pudo considerarse de dos maneras: ó como doméstico, ó como extraño; aquel es la propia carne y este es el demonio, que aunque ángel en su naturaleza, sucio en sus intentos, prefiere astuto la malicia de su depravada intencion á la limpieza natural de su propio sér. Este nunca tuvo lugar de combatir la fortaleza del ánimo de nuestra Madre con aquellas asquerosas especies con que acostumbra atormentar más á las almas, cuanto éstas más dilatan y aborrecen sus ascos; porque como siempre estaba ocupada, no lograba jamás tiempo en que presentarle batalla, y por falta de oportunidad quedaba siempre su astucia desairada. Es verdad que la continuacion que observaba en los ejercicios de piedad y devocion era indispensable que tuviese muchas interrupciones, así por la secuela de la misma distribucion, como por la atencion, ya del Oficio, ya del empleo de Priora en que le habia puesto la obediencia; pero ni áun esos ratos interrumpidos estaba ociosa para que pudiese desafiarla el enemigo; porque á más de lo que le habia de embargar la atencion el negocio mismo que trataba ó la ocupacion externa en que se empleaba, Su Reverencia se prevenia con alguna obra de mano, y regularmente era en tejido de calceta, para que éste le embrazase la tal ó cuál atencion que pudiera sobrarle del embargo que habia hecho ó debia hacer el negocio ú ocupacion que le habia obligado á separarse de su amado retiro. Con este prudente cuidado impedia los avances del enemigo extraño,

»á quien siempre que la buscaba se le respondia prontamente
 »que estaba ocupada. No es tan fácil libertarse de los insultos
 »del otro enemigo doméstico, porque como está siempre dentro
 »de casa, tiene más facilidad para acometer, y con naturalidad
 »logra ocasiones oportunas en que presentarse para dar mucho
 »cuidado con sus avances tan importunos como impensados;
 »pero la Madre María Ignacia supo contener su orgullo aba-
 »tiéndole los humos y quitándole las fuerzas para reprimir su
 »osadía. A más de lo constante de su oracion, se entregó de
 »suerte á la externa mortificacion, que ya se contentaria la
 »pobre carne afligida con que se le concediese siquiera algun
 »descanso para la vida, sin pensar en los atrevimientos de sus
 »apetitos. El cilicio y disciplina eran inseparables compañeros
 »de su cuerpo, sin que le valiese á éste jamás la excusa de sus
 »dolencias y enfermedades; porque no se atendian sus clamo-
 »res por más que se encendiese la calentura, sino que á la aflic-
 »cion del accidente se le añadía la de la penitencia para humi-
 »llar su engreimiento.» Hasta aquí su confesor.

Además de lo dicho por el Padre, nosotras somos testigos
 oculares de muchas cosas: en una ocasion en que se debió Su
 Reverencia descuidar, por salir prontamente del aposento,
 entró una religiosa á buscarla, y la vió al lado de la cama tan-
 tos y tales instrumentos de penitencia, que asegura se horro-
 rizó, pareciéndole no le quedaba miembro libre, segun la di-
 versidad que habia. El ayuno era tan riguroso, que muchas
 veces nos parecia especie de crueldad ó tiranía, porque se
 afligia con tanta severidad, que salian al rostro algunas veces
 las quejas de la destrozada naturaleza. Especialísimamente
 admirábamos todas que desde que se cantaba la gloria del
 Juéves Santo hasta la del Sábado, no probaba el agua, y el
 Viérnes Santo ni pan, siendo su complexion muy ardiente,
 motivo por que acostumbraba tomar mucha por necesidad; el
 tiempo caluroso, y nuestras distribuciones más largas de lo
 regular, con todo lo que Su Reverencia se añadía, ya se infiere
 la mortificacion que sería.

Una religiosa de su confianza, que la observaba más de
 cerca, movida de la compasion que la causaba el verle en es-
 tos dias los lábios secos y partidos, y la lengua y éstos negros,
 le reconvenia que con qué ciencia hacía esto, pues era tan
 necesaria su vida: la respuesta era reirse; y un año en que se

puso á llorar de verla, la riñó con gracia, diciéndole que era una artificiosa. Por la ardencia de su temperamento tuvo mucho que ofrecer á Dios en el de Tudela, por ser allí en el verano excesivo el calor, á cuya causa toleró por dos años unas ronchas, de que se llenó todo el cuerpo, sin admitir alivio alguno, mortificándola al mismo tiempo algunas religiosas con sus cuidados.

Quien tanto cuidaba de la mortificacion exterior, ¡cuánto se daría á la interior, siendo la principal! Con el motivo de la fundacion oyó varios desprecios, de modo que hasta versos muy satíricos le compusieron; y no sólo no se quejó ni tomó esto en boca, pero ni permitia se hablase del asunto, poniendo precepto á las religiosas que aunque llegáran á sus manos no los leyeran. Por las oposiciones á ésta, toleró muchas palabras que pudieron haberle indispuerto el ánimo, y su sufrimiento lo recibia con semblante sereno. En una ocasion le escribió una carta un padre de una niña colegiala, llena de imprudentes expresiones, y por algun motivo conveniente se la mostró á la Maestra de ésta, la que, leyéndola, le preguntó admirada qué respondia Su Reverencia á aquello, y le dijo con gran serenidad que nada, porque á esas cosas no se contestaba; y procuró especializarse en el cariño con la niña. En otros asuntos se le notó oír algunas razones que le mortificaban bastante, sin desplegar sus lábios. Lo mismo en graves y muchas pesadumbres que tuvo por el discurso de su gobierno, no manifestaba en el semblante lo que sentia su corazon, observándosele que si alguna le daba qué sentir buscaba oportunidad de hacerle algun favor ó concederle alguna licencia, que á otras solia negar. Conforme á su mortificacion era su humildad: nunca alababa su linaje: cuando era forzoso hablar de los suyos, lo hacía con moderacion, sin preferir los ricos á los pobres, ni desdeñarse de tener éstos en su familia, y hablando igualmente de unos que de otros: sin duda por humillarse, solia escribirles á los parientes que tenía en la córte en un papel viejo y arrugado: no siendo Su Reverencia de genio escaso y desaseado, tendria en ello gran vencimiento; y si los que la veian le hacian alguna reconvencion, les respondia en tono de pregunta: «¿Y la santa pobreza?»

Habiendo hablado de la pobreza y castidad de nuestra Madre Fundadora, diremos algo de la obediencia, que es la vir-

tud más esencial en la religion, y lo que hace á una ser religiosa; esa es la que agrada á Dios, más que el sacrificio y las víctimas; siendo tan recomendada de nuestro Santo Padre Ignacio y de nuestra Venerable Madre Juana de Lestonac, á quienes se puso por modelo, ya se entiende en qué grado ejercitaria esta virtud: queda dicho cómo obedeció desde niña á sus padres. Luégo que tomó el hábito, todo el tiempo que fué súbdita se esmeró en ella, siendo muy exacta en su cumplimiento, aborreciendo mucho el mandar, como se vió en la salida de Tudela, que no quiso admitir el venir de Prelada; y cuando á esto la obligó la obediencia, vivió muy mortificada y siempre sujeta á la Madre María Ignacia Sartaló, que vino de Presidenta, á la que miraba como si actualmente lo fuera. La sujecion que tuvo á sus superiores fué como de la hija más dócil á su padre, sin repugnar ni poner dificultad en ejercitar sus órdenes: gustaba de posponer su dictámen al ajeno, y aunque conocia que el suyo era más acertado, como en algunas ocasiones sucedió no salir bien el que le dieron, con todo, deponia el suyo por no dejarse llevar de su parecer; y sucedió con algunas de las religiosas que preguntándole su dictámen y dándole á ésta cortedad, con el natural encogimiento de ser Prelada, le decia que mejor lo sabía Su Reverencia; esto lo sentia y áun se mostraba enojada. En los ocho dias ántes de las elecciones, en que previenen nuestras Constituciones el que quede dispuesta la que está de Prelada y gobierne una vicaria, que se elige por la comunidad, era tanto el regocijo que tenia de verse súbdita en aquel tiempo, que andaba buscando licencias que pedir para tener esa gloria, y queriendo en estos dias leer en el refectorio y otros vários ejercicios de que las demás llevan á semanas, y la Prelada no. En esta virtud, tan necesaria para la vida religiosa, queria que nos esmerásemos mucho, exhortándonos á la práctica de ella, contándonos algunos ejemplos conducentes á este fin.

XII.

Fé, esperanza y caridad de la Madre María Ignacia.

Es la fé la primera piedra del fundamento de nuestra justificación, con cuyas máximas nos alentamos para obrar el bien, las que nunca perdió de vista nuestra amada Madre. Estas le obligaron á dejar el mundo, abrazar la cruz de la religion, consagrarse á Dios en agradable holocausto y en promover su gloria y la de su Santísima Madre á costa de trabajos y contradicciones, como ya hemos visto en el progreso de esta fundacion, la que emprendió con el deseo de que por medio de nuestro sagrado Instituto se desterrára la ignorancia de muchas tiernas plantas, que por su pobreza no logran el riego de la doctrina cristiana, y que carecen de la instruccion de los divinos misterios, como lo estamos experimentando cada dia en nuestra clase. El deseo que tenía de dilatar por todo el mundo la fé de Jesucristo, se prueba en una manda que nos consta haber dejado en su testamento para que se fundára una mision. Dice así la cláusula: «Se junten dos mil pesos, declarando arriba de dónde, que no hace á nuestro intento, y los pongan á réditos, para que si dentro de doce años es Nuestro Señor servido que se conquiste la Apachería, en aquel paraje se funde una mision para los indios de esta nacion; y si á mis hermanos les parece mejor, se erija en las Tejas, dedicándola á Nuestra Señora de la Luz, porque esta soberana Antorcha destierre con sus claridades las tinieblas del gentilismo en que viven aquellos desdichados en unos países tan dilatados y amenos por naturaleza, como áridos de la gracia, proviniendo, es mi voluntad, que la dicha mision, no habiendo inconveniente invencible que lo impida, sea entregada al cuidado de los Padres de la sagrada Compañía de Jesus, pues es notorio que los indios de aquellos parajes piden y desean mucho sujetos de esta religion, y mostrar la experiencia que á donde indica la voluntad se cautiva con facilidad el entendimiento.»

De esta divina virtud de la fé fué no sólo hija, pero tambien nobilísima parte la firmeza de la esperanza que siempre tuvo la Madre María Ignacia, pues hemos visto que no flaqueó en medio de tantas contradicciones, que ántes y despues de la fundacion padeció, confiando más en Dios que en las diligencias humanas, las que no dejaba de hacer acompañándolas con incesantes súplicas al Todopoderoso, en quien confiaba se lo habia de conceder, como que era causa suya, superando su esperanza á todos los combates, sin perderla de vencer mediante su Providencia, la que se vió manifiesta viendo mudadas las oposiciones de nuestro Prelado, que le fueron las más sensibles, en favores muy particulares que le mereció, así Su Reverencia como esta comunidad. Pedia con tan viva confianza de conseguir lo que deseaba á Nuestro Señor, que esta misma parece obligaba á la divina piedad á condescender con su súplica. Entre otras cosas, supimos de su propia boca haberle pedido á Su Majestad, cuando salió con la fundacion, que en el término de diez años no se muriese ninguna de las que traia, y así lo vimos verificado; pues cumplidos éstos el dia 12 de Octubre del 62, en el 27 del mismo falleció su prima la Madre Ana María de Torres, con grave sentimiento de la Madre María Ignacia, quien despues nos decia con gracia: «Si yo hubiera sabido que tan puntual habia de estar Nuestro Señor, le hubiera pedido término más largo.»

El anhelo que siempre tuvo nuestra amada Madre de propagar la gloria de Dios á costa de trabajos, fatigas y desvelos, como hemos visto en la série de su vida, es bastante demostracion del encendido amor que abrasaba su corazon para con su amado Dueño; y como el amor del prójimo está enlazado con el amor de Dios, éste le hizo solicitar el bien de las almas en cuanto pudo su activo celo, y el consuelo y remedio de las necesidades de sus prójimos, acudiendo á ellas conforme á las circunstancias de los tiempos. En vida de sus padres, en las haciendas, se ocupaba caritativa, en compañía de su hermana, en curar los enfermos llagados: ésta hacía las medicinas, y Su Reverencia las aplicaba sin melindres, por asquerosos que fueran. Aconteció un dia de Juéves Santo, que saliendo para la iglesia las dos hermanas á los divinos Oficios, llegó un pastor con un brazo todo mordido de un lobo, y dejando la devocion acudieron á la caridad, curándole á aquel pobre sus llagas, lo

que continuaron hasta que sanó; y tenía particular gracia para este género de enfermedades, no faltándole ocasiones en qué ejercitarla, pues como siempre donde hay niñas no faltan uñeros, panadizos, descalabraduras, etc., todas acudian á Su Reverencia, la que las curaba con mucho amor y cariño, como tambien á las religiosas: á unas y otras en sus enfermedades cuidaba mucho de que las asistieran con esmero, y las visitaba con frecuencia. Si algunas de éstas recurrian á Su Reverencia con otras aflicciones, las recibia con maternal amor, compadeciéndose de sus penas, consolándolas y solicitando su alivio en cuanto podia, estando ciertas todas sus hijas que lo que le descubrian se quedaba encerrado en su pecho.

Fundó doce sillas de gracia para religiosas de coro en este convento, á beneficio de niñas pobres, con la prudente advertencia de que si en algun tiempo se menguáran estas rentas, se puedan suprimir algunas. En nuestro convento de Tudela, así por amor como por no estar muy abundante, cuando tomó el hábito dejó el vestido que llevaba puesto, de una tela muy rica, de que hizo llevar de Francia lo suficiente para un terno entero, el que se estrenó en su profesion, y otras varias cosas para aquella sacristía, con seiscientos ducados para ayuda del sitio de la huerta. Les hizo un retablo de Nuestra Señora de Guadalupe muy primoroso.

XIII.

Ultimos años de su gobierno, y su dichosa muerte.

Iba siguiendo la Madre María Ignacia los años de su gobierno con el consuelo de ver se iba aumentando el número de sus hijas, pues ya se contaba treinta que Su Reverencia habia recibido, cuando impensadamente le envió Nuestro Señor el más doloroso golpe en la repentina enfermedad y acelerada muerte de nuestro muy amado Prelado el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel José Rubio y Salinas, tan benemérito por sus prendas de ser llorado de todos, y con más especialidad de esta Casa, que á la sombra de su proteccion se creó y á la misma debió sus cre-

ces. Este funesto acontecimiento consternó su corazón, aún estando acostumbrado á encerrarse los pesares en su seno. Lo que declaró con expresion muy tierna, pareciéndole quedaba como huérfana con la falta de tal Padre, pues con el manejo que habia tenido, conoció este señor los fondos de virtud y talentos de la Madre María Ignacia, por lo que la favoreció con particular expresion.

Aún no bien enjugadas las lágrimas de esta pérdida, á los seis meses, dia 4 de Enero del 66, quiso Dios llevarse para sí á la M. Rda. Madre María Ignacia Sartaló y Colmenares, á quien, como su Prelada que habia sido y compañera de tantos años, amaba respetuosamente, y por consiguiente le fué de grande sentimiento por lo que apreciaba su persona, en quien descargaba en parte el peso de la prelación, hallándose actualmente de Subpriora. Faltaba para cumplirse el trienio poco más de un año: viéndose privada de la ayuda y asistencia de su muy amada Madre Subpriora, deseó vivamente que si otra vez la volvian á reelegir, Nuestro Señor se la llevase para sí: y sin duda vió el Señor que la convenia cuando oyó sus oraciones; pues siendo reelegida en el siguiente nombramiento, llena de confianza de conseguir su peticion, observaron sus hijas que no estaba tan displicente como otras, sino con particular agrado.

Tan inmediata á la eleccion le sobrevino la enfermedad, que no dió lugar á que se publicára la tabla de oficios que ya tenía hecha, y sólo le faltaba remitirla á Su Ilma. para la confirmacion. Dia 31 de Marzo se sintió herida de una fiebre aguda, que desde el primer dia dió á conocer su malignidad, y la precisó á estar en cama. ¡Cuál sería la amargura de esta comunidad con los antecedentes dichos! Conociendo todos los médicos que la asistian el inminente peligro que amenazaba, determinaron que se le administrasen los santos sacramentos de Eucaristía y Extremauncion, que recibió con el fervor que Su Reverencia acostumbraba, y como quien se consideraba ya cercana á aquel último trance que tanto deseaba: en estos dias no se le oyó una queja, ni buscar su alivio en nada; pues aunque deseábamos dárselo, como no manifestaba por su sufrimiento lo que la molestaba, no podíamos administrárselo ni satisfacer nuestro amor. Decia Su Reverencia: «Todos dicen mueren de repente porque no creen que se mueren; yo lo he

creído desde el día que quedé en cama.» Y áun persuadiéndose á que sin remedio se moria, sufrió los penosos medicamentos sin resistencia. Al dia siguiente de los Sacramentos hizo dimision de la prelación, con licencia del Sr. Dr. D. Dionisio Rocha, quien al mismo tiempo nombró por Presidenta á la M. Rda. Madre María Estéban Echeverría, actual Subpriora. Quedó muy consolada nuestra muy amada Madre viendo que moria en la sujecion de súbdita, pidiendo repetidas veces perdon á la comunidad; sin embargo de haberlo hecho cuando recibió el sagrado Viático, como es costumbre en esta comunidad, lo que nosotras no podíamos oír sin deshacernos en lágrimas, no hallando otro consuelo que el de clamar á la divina misericordia con súplicas para que, apiadándose de nuestros ruegos, nos prestase por más tiempo su importante vida, aunque las nuestras no tuvieron despacho á favor de las hijas.

Para significar la constancia con que nuestra Madre, dos veces madre, por Fundadora y nuestra Prelada, observó hasta la muerte los ejercicios de piedad y devocion, lo que parece se llegó á hacer como natural, no podemos ménos de ser cansadas en este punto, porque descubre bien cuánta era su continuacion en tales actos. Dos noches y casi dos dias estuvo batallando con las fatigas de un moribundo, pero todavía con algunos movimientos en las manos y en la boca, y se le observó que sin cesar todo este tiempo estuvo continuamente rezando, sin dejar las manos de contar, ni los lábios de articular sumisamente las oraciones del Padre nuestro y Ave María, al modo que se reza el santo Rosario. Llegó ya á carecer de todo movimiento, de manera que no se le percibia nada, y como se aceleraba la muerte, repetia con frecuencia con su confesor, el P. José Carrillo, que la asistia, con su compañero el P. José Hidalgo, y el segundo capellan de este convento, bachiller D. Hipólito Alcázar, las jaculatorias correspondientes al paso y los afectos propios del lance, que como tan poblados de los dulcísimos nombres de Jesus y María, la tenían en un continuo movimiento la cabeza para las inclinaciones ya dichas anteriormente. Esto y la fatiga que se suponía en la moribunda, le hizo reflejar al Padre que las voces tan continuadas no podian ménos de molestar demasiado á la afligida y ya espirante naturaleza, y les dijo á las religiosas, que rodeaban tiernas la cama: «Creo que la molesto demasia-

do.» No dió lugar la enferma á que respondiesen las hijas, sino que, recobrando cuanto pudo el aliento, con ademan de afligida, dijo clara y distintamente: «¡Qué molestar!» Abriendo con esto la puerta, mas que fuese á gritos, á que le estuviese ejercitando en afectos piadosos, sin consulta de la prudencia. De hecho, luégo que el sacerdote siguió su oficio, recogió el gesto, serenó el rostro, y oyó pacífica cuanto se la decia, hasta que entregó su alma al Criador, en cuyas manos la consideramos sus hijas, que fué lunes de la semana de Dolores, á 6 de Abril de 1777, á las tres y media de la tarde, de edad de cincuenta y un años, y seis meses ménos tres dias, y veinte y cuatro de religion, un mes y cuatro dias, y en el empleo de Prelada doce años y doce dias, siendo electa, y despues reelecta Priora en cinco elecciones. Estando presente casi toda la comunidad, voló, como esperamos de la divina misericordia, á celebrar en el cielo las bodas con el Cordero, que con tanto regocijo suyo habia profesado en la tierra. Lloramos tiernas su muerte temprana para nosotras, que quisiéramos hubiera tardado un siglo, para lograr el abrigo de su sombra y aprovecharnos del aliento de sus ejemplos; pero muy madura y dilatada si atendemos al mucho tiempo que llenó de virtudes en los no muchos años que floreció en este su convento, que fué el único consuelo que nos quedó para lenitivo de tan justo natural sentimiento. Para satisfacer en parte nuestro filial afecto y obligacion, se determinó la retratáran, lo que se ejecutó, aunque sin lograr el fin de tenerla siempre presente á nuestra vista, siquiera en el lienzo, por no haberla sacado el artífice parecida.

Se le hizo el entierro lo más suntuoso que se pudo correspondiente á su persona, acreedora por muchos títulos á esta demostracion, no sólo de cariño, sino obligatoria. Dos dias estuvo sin darle sepultura, en los que se le cantó Misa de cuerpo presente. Vinieron todas las comunidades á cantarle el responso con toda solemnidad. Miércoles por la mañana fué el de la Misa, el Sr. Dr. D. Luis de Torres, nuestro capellan, que habia sido en lo anterior; hizo el oficio de sepultura el señor maestrescuela, doctor y maestro D. Cayetano de Torres. Habiendo impreso convites, asistió lo más noble y lucido de la ciudad de todos estados, siendo los principales dolientes sus sobrinos, conde de San Pedro de Alamo y marqués de San Mi-

guel de Aguayo, acompañando á nuestras campanas las de las cuatro casas de la Compañía de Jesus; pues estos reverendos Padres fueron los que más se condolieron de esta comunidad, por el concepto que tenían formado de la virtud y prudencia de nuestra amada difunta, dándole el pésame correspondiente á nuestra orfandad, bien que fué general el sentimiento en todo Méjico. Se puso el cuerpo en una caja de cedro, forrada por dentro de hoja de lata; se enterró delante del comulgatorio, lugar que le correspondia por ser Prelada. Dia 29 de Mayo se le hicieron muy lucidas honras, cantando la Misa el señor dean de esta santa iglesia, Dr. D. Luis de Hoyos y Mier; predicó el sermón fúnebre el señor prebendado, Dr. D. Luis Torres, cuya oracion dió á la prensa esta comunidad para perpetuar la memoria de nuestra insigne Fundadora, en el que al vivo la bosqueja este sábio orador, como tan amartelado de Su Reverencia y caritativo bienhechor de este convento, á cuyos individuos siempre miró como amante padre.

Este es un breve diseño de la fervorosa vida de nuestra gran Madre y heroica Fundadora, prudente y caritativa Prelada, la M. Rda. Madre María Ignacia Azlor y Echeverz; en el siglo ilustre señora, y en la religion capitana, que como tal la trajo á este reino la Compañía de María, quien tiene por blason militar, bajo las banderas de esta Emperatriz augusta, y una sencilla noticia de esta fundacion, la que hemos escrito para que, archivada, sirva de instrumento, y á nosotras recuerde los ejemplos de nuestra amantísima Madre, deseando que todo ceda á mayor gloria de Dios.

NOTA.

Se halla en nuestro archivo de este convento un Breve del Sumo Pontífice Benedicto XIV: su data en 21 de Febrero de 1753, en que da Su Beatitud licencia á la Madre María Ignacia Azlor para salir de su convento de Tudela á fin de venir á fundar éste de Méjico, y en este Breve confirma de nuevo nuestro Instituto, confirmado ántes por Paulo V.

ELOGIO

**de la Madre Tomasa Tellez, una de las compañeras de la
Madre Ignacia Azlor.**

De las Madres de Tudela que acompañaron á la reverenda Madre María Ignacia Azlor, Fundadora en Méjico, sólo ha llegado la noticia ó elogio de sus virtudes de la Madre Tomasa Tellez, que es como sigue:

La fervorosa Madre Tomasa Tellez, natural de la ciudad de Alfaro, tomó nuestro santo hábito en nuestra Casa de Tudela, de veintiocho años. A los cincuenta de su edad, y veintitres de religion, pasó á las Indias, en compañía de las otras Madres, á fundar la Casa de Méjico. Allí fué seis años Maestra de clases, otros seis Maestra de colegialas, y tres sacristana. Cumplió todos estos oficios con la mayor exactitud y esmero, en los que dejó muchas máximas edificantes y de gran provecho, y sin que en ellos se le notase falta alguna digna de reprehension, ántes bien ganó muchas discípulas para Dios.

Su postrera enfermedad pútrida, que le empezó el 23 de Octubre último, dia en que bajó á recibir el Pan de los ángeles; el 28 se agravó notablemente y se le administró el santo Viático, que recibió con la mayor edificacion y ternura de toda la comunidad; al dia siguiente la santa Uncion, y el 30 espiró plácidamente.

En muchas otras ocasiones habia sufrido la misma clase de calentura que últimamente le ocasionó la muerte; pero, segun su Padre espiritual, era mucho más intenso que el de la calentura el ardor que experimentaba en su espíritu, abrasado con las llamas del amor divino que en su pecho se alimentaba; y sucedia en tal grado, que algunas veces en la oracion se hallaba fuera de sí, é inflamada, siendo necesario mitigar su incendio con várias industrias y áun mandatos. Su oracion era casi continua, pues además de la hora y media señalada y

otra que añadía, y á veces más, pasaba todo el dia en oracion, por ocupada que estuviese. De consiguiente, la presencia de Dios era vivísima, y todo el dia andaba en ella casi sin distraccion alguna. Antes de todo ejercicio, renovaba esta misma presencia, acordándose de aquellas palabras: «Anda delante de mí, y serás perfecto.» Y bien se le pareció en los dos últimos años, en que se echó de ver tal mudanza en su natural vivo, que la trasformó, como otro San Francisco de Sales, en admirable dulzura, que atraía los corazones. Asegura su confesor que jamás en toda su vida cometió culpa grave, y que solía decir: «Quizá, Padre, no lo conoceré.»

En los oficios que tuvo, así en Tudela como en Méjico, se portó siempre con profunda humildad, siendo ésta una virtud que moraba de asiento en su corazon. Rehusaba todos los que tenian sabor de prelación; y así, habiéndola nombrado una vez Maestra de novicias, lo recibió con bastante amargura, y luégo fué á su confesor á consultar en órden á la renuncia de dicho empleo; y fueron tales las razones que supo exponer su humildad, que le admitió su renuncia, dándole la llave para el oficio de portera, y siempre que tenía que abrir lo hacía con suma compostura y modestia, unas cubierto el rostro con el velo, otras fijos los ojos en el suelo. Lo único que solía inquietar su espíritu, habitualmente sosegado, era si alguna vez por su antigüedad tenía que presidir en ausencia de las Superioras, ya en bendicion de la mesa, ú oficiando de segunda clase por la Madre Subpriora; sentia en esto tal repugnancia, que tenía que apelar á su espíritu de conformidad con la voluntad de Dios, de que llevaba el exámen particular lo más del tiempo, y con el que le cogió la muerte.

Era muy devota de Nuestra Señora del Pilar, Patrona del convento, y estaba encargada de cuidar de sus alhajas, vestirla y adornarla cuando la sacaban á la iglesia para funciones; y la última vez la vistió ricamente para la fiesta del 12 de Octubre, pero no alcanzó á desnudarla, por haberla acometido la enfermedad de que murió.

En la devocion, ternura y respeto para con Jesus Sacramentado era, si puede decirse así, extremada. Despertaba una hora más temprano cuando habia de comulgar, y la empleaba en prepararse, sin salir del aposento hasta la hora señalada. Los afectos, los sentimientos internos y favores que Jesus le

comunicaba, segun se expresa su confesor, eran tan raros, que no los habia observado sino en muy pocas almas, recompensándoselos el Señor en la comunión y despues de ella con gran suavidad y espiritual dulzura. Entre el dia se ejercitaba en la práctica de la comunión espiritual, preparándose con la solicitud y cuidado que acostumbraba en las sacramentales.

En la guarda de sus votos puede ser ejemplo para muchas almas, pues su pureza más parecia angélica que humana, guardando con mucha diligencia las puertas de sus sentidos, y siendo continuo su recurso á su Santísima é Inmaculada Madre María.

Su obediencia ciega aun á las menores insinuaciones de su Superiora y confesor, y en la enfermedad á los médicos y enfermeras hasta el último punto de su vida.

En la pobreza era tambien ejemplarísima en todos sus cosas, así en su aposento como en su persona, juntando á todo esto la exactísima observancia de los más menudos ápices y constituciones.

Sujetábase á una religiosa de menor edad y antigüedad, habiéndose convenido mutuamente de avisarse las faltas para corregirlas con prontitud, haciendo en satisfaccion de ellas alguna penitencia, y la compañera confesaba con ingenuidad que nada podia notar en ella; sólo una vez le notó una tan ligera, que no lo era en realidad. Y preguntada por su confesor cuántas faltas le habia advertido la hermana N., le dijo: «Padre, creo que no hace aprecio de mí, pues nada me advierte ni me corrige.» Fué tan inclinada á las penitencias, que era menester contenerla, pues por su voluntad se hubiera destrozado, y se quejaba de su confesor con una de sus hermanas, diciéndole: «Jamás he tenido un Padre más tímido en esto de permitir mortificaciones; ya le parece que me he de matar: no son tantos mis fervores.»

Por último, será bueno copiar dos papeles que despues de su muerte presentaron dos religiosas de las virtudes que habian observado en ella. Dice la primera: «Que en la humildad era tan profunda, que no se desdeñaba de los oficios más abatidos de la religion; su modestia era tan rara en todas sus acciones, especialmente en la vista, que por lo comun la traia puesta en el cielo; su silencio profundo, pues lo más que solia

decir al encontrarse con alguna, era: «Encomiéndame á Dios.» El prudente sosiego de su alma era tal, que aunque hubiese algun ruido por cualquiera cosa que ocurriese, siempre mantenía su alegría y serenidad, como si no se le diese nada de las cosas; sus conversaciones en la quietud eran de Dios, de la Virgen, de los Santos, de la gloria, y se le conocía el amor de Dios que ardia en su pecho; empleaba su caridad en servir y ayudar á sus hermanas en cuanto podia; su obediencia, tan rendida hasta en lo más gravoso de su enfermedad, que se hizo de ella lo que se quiso; su conformidad tan grande, que se resignó á todo lo que Dios quisiese disponer de ella.» Y acaba esta religiosa su papel diciendo: «Y todo esto es tan cierto, que lícitamente lo podria jurar.»

La segunda comienza el suyo de esta manera: «Digo, para gloria de Dios nuestro Señor, conozco que se escribe muy poco de los Santos. Noté en esta Madre mucho amor á Dios, y sólo por ver el cielo se ponía al frente de las puertas, suspirando siempre por su pátria; los sermones los oía siempre de rodillas; su recogimiento, cuando comulgaba, era mucho; metida en el último lugar por su mucha humildad, á todas las llamaba mis amas, sujetándose á lo que las criadas repugnan; sólo hallaba cosas de edificacion; practicaba el consejo de Santa Teresa, que el dia que no hacía alguna obra de misericordia y humildad con los prójimos, decia que nada habia hecho; á todas atendia, y hallaban abrigo en ella, como de madre, hasta las pobres mozas; y así atendia sólo á Dios y dejó el qué dirán, que tanto daño hace; se sujetó á servir á quienes más la mortificaban; algunas cosas pasaron delante de mí, y otras me comunicó, no por desahogo, pues todo lo recibia de la mano de Dios, sino porque se humillaba tanto, que siendo yo una ignorante, me preguntaba: «¿Cómo diré esto ó qué hubo en lo otro?» por no seguir su propio parecer. Hizo pacto con una inferior para que le dijera las faltas, y ésta no conocia cosa alguna; pero por sus muchas instancias y por no privarlas de ese mérito, le dijo: «Ustedes hablan recio en el aposento, lo que agradezco mucho,» y áun esto estaba tan léjos de ser falta, que ántes bien era obra de caridad, para consolar á las que acudian á su consejo.

»Várias veces me dijo: «Yo me muero primero que ninguna de las que estamos,» con gran deseo de ir á unirse con Dios;

con tal confianza pedía. La última vez que comulgó con la comunidad se estuvo más tiempo dando gracias á Dios, y aún sintió el no estarse más; su oracion vocal era con espacio y atencion, de rodillas siempre; las mortificaciones que hacía eran tan ocultas, que no se conocian; á los ejercicios espirituales iba ántes que tocasen la campana; en la enfermedad sólo decia: «Que se haga el gusto de Dios.» Y le dije: «Prometeré lo que V. quiera por su salud, si es voluntad de Dios.» Y me contestó: «No.»

Hasta aquí lo referido en dichos papeles y el sucinto resumen de su vida, aunque mucho más se pudiera decir; pues su confesor asegura no poder decir algunas más heróicas virtudes y observancia de nuestras Reglas que le advirtió, por haberle suplicado muchas veces que le diera palabra, como se la dió ántes de su muerte, de no declarar despues de ella várias cosas que le notó muy especiales.

Esta es la Madre Tomasa Tellez, cuyas virtudes practicadas en Tudela están tan ocultas y escondidas como las de sus contemporáneas.

CAPÍTULO X.

Fundacion de la Casa de Santiago de Galicia.—Contradicciones.—Escaseces de la Casa.—Consiguen un buen convento.—Cumplen las funciones del Instituto.

Una de las fundaciones que hicieron las Madres de Tudela fué la de Santiago de Galicia, que vino á realizarse de la manera que ahora diremos: Habia muerto en el Perú D. Mateo Varela de Jachal, caballero piadoso y de muchos bienes de fortuna. Dispuso en su testamento que todos sus bienes se empleasen en obras pías y en la fundacion de un convento de religiosas teresas ó capuchinas, ó de otra Orden, segun la voluntad del Prelado de Santiago y mayor necesidad del reino.

Para dicha fundacion habia señalado la cantidad de un millon y riquísimas alhajas de plata, y por ejecutor de su última voluntad nombró á su sobrino, D. Valentin Sanchez y Rodo, que pasó en seguida á España.

No bien habia desembarcado, cuando los Rdos. Padres Carmelitas reclamaron la herencia para un convento de monjas de su Orden que acababa de construirse y se decia suficientemente dotado. Opúsose D. Valentin, de resultas de lo cual se entabló un pleito, que duró tres años, y por fin se falló en Roma, contra los Padres Carmelitas, y se mandó que el arzobispo de Santiago, juntamente con el Consejo de Castilla, determinára la religion que habia de fundar en Santiago. Y así el Arzobispo como todos los miembros del Consejo acordaron llamar á las religiosas de la Enseñanza de Tudela, por la gran opinion que de su religiosidad y observancia se tenía. Hicieron la peticion por medio del señor obispo de Calahorra, y fué aceptada de las Madres de Tudela, que enviaron luégo persona de confianza para extender la escritura y firmarla. Lo cual hizo, aunque se pusieron en ella condiciones muy gravosas é inadmisibles y del todo contrarias á la voluntad del testador, porque D. Mateo dispuso se hiciera la fundacion sin la más mínima carga, y D. Valentin, su sobrino y ejecutor, se hizo nombrar patrono de la fundacion, y quiso que ninguna novicia ni educanda pudiera entrar sin su intervencion, que se le reservasen algunas plazas sin dotacion para su familia, de la cual habian de ser tambien los capellanes, y que cada año se le hicieran exequias fúnebres. La cantidad que su tio D. Mateo habia destinado para la Casa y manutencion de las religiosas, la empleó en un vínculo de grandes rentas para su familia, y lo que le sobró compró un pequeño terreno, en el que comenzó á levantar un reducido convento, y señaló 250 céntimos para cada una de las catorce religiosas que él habia dispuesto hubiese, y otra cantidad igualmente mezquina para el decoro y sosten de una mala capilla y resto del edificio. Pero lo que más debe extrañarse es que el Sr. Arzobispo, que era don Bartolomé de Rajos y Losada, firmase y aprobase escritura tan disparatada, y se cree con fundamento que fué inducido con engaño á darle su aprobacion.

Luégo que quedó determinado, aunque con tanta injusticia, el asunto de la escritura, rogaron á las Madres Fundadoras

que tuviesen á bien hacer pronto aquella fundacion; para lo cual salieron de Tudela el 8 de Octubre de 1759 las Madres Nicolasa Colmenares, nombrada Priora, Josefa Mendiburu, Juana Salvatierra, las hermanas Dominica Duque de Estrada y Josefa La Peña, y Babila Ustarroz, coadjutora.

Fueron tambien en su compañía dos señoritas seglares, doña María Nicolasa Colmenares, sobrina de la Madre Priora, y doña Victoria Agüero, que vistieron el hábito luégo que llegaron á Santiago. Acompañaron á las Madres en este viaje don Bartolomé García, canónigo de la colegiata de Tudela, D. Francisco Matheo, cura párroco de San Salvador, y el colegial don Manuel Agüero, hermano de la señorita doña Victoria.

El viaje fué feliz, aunque muy penoso, y el 2 de Noviembre llegaron á la ciudad en donde descansan las preciosas reliquias del glorioso Apóstol Santiago, veneradas y reverenciadas de toda la cristiandad.

Hospedáronse en una casa que de antemano se les habia preparado en la plaza de San Benito del Campo, en la cual vivieron seis años con mucha estrechez é incomodidad, así por ser ella pequeña y nada á propósito para los ministerios propios del Instituto, como por nó estar amueblada. Mucho tuvieron que padecer nuestras buenas Madres en esta fundacion, por las condiciones tan injustas con que se habia otorgado la escritura, y la estrechez del local y falta de lo más indispensable. Pero lo que más las afligió fué la muerte de la Madre Josefa Mendiburu, acaecida el 1.º de Agosto del 60, y de la hermana Dominica Estrada, que falleció el 30 del mismo mes y año, y fueron ambas enterradas en la iglesia de los Padres de la Compañía de Jesus de aquella ciudad. Sintió tambien la pérdida de estas dos religiosas el Sr. Arzobispo, que tocaba ya con la mano los frutos de las escuelas de la Compañía de María, y por esta razón escribió con mucho encarecimiento á las Madres de Tudela suplicándoles le enviasen nuevas Madres por las dos que el Señor se habia llevado para sí, y envió á D. Juan Sanjurjo, capellan de la casa de Santiago, para que las acompañase y regalase en el viaje. Salieron, pues, de Tudela el 3 de Noviembre de 1760 otras tres Madres, que fueron Vicenta Bendigar, Joaquina Arizcun y Juana Fernandez, á las cuales acompañó tambien el capellan de nuestra Casa, con otro caballero de la ciudad y una doncella que las sirviese.

Con este nuevo refuerzo pudieron seguir desempeñando con lucimiento la pesada tarea de la Enseñanza, con lo cual se granjearon la estima y veneracion de toda la ciudad. Y se vió bien claro ser así, cuando despues de seis años, en 27 de Octubre de 1765, dejando la casa de San Benito del Campo, se trasladaron al convento que acababa de edificarse; porque en esta ocasion el cabildo con su Arzobispo y las autoridades y el pueblo todo, manifestaron de muchas maneras su alegría y contento. Salieron procesionalmente de San Benito, y se dirigieron á la catedral, en donde las aguardaba el Sr. Arzobispo, que celebró de pontifical y las comulgó de su mano, y luégo en la sala capitular se les sirvió un espléndido desayuno y se les enseñó lo más precioso de aquel santo templo, desde el cual, acompañadas del Ilmo. Sr. Arzobispo y cabildo, y de lo más principal de la ciudad y un gentío inmenso, pasaron al nuevo convento. Sirvió este dia la comida á las Madres el Arzobispo, que tuvo la bondad de comer con ellas; y por la tarde cerró la clausura. Grande fué la satisfaccion de las Madres al verse en casa propia, y con clausura, y fuera mayor si se hubiera cumplido la voluntad del testador, que no quiso fundar una casa miserable y desmantelada, como fué en sus principios la de Santiago. Mas todo lo llevaban con paciencia las buenas Madres, y tenian puesta su esperanza en Dios, y no les salió fallida, porque aconsejadas de personas prudentes y temerosas de Dios reclamaron contra D. Valentin, y despues de algunos trabajos y sinsabores que por esta causa pasaron, con harta edificacion de todos, consolólas el Señor, permitiendo que todas las condiciones con que se habia otorgado la escritura quedasen anuladas, y ésta fuese tenida por de ningun valor, por ser tan evidentemente injusta y contraria al deseo y voluntad del testador. Pasada esta borrasca y tempestad, todo cambió de semblante, porque, en primer lugar, se dió á las Madres lo que era justo y conforme á razon, con que pudieron atender á sus necesidades y mejorar el convento, que harto lo necesitaba, y algunas señoritas más principales, cautivadas del trato, modestia y virtud de las Madres, pretendieron alistarse en la milicia de las Hijas de María, y vistieron su preciosa librea: el número de colegialas creció tambien mucho, de manera que en breve se vió una comunidad floreciente, ocupada únicamente en su propia santificacion y en la de sus próxi-

mos. Todos los buenos no cesaban de dar gracias á Dios por el buen desenlace que el enmarañado negocio de esta fundacion habia tenido.

¡Loado y bendito sea el Señor una y mil veces, por su bondad y misericordia para con nosotras!

ELOGIO

de la Rda. Madre Priora Nicolasa Colmenares, que murió el 8 de Agosto de 1788.

Nació esta buena Madre en Pamplona, capital de la provincia de Navarra, de padres tan cristianos como nobles é ilustres. No obstante que por sus prendas personales y la opulencia de su casa la lisonjeaba el mundo con destinos muy conformes á la nobleza de su familia, se inclinó desde niña al estado religioso, y por una particular providencia tomó el hábito de Nuestra Señora en la Casa de Tudela. Hallábase en aquellos tiempos en la mayor escasez de monjas y de intereses; á los catorce años de edad entró Nicolasa, y con ella la felicidad de la comunidad, pues á su ejemplo se llenó de religiosas de las más distinguidas familias de Navarra, Vizcaya, etc., creciendo á poco tiempo, no sólo el numero de religiosas, sino los bienes temporales, de modo que ha sido despues este convento fecunda madre de várias fundaciones establecidas en España y en las Indias.

A poco tiempo de religiosa, dió á entender la Madre Colmenares su talento y celo por el bien de las almas y propagacion de su Instituto; debió á Dios una salud robusta, un grande amor al trabajo, en lo que era infatigable, y cargaba, no sólo con su oficio, sino con todos los que le imponia la obediencia; corrió por los oficios de la Enseñanza, y como la madurez de su juicio era superior á sus años, á los veintiseis la hicieron Maestra de novicias, y sacaron dispensa para hacerla Priora mucho ántes de los cuarenta.

En la fundacion de Méjico se formó el más santo empeño por su Fundadora, la Rda. Madre Azlor, descendiente de la

casa de los Excmos. señores duque de Granada y condes de Javier, de llevarla consigo; pero el Prelado y comunidad de Tudela hicieron recurso al Nuncio de Su Santidad, y le mandó, pena de excomunion mayor, que no saliese. Tan grande era el aprecio que se merecian sus relevantes prendas. Sin duda la conservaba el Señor para la fundacion de Santiago, que pór lo mismo que habia de ser tan útil al público, tuvo tantas contradicciones, tan funestos acaecimientos y tan rematables trabajos, que sólo el valor de la Madre Colmenares pudo vencerlos.

Como el convento se empezó á fabricar despues de su llegada, se estableció con su pequeña grey en una casa bastante incómoda; no obstante, no quiso perder tiempo, para empezar á recoger los frutos en la educacion de las niñas, dentro y fuera, segun la corta capacidad de la habitacion, para de algun modo satisfacer el deseo de las gentes de todas clases, que á competencia se empeñaban en ser las primeras para lograr la doctrina de tan respetable Madre. A pocos meses se le murieron dos religiosas de las que llevó en su compañía, y en quienes vinculaba en parte los progresos de su Instituto; sufrió con ánimo verdaderamente varonil este golpe, como de la mano omnipotente y piadosa de Dios; no se acobardó su espíritu, pidió nuevas compañeras al convento de Tudela, y con ellas y muchas jóvenes ilustres del reino que abrazaron esta nueva religion, vió en sus dias una comunidad observante y compuesta de religiosas capaces de desempeñar todos los officios que prescriben las Reglas.

Explicar por menudo con cuánta puntualidad las observaba; decir el rigor con que se trataba á sí misma hasta que decayó en su salud, es ciertamente imposible. Sobre la hora y media de oracion que las mismas señalaban, eran muchas las que gastaba, quitando al sueño para velar á Dios, sin que la impidiesen los muchos negocios y demasiadas contestaciones que le eran indispensables. Los Prelados que la conocieron en Tudela y los de esta metropolitana iglesia la respetaban y amaban, y admiraban aquel todo de prendas espirituales y temporales, que apenas se verá consonante en su siglo: era discreta, elocuente y perspicaz; devotísima sin afectacion del Santísimo Sacramento, tiernísima de María Santísima, de una presencia continua de la sagrada Pasion de Jesucristo, y de

uno y otro no podia hablar sin lágrimas en los ojos. En cuanto pudo observó la vida comun con sus amadas hijas, llevando muy á mal cualquiera singularidad que el amor las obliga á usar con Su Reverencia.

En los diez últimos años de su vida la regaló el Señor un accidente alferético que la baldó todo el lado derecho; pero la bondad de Dios se compadeció de la comunidad, dejándola sin lesion la cabeza para que gobernase con el mismo acierto que acostumbraba. Dejo á la piadosa consideracion de cuánta mortificacion sería á la Madre Nicolasa verse impedida de un golpe la que poco ántes se hallaba por la viveza de su espíritu en todas partes; no se podia mover sin la ayuda de dos religiosas, y no era pequeña su afliccion en serles tan molesta, en medio de que todas lo hacian con el mayor gusto. Así siguió hasta pocos meses ántes de su muerte, en que se notó una grande decadencia en las fuerzas y considerable debilidad de estómago; aumentóse el mal, y conociendo el peligro se le mandó recibir el Viático, noticia que recibió con el mayor consuelo: despues de recibido al Señor, con grande afecto de su alma, hizo á sus hijas una exhortacion llena de ternura, y fué preciso que su confesor, que lo ha sido en todos los veintinueve años el penitenciarario de esta metropolitana iglesia, la mandase callar; porque ya sus hijas no tenian valor para oirla más, por la grande afliccion que se apoderó de sus corazones, al paso que les servian tan dulces como eficaces palabras de inexplicable consuelo. Iba decayendo cada dia en sus fuerzas, y fué preciso administrarle la Extremauncion, que recibió con igual devocion que el Viático; desde entónces, aunque el mal daba treguas, se puso la Madre Colmenares á exhortarse á sí misma. No queria perder momento para asegurar la eterna felicidad, y era menester el mandato del confesor para tomar algun alimento y descanso.

En medio de su irrepreensible vida, temió siempre el tremendo juicio de Dios, diciendo continuamente; «¡Ay aquella cuenta!» Estos temores le acometieron en los últimos dias de su vida: medio de que se valió el Señor para purificarla más y más; pero fué tan obediente y rendida á los confesores; con las exhortaciones del que tenía á la vista logró del Señor una serenidad de conciencia, una esperanza tan cierta, como que la servía de apoyo la infinita bondad y misericordia de Dios.

A las cuatro y media de la mañana del día 8 de Agosto dió su alma al Criador; habiendo oido las cuatro, y dicho: «Ave María Purísima,» renovó en seguida todas las confesiones de su vida; hizo los actos de fé, esperanza y caridad con inexplicable devocion y ternura, supliendo con los movimientos de cabeza, ojos y manos la falta de habla en que se vió privada en aquellos cortos minutos. Así vivió y así murió esta buena Madre, que tanto procuró la gloria de Dios á los setenta y siete años y ocho meses cumplidos de su edad.

ELOGIO

de la Madre Joaquina Arizcun, que falleció el día 17 de Febrero de 1815 en la misma Casa.

Su elogio desearíamos hacer, pero son muy pocas las noticias que se han podido adquirir de esta buena religiosa: era natural de la ciudad de Pamplona, hija de los ilustres señores D. Joaquin Arizcun Beaumont, baron de Biortegui y vizconde de Arbeloa, y doña Francisca Ezpeleta. A los diez y nueve años de su edad tomó nuestro santo hábito, el 2 de Abril de 1747, y le dió á su tiempo la profesion el Rdo. P. M. Gaspar Sártolo, de la Compañía de Jesus.

Era de un genio muy amable, y de muy fina crianza, propia de su nacimiento, dotada de grande prudencia, mucha gracia natural y ardiente celo por el Instituto. Habiendo ejercido perfectamente los empleos de sacristana, tornera y Maestra de colegialas, fué enviada á nuestra Casa de Santiago, á los dos años de hecha la fundacion, por haber muerto dos de las primeras Fundadoras, que hacian mucha falta. Allí tambien se empleó con las colegialas, y fué sacristana, portera y muchos años Subpriora. Su Divina Majestad la acrisoló en los últimos años de su vida, no sólo con la falta de salud, sino con un total abandono de sus parientes, que tenian obligacion estrecha de asistirla, no habiéndose establecido la vida comun; pero todo lo llevó con mucha resignacion y paciencia. Fué devotísima del Sagrado Corazon de Jesus, para cuya fiesta contribuyó de

su parte miéntras pudo. Tambien lo era de la Virgen Santísima de los Dolores, y exhortabá á todas á esta devocion. Murió habiendo recibido todos los Santos Sacramentos el 17 de Febrero de 1815, á los ochenta y nueve años de su edad.

CAPÍTULO XI.

Fundacion de la Casa de la isla de Leon ó ciudad de San Fernando.

La cuarta fundacion fué la de la isla de Leon ó ciudad de San Fernando, para donde el 19 de Octubre de 1760 salieron seis religiosas, que fueron las Madres Petronila Apérregui, que iba de Priora, Rafaela Arellano y Manuela Basazábal, las hermanas Luisa Marichalar, María Antonia Arizcun y Juana Lopez, coadjutora.

Iban acompañadas de D. Bernardo Arellano, canónigo de esta santa Iglesia, de D. Ignacio Lecumberri, racionero de la misma, y del presbítero D. Francisco Montañana.

Durante el viaje guardaron recogimiento y modestia y no quisieron ver nada de las ciudades por donde pasaban, ni entrar en Madrid, sino que, puesto su corazon en Dios, sin divertirse en cosa alguna de la tierra, hacian su camino, en el cual les libró Dios prodigiosamente de un grave peligro. Sucedió que en una noche oscura perdieron el camino y no sabian por dónde andaban, cuando oyeron unas voces que les gritaban: «Detengan el paso: ¿á dónde van?» Y al mismo tiempo vieron salir de una casita un jóven con un hacha encendida en la mano para alumbrarlas y desviarlas del precipicio en que iban á despeñarse, á no haberse detenido. Dieron gracias á Dios y al jóven que las guió y acompañó hasta la posada, á la cual llegaron cerca de media noche. Y como quisiesen gratificarle por esta obra de caridad, se les desapareció y no pudieron saber más de él; y refiriendo el caso en la posada, las certificaron que en aquel lugar no se hallaba casa, ni cortijo, ni habitacion alguna; y así, lo atribuyeron á especial favor del arcángel San-Rafael, su protector.

ELOGIO

**de la Rda. Madre Fundadora y Priora del convento de la
Real Isla de Leon, Madre Petronila Apérregui.**

La Madre Petronila nació en la ciudad de Tudela el 28 de Junio de 1710.

Para decir algo de su vida, se ha de distinguir su vida exterior en los cargos y oficios que ejerció, y la interior en las virtudes religiosas que practicó.

Era hija de los señores D. Gregorio de Apérregui y doña Rosa Tornamira. No empleamos el tiempo en amontonar los resplandores de su nacimiento temporal. Ella más se gloriaba de ser Hija de la Compañía de María Santísima; pero no dejaremos de decir que desde su niñez manifestó Dios que la escogia para gobernar á otros. Su casa, opulenta y ruidosa, tenía numerosa familia de todas clases, porque sus padres tenían veinte hijos, una casa llena de intereses, de criados y de afanes, y á los doce años de su edad ya tenía la niña Apérregui la superintendencia y gobierno de toda la familia. Estos talentos y otras cualidades personales hicieron que el mundo la solicitase con empeño; mas siempre tuvo en su corazón un tirante que la arrancaba del mundo, cuando éste más la lisonjeaba. Por otra parte, como la carne y sangre abultan sus derechos, el reconocimiento á los padres y el tierno amor que ella les tenía la hicieron temer si era la gracia ó la naturaleza quien la llamaba al cláustro ó la quería santificar en el mundo. En esta situación se acogió al partido de la sumisión y obediencia, sujetándose al parecer y consejo de uno de los más instruidos é iluminados directores. Le manifestó su interior, y despues de muchas y sábias pruebas le aseguró que Dios la llamaba para esposa suya.

No encontró dificultad en conseguir la aprobacion y licencia de sus señores padres, que la tenían bien conocida para temer que fuese una ligereza su santa resolución. Entró en la

Casa de María en una situación en que se hallaba la comunidad en una suma pobreza y escasez de religiosas. La discreta Prelada conoció muy bien los fondos y quilates de aquella piedra preciosa con que Dios la enriquecía, y no dudó que el cielo la enviaba aquel socorro. Joven y novicia, era consultada y atendida en su parecer. Desde que vistió el santo hábito, empezó á trabajar en sostener la Casa en lo temporal, y en fomentar su espíritu y observancia, desempeñando los cargos que sucesivamente tuvo de procuradora, despensera, Maestra de novicias, Subpriora y Priora.

Hubo bien menester toda su destreza, la agilidad de su cuerpo, el desembarazo de su entendimiento y su grande espíritu para llevar concertadas tantas operaciones diferentes, manejarlo todo sin disipacion, y salir luégo con su alma tranquila para formar el espíritu de las jóvenes en el noviciado. Empleo que exige, no solamente el estudio de libros que llenen de sabiduría á la Maestra, sino de destreza y sagacidad para quitar los siniestros del siglo y edificar con prudencia y sin precipitacion el espíritu de una religiosa de la Enseñanza.

Habiendo venido de Méjico para tomar el hábito la muy ilustre señora doña Ignacia de Azlor, con ánimo de llevar la fundacion á su pátria, encontró en la Madre Petronila disposicion y franqueza para darle once religiosas que le acompañasen á su destino. Pero todos sus ruegos y súplicas no pudieron conseguir que fuese de Superiora de aquella fundacion, como igualmente se habia negado ántes á la de Zaragoza; ni tampoco la pudieron lograr con repetidas instancias para la de Santiago de Galicia, respondiéndole siempre que no tenía vocacion de Fundadora, y no por eso excusaba las instrucciones, los planes acertados y sábias advertencias que daba en estas ocasiones á las que iban.

¿Y quién no se admira que esta mujer, que tanto repugna y tanto se aflige cuando se habla de fundar, tan persuadida de que no es capaz de las funciones de Fundadora; y con todo eso, y á pesar de haber de fundar en la isla de Leon, que á la vista de la prudencia humana es el pueblo ménos á propósito para nuestro Instituto, ni lo resiste, ni propone, ni se detiene en nada? Y habiendo rehusado establecimientos llenos de proporcion, acepta el ir á la Isla, albergue entónces de una manada de pescadores, y que se componia de chozas y cabañas, pobla-

cion incómoda y llena de inconvenientes para la sabiduría humana.

En este viaje largo y lleno de forzosas incomodidades, nada la pudo hacer mitigar la disciplina religiosa, guardando con sus hijas la distribucion de la Regla en cuanto lo permitian las circunstancias. Caminaban, pero tenian que escuchar el sonido de una campanilla con que la Madre las llamaba á oracion y exámen, y á las demás distribuciones del Instituto compatibles con su situacion.

Cerca de Sevilla perdieron los cocheros el camino; una noche oscura y tempestuosa caminaban sin saber por dónde, cuando oyeron una voz que les gritaba: «¿A dónde van?» y parando para atender la voz, salió de un caserío un mozo con un hacha de viento en la mano, que les enseñó estaban al pié de un barranco, que se precipitaba en el rio Guadalquivir; y enseñando á los cocheros el camino, los acompañó hasta Sevilla, á donde llegaron á las once de la noche; y cuando los canónigos que las acompañaban quisieron gratificar al benéfico jóven que les habia sacado de aquel peligro, no lo encontraron, ni pudieron hallar rastro de él; aumentándose más la admiracion cuando refirieron en Sevilla el suceso y el sitio donde les habia acaecido, les aseguraron todos que allí no habia caserío, ni ninguna vivienda.

Llegaron, pues, á su destino la Madre Petronila con las cinco religiosas sus compañeras, Madre Rafaela Arellano, Madre Manuela Basazabal, Madre Luisa Marichalar, Madre Antonia Arizcun, y hermana Juana Lopez. Iban á establecer nuestro Instituto en un país donde no se tenía conocimiento de él, y en medio de un pueblo tan grosero como hemos dicho. La claridad de su entendimiento, la grandeza de su corazon, la expedicion de su espíritu, y valor superior á su sexo y á toda suerte de dificultades, fueron los talentos sobre que trabajó la gracia para esta dificultosa empresa.

Establecer una observancia puntual y religiosa á los principios de una fundacion, pide una destreza no vulgar, un celo muy formado. Túvolo la Madre Apérregui tal y tan activo, que nada la acobardaba. La casa era estrecha é incapaz de tener en ella ejercicio nuestro Instituto; medios temporales no los habia que fuesen bastantes á sufragar á gastos tan precisos como enormes; pero nada la apuraba. Pidió licencia al Sr. Obispo

para emplear los dotes de las religiosas que iban entrando, con calidad de reintegro; pidió prestados más de ocho mil pesos; labró colegio, noviciado, clases externas y otras oficinas, que no habia, y todo lo consumió. Muchas veces sin fondos para el gasto, venian las oficialas á pedirle dinero que no tenía, respondia que Dios proveeria, y proveia, con efecto, nuestro buen Dios, pareciendo oportunamente socorros que no esperaba, como se vió várias veces, y todo su cuidado era que no lo supiesen sus hijas, porque no se contristasen.

Todo se hizo y perfeccionó; se pagaron las deudas y se repusieron los dotes. ¿Y cuál sería su actividad en la formacion del espíritu de sus hijas, quien así se desvelaba en la fábrica de paredes y de cercas? Comenzó por el documento más eficaz del ejemplo, porque era la primera en los trabajos y la última en el descanso. Las más humildes ocupaciones eran las de su gusto, valiéndose de la autoridad de Superiora para que no se lo pudiesen estorbar. Enseñaba, como nuestra Venerable Madre Lestonac, que en la educacion de las jóvenes consistia la conservacion y aumento de la religion y su observancia; que con poco trabajo del labrador y poca mortificacion, el arbolito sube derecho en pocos años y sin la fealdad de torcerse; que si en los primeros tiempos de la religion habia descuido en criar los espíritus, permitiendo con indulgencia demasiada y culpable omision que siguiesen sus torcidas inclinaciones, con éstas subirian á Madres, y en vez de enderezar con el tiempo y edad lo torcido de los primeros años, se harian sus pasiones irremediabiles.

Tenía el imperio de los corazones más por la suavidad de su acertadísimo gobierno que por la dureza de un celo inflexible. Todas hallaban la luz, el acierto y el consuelo en su consumada experiencia, y siendo una mujer ciega, quebrantada de dolores y penas, así en el cuerpo como en el alma; sentada en su aposento, encontraban las oficialas un oráculo que las esclarecia, desataba sus dudas y daba órdenes tan precisas y llenas de sabiduría, como acreditaba la experiencia. Su entendimiento de primer orden y los conocimientos de treinta y tres años de prelación, juntamente con la abundante gracia que Dios la daba, hacian que lo que no podian ver sus ojos lo alcanzase con ventaja su ilustrada inteligencia.

Solamente en su concepto era inútil y perjudicial, por lo

que muchas veces intentó eximirse del oficio, mas nunca pudo lograr el consentimiento de la comunidad; y firme en el pensamiento de su inutilidad, escribió con sigilo á su Prelado, exponiendo sus nulidades con tanta eficacia y exagerando su situacion de tal manera, que movió á compasion á su ilustrísima; pero viendo la oposicion de las religiosas, les descubrió la solicitud que le habia hecho y manifestó el santo engaño, oyó de rodillas con la más profunda humildad las amorosas quejas de todas sus hijas, y se rindió, en fin, á llevar el timon de aquella nave hasta sus últimos suspiros.

VIDA INTERIOR.

Es sin duda que en buen sentido, y con la debida proporcion, se puede decir de la Madre Apérregui que su mayor gloria y virtud nació de su interior, como de la Hija del Rey dice el Espíritu Santo. Pero el poco conocimiento que como mujeres podemos tener de los espíritus, el sigilo de los directores, y otras circunstancias, nos privan de manifestar el concepto que tenemos del heroismo de esta Madre; y así sólo podremos decir las cosas que fueron visibles á nuestros ojos. Tan penetrada se hallaba de la grandeza adorable de Dios, que por no perturbar á sus hijas de la atencion con que las queria en los divinos misterios, cuando ya sus achaques no le permitian más, se hacía llevar á la puerta del coro para unirse desde allí á los inflamados afectos de sus corazones. ¡Cuántas noches habia pasado en el coro llorando y orando hasta la madrugada, sin que le faltasen testigos de vista en sus amantes hijas, que por curiosidad la acechaban!

Nada le pudo debilitar su confianza en las recias pruebas que sufrió, así en lo espiritual como en lo temporal, afianzada en la divina Providencia. Su amor á Jesus Sacramentado era ardiente y activo, y éste la hizo establecer la octava del Córpus por mañana y tarde y el Jubileo de las Cuarenta Horas en los dias de Carnaval, y que todo fuese rico y abundante en los ornamentos sagrados. Mucho habria que decir de esto y de la devocion al Sacratísimo Corazon de Jesus; pero como esto es un compendio de lo más principal, omitimos otras menudencias.

De su amor de Dios se derivaba el de su Santísima Madre. Sabía la Madre Petronila que la devoción á María es el alma de nuestra Orden; que una religiosa de la Enseñanza no puede vivir sin ternura, sin reverencia y amor á esta dulcísima Reina, y que todas las virtudes de la Señora deben ser el modelo de su imitación. Tenía especial cuidado de fomentar en sus súbditas esta devoción, diciendo: «Esta es la leche con que las de la Compañía de María se han de criar, han de crecer, han de trabajar, han de envejecer y han de morir.» Puso su imagen en el coro en una urna preciosa, constituyéndola Prelada de Casa y consagrándole su comunidad y todas sus cosas. A los pies de esta Señora eran sus gemidos y lágrimas en sus apuros espirituales y temporales, encontrando favorable acogida en asuntos bien intrincados, con éxito prodigioso. Tuvo particular devoción á una imagen Dolorosa colocada en un altarcito de la clausura. Cuando comenzó á padecer acerbos dolores, precursores de la pérdida de la vista corporal, aquella Señora le manifestó cuán agradable le era su sacrificio con alguna señal que ella calló. Pero un día, hablando con la confianza de madre á hijas, pasando por aquel mismo sitio, se le escapó el decir con fervor y ternura: «Aquí fué, hijas mías, donde la Santísima Virgen me bajó la cabeza, diciéndome que admitía la mía.» Advirtió después su descuido con arrepentimiento; pero como era verdad, una vez dicho no lo pudo negar, y lo confesó.

La caridad con el prójimo no podía faltar á quien profesaba y extendía un Instituto que se mantiene de su fuego. Así instruía á sus súbditas abrasada en llamas de caridad: «Vuestra mira, amadas hijas, no ha de ser otra que el agradar á Dios y buscar puramente su honra y gloria. Esta es la empresa que habeis de grabar en vuestro corazón, y con la que habeis de sellar y marcar todas vuestras obras. En el punto que apartéis vuestra vista de este norte fijo de vuestra peregrinación, en ese mismo os podeis contar por erradas, y retirará el Señor sus bendiciones y vendrán á quedar estériles vuestros trabajos. Busquemos siempre á Dios, encaminemos á El sólo las almas que nos confía: todo á Dios, todo por Dios, nada sin Dios, nada sino Dios.» Quien respiraba este fuego, ¡cómo ardería por dentro! Esta caridad la hizo abrazar el Instituto de la Enseñanza; ésta la hizo vencer la humildad, y la sacó de Tudela para ir á

buscar prójimos necesitados en Andalucía; ésta la hizo establecer, no sólo colegio y clases externas, sino procurar que se fundase una obra pía para vestir todos los años algunas niñas pobres. Este celo y esta caridad la hizo sufrir trabajos y persecuciones capaces de debilitar el espíritu más robusto sin mella en la entereza religiosa de su corazón. De aquí también le nacía aquel desvelo con que estaba siempre ayudando las almas de sus hijas, previniendo las ocasiones en que podían resultar tentaciones, exhortándolas continuamente á la mortificación de los sentidos y de las pasiones, á la abstracción, unión, exactitud y humildad. No se ceñía su caridad á sola su comunidad, sino que socorria con gran generosidad á los de la cárcel, hospital, casas particulares, vergonzantes, en comidas, vestidos, dinero, etc. ¡Oh cuántos pecados estorbó con sus socorros!

Fué humilde de entendimiento y de voluntad, no rehusando, ántes buscando de intento las ocasiones de humillarse. Aseguraba que siempre había preferido en su estimación el ajeno dictámen al suyo propio; si no lo seguía, no era por orgullo, sino habiendo ántes consultado, porque jamás hacía nada sin consejo; y una vez asegurada, se revestía del vigor que era menester, sin abatir su autoridad; de modo que, hermanando la virtud de la humildad con la circunspección de Superiora, no hubo Prelada más respetada, ni tampoco más amada.

Obedecía con propósito formal á la Madre que caritativamente se había dedicado á su asistencia, y con tanta exactitud, que no permitía se le administrase cosa alguna sin su orden.

Después de tantos años de trabajos gloriosos, y de obras tan resplandecientes, creía y decía con sumo dolor y aflicción que no había hecho nada del agrado de Dios, ni digno de premio. Y cuando supo que estaba cercana á su fin, se llenó de alegría, porque lograba lo que tantas veces había deseado, que Dios se la llevára para que se aliviase la comunidad del peso insoponible de su inútil persona. Así la oscurecía su humildad, para que llevase su mortificación al más alto grado.

Cuatro años ántes de morir perdió la vista y vivió este tiempo en un continuo martirio de dolores y enfermedades, que destruyeron su robusta naturaleza. Aquel genio fogoso y obrador se vió reducido á una mortificación incesante. Sentada en una silla, no se atrevía á andar, aunque la llevasen de la

mano, porque Dios para sus altos fines puso un pavor tan recio en su interior, que la persuadia visiblemente iba por despeñaderos y precipicios, y ni razones ni reconvenciones podian superar aquellos negros pensamientos y amarga melancolía que la consumia con fiereza y le produjo los movimientos convulsivos que le quitaron la vida.

Sucedió á la Madre Petronila, estando aún en Tudela, que yendo una vez á su aposento advirtió dentro una grande claridad, y entrando deseosa de examinar la causa, vió una cruz de madera, que tenía sobre la mesa para un crucifijo, cercada de hermosos resplandores y sembrada de cruces pequeñas. Entendió entónces que era aquel el camino por donde habia de ir; y tratando este asunto con su director, hombre de mucha ciencia de almas y de ejemplar virtud, le aseguró que padecería grandes tribulaciones en su espíritu, y el último fuego, le dijo, será terrible, pero Dios la sostendrá. Esta explicacion manifiesta sin duda aquella situacion dolorosa en que veia esta Madre principalmente en los últimos años de su vida, aquella melancolía y tristeza que la hacía derramar rios de lágrimas; aquellos gemidos en que pasaba noches enteras sin ningun sosiego; aquellos miedos y turbaciones de su fantasía cuando aprendia que la habian sacado de su clausura y la iban á echar á rios y precipicios; aquel santiguarse de repente y con mucha frecuencia, y exclamar con tanto dolor que no referia las representaciones que tenía, por no atemorizarlas. Así era su alma agitada y purificada en este ardiente horno.

Era ya tiempo que se aclarase el cielo, y era tiempo que sus hijas quedasen privadas de una Madre que era todo su consuelo. Establecida su Casa, afianzada su fundacion, puesta en vigor la observancia regular, y purificada con trabajos y tribulaciones, vino el tiempo en que podia decir con Simeon: «Ahora, Señor, que segun tu palabra queda edificada esta Casa en honor de tu Madre Santísima, me sacas en paz de este valle de lágrimas.»

Recibió la noticia de su cercana muerte, no con los miedos y sobresaltos que tanto la habian afligido, no con sola conformidad cristiana, sino con alegría y gozo. Administrándole el Viático, renovó los votos, pidió perdon á sus hijas, que rodeaban su lecho, y, recogiendo todas sus fuerzas, las exhortó á la observancia y práctica de las virtudes, animando singular-

mente su fervor en lo que el Apóstol y Evangelista San Juan predicó con tanta frecuencia á sus discípulos: «Amaos los unos á los otros, porque si esto se hace, se hace todo, y el espíritu de Dios habitará en nosotros.»

Despues quedó recogida y en un reposo y tranquilidad que infundia devocion. Exhortándola un sacerdote á que ofreciera á Dios sus penas y aflicciones, respondió con vigor: «Aflicciones no tengo, consuelos grandes de que dar gracias á Dios, eso sí.» En semejante feliz disposicion y demostraciones del reposo de su alma, sin estremecimiento ni convulsiones que parecian regulares en su naturaleza, plácidamente entregó su espíritu al Criador en la misma hora en que la Iglesia anunciaba á los fieles la Calenda del alegrísimo nacimiento del Hijo de Dios.

ELOGIO

de la Madre Manuela Basazábal, una de las Madres que acompañaron en la fundacion de San Fernando á la Reverenda Madre Apérregui.

Era hija de los Sres. D. Domingo Basazábal y doña Josefa Mendiolaza, vecinos de Azpeitia, provincia de Guipúzcoa, y muy estimables por su piedad y religion, los que procuraron dar á sus hijos la mejor educacion, que fructificó á su tiempo, dando muy sazoados frutos, como se verificó en nuestra carísima madre Manuela, porque á los veinte años de su edad abrazó el estado religioso, tomando el santo hábito en nuestro convento de Tudela; y concluido su noviciado con edificacion, hizo su profesion, y en el tiempo que en él permaneció le encargó la obediencia vários ministerios, el de Maestra de clases externas, enfermera, tornera, maestra de educandas; todos los desempeñó con la mayor observancia y puntualidad, dejando en todos muchos ejemplos que imitar.

Habiendo sido señalada á los catorce años de religion para la fundacion de San Fernando, siendo á los principios necesario atender á todos los ministerios de nuestro Instituto, se des-

cubrió en ella particular talento para el desempeño de todos ellos, por lo que la tuvo, y con razon, aquella Comunidad, por una columna de su espiritual edificio. En donde estuvo más de asiento fué en las clases externas, en las que fué Prefecta y portera, y al mismo tiempo era sacristana, permaneciendo en este último hasta la muerte, por ser sumamente aseada y primorosa; y como tenía un corazon amante y fervoroso, se derretia en esta ocupacion; no cediendo nunca el cuidado de vestir las imágenes, para lo que tenía gracia muy particular, y se recreaba y deleitaba ínterin se ocupaba en esto; porque era muy contemplativa y recogida, y por consiguiente muy dada al trato con Dios, empleando todo el tiempo que podia en la oracion. Alcanzó licencia de sus Superiores para levantarse una hora ántes que la comunidad, para dar más tiempo á este útil y dulce ejercicio; añadiendo otros ratos en el dia de supererogacion, y así como tan práctica y dada frecuentemente al trato con su Dios, le disgustaba el de las criaturas del siglo, huyendo cuanto podia de los locutorios; y cuando se veia precisada á concurrir á ellos, hablaba lo preciso, y se retiraba lo más pronto posible sin faltar á la urbanidad, pues su trato no era desagradable, ántes al contrario sumamente amable, y en su semblante manifestaba la paz y tranquilidad de su conciencia, pues ya parecia en la tierra bienaventurada, por lo que, al tiempo que se hacía respetable, no podia ninguno dejar de amarla con la mayor confianza, por ser su trato sencillo y llano.

Era muy humilde, por lo que hablaba, aunque fuese con la última de la comunidad, como si fuera igual y compañera de todas; cuando por todos títulos era merecedora de la mayor veneracion, y cuando conocia que se le hacía alguna distincion, se apuraba y fatigaba, y deseaba en su corazon que nadie se acordára de tal Madre Manuela, sino que la dejasen arrinconada; porque esto, decía con gracia, le estaba bien, porque se tenía por muy inútil; y así, en los siete años que fué Subpriora, dobló su mortificacion, aunque resignada á la voz de la obediencia, pues á ésta nunca tuvo réplica ni se le ofrecia juicio contrario, porque fué subordinada y ciega en la ejecucion.

En la modestia y castidad fué muy ejemplar, y por no ofender á su pudor sufrió un achaque en silencio que ni áun las

mismas religiosas lo supieron hasta su muerte; alegrándose de padecer por este motivo. En todo buscaba su mayor mortificación, y por conocer que á una fruta tenía alguna inclinacion, se privó de ella toda su vida, con licencia de sus directores, á los que obedecía ciegamente. Su caridad para con Dios ya hemos tocado; aunque sucintamente. ¡Cuánto se extendió, pues no podia vivir sin estar con su Amado! Fué tambien añan-tísima de la Santísima Vírgen, con quien tenía frecuentes y afectuosos coloquios, y una devocion grande á los Santos de la Compañía, complaciéndose mucho en oír sus elogios en los sermones y en sus vidas; y decia que les tenía tanta aficion por el celo que todos habian tenido en la conversion de los prójimos, y así amaba mucho su Instituto y estaba gustosísima en que Dios la hubiera llamado á esta religion, por emplearse en la enseñanza de la juventud. Fué observantísima de nuestras santas reglas y votos, y con esto se dice todo. Por lo que quiso Nuestro Señor premiar su fidelidad llevándola para sí en una epidemia que hubo en aquella poblacion. Agravándose el mal, se le administraron los Santos Sacramentos, que recibió con la mayor edificacion, continuando con grande tranquilidad lo poco que vivió, en el que se gozaba por ver desatarse las cadenas que la detenian para unirse con su Dios, en quien descansó el 4 de Octubre á los setenta y cuatro años de edad, cincuenta y cuatro de hábito y cuarenta de Fundadora.

De las otras Madres Fundadoras de aquella Casa, aunque tan beneméritas, no se conserva la memoria de sus virtudes, porque así lo ha dispuesto el Señor.

CAPÍTULO XII.

Fundacion de la Casa de Vergara.

La fundacion de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, que fué la postrera que hicieron las Madres de Tudela, debióse á la virtuosa Madre Magdalena Goizueta, que vistió el hábito en dicho convento; y en la renuncia que hizo al tiempo de su pro-

fesión, dejó un rico patrimonio para levantar en la villa de Vergara una muy magnífica Casa de nuestro santo Instituto. Y aunque en un principio hubo muchas y graves dificultades, se vencieron con el auxilio del Señor, y en 2 de Abril de 1799 salieron para esta fundacion las Madres María Concepcion Saenz de Tejada, Priora; Josefa Marco, Joaquina Marco, y las hermanas Concepcion Orobio é Ignacia Estéban, novicia, con tres pretendientes, doña Francisca Murquiz, doña Antonia Vicente y Victoria Aranguren para coadjutora. Por órden del Ilmo. Prelado D. Simon de Casaviella, Obispo de Tudela, las acompañaron y asistieron en su camino los señores canónigos D. Zacarías Lopez, D. Joaquin Ruiz de Conejares, D. Javier Vicente y el presbítero D. José Aguirre, director de la Soledad en Vergara, y testamentario de la fundacion.

Iban las Madres y hermanas con las pretendientes en dos coches, y observaban en lo posible la distribucion de comunidad, midiendo el tiempo, oracion, exámenes y demás ejercicios espirituales con relojes de arena, evitando con sumo cuidado el ser vistas de nadie, y hospedándose en los conventos de religiosas, si los habia en los pueblos por donde pasaban.

Tan luégo como á Vergara llegaron, se dirigieron á la parroquia de San Pedro, en donde se cantó un solemne *Te Deum*, y luégo se retiraron á una casa particular hasta que se dió forma de clausura al antiguo beaterio de Nuestra Señora de la Soledad, lo que se hizo en tres dias, y el 11 de Abril se encerraron las Madres en este lugar, que por ser muy incómodo y poco apropósito para nuestros ministerios, lo tuvieron que dejar y se pasaron á la casa del señor marqués de Rocaverde, en la cual vivieron por espacio de nueve años, hasta que estuvo terminada la fábrica del nuevo y magnífico convento que hoy dia habitan.

ELOGIO

de la Madre Joaquina Marco, la primera que murió en la fundacion de Vergara, y que falleció el día 4 de Diciembre de 1805.

Fué esta ejemplar religiosa Madre Joaquina natural de la ciudad de Pamplona. Sus señores padres, D. Vicente Marco y doña Vicenta Beunza, supieron dar tan religiosa educacion á sus ocho hijas, que siete de ellas se consagraron á Dios, renunciando generosamente todas las pompas y vanidades del mundo, ofreciéndose por víctimas del inocente Cordero. Cuatro hermanas se alistaron en nuestra Compañía de María con el denodado fin de declarar guerra abierta á los vicios y corrupcion general de costumbres, que, áun en países que con razon se precian de católicos, parece que ha llegado á dominar lo sumo en tan infelices tiempos, en que si se han de llenar cumplidamente los ministerios propios de nuestra profesion, debemos vivir resueltas á no dejar jamás caer de las manos las poderosas armas que tan oportunamente suministra nuestro apostólico Instituto para combatir con ellas cuanto se oponga á los principios de una sólida y cristiana educacion, bajo las infalibles máximas de la santa ley de Dios y de los consejos evangélicos.

Desde que comenzó á rayar la luz de la razon en la niña Joaquina, advirtieron sus piadosos padres en ella un genio vivo, un entendimiento y talento claro, despejado y penetrante, y unas bellas inclinaciones, que casi naturalmente la conducian á lo bueno. Al paso que iba creciendo en edad, se aumentaban tambien los desvelos de sus padres en darla una educacion correspondiente á la calidad y circunstancias de su nacimiento; y á fin de que ésta fuese más completa, determinaron ponerla en clase de educanda en el Colegio de Tudela, donde se ensayó en la práctica de las virtudes en que despues habia de sobresalir tanto, sirviendo de edificacion y de ejemplo á las demás pensionistas, que notaban en ella un juicio y

madurez poco regular en la edad pueril, acompañado de una singular prudencia y de suma exactitud en el cumplimiento de todos sus deberes, sin desviarse un punto de lo que la ordenaban sus Madres maestras, á cuyas meras insinuaciones era muy dócil. De esta suerte iba disponiéndose á corresponder agradecida á las copiosas gracias que el Dador de ellas generosamente derramaba sobre su alma, siendo fiel á las divinas inspiraciones y á los toques y llamamientos interiores, con que á los catorce años de su edad se sentia ya movida al estado religioso.

Así que entró en el noviciado, aunque se reconoció mejor el gran fondo del talento que encubria la probanda y las veras con que se habia propuesto servir á Dios en el nuevo estado. era la primera en el trabajo, y en todos los humildes ejercicios en que suelen ocuparse nuestras novicias, sin que esto la impidiera el dedicar al culto divino aquellos cortos ratos que la dejaban libres sus tareas ordinarias; previniéndose de este modo para el feliz dia en que habia de consumir el sacrificio de sí misma, á que habia dado principio consagrándose para siempre por casta esposa de Jesucristo, por medio de los solemnes votos religiosos que, cumplidos los dos años de noviciado, hizo con indecible júbilo de su espíritu, ofreciéndose á sí misma en perfecto holocausto. Desde esta dichosa época todos sus cuidados se reducian á dedicarse enteramente á conseguir la perfeccion que le pedia su elevado estado, por medio de puntualísima observancia de sus santas Reglas, á las cuales desde sus principios cobró una singular estimacion, que le duró toda su vida, y procuró tambien infundirla en sus hermanas. Con tal suavidad preparaba el Omnipotente con bendiciones de dulzura á esta escogida criatura miéntras despues de profesa permaneció en la Casa de Tudela, hasta tanto que llegado el término prefijado en los eternos decretos de la divina Providencia la nombraron sus Superiores por una de las Fundadoras del convento de Vergara. De las cuatro columnas que habian de sostener el edificio de esta importantísima obra, era la tercera en el órden la Madre Joaquina, á quien en este dilatado campo en que, siendo muy abundante la mies y pocos los operarios, se le descubrió un nuevo teatro donde pudiese ejercitar su ardiente caridad, no solamente á beneficio de sus prójimos, sino tambien de su pequeña comunidad, cargándose

en los primeros años con la mayor parte de los oficios y empleos de la religion.

En efecto: ejerció los oficios de enfermera, Maestra de clases externas, sacristana, tornera, ropera y Maestra de novicias. En las escuelas encontraba su mayor gusto, y se complacia en el continuo trato de las parvulitas inocentes, distinguiéndose particularmente en el cuidado de las más pobrecitas y desvalidas, dedicándose con incansable celo á la instruccion de todas, no solamente en lo concerniente á la educacion civil y política de habilitar en las labores de manos y demás ejercicios honestos proporcionados á la edad y capacidad de cada una, sino mucho más en lo que pertenecia á la educacion moral y cristiana, enseñándolas con amor y cariño los principios fundamentales y lo más preciso de la doctrina cristiana, el modo de disponerse y recibir con fruto los Santos Sacramentos, de asistir con devocion al incruento sacrificio de la Misa, con todo lo demás que en su razon previene nuestra santa Regla, cuyo principal objeto sabía muy bien era la sólida instruccion de la tierna juventud sobre las seguras máximas conformes á los preceptos y consejos evangélicos; al mismo tiempo estaba persuadida que el medio más eficaz y proporcionado para su propia perfeccion era ciertamente el no perdonar trabajo alguno.

A su desvelo se debió el cuidado, compostura, curiosidad y aliño en todo lo que pertenecia al altar y adorno de la Iglesia, con vivo sentimiento de que á la Majestad Divina no fuese correspondiente la estrechez de una capilla provisional y la escasez de sus alhajas y pobreza de ornamentos destinados á su inmediato servicio en los sagrados ministerios. No solamente se ejercitó en estos oficios, sino que tambien tuvo por algun tiempo el de Procuradora, porque no se negaba á ninguna cosa que fuese de trabajo en beneficio de la comunidad.

La que era tan solícita y diligente en el cuidado de las cosas exteriores, fácilmente inferirá cualquiera con cuánto anhelo y ánimo se aplicaria á perfeccionar su interior, por poco que en esta parte se diga de las apreciables prendas que la adornaban. No ignoraba que para llenar cumplidamente los deberes de su santa vocacion, era preciso que á la accion de Marta en el desempeño de los cuidados temporales acompañase tambien la contemplacion de María en el recogimiento de su espíritu, y en un continuado afan de hermosear su alma con

todo género de virtudes, en las que, aunque fué singular en todas, sobresalió más su aplicacion en adquirir aquellas más esenciales, que sirven como de base ó fundamento á la perfeccion religiosa, á que con sumo estudio aspiraba.

Tenía presentes las promesas que habia hecho á su celestial Esposo en la profesion; y así, no se contentaba con renovar sus votos en los tiempos prescritos por nuestras Reglas, sino que tambien lo hacía en todas las comuniones, esmerándose con particular empeño en la observancia más puntual y exacta de cada uno de ellos. En guardar la castidad y clausura fué delicadísima: como que estaba bien penetrada de aquella sentencia de San Pablo, que «nuestros cuerpos son templos vivos del Espíritu Santo.» Fué extremada en la pobreza evangélica, que estaban respirando los pocos muebles de su pobre aposento y lo bajo y humilde de las demás cosas, deseando que todo lo más despreciable fuese para su servicio. Estas lecciones las habia estudiado á los piés de su amado Jesus, de quien se aprende la verdadera ciencia de los Santos.

Sobre todas las virtudes que la merecieron una especial predileccion, fueron la obediencia y humildad; aquélla como característica y de particular recomendacion en nuestro loable y grande Instituto, y ésta como cimiento y apoyo de las demás virtudes. Su obediencia era prontísima, ciega y rendida á sus Superiores, teniendo presente la excelente carta de nuestro santo Padre Ignacio, que no se contentaba con oirla cada mes, sino que la repetia con frecuencia en particular, para tener más presentes las circunstancias que contribuyen á su mayor perfeccion.

Mas no es fácil explicar debidamente las hondas raíces que habia echado en su alma su profunda humildad, juntamente con el asombroso desprecio de sí misma, en medio de que era seguramente una de las religiosas más útiles de la Casa en el cabal desempeño de tantos y tan diversos cargos como tenia á su cuidado, y por el tenor constante de su ejemplarísima vida, arreglada al espíritu de nuestras Constituciones; tenía formado tan bajo y despreciable concepto de sí misma, que muchas veces la oyeron decir con sinceridad sus hermanas, y áun otros, que era el mueble más inútil de la Casa, y le parecia que para nada más servía en la religion sino para dar malos ejemplos á sus compañeras. Este temor, aunque infundado, causaba en su

interior tales angustias y aflicciones, que sin poder sosegar iba muchas veces á suplicar á su Prelada la permitiese en el refectorio pedir perdon de los malos ejemplos que daba á la comunidad, y la impusiese penitencia por sus faltas, añadiendo que más queria pagar en esta vida, que dejarla por satisfacer en la otra; y cuando alguna que otra vez condescendia á sus instancias la Superiora, ya por cooperar por su parte al aumento de su virtud, y ya tambien por que sirviera de edificacion y áun de estímulo á las demás, que eran testigos oculares de su perfecto obrar, lo hacía con tal humildad, candor, claridad y sencillez, que confundia á las mismas que notaban y veian en ella lecciones y ejemplos de perfeccion. Sólo deseaba agradar á su único Dueño en todas sus operaciones. Intimamente persuadida á que nuestra santa ley está fundada en la caridad cristiana, y cifrada en amar á Dios por sí mismo y al prójimo por él, ¿quién será capaz de dar ni siquiera la más ligera idea del gran volcan de amor de Dios que abrasaba y derretia su corazon? Como esta sagrada llama habia comenzado á prender en él desde sus primeros años, la fomentó desde su noviciado, y la iba avivando progresivamente despues de su profesion con el continuo pábulo del ejercicio de piedad y devocion, especialmente con la frecuencia de Sacramentos, para los cuales solia disponerse con particular fervor y extraordinaria diligencia. En el de la sagrada Eucaristía encontraba el remedio de todas sus necesidades y el alivio de sus aflicciones; empleaba los ratos que podia y le dejaban libre sus ocupaciones en la presencia de este augusto Sacramento: allí tomaba esfuerzo y valor para resistir á las tentaciones del comun enemigo. Al amor de Dios correspondia el de su prójimo, de quien siempre pensaba bien y echaba á la mejor parte sus acciones, salvando á lo ménos la intencion. Esta virtud era el más fuerte resorte que la movia á sacrificarse incesantemente á los adelantamientos de sus discipulas miéntras se empleó en el magisterio del noviciado y de las escuelas, como ya se ha indicado; tambien la que la conducia á la asistencia y alivio de las enfermas, visitándolas frecuentemente y exhortándolas á la conformidad en sus trabajos, no solamente cuando era enfermera, sino en todo tiempo, compadeciéndose notablemente, así de los males que afligian á las de la Casa, como de las muchas calamidades que sufrían las de fuera.

Era tan adicta á la oracion mental y contemplacion de los divinos atributos y perfecciones, que por muchas horas que pasase en este provechoso ejercicio engolfada en la consideracion de las eternas verdades, no se le hacía fastidioso ni pesado; y como en sí misma habia experimentado los grandes bienes que acarrea á nuestras almas la constante continuacion de este santo empleo, no perdía ocasion de recomendarle con eficacia á sus compañeras, persuadiéndolas que jamás se disgustasen de él, por más sequedades y distracciones que sintiesen. Postrábase en el retiro de su aposento á los piés del Crucifijo, su único espejo, en cuya presencia se deshacía en tiernas lágrimas, dimanadas unas veces á fuerza del amor al considerar el inocente Cordero espontáneamente cargado con el horrible peso de nuestras iniquidades, sufriendo en el Calvario acerbas penas que debíamos pagar los pecadores para librarnos de las eternas, y otras veces ocasionadas de la séria reflexion de sus ligeras imperfecciones, ó más bien genialidades propias de nuestra debilidad y flaqueza, sirviéndole estas mismas de poderoso motivo para humillarse delante de Dios y de los hombres y para empeñarla más en aprovecharse de los medios más conducentes á su propia perfeccion, como era el de la presencia de Dios, casi continúa en ella, y procuraba mantenerla con singular empeño, á fin de estar así más bien dispuesta para oír las divinas inspiraciones cuando se dignase hablarla al corazon.

Fué exactísima en el cumplimiento de todas sus obligaciones. Aborrecia la ociosidad, era enemiga de los locutorios que no fuesen por obediencia y en casos necesarios; amante de la soledad y del retiro; sus palabras pocas y circunspectas, de donde nacía una abstraccion casi total del trato y comunicacion de las criaturas para atender á los medros de su alma.

En medio de su quebrantada salud, fué tan dada á la mortificacion interior y exterior, que era necesario que los superiores moderasen sus fervientes deseos. Su ardiente celo por la salvacion de las almas, áun cuando careciésemos de otras pruebas, lo están publicando sus discípulas, que no dejaban de penetrar el fondo de sus heróicas virtudes. En una palabra: en la última despedida para la vida eterna, lloraron inconsolablemente sus amadas hermanas la pérdida del dechado ó modelo de la perfeccion religiosa, cortado á la medida de nuestro apos-

tólico Instituto. Finalmente, como buena religiosa se iba preparando para salir al encuentro á su celestial Esposo, que llamaba á las puertas de su corazon. Quiso este Señor probarla con una prolija y molesta enfermedad, ocasionada de una tos convulsiva, que algunos años la hizo sufrir; y aunque se le aplicaron los remedios posibles, no tuvieron el efecto que se pretendia. Debilitada con la violencia de la indisposicion que padecia, que apenas la dejaba descansar ni de dia ni de noche, no creian los médicos que estuviese tan cercano su fin, ni las religiosas se lo persuadian. La víspera de su fallecimiento la visitó el facultativo por la mañana y por la tarde, como lo hacía de ordinario; y á pesar de los repetidos encargos que la paciente le habia dado en órden á que no aguardase á los últimos extremos para mandar que se le administráran los Santos Sacramentos, conceptuó que por entónces no eran necesarios, atendida la disposicion en que á la sazón se hallaba; por la noche del mismo mártes se recogieron las religiosas á la hora acostumbrada, dejando á la enferma, al parecer, sin particular novedad; pero en la mañana del siguiente dia, muy de madrugada, sintiendo alguna opresion y congoja, llamó ella misma á las religiosas que habitaban en el aposento inmediato, y acudiendo luégo á asistirle, la encontraron sumamente postrada y con muy notable novedad. Llamaron á toda prisa á los médicos espiritual y corporal, y cuando llegó éste la halló en las angustias y agonías de la muerte: poco despues acudió su confesor, pero á tiempo en que acababa ya de espirar; por lo que no alcanzaron á consolarla los últimos auxilios con que en semejante trance suele socorrer nuestra benigna Madre la Santa Iglesia á sus hijos.

En medio de esta afliccion nos sirve á todas de grandísimo consuelo el constar que el domingo anterior al de su fallecimiento habia comulgado por devocion con la edificacion acostumbrada, habiéndose confesado el dia ántes, como lo hacía frecuentemente durante su enfermedad, y aún no hacía un mes que en la renovacion de los votos hizo su confesion general, segun lo dispuesto por la santa Regla.

COMPENDIO

de la vida de la Rda. Madre María Concepcion Saez de Tejada, que murió el 13 de Abril de 1820.

Nació esta Madre Tejada en la villa de Cameros, obispado de Calahorra, pueblo bien conocido por las personas de gran mérito que le han ennoblecido, así como nuestra recomendable Madre Concepcion. Sus señores padres fueron D. Manuel Saez de Tejada y doña María de Segura, iguales en nobleza y abundantes en bienes de fortuna. Una de las virtudes que les hacía recomendables era la buena educacion que dieron á sus hijos, un celo virtuoso, vigilante y activo de criarlos, más que para lustre de su familia, para que fuesen hijos dignos de Dios. Desde los más tiernos años procuraban inspirarles el temor del Señor. Desde que rayaba en ellos el uso de la razon se avivaba más el cuidado de los buenos padres para mantener en ellos la inocencia y preservarla de los escollos que son tan comunes. Si esto hicieron con todos los hijos, parece que fué mayor su cuidado con esta hija, á quien en el santo Bautismo pusieron por nombre Isabel. Su amable índole, un despejo no común, una inclinacion natural á lo bueno, un juicio anticipado, le merecieron un amor especial de sus padres, y éste les sugirió un particular deseo de atender con preferencia á su buena educacion. Desconfiados de poder por sí mismos dársela tan cristiana, tan religiosa y tan ilustrada como deseaban, quisieron asegurar sus buenos principios en alguna casa de religion, y con este designio trajeron á su hija Isabel á nuestro Colegio á los doce años de su edad. Puesta en la Casa de Dios la que en la de sus padres era el consuelo de éstos y de cuantos la conocian, por sus buenas inclinaciones se hizo desde luego respetar de sus compañeras, y amar de sus maestras por su devocion, modestia, circunspeccion, buenos modales; por su humilde docilidad, obediencia, aplicacion y talento, que cada dia descubria más. Dotada de un natural sério, pero que su bondad y adelantada prudencia matizaba, nunca se le obser-

varon puerilidades, monadas, travesuras reprehensibles; ántes su presencia imponía á las demás y les servía de freno.

De una conducta tal, bien se podría presagiar que una jóven tan irreprehensible, y áun virtuosa, sería en su edad madura muy edificante, como desde entónces aparecía muy grata al Señor de las virtudes. Y así no pensaba ya en salir al mundo, sino en fijar su morada en la Casa del Señor. Había entre las mismas colegialas dos hermanas suyas, mayores en edad: sin duda éstas avisaron á sus padres lo que se advertía en su hermana, la que por fin se determinó á manifestar su resolución de no salir del convento y seguir en él su vocación religiosa. Llevaba ya cinco años de educanda, y aunque la piedad de los suyos nunca trató de resistir á su vocación, su hermano mayor, D. Martín, caballero del hábito de Santiago y señor de Ribavellosa, se empeñó en que saliera en todo caso del convento para que fuese probada su vocación. No sirvieron alegatos, súplicas, instancias de la virtuosa educanda. Tuvo que condescender, y aunque con indecible violencia de su alma, salió en compañía de sus dos hermanas á la casa de sus padres.

Puesta ya entre los suyos, siguió con mayor constancia sus buenos propósitos. Nada bastó para disipar sus ideas; ni diversiones, ni modas, ni trato de gentes, ni viajes en que la comprometieron, ni cosa alguna entibió sus fervores ni su modo de pensar. Entregada á la dirección de un virtuoso religioso, docto y experimentado, su vida en el siglo era de una religiosa. Su abstracción y retiro edificaba á cuantos la conocían, y hasta las señoritas de su rango no podían ménos de confesar que envidiaban su virtud, y áun los más impresionados contra la vocación religiosa conocían que la de la jóven Isabel era exenta de todo capricho y propiamente inspirada de Dios. Eso mismo desengañó á los suyos; los convenció plenamente de que ya era una violencia injusta y una resistencia violenta detenerla por más tiempo. Con ese conocimiento, á los dos años, poco más ó ménos, de haberla sacado de nuestro Colegio, tuvieron que consentir en su vocación. Era esta precisamente para el santo Instituto de la Enseñanza, porque Dios había fijado en su alma una idea muy clara de lo mucho que interesaba para su gloria la formación cristiana de las niñas. Por ello la jóven Isabel, no contenta con buscar su propia san-

tificacion léjos del bullicio y peligros del mundo , lo que hubiera podido proporcionarse en tantos conventos de otros Institutos, anhelaba poder cooperar con el Señor en la santificacion y salvacion de las almas de sus prójimos. Entendia bien que en su sexo no podia mejor proporcionarse la perfeccion de la vida apostólica que en la enseñanza de las niñas. Toda su vida acreditó que Dios la habia dirigido en su eleccion y vocacion.

Llegó, despues de tantas pruebas y dificultades, el dia que tanto deseaba de tomar el santo hábito de Nuestra Señora, que fué el 16 de Noviembre de 1766, á los veinte años de su edad. Introducida en la Casa del Señor, ¿cuál sería el gozo de su alma y el fervor con que emprendió la carrera de la perfeccion? Su aplicacion incesante á todas las virtudes, un rendimiento el más humilde á su Maestra, una escrupulosa exactitud en las cosas más mínimas, fueron los testimonios de su generosa resolucion y de su vocacion perfecta. A poco tiempo ya no parecia novicia, sino profesas muy adelantada en la vida religiosa, impuesta en todo y capaz de imponer á las demás. De dia en dia se veian y admiraban sus progresos en la comunidad. Nada se le hacía difícil: las ocupaciones más laboriosas y los oficios más humildes, léjos de serle repugnantes, eran sus delicias. Un semblante siempre sereno é imperturbable, aún en los casos ménos previstos, acreditaba que, á pesar de la lozanía de su edad y de su natural viveza, era señora de sus movimientos y dominaba á sus pasiones. Maestra, Prelada, religiosas, hermanas y novicias, todas la hallaban para todo. Todas eran en su concepto virtuosas, santas y hábiles, y sola ella la incapaz, la defectuosa, la inútil para todo, y la que debia aprender de todas.

Una santa impaciencia dominaba su corazon hasta que llegase el dia de su desposorio con el Señor, aunque se consideraba tan indigna de ser contada entre las Hijas de María Santísima, y que ni el Señor la habia de recibir por esposa á causa de su tibieza, ni la comunidad la juzgaria apta para el Instituto. Pero Dios, que se complace en los humildes, y la comunidad, edificada de sus ejemplos y altamente convencida de su mérito, llena de esperanzas de que sería utilísima para la enseñanza, la admitió sin resistencia y con aclamacion á hacer los sagrados votos. ¡Qué dia de tanto placer y consuelo para la herma-

na Isabel María! Ya le parecía que se le habían abierto las puertas del cielo. Desde que estuvo asegurada de su admisión, redobló sus esfuerzos para ataviarse con todas las joyas de las virtudes. Inflamados soliloquios, encendidos afectos, incesantes ejercicios de humildad, continúa oración para presentarse pura y aceptable á los ojos del celestial Esposo.

Con estas disposiciones preparada, llegó el día dichoso de su profesión, el más alegre y el más gustoso de toda su vida. En los momentos de expresar sus promesas, ni oía, ni pensaba sino en Jesucristo y por Jesucristo; tan léjos de la concurrencia visible como metida en sí misma y arrebatada de un gozo extraordinario, superior á todos los gozos de este mundo. Así se entregó toda al divino amor, sin querer ya nada de esta vida: hasta el propio nombre renunció. Era desde su infancia devotísima del misterio de la Inmaculada Concepción, y quiso tener el consuelo de llamarse con ese nombre; propuso su deseo, y por fin lo consiguió, imponiéndosele en el acto de profesar el nombre de María Concepción, en lugar de Isabel María, que era el del Bautismo.

Según había sido la vehemencia de sus deseos, así fué subiendo de grado en grado por todas las virtudes, sirviendo de ejemplo á todas; jamás se la vió ociosa ó entretenida con curiosidades: siempre ocupada, ó en sus oficios, ó en la labor, ó en la lectura de libros espirituales.

Cada día se la veía más fervorosa en el desempeño de sus obligaciones. Fué nombrada Maestra de clases y ropera. Su aplicación incesante y su incansable celo se veían en el adelantamiento de las niñas; el orden en lo político y en lo cristiano, que obligó á tenerla en este oficio quince años, y de allí pasó á continuar sus tareas en el Colegio de internas. Ya se dijo que la Madre María Concepción, no contenta con buscar su propia santificación, se propuso cooperar con el Señor en la santificación y salvación de las almas de sus prójimos.

Como Dios, según nos previenen los Santos, cuando elige á alguno para algún destino le confiere las gracias necesarias para su desempeño, dispensó con abundancia á esta religiosa todas las que le convenían para servirle en la educación de las jóvenes encomendadas.

Hacía sus delicias en trabajar con ellas para desbistar su rudeza, para enderezar sus siniestros, para arreglar sus incli-

naciones é inspirarlas el santo temor de Dios, que es el principio de la sabiduría.

Nunca se olvidaba de que trataba con niñas, porque su prudencia le enseñaba que era necesario disimular muchas faltas y tragar muchas travesuras, que eran más efecto del natural y defecto de capacidad, que frutos de la malicia. En todos sus trabajos y fatigas no pretendia más que sus adelantos á gloria de Dios; y no fiándose de sí misma, buscaba en las luces ajenas, consultando con humildad á otras Madres experimentadas, cuyos consejos y advertencias seguia con la más edificante y pronta deferencia.

Uno de los mayores cuidados de la Madre Concepcion era estudiar el genio, el natural, el talento, las inclinaciones de sus discípulas; y segun la diferencia de cada una, era diferente y respectivo su manejo con ella en los avisos, correcciones, y en exigir más de unas que de otras, segun la mayor ó menor disposicion, mayor ó menor necesidad que advertia. Así, de todas sacaba mucho partido y lograba ventajas. A pesar de su natural viveza, jamás la veian impaciente, alterada, desabrida, con aires de furia; jamás oian de su boca expresiones humillantes, ni áun palabras ásperas, y ménos amenazas duras.

Con su vida mixta de Maestra y religiosa, activa y contemplativa, á un mismo tiempo cuidadosa del bien espiritual y temporal de las almas, y no ménos solícita de su propia santificacion, no cesó de procurar la mejor parte para sí, trabajando incansable en seguir por el camino de la perfeccion religiosa. Esto le causaba tal abstraccion de las criaturas, que por pura necesidad solamente se llegaba á tornos y locutorios. A pesar de esto, era aplaudida y estimada de todas las personas, tanto eclesiásticas como seculares, por sus excelentes prendas y admirables virtudes. Pero la prueba más cierta y convincente de este concepto general, fué la comision árdua y difícil de la fundacion de la Casa de Vergara. Hacía muchos años que se habia ideado esta empresa. Grandes dificultades y embarazosos obstáculos, que suelen ocurrir en tales casos, fueron retardando este proyecto tan importante á la gloria de Dios. La contradiccion de gentes ménos juiciosas y más equivocadas en punto al interés comun; la resistencia del infierno, siempre declarada contra las obras de Dios, ocasionaron notable retraso en la ma-

teria, con mucho sentimiento de los bien intencionados, particularmente del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Calahorra, don Francisco Aguiriano, que deseaba con ánsia esta santa fundacion en su obispado. Mas prevaleció el designio de Dios contra las tramas y astucias del abismo. No faltaban en esta Casa Madres muy respetables en aquel tiempo para salir á la fundacion de Vergara: las habia muy recomendables, que, instruidas con los ejemplos de las que las habian precedido, fieles imitadoras de sus virtudes y dignas discípulas de tales Maestras, podian muy bien, á discrecion del Prelado, desempeñar á su plena satisfaccion el encargo, aunque difícil, de la nueva fundacion. Pero entre tantas fué escogida con preferencia la Madre Concepcion Saez de Tejada. Es de creer que este ilustrísimo señor no procedería á la eleccion sin un sério exámen y conocimiento. Hecho esto, se verificó la fundacion con todas las circunstancias que quedan referidas en su lugar.

El 2 de Abril de 1799 salió de Tudela para Vergara la pequeña comunidad; en todo el camino se observó la perfecta guarda de la observancia religiosa en toda la distribucion de tiempo, como si fuese en el mismo convento; y áun la clausura se conservó, segun el retiro con que procedieron en todos los puntos por donde tuvieron que pasar.

Habiendo llegado con felicidad, se establecieron en casa del señor marqués de Rocaverde, donde permanecieron por espacio de nueve años, hasta que se edificó un magnífico convento, á donde pasaron el dia 31 de Julio, dedicado á nuestro Padre San Ignacio de Loyola. Puestas ya en la nueva Casa, se estableció la vida comun perfecta y la más floreciente observancia de todas las Reglas y leyes del Instituto, á lo que ya se habian acostumbrado en la casa del señor marqués, como si aquella hubiese de durar para siempre.

A costa de nuevos afanes consiguió esta diligente Superiora una suntuosa iglesia para celebrar solemnemente las funciones del culto divino que tanto deseaba su fervoroso afecto. Su fé viva, ejercitada de contínuo, era el principio, el móvil y el estímulo de toda su conducta. De esta fé viva procedia aquella modestia y circunspeccion en todas sus acciones y palabras, aquel respeto en el coro, que, á pesar de su delicadeza, no acertaba á estar sino en pié ó de rodillas, ni áun á levantar los ojos al tabernáculo. Con esta fé tan respetuosa juntaba una

esperanza tan consoladora como firme, que en medio del conocimiento y confesion humilde de sus defectos, se alentaba extrañamente en las misericordias del Señor, esperando su gracia y su gloria. Cuando veia á alguna de sus hijas triste y cavilosa, ó demasiadamente tímida, decia con mucha gracia: «Déjese estar miserable, que eso es andar en mezquindades con Dios, que para todo es tan generoso y misericordioso.» Próxima á morir, sólo pedia oraciones para salir cuanto ántes del Purgatorio, y la veian contarse, con una confianza en Dios la más serena, destinada al cielo.

Sobre todo, su amor de Dios avivaba su fé y alentaba su esperanza. La consideracion de la bondad infinita, de la suma perfeccion del Señor, encendia su corazon en vivos deseos de amarle y de que fuese amado de todas las criaturas; especialmente cuando meditaba las finezas de Jesus, se consumia su alma en fervorosos anhelos de adorarle, y que todos le adorasen. Se afligia de oir las ofensas del Señor, tanto, que aún en su cuerpo hacian impresion. Era devotísima del Corazon de Jesus, y procuraba inspirar esta devocion á todos, deseando morir por no ver ni oir tan graves ofensas como continuamente recibia. Se conocia por sus efectos que el corazon de esta Madre estaba herido del divino amor. Veamos cómo amaba á los prójimos por amor del mismo Dios. Era necesario haberla tratado para conocer la sensibilidad de su corazon compasivo. Los más extraños puestos en necesidad, ó afligidos de cualquiera tribulacion, le eran muy propios para sentir sus males y desear remediarlos. No podia ver ni oir trabajos, pobreza, enfermedades y escasez de cualquiera que fuese, sin enternecerse. Pero especialmente en sus hijas, es indecible cuánta era la ternura de su alma. Tanto en lo espiritual como en lo temporal era sumo su cuidado para que nada les faltase, así en la salud como en la enfermedad.

Quien tenía en grado tan edificante las virtudes teologales, no podia ménos de sobresalir en el ejercicio de las morales. Era, en verdad, ejemplar y modelo de todas. Desprendida perfectamente del mundo, jamás volvió los ojos á él con aficion; ántes bien, habiendo de pasar en su viaje á Vergara por la ciudad de Logroño, la escribieron sus parientes con anticipacion que les avisase el dia que habia de pasar, para tener el consuelo de salir á verla con esta ocasion, que regularmente sería la última

en esta vida. Pero no quiso la que sólo vivía para Dios, tener esa condescendencia; y con santa astucia se libró del aparato con que su parentela, rica y noble, la hubiera querido obsequiar.

Este mismo espíritu procuraba inspirar á sus hijas. En su última enfermedad, ese era uno de sus mayores cuidados, no cansándose de repetir ya á todas, ya á várias en particular, la necesidad del retiro, las conveniencias de la abstraccion, la ninguna utilidad y muchos inconvenientes de la reja. Ese era uno de los objetos más principales de su maternal y religioso celo, con que quería cerrar las puertas á la disipacion. Mas no se limitaban á ese solo punto sus fervorosos anhelos y cuidados.

El mismo celo que la avivaba en estè particular la obligaba á procurar la observancia comun en todo lo que pertenecia á la perfeccion religiosa. Preguntaba frecuentemente á sus hijas del concurso de las niñas, del fruto que sacaban y de los progresos que hacian, y les daba instrucciones útiles para ello. Por efecto del mismo celo encargaba mucho el silencio, explicando los muchos bienes que en él se encierran, y repitiendo que no puede ser perfecta religiosa la que no es amiga del silencio, ni tendrá jamás nada de religiosa la que no aprenda á enfrenar su lengua.

Encargaba mucho que en las recreaciones de comunidad se guardase la regla de hablar cosas espirituales. Cuando en ellas se hallaba presente, lo observaba puntualmente, manteniendo la conversacion santa y festivamente con muchas particularidades, que con su gran talento y memoria citaba y referia, de los misterios del Señor, de María Santísima, vidas de los Santos, etc. No se cansaban de oirla, por su especial gracia en el decir. Con toda esta bondad juntaba una constante y perfecta voluntad de hacer siempre y que se hiciese en todo lo justo, segun el mérito de cada una, y segun lo que convenia al órden y bien comun. Con estas dos virtudes poseyó la fortaleza; ésta la mantuvo siempre firme, y decia con San Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta.» Y no como quiera lo podia todo, sino que en los mayores apuros y en lances de grande afliccion y dificultades se mantenía sin congoja ni pusilanimidad, con una presencia de ánimo y una serenidad increíbles, y que sólo podia darse en una virtud como la suya. Vaya, por prueba, el caso siguiente:

Cuando aún se continuaba la fábrica del convento, en el silencio de la noche asaltaron al convento unos malvados, no se sabe cuántos, con el designio de robar el dinero que suponían prevenido para seguir la fábrica. Introducidos en la Casa, cortaron la soga de la campana; y tomaron las demás medidas para dejarlas sin arbitrio de defensa. Con los indicios de que había hombres dentro de la clausura, cada una procuró cerrarse bien en la celda, sin aliento para más. La buena Madre nada había advertido, hasta que una hermana coadjutora le avisó, y aseguró que había gente de fuera dentro del convento. Otra se hubiera sofocado; pero la Madre hizo luego á la hermana cerrar la puerta, y tomó alguna precaucion sobre lo que tenía en la celda. Luego empezó un hombre á llamar con furia, visto que la puerta estaba cerrada. La Madre y la hermana aprovecharon los momentos para encender luz, incorporarse en la cama y ocultar lo que se pudo. Entre tanto gritaba y golpeaba la puerta, y amenazaba de fuera el ladron. Entretenido por algunos minutos con buenas palabras, al fin marchó la hermana por la puerta excusada, y pudo entrar el hombre, que halló á la Madre sentada en su cama. ¿Qué motivo mayor de sobresalto para una religiosa? ¡En lo fuerte y pesado de la noche, sola, sin recurso alguno, con un hombre bárbaro, enfurecido, delante de su cama! Se hiela la sangre sólo al pensarlo. Despues de quejarse bárbaramente de la detencion en abrir la puerta, empieza el desalmado á pedir dinero: registra toda la celda: pilla unas onzas que encuentra: anda como un frenético por todo, buscando más: vuelve á la cama, amenaza á la Madre. Espanta su vista: espanta la ira que muestra en su semblante: horroriza su lengua descerrajada. Vuelve á registrarlo todo: no cesa de clamar por más dinero: amenaza con estragos, con todo género de maldad, con no perdonar á nada, si no se le manifiesta todo el depósito. ¡Horrible caso! ¡Quién no había de temer y temblar en tan espantosa escena! La Madre, no obstante, se mantuvo muy serena, contestando con frescura al tal hombre. Entre tanto, la hermana coadjutora se amañó como pudo á buscar la campana y á tocarla con un palo, de suerte que ya en el pueblo se entendió que las monjas tenían algun trabajo. Con ello se conmovieron las gentes, acudieron al remedio, vino la justicia. El ladron, con los que le guardaban las espaldas, oido el alboroto, huyó á favor de la oscuridad de la noche. Fueron á la

Madre temerosos de una terrible novedad, y la hallaron muy tranquila, como si nada hubiera habido. Parece increíble; pero valga el testimonio del médico, que, lleno de asombro, declaró que la buena Madre no tenía la menor alteracion en el pulso, ni habia el menor indicio de novedad, sin necesidad de precaucion alguna: cosa que á todos llenó de admiracion. ¿Puede darse una prueba mayor deserenidad, de constancia, de ánimo, de espíritu y de fortaleza? En tanto grado poseyó esta virtud cardinal. Ni era inferior el de su templanza.

Toda su vida fué abstinerente, parca y sóbria. En la comida y bebida no tomaba más que lo necesario para vivir. Aunque muy debilitada por sus años y achaques, y no ménos inapetente, nunca permitió, áun en las contínuas y graves indisposiciones de los dos últimos años, por más instancias que se le hacian, que la pusiesen ave ó cosa de precio. En el vestido deseaba tambien lo más pobre. En una ocasion en que estaba bien necesitada de hábito, despues de muchas instancias para que permitiera que se le hiciese uno nuevo, viendo que se estaba cosiendo uno para una hermana coadjutora, lo tomó para sí, aunque más corto segun la Regla que para las de coro, diciendo que aquel le estaba muy bien, y lo llevó muchos dias, hasta que á fuerza de instancias, viendo que era muy corto para su alta estatura, la obligaron á mudárselo. Y en todo queria las cosas más despreciabíes.

Su exactitud, su incansable asistencia á todos los actos de comunidad, era la más edificante. En medio de su extraña debilidad, no habia ejercicio á que no asistiese, de coro, de penitencia, de fregar en la cocina y barrer, etc., por más que sus hijas procuraban excusarla; como quien tenía delante á los Santos y Santas que le enseñaban prácticamente á obrar con circunspeccion, con reverencia y con actualidad de intencion, con toda su alma, de modo que si edificaba lo que exteriormente hacía, aún más en la perfeccion y modo con que en todo obraba.

Era muy prudente en descubrir su interior, enemiga de ayes y gemidos, muy cautelosa para que no la observasen sus afectos, su compuncion y sus humillaciones interiores. Pero á su pesar, se traslucia todo esto en un modo de proceder tan santo.

Deseaba vivamente que hiciesen eleccion para verse libre

de la prelación; pero esto nunca lo pudo recabar de sus hijas. Y cuando más edificadas y encantadas las tenía con sus excelentes virtudes y ejemplo, el Dios árbitro de los destinos, Señor de la vida y de la muerte, tan venerable é insondable en sus juicios, las llenó de desconsuelo poniendo á su buena Madre á los umbrales de la muerte. ¡Qué consternacion la de aquella comunidad al verla tan agravada con sus indisposiciones! Pero ¡qué motivo de admiracion y de edificacion verla tan en sí, tan fervorosa, tan puesta en manos del Señor, tan llena de gozo en medio de su padecer! Se puede decir que su enfermedad fué para darnos de palabra y de obra un compendio de sus muchas virtudes. No se puede expresar su devocion, su fervor, el ardor de sus afectos, la conmocion santa de su espíritu, la devota alegría de su alma al recibir el Santo Viático. Allí era oír sus gemidos de contricion, sus actos de amor de Dios, la viveza de su fé, su confianza filial en las misericordias del Señor; allí verla como trasportada de gozo, léjos de afligirse con temores congojosos de la muerte.

Luégo que recibió el santo Viático, con un desprendimiento el más generoso, y con la más edificante humildad, dijo y protestó á su Subpriora que ya nada era en la Casa; que estaba á su obediencia; que pedia por amor de Dios lo que le era necesario, porque de sí ni tenía ni queria tener nada, ni deseaba más que ser y morir verdaderamente pobre. Esto le partia el corazon á la Madre Subpriora, y le hacía derramar muchas lágrimas. En medio de esto, la Madre, tan serena y tranquila como en su más robusta salud, prosiguió encargándola mucho y rogándola por las entrañas de Jesus que cuidase de mantener firme la observancia; que se huyese del trato con el siglo; que, especialmente las jóvenes, no frecuentasen el locutorio; que la Maestra de novicias fuera la religiosa más escogida, de más espíritu y observancia. Con ese cuidado se explicaba, ya á unas, ya á otras, por dejarlo impreso en todas. «Por amor de Dios, repeta, les pido que sean exactas en la observancia, y que tomen esto con el mayor empeño: si ahora empieza á decaer, poco á poco irá todo por tierra; y como van faltando religiosas, y otras, por su debilidad y achaques, no pueden ejercitarse en la mortificacion, es preciso que entre las que pueden se tomen las cosas con teson, para que se mantenga esta Casa en aquel espíritu de fervor que es debido, y se aumente en la perfeccion. Sobre todo les encargo y pido, por el Sagrado

Corazon de Jesus, que se empeñen mucho en la obediencia, humildad y vencimiento propio, que con esto todo irá bien y se harán religiosas verdaderas y perfectas, y agradarán mucho á Dios.» Entre tanto, no cesaba de clamar á Dios y de suspirar por él.

Recelosa pidió el auxilio de la Extremauncion, que se le administró el dia 10 de Abril; al dia siguiente comulgó con extraño fervor é indecible ternura y consuelo de su alma. En el mismo á la noche, por darle ese consuelo, se le leyó, ántes de recogerse la comunidad, la recomendacion del alma. Por momentos iban decayendo las fuerzas de su cuerpo, pero entre tanto se iba confortando y como reanimando su espíritu. ¡Qué tranquilidad! ¡Qué paz! ¡Qué serenidad de alma! No parecia sino que escuchaba una secreta voz que le decia: «Ven, esposa de Cristo, recibe la corona que el Señor te preparó para siempre.» Tal era su confianza, y en ella tal su alegría, que suspiraba por acabar esta vida miserable.

Por fin, llena de años y de merecimientos, murió el dia 13 de Abril del año 1820, á los setenta y tres y diez meses de edad, á los cincuenta y tres y cinco meses de religion, y á los veintiuno de Priora Fundadora del convento de María Santísima de la Enseñanza de Vergara.

ELOGIO

**de la Madre Concepcion Orobio, que murió el dia 18 de
Noviembre de 1823.**

Fué la Rda. Madre Concepcion Orobio natural de la ciudad de Alfaro, hija de los Sres. D. Mateo Orobio y doña Juana Colomo, personas bien conocidas por su virtud y nobleza; criaron á su hija con el esmero y religiosidad propios de tan piadosa familia. En el retiro de su casa sólo veia nuestra Concepcion buenos ejemplos que la movian al desprecio del mundo; y para vivir más apartada de él, resolvió abrazar nuestro santo Instituto. Tenía diez y ocho años cuando entró en el noviciado, durante el cual se aplicó con cuidado al exacto

cumplimiento de sus deberes, preparándose de este modo para ofrecer el perfecto holocausto de sí misma, con el mayor gozo de su espíritu, el día de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, dia tambien de su nacimiento.

A los dos años de su profesion se hizo la fundacion del convento de Vergara, y por sus singulares prendas y excelentes virtudes fué escogida para una de las compañeras de la dicha Rda. Madre Tejada en tan gloriosa empresa. Allí dió los mayores ejemplos de virtud en todos los empleos que ejerció, que fueron muchos, y teniendo harto que trabajar como en principios de fundacion. Es difícil relatar en pocas palabras su edificante y ejemplar vida. Pero una cosa muy particularmente llamó la atencion, que era su imponderable mansedumbre; pues por más contrariedades que tuviese; por grandes que fuesen las ocasiones, jamás se la vió alterada, sino siempre dulce y siempre amable con todas; siempre risueña y tranquila, ni notaron, en los muchos años que sufrió del pecho, la menor señal de pena ni tristeza en su semblante, y al dar cuenta de su enfermedad lo hacía con tal paz y sosiego, que quien no lo supiese creyera que contaba indisposiciones ajenas; prueba de su mucho sufrimiento y conformidad con la voluntad de Dios, en una edad que aún podia prometerse algun alivio, pues falleció á los cuarenta y ocho años no cumplidos, cuando tan interesante era la vida de tan digna Prelada. Ya sus hijas se recibían y temían su cercana muerte, especialmente en los últimos seis meses, en que á su habitual afeccion del pecho le sobrevino una hidropesía general; mas iba tirando con el cuidado del amor filial, y no se figuraban estuviese tan próxima á su fin, pues los más de los días se levantaba por la mañana, y aún la víspera ántes de morir estuvo hasta el anochecer diciendo que estaba mejor que otros dias; pero á ruegos de la enfermera se retiró. Mas á la mañana siguiente la encontraron con bastante novedad, y fué preciso administrarla luégo los Santos Sacramentos, que recibió con mucha tranquilidad, siguiendo del mismo modo hasta que entregó su espíritu á su Criador á las nueve de la noche del 18 de Noviembre de 1823, dejando á sus hijas en la orfandad más dolorosa. Habia sido muy devota de la Santísima Vírgen, en especial del misterio de su Inmaculada Concepcion, cuyo culto y devocion procuraba inspirar á sus discípulas; por lo cual creemos piadosamente

que esta benignísima Madre la tendrá cerca de sí, á la vista de su Hijo Santísimo.

Estas son las fundaciones que hasta el 1800 se hicieron con gente de esta Casa de Tudela, de cuyas Madres parece quiso echar mano el Señor para extender y dilatar su gloria y establecer en tantos y tan diversos puntos la Orden de su Santísima Madre. ¡Bendito y loado sea por siempre jamás, por los singulares y tan continuos favores con que la ha distinguido! Y no se puede dudar la haya siempre mirado con especial cariño y proteccion; y veráse esto muy claramente en la narracion de lo que pasó durante la guerra de los franceses, que comenzó en Mayo de 1808.

CAPÍTULO XIII.

Caridad que usó la comunidad con una religiosa francesa de la Visitacion.

¡Cuántos y cuán grandes beneficios recibimos de su divina Majestad en tan azarosos y aciagos dias, en que tantas doncellas tiernas y vírgenes consagradas á Dios se vieron forzadas á dejar sus seguros y bien guardados asilos, y expuestas á mil trabajos, vejaciones y peligros!

Y cuántos y cuán grandes y cuán terribles son para quien se ha criado en el cláustro y vivido siempre retirada del mundo falaz y engañoso, sabíamoslo bien por la narracion de quien ha pasado por ello. Porque habiendo sido en Francia en el año 92 del pasado siglo echadas de sus casas las religiosas, una de ellas, que era de la Orden de la Visitacion, llamada Sor Graciosa Berindoaga, despues de haber vivido un año oculta y en casas particulares, y viendo los peligros que por todas partes la rodeaban, con ánimo esforzado y varonil resolvió el 93 pasar á España, con la esperanza de ser admitida en alguna comunidad religiosa, aunque fuese por criada. Y logrando pasaporte, salió el 13 de Octubre de 1793 con otras compañeras, pasando con su hatillo por entre las tropas, entre el susto y el valor y la confianza en Dios. Esta se encaminaba

á Zaragoza; pero pasando por Tudela supo que en esta ciudad habia convento de Enseñanza, y solicitó con humildes súplicas su admision por medio de un memorial que presentó. Fué admitida de pura compasion, por unánime consentimiento de todas, la cual caridad no ha quedado sin premio en dicha comunidad, y acaso habrá sido el manantial de muchos beneficios. Se informó de todo al Ilmo. Sr. Obispo D. Ramon de Larumbe, el que dió su consentimiento y aprobacion.

Fué colocada al principio en la habitacion de las colegialas, y al poco tiempo se trasladó á la de las religiosas, asistiendo con la mayor exactitud á todas las distribuciones de Regla. No obtuvo officios ni voto en la comunidad, por no haber profesado en ella; pero vivió muy estimada y sirvió de mucho en todo cuanto se le mandaba, especialmente en asistir á las enfermas, que lo hacía casi de continuo con mucha caridad. Solia cargar con todo lo más repugnante y trabajoso. Era modelo de obediencia y humildad. Trabajaba á voluntad de la Superiora, y en todas sus necesidades se le asistia de la comunidad, al modo que ahora se vive en la vida comun.

Llevaba el hábito de su religion y guardaba sus Reglas, y por devocion las de la Enseñanza.

Murió el 6 de Mayo de 1808, y la enterró el muy ilustre cabildo.

CAPÍTULO XIV.

La proteccion de Dios en la guerra de los franceses, año 1808.—Llegan á Tudela el 8 de Junio.—Atropellos.—Empiezan á golpear las puertas.—Son socorridas de un sacerdote.—Entran el Santísimo Sacramento en la clausura.

Lo que ahora sigue está escrito por persona que ha sido testigo de vista de todo, y que tomó por gustoso entretenimiento el repasar fielmente por su memoria las bondades de Dios, que siempre se complace en socorrer á los que esperan en Él. Dice, pues, así:

«Por medio de nuestra Santísima Madre y poderosísima

defensora María Santísima, nos ha libertado el Señor de los innumerables é inevitables riesgos que traen consigo las guerras, que en estos últimos años han hecho participantes de sus desgracias á tantas comunidades de fieles esposas de Jesucristo, quien por sus santísimas é inexcrutables disposiciones permitió á las más de las comunidades padecer el martirio de desamparar su amada clausura, y verse expuestas á los inminentes peligros, ya en los viajes, acompañadas del susto y amenazadas de la crueldad; ya en la triste soledad de una casa del mundo, sin la compañía de sus hermanas; ya viéndose privadas del dulce consuelo de morir en brazos de una comunidad intercesora, que en aquellas agonías suelen rodear el lecho de estas almas dichosas; ya, en fin, padeciendo las más horribles tentaciones de parte del mundo y sus perversos secuaces, cuyas corrompidas máximas y estragadas costumbres ofenden los oídos y corazón de las inocentes palomas que, no hallando donde poner sus piés con seguridad, sólo suspiraban por volver al amada arca de donde habian salido. No es ahora de nuestro intento el ponernos á ponderar el conjunto de males y trabajos que encierra en sí la sola penalidad de la emigración; harto encontrará que ponderar una mediana capacidad, y áun la persona de más limitado juicio no podrá ménos de prorumpir en tierno reconocimiento al verse exenta de tamaños peligros, expresando su gratitud en elogios y alabanzas de la Reina poderosa, de la invicta Capitana, mejor diré, de la Madre dulcísima, que Ella sola es terrible, como un escuadron bien ordenado, cuando se trata de defender á sus hijas, poniéndolas á cubierto de todo el infierno, bajo el amparo de su real manto.

En efecto: en la guerra de los franceses, que empezó el año 1808, llegaron los enemigos á Tudela el día 8 de Junio, en donde los incautos paisanos, poco instruidos en puntos y leyes de guerra, creyeron poder resistir á un formidable ejército de tantos miles de soldados veteranos, sin más armas ni disciplina que su valentía, ayudada de los pueblos vecinos, los que dieron motivo á sus contrarios, con su flaca resistencia, para entrar á sangre y fuego, saqueando toda la ciudad.

En este conflicto, y durante el ataque, que duró algunas horas, no cesaban las hijas de Nuestra Señora, reunidas todas en su coro bajo, de implorar la misericordia de Dios sobre este

pueblo con todas las fuerzas que les prestaba su afliccion, como si con sus lágrimas quisieran apagar el fuego de la batalla y con sus clamores acallar el estruendo de los cañones que espantosamente resonaban. No se hizo Dios sordo á sus súplicas, ni tardó en consolarlas algun tanto con un recado del general francés, diciendo «que estuviesen tranquilas, que ningun daño se les haria, y que queria verlas en la reja del coro.» Miétras daban gracias á Dios de que las hubiese templado su susto, hé aquí que llaman de casa de la demandadera unos soldados pidiendo docecientas pesetas (así se explicaban ellos), las que no fué muy difícil el sacar, por hallarse entónces la comunidad no muy mal provista; mas sin querer esperar el preciso tiempo para contarlas, daban tanta prisa, apuntando con el fusil, y volviendo luégo por otras tantas, que ya volvieron á sobresaltar los ánimos, que apenas habian descansado un poco con el corto refrigerio de algunos suspiros. Fué preciso pasar en vela toda aquella noche, y otras muchas, porque no permitia otra cosa el miedo. ¡Qué dias tan tristes! Toda la ciudad en un profundo silencio, que sólo lo interrumpia el ruido de las armas por las calles ó los tristes ayes que de cuando en cuando se oian salir de las casas en donde la licencia militar ejercia sus hostilidades.

Estando la Madre de Jesus tan cerca de la Cruz de su Hijo, no convenia que las esposas del Crucificado é hijas de la Madre dolorosa se contentasen con mirarla de léjos, allá, desde la falda del Calvario, compadeciéndose sólo de trabajos ajenos. Y así, para que gustasen más de cerca su dolor y angustia, aunque sin permitir se rompiese por esta vez la clausura, consintió la divina disposicion que empezasen á golpear las puertas con el mayor empeño para entrar en ella.

El único medio de pedir algun socorro fué echar á vuelo la campana, cuyo sonido heria el corazon de los más allegados, que, hallándose en igual afliccion y viéndose obligados á mirar por sí, no les era posible el acudir á otros. Mas el Señor, que si bien deja penar por algun tiempo, nunca desampara á los suyos del todo, nos envió socorro en la persona de un caritativo sacerdote, que sabía perfectamente la lengua francesa, muy afecto á esta religion; el cual, compadecido de las angustias que segun indicaba el sonido de la campana padecíamos las religiosas, acudió prontamente, acompañado de un

sargento que tenía alojado en su casa; reconocieron las dos puertas de la clausura, entrando por la reglar y saliendo por la de las clases. Y como la caridad es solícita y diligente para el bien de sus prójimos, le daba entrada y cabida á este sacerdote con amigos y enemigos siempre que podia favorecer, por cuyo medio pudo proporcionarnos una guardia, con la que quedamos en quietud por entónces. Y segun pedian las estrechas circunstancias del tiempo, recompensamos este beneficio con un pucherito de aluvias cocidas y una poca de harina, que entregó á dicho señor, por no haberle quedado cosa comestible en su casa por causa del saqueo. Hasta tan menudas cosas se apreciaban entónces como ricos presentes.

Considerando, pues, los grandes desacatos que prudentemente se podian temer, si los enemigos llegasen á entrar en la iglesia, se tuvo por conveniente, con aprobacion del Sr. Obispo, trasladar el Santísimo Sacramento á lo interior de la clausura, y se colocó en la capilla del Noviciado, á donde entraban los sacerdotes á celebrar las Misas, y en donde las religiosas nos juntábamos para cantar las horas y demás oraciones. Y no sólo por estar más cerca de nuestro Dios, sino tambien porque en el coro, cuyas ventanas caian á la calle, resonaban demasiado las voces, temíamos ser oidas de nuestros enemigos. Tan cobardes como esto nos tenía el sobresalto en aquellos aciagos días, tan sin espíritu, ni energía, ni valor, que el médico tuvo por conveniente y aún necesario el dispensar á toda la comunidad del ayuno de las témporas. Como poco experimentadas en los fueros de la guerra, aún despues de pasados los tres días del saqueo, siempre juzgábamos nuestras vidas en peligro inminente, por lo cual no osábamos quedarnos ninguna noche sin un confesor dentro que nos pudiese absolver á toda prisa, á lo que, compasivo el Sr. Obispo, condescendió por muchos meses en que se quedase el capellan de la comunidad para nuestro consuelo, y en todo este tiempo perdian la noche dos ó tres, por su turno. Y ciertamente no faltaban causas para angustiar nuestros corazones. Veíamos el templo desierto, las escuelas vacías, los enemigos victoriosos y que á largos pasos se iban apoderando de todo el reino; un Rey intruso en el trono empuñando el cetro de la España, y sin saber qué paradero hubiese de tener todo esto, pues, atendida la poca cristiandad

y religion que en todos ellos se advertia , era forzoso temer para en adelante los más funestos estragos.

Dos meses habian estado los franceses sitiando y combatiendo á Zaragoza , ciudad indefensa , sin murallas ni castillo , aunque si bien pertrechada con la proteccion de María Santísima , que sobre aquella columna inmoble hace continúa y vigilante centinela á toda España , como torre de fortaleza de donde penden innumerables armas ofensivas y defensivas para sus hijos y contra el infierno. Y aunque más adelante permitió la entrada á los enemigos en dicha ciudad , por esta primera vez hubieron de volver las espaldas despues de cansados todos sus esfuerzos , y retirarse por algun tiempo. Y como Tudela era el paso ordinario para Zaragoza , desampararon tambien este punto con grande regocijo de las Hijas de Nuestra Señora , que no nos hartábamos de darle gracias de que nos hubiera librado de tantos males , y nos confirmábamos cada vez más y más en la confianza que siempre habíamos tenido de que nuestra Santísima Madre nos habia de librar de todos los peligros que pudiesen ocurrir , moviéndonos esto mismo á dar mayor culto á una imágen de la Señora , que estaba en la huerta con escaso aliño , y desde entónces se le han tributado mayores obsequios. No salió fallida nuestra confianza , pero sí en pensar que ya se habian pasado los mayores apuros. A las tropas extranjeras entraron á relevar las españolas , con universal gozo de todos los ciudadanos , que se daban por la calle el parabien de tan feliz mudanza , y parecia salian de un profundo caos donde habian estado sepultados entre el miedo y la oscuridad.

Durante esta breve calma dimos la profesion á una novicia , que cumplió su tiempo y fué la última que lo verificó hasta despues de cinco años. Estos dias se pasaron en cantar las misericordias del Señor , contando por las mayores el no haber tenido el desconsuelo de desamparar nuestra amada clausura , ni haber permitido el Señor entrasen en ella los enemigos de todo buen orden , que tantas crueldades habian usado en otras partes , sin perdonar á convento , ni á sagrado , ni á las esposas de Jesucristo.

Todos los demás trabajos padecidos más nos parecian rosas que espinas , miéntras no llegasen á punzarnos en lo vivo de la separacion ó emigracion.

CAPÍTULO XV.

Nuevos apuros, de que Dios las saca felizmente.

Amaneció el día 31 de Agosto tan risueño como los demás, y bien presto se nubló y convirtió en amargo llanto. Entre doce y una de la tarde nos gritó desde una ventana un comisario de guerra, que tenía unas religiosas conocidas, y se hallaba alojado en la casa de enfrente, diciendo: «Señoras: si ustedes quieren venirse con nosotros, nos vamos al instante todas las tropas, porque el enemigo está encima con mucha gente, y Vds. harán muy mal en esperarlos en su convento, porque vienen muy fieros: toda la ciudad va á buscar su seguridad en la fuga, y Vds. quedan solas.»

¿Quién podrá ponderar la impresion tan dolorosa que hizo en nuestros corazones este aviso? Ved ya toda la casa convertida en confusa revolucion, sin tiempo para deliberar; cada una manifestaba el afecto que más reinaba en su ánimo, las unas de excesivo miedo de la muerte, aunque no era ésta la que más temian y les aterraba, sino otras desgracias que su religiosidad les hacía recelar, mucho más temibles que la muerte, y las hacía tomar la resolución de marchar; otras, más discretas, veian en la fuga mucho mayores y más ciertos peligros que los imaginados de que huian. Habia quien se resolvía á quedarse, aunque fuese sola en casa, dándole algun cuidadillo el no saber guisar su pobre comida, lo que despues contaba con gracia; pero, oyendo que quedaba una hermana de obediencia, cesó aquél, y quiso preferir su triste soledad y desamparo al mucho horror que le causaba la salida, y aún se fué consolando más cuando supo que várias, aunque no muchas, tenian el mismo valor. Entre tanto andaban las demás haciendo sus hatillos, y decian entre grandes prisas, todas preocupadas y aturdidadas: *Nos vamos*, pero nadie señalaba el término á donde habian de arribar. Subieron con esta embajada al Noviciado, diciendo la misma palabra: *Nos vamos*, y la Madre Maestra, que era la observantísima Madre Bernarda Rada, sien-

do la una de la tarde, hora de descansar, dijo á sus jóvenes: «Hermanas, tomen esta llave, y saquen de la ropa nueva algun par de camisas, y hagan lo que Dios les inspire, que yo me voy á recoger;» y se metió en su aposento, cerrando la puerta, como si fuera el dia más sosegado. Muy corto alcance tendria quien hiciese á su gran virtud y prudencia el agravio de pensar que se recogia á dormir; no era entónces el tiempo oportuno para el ocio; y así es más verosímil y más conforme á su espiritual modo de proceder el pensar que pasaria aquel tiempo como otro Moisés con las manos levantadas al cielo, miéntras lo restante de la comunidad batallaba con tan encrespadas olas. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el negocio tuvo feliz éxito, como lo tienen siempre los que se tratan en la audiencia del Señor Dios Todopoderoso. Pero miéntras llegaba la hora del socorro, crecian las angustias de nuestras almas al ver todos los caminos hechos teatro de numeroso concurso, al paso que la ciudad iba quedando desierta; ya se oia decir que las monjas de Santa Clara y las dominicas habian dejado sus conventos, y á las que querian imitarlas toda dilacion les parecia peligrosa. A este tiempo llegó al locutorio el señor Provisor y Vicario general, D. Hilario Clemot, que venía de sumir las sagradas Formas de una iglesia, por evitar las irreverencias á que quedaban expuestas. Este señor procuraba consolar á sus súbditas, como acostumbraba; pero nada resolvía acerca de la salida ó permanencia, porque en todas partes veía riesgos, aunque mucho mayores en los caminos que en el retiro. Traía el ejemplo de dos dominicas, que habia encontrado en la calle, que le habian enternecido el corazon. Y como nada de esto servía para tranquilizarnos, pues el derecho natural permitia poner en salvo nuestras vidas, fué preciso pasar á averiguar cuántas se querian quedar, cuántas se habian de ir, y á dónde.

Ya llegó el apuro á lo sumo, ya sólo faltaba abrir las puertas. Pero ¡ah! ¡con qué ojos tan compasivos nos miraria entónces nuestra dulcísima Madre! Cuando las hijas no estaban para muchas reflexiones, la Señora se acordaba muy bien que era Madre amorosa, en quien ellas habian puesto siempre toda su confianza. Y su glorioso arcángel, que es guia de los caminantes y custodio de las Hijas de María, no quiso mezclar un oficio con otro, sabiendo hacer los dos con primor, y así

nunca permitió que sus encomendadas llegasen á ser caminantes. Y aquí es donde llama la atencion un prodigio que tiene visos de milagroso.

Empezando á pasar la revista ó exploracion de voluntades, unas respondian resueltamente *marchar*; otras firmemente *quedarse*; otras dudosas, *á donde esté la mayor parte*, y áun á nada se podian decidir algunas; de modo que era una confusion, que nada se entendia. En esto se distinguió muy bien una voz, que empezó á divulgarse pasando de unas á otras, del tenor siguiente: *De parte del Sr. Obispo, si queremos irnos, que hagamos lo que queramos; pero que S. Ilma. se queda quieto en su palacio.* No habia venido semejante recado del Sr. Obispo, ni jamás se ha podido averiguar de dónde tuvo principio; ninguna religiosa puede fingir ni afirmar lo que no sabía, á más de que todas confesaron que así lo habian oido: bien pudo ser una casualidad de una mala inteligencia, aunque muy verdadera en la sustancia; pero cuadra mejor á nuestro pobre juicio y piadosamente se persuade no debe atribuirse á causa humana lo que obró efectos tan divinos; pues al oir estas palabras, cesar de repente toda turbacion y suceder la más pacífica calma, fué todo una misma cosa. ¿Quién sino el ángel del Señor pudo obrar tal maravilla como la de mudar tan repentinamente los corazones y aquietar con dos palabras aquellos espíritus turbados, de un modo tan completo? Pues ya desde entónces nadie trató de otra cosa que de dejarse en las manos de Dios, con una entera confianza de que no había de llegar el azote al Tabernáculo del Señor. ¿Y por qué ha de ser tan escrupulosa nuestra credulidad, que no se atreva ni en chanza á llamar milagro á lo que causó tan milagrosos efectos? A lo ménos la gratitud no puede hacerse desentendida á tan evidentes pruebas de un amor fino, de una tutela solícita y de una proteccion cariñosa, de quien las sabe hacer brillar por medios nada comunes. Y así vivimos y vivirán perpétuamente agradecidas las religiosas de esta Casa á su Madre Santísima y su santo arcángel, por las admirables trazas de que Dios se valió en este dia para hacernos permanecer firmes en nuestro dulce domicilio como en un sagrado relicario. Tan mudadas desde aquel momento, que léjos de buscar otro asilo más seguro que los átrios del Señor, pidieron al señor Provisor trajesen á descansar en nuestra compañía á aquellas dos do-

minicas que tanto le habian enternecido; estas dos religiosas, que por su delicadeza no habian podido seguir el rumbo de su comunidad, eran la Madre Sor Teresa Agustina de San José, hermana de D. Domingo Aguirre, caballero muy principal de esta ciudad, y la otra una enfermita habitual accidentada, á quien la mucha caridad de aquella la hacía mirar con un cariño más que de madre en todas sus necesidades, y por eso se la llevaba en su compañía á casa de su hermano; este señor, cuidando de colocar en su casa á las dos religiosas, voló á la nuestra, en donde tenía dos hijas, que se educaban en nuestro colegio, para esperar en el locutorio el éxito de una escena que podia ser funesta, para en tal caso llevarse á su casa sus hijas, pues de otro modo las juzgaba más seguras en la Casa de María Santísima; resuelto el caso en favor de las hijas de María, todos quedaron contentísimos, y á las dos religiosas dominicas les pareció se les abria el cielo entrando en convento, y estuvieron unos dias hasta que volvió su comunidad.

El principal tesoro que quedó en casa fué el dulcísimo Dueño y amparo de las almas, Jesus sacramentado, que en la misma tarde entró por segunda vez á quedar depositado en la clausura para ser custodiado y custodia de sus queridas esposas.

La poca gente que habia quedado en el pueblo iba perdiendo algo el miedo con la consideracion de que, no hallando los franceses resistencia, no tenian motivo de entrar con violencia alguna; mas sin embargo, aquella noche se procuró hacer dormir á algunas, y otras quedaron en vela por lo que pudiera ocurrir, pues no era fácil perder del todo las sospechas de lo que tanto habia aterrado poco ántes. La mañana del 1.º de Setiembre se divisaron ya las tropas enemigas, no como tales, pues habiéndolas salido á recibir las pocas personas de autoridad que se hallaron, y con ellas un sacerdote francés, que les echó una arenga de bienvenida en nombre de toda la ciudad, la recibieron con agrado, y anunciando á todos la paz y tranquilidad, se vió entrar por delante del convento de Nuestra Señora el más bien ordenado ejército al son de armoniosa música y con festivos ademanes de amistad. Entónces se iba conociendo mejor el beneficio recibido de no haber abandonado aquellas dulces paredes, que tanto sosiego y quietud causan en los espíritus de quien las habita, al mismo tiempo que las

otras comunidades zozobraban entre mil sustos y sobresaltos, tropiezos, desmayos, temores y sin número de trabajos inseparables de su desacostumbrado paseo, más para compadecido que para contado. Mas al fin, como todo tiene término, dentro de pocos días volvieron á su deseado centro, y todos los demás fugitivos á sus hogares. Y los hombres que tanto miedo habían causado con su venida, ni áun siquiera incomodaron á nadie con los alojamientos, pues solamente permanecieron acampados alrededor de la ciudad cinco días, al cabo de los cuales desaparecieron todos una mañana. Muy en breve se puso en esta ciudad el cuartel general de los españoles, contándose un ejército formidable al mando del general Castaños, y estuvieron hasta el 23 de Noviembre, sobre lo cual habrá mucho que decir, con el auxilio de Dios y en alabanza de sus misericordias.

Entre todas estas alternativas de prósperos y adversos sucesos, siempre perseveraban constantes las hijas de Nuestra Señora en dirigir sus súplicas al cielo, no sólo privadamente de lo más profundo de los corazones, sino también diciendo todos los días de comunidad las Letanías de todos los Santos, por cinco años continuos, así religiosas como educandas, á más de esto el trisagio de la Santísima Trinidad todos los domingos, y otras muchas novenas á María Santísima, San Rafael y otros Santos, de los más allegados al Supremo Trono, y de la mayor devoción de la comunidad; y algunas, no satisfechas todavía, se privaban del rato de la siesta para emplearlo en nuevos ruegos y plegarias á fin de enternecer las entrañas de la divina Misericordia, hasta que la obediencia moderó estos fervores, que podían ocasionar algún daño en las fuerzas corporales con la demasiada continuación. Sin esto se ofrecieron algunos votos para lo futuro cuando se consiguiese la paz: la más célebre de estas ofertas fué la de Nuestra Señora del Pilar, que se votó en el mayor aprieto, como se dirá en su lugar. Y para que mejor se entienda lo que contiene este voto, expresado en dos palabras, no será salirnos del asunto poner aquí como en un paréntesis el modo con que se celebran las fiestas en esta comunidad.

La más solemne y suntuosa de todas es la de nuestro patrono y tutelar San Rafael, que desde su vigilia se comienza á celebrar con el ayuno y otras penitencias públicas y limosnas.

La iglesia, aunque pobre de alhajas preciosas, se compone con el mayor esmero y cuidado posible, de manera que no deja de arrebatarse los ojos y atenciones del buen gusto. Entre una vistosa y lucida iluminacion se coloca en medio del altar mayor la imágen del glorioso arcángel, de una hermosura capaz de excitar á tiernos afectos al alma más tibia. La víspera por la tarde se empieza la fiesta por los obsequios á la Reina de los ángeles, entonando una solemnísimá Salve la música de la Catedral, que canta también la Misa del día siguiente, con asistencia del muy noble é ilustre ayuntamiento, y de todas las comunidades religiosas. Se procura buscar un orador de mérito, que pueda hacer el elogio del Santo y de su proteccion sobre esta Casa á satisfaccion del respetable y numeroso auditorio. Pero sobre todo preside en su sagrado Tabernáculo nuestro amorosísimo Redentor en el augusto Sacramento, á quien le hacen la guardia ó vela de continuo dos religiosas, relevándose de media en media hora, como está mandado, hasta la tarde, en que volviendo la misma música de la capilla, se hace la reserva del Santísimo, concluyendo con su santa bendicion.

Las fiestas de Nuestra Señora no son tan solemnes. Las de la Presentacion, exceptuando la procesion y ofrenda de las niñas, es la que más se le parece, aunque no le llega; de modo que si la Soberana Reina se pagára de exterioridades, como las de acá, casi pudiera tener celos de ver á su vasallo más obsequiado, si no fuera porque, á más del culto continuo y muy debido, lo que á las suyas falta de aparato lo logran de repeticion, pues son nueve los días de la Señora en que sus hijas le cantan Misa con Señor manifiesto, y despues, á la tarde, se expone otra vez por espacio de una hora, en que se tiene oracion mental, lo mismo que en el día y octava del Corpus.

Volviendo á nuestro punto, veamos ahora las demostraciones de proteccion especial con que de nuevo nos favoreció el Señor, que quiso hacer á esta comunidad la más dichosa de las cuatro que hay en Tudela; porque las Capuchinas se refugiaron á la Compañía de María, y las otras dos de Santo Domingo y de Santa Clara marcharon otra vez por esos caminos con mayores peligros y sustos que los que aquí se padecieron, aunque grandes.

CAPÍTULO XVI.

Lo más amargo del cáliz que el Señor dió á probar á sus esposas.—Oracion continúa.—Se refugian aquí las Madres Capuchinas.—Nuevos atropellos.—Absolucion general.—Voto á Nuestra Señora del Pilar.—Rompen puertas y torno, y entran en la clausura.

Bien distantes estaban los ánimos á las siete de la mañana del dia tan triste y penoso que iban á pasar el 23 de Noviembre, dia memorable por muchos años, de aquellos cuyas impresiones no se borran tan fácilmente, por haber dejado en el alma bien estampadas las escenas que en él se experimentaron, no digamos tragédias, pues aunque los primeros anuncios parecían de tales, tuvieron feliz éxito, sin dejar por eso de ser cruces para que fuésemos por el camino recto á la gloria, que es el de los padecimientos. Eran ya más de las ocho de la mañana cuando se empezó á sentir el murmullo y turbacion de todo el pueblo consternado, al que nuestras tropas retiraban é intentaban hacer fuego en su retirada. Todo era temor y susto, y no sin razon y fundamento; y así cada cual, áun de los más prudentes, fiaba su seguridad en sólo sus piés, que más bien parecían alas. Con lo que pronto nos hallamos solas y desamparadas de todos nuestros amigos, hasta del mismo capellan, que nunca nos habia abandonado, acudiéndonos en todos los apuros.

El que sí se presentó fue el señor Provisor, que solia serenar nuestros temores con sus palabras y prudentes consejos, como se habia visto en diferentes ocasiones; pero como en esta no podia dar á otros el consuelo que para sí no tenía, entró llorando como un niño, y sólo dijo que no habia tiempo para la fuga, ni más remedio ni apelacion que confiar en Dios: que habia dispuesto que las Capuchinas vinieran á reunirse á la Enseñanza para algun consuelo. Y con esto se despidió; montando en un cañon, huyó bien léjos y para muchos dias. Luégo fueron llegando las Capuchinas con sus hatillos debajo del

brazo, que era lástima el verlas tan asustadas y llorosas. No habia en tan general calamidad quien socorriese, pero sí quien buscase asilo en la Casa de María, como en sagrado, especialmente los que por la debilidad de sus piernas no se podian prometer otro partido mejor. De éstos fueron un canónigo llamado D. José Artajo, que era confesor de la comunidad; el médico, que tambien era anciano, y el demandadero, que por hallarse acometido de la gota apenas podia andar por casa. A más de estos tres hombres habia várias mujeres, que por serlo podian con más facilidad disimularse en el convento, y áun algunas de las colegialas mayores se vistieron de religiosas, para que á lo ménos por el hábito fuesen respetadas de sus enemigos, en caso de que llegasen á entrar. La novedad de ver tantas caras nuevas y tanto aumento de gente en casa no se puede negar que servía de algun alivio y distraccion para no sentir tanto el espantoso ruido de fusiles y cañones que sin cesar se oian en una muy reñida batalla entre dos formidables ejércitos, á cual más valientes y numerosos. Y aunque es verdad que aquellos tres ancianos servian de bastante engorro, por no saber dónde meterlos, pues en ninguna parte estaban bien escondidos ni se contaban por seguros, pero no dejó de ser providencia de Dios el tener aquel sacerdote con quien poder confesarse las religiosas para morir; y estando él sentado en una silla en la tribuna, iban llegando á sus piés purificándose de sus faltas para sufrir el degüello, que se temia como cosa muy cierta. Mas como no habia tiempo para todas, se tuvo por conveniente el echar una absolucion general á las dos comunidades y demás que se hallaban presentes en la capilla del Noviciado, donde estaba depositado el Santísimo Sacramento; al tiempo que los enemigos, ya triunfantes, empezaban á llamar á las puertas. El motivo de que tuvieran más ganas de entrar fué que una señora, que se hallaba entre las que se habian refugiado en el convento, cometió la imprudencia de echarles por una ventana un puñado de dinero, con cuya golosina acudieron muchos, y á todos se les excitaban los deseos de entrar á donde así los atraian. La primera diligencia fué quitar con un tiro la cerradura de la puerta de la calle, y entrando en el locutorio rompieron un pequeño torno que en él habia, y por allí entró el primero, diciendo con mucho descaro: «Aquí yo.» Luégo que en la capilla del Noviciado se recibió la

absolucion general, llevaron á esconder á aquellos pobres ancianos á unos desvanes, y todas las religiosas, con sus velos, como una manada de ovejas, bajaban á recibir á los lobos, sin saber qué suerte habia de ser la suya, pues las más creian que era el último dia de su vida. Cuando iba por la escalera esta triste procesion, dijo una religiosa á la Madre Priora, que era la Rda. Madre María Ignacia Altuna: *Madre, ofrezca V. R. alguna cosa á la Virgen Santísima del Pilar.* Y respondió la Superiora: *Si; ofrezco una fiesta como la de San Rafael para todos los años, si nos saca con bien.* Así se ofreció; pero cuando llegó el caso de cumplirlo, no quiso el Sr. Obispo dar su permiso para funcion tan solemne, sino que la conmutó en una fiesta como las demás que se celebran de la Virgen, por más que siempre tiene ésta alguna particularidad y se guarda fiesta, si bien no por obligacion.

Prosiguiendo nuestro camino, ya con nueva confianza en nuestra Madre Santísima, bien que siempre la habíamos tenido muy grandé, al llegar abajo encontramos con aquel que rompiendo el torno entraba entónces mismo diciendo: «Aquí yo.» Y siguiendo otros muchos, hicieron abrir la puerta de la clausura, para que no hicieran más destrozos. Luégo se llenó toda la casa, que más parecia cuartel que convento; la sala de recreacion estaba llena de armas, como quien goza ya de pacífica posesion; allí se sentaban á componer sus mochilas, de donde caian incensarios, patenas y otras alhajas sagradas: cosa que nos penetraba de dolor á las esposas de Jesús. Este Señor nos dió valor para poder sufrir por mucho rato la más funesta escena que habian visto nuestros ojos, y para hablarles con serenidad y mostrarles lo que quisieron ver de la casa, pues ya no habia más remedio que el que Dios nos quisiera enviar de lo alto; y como todos los que se dejan en sus manos están seguros, no permitió que á ningtina perdiesen el respeto, á no ser á dos ó tres, á quienes dieron algunos golpes por verlas afligidas; pero esto era llevadero por amor de Dios, manteniéndose siempre muy unidas unas con otras.

A una hermana coadjutora, jóven, la cogieron del brazo cerca de la portería; pero ella, asiéndose con la otra mano de una ventana con gran valor, le dió tan fiero golpe al francés, que éste, echando sangre por las narices, se fué con su cabeza baja, celebrando sus compañeros la victoria de la religiosa, que

pudo escapar de allí libremente. Cuando las demás vieron que no mataban, ni sacaban á ninguna, empezaron á cobrar algun aliento; pero sólo las aterraba el pensar que se llegaba la noche y que se hallaban en poder de sus más fieros enemigos, sin haber en la tierra quien las pudiese socorrer por ningun camino. Mas ya habia en el cielo quien estaba bien alerta sobre nuestra custodia, porque no duerme ni dormita el que guarda á Israel, y siempre está cerca de los que en él esperan. Entre tanto, los soldados sólo se hallaban ocupados en robar cuanto podian, rompiendo arcas, puertas y cuanto se les ponía delante. Fueron tambien al camarín de la Vírgen Santísima, que siempre está cerrado con llave, y corresponde al altar mayor de la iglesia, que preside la Santísima Señora en su trono como Reina piadosa. En este mismo camarín se guarda la hermosísima imágen de San Rafael, como haciendo la guardia detrás de su Reina, y siempre en aire de caminante, como para acudir con presteza á lo que la Señora le mande en beneficio de sus hijas. Hay tambien otra imágen del Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, y todo está muy adornado con algunas pinturas muy bellas. Allí, pues, se les antojó el entrar, sin saber lo que habia dentro, que si lo supieran aún lo desearian más; pero como estaba con llave, era menester romper la puerta á esfuerzos y golpes de bayoneta ó hacha; su trabajo les costó, pero por fin entraron. Allí la Madre de bondad los recibió vueltas las espaldas, porque no merecian aquellas fieras ver su adorable rostro, el cual miraba hácia la iglesia, á donde llamaban todas sus atenciones los clamores de sus hijas, que por coros y tribunas suspiraban con la más amarga afliccion. Al glorioso arcángel, juntamente con tres dedos, se le cayó de la mano el bordon, ó fuese á violencia de los golpes ó fuese para infundir un terror pánico en aquellos temerarios, pues no se pudo saber lo que allí pasó, sin más testigos que ellos mismos; sólo por los efectos se conoció despues haber andado allí mano invisible, deteniendo las suyas para no obrar conforme á su inclinacion. María Santísima tenía puesta su gran corona de plata, San Francisco Javier su hermosa diadema, y habia además un bordon de San Rafael con su calabaza, y un hermoso pez, todas alhajas primorosas de plata, y dos arañas del mismo metal, aunque cubiertas con unos paños, para preservarlas del polvo; éstas las descolgaron y las deja-

ron en el suelo, pero no tuvieron licencia de Dios para llevarse nada de lo que allí encontraron, ni para romper ó tocar un cuadro ó cosa alguna. ¿Pues á qué fin tanto deseo de entrar? ¿Para qué romper la puerta con tanto trabajo? ¿Por ventura les atraia la devocion de ver las imágenes? ¿No era la plata apetecida golosina de sus corazones? ¿Pues por qué así la despreciaron? ¡Oh poder de Dios, y qué poco pueden las fuerzas humanas contra vuestra voluntad omnipotente! Ciertamente que no es de nuestro oficio el autenticar milagros, pero tampoco se puede negar á este caso todo el asenso que permite una fé humana, que, piadosamente embelesada, se le escapa sin sentir el nombre de milagro, sin mucho escrúpulo de juicio temerario, por los admirables fundamentos en que estriba.

Lo restante de la Casa no gozó el mismo privilegio, pues en el poco tiempo que tuvieron hicieron todo el mal posible, así en las cosas de la comunidad como en las particulares, á quienes quitaron sus ropas y otras cosillas, porque así convenia, sin duda, segun la voluntad divina, y no faltó entre ellos mismos (como habia gente para todo), quien se pusiese á razonar así con la Madre Priora, hablándole uno de ellos en lengua española: *Señora, la cruz de Jesucristo está repartida por todo el mundo, y si no hubiera este trabajo, habria otra cosa.*

CAPÍTULO XVII.

Milagro estupendo de María Santísima y San Rafael.—Quedan algunos oficiales á custodiar las religiosas.—Hacen cuarteles de todos los conventos.—Queda éste para acoger á todas las comunidades.

Mas compadecido ya el Señor de ver tan atribuladas á sus siervas, y que sólo de su mano piadosa esperábamos ser socorridas, no quiso dejarnos penar por más tiempo, y así, cuando más impensados estaban los franceses ocupando todo el convento, llega á la puerta un oficial con espada desenvainada, les da unos gritos, y todos despavoridos echan á correr, dejando caer por las escaleras las cosas que llevaban, tan acelera-

damente, que en un instante quedó toda la casa limpia de aquella chusma, que ántes ocupaba hasta los rincones. Las religiosas, así Capuchinas como nuestras, que se hallaban allí cerca, al principio temieron al verlo llegar tan furioso; pero luégo que vieron que venía en su favor, todo se convirtió en consuelo y agradecimiento; unas se le acercaban, otras le mostraban sus lágrimas, otras se decian mutuamente: «San Rafael lo ha traído,» y todas mudaron de semblante con tan inesperado libertador; lleváronle en seguida á registrar toda la Casa, y con ser grande, ni uno solo siquiera se encontró que hubiese quedado. No se oía otra voz que «¡gracias á Dios, gracias á Dios!» Él quedó con las llaves de la clausura, para mayor seguridad, y luégo la abrió á otros compañeros suyos, todos tan cansados y sófocados de la batalla, que necesitaron mucha agua de limon para refrescarse. Entónces le preguntaron á D. Francisco, que fué aquel primero y principal bienhechor, que cómo habia sido el venir, y respondió: «que no habia sido aquel su intento, que sus pasos se enderezaban por otra calle; pero sin saber á qué impulso obedecia, volvió la esquina contra su idea, y al ver religiosas, se habia enfurecido tanto contra los soldados, que no se pudo contener sin prorumpir en aquel coraje con que los echó de allí, á pesar de que no eran súbditos suyos, y que se habia expuesto mucho en aquella accion,» y añadió: «A mí me debeis la vida y el honor.» ¿Quién podrá ponderar la alegría de aquellas almas? No sabian cómo darle las gracias y expresar su reconocimiento; todas se persuadian haber sido su conductor invisible aquel que lo fué de Tobías en otro tiempo. Y aunque las referidas circunstancias, si bien pudieron ser casuales, si se miran con ojos indiferentes, sabemos tambien que para Dios no hay acasos, y que tampoco le agrada á la bondad y providencia divina que todo se mire tan groseramente, atribuyéndose siempre á causas naturales, sabiendo la amabilísima propension que tiene Su Majestad á favorecer á los suyos, aunque sea costa de trasladar los montes de una parte á otra. Y así no se hace difícil creer lo que dijo una religiosa capuchina: «que cuando llegó á la portería el oficial D. Francisco, vió venir junto con él un gallardo y muy galán mancebo, que, sin saber por dónde, habia desaparecido.» Discurra cada uno como gustare sobre esto; ni es de fé, ni hay obligacion de negarlo absolutamente: queda, pues, en clase de una cosa po-

sible al poder divino que algun ángel se dejase ver de aquella alma fervorosa; pero con la turbacion que entónces reinaba no se hizo mucho caso de su dicho, ni ahora se pueden hacer más informaciones, por haber muerto ya aquella religiosa. Lo que sí sabemos de cierto es que una infinidad de soldados de todas clases respetaron y obedecieron pronta y ciegamente, sin replicar una palabra, á la voz del que les intimó la salida, no siendo más que un capitan, á cuyo cargo no estaban ellos; todo lo cual, y con la licencia que se les concede en tales casos á hombres de poco catolicismo, tiene más de desusado que de comun.

En fin, las puertas se cerraron muy bien por el nuevo portero D. Francisco, que tomó este oficio para mayor tranquilidad y descanso de las religiosas, y lo ejerció por muchos dias con la mayor fidelidad, tomando para su habitacion algunas piezas de la clausura, porque las deseaba defender en adelante de los insultos á que podian verse expuestas durante el saqueo de la ciudad, que fué por muchos dias. Y aunque en otros tiempos hubiera servido de susto el oir hablar de soldados alojados en convento de religiosas, era ahora lo único que les concedia algun sosiego para poder tomar un poco de sueño recostadas en algunas sillas, ó sentadas por las escaleras dormitando ligeramente, miéntras los cinco oficiales que se habian juntado descansaban en sus buenas camas en los sitios más cómodos, cerca de la calle, para estar alerta, y no pocas veces les hicieron perder el reposo los ladrones que querian entrar por otros sitios.

Entre los criados que habian traído con sus caballos y equipajes, entró tambien un paisano que de algunas leguas venía de bagaje: este pobre hombre, ó bien estuviese muerto de miedo, ó bien su cabeza algo trastornada, llamó aparte á dos religiosas al empezar la noche, y les dijo: *Ustedes están muy contentas con los oficiales, porque dicen que las han de defender; pero crean Vds. que á media noche las degollarán á todas, pues lo mismo han hecho en otro convento de religiosas ántes de llegar aquí.* Dejamos al discurso ponderar lo que obrarian en sus corazones tan funestas nuevas; mas no habia camino ni medio alguno para evitar el golpe, y así, tuvieron por más prudente callar y esperar el suceso, confiando siempre en la Providencia divina. Mas hé aquí que á cosa de la media noche se albo-

rota la tropa por las calles, y les dicen á los oficiales por la ventana que viene el enemigo; sale el capitán que dormía en el cuarto de la Madre Priora medio vestido y gritando en su lengua francesa. Al oírlo, unas que ya estaban avisadas para el degüello, otras que nunca acababan de fiarse, otras ignorando lo que pasaba, se asustan, corren, se esconden, hasta que luégo se supo la causa de esta novedad; mandan á sus criados cargar las caballerías, y marchan todos diciendo: *Cerrad bien las puertas, que nos vamos*. Ved ya otra nueva confusión. ¿Qué será esto? ¿En qué pararemos? Pero á poco rato de ausencia vuelven con gran serenidad, y dicen: *Ya está todo tranquilo, no hay que temer*; y recogiendo á sus cuartos y mandando recoger á las religiosas, sacaron falsa la profecía del bagajero.

Ellos prosiguieron por muchos días mostrándose finos con las que tenían bajo su custodia, aunque no dejaron de mortificarnos por la frecuencia con que se abría la clausura para recibir visitas de sus camaradas, y áun de otras personas del pueblo, que se valían de esta ocasión para tomarse una licencia que en otros tiempos no era permitida; pero tampoco era oportuno quejarse ni oponerse á los que eran árbitros de nuestra seguridad; y así, era preciso callar y sufrir á aquellos á quienes todas nos reconocíamos obligadas; hasta que con el tiempo, como se iban sosegando las cosas y cobrando un poco de libertad, se les pudo explicar el uso de los locutorios para no turbar el delicioso sosiego de la clausura, cosa para ellos muy desconocida.

Antes de esto, cuando aquellos pobrecitos escondidos, como ya dijimos, hubieron de salir de sus rincones, fué preciso valerse de estratagema, y hubo poca dificultad para decirles que era menester llamar al médico para una enferma, la cual era una capuchina enferma habitual, tan pálida, que representaba muy al vivo un estado de moribunda; vino, pues, el médico por aquellos desvanes, y luégo que la vió mandó que viniera el confesor; y en este estado ya no se podían ausentar de la enferma, no tanto para ayudarla á bien morir, como para ayudar á bien vivir á las sanas. Y con tener los mismos soldados las llaves de las puertas, nunca preguntaron por dónde habían entrado, ni trataron de echarlos; providencia del Señor, que no quería verlas apuradas en dar la respuesta.

Todo el tiempo que combatieron á Zaragoza fué tan numeroso el tránsito de tropas, que hubo no pocos apuros para los alojamientos. Por Diciembre de aquel año ya todas las comunidades se habian restituido á sus conventos; pero con motivo de venir muchos miles de franceses, que no cabian en la ciudad, determinaron convertir en cuarteles los asilos de las Esposas de Jesucristo, y reunir las á todas en uno solo. ¡Qué nuevo conflicto! Unas, ya experimentadas de cuán amargos pasos se dan fuera de su recinto, se estremecian al tener que traspasar sus umbrales; otras, bien halladas en su constante quietud, conservada ántes por especial favor del cielo, aún en los mayores peligros, no se podian conformar en perderla ahora tan á sangre fria; luégo empezaron todas á renovar sus empeños y diligencias, así para con el cielo como para con los hombres, hasta que al fin se sentenció la causa á favor de las Hijas de María, con piadosa emulacion de las tres comunidades, declarando nuestra Casa por de más capacidad y ménos solidez en su fábrica, porque así lo habia trazado al eterno la Providencia. Y las otras pobrecitas tuvieron que desocupar las suyas, con harta prisa, y pasar el dia 14 de Diciembre á la Casa de María Santísima, en donde se acomodaron todas con sus respectivas separaciones, en cuanto fué posible, y su residencia no fué igual en todas; pues unas pudieron volverse pronto, y otras, como las dominicas, permanecieron aquí año y medio, en cuyo tiempo los enemigos les destrozaron á su placer el convento, sin que pudiesen conseguir, por más que lo rogaron, el que se le devolviesen en todo este plazo. Todo esto hacía mirar como muy dulces todas las incomodidades propias, comparándolas con las ajenas, que eran mucho mayores.

Ya nada más habia que esperar de los franceses, sino vivir en paz bajo su dominio, hasta que Dios dispusiera libertarnos de tan pesado yugo; y así no se podria sufrir más tiempo el ocioso descanso que habian ocasionado los temores de tantas tormentas. Por lo que, sosegados algun tanto los ánimos, manifestaron al Sr. Obispo los vivos deseos de ejercitar en las clases los ministerios de nuestro Instituto. Despues de ocho meses de forzosas y desagradables vacaciones, convino en ello S. S. Ilma., y concedió que pudiesen entrar las niñas por la puerta reglar, cruzando todo el convento por un gran patio hasta llegar á las clases, y en esta forma siguieron to-

do el tiempo de la guerra, por estar tapiadas las demás puertas. Eran muchas las que concurrían, y los mismos franceses se declaraban muy afectos á la pública y gratuita educacion que se les daba; y una de las cosas que más llamaba su atencion, como gente más galana que devota, eran las primorosas labores de manos que se hacian. Y así, al talle de unos Santos que habian visto, querian que se les adornase un retrato profano, que entregaron á una de las niñas, para que en las escuelas lo bordase con direccion de las Maestras; las cuales, habiéndolo puesto en conocimiento de la Superiora, por consejo de ésta respondieron que no les éra permitido emplear sus manos en cosas que repugnan á la modestia, y dando este recado la muchacha á los oficiales que lo pretendian, dijeron con arrogancia que si no lo querian hacer en las escuelas, se llevarian una monja á su casa y tendria que hacerlo. ¡Mas cómo pensaban prevalecer contra las que tienen por timbre ser Hijas de María! Eso no era posible. Ni tampoco la que es poderosísima necesitó más armas para defender á sus hijas que borrarles del pensamiento aquella impertinente idea con que las habian sobresaltado. De estos sustos se ofrecian de cuando en cuando.

En cierta ocasion llegó un comandante y quiso visitar la Comunidad dentro de la clausura, y hallándose presente una mujer en el torno, al tiempo que llegó, le dijo con sencillez que no se podia entrar dentro, porque la clausura no se abria á nadie. El hombre se enfureció de tal modo, que se fué diciendo que como aquel dia viniera tropa, iba á enviar allí á la noche una compañía de granaderos á discrecion. Mas tampoco tuvo efecto, porque, ayudándonos de medios humanos y sobre todo con ruegos y oraciones al cielo, logramos aplacarle.

Y como estas escenas eran tan repetidas, hicieron tal impresion en los ánimos, que murieron en estos cinco años diez religiosas, causando la muerte de ellas tan dolorosa sensacion á las que quedábamos, como si nos arrancáran los miembros de nuestro mismo cuerpo, y más con las pocas esperanzas que habia de volver á reemplazar sus vacantes en muchos años, pues ya el intruso gobierno iba dando órdenes para que de todas las religiones despidiesen á las novicias.

En esta Casa de Nuestra Señora se hallaba una que, habiendo cumplido los dos años de su noviciado, no habia podido

hacer su profesion, por no tener los diez y seis de edad, y fué la única que en este obispado tuvo que sufrir esta terrible prueba, con la felicísima diferencia de que siendo un instituto en que se admiten doncellas seculares en clase de colegialas, no tuvo la desgracia de salir al mundo; sino que pasando á la habitacion de éstas y vistiendo exteriormente como educanda, llevaba bajo este disfraz el hábito de nuestra Compañía, y permaneci6 de este modo hasta el 12 de Julio de 1813, en que pudo hacer su profesion solemne.

Ahora caminemos á otra época no ménos fatal para la España, en que las Hijas de Nuestra Señora estuvieron á cubierto de todos sus tiros, siempre acostumbradas á vivir en brazos de su Madre Santísima y bajo la custodia de su santo arcángel Rafael.

CAPÍTULO XVIII.

Nueva providencia de Dios en dias aciagos.

En este mismo año quedó todo el reino desocupado de franceses. ¡Ojalá hubiera quedado desasido de sus máximas y sistemas, que, encubiertos por ent6nces, presentaron á la faz del mundo una enga6osa calma, que con risueña alegría tranquilizó á los pueblos, que habian estado tan oprimidos?

En estas cortas treguas tuvieron los españoles el indecible gozo de proclamar segunda vez por su legítimo Rey á su amado Fernando VII, que volvía de su triste cautiverio lleno de laureles. Rey tan piadoso que apenas ocupó el Trono, no contento con restituir á todas las religiones los individuos que los enemigos habian dispersado, sin dejar en toda España ni una comunidad de varones; no satisfecho su religioso corazon con esto, mandó volver á los Padres Jesuitas, que su señor abuelo habia desterrado algunos años ántes, bien persuadido el nuevo Monarca de cuán poderoso medio era éste para la estable conservacion de su cetro y de la Religion, á quien amenazaban ya grandes persecuciones, que se iban fraguando oculta-mente, miétras parecia que todo prosperaba á los ojos de la

gente sencilla, hasta que el año 1820 vomitó aquel furioso volcán todo su veneno contra el Trono y el Altar, con una nueva ley llamada Constitucion, que, con título de reforma, excitaba el corazón del hombre á eximirse de toda sujecion divina y humana, aspirando á destruir todo buen sentimiento, áun en los más tiernos años, para introducir las malditas sectas. Sublevados despóticamente los vasallos contra su Rey, trataron de quitar todos los obstáculos á sus abominables proyectos, dando por el pié al Santo Tribunal de la Inquisicion, y luégo á la Compañía de Jesus, como que era su más contrario batallón, pues guarecido á la sombra de tanta luz, ausente el espíritu de tinieblas, habia conseguido en España tan raros progresos, naciendo de la ignorancia los errores, y de éstos, la perversion de las costumbres, y al verla ahora brillar en su horizonte, no pudiendo sufrir los flacos ojos de estas aves nocturnas la avenida de sus rayos, pensaron eclipsarlos con su usurpada autoridad, ó mejor diremos que sintiéndose cobardes los enemigos de Jesucristo para pelear contra el brazo derecho de su Iglesia (que así llamó á la Compañía Clemente VIII), quisieran ántes de entrar en batalla exterminarlo del mundo; para no ser oprimidos de la eficacia de su celo. Esto les hizo darse mucha prisa á dispersar á todos los Jesuitas por los diferentes puntos de la Península, dejándolos expuestos á los efectos de la revolucion, sin esperar á las demás religiones, que habian de ir quitando un poco más despacio, para no aterrarse al primer golpe al vulgo sencillo, que sólo juzga de las cosas por el exterior que ven los ojos. A todo era preciso callar; y si los Sres. Obispos se declaraban por la causa de Dios y de su Iglesia, más de una vez fueron muertos alevosamente, y los sacerdotes insultados y escarnecidos en todas partes. A todas las comunidades de ambos sexos, al principio, se les intimó prohibicion de recibir novicios y de poderse enajenar de sus haciendas; luégo á los monacales despedida y despojo de sus sagrados hábitos, y los demás, reunion de conventos. De modo que todo era una confusa Babilonia, con tantas cabezas como encaprichados, en donde nadie podia fiarse ni de su sombra, por no hallarse un amigo que no fuese sospechoso, pues ninguno de los cuerdos podia pisar una inocente yerba sin que se le convirtiese en espinas. En fin, si hubiéramos de retratar el triste aspecto de España en estos tres años, no sería posible

hacerlo, por no hallar colores proporcionados la pluma, poco acostumbrada á pintar tales horrores; y así, baste lo dicho para formar algun concepto de las penas interiores que atormentaban á los corazones religiosos; y para no padecer contrastes, era menester estar defendidos del fortísimo escudo de la divina Providencia, como en realidad lo estaban las Hijas de Nuestra Señora, para que nadie se metiese con ellas; pues al mismo tiempo que á otros Maestros, y aún á párrocos, les impelían á enseñar la Constitucion á los niños, como en forma de Catecismo, á las escuelas de María nunca llegó esa pestilencial doctrina. En lo que pudieran haber sido sorprendidas alguna vez, fué en la inmensa libertad con que algunas manifestaron su sentir en varias ocasiones, aun hablando con los mismos liberales (que era el nombre con que se distinguían de los buenos, que llamaban serviles); siendo así que los del mundo no podían respirar sin peligro, y mucho ménos los más cercanos al Santuario, nunca les sobrevino á ellas el menor insulto. Por este tiempo recibieron una carta á nombre y con la firma de San Rafael, la cual no sabían á quién atribuir; pues podia ser de alguna alma piadosa para estimularlas á orar con más eficacia, ó acaso se sospecharia que fuese de los contrarios, para reirse de la confianza con que ellas se jactaban de la proteccion de su santo Arcángel. Más caridad será pensar lo primero. Decía, pues, así la carta, copiada con sus mismas palabras:

«VALPARAISO CELESTIAL 18 de Julio de 1820.

»Carísima Piora, mi encomendada, junto con las demás de ese monasterio: San Rafael arcángel, vuestro patron, aquel que curó á Tobías el viejo, guió al jóven, libró á Sara del demonio, este os dice cómo el diablo anda suelto hace algunos meses, turbando la Religion de Jesus por los amantes de la herejía, disfrazada bajo la capa del nuevo sistema; este demonio suelto rodea, con sus amigos los masones, á todos los buenos para devorarlos, y logra tantas ventajas, que va á dar en tierra con la fé en España, si vosotras no orais con fervor á Dios para que yo le ate otra vez y lo destierre de este país. Ya á vuestros hermanos los Jesuitas les han prohibido la enseñanza, y á vosotras os van á despojar de todo. La persecucion de

la Iglesia es la más furiosa. Darás copia de ésta al Sr. Obispo para que mande rogativas, si nó, está próxima la ruina y el castigo. Orad, pues, junto con esas niñas inocentes; decid esto á las demás comunidades, para que oren, y mandad á vuestro Patron,—*San Rafael Arcángel.*»

A esta carta no se dió más respuesta que el no darse por entendidas, como lo pedia el asunto, porque ciertamente era bien sabida la necesidad de oraciones, que sin cesar se hacian miéntras se vivia entre el sobresalto y la aprension, bien fundada, de sus malos intentos, que no llegaron á efecto por la bondad del Señor; pero se temian con fundados fundamentos, y se descubrieron despues cuando ya estaban imposibilitados de ponerlos en ejecucion. Al tiempo más oportuno fué servido el Señor de enviar socorro á España por medio de las otras naciones, que restituyendo á su oprimido Rey en la entera posesion de sus derechos, hicieron pedazos la escandalosa piedra de la Constitucion, funesto tropiezo de tantas almas y destruccion de todo órden y concierto espiritual y político. De este modo mudó todo de semblante, y se pudo respirar con libertad sin haber ocurrido más novedad en este género hasta el presente año de 1828, en que esto se escribe.

CAPÍTULO XIX.

Descubrimiento del cuerpo incorrupto de la Rda. Madre Fundadora Eulalia Argila.

Ahora vendrá bien mudar de pluma, para escribir en estilo más expresivo y agradable uno de aquellos prodigios que el poder divino tiene determinado manifestar al mundo de tiempo en tiempo para glorificar á los que le glorificaron y sirvieron en esta vida, sin haber recibido en ella más recompensa que el olvido é indiferencia con que el mundo mira á los que son de Jesucristo.

La Rda. Madre María Eulalia Argila, Fundadora y primera Superiora de esta casa de Tudela, habia muerto el año 1697, y se contaban ya ciento veintiocho que su cuerpo yacía en un

hediondo sepulcro, y sus gloriosas obras y virtudes en un profundo silencio, cuando el año 1826, por divina disposicion, se descubrió este precioso tesoro incorrupto en medio de otros destrozados huesos, y respetado por el diente devorador y demás contrarias influencias, á pesar de no tener caja ni preservativo alguno. Su hallazgo tiene mucho de maravilloso en sus várias circunstancias, que á nuestros ojos parecen casuales, y pueden ser altísimas disposiciones de la eterna Sabiduría.

Habia noticia por tradicion, pero sin constar en papeles, de cuando se hizo la bóveda en que ahora se entierran las religiosas; al trasladar los huesos de la antigua se habian encontrado algun cuerpo entero, y mudadósele el hábito. Esto contaban las Madres antiguas; sin más circunstancias individuales, al designar el nicho que caia sobre el altar, se añadia siempre: «Aquí descansa un cadáver incorrupto;» pero como no habia rótulo ni nadie sabia su nombre, siempre se respondia: «¡Jesus qué descuido tan grande! ¿Quién será?»

Fué preciso el año 1825 desocupar el osario que estaba ya muy lleno de huesos, y bajando con el enterrador la Madre Procuradora y otra Madre más antigua, quisieron acomodarlos en otros nichos vacíos. La Procuradora dijo que en el de en medio habia una religiosa entera, y así que no se habia de tocar, aunque no se veia ninguna inscripcion; mas la otra Madre instó sobre que no estaba allí, sino en el de la mano izquierda, á lo que, rindiendo aquella su juicio, hizo abrir un poco y por allí llenarle de huesos podridos. No acaeció este yerro sino para hacer más patente su prodigiosa conservacion. Mas en todas las otras, siempre quedó viva la idea de que aquel nicho era el feliz depositario de este tesoro, y así, siempre que bajaba la comunidad, se llevaba aquel sitio una especial atencion. Llegó un dia de Animas en que, despues de los responsos acostumbrados, se hicieron tambien las exclamaciones de costumbre: «¡Qué lástima! ¡No saber quién es ésta!» Y ya no cabiendo los deseos en el pecho, ni contentándose los ojos con mirar, bien abiertos, lo que tantas veces habian visto, una religiosa tomó una vela, y aplicándola al sepulcro encontró unas letras del tamaño de unas almendras, poco más ó ménos, las cuales nadie habia visto, á pesar de las disputas que dijimos sobre el lugar que ocupaba, las que clara y distintamente decian: *Aquí está la Fundadora*. Toda la seriedad

que impone aquel lúgubre lugar se convirtió en alborozo y alegría. Piden muchas licencia á la Superiora para abrirlo á toda prisa, por sus mismas manos; pues como era el primer caso de esta clase que ocurría, no sabían las formalidades que en tales circunstancias se requieren, y sólo se tomaron el tiempo preciso para cumplir con la distribución de la lectura espiritual, quedando convenidas en que, concluida ésta, bajarían todas las que tuvieran valor para ello con sus instrumentos para abrir la sepultura ó nicho. En este intermedio sintió la Madre Subpriora un fuerte impulso de que aquello no se podía hacer sin licencia del Sr. Obispo, y no pareciéndole su voz suficiente para sosegar las impacientes ánsias de las monjas, llama al torno al capellan para consultar el caso. Este señor parte al instante á palacio y trae por respuesta, que no se toque nada hasta que venga Su Señoría Ilma. Sólo la obediencia pudo ser poderosa para desistir de empresa tan resuelta y arriesgada, y de la que hubieran resultado tan malas consecuencias; pues un inocente yerro acaso hubiera bastado para entorpecer el curso, en caso de entablarse la causa de beatificación. Mas como la obediencia no prohibía los deseos, no dejaban de importunar al Sr. Obispo para que los cumplierse cuanto ántes. Y así, el día 17 del próximo Enero Su Ilma., acompañado de su fiscal y vicesecretario, presente toda la comunidad con sus dos capellanes, mandó al albañil abrir el nicho, con poca confianza de encontrar cosa digna de atención, y sólo por condescendencia. Pero quedó gustosamente sorprendido cuando, habiendo quitado una multitud de calaveras y canillas llenas de podredumbre, aparecieron debajo dos cadáveres de monjas, enteros é incorruptos, con las manos en cruz, y parte de las ropas interiores, aunque las más exteriores habían sido pasto de gusanos, á los cuales parece no se les concedió licencia para pasar más adelante; y por eso no tocaron las carnes que se mantenían, no frescas, pero sí enteras y exhalando un olor agradable, como confesaron el Sr. Obispo y otras personas. Estaban colocadas la una sobre la otra, y en postura igual, aunque encontrada las cabezas, desprendidas de los cuerpos, algo más gastadas que éstos, y se cree que el poco tiento con que procedió el albañil fué la causa de su desprendimiento; en la parte superior del brazo derecho estaba bastante descubierto el hueso; en lo demás parecían obra de escultura. Se mandó hacer una

caja para la Fundadora, la cual se conocia, no sólo por el sitio que ocupaba correspondiente al letrero, sino tambien por várias señales que se reconocieron en el cotejo que se hizo con su retrato. Y era tan corpulenta, que no cabiendo en la caja que se le habia dispuesto, hubo que hacer otra, conservando la primera para el otro cadáver, á quien Dios quiso hacer aquella honra que los hombres no habian ideado. A la Fundadora se le puso un hábito nuevo y se formó un auto jurídico de todo lo ocurrido en aquellos tres dias, en los cuales nadie podia bajar á la bóveda, si no era con toda la dicha comitiva; y para esto siempre que subian quedaba su puerta cerrada y sellada con el sello grande del Sr. Obispo. Estos papeles se guardan en el archivo de la comunidad, y una copia dentro de la misma caja del cadáver en una botella de vidrio, tapada con plomo; luégo la caja cerrada con tres sellos, y la llave en la secretaría de cámara de S. S. Ilma., con otra copia del auto firmada por toda la comunidad y testigos. Despues de tapado el nicho se le puso esta inscripcion: *Aquí yace el cuerpo de la Fundadora, depositado segunda vez el año 1826.*

En otro nicho inmediato se colocó el otro cuerpo en su caja clavada y sus papeles en la misma forma; pero se ignora absolutamente quién es. Acaso acaso será alguna de aquellas cuyas heroicas vidas andan en nuestras manos presentando á nuestra vista los más bellos ejemplos que imitar, y que pudieran ser digna materia de procesos bien calificados; mas ignorando el nombre del sujeto, ninguno de estos encomios se le puede aplicar, sino fiarlo y dejarlo todo en manos de aquel Señor, que supo conservar su cuerpo con la misma facilidad con que lo descubrió cuando fué de su agrado, y sabrá manifestar su nombre para gloria del suyo Santísimo.

Lo contrario sucede con nuestra Madre Eulalia, que sabiendo su nombre y conociendo su cuerpo, se nos ocultan sus hazañas tan enteramente, que ni áun la santa costumbre de las cartas edificantes nos deja en esta ocasion ningun resquicio, pues siendo esta fundacion la segunda de España, sólo se podría hallar esta carta en Barcelona, en donde tuvieron la desgracia de padecer un incendio que les quemó mucha parte del archivo, por lo cual nada nos han podido participar en la materia, sino dos palabras en que decian haber sido natural de aquella misma ciudad, en donde tomó la ropa de nuestra Com-

pañía á los catorce años de su edad, y lo demás que se halla referido en nuestra historia. Habiendo registrado atenta y escrupulosamente todos los papeles que tiene la comunidad, nada se pudo encontrar sino lo que queda dicho. Y así quedamos con harta pena de esta ignorancia. No es pequeña prueba de la buena opinion y alta estima que tenian de ella el haber sacado su precioso retrato en tiempos de tanta pobreza como eran aquellos principios, pues sin eso esta idea hubiera encontrado un grande obstáculo en la precisa obligacion de proveer al sustento de la comunidad. Todo lo cual hace más sensible su silencio, á no ser que se atribuya á disposicion de lo alto, condescendiendo el Señor con los humildes ruegos de su sierva, que, bien hallada en su abatimiento quisiera perpetuarlo áun cuando las prodigiosas señales que se ven en su cuerpo induzcan á juzgar probablemente que se halla coronada de gloria en el empíreo.

¡Oh Madre María Eulalia Argila, piedra fundamental de esta Casa y firme roca donde se estrellaron las astucias infernales, no pudiendo jamás sumergiros en el profundo abismo de sus maliciosas máximas, por estar defendidas de una mano omnipotente! Mujer invicta y varonil, que habiendo echado mano al arado, nunca volvéis atrás, por más que vuestro corazon se hallase combatido de la desconfianza en nuestra gloriosa empresa. Mujer fuerte, que en el gobierno de vuestra Casa y sustento de vuestras Hijas entre las penurias de una extremada pobreza, os parecísteis á aquella que lleva este epíteto en la Escritura. Ya llegará el dia en que el Señor os ensalzará como acostumbra hacerlo con los suyos, si conviene para su gloria. Entre tanto, queda el consuelo de que no está muda del todo la voz de los favores divinos, que repetidas veces se deja oír en no pocos prodigios que se experimentan envueltos en el disimulo, que nunca falta algun arrimo á que atribuirlos, para que siempre quede en salvo la humildad, la generosidad, el desinterés y fuga de todo loor de nuestra Madre Eulalia, por cuyos méritos sin duda los concede el Señor, sin quererlos manifestar más claro hasta que sea su santísima voluntad; contentándose por ahora con decirnos de este modo que tenemos motivos para confiar en su intercesion.

CAPÍTULO XX.

Se establece la vida comun.—Por el escaso número de religiosas, hubo que pedir otras á Barcelona.

El año 1830 fué una época memorable y gloriosa. El ilustrísimo señor obispo D. Ramon María Azpeitia, dignísimo Prelado de esta comunidad, deseaba con ánsia ver establecida la vida comun perfecta; pues aunque se observaba la santa pobreza religiosamente, no obrando nunca sin las debidas licencias, sin embargo, tenian que proveerse las religiosas de varias cosas que no daba la comunidad. Esto verdaderamente era sensible; mas acostumbradas á este género de vida, y algunas de largos años, sentian cierta cobardía para mudar de estilo, alegando que no serian suficientes las rentas del convento para cargar con el peso de todos los gastos particulares.

Vino un dia, por disposicion divina, un Padre viejecito de la Compañía de Jesus, el P. Inocencio Gonzalez, á hacer una visita á la comunidad en la reja. Como la mayor parte no habia visto nunca Jesuitas (por estar expulsados de España), se alegraron mucho. En el discurso de la conversacion preguntó si habia vida comun, y le dijeron que no, y fueron alegando las dificultades que se les ofrecian en contrario. El buen Padre, con aquella gracia que Dios le habia dado, iba rebatiendo las razones que se le oponian, y facilitando los medios con que se podria conseguir tanto bien. Con esto, las que lo deseaban se animaron, mas otras que estaban indiferentes, empezaron á deseárselo y pedirlo á Dios; otras, cuando ménos, decian: «Tiene razon; el Padre tiene razon.» Mas despedida la visita, aunque habia sido de mucho gusto, todo quedó quieto, ménos las súplicas que muchas enviaban al cielo.

Como al mismo tiempo reinaba siempre en el corazon de las Hijas de María grande espíritu de sumision y obediencia á la insinuacion de sus Prelados, llegó la hora feliz de darse por entendidas á la voz de la gracia: en una visita familiar del Sr. Obispo, comprometieron su palabra, y áun las mejor ha-

lladas en su antigua costumbre, hicieron el sacrificio completo y se resolvieron y sujetaron con perfecta obediencia á abrazar la vida comun en toda su extension.

No se puede bien comprender cuál fué el gozo y entusiasmo de aquel ilustrísimo señor al ver la docilidad de sus hijas á sus insinuaciones amorosas, sin declarado mandato. Esto fué tan agradable y ejemplar, que otro Sr. Obispo le escribia diciendo: «¡Dichoso Prelado que tiene tales súbditas, y dichasas súbditas que tienen tal Prelado!»

Hizo luégo un ligero escrutinio para explorar las voluntades, y quedó gustosamente satisfecho. Entró despues á la visita interna, y muy festivas le iban entregando en sus manos los cajoncitos, cuadros de poco precio y demás apeguillos. Y despojadas ya en manos de su Superiora, en pocos dias, de toda superfluidad, se dió principio al triduo de renovacion de Agosto. S. S. Ilma. quiso tener el consuelo de darles la Comunion, y recibir sus votos el dia de la Asuncion de Nuestra Señora.

En seguida fueron de comunidad por primera vez á tomar el desayuno al refectorio, lo que no se hacía ántes, sino que cada una lo tomaba en su aposento á su gusto. Ya desde aquel dia quedó establecida la más perfecta uniformidad, sin que haya faltado nunca con que asistir á todas cumplidamente, sanas y enfermas, y áun con abundancia y delicadeza, cuando es menester. Jamás se han arrepentido, ni les parece posible; ántes bien, el renovar la memoria de este hecho sirve siempre para excitar nueva alegría y agradecimiento al Señor por tamaño beneficio.

Desde el año 1834 hasta el 44, hubo prohibicion de recibir novicias y dar profesiones; mas como la muerte no concede semejantes treguas, murieron en este tiempo doce religiosas, quedando la comunidad reducida al corto número de trece. Se hallaban afligidas sin poder levantar las pesadas cargas de muchas entre pocas. Viendo esta carencia, los Prelados determinaron pedir religiosas á la Casa de Barcelona.

Aquella generosa Madre Priora, que era la Madre Teresa Robira, hizo el gran sacrificio á favor de las de Tudela, de desprenderse de dos muy amadas hijas, las Madres Francisca Agell y Engracia Milá, que sirvieron de consuelo y alivio con su laboriosidad y buenos ejemplos hasta que se pudieron reci-

hir algunas jóvenes, que en hábito secular comenzaron á practicar la vida religiosa, pasando así su noviciado.

De las Madres barcelonesas tuvo que volverse á los tres años la Madre Milá, por no probarle bien este clima para su salud. Pero la Madre Agell permaneció hasta su muerte, que fué á los diez años, como se verá al hacer la relacion de sus virtudes.

CAPÍTULO XXI.

Sucesos interesantes.—Se consigue licencia para dar hábito y profesion.—Muere el capellan.—Viene un Padre de la Compañía.—Mejoras que consigue la comunidad.—Véndense las haciendas.—Las hijas de María Inmaculada.—Una ruina en la iglesia.—Capilla de San José.

El año 1850 se consiguió del gobierno licencia para admitir novicias y dar profesiones, y entónces las que habian adelantado sus pruebas hicieron su profesion. El 26 de Abril tres hermanas de obediencia profesaron sin publicidad ni aparato, y el 12 de Junio del mismo año la hicieron públicamente y con toda pompa seis hermanas coristas en manos del muy ilustre señor gobernador eclesiástico, D. Cosme Marrodan.

Entre tanto el año 1848 se hallaban los Padres de la Compañía de Jesus como soldados dispersos, aunque bien unidos con su capitan Jesus, sin más casas en que viviesen reunidos que unas pequeñas residencias, unos confiados á la Providencia, otros, por órden de ésta, á la piedad de los fieles, procurando cada cual recoger alguna mies para las trojes del cielo, como le dicta su instituto.

Murió por este tiempo el capellan de la comunidad, que era un muy virtuoso sacerdote. Viendo que era difícil encontrar sujeto que llenase el hueco de sus excelentes prendas, pareció bella coyuntura y áun necesidad para solicitar un Padre de la Compañía de Jesus, que con el empleo de capellan les ayudase en el espíritu á perfeccionar la observancia de

las Reglas, porque la perfeccion en esta vida siempre puede crecer. Se hicieron repetidas instancias, recibiendo otras tantas negativas, hasta que la altísima Providencia, que así lo tenía destinado, inspiró al Rdo. P. Provincial Mariano Puyal que condescendiese en conceder por entónces una residencia, y por superior de ella al P. Victorio Medrano, sujeto en quien resplandecía la ciencia, virtudes y prudencia, lleno de celo por la salud de las almas, bien versado en los ápices del Instituto que amaba y observaba en alto grado. Este Padre, pues, con la mayor suavidad y como insensiblemente, fué mejorando y perfeccionando la observancia, y algunos perfiles de la vida comun, que aún estaban defectuosos; reformó el silencio, y se arreglaron los asuntos sin volverse taciturnas, antes bien más gustosas y tranquilas, las cuentas de conciencia á la Superiora y Director, las conferencias espirituales, y se estableció tambien un método excelente para el buen órden del noviciado. El colegio interno de señoritas recibió nuevo lustre, y la debe en parte sus grandes adelantos, y desde entónces sigue progresando. Asimismo las clases externas gozan por sus consejos de métodos muy útiles, y hacen cada año los ejercicios espirituales que nunca habian acostumbrado. Se estableció en ellas un excelente reglamento, sacado del *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesus, acomodado á las tareas de nuestro sexo. En fin, en todo se puso un nuevo órden y método para obrar con más perfeccion en las distribuciones y santas costumbres ó prácticas de la comunidad. Se entiende que estas mudanzas fueron porque así convenia para perfeccionar la observancia, mas no para mudar con facilidad. Se adoptó desde entónces el utilísimo consejo de confesarse todas con el mismo confesor, viendo por experiencia las incalculables ventajas espirituales que se consiguen, como tambien para conservar la perfecta union de voluntades y pareceres. Un caso se puede referir sobre esto bien edificante. Por circunstancias que ocurrieron en cierta ocasion, la Superiora, habiéndolo tratado con sus Madres Consultoras, tuvo por conveniente que se mudase de confesor. Dijo, pues, á la comunidad: *Desde mañana nos confesaremos con Don Fulano*. Todas callaron y obedecieron sin mostrar la menor repugnancia, ni hubo quien preguntase el por qué, que ignoraban, ni por cuánto tiempo habia de ser. Habiendo cesado el motivo, volvió el confesor ordinario, y

con la misma tranquilidad que lo habian dejado, lo volvieron á recibir.

La residencia de los de la Compañía sólo habia durado ocho años, con alguna mudanza de Padres, hasta fines del 56, en que la trasladaron á Zaragoza; pero siguió siempre la direccion de los Jesuitas, viniendo á dar los ejercicios y tríduos de renovacion.

El año 1859, con licencia de los Prelados, se vendieron algunas haciendas, para con el producto de estas ventas componer la Casa, que necesitaba de algunos reparos de consideracion. Un molino de aceite que habia contíguo, y propio del convento, se demolió para emplear su local en construir unas escuelas magníficas, con separacion de clases, por ser muy grande el número de niñas que concurrían y concurren á recibir la esmerada instruccion que se ha dicho. Al colegio interno se le dió más extension, y se mejoraron los dormitorios, refectorio y salas para los estudios, y se dió mayor aseo y bien parecer á las habitaciones. Asimismo en el convento de religiosas se hicieron gastos no pequeños, pero necesarios.

Por Mayo de 1861 el Ilmo. Sr. Obispo de Tarazona, D. Cosme Marrodan, Administrador apostólico de Tudela, una de las veces que solia venir para bien de sus ovejas, dijo con grande afecto de devocion: «No me voy esta vez de Tudela sin dejar instalada la Congregacion de Hijas de María Inmaculada;» y como las principales Hijas de María son las de su Compañía, fué acogida esta proposicion con el mayor entusiasmo. Luégo se despacharon dos ó tres doncellas devotas por los barrios de la ciudad con pliegos de invitacion, para que se alistasen las doncellitas que tuviesen voluntad de pertenecer á tan gloriosa asociacion; muy pronto se reunieron en gran número, y para dar principio, el Sr. Obispo vino á decir Misa y dió la Comunión á la comunidad de religiosas, á las colegialas, y últimamente á las nuevas asociadas: concluido este acto, hizo una fervorosa plática, propia de su celo, espíritu y erudicion.

Siguieron aumentándose. y el segundo domingo de cada mes celebran sus ejercicios; por la mañana, la sagrada Comunión, y por la tarde, Rosario, meditacion, plática, y se concluye con unas letrillas á la Virgen Santísima. La fiesta principal de Diciembre es precedida de una solemne novena.

El año de 1862 se pudo contar por un singular favor de Dios

el haber sido libradas de un gran peligro. Cayó una nevada, y sobre ella una copiosa lluvia que deshizo la nieve muy aprisa, y aparecieron goteras, corriendo el agua por la iglesia y coro en abundancia. Subieron los albañiles á registrar sobre la capilla de San Ignacio, y dijeron: «Aquí hay mucho peligro; esta bóveda va á caer.» Era en vísperas de la solemne fiesta de la Inmaculada Concepcion, que iban á celebrar sus congregantas. ¡Qué conflicto! Pero dijeron los maestros: «Nos parece que en estos dos ó tres dias no caerá;» y así, se tuvo por más prudente guardar el secreto y pedir oraciones á todo el mundo por una necesidad. Al dia siguiente, la funcion de Animas por las difuntas de dicha congregacion.

Concluido todo, se dió principio á la reparacion del daño; Subieron al desvan, y dijeron era menester poner andamios. las religiosas, que hacian de guardas de hombres, les dijeron: «Tengan Vds. mucha confianza en San Rafael; en este pilar dejamos su imágen;» ellos bajaron por una escalera de manos á buscar lo necesario para su trabajo, y las religiosas por el otro lado á su habitacion. Cuando apenas se habian ausentado todos, se desplomó con grande estruendo la bóveda dentro de la iglesia, sin la menor desgracia de nadie, aunque en la misma iglesia habia otros oficiales desarmando el catafalco de las Animas. Esta fábrica duró por un mes entero á cielo descubierta; amenazando lluvia todo el Diciembre, que hubiera hecho grande estrago; pero no quiso Dios que cayera ni una gota. Durante la obra se tuvo por necesario, con licencia del Ordinario, trasladar el Santísimo Sacramento dentro del convento, á donde entraba el sacerdote á decir la Misa y dar la comunión. Para el dia de Reyes ya estaba todo concluido, y se celebró una fiesta de accion de gracias. Y todos los años el dia 4 de Diciembre, despues de maitines, se reunen para rezar un *Te Deum* en accion de gracias, sin obligacion alguna de voto.

Tampoco se debe pasar en silencio el obsequio que con gran afecto se ha tributado al gloriosísimo Patriarca San José, dedicándole una capilla en el jardin con curiosas pinturas, que representan los pasos más principales de la vida del Santo, en siete cuadros trabajados por mano de las mismas religiosas. Allí es visitado con mucha frecuencia, á donde acuden con todas sus peticiones llenas de confianza, saliendo bien despa-

chadas por su poderosa intercesion. Cada mes se saca por suerte el oficio de las dos que deben cuidar del aliño y limpieza de la capilla, que se mira ya con grande y devota veneracion.

CAPÍTULO XXII.

Carta de Nuestro Santísimo Padre Pio IX.—Cuerpo de San Víctor, mártir.

Esta comunidad se reconoce muy honrada y favorecida con una carta muy bondadosa de Nuestro Santísimo Padre Pio IX. Dicha carta original, como reliquia preciosa, juntamente con el retrato de Su Santidad, está colocada en un magnífico cuadro orlado de pensamientos bordados á lausín, y entre sus hojitas aparecen grabados los nombres de las treinta y seis religiosas que componian entónces la comunidad. Este cuadro ocupa un buen lugar en la sala principal del convento.

Carta de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX á la comunidad de la Enseñanza de Tudela.

«PIUS, PAPA IX.

»Dilecta in Christo filia. Salutem et apostolicam benedictionem.

»Pietatem tuam et sororum quibus præses perspicue declarat cum mœror ille quo vos affectas esse scripsisti propter injurias Nobis illatas tum desiderium quo flagritis ut pro ea jactura quam circa civilem principatum Sedis Apostolicæ sustinuimus aliquod afferatis levamen. Id quidem benevolentiam Nostram summopere vobis conciliat sed majus adhuc à religione vestra subsidium expectamus, ut nimirum geminantes preces et divinam misericordiam assidue implorantes eam maturetis diem qua Deus Ecclesiæ suæ pacem et jucunditatem restituat. Certa spe innixi vos id pro viribus acturas, apostolicam benedictionem solidæ felicitatis pignus tibi, et soro-

ribus cæteris tuæ sollicitudini concreditis peramanter imper-
timur.

»Datum Romæ, apud Sanctum Petrum, die 17 Januarii.—
Pontificatus nostri anno vigesimo.—PIUS, PAPA IX.»

*Traducción literal por el Rdo. P. Tomás Suarez de la Cuesta,
de la Compañía de Jesus, director espiritual de la comu-
nidad.*

«PIO, PAPA IX.

»Amada en Cristo, hija. Salud y apostólica bendicion.—
Bien declara tu piedad y la de tus hermanas que presides, la
tristeza que, como escribiste, hondamente os afecta por las in-
jurias á Nós inferidas, y además el deseo en que ardeis de ofre-
cernos algun alivio con motivo del quebranto que sufrimos en
el principado civil de la Silla Apostólica. Esto, es verdad, os
concilia sobremanera nuestra benevolencia; pero aún es ma-
yor el socorro que esperamos de vuestra adhesion religiosa, á
saber, si redoblando vuestras súplicas, é implorando constan-
tamente la divina misericordia, lograis abreviar el dia en que
Dios restituya á su Iglesia la paz y el contento. Fundados en
la segura esperanza de que insistireis en esto, segun vuestras
fuerzas, os concedemos muy amorosamente la bendicion apos-
tólica, prenda de sólida felicidad para tí y para tus demás her-
manas, confiadas á tu solicitud.

»Dado en Roma, cerca de San Pedro, el dia 17 de Enero de
1866. De nuestro pontificado el año vigésimo.—PIO, PAPA IX.»

El año 1867 fué señalado con un suceso muy satisfactorio:
con la adquisicion del cuerpo de San Víctor, mártir.

Fué el caso que habiéndose celebrado en la Compañía de
Jesus las Congregaciones provinciales, el Padre Tomás Suarez,
Superior de la residencia de Zaragoza y director de la comu-
nidad de la Enseñanza de Tudela, tuvo que ir á Roma como
Procurador de la provincia de Aragon. Al despedirse, la Reve-
renda Madre Priora y demás religiosas le suplicaron encareci-
damente les alcanzase un santo cuerpo de los muchos mártires
que existen en aquella santa ciudad. Este bondadoso Padre no
echó en olvido la súplica; mas no pudiendo lograrla en aquella

época, dejó el encargo al Rdo. Padre Manuel Gil, asistente del M. Rdo. Padre General, el cual cumplió su comision tan perfectamente, que consiguió le entregasen el sagrado cuerpo de San Víctor, mártir, de nombre propio, sacado ántes del cementerio de San Calixto, en la vía Apia, por mandato de Gregorio XVI, el 29 de Enero de 1837. Niño de catorce años, con señal de haber sido degollado, con un vasito teñido en sangre y la inscripcion en su sepulcro.

Al entregarlo el Rdo. Padre Gil se colocó en un simulacro de cera de bellísima hermosura, engalanado con preciosos vestidos, bordados primorosamente con oro y piedras, reclinado sobre un colchoncito y dos almohadas de seda azul con borlas de oro. Tan ricamente adornado se puso en una caja de madera, muy bien cerrada y sellada por el Emmo. Cardenal Constantino Patrizzi, que dió la auténtica.

Gozoso el Padre Asistente con su tesoro, dió aviso al reverendo Padre Tomás Suarez, que residia en Zaragoza, para tratar de su conduccion. Y como para Dios no hay casualidades, dió trazas la altísima Providencia para proporcionarle un triunfo muy glorioso, aunque disimulado, navegando hasta España en compañía de veintinueve Sres. Obispos, que regresaban de Roma, donde habian asistido invitados por Su Santidad á la canonizacion de un gran número de Santos. El Padre Cosme Laraudo, de la Compañía de Jesus, era el encargado de conducir el precioso cajon. Los marineros, ignorantes, dijeron: «Aquí parece que va un cadáver; echémosle al mar, porque no nos inficione;» pero el Padre Laraudo supo defenderlo con energía y teson, y todos tuvieron una navegacion próspera y tranquila.

Llegado que hubo á Zaragoza el santo mártir, le tuvieron allí algun tiempo, hasta labrar una magnífica urna de todo lujo, bajo la inspeccion del Rdo. Padre Tomás Suarez. Así al sacar el santo cuerpo de la primera caja, como al colocarlo en la urna, se halló presente el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza, el que cerró la urna con dos llaves diferentes, poniendo su sello en las dos cerrajas sobre lacre, y dando por escrito su auténtica con todas las seguridades correspondientes.

El dia 5 de Setiembre salió el Santo de Zaragoza, acompañado de los Padres Suarez y Perez, y un hermano coadjutor,

todos de la misma residencia, y de algunos guardias civiles. Llegando á la estacion de Tudela, fué recibido del muy ilustre Sr. Gobernador eclesiástico, y otros del clero, y numeroso pueblo que procesionalmente le condujeron con luces y música hasta la catedral. Apenas se divisó el tren, echaron á vuelo cuantas campanas habia en la ciudad. En la catedral esperaba nuestro Excmo. Prelado, D. Cosme Marrodan, Obispo de Tarazona y Administrador apostólico de Tudela, revestido de capa magna; el Sr. Dean y Cabildo con el resto del clero, el ayuntamiento y demás autoridades civiles, etc., etc. Allí, en la capilla de la gran patrona Santa Ana, se descubrió la preciosa urna con el Santo niño encantador, cuya hermosura dejó á todos embelesados. Luégo entonó la música de la capilla el himno de los mártires, que causó en todos gran conmocion. Con toda esta pompa se encaminó la procesion á la iglesia de la Enseñanza, que estaba suntuosamente engalanada, y todas las religiosas en su coro bajo, de rodillas, con velas encendidas en las manos. Colocaron la hermosa urna al lado de la Epístola, sobre una gran mesa preparada con carmesí y galones de oro. Luégo el Sr. Obispo entonó el *Te Deum laudamus*, que se cantó á toda orquesta. Y concluido este acto, dijeron Misa rezada los dos Padres de la Compañía que habian venido acompañando con sus grandes cirios. Por la tarde se cantó una solemne Salve en preparacion á la fiesta del dia siguiente.

¡Cuán alegre y festivo fué este dia para la Enseñanza de Tudela! Las religiosas, para celebrar á tan ilustre huésped, se levantaron una hora ántes de lo acostumbrado, y tuvieron más larga oracion, se dispuso que hubiese ayuno, se hiciese alguna austeridad y otras privaciones comunes á todas, y algunas particulares voluntarias. El dia siguiente, 6, tuvieron por la mañana, como en el anterior, dos horas de meditacion, dentro de cuyo tiempo comulgaron, y despues del desayuno fué dia de huelga ó asueto. Miéntras se llegaba la hora de los divinos Oficios, muchas religiosas, áun de las más ancianas y ménos versadas en poesía, se esforzaron en componer algunos versos en obsequio al Santo mártir.

En este dia celebró de pontifical el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Tarazona, siendo muy numerosa la concurrencia. El elocuente Padre José María Mon, de la Compañía de Jesus, hizo el panegírico del Santo niño.

Miéntras se preparaba el altar donde se habia de venerar el santo cuerpo, estuvo en nuestro coro bajo, cerca de la reja, con luces contínuas, á donde acudian las gentes á visitarle y contemplar su hermosura.

Al mes se colocó definitivamente en el altar dedicado á San Rafael Arcángel, patron de la comunidad, asistiendo tambien á este acto el Rdo. Padre Tomás Suarez.

Por último, es de saber que nuestro Santísimo Padre Pio IX otorgó la facultad de celebrar cada año una Misa solemne de un mártir el dia 5 de Setiembre.

En todos tiempos se han visto en esta comunidad de Tudela admirables dechados de todas las virtudes en muchas religiosas que, siguiendo los pasos de Jesucristo en su vida mortificada y laboriosa, supieron llenar el glorioso título de esposas suyas é hijas de María, á quien su Regla les pone por modelo y ejemplar de toda virtud. Tenemos el sentimiento de no poder hacer el elogio que corresponde de todas las Madres antiguas, que, como piedras fundamentales, cimentaron este espiritual edificio, y que ocupadas más en practicar virtudes que en perpetuar su memoria, nos han privado del dulce placer que tendríamos en mirar tan bellos retratos y copiar sus perfecciones, aunque fuese en grado inferior. Y como esto suele ser efecto de la voluntad de Dios, que no quiere que todo se manifieste en esta vida, debemos conformarnos y adorar sus altas disposiciones, y contentarnos con referir las noticias que tenemos de algunas, que aún nos darán abundante materia de santa emulacion.

ELOGIO

de la Madre Ignacia de Gante, que falleció el 12 de Abril de 1740.

Las virtudes de la Madre Ignacia de Gante fueron admirables, y en ellas, como en un espejo, pueden mirarse todas sus hermanas para perfeccionar sus vidas; pues aunque fueron de

jóven, si se cuentan por los años, eran dignas de Madre muy anciana, por lo que tenian de sólidas y macizas.

Era de una casa de las primeras y más ilustres de esta ciudad, y áun de esta provincia, y estaba emparentada con muchas de las principales y grandes de Castilla; y sus padres, D. Francisco de Gante y Ovando y doña Josefa de Tejada, eran señores de las villas de Fontellas, Quel y Ordoyo. Poco caso hizo Ignacia de las riquezas y pergaminos de su familia, porque no habia aún cumplido los ocho años cuando, movida del deseo de consagrarse á Su Divina Majestad en la religion, huyó de casa, juntamente con una hermana suya de mayor edad, y sin conocimiento de sus señores padres se fueron á uno de los conventos de religiosas de esta ciudad.

Tan luégo como D. Francisco supo la atrevida resolucion de sus hijas, se dirigió al convento y trató de persuadirlas á que volviesen á casa; pero la mayor habia salido tan resuelta á no vivir ya más que en la Casa de Dios, que no hubo camino de sacarla. Ignacia, como tan tierna y de pocos años, se dejó vencer de las caricias y amor paternal, y regresó al seno de la familia, donde vivió tan retirada y devota, que era la edificacion de todos. Tenía ya trece años cuando pensó fugarse segunda vez; pero muy á pesar suyo no pudo ejecutarlo como ella deseaba, y así al cabo de pocos meses volvió á pedir á sus padres le dieran su beneplácito y consentimiento para hacerse religiosa de la Compañía de María en nuestro convento de Tudela, como en efecto lo hizo á los catorce años no cumplidos.

No es para decirse la dulce alegría y suavísimo gozo que experimentó su alma al penetrar en esta Casa. Y lo primero que hizo fué pedir el santo hábito y librea de las Hijas de María, desnudándose y arrojando léjos de sí los ricos vestidos y adornos mundanos con que venía engalanada. Apenas se vió en el noviciado, cuando procuró con todas veras, segun lo varonil y generoso de su noble pecho, trasladar á su alma las virtudes que la podian hacer con el tiempo digna esposa de Jesucristo, nivelando todas sus acciones por las Reglas de nuestro sagrado Instituto, refiriéndolas todas desde entónces á la mayor gloria de Dios.

Concluido su noviciado con universal aprobacion de todas, por sus grandes fervores, hizo su profesion, y luégo la enco-

mendó la obediencia el oficio de Procuradora, que ejerció por tres años con satisfaccion comun y exactísima fidelidad.

Despues le dieron el importantísimo y laborioso empleo de Maestra de niñas externas, en donde se vió su celo unido al ejercicio y práctica de todas las virtudes. Estas fueron las ocupaciones que fió la religion á su juicio y laboriosidad en los cortos años que en ella vivió.

Mas viniendo á tratar de sus virtudes en particular, y empezando por la obediencia ciega, como la más recomendada en nuestras Reglas y Carta de San Ignacio, diremos que fué tan obediente y exacta en su cumplimiento, que bastaba la menor insinuacion de su Superiora para que no sosegase hasta haberla cumplido, y nada queria hacer que no fuese regulado por esta virtud. Todo su deseo era vivir y morir obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, segun ella se explicaba. Y así el último año de su vida, viéndola su Superiora muy falta de salud por vários accidentes, deseando saber qué oficio le podria ser más útil para recobrarla, no pudo conocer en ella más inclinacion que á una perfecta indiferencia.

Tanto se enamoró de la pobreza, que en los dias de primera probacion se desprendió de las joyas de su uso, y de no pequeño valor que habia traido consigo, repartiéndolas entre algunas de las doncellitas encomendadas. Una de las cosas que la inundaban de gozo era el verse pobre en la religion y libre de las cadenas de oro con que las riquezas suelen aprisionar los corazones, para que al suyo no le retardáran la entrega total que deseaba hacer á su Dios sin reserva. En su aposento sólo se hallaban las cosas más pobres y necesarias. Un Santo Cristo pintado en una Cruz de madera y alguna que otra estampa de San Jerónimo con que se excitaba á la penitencia. En todo se manifestaba su espíritu de pobreza en no admitir comodidades en las menudencias de sus licencias, y otras cosas por este estilo.

Fué ya desde sus primeros años muy amante de la santa pureza, como lo prueba bien lo que observó una tia suya que quiso tenerla una temporada en su casa. Porque como por ser niña la mandase acostar más temprano, hacía que la cerrasen su aposento con llave, y que se la entregasen á su tia, no pudiendo sosegar de otro modo. Y si esto era en su niñez, ¿qué sería en la religion? A este fin, entre otras oraciones que acos-

tumbraba rezar al vestirse, decia al ponerse el ceñidor: «Ceñidme, Señor, con el cingulo de la pureza, para que con gran limpieza de vida os ame y glorifique: libradme Vos de todo lo que en esto me pueda ofender.» Lo mismo hacía al ponerse el velo, para que sus ojos no tropezasen aquel dia en cosa que empañase el candor de su alma. Aun el médico notó con grande edificacion que al tomarle el pulso se inmutaba sensiblemente, y temblaba toda aún de una accion tan honesta como precisa, teniendo al mismo tiempo sus ojos fijos en tierra, cubierto su rostro de modestia y gravedad. Mucho más habria que decir si éste no fuera un breve extracto de la perfeccion con que la Madre Ignacia guardaba sus santos votos, que todos los dias renovaba con el mayor fervor.

Desde novicia hizo siempre el debido aprecio de la santa humildad, estimándola como el más precioso adorno de una vírgen consagrada á Dios, sabiendo que sin ella no podria ser agradable á sus divinos ojos. Jamás sintió la menor repugnancia, ántes bien grande inclinacion á los oficios más humildes de la casa, haciendo con tanta perfeccion el fregar y barrer, como si se hubiese empleado en ellos toda su vida: se encargó de la limpieza de los rincones y más humildes lugares: bajaba regocijada á ayudar á las hermanas coadjutoras en sus oficios cuando sus ocupaciones se lo permitian: cerraba sus oidos á toda conversacion que pudiera recordar la nobleza y ostentacion de su casa, y decia con gracia: «Más estimo yo este pobre hábito que me ha unido con Dios, que todo cuanto el mundo loco aprecia.» De este aborrecimiento á la vanidad dimanó que, siendo de genio inocentemente esparcido y nada esquivo, parece que pasó á cierta especie de pusilanimidad ó encogimiento, que se hizo notable; y habiéndoselo preguntado, hubo de responder ingénuamente que deseaba tener en adelante una vida escondida con Cristo, olvidada, abatida y despreciada á los ojos del mundo, como lo habia ofrecido al sagrado Corazon de Jesus. El concepto que de sí habia formado era bajísimo, juzgándose por la peor, no sólo de la Casa, sino del mundo, pareciéndole estaba metida de asiento en el estado de la tibieza. En cierta ocasion fué llamada la Madre Ignacia por su confesor para reprenderla de una falta, aunque ligera, en que él la juzgaba culpable; y fué la reprension tan acre, y tanto el ardor con que la afeó aquella culpa, que últimamente la dijo

con entera y fuerte resolucion que si volvía á caer en otra semejante, la abandonaría totalmente, sin volver á confesarla más. Oída con grande sumision y silencio tan fuerte humillacion, la despidió sin que replicase una palabra en abono de su inocencia, que Dios descubrió despues al mismo confesor, el cual por ésta y otras muchas pruebas estimaba no poco su virtud.

Con esta humildad de corazon hermanaba la Madre Ignacia mucha mortificacion y espíritu de rigor contra sí misma, á que era muy inclinada. Y en este punto acaso pasó los límites de la prudencia, porque maceraba su cuerpo con instrumentos tan crueles, y que hallados despues de su muerte bien ensangrentados, causaban horror y compasion. A esto añadía la dureza de la cama en ciertos dias, el privarse de beber en su mayor sed, y el mezclar disimuladamente ajenos en la comida, etc. Había leído y copiado de la vida del religiosísimo y docto Padre Tomás Sanchez, de la Compañía de Jesus, los modos maravillosos con que este insigne Jesuita se mortificaba muchas veces al dia, y trató de imitarle, y así jamás quería saber cosas curiosas: no las preguntaba, ni miraba; no se arrimaba al respaldo de la silla; no se volvía del otro lado en la cama en verano, y otras cosas semejantes, de no pequeña mortificacion. Y á pesar de la natural inclinacion de su sexo y juventud, jamás cosa alguna, por curiosa ó preciosa que trajesen á ver áun con el especioso título de devocion, la hizo dar un paso para verla, ni áun en fiestas de regocijo se la vió asomarse á las celosías, ni áun cuando pasó por esta ciudad la Majestad católica de doña Mariana Negburg, reina viuda de las Españas, porque ni la majestad de tan gran Reina, ni el acompañamiento de personajes y voces de aplauso, y demás pompa con que se obsequian tales majestades, tuvo para la Madre Ignacia ningun atractivo; prefiriendo estar y acompañar á una enferma todo el rato que la curiosidad la pudiera tentar. Quien así cuidaba de mortificar sus sentidos, mucho ménos se descuidaba de contrariar sus pasiones, hasta conseguir completa victoria. Examinaba detenidamente su corazon para ver qué pasion era la dominante, y notó que entre todas la ira é impaciencia eran las que más le combatian, y á vencerlas y desarraigarlas de su alma dirigió todos sus esfuerzos. Valíase del exámen particular, no dejando sin algun cas-

tigo proporcionado el más mínimo deslíz, violentando su genio aún con daño de su salud, hasta convertirse en flemática. Y previendo alguna contrariedad indispensable en la vida mortal, levantaba sus ojos al cielo, diciendo con grande afecto: «Aquí estoy, Señor, aquí estoy, no me voy, venga enhorabuena lo que Vos gustáreis.» Tampoco se descuidaba de luchar contra las pasiones y vicios ménos fuertes para crecer en toda perfeccion.

Era puntualísima á todas las distribuciones de comunidad, dejando la letra comenzada ó puntada en la labor. Estaba pronta á toda penalidad y trabajo para asistir á cualquiera, sin esperar á que se lo rogasen, áunque fuese á media noche. Viendo una vez á una religiosa sumamente angustiada de penas interiores, esforzó todas las razones que le parecieron más eficaces para tranquilizarla; mas viendo que nada era bastante para aquietar aquel corazon oprimido, prorrumpió con grande afecto y vehemencia en esta expresion caritativa: «Yo os pido, Señor Dios mio, con todo mi corazon, que me deis á mí todos estos trabajos y se los quiteis á esta mi hermana, y si no le conviene, al ménos la mitad; y si fuese menester la sangre de mis venas, tambien la daria gustosa por consolarla.» Acto tanto más heróico, cuanto sabía muy bien la Madre Gante de qué género eran aquellas penas que atormentaban á su hermana: la cual, admirada de tan gran caridad, sintió en su pecho un nuevo esfuerzo para sufrir las cruces que el Señor la quisiera dar.

Observó con singular cuidado la regla del silencio, castigándose luégo cualquiera falta, y siendo muy mirada en todo cuanto hablaba, sin ligereza de ningun género. En su composura exterior y modo de regular sus acciones, era muy ajustada á las Reglas de la modestia, que la Vírgen Santísima dictó á San Ignacio. El trato con los seglares en el locutorio, sobre todo cuando se hablaba de cosas inútiles, le era muy enojoso, y así procuraba evitarlo; y cuando no podia, mezclaba palabras que fuesen de provecho y edificacion.

Todas estas y demás virtudes que adornaban el alma de la Madre Ignacia las fué adquiriendo con el ejercicio santo de la oracion, á que era muy inclinada. Procedia en ella, no por caminos extraordinarios, sino por el fácil y seguro que San Ignacio enseña en el libro de sus ejercicios, guardando con la

mayor exactitud sus menudas adiciones, pidiendo al Señor gracia y fuerza para mortificar y vencer sus pasiones, cifrando todo su gusto más en conseguir plena victoria de sí misma que en sentir ó experimentar devocion sensible ú otros consuelos espirituales. Pues sin embargo de las muchas sequedades con que el Señor la probó, siempre se mantuvo firme y constante en su ejercicio, pareciéndole gran culpa el no ser bien puntual, y así se le notaba ir cada dia adelantando y creciendo en perfeccion.

De esta manera se iba abrasando su corazon en las llamas del divino amor, de un amor activo, ardiente y fogoso. Este le hacía emprender todas las cosas que eran de su mayor culto y agrado con tal empeño y vehemencia, que comunicando su fuego á otras religiosas, las estimulaba no poco su celo á que con una santa y fervorosa emulacion la siguiesen. Siempre deseosa de más amor, se lo pedia al Señor con todo el ahinco de su alma, y eran casi contínuos los ardientes suspiros y jaculatorias que enviaba de su amante corazon al cielo para atraer de allí á su Amado. Usaba mucho de los afectos del contrato espiritual, particularmente el general, que los comprende todos: «Dios mio y todas las cosas;» y algunas veces se inflamaba tanto su corazon al oír hablar sencillamente de la bondad de nuestro Dios, que tenía que permitirle á lo ménos el justo alivio de derramar copiosas lágrimas, y aún más cuando oía las muchas ofensas que se cometian contra su infinita bondad, deseando convertir á todas las almas que habitan sobre la tierra.

Pero donde más se descubrieron los incendios de su amor, fué en la tiernísima devocion que tuvo al Sagrado Corazon de Jesus. Apenas supo haber llegado á nuestra España este rico tesoro de tan piadosa devocion, cuando luégo al punto prendió su fuego en el corazon de la Madre Ignacia. Consagróse lo primero con el más fino afecto de su alma al divino Corazon, sirviéndole de fórmula la que enseñó el venerable Padre de Lacolombière, de la Compañía de Jesus, y repitiéndola todos los dias en presencia de Jesus Sacramentado. Hacía su novena todos los meses, usando en ella rigurosas penitencias. Era la más exacta y fervorosa en todas las visitas y demás prácticas que prescribe esta devocion, procurando extenderla por cuantos medios podia, y tenía tambien ofrecido de no negar cosa

que le pidiesen por el Sagrado Corazon, por difícil que fuese. No escribía papel ó carta en que no hablase de esta devocion, y en sus conversaciones procuraba darla á conocer más y más. No nos detenemos á explicar todo lo que habria que decir sobre esto; pero no dejemos en silencio que como tan enamorada de este amantísimo Corazon, vino á hacerse digna de los regalos que suele compartir con las almas que de veras le aman, haciéndolas participantes de sus espinas y cruz. Porque especialmente en los tres últimos años, la ejercitó el Señor frecuentemente con sequedades, desconsuelos, desamparos, y densísimas tinieblas que padeció muy continuas, acompañadas de várias y horribles tentaciones, que la hacían gemir, y afligian sobremanera, y áun le parecia no hallar en Dios acogida ni amparo, causándole esto en su corazon tal apretura, como si la prensáran entre dos pesadas losas. Mas á pesar de tal desolacion y tedio para bien obrar, jamás aflojó en sus santos ejercicios, ni se entibió en el amor de su Dios, ni perdió la confianza con que acudia á su amparo derramando ardientes lágrimas.

Si alguna vez rayaba en su alma alguna momentánea luz del cielo, sólo la servía para conocer que era necesario enmendar la vida y tratar de ser buena, como ella decia.

Quien ama verdaderamente á Jesus, no puede ménos de amar cariñosamente á su Madre María Santísima, y más una hija alistada bajo la bandera de esta soberana Reina en su sagrada Compañía. Ya en el siglo, desde niña, rezaba con gran devocion su Rosario, confesaba y comulgaba en sus festividades. Luégo que se vió en la religion, se puso toda en sus manos, con carta de esclavitud firmada de su nombre. Viendo por esta carta que ya ella no era suya, sino totalmente de esta Señora, dejó enteramente á su arbitrio y disposicion absoluta todas las obras que ella hacía, para que las aplicase segun juzgase ser de la mayor gloria de Dios. En sus festividades se le notaba cantar en el Oficio parvo con una voz más esforzada, mostrando el júbilo que sentia en sus alabanzas. A este añadía el Salterio de San Buenaventura, presintiendo el gran gozo que habia de tener en su muerte con el patrocinio de María. En cualquier lugar que se hallase, y por más ocupada que estuviese en leer ó trabajar, dirigia tan tiernas miradas á alguna imágen de su querida Madre, que significaban altos y amoro-

sos afectos. Decíala mil requiebros, y á una muy pequeñita que tenía un velo sobre su rostro, decíala toda enamorada: «Negra sois, Señora; pero hermosa, pero hermosa.» No habia para ella cosa más dulce y agradable como hablar ú oir hablar de las excelencias y prerogativas de esta divina Madre; y por su honra é imitacion le era muy gustoso el enseñar á las niñas, inspirándoles, entre otras cosas de piedad, que le fuesen muy devotas por toda su vida.

A nuestro Padre San Ignacio tenía tambien singular devocion, por haber nacido por su intercesion en su mismo dia, honrándose grandemente de llevar su nombre; atribuyendo al Santo el haber entrado en la Compañía de María Santísima, que tanta conexion tiene con la de Jesus, que el Santo habia fundado. El solo nombre de Ignacio le hacía sentir un generoso aliento para aspirar á imitarle en su modo de obrar, á mayor gloria de Dios en todas sus obras, y procurar animar á las otras á lo mismo con ejemplos y palabras. Con otros vários Santos se señalaba tambien en serles muy devota y obsequiosa.

Sobresalió mucho en un ardiente celo por la salvacion de las almas, especialmente en el oficio de Maestra de clases. No perdonaba industria ni trabajo para enseñarles, no sólo las ciencias propias de una mujer, sino principalmente las de una buena cristiana. El santo temor de Dios, el horror á todo pecado, las buenas y virtuosas costumbres, segun la edad y capacidad de cada una. Pero aún ardia más su celo cuando su gran perspicacia llegaba á rastrear en alguna de estas criaturas cierto temor ó peligro de no confesarse bien. Allanábales las dificultades que la vergüenza suele poner; ponderábales la afable benignidad con que los confesores tratan á los penitentes, como ella misma habia experimentado; procuraba encaminarles á los Padres de la Compañía, y cuando veia logrados sus deseos, no cabia de gozo. Derramaba lágrimas, hacía fervorosas oraciones y penitencias por la conversion de algunos pecadores, que sabía hallarse en mal estado.

A una vida, en fin, tan ajustada á la perfeccion religiosa y ejercicio de todas las virtudes, como hemos dicho, correspondió una muerte con todas las señales de preciosa en el divino acatamiento. Para que más se acrisolase su virtud, la dió el Señor una enfermedad bastante larga, pues todo el último año

lo pasó muy molestanda de vários y penosos accidentes que la iban postrando cada dia más las fuerzas. Tolerábalos con gran paciencia y silencio, y sin excusarse por eso de sus tareas; pero habiéndose agravado más, tuvo que quedarse en cama. Veintidos dias vivió en este lecho de dolores, aprovechando los momentos en ejercitar las virtudes más propias de una religiosa enferma. Resignóse en las manos de Dios con un ánimo quieto, dulce y sosegado. Sufrió los intensos dolores y complicadas dolencias con inalterable paciencia. Mostró cuál era su sufrimiento, no sólo á la Superiora, pero áun al médico y enfermeras en los más repugnantes y molestos remedios.

Mas viendo los médicos que toda su sabiduría nada conseguia, la ordenaron recibiese los últimos Sacramentos. No se pueden explicar los encendidos afectos de amor de Dios y ardentísimos deseos de verle en la gloria en que prorumpió cuando vió entrar por su aposento á su Padre espiritual, deshaciéndose en afectos de agradecimiento al Señor por tantos beneficios. Tenía á todas embelesadas con las tiernísimas expresiones que dirigia á su Dios sacramentado, y cómo convidaba á los ángeles y Santos del cielo para que le alabasen con ella. ¡Qué fervor al renovar sus votos! ¡Qué gozo tan sensible hasta la hora de la muerte! Ya se enternecía con el sagrado Corazon de Jesus, ya con su Santísima Madre, ya hacía le abriesen las ventanas de su aposento para ver la hermosura del cielo, á donde alegre caminaba. Decia con gran ternura: «¿No están muy contentas, Madres y hermanas mias muy amadas, de que me voy al cielo, en donde rogaré por todas? Yo, Madres mias, he vivido siempre con grandes temores de mi eterna perdicion; pero gozo ya de una paz semejante á la de los bienaventurados, con señales ciertas de que veré á Dios.» No se descuidó Satanás en hacer los últimos esfuerzos, persuadiéndola que toda su vida habia sido una pura hipocresía, lo cual la tuvo con mucha pena, aunque nada encontraba en su conciencia que la remordiese: mas á dos palabras que la dijo su confesor de que era una clara tentacion del enemigo, calmó toda su pena y volvió á su dulce serenidad. En este envidiable estado, consumidas las fuerzas, no sólo con los rigores de la enfermedad, sino á dulces y suaves violencias del amor é impulsos ardentísimos de unirse para siempre con Dios en su pátria celestial, dió su espíritu la Madre Ignacia en

manos de su divino Esposo, de quien esperaba oír aquellas tan dulces palabras: «Levántate, date prisa, amada mía, que ya pasó el tiempo de los trabajos, y ven á mi gloria.»

Es compendio de la vida impresa que escribió la Madre Croy.

ELOGIO

de la Madre Francisca Croy, que murió el 7 de Diciembre de 1767.

Se conserva en esta Casa, por tradicion, grande memoria y elevado concepto de las virtudes y prendas sobresalientes de la Rda. Madre Francisca Croy, sin que podamos hallar ningun documento que nos informe de los pormenores de su preciosa vida. Sólo por los libros de la comunidad se ha podido saber que era natural de la ciudad de Pamplona, hija del príncipe Chimaz, virey de Navarra, y de doña Margarita Ibal. Tomó el hábito el 3 de Mayo de 1703; se lo dió el Padre Antonio del Nero, de la Compañía de Jesus, y el mismo Padre le dió á su tiempo la profesion, en igual dia. Ignoramos la edad que tenía cuando entró; pero se cree que era de muy pocos años.

Muy grande debia de ser su mérito, segun los cargos que Dios puso en sus manos por toda su vida. A los dos años de su profesion, la hicieron Procuradora por otros tres; tres fué enfermera, tres tornera, y despues, por nueve años, Subpriora; y pasados éstos fué nombrada Priora, en el de 1725, y permaneció en este cargo otros nueve años. No pudo ménos de adquirir grandes merecimientos en vida tan atareada. Tenemos oido, tambien por tradicion de nuestras Madres antiguas, que siendo niña y educanda en este Colegio, le decia un Padre de la Compañía de Jesus: «Francisquita, Francisquita, tú has de ser columna de esta Casa.» Y verdaderamente lo fué, pues se decia que en el tiempo de su gobierno habia establecido la observancia más perfecta, con mucha suavidad y dulzura. A los

nueve años de Prelada descansó un trienio, y volvió á ser elegida por tres veces consecutivas.

Escribió tambien la vida de la Madre Ignacia de Gante, en un tomo en 4.º, que dió á la imprenta con todas las formalidades de censuras y aprobacion.

El año de 1744 fué á la fundacion de la Casa de Zaragoza, en compañía de tres religiosas; pasados los diez años de la fundacion, las Fundadoras volvieron á Tudela.

Murió esta memorable Madre el dia 7 de Diciembre de 1767: no se sabe la edad; pero de religion llevaba sesenta y cuatro años.

ELOGIO

**de la Madre Luisa Lecumberri, que murió en
Octubre de 1778.**

La Madre Luisa Lecumberri fué natural de esta ciudad, de familia muy distinguida. Sin duda la piedad de sus padres mereció que casi desde que tuvo uso de razon se sintiese llamada del Señor al estado religioso. Logró su deseo á los catorce años de su edad, en que tomó nuestro santo hábito y con él parece que adquirió los de las virtudes segun la prontitud con que las practicaba sirviendo de modelo en todas. Desempeñó tan bien los oficios que la confiaron, que á la edad de treinta años la pusieron en el importantísimo cargo de Maestra de novicias, en que el celo de la perfeccion la hizo lince para ver las faltas y procurar la observancia religiosa con la mayor exatitud y acierto. Con su ejemplo las animaba y enfervorizaba más que con exhortaciones, pues era muy señalada en la obediencia, en la castidad, en la pobreza, en el amor al Instituto y en favor para con Dios, etc. Al verla el Señor tan aprovechada, la quiso probar con la tribulacion, así en las penosas enfermedades corporales como en los desconsuelos interiores y grandes temores; pero siempre se acogia á la bondad de Dios, considerándole especialmente hecho niño por amor de los hombres. Fué tiernísima en la devocion de nuestra Santísima Madre la Virgen

María, y su esposo el glorioso Patriarca Señor San José, solicitando con ánsia sus cultos, y ordinariamente empleaba las manos en su obsequio.

Falleció esta Madre de edad de sesenta y seis años y cincuenta y dos de religion, habiendo padecido por largo tiempo penosísimos accidentes, en los cuales su único alivio era considerarlos como medios para conseguir cuanto ántes la posesion del sumo Bien.

ELOGIO

**de la Madre Gertrudis Borda, que murió el 18 de
Setiembre de 1788.**

Fué muy edificante la muerte de la Madre Gertrudis Borda y Monreal á los trece dias de enfermedad, cuyo carácter maligno no se descubrió hasta los dos últimos dias, y parece que Su Divina Majestad le previno con la gracia de la más completa resignacion en sus santísimas manos; y persuadida de que Dios la llamaba para sí, desde el primer dia comenzó á disponerse con fervor extraordinario; de modo que sólo de Dios hablaba y pedia que se le hablase, edificando á cuantas la asistian con su rendimiento á todo lo que le insinuaban, con tal tranquilidad de ánimo, que parecia no sentir violencia alguna ni tener propia voluntad.

Era natural de Elvetea, en el Valle de Baztan, y de muy ilustre familia por ambas líneas. Habiéndola puesto sus padres en nuestro Colegio, luégo se inclinó á abrazar nuestro santo Instituto. Mas queriendo dichos señores asegurarse de su vocacion, la llevaron por algun tiempo á su casa; y haciéndole diferentes pruebas; siempre la hallaron constante, por lo que hubieron de condescender á sus santos deseos.

Tomó el hábito el dia de Santa Gertrudis, el año de 1749, á los diez y siete de su edad, con grande júbilo de su alma; profesando desde entónces tan afectuosa devocion á esta gran Santa, á quien atribuia haber logrado su dicha, que tomó el nombre de Gertrudis, dejando el de Antonia, que recibió en el

santo Bautismo. Desde que entró en el noviciado procuró formarse verdadera Hija de María Santísima, entrañando bien el amor al Instituto, formando alta idea de esta obligacion, trabajando con infatigable celo en inspirar á las niñas el santo temor de Dios, enseñándolas la doctrina cristiana y toda piedad; y era tanto el gozo que tenía en ejercitar estos piadosos oficios con las inocentes y pobrecitas, que no lo podia disimular; porque le inspiraban mucha ternura y compasion sus trabajos y necesidades corporales; áun á veces llevaba agua y paño para lavarles la cara á las pobrecitas. Y así como era favorecedora de los necesitados, era despreciadora de las vanidades mundanas, sin que jamás se le conociese ni asomo de vanagloria, ni cosa que oliese á mundo. Finalmente, fué muy observante de los santos votos y Reglas, exacta en el cumplimiento de los oficios que la encomendó la obediencia de Maestra de clases, y por ventiun años lo fué de las encomendadas, tornera, sacristana y Prefecta de las clases, oficio en que le cogió la muerte, y en el cual experimentaba gran consuelo por la oportunidad que tenía de ejercitar su celo y piedad con sus pobrecitas, que miraba como imágenes de Jesucristo. Con estas bellas disposiciones le asaltó la enfermedad; y aunque á juicio de los médicos no parecia grave, ella manifestó vivo deseo de que se le administrasen los Santos Sacramentos, que recibió con mucho consuelo y devocion; luégo pidió la Extremauncion, y en todo mostró su gran fervor y ánimo tranquilo, y toda puesta en Dios, entregó confiadamente su espíritu á los cincuenta y seis años de edad y treinta y nueve de religion.

ELOGIO

de la Madre Javiera Bitas, que murió el 6 de Abril de 1789.

Siendo la Madre Javiera Bitas de una familia muy distinguida de esta ciudad, procuraron sus señores padres desde su niñez inspirarle la devocion y práctica de las virtudes más sólidas; no obstante, á la niña no le desagradaba el mundo, ni pensaba en dejarle, cuando por un efecto de la bondad del Se-

ñor, y por medio de una grave enfermedad, la dió á conocer sus peligros y engaños con tan eficaces deseos de dejarlo para siempre, que ya sólo pensó en acogerse al sagrado asilo de la religion; y correspondiendo con pronta docilidad, solicitó el hábito de Nuestra Señora en esta Casa, que con gusto se le concedió, siendo de veinte años, el día de la Inmaculada Concepcion de María Santísima del año 1744.

Poseia esta jóven un corazon magnánimo y esforzado, con un genio jovial, caritativo y propenso á complacer; y aprovechándose de tan amables cualidades, hizo grandes progresos en el camino de las virtudes sólidas con el fervor y aplicacion constante á la observancia de todas sus obligaciones religiosas, hasta las más menudas. En efecto: toda la série de su vida corresponde á la ventajosa idea que se habia formado de tan buenos principios. Sentia tan bajamente de sí misma, que se consideraba indigna del trato de sus hermanas. No dejaba pasar ocasion de humillarse, y cuando acontecia tener algun ligerísimo disgusto con alguna, luégo se adelantaba á satisfacer, pidiéndola perdon y dándole pruebas de su cordial afecto. Llevada de estos humildes sentimientos, ponderaba como los más criminales delitos los adornos que usó en el siglo, aunque eran regulares y ordinarios en las señoras de su clase. De aquí nacia el espíritu de penitencia con que se mortificaba. No por esto tenía su corazon abatido, ántes por el contrario manifestaba grande confianza en Dios, acompañada de fé viva, caridad ardiente, con contínuos deseos de recibirlo sacramentado. Al fin de sus dias, por habérsele trastornado la razon á causa de los accidentes que la daban, se le dilatava este consuelo y causaba compasion ver las instancias y expresiones con que lo pedia, y era extraordinario su gozo el dia que comulgaba. No le pudo recibir por Viático, pues un accidente de alferecía le acometió el dia 3 de Abril, y no pudiendo los esfuerzos de la medicina volverla en sí, sólo fué posible administrarla la Santa Uncion y demás recursos de la Iglesia, dando su alma á Dios el dia 6, á la edad de sesenta y seis años, en 1789. Obtuvo vários oficios en la religion, entre ellos el de la enseñanza.

ELOGIO

de las hermanas María Bayart, que murió el 7 de Junio, é Inés Bayart, que murió el 25 del mismo mes, año 1795.

Vivia en Baigorri, en la baja Navarra, una familia de buenos cristianos, cirujanos de profesion, que criaban á sus hijos en el santo temor de Dios, en toda virtud y buenos respetos. Dos de sus hijas fueron llamadas á la religion en diversos tiempos. La mayor, llamada Inés, tomó nuestro santo hábito en esta comunidad en clase de hermana coadjutora, en donde desempeñó perfectamente el oficio de Marta, sin olvidar el de María. Cuando ya llevaba nueve años de religion, otra hermana menor, llamada María, fué admitida para religiosa de otra Orden; no quiso ausentarse para siempre sin venir á despedirse de su querida Inés. Se presentó en el locutorio con gracia, manifestando un carácter tan alegre y amable, y con tales muestras de prontitud y oficiosidad, que arrebató el cariño de todas las religiosas. Propusieronla si queria quedarse en Tudela, á lo que accedió de buena gana, y á satisfaccion de toda la comunidad fué recibida; pues ya se pronosticaban los ejemplos que habia de dar de todas las virtudes en el cumplimiento de su humilde ministerio. Basta, por elogio, lo que dijo despues de su muerte su confesor, sujeto de mucho peso en sus palabras: «Que habia sido fiel á Dios y á las criaturas, y que él se encomendaba á su intercesion.» En efecto: habia sido una religiosa de mucha presencia de Dios, fervorosa en los ejercicios espirituales y muy amorosa para con Jesus sacramentado; de aquí le nacia un corazon tierno y compasivo, muy pronta para todo lo trabajoso, así de la comunidad como en los encargos y tareas particulares, y siempre era el alivio y confianza de todas. De grande reverencia con sus Superiores, respeto y atencion con las de coro, afabilidad y cariño con todas, usando de esta dulce expresion: «¡Perla mia!» En fin, era humilde, obediente, mortificada y austera consigo misma; y si le negaban licencias para esto último, quedaba tan con-

forme, diciendo: «Dios recibirá mi buena voluntad.» Porque siempre miraba la voz de Dios en sus Superiores.

Fué su última enfermedad un dolor de costado, que al quinto día, recibidos todos los Santos Sacramentos, la introdujo en las moradas eternas del cielo, según piadosamente se cree de sus buenas disposiciones, á los sesenta y dos años de su edad y treinta y ocho de religion.

Quedaba en este mundo la hermana Inés, cuyas virtudes eran muy parecidas á las de su hermana María, y anhelaba por acompañarla en el premio, y suspirando decia: «María me llama, María me llama.» Y fué tan dócil á este llamamiento, que en el mismo mes y año, teniendo sesenta y nueve de edad, marcharon á ver á Dios la una el 7 y la otra el 25 de Junio de 1795.

ELOGIO

de la Madre Magdalena Goizueta, que murió el 21 de Octubre de 1795.

Era la Madre Magdalena natural de San Sebastian, é hija de los Sres. D. Juan Manuel Goizueta y doña Magdalena Bambruseghen; y habiendo quedado huérfana de padre y madre ántes de los trece años de su edad, resolvieron sus tutores darla una educacion correspondiente á su calidad é intereses, para cuyo fin la colocaron en esta Casa en clase de colegiala, en la que desde luégo empezó á descubrir el fondo de virtud, pues ya en esa edad, inspirada de la gracia del Señor, suspiraba por el acierto de su verdadera vocacion. Despreciando cuantas ventajas le ofrecia el mundo por haber quedado heredera de cuantiosos tesoros como hija única, bien impresionada de los sentimientos del Apóstol, que todo lo reputaba por estiércol por ganar á Jesucristo, se resolvió á hacerse religiosa y tomar el hábito de Nuestra Señora en esta Casa de Tudela, lo que verificó el 4 de Junio de 1760. Pero como las grandes obras hallan á los primeros pasos poderosas contradicciones, no le faltaron á esta mujer fuerte las más terribles que intentaron

desvanecer sus designios. A este fin le movieron pleitos, poniéndola en disputa su vocacion; intentaron sacarla á libertad; llegó hasta la Nunciatura esta solicitud; y despues de molestas y prolijas informaciones, se declaró por libre y espontánea su determinacion, apoyada de una invencible constancia que la mantuvo firme hasta conseguir su profesion despues de tres años de noviciado, á que dieron lugar las treguas ocasionadas por el litigio. No se puede ponderar la alegría de esta religiosa cuando se vió desembarazada de tanta oposicion. Hizo la acostumbrada renuncia, y acomodándose á las máximas del Santo Evangelio y doctrina de Jesucristo, se desprendió con generosidad de todos aquellos caudales que segun el mundo la hubieran podido hacer feliz, destinándolos para una fundacion de nuestro Instituto en la villa de Vergara, provincia de Guipúzcoa. Grandes fueron las dificultades para verificarla; pero ella, confiando en Dios, no perdonó diligencias ni desvelos para conciliar los ánimos de sus naturales, que estaban divididos en diferentes pareceres sobre el modo de establecer una obra tan del agrado del Señor; y, como otra Santa Teresa, venció con su paciencia, ya la oposicion de muchas personas de poder que resistian el proyecto como perjudicial, ya las graves dificultades que ocurrieron para conseguir el real permiso. Finalmente, S. M. se dignó despachar su real cédula para que esta Fundadora pasase á la villa de Vergara y llevase á efecto la fundacion, auxiliada del diocesano, en los mismos términos y con las mismas condiciones que habia propuesto á S. M.

En este estado, y cuando ya se hallaba llena de esperanzas de completar sus deseos, dando la última mano á la fundacion de una Casa de nuestro Instituto, tan del agrado de Dios y provecho de las almas, en la instruccion de la tierna juventud, se dignó el Señor trasladarla á mejor vida, sin duda para premiar el celo con que habia procurado su mayor gloria. Esta alma fervorosa, que tan abrasada estaba en el amor de Dios y del prójimo, manifestó durante su vida los efectos de su sólida virtud. Todas miraban en ella su pronta y rendida obediencia, sin que jamás se le notase la más leve repugnancia en abrazar con gusto los muchos empleos que con la mayor edificacion desempeñó en medio de su quebrantada salud.

Fué Maestra de clases, enfermera y dispensera; luégo tre-

ce años Procuradora, y últimamente estaba empleada en el magisterio del Colegio, para lo cual la habia dotado el Señor de especial gracia y aceptacion. Su conformidad, paciencia y resignacion fueron tan admirables, que habiendo estado por largo tiempo enferma, no se la oyó una sola queja. A pesar de estar enriquecida con gran tesoro de virtudes, era tal su humildad, que se creia inútil para todo é incapaz de poder desempeñar las cargas y obligaciones de su proyectada fundacion. Y por esto, entre otras cosas, aseguró su confesor que le habia propuesto si solicitaria dispensa para que alguna otra religiosa más al caso ocupase su lugar; pero nada tuvo que vencer para disuadirla de este pensamiento, nacido únicamente de la gran desconfianza que tenía de sí misma, acreditando en su docilidad la grande abnegacion de juicio con que veia siempre el dictámen y consejos de su director.

La exacta observancia de las Reglas era el blanco de su principal cuidado; no sabía estar un momento ociosa, sin que la aplicacion á sus obligaciones la estorbase en lo más mínimo la presencia del Señor; ésta la excitaba á tan vehemente deseo de comulgar, que puede asegurarse que esta era su más predilecta devocion, ni hubo ejemplo de que dejase ninguna ni de Regla ni de devocion; y así decia á su director que no hallaba medio más poderoso para conseguir la paz de su alma, que este sagrado alimento le hacía concebir el mayor fastidio del mundo, y que ningun gusto sentia en el trato de las criaturas cuando la necesidad ó la obediencia la precisaban á su comunicacion. Así era extraordinario su afecto al retiro y soledad, porque sabía muy bien que allí es donde el Señor habla al corazon. Con este Señor eran sus delicias y con su Madre Santísima, á quien habia escogido para que fuese suya y por su Maestra desde que se dignó recibirla en su amada Compañía. Se esmeraba en la continúa mortificacion, así interior como exterior, con que sujetaba sus pasiones; pero lo que más llama la atencion es aquella vigilancia sobre sí misma con que examinaba su conciencia todas las horas del dia, porque cada vez que daba el reloj hacía un puntual exámen de su interior; y este exactísimo cuidado de ser fiel á su Esposo la conservaba en tanta pureza en sus acciones, palabras y pensamientos, que se manifestaban muy á las claras en ella los efectos de la divina gracia. Estas y otras muchas son en compendio las vir-

tudes que se dejaron conocer en esta religiosa ejemplar, que sin duda la habrán elevado á un premio muy glorioso, ya que ella tanto procuró la gloria de Dios en la tierra.

COMPENDIO

de la vida de la Madre Micaela Veraiz, que falleció el 25 de Abril de 1796.

La memorable Madre Micaela Veraiz gobernó esta comunidad sábia y religiosamente por espacio de veintiun años. Era natural de esta ciudad, descendiente del nobilísimo linaje de los Veraices y Magallones, enlazados con lo más noble y florido de Navarra. Y aunque esto no es un mérito personal, pero unido á sus altas virtudes le dan un realce de mucha estimacion.

De edad de siete años entró á ser educada en este Colegio, y de trece no cumplidos tomó el hábito de Nuestra Señora, venciendo con varonil constancia muchas y grandes dificultades que le presentaron sus interesados, á quienes tiernamente amaba, y de quienes por sus amables prendas era igualmente querida. Desprendióse con ánimo constante del mundo y de todas las delicias que le proporcionaba el esplendor de su nacimiento.

Cuán desasida estaba de carne y sangre lo mostró cuando, habiendo muerto en esta comunidad una hermana suya recién profesada, y queriendo la Superiora dispensarla de que asistiera al entierro, pidió y consiguió, no sólo asistir, sino acompañar el cadáver como acostumbran las novicias, con una hacha en la mano, y con los ojos enjutos, lo que dió un singular ejemplo á toda la comunidad de su constancia de ánimo y de su amor á las prácticas establecidas. Y toda su vida mostró su gran valor y abstraccion, sin inmutarse por cosas adversas que ocurriesen á sus parientes, porque habia muerto ya al mundo, y su vida estaba escondida con Cristo en Dios. De aquí tuvo origen aquel fervoroso espíritu con que esta tierna doncellita emprendió su riguroso y dilatado noviciado; de aquí aquel

ansioso deseo de llegar al feliz día de su profesión, así como el ciervo sediento desea llegar á las fuentes de las aguas. Así nuestra animosa hermana caminaba llena de júbilo á dar la mano de esposa á su amado Dueño, cándido y rubicundo, y escogido entre millares.

Con este vivo holocausto se entregó del todo al servicio de su amado Jesus, deseando hacer de su cuerpo una víctima, con tan extraordinarias maceraciones, que involuntariamente se ocasionó una enfermedad interior que toda la vida la tuvo en prolongado martirio, y se hubiera abreviado mucho si sus prudentes directores no le hubiesen ido á la mano. Pero ya que así no podia satisfacer á sus deseos, echó por otro camino más árduo y meritorio, que consiste en reprimir los vicios y vencer las pasiones. Era de un genio vivo, de un agudo entendimiento, de un natural fogoso; pero de tal manera se reprimió en su interior, que llegó á conseguir, á costa de mucho trabajo, el estar vigilante sobre los primeros movimientos; en tanto grado, que por muchos años no dejó levantar la cabeza á sus pasiones y apetitos. Luégo los sofocaba con tanta prudencia, valor y constancia, que sin temeridad se puede afirmar que en cuanto pudo imitó al glorioso San Francisco de Sales, á quien se propuso por ejemplar en esta religiosa violencia.

Apenas se pueden explicar las virtudes que con esta santa vida consiguió la Madre Micaela. Aquella virtud sin la cual es imposible agradar á Dios ni practicar ninguna otra verdadera, la fé sobrenatural digo, la tuvo en un grado sublime, como lo manifiestan sus hechos. Cuando se ponía en presencia de su Dios sacramentado, cuando oía Misa, cuando visitaba los altares, dos veces cada día, y otras devociones, y aun por muchas horas, siempre perseveraba de rodillas, sin que la violencia de la tos que padecía, la debilidad de su fatigado cuerpo y otras miserias humanas la obligasen á estar sentada, porque su fervor y amor no le daban lugar para otra cosa. Mucho, mucho habria que decir del extremado cuidado y amorosa devocion con que se preparaba á recibir los Santos Sacramentos. Y como de la abundancia del corazón habla la lengua, así la Madre Micaela procuraba fervorizar y aficionar á la santa Comunión á las religiosas y educandas. A las primeras con sus ejemplos y palabras, y á las segundas poniendo

el mayor esmero por sí y por las demás Maestras en que con palabras vivas y eficaces penetrasen lo más íntimo de sus tiernos corazones acerca de este Santísimo Sacramento, y especialmente cuando por primera vez lo recibían. En este lance formaba los dictámenes más sólidos, las más brillantes razones, consiguiendo por este medio maravillosos efectos, como lo atestiguan innumerables hijas espirituales que por todo el mundo se esparcieron, ya en diversas religiones, ya señoras que en el siglo guardaron en sus corazones los saludables y prudentes consejos que de ella habían recibido: de donde nacía el tierno amor que la profesaban y las enfáticas palabras con que la aplaudían y ensalzaban.

De todo cuidaba esta prudente religiosa, pero con especialidad de la mayor gloria de Dios y bien de las almas. Para esto empleaba su agudo entendimiento, que, á la verdad, lo tuvo más que de mujer. A esto añadía casi continua lección de libros espirituales; y como su memoria era feliz y tenía una discreción superior á su sexo, daba dictámenes sólidos y cristianos. Sus palabras eran vivas y eficaces, que penetraban los corazones; su persuasiva tan singular, que dejaba convencidos los entendimientos, y su dulzura sumamente aficionaba las voluntades.

Digamos ahora preventivamente algo de su esperanza en Dios. Esta soberana virtud, que tanto alcanza cuando espera, estuvo en grado elevado en el alma de esta virtuosa religiosa. En tanto tiempo como gobernó y cuidó de su comunidad, ni los malos años, ni lo insuficiente de sus rentas para mantenerla, ni los gastos excesivos, pudieron jamás disminuir su grande esperanza en Dios. Siempre fué alegre, magnánima y dadivosa para todos. Si sus hijas temían los trabajos de una guerra que amenazaba, las exhortaba á esperar en aquel Señor que viste los lirios de hermosura, los campos de flores, las aves de plumas, y á todos alimenta en el tiempo oportuno. No reparaba en gastos cuando eran necesarios para alivio de sus hijas: tenía provisto el convento de todo lo necesario, y áun socorria á los pobres con largueza, dando de comer á personas vergonzantes.

Con esta esperanza crecía en ella cada día la caridad y amor de Dios, único móvil de todas sus acciones virtuosas. Desde su tierna edad contemplaba, á imitación de su devota

Santa Teresa de Jesus, el beneficio tan singular que Dios la habia hecho en elegirla por esposa suya. Traia á la memoria con frecuencia, no sólo los beneficios comunes, sino especialmente los que ella tan abundantes habia recibido; y esta consideracion causaba tal sensacion en su grande alma, que abrasada de un amor ardiente, se movió á hacer aquel árduo y difícil voto que ántes hicieron las Teresas y los Avelinos, de obrar siempre lo que reconociese ser de mayor gloria de Dios, y no cometer pecado venial con perfecto conocimiento. Dos veces al año pedia licencia para renovarlo, cuando por Regla se renuevan los otros votos de la religion. Con esta obligacion componia todos sus pensamientos, palabras y obras, y aquella casi no interrumpida presencia de Dios, que la llevaba siempre á lo más perfecto, y á buscar en todo, como un San Ignacio, la mayor gloria de Dios.

Nada se notaba en su exterior, que de suyo era afable y político; á todo género de personas trataba con la correspondiente distincion: con Arzobispos, Obispos, duques, condes y marqueses, segun su carácter; con los de mediana esfera y con los pobres, con la caridad amable que la hacía toda para todos. Y como nacia todo de su corazon herido del divino amor, arrebatava con un poderoso dominio las voluntades de todos. Unos admiraban su natural elocuencia, su religiosidad nada afectada: otros hallaban en su amabilidad el lenitivo de sus penas y el respiro de su corazon. Su caridad amaba á los buenos y á los malos; á éstos para que fuesen buenos, y á aquéllos para que fuesen mejores. Las vivas y eficaces reprehensiones que á veces daba á los del siglo se dirigian únicamente al bien de sus almas. Las caritativas amonestaciones que siendo Maestra daba á las educandas, y siendo Prelada á las religiosas, todas se ordenaban á que de buenas se hicieran mejores, y de santas más santas. Nadie podia decir, ni religioso ni seglar, que le hubiese oido jamás palabra de resentimiento contra aquéllos que la hubiesen injuriado, ni murmurar de los que en algun tiempo la habian sido contrarios. Pero donde más resplandeció su abrasada caridad fué con las religiosas enfermas. Con ellas se enfermaba, á imitacion del Apóstol; llena de afabilidad y ternura, las animaba á la paciencia, y por todos los medios posibles procuraba su remedio; y siendo para sí estrecha, era para las demás muy generosa.

Así podríamos ir discurriendo por todas sus virtudes. Sobre su humildad se puede decir que era humiladísimas; aquella sumision, respeto y reverencia que desde novicia tuvo á sus Preladas, la llevó adelante toda su vida. Despues de diez y ocho años contínuos de haber sido Superiora de la Casa, cuando se vió súbdita por tres años, dió prueba eficaz de su humildad profunda. Era tanto su respeto, que si alguna Superiora entraba en su aposento, se ponía en pié como si fuera una joven-cita, sin sentarse hasta que, importunada, lo hacía con edificacion. Al dictámen de su confesor se sometía con tanto rendimiento, que no obstante tener una noticia nada vulgar de asuntos graves, nada replicaba, á no ser alguna vez, y con palabras tan humildes, que lo dejaba edificado. Pues regularmente se tenía, áun en lo mismo que sabía, por una monja de cortísimos alcances, siendo, como hemos dicho, de un talento superior.

La paciencia fué tambien una de las piedras preciosas que adornaron el alma de esta Madre. Aunque no le faltaron disgustos, jamás alteraron su paciencia: nunca se quejó de ellos, ni se dió por sentida. En los trabajos, así espirituales como temporales, que nunca faltan, disponiéndolo el Señor para nuestro bien, se mostró siempre con tanta conformidad en la divina voluntad, que con dificultad se puede explicar. Aquel sufrimiento que tuvo siempre en sus prolijas y peligrosas enfermedades, aquella alegría exterior que se le notaba en ciertas ocasiones, dan señal de su invencible paciencia.

Fué en su juventud la Madre Micaela divertida, de un carácter festivo, y aguda en sus dichos. Una sola reprehension acerca de esto causó en ella tal sensacion, que desde aquel momento se la observó una prodigiosa mudanza, que obligaba á todas las religiosas á exclamar y decirse admiradas unas á otras: «¿Notan, hermanas, la total trasformacion de la hermana Micaela?» Todo cuanto desde entónces se vió en esta prudente vírgen era compostura, retiro, silencio; todo sufrimiento, humildad, paciencia: indicios claros que habia de ser una monja muy sólida y perfecta.

Su obediencia fué tan ciega, que las menores insinuaciones fueron siempre para ella como preceptos. Nunca replicó; jamás contradijo, y aunque conociese que otra cosa sería más acertada, callaba, ó si la representaba era con la mayor indife-

rencia y sumision. Habia leído con cuidado y con acierto las opiniones más ciertas y seguras; siempre se sometia al dictámen de su Padre espiritual con rendida obediencia; y si el Padre le decia por qué preguntaba lo que ya sabía, respondia: «Yo puedo errar, porque soy mujer, y siguiendo al que está en lugar de Dios, sé que voy muy segura.»

Su pobreza fué para todas de suma edificacion y ejemplo, como imitadora de su amado San Francisco de Asís, á quien tenía singular devocion, heredada con la leche, por haberse hospedado este Santo en su nobilísima casa cuando fundó su convento en esta ciudad.

Todo el mundo tentaba á esta religiosa con contínuos ofrecimientos de todo regalo; pero jamás aceptaba cosa sino muy importunada, y entónces era para socorrer á personas necesitadas; y sus ropas y demás alhajas eran siempre de lo más pobre y despreciado.

De su pureza angélica hay un sólido argumento. De siete años entró en la Casa de la Virgen Santísima, en donde se crió sin saber los peligros, flaquezas y miserias en que se vive en ese mundo engañoso: bien lo dió á entender su compostura, modestia y recato, en que fué extremada toda su vida: los ojos tenía tan cerrados, que rarísima vez los levantaba al semblante de algun hombre, por pedirlo la urbanidad, y eso muy pasajeramente, indicios claros de la pureza y hermosura de su alma.

En fin, si hubiéramos de ponderar todas sus virtudes, sería necesario un volúmen que no es ahora de nuestro intento. Y como todas se suman en la observancia de sus santas Reglas, era un dechado perfecto de su cumplimiento. Por más mínima que fuese la cosa, era para ella de mucha ponderacion: de modo que viendo sus queridas Hijas su religiosa exactitud, era para ellas una tácita reprension y un poderoso estímulo que las movia y animaba á la observancia. Tan amante del silencio, que áun siendo Prelada, teniendo que hablar, lo hacía con voz baja y poquísimas palabras. Y así en su presencia todas se componian, porque tenía un no sé qué la Madre Micaela que á todas obligaba á cierta compostura y moderacion en obras y palabras, á que no se podian resistir. Diremos de una vez que guardó con tanto teson todo cuanto habia profesado, que con verdad la podíamos llamar la irre-

previsible y asegurar que todas sus obras fueron con pureza de corazón y limpieza de conciencia y sólo con el único fin de agradar á su Dios y Señor en todas ellas. Nada hemos dicho hasta ahora de la devoción tiernísima que tenía á aquella Madre de misericordia que es nuestra dulzura, nuestra esperanza. Como verdadera hija suya se acogía cada día, y áun muchas veces al día bajo de su poderoso manto. A esta Madre amantísima saludaba con frecuencia y devoción: en Ella tenía puesta toda su confianza en este miserable destierro. Fué también devotísima del Patriarca San José, de San Francisco, San Ignacio, Santa Teresa y otros muchos Santos, procurando imitar de cada uno aquellas virtudes más propias para el desempeño de sus obligaciones.

Con esta aplicación á toda perfección vivió en la religión cincuenta y tres años, y en ellos ejerció los empleos de tornera, sacristana, Maestra de educandas, Subpriora, Consultora y Priora, por el tiempo de veintiun años, al fin de los cuales dió su preciosa vida á su Criador.

Murió la columna de la regular observancia, el ejemplar de las hijas de María Santísima. Murió la que era amada de Dios y de los hombres. Murió la insigne religiosa de la Enseñanza de Tudela, la que en todos tiempos procuró el mayor bien espiritual y temporal de la casa de María Santísima, y la que con singular ejemplo lá ennobleció por toda nuestra Península y aún llegó su buena fama hasta las Indias. Murió en fin, la Madre Micaela Veraiz. *Requiescat in pace.*

ELOGIO

de la Madre Manuela del Trel, que murió el 25 de Abril de 1799.

La Madre Manuela vistió nuestro santo hábito á la edad de quince años, con gran consuelo de sus virtuosos padres, que la amaban tiernamente. Desde luego se advirtió en ella grande amor al retiro, junto con la observancia puntual á todos los deberes de la religión, que mantuvo toda su vida. La confiaron

los oficios de Maestra de clases, de colegialas, y por doce años de novicias, de sacristana, portera, Subpriora y Consultora. En todos ellos sostuvo con el mayor tesón la observancia religiosa, pero con especialidad en el de Maestra de novicias, no cesando de trabajar para imprimir en éstas un total desprendimiento y menosprecio del mundo, y al mismo tiempo el amor y celo del Instituto: lo que persuadía con suma eficacia, no ménos con sus exhortaciones que con sus ejemplos, rayando un poco su santo celo en riguroso y de pocas treguas, aunque con purísima intencion. Cuando al fin de su vida era Prefecta de las clases, manifestaba los más vivos deseos de los adelantos de las niñas, no dejaba pasar ocasion de hacer que se arraigase en ellas el santo temor de Dios. Este celo, observancia y abstraccion de las criaturas la acompañaron toda su vida hasta los setenta y cuatro años, sirviendo de ejemplo y estímulo su puntualidad, sin permitirse alivio ni descanso en edad tan avanzada.

Acometida de la última enfermedad, la llevó con gran paciencia y ánimo sereno: al tercer día, por haberse agravado, se le administraron los Santos Sacramentos, que recibió con demostraciones del mayor fervor. Espiró tranquilamente el día del Patrocinio de San José, de quien era devotísima, y le había caído en suerte el mes anterior.

ELOGIO

de la Madre Margarita Mateo, que murió el 23 de Enero de 1800.

La Madre Margarita, con su arreglada vida y perfecta observancia, á los cincuenta y siete años de su edad, dejó gratos recuerdos, dignos de la mayor veneracion. La mano del Señor se dignó conducir á Margarita á nuestra Compañía, mediante el fruto de una cristiana educacion con que fué prevenida, y que acreditó desde luégo, con admiracion de la maestra que la cuidaba. En el tiempo de la probacion hizo grandes progresos en el camino de la virtud; dióse á la oracion y á otros ejercicios

santos, y á la lectura de libros piadosos, que la ilustraron en las doctrinas que despues habia de enseñar. Su natural vivo y comprensivo la hizo Maestra siendo aún novicia. Ya profesas, redobló los esfuerzos de su aplicacion á todo género de virtudes: fué sobresaliente en labores de manos, de tal modo, que en distintas ocasiones se la eligió y reeligió para Maestra del Colegio, ocupando por el espacio de tres años este destino tan delicado. Así en éste como en el de sacristana y tornera, acreditó ser su virtud favorita una humildad profunda. Tambien su caridad religiosa era su bien marcada divisa, á la que unía pobreza y obediencia en muy alto grado. Superior por su espíritu á todo lo terreno, sacaba grandísimo fruto de los desprecios que el mundo le ofreció.

Voluntariamente sufría escasez por experimentar los efectos de la santa pobreza, y á veces privándose de lo más necesario. Su tierna y piadosa caridad con las enfermas era lo más fervoroso; no es posible explicar la alegría y la dulzura con que ejercitaba todo cuanto podia conducir al alivio de sus hermanas; jamás halló lugar en ella el fastidio, el asco, ni el horror, pues habia aprendido en sus propias enfermedades el modo de socorrer las ajenas. Tres tuvo en que fué preciso administrarle el Santo Viático, y éstas la enseñaron á ejercitarse con esmero, aún cuando no la tocaba ni estaba á su cargo, en esta tan acendrada caridad. Así vivió la Madre Margarita hasta que la asaltó la última, que la tuvo dos meses padeciendo repetidos vómitos negros y de sangre, con una igualdad de ánimo nada comun. En las tres veces que se le administraron los Santos Sacramentos se le leyó la recomendacion del alma, en los violentos accesos que padeció. En fin, en dicho dia 23 de Enero falleció, despues de una penosa agonía de veinte horas. Esperamos que el Señor, que es tan generoso en premiar nuestras buenas obras, habrá recogido su alma con amor.

ELOGIO

**de la hermana Babila Ustarraz, que murió el 20 de
Noviembre de 1802.**

Nació la hermana Babila en la villa de Lumbier, en Navarra, de padres labradores muy piadosos; y pareciéndole imposible que pudiesen desprenderse de ella para siempre, quiso ensayarlos á vivir solos, y se fué á Pamplona, con su aprobacion, á servir á una casa; desde allí solicitó su licencia para consagrarse á Dios en la religion, y la consiguió. Tomó el hábito de nuestra Orden á los veintidos años de su edad para coadjutora. Fueron muy grandes sus virtudes, particularmente su puntual y rendida obediencia á nuestras santas Reglas y á las menores insinuaciones de las Superiores, queriendo que todas sus acciones fuesen niveladas por ella. Con tan religioso comportamiento mereció que pusiesen los ojos en ella para una grande empresa. Cuando ya se trataban de marchar las Madres Fundadoras á Santiago de Galicia, se hallaba un dia esta hermana en la cocina ocupada en fregar los platos con mucha devocion, y solia decir: «Por cada plato, pidamos á Dios tantas almas del Purgatorio.» Estando, pues, en esto, le viene un recado de la Madre Priora: «Hermana Babila, que suba á la sala de recreacion, que la van á enviar á la fundacion.» Al punto se lavó las manos sin ninguna réplica de sorpresa; subió, y no hallaron en ella sino pronta sumision para emprender gustosa aquel penoso y molesto viaje, sin poner la mira en otra cosa que en tener más motivos y ocasiones de trabajar, y dió de ello ciertas pruebas en los años que allí estuvo, como lo manifestaron las Madres Fundadoras.

Despues de algunos años, por acompañar á una de las Madres que debia volver, se restituyó tambien ella á su antigua Casa de Tudela, prosiguiendo de nuevo sus ejercicios de observancia y humildad, deseando servir á todas y rehusando los alivios que por su avanzada edad se le procuraban. Y así la destinaron á cuidar de algunas ancianas ó enfermas, miéntras

lo permitieron sus fuerzas, lo que hacía con la mayor afabilidad y gracia. Un caso le sucedió gracioso, pero de mucha mortificación. Despertándose una noche, y creyendo que era hora de levantar, llamó á la Madre en cuyo aposento dormía, y la ayudó á vestir, diciéndola: «Vamos, Madre, á comulgar...» Bajaron al coro, y despues de un rato que estaban preparándose, dieron las doce de la noche, y le dijo: «Madre, las doce son; subamos á nuestro aposento.» Y se acostaron, pero con muchos aumentos de gracia por sus fervorosas disposiciones.

Visitaba á menudo al Santísimo Sacramento con amorosos afectos y repetidas jaculatorias, con que desahogaba sus fervorosas ánsias de ir á unirse con su divina Majestad. Oyendo el Señor sus tiernos suspiros, le dió una indisposicion el dia de nuestro Patron San Rafael, á la que no se rindió por asistir todo el dia ante el Señor manifiesto, saciando su alma enamorada con la presencia de su Amado, hasta que se hizo la reserva. Luégo que se vió en cama, pidió la administrasen los Santos Sacramentos, pareciéndola que se le retardaban; concediéronselos á su tiempo, y aumentándosele los deseos de la gloria, por fin llegó el plazo, víspera de la Presentacion de Nuestra Señora, de quien era hija muy amante, el año 1802, á los ochenta de su edad.

ELOGIO

**de la Madre Rosa Irazoqui, que murió el dia 4 de
Diciembre de 1803.**

El Señor se sirvió llevar para sí á los veintiseis años de edad y once de religion á la Madre Rosa Irazoqui. Dióle un accidente de alferecía, complicado con apoplejía, con vehementes convulsiones; pero aprovechando los momentos favorables que permitia esta clase de enfermedad, se confesó á toda satisfaccion de su confesor, lo que consoló mucho á las religiosas, mas no se pudo hallar oportunidad para darle el Santo Viático, y así sólo pudo recibir la Extremauncion, aun-

que se le observaba que en medio de su delirio daba señales de que entendia y advertia los favores que recibia del Señor hasta su dichosa muerte.

Nacida en la ciudad de Tarazona, se crió desde su niñez en nuestro Colegio, y á los quince años pasó al noviciado. Era señora de bellísimo ingenio y de índole amable, pareciendo la habia formado el divino Artífice para desempeñar exactamente los fines y cargos de nuestro Instituto, con especialidad en la enseñanza de las niñas, á la que tenía particular inclinacion. En lo demás era toda para todas. Y lo que le era más doloroso en los muchos males sufridos desde que profesó, era el no poder ocuparse en los oficios de enfermera, ropera, y Maestra de clases externas que le habian señalado. Tenía muy delicada conciencia, especialmente en los puntos de caridad y union fraternal, y se la vió bastantes veces humillarse á pedir perdon, no sólo á las Superiores sino á las demás religiosas, si tal vez dejándose llevar de la viveza de genio y mal temple que la ocasionaban sus indisposiciones, prorumpia en alguna expresion de sentimiento ménos conforme á la edificacion. Y pareciéndole cortas estas diligencias, suplicó encarecidamente á una de sus compañeras le advirtiese siempre que le notase alguna falta; y viendo que no le daba este consuelo, volvió á instarle de nuevo muchas veces. Profesaba tierna devocion al misterio de la Santísima Trinidad; al Corazon de Jesus obsequiaba haciéndole su novena cada mes. Esto mismo practicaba en las festividades de nuestra Santísima Madre, gloriándose mucho de ser su hija, y á otros muchos Santos acudia con frecuencia, pero más á San José, San Rafael, San Luis Gonzaga y Santa Lutgarda; y á imitacion de esta Santa, tenía la obligacion de ofrecer novenas de comuniones en reverencia de los nueve meses que el Señor estuvo en las purísimas entrañas de María Santísima, y para ello se unia con alguna otra; y á la sazón de enfermar la tenía empezada para conseguir la perseverancia en los buenos propósitos formados en los santos ejercicios que fervorosamente acababa de hacer con la comunidad, en los que para mayor paz y sosiego de su conciencia sujetó á una confesion general toda su inocente vida. Y si ántes edificaba por la alegría con que llevaba sus males; despues de esto era su conformidad mucho mayor á pesar de que aquéllos se aumentaban porque el Señor la queria purificar más y más, para

introducirla cuanto ántes en su celestial tálamo como se verificó el 4 de Diciembre de 1803.

ELOGIO

**de la Madre Joaquina Ramirez, que murió el día 24
de Setiembre de 1803.**

Pasados veinte dias, en el mismo mes y año, falleció la Madre Joaquina Ramirez de Arellano, natural de Puente la Reina, de una de las más distinguidas familias de Navarra. Habiendo estado cinco años en nuestro Colegio, cuando Jesucristo la llamó para esposa, y á Este prefirió, dejando muy ventajosos partidos que el mundo le ofrecia, tomó la librea de Nuestra Señora á los veintiseis años de su edad, aunque persuadida de que le habia de costar muchas violencias y sacrificios la vida religiosa, segun el conocimiento que tenía de su genio caviloso y aprensivo. Mas á todo se prestó gustosa y alegremente, y siguió con el mayor teson la observancia regular. En todos los destinos en que la puso la obediencia se portó con grande esmero y actividad, no perdonando trabajo alguno por hacer á perfeccion las cosas de su cargo. Era muy amante del retiro, excusando cuanto podia visitas y correspondencias inútiles, para vacar más libremente á su interior, y dedicarse más al amor de Jesucristo, especialmente en el Santísimo Sacramento; devotísima del santo sacrificio de la Misa, oyendo cuantas podia, aunque fuese á costa de sus comodidades; el sacratísimo Corazon de Jesus y el de su preciosísima Madre eran el imán de su alma. Con estas disposiciones se hallaba á los cuarenta y cuatro años de su edad, y siendo la más sana y robusta de la Casa, desapareció en doce dias de enfermedad. No se conoció á los principios la malicia del mal, por presentarse con alguna lentitud; tanto, que al tercer dia, siendo miércoles de témporas, observó los preceptos de la Iglesia en la cama, fiada en su mucha robustez, aunque el médico la habia dispensado. Pero luégo, siguiendo su curso la enfermedad, ella misma

pidió se le administrasen los Santos Sacramentos, que recibió con grande consuelo y entero conocimiento, asegurando que gozaba de una tranquilidad de espíritu que no había experimentado en mucho tiempo. Pero no cediendo á los más eficaces esfuerzos de la medicina, el 24 de Diciembre pasó á celebrar la Pascua del santo Nacimiento en más alegre mansion.

ELOGIO

de la Madre Ramona Lardizábal, que murió el dia 14 de Setiembre de 1808.

El Señor visitó del modo más sensible á esta comunidad, con la dolorosa separacion de nuestra amadísima hermana la Madre Ramona Lardizábal, que falleció el 14 de Setiembre de 1808. Era natural de la provincia de Guipúzcoa, de un lugarcito llamado Villabona, de familia distinguida, como lo acredita los elevados empleos que habían desempeñado y ocupado sus deudos é interesados. Perdió á sus padres siendo muy niña, y quedando tres hijas huérfanas, las trajeron para educarse en esta Casa; todas tres se dedicaron á Dios en diferentes conventos, siendo la menor nuestra Madre Ramona, que fué un ejemplar y modelo de observancia y demás virtudes, sin poder decir en cuáles se esmeró más, porque en todas dejó grandes ejemplos.

Siendo así que el fin principal de abrazar nuestro Instituto fué por la particular inclinacion de emplearse en cooperar á la salvacion de los prójimos; no obstante, poco tiempo la empleó la obediencia en la enseñanza. Mas esto lo resarcia en cuantas ocasiones se le proporcionaban, así con los de fuera para instruirlos y beneficiarlos en lo posible continuamente, como con las de Casa, pues era el recurso comun en todo género de necesidades, acudiendo cada una con la segura confianza de encontrar la mejor acogida como de caritativa hermana y piadosa Madre. Así lo verificaba en especial con las enfermas, pues su oficiosidad la hacía médico y cirujano, abatiéndose á los ministerios más repugnantes, como lo acreditaba la conti-

nua experiencia; de esto se deja entender en qué grado poseia el amor de Dios; y sólo se puede indicar algo del fervor que se le observaba en todos sus ejercicios espirituales por la intension y aplicacion con que se entregaba á ellos. Su exacta puntualidad, el deseo de que todas se esmerasen en ellos, nos dan muestras inequívocas de su particular cuidado. Mas ¿qué diré del ánsia y nimiedad, si así se puede llamar, con que se preparaba para recibir los Santos Sacramentos, y con especialidad el de la Penitencia? El hambre y deseo del Pan eucarístico era tal, que, á no ser notada, hubiera recibido cada dia, y era grande el fervor con que se acercaba siempre que le era concedido, recibiendo particular aliento para seguir el tenor de vida que observaba.

La obediencia y rendimiento de juicio á las menores insinuaciones de las Superiores, que la hicieron abrazar con igualdad de ánimo los empleos de enfermera, ropera, Maestra de clases, dispensera, procuradora por quince años, Consultora y Superiora: todos los desempeñó á satisfaccion de todas, siendo el descanso de las Superiores, que por conocer la aptitud, religiosidad y talento que tenía, hacian entera confianza de ella. La viveza de su fervor con que estimulaba á todas á la puntual observancia de las más menudas reglas y disposiciones de la obediencia, servía para humillarla, atribuyéndolo, no al buen deseo que la animaba, sino á la viveza natural de su genio, con el cual hasta creía ser molesta á sus hermanas. Por todo lo cual fué más dolorosa su pérdida, que sobrevino á los cincuenta años de su edad, cuando daba esperanzas de sostener por mucho tiempo este edificio, habiendo gozado de su compañía treinta y un años.

En la santa pobreza dejó grandes ejemplos, siendo muy cuidadosa de las cosas de su uso y de su cargo. Fué exactísima en pedir las licencias; quitábase algunos alivios en beneficio de sus hermanas, que admiraban en sus palabras y obras la pureza de su alma.

En las várias escenas acaecidas en la guerra del año 1808, esta religiosa manifestó su valor con un oficial ó soldado francés, que en un dia de saqueo y consternacion para todo el pueblo, se empeñó en que le dejasen entrar al jardin del convento. La cólera y el furor se veían retratados en su cara, sus ojos centelleando, su lengua expresando su rábida, porque

no se le entendia el idioma, aunque hartó se daba á conocer por el ardor de su semblante, capaz de aterrar al espíritu más valiente. A este campo de batalla salió particularmente nuestra Madre Lardizábal á la reja, pretendiendo amansar aquella fiera con la dulzura y la eficacia de las palabras que le dictaba su amoroso pecho. Entre tanto que peleaban la mansedumbre con la ira, y la prudencia con el despecho, se llegaban algunas de sus hermanas más pusilánimes, y desde la puerta le ofrecian una porcion de dinero que estaba destinado para Misas; efecto de su turbacion, creyendo inocentemente que satisfaciendo con él su codicia, se habia de ir contento, dejándolas en paz: mas la discreta Madre Lardizábal, con repetidas señas les decia que apartasen de allí aquel incentivo, que, léjos de ahuyentarlo, habia de hacer más molesta su porfía; y prosiguiendo en defender su clausura, desengañando á aquel hombre de que no era posible darle el gusto de permitirle la entrada, se enfureció hasta tal extremo, que llegó á apuntarla con el fusil. Mas ni por esas hizo la Madre Ramona algun ademan precipitado. ¡Tan habituada estaba á las reglas de la modestia! Retiróse prudente, y el miserable hubo de desamparar el campo, vencido de la constancia de una mujer. Por mucho que se esfuerce un corazon magnánimo á sufrir los duros golpes de la adversidad, no siempre igualan las fuerzas de la naturaleza á los animosos alientos de la gracia; y así, á esta religiosa, cuyo corazon oprimido no habia dado señas de su natural flaqueza durante la referida escena, le fué forzoso despues prorumpir en un copioso llanto, aunque no bastante para un entero desahogo, el cual no consiguió en esta vida.

En esta época de Junio, temiendo los desacatos que los enemigos podian cometer contra Su Divina Majestad, si llegasen á entrar en la iglesia, se habia trasladado el Santísimo Sacramento, con licencia del Sr. Obispo, á una capilla interior, en donde se celebraba el Santo Sacrificio, se comulgaba, y habia continúa asistencia, ya de unas, ya de otras religiosas.

Poseida la Madre Lardizábal de tristes sentimientos y temores de un fatal porvenir, subió un dia á esta capilla á buscar su amparo y el alivio de sus penas en su dulce Jesus; más bien diremos que iba á apurar el cáliz hasta su última

gota, haciendo el más generoso sacrificio, que es el de dar la vida por sus prójimos. Allí, postrada ante sus aras, y derramando en su presencia su corazón atribulado, estuvo implorando la misericordia de Dios sobre este reino; y consumida por el celo de la Casa de Dios, acabó diciendo: «Señor, si os contentais con mi vida, aquí la teneis: yo os la ofrezco gustosa, con tal que se aplaque vuestra justicia, y os deis ya por satisfecho para levantar vuestra mano de estos castigos.» Una heroicidad de esta clase, ¿cómo no habia de ser agradable á los ojos del Señor? ¿Cómo no la habia de aceptar aquel Dios de bondad, que se complace en los sacrificios que salen de un corazón sincero? En efecto: aceptó el de esta alma generosa, y sólo tardó tres meses á llamarla á su eterno descanso, con una muerte correspondiente á su virtuosa vida, perdiendo esta comunidad una hermosa columna, que podia sostener este espiritual edificio con su observancia regular.

En la ultima temporada de su vida eran continuos sus ejercicios de piedad, y fervorosas sus oraciones, como que era el último plazo que se le concedia para negociar con Dios. En esta disposicion enfermó, y conociendo la llamaba su divino Esposo, ántes de declararse el peligro, se confesó para morir. Todo el tiempo que duró enferma fué una continuacion de actos de conformidad, sumision, paciencia, contricion y amor de Dios. Conservó hasta el último suspiro el más perfecto conocimiento, repitiendo con el sacerdote cuantas oraciones y afectos correspondian al recibir los Santos Sacramentos, é implorando el auxilio de la Santísima Trinidad, del Sagrado Corazón de Jesus, de nuestra Madre Santísima, del Patriarca Señor San José y San Agustin, á quienes habia obligado con anticipados cultos.

Fué muy llorada su muerte, á proporcion de la falta que habia de hacer para el consuelo de sus hermanas; pues al tiempo de entregar el cuerpo á la tierra, se oyó en el panteon un llanto tan general de todas las religiosas, que los mismos sacerdotes que hacian los Oficios tuvieron que ocuparse en acallar y consolarlas, formando de aquí gran concepto de la difunta.

En seguida de la Madre Lardizábal murieron otras cinco Madres, que se iban sucediendo en el empleo de Superiores, todas muy ejemplares; pero con la agitacion de aquella época no se cuidó de perpetuar la noticia de sus virtudes.

ELOGIO.

**de la Madre Bruna Victoria, que murió el 12 de
Enero de 1819.**

La Madre Bruna Victoria fué natural de la villa de Ablitas, hija de padres muy cristianos y piadosos, que, no contentos con la buena educacion que daban á sus hijas, confiaron tres á nuestro Colegio para que fuesen instruidas aún más religiosamente. Una de éstas fué nuestra Bruna, que tuvo suave y apacible condicion, y muy dispuesta para imprimir en su alma la virtud. Dos años vivió en nuestra Casa como educanda, y sintiéndose llamada para la religion, disimuló por entónces sus pensamientos hasta que, estando en casa de sus virtuosos padres, se declaró con ellos para obtener su consentimiento, que le concedieron con gran dificultad; y así se alistó en la Compañía de María Santísima á los diez y seis años cumplidos. Comenzó su noviciado con mucho fervor, siendo grande su observancia en cosas bien menudas, atenta y afable con todas sus compañeras, desconfiada de sí, sumamente rendida y obediente á sus Superiores, lo que conservó siempre hasta la muerte. Era jóven en edad, pero sólida en la virtud, sin afectacion, sin ceremonias, acompañada de aquellas bellas cualidades que hacen á los justos agradables á Dios y á los hombres, pero ocultas á sus ojos por su humildad, la que hacía que se tuviese por inútil para todo, siendo así que la veíamos apta para cualquier ministerio en que la obediencia hubiese querido emplearla. Y aunque era de familia ilustre y distinguida, estaba tan desasida de todo lo que es mundo y su gloria, que jamás se la oyó hacer alarde de esto, pues sólo apreciaba ser esposa de Jesucristo y una de las hijas de María. Tan léjos de desear subir en los cargos de la religion, aunque en la Casa de Dios ninguno es vil, hacía estudio particular para ocultar sus talentos, á fin de no ser puesta con el tiempo en alguno de consideracion, y se quejaba del poco aprovechamiento que en sí veía. Sobre tan firmes merecimientos de humildad, presto levantó el edifi-

cio de su propia perfeccion, haciéndose toda para todas desde la primera hasta la última de Casa, que en esto no hallaba distincion su cariñosa officiosidad; desvivíase por ayudar y aliviar á todas sus hermanas, á costa de sus comodidades y áun de su salud, pues habia ocasion en que sólo la sorpresa ó aprension de necesidades ajenas la hacía dejar el reposo de la cama sin poder hallar en ella descanso cuando se le figuraba que otras sufrían, y solia ir á deshora á recorrer las puertas de los cuartos en que vivían las enfermas, escuchando atentamente por si acaso se quejaban ó les ocurría algo. Jamás se acercaba ninguna á pedirle un favor que no la hallase pronta y dispuesta para acudir á todas con su persona y cosas de su uso. Y no sólo sus hermanas, sino tambien los necesitados de fuera, pueden dar testimonio de su caridad y de la ternura de sus entrañas para compadecerse de los males ajenos más que de los propios. Era sumamente callada, disimulaba las faltas ajenas, y cuando acaecia tener algun disgusto con su prójimo, de los que nadie está libre en este mundo, sabía muy bien sepultarlo en un profundo silencio y olvido, no porque fuese flemática ó insensible, sino por la máxima, tan asentada en su corazon, de no dar molestia ni mortificar á nadie.

En la obediencia siempre se le notó desde el principio de su noviciado sumo rendimiento y sumision á las órdenes de cualquier Superiora, dejándose en sus manos propiamente como un baston de hombre viejo, señalándose en el respèto y veneracion de todas las mayores y Madres antiguas, por lo que fué siempre querida y estimada de todas las Superiores.

Pero cuando se empezaba á descubrir en ella un sujeto idóneo para el Instituto, el Señor, que ve con su alta sabiduría lo que más conviene, comenzó á frustrar estas esperanzas en sus hermanas, y á probarlas con la falta de salud. Un reuma pertinente se apoderó de ella por más de un año, el que sufrió y llevó con paciencia, disimulando cuanto podia su padecer, áun al facultativo y Superiora, por seguir en todo lo posible la observancia regular, y sólo la obediencia podia conseguir que mirase algo por su salud. Al fin hubo de rendirse á la cama, en donde por espacio de dos meses dió muestras de su mucha paciencia, sin manifestar ni una sola vez mal semblante, ni dar una queja en todo este tiempo, como testificaron las que la habian asistido de continuo. Recibió el Santo Viático,

repitió sus confesiones y comuniones hasta el día 11 de Enero, en que se le advirtió gran novedad, pues padeció mucho todo aquel día, en el cual se confesó de nuevo; y sin embargo de que toda su vida habia sido combatida de grandes temores y miedo de la muerte, cuando se acercó á ella parece la estaba esperando, como se dice de los Santos, con los brazos abiertos, con tanto sosiego, que, preguntada por su confesor, un poco ántes de espirar, si alguna cosa le daba pena, respondió con serenidad que nada, siendo así que era de conciencia tan timorata, que cosillas muy menudas le solian dar cuidado. Confesó por última vez sus faltas, recibió la Extremauncion, y leida la recomendacion del alma, dió su espíritu al Señor, con grande quietud, á los veintinueve años de su edad y trece de religion. Su muerte acaeció el 12 de Enero de 1819, y fué adornada de todas aquellas virtudes que habia ido juntando con el exacto desempeño de los oficios en que se la ocupó. Fué admirada por el celo, prudencia y compasion con las niñas de las escuelas, por el espíritu de condescendencia y buen modo en los oficios de dispensera; por el agrado y desvelo con las enfermas, el aseo en la ropería, y, en fin, por tantas obras que, como gotas de precioso aceite, conservaron bien provista su lámpara para salir al encuentro del celestial Esposo y celebrar las bodas eternas ante la Santísima Trinidad, de cuyo adorable misterio fué particularmente devota, y de María Santísima, su Purísima Madre.

ELOGIO

de la Madre Manuela Gomez, que murió el 18 de Febrero de 1819.

La Madre Manuela Gomez falleció el 18 de Febrero del expresado año, á los cincuenta y ocho de su edad y cuarenta y dos de religion, recibidos todos los Santos Sacramentos y demás socorros espirituales. Padeció una larga indisposicion, que la fué consumiendo lentamente sin calentura, aunque con grande debilidad de cabeza, con que la iba el Señor

purificando para colocarla en las moradas eternas y premiar sus virtudes. Fué singularmente señalada en la observancia de las Reglas, vigilante en hacerlas guardar en el tiempo que fué Prelada, Subpriora y Maestra de novicias; habiendo seguido toda su vida con gran teson una vida comun, sin buscar alivios ni dispensas, á las cuales nunca se mostró inclinada.

Amó la santa pobreza, que resplandecía en todas sus cosas y en el trato de su persona; se privaba de todo regalo, pues teniendo alguna cosa de su gusto, luégo la daba á sus hermanas, diciendo «que era lástima emplearla para sí;» amó tambien la obediencia, tanto que, áun despues de haber sido Priora, dependia en todo de su sucesora. Y si alguna vez faltaba en alguna cosa, aunque fuese muy ligeramente, no se desdeñaba en hacer los actos más humillantes, como si fuera la última de Casa. Aunque su genio era dulce y sosegado, no le faltaron ocasiones bien mortificativas en que sufrir ciertas impertinencias y contrariedades de sus mismas contemporáneas, propias de la miseria humana.

Tenía muy impreso en su alma que la obediencia es el distintivo de las hijas de María; y así, jamás mostró repugnancia á ningun oficio que le señalasen las Superiores, habiendo ocupado casi todos los que tiene la religion: su celo por el bien de las almas se echó bien de ver durante los muchos años que se empleó en la enseñanza, en las clases, en el Colegio, y por dos veces en el cargo de Maestra de novicias, en el que acabó dichosamente su carrera. Y sin embargo de haberse ocupado en ministerios que con precision tenía que tratar con los del siglo, se le observó siempre mucho espíritu de recogimiento y separacion de todo lo que pudiese infundírsele, conduciéndose con mucha gravedad y circunspeccion, sin quererse mezclar nunca en los negocios y tratos seglares; por lo que, acabados sus oficios, quedó tan libre de amistades como si nunca hubiese tenido motivo para ellas. Nunca fué dominada de respetos humanos con los de fuera ni de Casa, ni por ellos dejó jamás de hacer todo aquello que conocia ser más ajustado á la razon y á la voluntad de Dios, en cuya presencia andaba continuamente; y daban claras y manifiestas señales de ésto la modestia y compostura exterior que acompañaban sus acciones.

La confianza en Dios y en su infinita misericordia, y la con-

formidad con su santísima voluntad, se vió muy especialmente en los últimos años, en que el Señor la probó con la falta de salud, que llevó con mucha paciencia, aunque sentia mucho que ésto la privase de recibir los Santos Sacramentos con la frecuencia que ántes, á los cuales se acercaba con humildad y sumision, conformándose con las disposiciones de la Superiora y director. Profesaba una tiernísima devocion á la Santísima Vírgen, y mostraba gran gusto en sus cultos y en adornar sus imágenes. Empleaba su habilidad en hacer ornamentos, no sólo para nuestra iglesia, sino tambien para las de fuera, manifestando la complacencia que en ello tenía. Estas son las virtudes que resplandecieron en la Madre Manuela Gomez, y esperamos que por ellas el justo Remunerador, que sabe premiar con gloria eterna á los que son fieles y constantes en seguir sus huellas, la habrá colocado en el número de sus escogidos.

ELOGIO

de la hermana Josefa Goñi, que murió el dia 17 de Julio de 1826.

Nos penetró de un vivo dolor la muerte de nuestra amada hermana Josefa Goñi, que en el grado de coadjutora temporal brilló á los ojos de Dios, aunque escondióla á los ojos mortales, con humildes ejemplos de todas las virtudes en los veinticinco años que pasó en nuestra compañía.

Era natural de Undiano, en la montaña de Navarra, hija de labradores honrados y piadosos: tenía veintiun años cuando tomó nuestro santo hábito. Al principio de su noviciado la probó el Señor con muchos desconuelos, pareciéndole muy difícil guardar con perfeccion nuestras santas Reglas, lo que le costaba muchas lágrimas; mas el mismo Señor tuvo cuidado de confortarla con su gracia, que le dió muy abundante, con la cual y su fiel correspondencia salió un dechado de observancia en que nos podíamos mirar. Para esto le ayudó mucho el leer la vida del Beato Alonso Rodriguez, de la

Compañía de Jesus, que jamás dejó de su vista: se lo propuso por ejemplar desde el principio, y nos parece que le imitó muy de cerca. Aunque era de pocas palabras, y muy encogida en el hablar, en nombrando á su hermano Alonso, tenía tal gracia para contar sus virtudes, que era gusto el oirla en algunas recreaciones. En su semblante y movimientos se veían pintadas muy al vivo las menudas reglas de la modestia; en todo su porte daba á entender que estudiaba cuidadosa todas las demás que contiene el precioso librito. ¡Qué candidez en sus palabras! ¡Qué agrado y dulzura en su trato! ¡Qué agradecimiento al menor favor de sus hermanas, mirándolas á todas como á sus Superiores!

Su obediencia y sumision á las disposiciones y mandatos de sus Preladas y confesores fué tan ciega, que nunca se le notó la más mínima repugnancia á cuanto se le insinuaba. Amaba la santa pobreza como á su madre, y se manifestaba en sus vestidos y modo de conservarlos, por muy viejos que fuesen. Era tan inclinada á las mortificaciones exteriores, que fué necesario obligarla á no exceder los límites de la prudencia; mas en lo interior, su ejercicio era continuo. Vivía con entero desprendimiento de las cosas temporales, puesta su consideracion en las eternas. Su confesor alabó altamente la igualdad de su espíritu, y confesó que jamás la oyó una réplica ni observacion la más sencilla, así en la recepcion de los Santos Sacramentos como en todo lo demás. Su fin fué ser una religiosa observante, obediente, caritativa y recogida, que podia ser modelo de esta Casa por sus virtudes y religiosidad, aunque evitaba cuidadosamente las singularidades. Así perseveró hasta los cuarenta y seis años de su edad, en que despues de algun descaecimiento en su salud, el dia 17 de Julio le sobrevino una opresion al pecho; y recibidos el mismo dia todos los Sacramentos, á las diez y media de la noche descansó en el Señor. Algunas esperaban, segun la opinion en que la tenían, oír una aclamacion general, como en las muertes de los Santos; mas como fué su vida tan escondida al mundo, no quiso Dios publicarla hasta el último dia, cuando la veamos á la mano derecha.

ELOGIO

**de la Rda. Madre Antonia Elorz, que murió el 18 de
Abril de 1827.**

El carácter de la Madre Antonia era sumamente reservado en todo aquello que pudiera sobresalir, queriendo sólo tener por testigo interior al único que penetra nuestros corazones.

Nació en la villa de Peralta: sus padres eran tan cristianos y piadosos, que se les pudiera decir como á los discípulos de Jesus: «Vosotros no sois del mundo;» y por consiguiente tuvo una educacion apartada de todos los embelesos y lisonjas de este falaz enemigo; pero lo que más contribuyó á su felicidad fueron sus mismas inclinaciones y propension al retiro, lo que la obligaba á poner empeños á fin de que sus padres de ningun modo la permitiesen asistir á las diversiones á que era convidada. Además de esto, á pesar de haber tenido el manejo de su Casa, que era de comercio, se le oyó decir en la religion que no le remordia la conciencia de haber dicho en su vida una mentira. Adornada de tales prendas, se enamoró de ella el Dueño de las almas y la eligió por esposa; y para mejor disponerse á corresponder á este llamamiento, quiso entrar en la Casa de María en clase de pensionista, á los veinte años de su edad, en donde dió muestras de su humildad y desconfianza de sí misma, aunque animada de la confianza en Dios se ofrecia á todo lo que la obediencia quisiera disponer de ella; y así á los seis meses pasó al noviciado, en donde fué, como en lo restante de su vida, muy observante de las Reglas áun en cosas bien menudas. En el cumplimiento de los santos votos se puede llamar admirable y que cumplió muy bien el imitar la pureza angélica, y por una especial gracia de quien la queria toda para sí, dotada de un candor envidiable: este don singular se traslucía en su exterior, especialmente en sus conversaciones. La obediencia era el nivel de todas sus obras; en sus indisposiciones, si se le ordenaban algunas cosas repugnantes á su natural, se animaba con la promesa que habia hecho á Dios con este so-

lemne voto, y deseosa de ofrecer víctimas agradables á su celestial Esposo; se elevaba sobre sí misma, y le ofrecia gustosa con su voluntad el más excelente sacrificio. Solia decir en los últimos meses de su vida que se habia propuesto la de San Dositeo en su quebrantada salud de no salir un punto de la obediencia: y á este propósito decía á su Superiora que con sola una insinuacion de su voluntad quedaba tranquila. En la pobreza, firme muro de la religion, era extremada: jamás se la vió tomar aquellos alivios que se compadecen muy bien con la observancia. Siendo así que sus padres, porque entónces no habia vida comun, la encargaban que pidiese y gastase cuanto quisiera para su alivio y regalo, cosa que por su delicada salud podia muy bien hacerlo sin herir la delicadeza de este voto, nunca acudió á ellos para nada, porque no era posible sacarla de lo comun en todo.

Desde que profesó tuvo sucesivamente los empleos de enfermera, dispensera, y últimamente Maestra de las clases, siendo en todos exacta y activa; y cuando ya estaba quebrantada y subia cansada de las clases, queria suplir todas las distribuciones á que habia faltado por su debilidad como si estuviera muy sana. Aunque para mayor mérito suyo no tenía natural inclinacion al trato de las niñas, supo vencerse tan bien y hacerse sujeto tan idóneo para nuestro título, que juntaba la gravedad con el cariño, con que conseguia el respeto y el amor de sus discípulas. Era de un genio muy pundonoroso, y al mismo tiempo muy sufrida y disimulada en aquellas cosas que indispensablemente lleva consigo la vida humana. Asimismo sepultaba en un profundo silencio sus actos interiores de devocion, huyendo de exterioridades, manifestando solamente el afecto tiernísimo para con su dulcísima Madre María.

En el tiempo de su enfermedad dejó su padecer en manos de esta soberana Señora, para que se lo presentase á su Santísimo Hijo y dispusiera de todo segun fuera de su agrado, llamando en su ayuda á Jesus, María y José para que vinièran á asistirle en su última agonía.

En medio de una vida tan ajustada, tenía muchos temores de los juicios de Dios, y solia decir que se estremecia al pensar en su muerte; y cuando ésta se acercó tuvo que recordarle su confesor, al tiempo de darla el Viático, la infinita misericor-

dia con que el Señor vino á salvar á los pecadores. Mas como este Señor no desampara á los suyos ni permite que sean tentados sobre sus fuerzas, tuvo providencia de que su muerte fuese muy pronta, sin tiempo para ser combatida. El Lunes Santo, aunque se sentia bastante mal, se esforzó demasiado y estuvo en las clases, mas al dia siguiente se vió precisada á ceder á su flaqueza y quedarse en cama: el juéves le dió un vómito de sangre que le repitió el mártes de Pascua, y en seguida recibió los santos sacramentos de Confesion y Comunión: al dia siguiente volvió á repetirle el vómito con tanta vehemencia, que en pocos momentos dió su espíritu al Criador. Pudo, sin embargo, recibir la Extremauncion, por encontrarse en aquellos momentos el Sr. Obispo hablando con la Madre Superiora en la reja, y avisándoles de la novedad, entró su señoría ilustrísima con sus familiares, le administró el Santo Oleo, y espiró. Esta escena se la habia representado muy al vivo á su vista tres dias ántes de su muerte, pues vió su aposento lleno de gente, esto es, al Sr. Obispo, sacerdotes y religiosas. Por lo que asustada hizo llamar á su Superiora para referirle cuanto habia visto.

Fué su fallecimiento á los treinta y tres años de su edad.

ELOGIO

de la hermana Vicenta Errea, que murió el 15 de Enero de 1829.

Era nuestra amada hermana Vicenta Errea natural de la ciudad de Pamplona. Y habiendo tomado nuestro santo hábito á los diez y nueve años de su edad, en los calamitosos tiempos del año 20, dió pruebas de su vocacion perseverando novicia tres años y dias, en cuyo tiempo no hablaba de otra cosa que de los deseos de consagrarse á Dios en la profesion religiosa, la que hizo con gran fervor y consuelo de su alma. Esta feliz criatura, aunque jóven, supo enriquecerse con un precioso tesoro de virtudes. Desde niña se le notó el horror que le causaba la más mínima sombra de murmuracion, pues viviendo en

compañía de un tío sacerdote, solía éste decir: «Esta niña nos impone y reprende con su modestia, pues á la menor palabrilla que se nos escape, fija sus ojos en el suelo y no despliega sus labios.» Puesta ya entre sus hermanas religiosas, no era capaz de dar disgusto á nadie, siempre amable y dulce con todas, inclinadísima á socorrerlas, especialmente si estaban enfermas. Y no contenta con ser tan caritativa con las presentes, lo fué tambien con las ánimas del Purgatorio, haciendo desde novicia el voto de donacion de todas sus obras satisfactorias á su favor.

Su humildad era tan profunda, que nunca encontraba en sus pensamientos, palabras y acciones sino defectos é imperfecciones; y su carácter, naturalmente orgulloso y amigo de sobresalir en todo, hacía que se quejase de continuo contra sí misma, y la tenía santamente indignada. ¡Cuántas veces pidió licencia para humillaciones públicas que no se le concedieron! En la observancia de sus votos y Reglas era tan exacta, que caia en gracia la simplicidad de las preguntas que sobre ellos hacía. En punto de pobreza fué tan delicada, que cualquiera comodidad ó curiosidad le parecia exceso contra esta preciosa virtud que se nos manda amar como á madre; no tenía estampas ni otros objetos que parece devocion el tenerlos, y las pobres y remendadas ropas que se encontraron despues de su muerte apenas podian servir para hacer limosna. Su obediencia fué tan ciega, que jamás reconoció en su Prelada y director sino la persona y voz del mismo Dios, de donde nacia que lo mismo era mandarla que obedecer; y parece que no podia ni acertaba á hacer cosa alguna si no precedia la obediencia. Su pureza era angelical y propia de una fiel esposa de Jesucristo. Su retiro del trato de los del mundo, acaso fué sin igual: sólo admitia por obediencia la comunicacion, no frecuente, con un tío suyo, canónigo de esta santa iglesia, que la habia educado desde niña, y la de una hermana, doncella, que salian no poco edificados de su santa conversacion.

La presencia de Dios y trato interior con Su Majestad era todo el consuelo de su alma, y parecia vivir más bien entre ángeles que entre criaturas humanas. De aquí procedia su grande amor al retiro, por tratar sólo con su Amado á solas. ¡Qué fuego de amor de Dios ardia en su corazon cuando meditaba ó se hablaba de la bondad y atributos divinos, y del admirable enlace que este Señor ha contraido con nuestras almas! Su

amor á Jesus Sacramentado era tan ardiente, que su corazon herido no hallaba descanso sino en su divina presencia, deseando acompañarle dia y noche, si pudiese; y atraída fuertemente de este amor, pedia repetidas veces licencia para hacerlo, áun en las horas del preciso reposo.

¿Y qué se podrá decir de su admirable paciencia, cuando se hallaba sumergida en un mar borrascoso de trabajos interiores y corporales? Esta fué la virtud característica de su alma. Una paciencia ordinaria hubiera naufragado, porque su divino Esposo la confi6 tan grandes penas interiores, que se puede decir con verdad que su alma padeci6 un Purgatorio anticipado con solas las tribulaciones de su espíritu.

Lo que llama con especialidad la atencion son los trabajos de los treinta últimos dias de su vida, y lo que padeci6 en su cuerpo en su última enfermedad, que fué una hidropesía de pecho. Toda la comunidad fué testigo, compadeciéndose como buenas hermanas; los médicos encontraban una especie de milagro en que pudiese vivir con tanto mal; el confesor que la asistia, veia y contemplaba en ella una privilegiada esposa de Jesucristo, á quien Su Majestad concedió la gracia de vivir y morir sumergida en dolores, y sin el pequeño alivio de mudar de postura en la cruz de su lecho.

Su tierna devocion á la Santísima Vírgen era mucho mayor en sí que la que se dejaba conocer; su corazon era todo de esta Señora, á quien se lo tenía consagrado como á su dulcísima Madre. Tenía tambien á otros Santos, con especialidad á Santa Teresa de Jesus, á quien eligió como por su segunda Madre despues de la Santísima Vírgen, y experimentó en esta Santa una singular proteccion en sus grandes tribulaciones de espíritu. Adornada esta esposa de Jesucristo con tan rico tesoro de virtudes, y llena su alma de méritos por los muchos padecimientos espirituales y corporales que su Jesus la concedió, no hay que admirarse de que fuese muy favorecida de su bondad. Entre otros favores sentía en lo interior de su alma una continúa inspiracion de que su muerte se iba acercando, y que moriria en clase de hermana. Bajo esta viva persuasion pidió á Nuestro Señor que si era su santísima voluntad la concediese una gracia, que ella entendia habia de ser para bien de su alma, y mayormente al fin de su vida, y Dios se la concedió. Como era tan devota de Santa Teresa, consiguió por su intercesion

muchos favores en los trabajos que padecía; y en uno de los dias de sus grandes dolores, aseguró á su confesor le habia consolado la Santa, diciéndola: «Hija, sufre un poco más, que luégo se acaba.»

Como su amor al sacramento de la Eucaristía era tan ardiente, tambien le debió sus favores: parece casual á nuestros ojos, pero bien puede ser merced del Señor lo que acaeció en todos los juéves de su última enfermedad; pues en juéves recibió el Santo Viático, en juéves lo recibió por segunda vez, en juéves recibió la Extremauncion, y en otro juéves murió, entregando plácidamente su espíritu á su Creador á las tres de la mañana del dia 15 de Enero de 1829, á los veintiocho de su edad, hallándose entónces en los empleos de enfermera y ropera.

Grandes fueron los méritos que acumuló con su mucho padecer; grandes los tesoros de gracia que iba allegando por medio de la diaria reconciliacion; grande el espíritu de fervor con que recibió los últimos Sacramentos, sentada en su cama, y el de la Extremauncion abrazada con un Santo Crucifijo; y por tantos favores como el Señor la hizo, regalándole con su cruz en esta vida, creemos que fué á gozar de los bienes preparados á los que siguen á Jesucristo por el camino del sufrimiento.

No es materia de resignacion el traer á la memoria el gran tesoro de virtudes de la hermana Vicenta, cuya gracia muy particular para la instruccion de las niñas se manifestaba ya para lisonjear nuestras esperanzas, y desear gozarla por más tiempo, si Dios lo hubiese querido.

Quédanos el consuelo de su dichosa suerte, y de que estará intercediendo por sus hermanas, como se lo pidieron y dió palabra de hacerlo.

ELOGIO

de la hermana Manuela Ugalde, que murió el 10 de Febrero de 1830.

Era la hermana Manuela de esta ciudad, de familia honrada, pero no rica, y habiendo frecuentado nuestras clases desde niña, por su buen natural fué recibida para servir á las señoritas colegialas, en cuyo ministerio se empleó cinco años; y dió tanto gusto su buen porte á nuestras Madres, que la admitieron para religiosa de obediencia, y honró su estado con sólidas virtudes por toda su vida, escrupulizando en cosas muy menudas, especialmente en punto de pobreza, así en manejar las cosas de la comunidad que estaban á su cargo, como en pedir las licencias, hasta parecer á veces impertinente.

Era muy edificante y exacta en la observancia de las reglas y costumbres de su oficio, candorosa y natural, humilde y respetuosa. Era tambien muy devota del Santísimo Sacramento, de María Santísima, de Santa Ana, como hija de Tudela; y era tanto su amor y afecto á su Patrona, que algunas veces se le caian los anteojos á impulsos del entusiasmo con que la alababa: á Santa Marta le tuvo particular aficion. En fin, con estas y otras virtudes trabajó hasta morir; pues á pesar de que por algunos años vivió fatigada del pecho, siguió, con todo, desempeñando los oficios de Marta, hasta que por fin le acometió una pulmonía que puso en mucho cuidado á los facultativos, y se le administró el Santo Viático, que recibió con mucha devocion, pidiendo mil perdones á sus hermanas de todo lo que les hubiese dado que sentir, como á ella le parecia, y mostrándose muy agradecida de la asistencia que con ella se tenía. Afirmaba que no tenía aficion á nada de este mundo, y que sentiria quedarse en él, porque sólo deseaba ir cuanto antes á ver á Dios.

Mas á los pocos dias mejoró, en términos que la dieron por

libre del peligro ; pero á la hora ménos pensada, sin dar lugar á la que velaba para llamar á nadie, espiró arrebatadamente de un accidente imprevisto, á las tres de la mañana del 10 de Febrero de 1830, á la edad de sesenta y seis años, y cuarenta y dos de religion.

ELOGIO

de la hermana María Pilar Anciso, que murió el 16 de Agosto de 1837.

Murió nuestra amada hermana María del Pilar á la edad de treinta y siete años y diez y medio de religion, los que empleó desempeñando los deberes de Marta con la mayor exactitud, sabiendo juntar con ellos tambien los de María, pues sin faltar un ápice á los primeros daba cuantos ratos podia á la oracion mental, y era continua su presencia de Dios, manifestando grande sentimiento de sus ofensas y trabajos de la Santa Iglesia ; y no obstante su delicada salud, procuraba aplacar al Señor con muchas penitencias, á las que siempre fué muy inclinada. Por su mucho amor al retiro y soledad huia de todo trato y comunicacion con las criaturas, y áun con sus parientes se mostraba esquiva ; pero en los ratos destinados á recreacion tenía gracia y afabilidad. Con estas y otras virtudes iba engalanando su alma, cuando le acometió la última enfermedad, que fué un carbunco en la mano derecha, que en seis dias puso fin á su vida edificante, y recibidos todos los Santos Sacramentos, descansó en paz el 16 de Agosto, con grande resignacion en la voluntad de Dios. Por esto, y por su mucha observancia, la contemplamos en la presencia de Dios.

ELOGIO

de la Mad. Isabel de la Justicia, que murió el 23 de Abril de 1840.

Nuestra venerada y amada Madre Isabel María de la Justicia fué llamada muy temprano del celestial Esposo, siendo educanda en nuestro Colegio. Era particularmente amada de su señor padre, caballero de distincion de la ciudad de Borja, por ser la mayor de sus hijas, y de genio amabilísimo y excelentes prendas, por lo cual sintió mucho la resolucion de su amada Isabel; pero como buen cristiano, no se opuso y cedió á las repetidas instancias con que la voz del Espíritu Santo daba prisa á su hija para que, rompiendo con todo, se consagrara á su servicio; pues no le permitió más treguas que quince dias fuera de la clausura, empezando su fervoroso noviciado á los quince años, el dia de San Luis Gonzaga, y concluido el tiempo de prueba, hizo los votos con indecible consuelo de su espíritu. Desde entónces comenzó á desempeñar el oficio de enfermera, siguiendo el de Maestra de escuelas, de colegialas, y casi todos los que tiene la Orden, especialmente el de Admonitora y Subpriora, que ejerció por espacio de diez y siete años.

Si pudiéramos presentar á la vista el hermoso cuadro que nos ofrece la variedad de sus virtudes, en él se verian tal dulzura y atractivo, que la hacía amable, no sólo á sus muchas discípulas, sino á cuantos la conocian; entrañas tan maternales, que hubiera querido acoger en sí á todos los miserables que hay en el mundo, y esta misma caridad la hizo pedir licencia, siendo aún jóven, para abstenerse de la cena, por contribuir al sustento de un pobre sacerdote extranjero. Admiraríamos en esta pintura una humildad tan profunda, que la hacía llamarse el Judas de la comunidad cuando en las recreaciones se trataba de las virtudes, y no por hazañería, sino con muestras de estar vivamente penetrada de este bajo concepto de sí misma; la veríamos callar, sufrir con mansedumbre palabras desatentas que personas de poca educacion la di-

jeron en várias ocasiones. Y no es para pasar en silencio que, como enamorada hija de Juana de Lestonac, muchas veces solicitó que la permitiesen sentarse á la mesa entre las hermanas coadjutoras, bajo el pretexto de que no veia bien la lectura. En fin, se veia resplandecer en ella la observancia de las Reglas, haciendo mucho caso de cosas pequeñas, áun de aquellas que á una novicia fervorosa se la hubieran pasado por alto sin escrúpulo. Todas sus instancias y empeños en su avanzada edad eran que se la permitiese seguir en todo la observancia regular, sin dispensa alguna, y áun levantarse á las cinco de la mañana; mas en esto último tuvo que ceder su fervor á la obediencia, pues en diciéndole que no, enmudecia como si hablára el mismo Dios, sometiéndose con el mayor rendimiento. Su Superiora se edificaba y enternecía cuando en los dias en que la comunidad practicaba alguna aspereza, que por su flaqueza ella no podia hacer, pedia con instancia que se la conmutase en otra penitencia; porque se hallaba animada de un gran fondo de religiosa exactitud y mortificacion. Estaba llena de celo ardiente por que todos glorificasen á Dios con obras buenas, valiéndose de mil modos é industrias para conseguirlo; trabajaba con sus manos cositas de devocion, y dábalas á las niñas cuando habia licencia, para que se aficionasen á rezar el Rosario y encomendarse á la Vírgen; y más estimaba un Ave María que todos los tesoros del mundo. Nunca dejaba las comuniones, ni áun las de devocion, para las cuales se disponia con un fervor tal, que era gusto oirla hablar sobre esta materia. ¡Y cuántas veces la veíamos privarse del desayuno por no dejar de asistir á cuantas Misas se celebraban en nuestra iglesia, aunque fuese á costa de grande incomodidad! El hablarla de la Pasion de Jesucristo era derretir su corazon en tiernos afectos; la Vírgen al pié de la Cruz era el objeto de sus amores, de sus ternuras y de su confianza; jamás se acostaba, áun estando delicada, sin rezar de rodillas la Corona de sus siete dolores; todos los misterios de esta Señora excitaban su devocion, y á lo último de su vida solia repetir con grande afecto: «Estoy fuertemente asida del manto de María, y no me desampará mi amantísima Madre.»

Tres meses y seis dias la tuvo Nuestro Señor, y lo que no se puede explicar, pues desde el primer dia quedó sin movimiento en todo su cuerpo y con indecibles dolores, en tanto

grado, que á su violencia le saltó el ojo derecho, cosa que conternó á todas, y admiró á los facultativos; con tal delicadeza en sus miembros, que era un dolor haberla de tocar para las cosas más precisas. Así iba el Señor purificando esta alma, para introducirla cuanto ántes en su gloria, añadiendo merecimientos sobre las muchas virtudes que en ochenta y seis años de vida iban enriqueciendo su espíritu, y esparcian hermosa fragancia de edificacion cuanto más se acercaba á su fin. Empleó este largo tiempo de su postrera enfermedad en actos muy fervorosos, especialmente de contricion, humildad, confianza, resignacion en la voluntad del Señor, que la favoreció concediéndole el recibirle várias veces, dos por Viático y otras por devocion, desahogando en todas ellas su acendrado amor en tiernos coloquios con su dulce Esposo. Y recibiendo del mismo modo la Extremauncion y demás auxilios de la Santa Iglesia, acabó plácidamente su carrera á las siete de la tarde del dia 23 de Abril de 1840. Vimos con nuestros ojos la dulzura y tranquilidad de la muerte de los justos. Sin duda la asistirían en aquel terrible trance sus amadísimos Jesus, María y José, San Joaquin, San Ignacio y demás Santos de su devocion.

ELOGIO

de la Madre María Ana de la Justicia, que murió el 12 de Setiembre de 1841.

La Madre María Ana de la Justicia, hermana de la dicha Madre Isabel, dejó tambien un vacío muy difícil de llenar en su respetable ancianidad, acompañada de muchas y excelentes virtudes, que no podremos declarar una por una, como las concibe nuestro entendimiento, en donde debian quedar perpétuamente estampadas; no obstante, diremos algo para la comun edificacion.

Era natural de Aragon, y de familia distinguida, como dejamos dicho en el elogio anterior de su hermana. La Madre María Ana se educó tambien en nuestro Colegio, en donde refle-

xionando sobre la eleccion de estado, le pareció lo más acertado para su alma el abrazar la vida religiosa; y despreciando los halagos del mundo y las bellas prendas de que Dios la habia dotado, se consagró á su servicio á los veinte y dos años de edad, y hecha su profesion, emprendió con fervor el desempeño de los cargos que la obediencia confió á su cuidado.

Fué Maestra de clases, de colegialas y de novicias, sacristana, tornera, portera, Prefecta de clases, Consultora discreta, Subpriora, y seis años Priora. Todos estos oficios exactamente cumplidos enriquecieron su alma de grandes méritos para el cielo, ejercitando en ellos el celo de las almas, la paciencia y caridad que se manifestaba bien en su magisterio: era sumamente delicada de conciencia, muy compuesta y modesta, de carácter sencillo y verdadero, y nunca se le oyeron áun aquellas chanzas inocentes que son tan usuales en la vida humana.

En cincuenta y nueve años que vivió en religion jamás se la vió tener un enfado con nadie, sino siempre sosegada, conforme á la Regla, sin dar señal alguna de impaciencia ó soberbia. Su pobreza era edificante en el uso de sus cosas; pedia licencia para todo, siendo solícita en aprovechar el tiempo en la labor de manos; y tan escrupulosa en admitir las muchas ofertas de sus parientes, que siempre les decia deseaba pasar con lo comun. De su ejemplar obediencia se puede decir que, si se le notó alguna repugnancia, era en que no la permitiesen seguir todos los actos de comunidad desde la mañana hasta la noche. Y no pudiendo conseguir lo que pedia, porque la prudencia dictaba que no se le concediese, á causa de su delicada salud, se animó á pedir al Sr. Obispo, un dia que visitaba á la comunidad en la reja, que le diese licencia para ir á maitines; pero edificado el Prelado, dándose por satisfecho de su buena voluntad, confirmó el modo de pensar de su Superiora, diciéndole que Dios aprecia más la obediencia que el sacrificio, y así que se conformase y sería mayor su mérito, á lo cual bajó su cabeza con la mayor sumision, que no fué pequeño ejemplo para cuantos lo presenciaron; y tantos dió en esta materia, que no es fácil cifrarlos en pocas palabras.

Era un espejo de observancia religiosa, tanto, que se oyó decir en Casa más de una vez que si el libro de nuestras Reglas se perdiese, en la conducta de la Madre María Ana se en-

contraria copiado al vivo. No hubo ocupaciones, visitas ni trastornos que fuesen capaces de hacerla perder un ápice del orden y método con que arreglaba sus acciones, para que no faltase una jota ni un tilde al cumplimiento de sus deberes. Esto se confirmó en su última enfermedad, que es el tiempo en que se obra por hábito y costumbre, pues en algunos ratos que tuvo de delirio, todo su empeño era irse al coro, leccion, etc. Y entrando una religiosa á verla un viérnes, dedicado al Sagrado Corazon de Jesus, viéndola en su sano juicio, la dijo: «Madre, mucho regala á V. R. el Sagrado Corazon.» Respondió: «Sí; y ahora, que son las doce, estaba pensando llegaría á la cumbre del Calvario con la cruz acuestas.» Estos eran sus entretenimientos y con lo que pasaba su vida en presencia de Dios, que no podia dejar de ser continúa, segun las muchas peticiones que le presentaba, sin que precediese que los necesitados acudiesen á suplicárselo, pues la menor señal que remotamente le pudiese recordar los sujetos, aunque fuesen los más extraños, era bastante para que tuviesen parte en sus oraciones. Y bien podemos decir que la santa Iglesia y España perdieron una rogadora que sin duda aplacaría la ira del Señor. Sólo queda la esperanza de que proseguirá este oficio en el cielo, donde será más poderosa su intercesion.

Causó gran pena su muerte, por la falta que habia de hacer esta columna en nuestro edificio, aunque no hiciese más que dejarse ver para el ejemplo. Sin embargo de su quebrantada salud, ejercia últimamente el oficio de portera, con harto trabajo, pues hacía algunos años la mortificaba una afeccion al pecho, que la hacía padecer por las noches lo que no es decible: llevólo siempre con invicta paciencia y conformidad admirable, y á pesar del penoso y nocturno purgatorio, en llegando el dia, emprendia sus tareas, como si fuera otra la paciente. Cinco dias ántes de postrarse en la cama habia conseguido acompañar á sus hermanas hasta la noche, acudiendo á la última recreacion y exámen, y esta fué la postrera llamada de esta hermosa antorcha, que se nos apagó de repente, dejándonos envueltas en triste oscuridad.

El 1.º de Setiembre de 1841 quedó en cama con bastante calentura, la que cedió á beneficio de dos sangrías. Todos los facultativos decian que el pulso estaba ya bien, y no habia que temer por entónces. Sin embargo, el amor fraternal no

podia descansar, porque observándola continuamente, se notaban síntomas desagradables, y la enferma parecia presentia en su corazon lo que le habia de suceder. Así es, que el dia de la Natividad de María Santísima dijo que deseaba confesarse, y habiéndolo verificado muy á su satisfaccion, quedó desde entónces llena de consuelo; gracia que desde luégo se atribuyó á la proteccion de la Santísima Vírgen, que nunca desampara á sus verdaderas hijas; pues aseguró su confesor se hallaba con disposiciones admirables. Y sin recibir más Sacramento que éste, porque segun la medicina no anunciaba peligro, al entrar el dia 11, que cayó en sábado, incorporándose para arrojar una flema, le faltaron las fuerzas para ejecutarlo y repentinamente hizo su tránsito á la vida eterna en brazos de sus hermanas, que por más diligentes que anduvieron, así como el sacerdote, no se pudo conseguir administrarle el Santo Oleo. Vino el Esposo á media noche á llamarla á las bodas, á los setenta y ocho años de su edad, y marchó con las vírgenes prudentes, como piadosamente creemos.

ELOGIO

**de la Madre Juana Mauleon, que murió el 20 de Mayo
de 1842.**

La Madre Juana Mauleon era natural de la villa de Arroz, en Navarra, hija de D. Francisco Mauleon y de doña Isidora Maeztu, familia muy honrada y cristiana. Entró en nuestro Colegio de internas, á los diez y seis años, y desde luégo se dejó ver en ella el fruto y aprovechamiento de todas las lecciones y buenos consejos que recibia de sus Madres Maestras, quedando muy impresas en su alma las máximas de nuestra religion; y en este tiempo fué cuando Dios le inspiró el amor al estado religioso. Por obedecer á sus señores padres, tuvo que salir del Colegio con mucho sentimiento suyo; pero salió con ánimo resuelto y determinado á seguir la voz del celestial Esposo, lo que dió á conocer en el desprecio que hizo del mundo y sus vanidades, y de todo respeto humano; pues

en los cuatro meses que estuvo en el mundo, no usó otro traje que el de colegiala, que bien podía llamarse ridículo para una señorita que habia sido lujosa: se negó igualmente á toda diversion y concurrencia, ocupándose en ejercicios piadosos, hasta que el Todopoderoso, oyendo sus clamores, la sacó del mar borrascoso en que se encontraba y la colocó en el puerto seguro de la religion, en que vivió veinticinco años, sufriendo en los doce últimos muchos males y fuertes ataques que la redujeron á un vivo retrato de la muerte; á pesar de lo cual su espíritu, siempre más vigoroso, le hacía infatigable en todas las tareas de nuestro apreciable Instituto. En él desempeñó los oficios de enfermera, ropera, despensera, sacristana, Procuradora, y casi siempre Maestra de clases, en los que sabía muy bien unir el celo y gravedad con la amabilidad y gracia, de suerte que supo ganarse los corazones de todas las niñas, como se vió en el llanto general en que prorumpieron al oír la noticia de su muerte.

El domingo de Pentecostés todavía nos acompañó en los actos de comunidad: el lunes quedó en cama, y fué agravándose, hasta que, cuando ya se trataba de administrarle los Santos Sacramentos, experimentó al parecer tan notable mejoría, que hizo pensar á los facultativos que daría la enfermedad treguas para ejecutarlo más despacio; pero no fué así, porque repentinamente le dió un delirio tan completo, que la dejó incapaz de todo socorro; y por más alerta que estaba el confesor para aprovechar los momentos, no los hubo de despejo ni de conocimiento en las veinticuatro horas que sobrevivió, y creemos que fué esto una amorosa providencia del Señor, que sabe lo que nos conviene, porque esta buena Madre temía mucho la muerte. Llegó, pues, el fin de su destierro, y despues de haberle dado la Extremauncion y leídole la recomendacion del alma, esta hija verdadera de María durmió en el Señor el 20 del mes de María del año 1842, octava del Espíritu Santo, viérnes, á las tres de la tarde, circunstancias todas que nos inducen á creer que el Sagrado Corazon de Jesus quiso premiarle la tierna y sólida devocion que le profesaba, y que áun en medio del delirio le llamaba en su socorro, y él habrá recompensado sus virtudes haciéndola participante de la gloria, en donde gozará del fruto de la exacta observancia de las Reglas y sagrados votos.

En la pobreza de su aposento mostraba el desapego de las cosas de la tierra, porque no las necesitaba un corazón que estaba tan poseído de Dios y lleno de su amor, como indicaba su exterior y su modo de proceder, que la hacía vencer las mayores dificultades, cuando en ello se interesaba la gloria de Dios. Desde que, siendo educanda, llegó á comprender algo del ejercicio de las virtudes, se le notó un solícito afán por practicarlas y unirse con su dulce Dueño. Era muy amante de nuestro Instituto y ministerios, y por esta razón, viendo que en estos calamitosos tiempos apenas había sujetos para llevar la carga de la enseñanza, se resolvió, á pesar de su quebrantada salud, á sacrificar todas sus fuerzas y arriesgar su vida por el bien de las almas y gloria del Instituto, aunque por ello hubiese de vivir diez años ménos, como ella decía.

Hacía algunos años que era su director el Rdo. P. Mariano Puyal, Provincial que fué de la Compañía de Jesus en España el cual, contestando á una carta en que se le preguntaba alguna cosa de edificación sobre nuestra querida hermana despues de su muerte, dice así: «La Madre Juana se puso muy de veras en mis manos; me abrió con mucha humildad y sencillez todo su corazón; tomó muy á pecho todos mis consejos, y en muy poco tiempo la ví adelantar mucho. La obediencia ciega, el estudio de la santa oración, una filial confianza en Nuestro Señor Jesucristo, un grande aprecio aún de las cosas más pequeñas del Instituto, fueron los medios de que se sirvió principalmente. Tuvo mucho que vencerse en cosas bien delicadas; pero oyendo mi voz, atropellaba con todo. Como eran cosas por lo comun interiores y ocultas, no se notaban ahí, pero yo las sabía bien; más de una vez excitaron toda mi ternura. Cuando empecé á tratarla estaba hecha una madeja de confusiones, de dudas, de temores, de desalientos; pero con su sumision y obediencia tuve el consuelo de verla una balsa de aceite. La presencia de Dios, la rectitud de intención en sus obras, las comuniones espirituales y las frecuentes entradas en el solo Corazón de Jesus, eran su ejercicio cotidiano. Por gusto suyo se hubiera matado á penitencias, y aún humillaciones públicas hubiera hecho muchas, si yo se lo hubiese aprobado. El candor con que me descubria aún las cosas más repugnantes era como de una niña de cuatro años, y como á una niña la trataba yo tambien, especialmente cuando le exi-

gia algun sacrificio más costoso, y con esta engañifa hacia de ella cuanto queria. No particularizo mil cosas bien edificantes, porque razones superiores me lo impiden. Lo dicho basta para que V. vea no me falta la voluntad de complacerla.» Hasta aquí el elogio del espiritualísimo, sábio y prudente Rdo. P. Puyal.

ELOGIO

de la hermana Fermina Aizpurúa, que murió el 20 de Junio de 1843.

De esta hermana coadjutora no se ha conservado la noticia que se dió de su buena vida. Ahora se nos ofrece decir que fué muy buena y trabajadora; pero Dios la mortificó con una terrible enfermedad cutánea, que la tuvo por algunos años privada de hacer sus oficios de cocina. Todo lo llevó con mucha humildad y resignacion. Despues curó, y sirvió mucho á la comunidad.

Cuando concluia sus haciendas de Marta y se retiraba á su aposento á hacer labor, cantaba en lengua vascongada muchas coplas de la doctrina cristiana, misterios del Rosario, letrillas de la Vírgen y del Niño Jesus, etc. Y por una consecuencia clara se saca que vivia muy entretenida en conversacion celestial, pues difícilmente se puede practicar en la muerte lo que no se ha acostumbrado en la vida. Desde el momento que la mandaron recibir los últimos Sacramentos, comenzó á exhalar tan fervorosos afectos de amor, de confianza y otras virtudes, que hizo enternecer á toda la comunidad en el acto de recibir á Jesucristo Sacramentado. Ya no cesó su lengua de repetir las más expresivas jaculatorias á Nuestro Señor, á Nuestra Señora y á los Santos; actos de dolor, de confianza, de súplicas, de conformidad, de requiebros amorosos, sin que nadie se los sugiriera, pues el confesor que la asistia nada tenía que hacer para auxiliarla. En fin, era gusto entrar en su aposento, porque parecia que inflamaba los corazones, y era un lenitivo al

sentimiento de perderla. En esta oracion continúa perseveró dos dias , hasta que con el último aliento cesó su voz en la tierra para ir á continuar en el cielo, á los cincuenta y ocho años de edad y treinta y siete de religion.

ELOGIO

de la Madre Juana Gomez, que murió el dia 1.º de Agosto de 1843.

Era esta Madre natural de la villa de Arguedas, cercana á esta ciudad, hija de D. Gabriel Gomez y doña Francisca Arcilla, que la pusieron en esta Casa de María en clase de pensionista, lo que ella llevó de muy mala gana ; pero como Dios obra donde quiere y como quiere, luégo vino á llamar eficazmente á su corazon. Ella le oyó, le respondió, le siguió y correspondió á su vocacion, con fervor tan sensible, que hizo como el carácter de su vida. Manifestábalo en todos sus ejercicios, ya de Regla, ya de devocion ; y con sólo mirarla, ya se le conocia el dia que habia destinado á mayor recogimiento y fervor. Para los Santos Sacramentos se preparaba con el mayor esmero, y solia decir que con sólo recordar sus pecados, no podia menos de moverse á contricion. Procuraba recibirlos á menudo, áun en medio de sus contínuas y grandes enfermedades, que la asemejaron al Santo Job en la paciencia, conformidad y alegría con que las padeció; y para formar algun concepto de esto, diremos algunas de ellas.

Lo primero que le acometió en la religion fué un reuma de piés á cabeza que la dejó baldada por espacio de un año, sin poder menear ni un dedo: despues padeció mal de ijada, que la ponía en mucho peligro y tormento; tuvo dolor de costado, pulmonía, dolor de entrañas, scirro, zaratan, almorranas insufribles, fuego de San Anton; tenía una costilla fuera de su lugar, principios de catarata en un ojo y del otro no veia; padeció tambien muchos años accidentes histéricos, espamódicos, vómitos, lo que llaman miserere, fiebres muy frecuentes y muy contínuas por cuatro meses; hipo contínuo por muchos

días, con gran violencia, hidropesía, con otros mil que sólo los médicos podrian definir. A todo lo cual se debe agregar lo mucho que la hicieron padecer los centenares de sanguijuelas que la aplicaron, las sangrías, cáusticos, ventosas de fuego, vomitivos, etc., etc., y la multitud de medicinas de la botica. Por siete veces la mandaron dar los Sacramentos para morir; mas por causa de los vómitos, sólo cinco pudo recibir el Santo Viático, y siempre se mostraba resignada, aguardando con serenidad la hora de su muerte.

Como estas enfermedades le daban un poco de treguas de una á otra, se animaba con la esperanza y se ocupaba en sacar la cuenta del dia en que la tocaria servir á la mesa, oficiar en el coro, etc., con un mes ó dos de anticipacion; pero solia ver frustrados sus planes, porque recaia con nuevos padecimientos. Esta fué la cruz en que vivió clavada esta esposa de Jesucristo, cruz que se la hacía dulce, con la alegre esperanza de que el Señor se la recibiria por purgatorio de sus faltas, mientras ella se empleaba en aliviar lo posible las penas de aquellas benditas ánimas, de quien era muy devota; pero sobre todo, hacía particulares obsequios á nuestra Madre Santísima de los Dolores y á San Luis Gonzaga.

Por causa de sus males, no pudo tener muchos oficios; mas con todo, en sintiéndose un poco mejor, como su espíritu era tan animoso, no podia estar sin trabajar, y así, ayudó algunos años á las que cuidaban del torno y sacristía, y muchos años fué ropera de lana, y en todo tenía grande exactitud y cuidado. Por huir la ociosidad, aun estando en la cama y con tan poca vista, hacía algunas labores, las más veces para iglesias ó Santos. Su alegría, en medio de tantos dolores, fué admirable, y á veces habia que reprenderla dulcemente por las carcajadas que daba. Muchas cosas de edificacion se veian en nuestra amada hermana, que, unidas á las dichas, dan grandes esperanzas de que llegó purificada al tálamo del celestial Esposo.

Fué su fallecimiento el 1.º de Agosto de 1843, á los sesenta y cinco años de su edad y cuarenta y cinco de religion, habiendo recibido á tiempo y con entero conocimiento lós Santos Sacramentos y demás auxilios de nuestra Madre la Iglesia.

COMPENDIO

**de la vida de la Madre Dolores Huidobro, que murió el
1.º de Mayo de 1848.**

Nació la Rda. Madre Dolores en la antigua córte y fidelísima ciudad de Búrgos el Viérnes Santo 12 de Abril del año 1770, de ilustre familia, siendo sus padres los piadosos señores D. Diego Huidobro, caballero de la Orden de Calatrava é individuo de la Cámara de Comptus y doña Gerarda Amézaga, su legítima y querida esposa. En el extraordinario suceso de su nacimiento parece que la divina Providencia quiso prevenirla con sus favores, como dando á entender la habia escogido para ser una de sus siervas predilectas, destinadas á celear su honra y gloria. Nació Dolores; pero ¡cuán grande fué el asombro y sentimiento de sus padres y de los parientes que habian concurrido á celebrar su natalicio! ¡Una masa informe de carne, un feto sin figura humana, un mónstruo, tal es el objeto que á todos contrista! Atónitos con tan amargo espectáculo, la piedad de uno de sus tios recurre á la intercesion poderosa del entónces venerable y ya canonizado San Francisco de Jerónimo, de la Compañía de Jesus; introduce, animado de aquella fé que todo lo puede, una reliquia del Santo en un vaso de agua, y bautiza con ella á la criatura. ¡Qué portento tan admirable! En el acto mismo aparece la niña más graciosa, llena de hermosura y sin imperfeccion alguna. Todos juzgaron esta trasformacion milagrosa; su profundo disgusto se cambió en contento, inexplicable alegría. Lleno de gratitud el caballero D. Diego, y deseando perpetuar la memoria de tan venturoso acontecimiento, y su reconocimiento por tal favor, mandó hacer un hermoso y grande cuadro del verdadero retrato del Santo, que conservó en su dormitorio toda su vida, que despues pasó á manos de su hija Dolores, y que ahora posee la comunidad como alhaja preciosa.

A los cuatro años de su edad se sirvió el Señor privarla de su amante madre; ya entónces comenzaba á descollar el talen-

to aventajado con que Dios se dignó dotarla; siendo como el ángel tutelar de dos hermanos menores, niño y niña, que por toda su vida carecieron del uso de razon.

Crecia Dolores á vista de su buen padre, formando sus delicias y endulzando las penas de su triste viudez. Deseaba el buen señor dar á su amada hija una educacion esmerada, cual convenia al rango de su familia; para esto era forzoso desprenderse de tan cara prenda, y el Señor se lo facilitó suavemente. La Madre Josefa Peña, sobrina del Sr. Arzobispo de Búrgos, Rodriguez de Arellano, habia ido de aquí á fundar en Santiago de Galicia, y despues de algunos años volvía para esta Casa, pasando por Búrgos. El Sr. Arzobispo, deseando que su sobrina recobrase su quebrantada salud, para proseguir mejor su viaje, la hizo detener en su palacio por algunos dias. Como el padre de Dolores era íntimo amigo de S. E., solia hacerle frecuentes visitas, llevando consigo á su niña, que mucho se habia aficionado á la Madre Josefa, y ya deseaba venirse con ella, correspondiendo la Madre con recíproco cariño. Entónces no vaciló el virtuoso caballero; aunque no en el acto, pero muy luégo vino á entregarla á la educacion de nuestro Colegio cuando tenia ocho años. Bien pronto se descubrió en ella un talento vivo y penetrante, dispuesto para hacer grandes progresos en cuanto constituye el adorno de una mujer completa, ora esté en el mundo, ora en la religion.

A los quince años se resolvió á este dichoso estado, y despues de bien examinada, consultada y probada su vocacion, obtenido el benepláeito paterno, tomó nuestro santo hábito el 15 de Octubre de 1785. Cúpole por disposicion de lo Alto, que todo lo ordena para bien de sus escogidos, pasar su noviciado bajo la direccion de una Maestra sumamente rígida, y no parece sino que Dios se la deparó para formar el espíritu robusto y fuerte que la distinguió toda su vida.

Luégo de su profesion la hizo la obediencia Maestra de clases y rópera de lienzo. Y como todos los oficios desempeñaba con tanto desembarazo y puntualidad, todos sucesivamente le fueron encomendados, excepto el de Maestra del Colegio, no porque no fuese apta, sino porque la consideraban necesaria por su extraordinaria disposicion de gobierno para el de Procuradora. En él trabajó siempre incansable con tal celo, solicitud, inteligencia y acertada economía, que admira-

ba á cuantos la trataban. Durante la guerra de la Independencia cargó sobre sus hombros el peso de infinitas circunstancias en extremo desagradables, que la hicieron mucho padecer, teniendo que disponerlo todo para albergar en la Casa otras tres comunidades numerosas, diciendo á su Superiora: «No se aflija V. R., que todo se dispondrá.»

Quiso el Señor aumentar sus penas llevándose un gran número de religiosas de gran mérito, y entre ellas hasta cinco Subprioras, por lo que fué elegida para este destino, teniendo que continuar á la vez con el de Procuradora. Sin embargo de tantas ocupaciones, todas admiraban su puntualidad y fervor en la oracion, no ménos que su pronta asistencia á los demás actos de comunidad.

Entre los dias aciagos que se contaron en aquella época fué uno el 31 de Agosto, en que, sabiendo que volvia de nuevo el ejército francés, todo el mundo desamparó la ciudad, y áun las otras comunidades; la nuestra estuvo muy en duda de hacer lo mismo, hasta que Dios, con una especie de milagro, tranquilizó los ánimos de repente, debiendo este beneficio más á su infinita bondad. En este conflicto, pues, el corazon de la Madre Dolores estuvo tan firme y constante en no desamparar la clausura, que aunque fuera sola esperaba permanecer en el amparo del Señor.

Con tal espíritu y actividad para su religion, no era extraño que siendo aún bastante jóven fuese nombrada por Priora, y despues reelegida; de modo que, con algunos intervalos, desempeñó la prelación por espacio de veintidos años.

Llevada á tan importante cargo, parecia trasplantada á su propio terreno, para fomentar la gloria de Dios, acometer árduas empresas, desplegar el ardor de su celo para sostener y promover con la palabra y el ejemplo la observancia religiosa. Suspiraba por establecer la vida comun que la Santa Iglesia anhela siempre introducir en todas las religiones, cual medio eficaz para la perfeccion. Ayudada, pues, de nuestro ilustrísimo Prelado D. Ramon María Azpeitia, vió coronados sus esfuerzos, teniendo que vencer no pequeñas dificultades. Pero nada la arredraba en tratándose de cumplir los deberes de su conciencia, y de ejecutar lo que entendia conducente á la perfeccion de la comunidad, gloria de Dios y culto de María Santísima.

Vigilante siempre en todas las oficinas y sobre todas las oficialas, portándose en todo como si una sola cosa la ocupase; era el alma de todo. Mas penetrada de la alta importancia de la instruccion de las niñas, jamás perdía de vista las escuelas y Maestras, procurando constantemente que estuviesen bien servidas y en el mejor estado posible. Y viendo la celeridad con que el Señor le arrebató en breve tiempo un gran número de religiosas, no sólo ancianas, sino de robustas jóvenes, criadas de su mano, y que era muy difícil llenar debidamente los deberes de tan santo Instituto, no pudiendo en aquella época recibir novicias, se resolvió á pedir socorro á la respetable y virtuosa comunidad de Barcelona, para obtener algunas religiosas profesas que ayudasen á levantar las cargas que la gloria de Dios exigía. Aquella magnánima Superiora, Madre Javiera Rovira, hizo luégo el generoso sacrificio de desprenderse de dos útiles y queridas hijas. Con este auxilio se reanimó el abatido espíritu de esta Casa, se mejoró la direccion de las escuelas, se pudo dar mayor extension á la instruccion de nuevas habilidades, que siempre sirven de atractivo.

Introdujo en esta ciudad las funciones del mes de María, dando principio en nuestra iglesia los dos primeros años, que por el mucho concurso despues se trasladó á la parroquia. En todo lo relativo al culto divino, al ornato del templo, vestiduras sagradas y magnificencia de las funciones, jamás creyó excederse; y aún se complacia en dar ropas y ornamentos para iglesias pobres.

En medio de tan multiplicadas atenciones, continuaba manejando siempre por sí misma los intereses de la comunidad con grande acierto. Era verdaderamente archivo vivo de la Casa, completamente enterada en todos sus derechos y documentos antiguos y modernos, y depósito de todas las tradiciones, costumbres y loables máximas de sus antepasadas. Los curiales más diestros, los abogados más expertos y todos los hombres versados en negocios, incluso los mismos Prelados, respetaban su parecer, admirados de que hubiese adquirido tan raros y diversos conocimientos una religiosa que desde la edad de ocho años se habia despedido del mundo.

Lo que más admira es que entre tantas y tan variadas ocupaciones se la viese con inclinacion al retiro, cuanto ellas se lo permitian; al mismo tiempo alegre en las recreaciones, ene-

miga de singularidades, cultivando con particular cuidado las virtudes sólidas é internas, que dan al alma el vigor necesario para las operaciones exteriores virtuosas.

Era muy diestra en discernir los espíritus y en formarlos para la religion, serenando y disipando las ansiedades de conciencia de sus hijas, á quienes inspiraba gran confianza y amor. Al mismo tiempo se revestia de un teson imperturbable para sostener la observancia regular, porque sabía que sin ella se convierten las comunidades en fétidos cadáveres.

En habiendo enferma de alguna gravedad no descansaba si no se hacía enfermera y Maestra de enfermeras, para manejarlas con el mejor acierto, asistirles en su última agonía, cerrarles los ojos con tierno amor, amortajar sus cuerpos con grande aliño y espíritu interior.

Dios la premió esta devocion, distinguiendo su muerte, así como habia distinguido su nacimiento. Contaba ya los setenta y ocho años de su edad, que habia llevado con vários y frecuentes achaques, que solia vencer en los mayores aprietos quedándose con los ordinarios. Mas á fines de Abril de 1848 fué asaltada de una pulmonía, que en muy breves dias la condujo al fin de su carrera, habiendo recibido resignada y fervorosa todos los Santos Sacramentos.

Habíase desfigurado su fisonomía al tiempo de su agonía, y se manifestaba la gangrena en várias partes; se la vió dar el último aliento, y no quedaba duda de su fallecimiento. Mas se advirtió con admiracion que su cadáver iba recobrando un color natural, las formas agradables y perfectas de su antigua fisonomía, y que las manchas de la gangrena desaparecian; su rostro se puso tan hermoso cual vivo y en sana salud risueño, como se pinta el semblante del justo al descubrir la gloria; sus lábios rosados y todo el cuerpo flexible y cubierto de sudor. Estando ya colocada en el coro con sus luces, se la mostraron al médico que la habia asistido en su última enfermedad, el cual quedó grandemente sorprendido de un caso tan extraño, y dijo «que se procediese á las exequias, pero que ántes de darle tierra volveria de nuevo á verla.»

Habia entregado su espíritu al Criador el 1.º de Mayo, á las cuatro de la tarde, y el dia 3 á las diez de la mañana permanecia en el mismo estado. El muy ilustre Cabildo de la catedral habia celebrado ya la solemne Misa de *Requiem*, y estan-

do cantando el último responso y oficio de sepultura, llegó el facultativo á reconocerla de nuevo, y más admirado que el primer dia, dijo: «No se entierra este cadáver.» Los señores prebendados, concluido su canto, se volvieron á su iglesia, y todo el pueblo se conmovió á la extraña novedad, dando cada uno su parecer. El Sr. Gobernador eclesiástico entró, acompañado de algunos sacerdotes y cuatro facultativos, y en una sala del convento consultaron largo rato sobre el caso. Convenian en que era difunta; pero que faltaba la señal más marcada en la medicina, que era el olor cadavérico, y así, que no se enterrase hasta que éste apareciese. Y por fin se comenzó á percibir á las cuarenta y ocho horas de su muerte, sin perder nada de la animacion de su semblante. Y entónces, con asistencia del muy ilustre Sr. Gobernador, otros dos sacerdotes y la comunidad, se puso en el sepulcro.

Se derramaron copiosas lágrimas por toda clase de personas, haciéndose lenguas en elogios de la Madre Huidobro, á quien suponemos gozando de mayores premios de la gloria.

CARTA CIRCULAR

edificante que se escribió á las Casas de la Orden en la época de la muerte de la Madre Francisca de Agreda, de quien se hablará más largamente el dia 1.º de Octubre de 1853.

Rda. Madre Priora.—Mi Rda. Madre y carísima hermana: Con el mayor sentimiento participo á V. R. el fallecimiento de nuestra amada hermana la Madre Francisca de Agreda, acaecida el dia de nuestro Padre San Ignacio de Loyola, á las tres de la mañana, á los ochenta y cuatro años de su edad y sesenta y nueve de religion, recibidos todos los Sacramentos y demás auxilios de la Iglesia.

Fué natural de la ciudad de Corella, en esta provincia. Sus padres, D. Francisco Agreda y doña Francisca Virto, fueron señores de distinguida calificacion. Vivió largos años, y llenos de excelentes merecimientos: pues verdaderamente habia quien le besaba la ropa, cuando no podia apercibirlo, por ver

en ella tan sólidos ejemplos, que, á pesar de su avanzada edad, confundia su fervor y diligencia á las más robustas. Todo su anhelo era servir á todas y desempeñar los cargos más humildes de la casa, amándolas con todo su corazón, pareciéndole que todo cuanto hacía era nada, y que las otras necesitaban los alivios. En cierta ocasión, asistió á una enferma por espacio de cuatro ó cinco años, en una enfermedad oculta y repugnante; madrugaba ántes de la hora acostumbrada á remediar la necesidad de su hermana, sin que nadie lo echase de ver. Siempre laboriosa, sin perder un momento de tiempo. Siempre mortificada, privándose de los gustos más inocentes, hasta pedir perdón al Señor cuando la comida que habia tomado en el refectorio le habia sabido bien, y lo mismo hacía con los demás sentidos. No se oía de su boca palabra de queja por más que el Señor la proporcionase crucecillas ó espinas de las que está sembrado el camino del cielo; diciendo con su amado San Francisco Javier: «Más, Señor, más.» Pero nada tiene de extraño tanta abnegación y dejación de sí misma, teniendo tan íntima unión con su Dios, que estando en presencia de Jesús sacramentado no habia ruido ó turbación capaz de llamarle la atención ó divertirla de tan santa ocupación. Le oí decir muchos años há, siendo su compañera en un oficio, que estaba resuelta firmemente á hacer por Dios todo cuanto pudiese. Y habiéndola observado despues, de cerca y de lejos, nunca ví en ella cosa que degenerase de tan altos pensamientos. Tanto, tanto habria que decir de esta buena religiosa, que no me lo permite el tiempo, y siempre quedaria mucho digno de loor, en silencio: y así tengo por mejor no retardarle los sufragios que prescribe nuestro santo Instituto, aunque me la figuro en medio de la gloria, segun el dicho de un sábio y prudente director que la gobernó por muchos años.

Su última enfermedad no ha sido otra que su misma ancianidad, que de un modo extraño le ha dado mucho que sufrir por espacio de año y medio; pues de repente se le olvidó el modo de pronunciar las palabras, excepto las oraciones, lo que nos causaba lástima, al mismo tiempo que nos edificaba la gran conformidad con que lo llevaba, y la alegría con que se ponía á contar, en señal de gran tranquilidad, que tambien con esta la favoreció el Señor despues de los grandes temores que toda su vida habia padecido de sus altos juicios. Mas al

fin murió con la muerte del justo, dando señales de su fervor hasta los últimos momentos, con mover los labios al oír alguna palabra de Dios, con golpes de pecho y una quietud envidiable, como verdadera hija de María Santísima, con quien se enternecía toda su vida al oír hablar de sus misterios, y sin poder proseguir su lectura en público por la abundancia de sus lágrimas. Finalmente, mi Rda. Madre, hemos perdido un admirable dechado de virtudes sólidas. Sólo nos queda la esperanza de que así como se nos ha dado para ser nuestro ejemplo, así también será colocada en la celestial Sion para ser nuestra protectora. Con todo, como siete veces cae el justo, según la Escritura, cumpliremos con las oraciones que prescribe nuestra santa Regla.

Con esta ocasión tan oportuna, saludo muy cordialmente á todas y cada una de sus amadas hijas y mis carísimas hermanas suplicándolas que nos hagan participantes de sus fervorosas oraciones, pidiendo á V. R., particularmente, tenga muy presente en las suyas á ésta su afectísima hermana, que la ama en los sagrados Corazones de Jesús y de María, y besa la mano de V. R.—*María Concepcion Puig*, Priora.—Casa de María Santísima y Enseñanza de Tudela, 10 de Agosto de 1849.

ELOGIO

**de la Madre Cármen Velazquez, que murió el 21 de
de Octubre de 1851.**

En el año 1851 el Señor exigió de esta comunidad dos dolorosos sacrificios en el corto espacio de doce días, llevándose para sí á las Madres Felipa Sanchez y Cármen Velazquez. Esta segunda murió ántes, como ella misma lo había dicho á su amada Madre Felipa en cierta ocasión en que, anunciando ésta su próximo fin, pareciéndole que ya no podía tardar, respondió aquélla muy festiva: «No, Madre, no, yo iré primero para salir al encuentro á V. R.» Esto fué un dicho gracioso muy suyo, y el Señor se lo concedió cuando ménos pensábamos, y cuando ella se ocupaba con mayor actividad en perfeccionar más

y más el buen órden de las niñas en las escuelas, acabando su vida, como valerosa amazona, con las armas en la mano.

Era nuestra Madre María del Cármen natural de la villa de Falces, en Navarra, de familia distinguida. Su padre, D. Felipe Velazquez Carvajal, y su madre doña Fausta Alvarez de Eulate, le dieron desde su niñez una educacion cristiana y fina, cual correspondia á su calidad. A los quince años vino á nuestro Colegio, en donde adelantó notablemente en todos los ramos de instruccion á que se aplicó. Habiendo salido á los dos años á casa de sus padres, quiso llevarla consigo un tio suyo prebendado de la santa iglesia metropolitana de Santiago de Galicia.

No le faltaban motivos y ocasiones de hacer en el mundo un gran papel, conforme á su clase y bellas prendas, las que le proporcionaban ventajosos acomodos, que despreció con la mayor constancia. Cinco años permaneci6 en aquella ciudad, en donde Dios se dignó llamar á las puertas de su corazon, poniéndole hastío y desengaño de las cosas del mundo, al mismo tiempo que un dulce atractivo hácia nuestro santo Instituto, no sólo para asegurar su salvacion, sino para procurar la de sus prójimos. ¡Qué vocacion tan probada! Negativas, dilaciones, promesas halagüeñas, persuasiones de personas apreciadas de discretas, todo se puso en movimiento para contrastar su firmeza; pero la solidez de sus razones, animadas de la gracia, triunfó de todos los obstáculos, y se alistó animosa y con indecible consuelo de su alma bajo las banderas de la Reina de las Vírgenes en su santa Compañía el dia 12 de Setiembre del año 1833, siendo de veintitres años. Ya desde el noviciado se echó de ver la buena disposicion que tenía para la virtud por su mucha humildad y sumision al menor indicio de su Madre Maestra. Y si por inadvertencia daba algo en qué sentir á sus hermanas, luégo buscaba modo de darles la más humilde satisfaccion.

Hechos los votos, se puso por blanco de sus acciones la perfecta observancia de las Reglas, que fué su virtud favorita: Desempeñó muy bien los oficios de enfermera, ropera, ayudante de sacristana, y siempre el de Maestra, en los cuales practicaba á la letra aquello que dice: «Cada una procure perfeccionarse en lo tocante á su grado y oficio que en la religion ejercita...»

En el oficio de enfermera era cariñosa, exacta, caritativa, como si realmente sirviera al mismo Jesucristo en sus hermanas; y si no se lo hubiese prohibido su director, hubiera pedido á las Superiores la dejasen en este oficio toda su vida, no por afición natural que tuviese, sino por ejercitarse más en la propia abnegacion. Vez hubo en que se resolvió á uno de aquellos actos que se admiran en las vidas de los Santos; pues teniendo una de sus hermanas una pierna con una llaga muy enconada, y que manaba materia, cogiéndola un dia descuidada, fué á poner sus lábios sobre la fétida llaga; mas la enferma, que conoció sus intenciones, estuvo tan lista á retirarse, que frustró su santo propósito.

En la ropería era incansable en trabajar sin perder punto, é industriosa en hacerlo con perfeccion, aseo, economía y bien parecer. Esto en lo exterior, que despues veremos el espíritu con que animaba todas sus acciones; y para hacerlo todo con regla y ser útil á las demás, tenía escritos métodos en cada oficio que ejercia, y que la sirvieron mucho para el buen orden y aprovechamiento de su espíritu.

Sobre todo en las escuelas era donde brillaba su celo: tenía concertadas con sus compañeras las señas de que se habian de valer para animarse mutuamente á buscar en cada accion particular la gloria de Dios, el provecho de las niñas, el lustre del Instituto y la propia santificacion. Su celo era activo y le hacía estar siempre inventando nuevos modos para ganar las almas: tenía un don admirable para atraer las niñas, juntando en uno el amor y el respeto, enseñándoles todo lo perteneciente, así á letras como á labores y virtud. Los ratos libres del aula, en vez de descansar, los empleaba en instruirse cada vez más.

Así es que, sobre leer y escribir con perfeccion, estaba bien versada en aritmética, geografía, historia, música, traduccion francesa, labores primorasas y todo lo que la podia hacer útil al Instituto.

Vivia firmemente persuadida que de lo interior habia de salir la fuerza y eficacia de lo exterior, y por eso era su principal empeño el perfeccionar su alma con las virtudes sólidas, lo que la hacía tener una exactitud y vigilancia sobre sí misma, que no le permitia minuto ocioso con advertencia. Tan totalmente se habia entregado á Dios y á su divino servicio, especialmente en los últimos años, que tenía en uno de sus apun-

tes estas palabras: «Voy á ser santa desde hoy, aunque me haya de acortar la vida á fuerza de sacrificios diarios.» Y aunque este propósito parece una de aquellas generalidades que suelen ser de poca fuerza, se manifestaba en su vida edificante tan claramente, que en sus sentidos y potencias no habia una que no tuviese un casi continuo ejercicio de muchas virtudes.

Como hemos dicho, se habia propuesto por blanco de todas sus acciones la más fiel observancia de las Reglas, con tanto empeño, que éstas eran la molestia más frecuente de sus meditaciones. En ninguna devocion hallaba tanto gusto como en estudiarlas, rumiarlas y practicarlas, con una alegría tan sensible de verse elegida de Dios para este Instituto, que rebosaba por todos sus sentidos y quisiera publicar en todo el mundo su felicidad.

Llegó á tanto su fervor en esto, que se resolvió é hizo voto, aunque no perpétuo, sino por tiempo limitado, de no quebrantar ninguna de las Reglas y constituciones, con advertencia, despues de maduramente considerado, consultado y aprobado por sus directores. Daba tan exacta y menuda cuenta de su conciencia á su director y Superiora, que apenas movia un dedo sin que todo fuese colado y registrado por la obediencia.

Todas las acciones tenía arregladas con tan excelentes métodos, que sería largo el referirlos; mas para formar alguna idea diremos un poco, abreviando palabras que darian mucho realce á la materia.

Desde la mañana fijaba su corazon y mente en Dios, y para evitar la separacion de su presencia, procuraba con todas sus fuerzas el recogimiento interior. Al caminar á la oracion, recordaba la ida de Nuestro Señor al huerto, silencioso, modesto, recogido; y si se hallaba seca, miraba su fervorosa, humilde y constante oracion en medio del tédio y desamparo.

En todas las horas del Oficio parvo deseaba imitar el fervor con que oraba á Dios la sagrada Familia, y repetia los salmos, deseando que todas las palabras que ella pronunciaba pasasen de sus lábios á los de María Santísima, y de los de esta Señora al trono de la Santísima Trinidad para mayor gloria suya. Cada hora del dia se examinaba y repetia el ofrecimiento de obras, avivando la presencia de Dios, á quien miraba en todas las criaturas. Al ir al refectorio recordaba siempre el cenáculo, la

institucion del Santísimo Sacramento ó la ida de Magdalena á casa del Fariseo á los piés de Jesus, viendo su amor, sus lágrimas, su penitencia.

En la recreacion y demás ocupaciones exteriores se acordaba de la sagrada Familia en el taller de Nazareth. ¡Cuán mirada y prudente era en todas sus palabras! ¡Cuán asídua y constante en el trabajo, y compuesta y ejemplar en todo su proceder!

En las clases se animaba con la imitacion de Nuestro Señor Jesucristo en su vida pública, con la predicacion de los Apóstoles y misiones de la Compañía de Jesus. En fin, de un modo semejante y muy especificado, santificaba todas las demás obras de todo el dia, hasta que con espíritu de obediencia tomaba el descanso y sueño de la noche en el sólo Corazon de Jesus, ó, como San Juan, reclinado en su pecho.

¡Qué confusion causaba cuando con la mayor sencillez daba cuenta de cosas tan superiores á nuestra tibieza! ¡Cuánto ejercicio de mortificacion continúa en sus sentidos, potencias y pasiones! ¡Cómo perfeccionaba su obediencia hasta el supremo grado! ¡Cuánto trabajaba por conseguir la profunda humildad! Pues entre otras industrias de que se valia, tenía un largo catálogo de dicterios contra sí misma, que procuraba rumiar para su confusion y propio conocimiento. En fin, procuramos abreviar palabras cuanto se puede; pero ojos más lince podrán percibir mejor, pues lo que vamos diciendo no se consigue sin una grande y fiel correspondencia á la gracia de Dios. Esta le daba á manos llenas el Señor en su fervorosa oracion, en donde se hallaba algunas veces inundada de tan indecibles consuelos y tan especiales luces, que no se saben decir; pero eran tan alternadas con las más terribles pruebas, como es ordinario en tales almas. Muchas veces compadecia el verla en tan horrosa tormenta de tentaciones. Y lo que más admiraba era el dominio que tenía sobre sí, pues á pesar de sufrir en su interior grandes penas, se presentaba en la recreacion con tono festivo, divirtiendo á sus hermanas con sus religiosos chistes, como si todo le fuera viento en popa. Sus conversaciones solian ser de cosas alegres, de agradecimiento al Señor por sus beneficios, y á propósito para animar á sus hermanas á cosas grandes para el servicio y gloria de su Divina Majestad. Y especialmente los últimos meses que vivió, todo era hablar de la

gloria, como si la hubiesen convidado á una gran fiesta. Vimos en ella la muerte de los Santos entre delicias y dulzuras inexplicables, que parece no le cabia en el pecho; siempre con la risa en los lábios, y cuanto más se iba agravando su enfermedad, mayores muestras daba de alegría, repitiendo palabras de una alma enamorada del Señor, diciendo: «Mi Amado es todo para mí, y yo toda para mi Amado. Héme alegrado por las cosas que me han dicho, que iremos á la casa del Señor;» y otras semejantes. Ella misma pidió los Santos Sacramentos y dió las gracias al facultativo cuando le dijo que sí, y los recibió con fervor igual á sus admirables disposiciones. En uno de los últimos parasismos que precedieron á su fin, se le leyó la recomendacion del alma, con asistencia de toda la comunidad, como se acostumbra, y habiendo vuelto en sí, la dijo el Padre que la asistia: «Vamos, Madre Cármen, que ha pasado V. mal rato.» A lo que respondió riéndose: «En mi vida lo he pasado mejor.» El 21 de Octubre, dia de las Once mil vírgenes, descansó en paz á las cuatro de la mañana, y vimos desaparecer de esta comunidad una jóven que pronosticaba grandes adelantos para el Instituto. ¡Cúmplase la voluntad de Dios que sabe lo que nos conviene!

ELOGIO

de la Madre Felipa Sanchez, que murio el 1.º de Noviembre de 1851.

La Madre Felipa Sanchez nació en la ciudad de Pamplona, fué hija de los Sres. D. Tomás Sanchez Raposo y doña Ana Jimenez, que se empleaban en el comercio por mayor. No fué de jóven ménos lisonjeada de los halagos del mundo, en donde sabía presentarse con despejo, acompañada de rara circunspeccion, pues era casa en donde sólo tenía entrada una discreta y cortesana religiosidad. Para dar mayor realce á sus bellas prendas, la pusieron sus padres entre nuestras pensionistas, en donde el Esposo celestial la queria hablar al corazon para elegirla por suya, á cuyo llamamiento correspondió animosa,

resolviéndose á seguirle; mas no fué tan pronta la ejecucion, pues restituida á la casa paterna, parece que no se hallaba mal entre los aplausos y aprobaciones que cada dia recibian sus lúcidos talentos, y como que algun tanto iba dando treguas á su primera llamada. Mas aquel Señor que no deja sus obras imperfectas, le gritó más recio, diciendo: «Levántate y date prisa, amiga mia, y ven.» Fué esta voz por medio de una grave enfermedad que la puso á las puertas de la muerte. Entónces se dió por entendida, y voló como la palomita al arca tan pronto como se vió restablecida, ofreciendo desde luégo á su enamorado San Luis Gonzaga el vestirse siempre un vestido negro de lana en su obsequio, hasta que lograrse la librea de la Compañía de María. Fué recibida en ella el dia de nuestro Padre San Ignacio, en el año 1798, á los veinte de su vida.

Hecha su profesion religiosa, empezaron á descollar sus virtudes con tanta edificacion, que era el embeleso de sus contemporáneas, muchas de las cuales no tenian reparo en franquearle sus corazones y desahogar con ella sus penas, hallando acertados consejos en sus superiores luces y saludables instrucciones para conducirse en la vida religiosa.

Cuando ya era una Madre respetable, ocupada en oficios de harta responsabilidad, que la dejaban pocos instantes libres, habia una jóven coadjutora á quien Dios probó con una terrible enfermedad, que la puso hecha un San Lázaro de piés á cabeza; á este aposento acudia secretamente en ratos disimulados á peinarla y limpiarla con la mayor caridad y amor, no contentándose con la buena asistencia que la hermana recibia de las enfermeras. Desempeñó todos los oficios y cargos que Dios puso en sus manos, perfecta, esmerada y escrupulosamente. Fué nuestra dignísima Prelada por dos veces, Consultora discreta, Subpriora, Maestra de novicias, de educandas, de clases, y en ellas tambien Prefecta; sacristana, Procuradora, tornera, portera, enfermera y ropera. No se sabe decir en cuál de ellos se mostró su grande alma más propia hija de la Compañía de María. El de Maestra de colegialas parece que le venía de molde por su gran discrecion, prudencia, vigilancia y solicitud en conocerlas y encaminarlas diestramente á lo mejor, sabiendo hacerse amar y respetar con entusiasmo. El primor de sus manos, la finura de su educacion y la amabilidad de su trato, atraia tal número de alumnas, que tuvo con que poblar los

cláustros de fervorosas religiosas formadas de su mano, así como en el mundo madres de familias bien cristianas y edificantes. A este modo era en los demás oficios respectivamente. En el de Prelada fué en donde se dejaban ver los quilates de su acédrada caridad. ¡Qué delicadeza en sus juicios y palabras para no ajar la estimacion de nadie en lo más mínimo, y mucho más si era persona que la hubiese ofendido ó causado alguna incomodidad! ¡Qué corazon tan generoso! Hubiera querido favorecer, á ser posible, á todo el mundo. ¡Qué entrañas de Madre para todas las necesidades de sus hijas, así en tiempo de salud como de enfermedad! ¡Qué deseo ardia en su alma de la más perfecta observancia de nuestro Instituto! Su religioso esmero por el culto divino, no sólo se mostraba en procurar el aseo y pulcritud en los sagrados ornamentos, sino en el empeño de que se celebrasen en nuestra iglesia las fiestas con toda la suntuosidad posible.

En fin, si se hubiesen de señalar una por una sus virtudes, sería necesario escribir largamente, y aún no quedaria bien dibujado el precioso cuadro que se ofrece á nuestra imaginacion. ¡Ojalá que nuestras potencias supiesen rumiar para la imitacion de tan bellos ejemplos, para acompañarla en donde la suponemos colmada de gloria por haberse humillado en la tierra! Concluyó su carrera el dia de Todos los Santos, á los setenta y tres años de su edad y cincuenta y tres de religion, de una perlesía que lentamente la fué purificando.

ELOGIO

de la hermana Luisa Herp, que murió el 29 de Agosto de 1853.

Nuestra hermana Luisa caminó al cielo por la vía real de la santa Cruz. Nació en Manresa, se educó en nuestra Casa de Barcelona, y hecha la fundacion de Manresa, y teniendo allí hermanas religiosas, estuvo tambien de pensionista por algun tiempo: por último vino á Tudela, en donde, abrazando la vida religiosa, sirvió de ejemplar de paciencia, imitando la conformidad del Santo Job, pues se vió llenado de vivos dolores y llagas

muy profundas y enconadas por todo su cuerpo. Esto le ocasionaba un conjunto de padecimientos, necesidades, privaciones y toda suerte de sacrificios, no pudiendo valerse de sus miembros para nada. Además era combatido su espíritu con multitud de escrúpulos y temores con que el Señor quiso acrisolarla, pues la tenían en una continua agitacion, que se la conocia por de fuera cuando le parecia que no la veian. Su delicadeza de conciencia era tal, que la hacía reparar en las cosas más mínimas que pudiesen ser contra las Reglas.

En medio de sus padecimientos, siempre que se lo permitian, seguia las distribuciones de comunidad, procurando empezar en sábado, si no habia cerca alguna festividad de Nuestra Señora, y todas sus cosillas habian de ser en dias semejantes. Se aplicó en cuanto pudo con decidida aficion á enseñar labores en las clases, en donde era muy querida de las niñas; despues fué ropera de lana, y ejercia estos cargos de modo que daba bien á entender la rectitud de intencion con que obraba. Su carácter amable y pacífico embelesaba, sin que nadie se pueda quejar de haber recibido de ella un disgusto.

Pero aún más agradable era á los ojos de Dios que, enamorado de la pureza de su alma, por no retardar tanto el llevarla á su compañía en la gloria, le adelantó el purgatorio en esta vida, á nuestro modo de entender, para irla purificando más y más cuanto se iba acercando á su último fin. Cada vez se encendia más en vivos deseos de unirse con su Dios y verse en la presencia de su amantísima Madre María, de quien era muy tierna hija. En su muerte nos edificó con sus santas disposiciones; pidió perdon al facultativo, pareciéndole no haber tenido bastante paciencia en las dolorosas curas que tenía que hacerle, de lo que se enterneció, y no se le olvidaba este ejemplo de humildad. Recibió los Santos Sacramentos con el mayor fervor, respondiendo á las oraciones de la Extremauncion con toda serenidad, presentando sus manos, y atendiendo á todo como si fuera un acto que nada tenía de imponente. Esto fué á las once de la mañana del 28 de Agosto, y continuó su agonía hasta las dos y media de la mañana siguiente del 29, conservando hasta el último momento de su vida completo conocimiento y despejo de sentidos. Ella llamaba al sacerdote que la asistia, nos preguntaba si bajaba mucho el pulso; alegrándose cuando conocía que sí, por el deseo que abrigaba de morir aquel dia

en que habia oido decir que se rezaba del Purísimo Corazon de María; pero no le dió Dios este gusto, recompensádoselo despues con otro mayor, pues redoblando sus padecimientos y terrible agonía, á la una de la noche fué tambien acometida fuertemente del comun tentador: su semblante y movimiento de cabeza daban á conocer la lucha que padecia; y siendo así que ya habia perdido todas sus fuerzas, pronunció con voz llena y clara: «Agua bendita: Madre mia, venid á mi socorro y no me dejeis.» Entre tanto el confesor la roció con agua bendita, y la dió á besar la Vírgen del Cármen que tenía en su escapulario. Al momento se aquietó, mudó de semblante, y con apacible demostracion dijo: «Ya ha venido la Vírgen Santísima;» y repetia con la mayor ternura: «¡Madre mia! ¡Jesus mio!» Y esforzándose á pronunciar las últimas palabras que el sacerdote le decia, espiró dulcemente sin hacer gesto ni movimiento alguno á los treinta y tres años de edad y nueve de vida religiosa, dejándonos excelentes lecciones, pues nos dió á conocer cuán acostumbrada estaba á pelear valerosamente en la guerra espiritual, y cuánto vale la verdadera devocion que siempre habia tenido á María Santísima, y cómo premia Dios en la muerte lo que por su amor se ha padecido en la vida.

ELOGIO

de la Madre Francisca Agell, que murió el 19 de Julio de 1854.

Falleció la Madré Francisca de edad de cuarenta y cuatro años y veinticinco de religion. Era natural de Mataró, en Cataluña, hija de D. Francisco y doña Gertrudis Mati, familia honrada y piadosa, que deseando darle buena educacion la confiaron en sus más tiernos años á unas maestras muy acreditadas y virtuosas, en el mismo pueblo; las cuales, prendadas de su buen natural y amabilidad, despues de haberla enseñado todas las labores, la retuvieron para ayudante de su Colegio, y estuvo con ellas hasta que entró á tomar el hábito en nuestro convento de Barcelona, á los diez y nueve años de su edad.

Emprendió su noviciado con mucho fervor y deseos de adelantar en el camino de la perfeccion; particularmente se le notó un gran deseo de humillaciones, pasó los dos años de noviciado con la más grande exactitud, ejercitando todas las virtudes y preparándose para el dia solemne del holocausto que de su cuerpo y alma debia ofrecer á su divino Esposo por la profesion religiosa, que verificó el dia del Arcángel San Rafael, 24 de Octubre, creciendo desde entónces cada dia más en fervor.

Destinóla la obediencia á enseñar en las clases la doctrina cristiana y toda especie de labores: conoedora y bien penetrada del fin y deberes de nuestro Instituto, era indecible su anhelo para cumplirlos, dedicándose con especialidad á las niñas más pobres. Despues fué Maestra de colegialas, cargo que desempeñó con gran primor, haciéndose toda para todas, y deseando ganarlas para Dios. Tuvo tambien oficio de ropera, que desempeñó como los demás.

Su vida religiosa en Barcelona fué una continúa mortificacion, tanto interior como exterior, porque muchas veces le habia de ir á la mano la Superiora por las grandes penitencias que hacía, que á veces le quitaban la salud: las disciplinas muy frecuentes, los cilicios continuos, las vigiliass muy largas, y además por mucho tiempo se levantó todas las noches á tener oracion. Muchas veces pedia que la dejasen hacer cosas de grande humillacion delante de todas, y algunas eran tales, que no permitia la prudencia concedérselas. Si alguna vez se la reprendia, tomaba la correccion con grande humildad, y sin excusarse, como dice la Regla.

Cuando el año 1834 un nuevo gobierno decretó que no se recibiesen novicios ni novicias en las religiones, prohibicion que duró por ocho años, murieron en este tiempo muchas religiosas en esta Casa de Tudela, de modo que quedó la comunidad en el conflicto de no poder casi atender á las funciones del Instituto por falta de personal, y se vió obligada la Superiora á usar de aquella Regla que dice: «Que si despues de ser fundada una Casa, fuese necesario enviar religiosas de otra para cumplir con las obligaciones que pide este Instituto,» etc. Habiéndolo pensado delante de Dios, y consultado con su Prelado, acudió á la Rda. Madre Priora de Barcelona, pidiéndola un par de religiosas para socorrer esta necesidad. La Rda. Ma-

dre Teresa Rovira, entónces Priora de Barcelona, viendo á nuestra querida Madre Agell tan fervorosa y ejemplar, la destinó á esta mision, haciendo entrambas el generoso sacrificio, la Superiora de desprenderse de tan querida prenda, y la súbita de dejar su amable comunidad, sólo por obediencia, sin mezcla de voluntad propia.

Así que se vió en este nuevo campo, que el Padre de familias le habia confiado, se aplicó con todo esmero á hacer fructificar los talentos recibidos en la instruccion de las niñas segun la obediencia, ganándoles la voluntad con tal gracia y destreza, que era el embeleso, no sólo de éstas sino de todas sus familias y de todo el pueblo, que la idolatraba.

En tiempos tan azarosos, en que la prudencia tiene á veces que encogerse de hombros, nuestra Madre Agell obraba con santa libertad, sin que nadie se mostrase resentido.

En esta Casa fué amada y amante de sus hermanas, y esto la hacía mirar con el mayor interés las cosas y negocios de la comunidad.

Fué nombrada Consultora y Procuradora, pero ya muy pocos meses pudo ejercer estos cargos, porque Dios se la llevó á descansar. En todo cuanto se ponía á su cargo era cuidadosa, vigilante y activa. Por sí misma se encargaba de oficios bien humildes, que ejecutaba con la mayor pulcritud. Importunaba á sus Superiores con instancia para que le advirtiesen las faltas, pidiendo licencia para decirlas en el refectorio, y que la avergonzasen en público; lo que causaba en su Superiora aquella recíproca franqueza tan recomendada en nuestro Instituto. Siempre protestaba que vivia muy contenta en Tudela con todas nuestras prácticas, lo cual es de grandísimo mérito, atendida la natural propension que tenemos á aquella primera leche con que nuestras mayores nos formaron en la vida religiosa.

Su salud quebrantada la dió mucho que padecer, ya con unos síntomas, ya con otros; tuvo por largas temporadas grandes dolores en el vientre, con vómitos; éstos la tenian en continua mortificacion en punto á los alimentos, que apenas habia cosa, que no le hiciese daño; padeció tambien dolores de ijada y de piernas, y éstos tan insufribles, que la hacian dar grandes gritos, y á pesar de eso, continuó siempre activa y vigorosa para trabajar á gloria de Dios, especialmente con las niñas, estudiando é inventando medios para atraerlas á Dios.

No se puede ponderar cuán útil era á esta comunidad y cuán sentida fué su pérdida; pues Dios se la llevó á descansar y gozar del premio de sus virtudes en la flor de sus años, despues de haber adquirido nuevos méritos en su última enfermedad, sin permitir que se llamase nuevo médico para ella; sólo pidió los Santos Sacramentos, que recibió con el mayor consuelo de su alma, conformándose con la voluntad de Dios, alegre, tranquila y con cabal uso de sus sentidos hasta el último aliento de su vida, la cual finalizó, se puede decir, sin agonía, pudiéndose llamar su muerte un placidísimo sueño.

ELOGIO

de la hermana Martina Gomez, que murió el 4 de Noviembre de 1854.

No podemos renovar sin complacencia la dulce memoria de nuestra querida hermana Martina, que parecia nacida para compañera de los ángeles. Su padre, D. Nicolás Gomez, natural de Navarra, habia seguido la carrera de las armas, y su madre doña Josefa Elío, nacida en Barcelona, habia sido educada en una de las Casas de nuestra Orden. Eran entrambos personas distinguidas y virtuosas.

A la niña Martina, desde su más tierna edad, se le notaron cosas muy particulares. Tan raro amor á la pureza y modestia, que no admitió cariños de hombre alguno, ni aún de su mismo padre; cuando todavía no tenía tres años, ni permitió que su niñera la desnudase delante de persona alguna, ni que la vistiese fuera de su cuarto; y habiéndosele escaldado un pié, al oír que llamaban al cirujano, fué tal su alteracion, que no pudo quietarse hasta que vió que sola su misma madre se lo curaba. Tambien sucedia que cuando su niñera la llevaba á las reuniones de sus amigas, estaba tranquila y callandito, miéntras que se entretenian inocentemente; mas luégo que veia aproximarse á ellas algun hombre, no paraba hasta que con sus muchas instancias la sacaba de allí: «á casa, á casa;» no

sólo siendo celadora de su pureza y modestia, sino tambien de la modestia y pureza de las otras.

Subió tanto de punto el amor á esta virtud, que á los cinco años ya se sentia llevada de un gran deseo de imitar á la Purísima Vírgen María, á quien amaba con ternura y saludaba con el mayor afecto desde que pudo aprender el Ave María y comprender quién era esta Señora; hizo en aquella edad una entrega á Dios de sí misma, consagrándose para siempre á su Divina Majestad, rogándole al mismo tiempo, por intercesion de María Santísima y de Santa Teresa de Jesus, á quien tambien amaba por haber oido en algunas conversaciones que habia sido gran Santa y esposa de Jesucristo, que no permitiese que hombre alguno le hablára ó se acordase de ella jamás, porque queria ser toda de Jesus; y prodigiosamente sucedió así, á pesar de vivir en sociedad y entre los peligros de un mundo seductor: la cual gracia apreció ella y agradeció á Dios como una de las más particulares. Experimentó tambien la proteccion de la Santísima Vírgen en muchas ocasiones, en particular una vez que, siendo ya de edad más crecida, se halló en un salon acosada de tres hombres enmascarados, y echando á correr se entró en el primer cuarto que encontró, cerrando prontamente la puerta, sin más cerradura ni seguridad que sus manos, diciendo al mismo tiempo: «Vírgen Santísima, venid, que Vos, Madre mia, me habeis de ayudar.» Y así sucedió, pues cansados de empujar los tres, sin poder comprender qué cerradura tenía aquella puerta, creyendo que habia mucha gente dentro, se marcharon.

En los padecimientos, así de espíritu como de cuerpo que sufrió durante su vida, con estrechar en su corazon una medalla ó estampa de la Vrgen, ó aplicándola á donde padecia, diciéndole: «Madre mia, lo habeis de hacer; por Dios, Señora, poned aquí vuestra mano, y con eso ya está todo hecho,» al punto hallaba completo alivio, ó cuando no le convenia, á lo ménos se aliviaba por algun rato, y esto siempre lo experimentó. Otras veces, invocándola en urgentes necesidades de familia que la encomendaban, se experimentaba visiblemente que su peticion habia sido oida. El solo recuerdo de Nuestra Señora, el meditar y hablar de sus excelencias y virtudes, le causaba inexplicable gozo y dulces lágrimas, sin poder jamás hacer peticion que no pasase por sus manos. Sin poder cono-

cerse cuándo tuvo principio, se le notó siempre grande inclinacion á las cosas de piedad, rezando, oyendo leer, asistiendo á los divinos oficios con la reverencia y devocion de una persona mayor; preparándose para la confesion y comunion, desde las primeras que hizo, con un fervor extraordinario y nada comun en tan tierna edad; siendo desde entónces vigilante centinela de sí misma, y áun del prójimo, para evitar faltas é imperfecciones; conservando su alma tan pura, que era la admiracion de los que sabian cuanto pasaba por su interior; venerada de las personas que la trataban, por su ejemplar vida, y respetada como cosa sagrada áun de los despreciadores de la virtud, pues sucedia que sí alguno le dirigia una palabra segun el lenguaje de la adulacion, aunque sencilla y áun inocente, hallaba en su primera respuesta un no sé qué que no le repetia la segunda. Así es que, á pesar de hallarse alguna vez rodeada de peligros, se mantuvo y salió de todos como ántes de verse en ellos. Juntó á las santas inclinaciones un gran desprecio de las vanidades, puerilidades y entretenimientos tan apetecidos de la juventud, pudiéndose decir con toda verdad que jamás dió entrada en su corazon á lo que tanto ama el mundo, viviendo en él sin contagiarse de su aire pestilencial en lo más mínimo. Hallaba su mayor recreo en las cosas de Dios, y despues en el trabajo y laboriosidad; de tal modo, que no se la veia nunca ociosa, sino ocupada en las prácticas de sus devociones y la labor de sus manos, áun cuando á los cuatro años sólo sabia hacer calceta, y despues en sus estudios sorprendia á su familia esta aplicacion en una niña; y preguntada de dónde proviniese esta inclinacion, respondió: «Que las Santas no perdian un momento de tiempo, y por eso no queria ella estar nunca ociosa.» Otra amable cualidad se descubria tambien en ella, nada comun en las de su edad, que era el no poder sufrir que en su presencia se hablase mal de persona alguna.

Atendiendo á los años en que se marcan éstas inclinaciones y virtudes, no dejará de causar admiracion una conducta tan edificante, y más si se añade á lo dicho que esto no nacia de un natural quieto y apagado, ántes bien las acompañaba una complexion ardiente, genio vivo y despejado entendimiento, y que, regulado todo por la gracia y la razon, le sirvió desde un principio para conseguir muchas victorias de sí misma y mu-

chas conquistas para Dios, celando su honra con ardor, instruyendo á muchas en la doctrina cristiana y práctica de la virtud, realzando todos estos actos la rectísima intencion que tenía en todos ellos.

No se debe dudar que desde el primer uso de la razon enderezó á Dios sus pensamientos, palabras y obras, buscándole en todas las cosas. Con este tenor de vida llegó á los diez y ocho años, en cuyo tiempo tuvo la ocasion favorable de entablar relaciones con esta comunidad. Todo lo que observaba en las religiosas la encantaba, aunque se tenía por indigna de pasar más adelante. Pero al fin, como los designios de Dios se han de cumplir, se le proporcionó el entrar por algun tiempo en nuestro Colegio. Cuánto fué su gozo al verse en la Casa de María y léjos de su aborrecido mundo, no se puede explicar. Cuál su entusiasmo al decir: «¿Es posible que yo esté en Casa de mi Madre Santísima?» Ya parecia un Gonzaga en la exactitud de las cosas más pequeñas, ya queria ser un Javier para ganar á sus compañeras para Dios, ora instruyendo á las pequeñas, ya sirviendo de modelo á las mayores. Su modestia angelical, su rendida obediencia, su conciencia delicada, en fin, su conducta irrepreensible, tenía encantadas á cuantas la conocian y trataban. Mas esta época fué breve, pues por disposicion del cielo sólo pudo gozarla un año, debiendo obedecer á su señora madre que la llamó á su casa. Llegando el momento de la partida, al pasar por delante del altar de la Inmaculada Concepcion, postróse á sus piés hecha un mar de lágrimas, diciéndole con grande afecto: «Madre mia santísima, aquí os dejo el corazon, pero vos me habeis de volver á vuestra Casa. Sí, sí, Madre mia, volveré, así lo espero de Vos.» A todas las presentes enterneció esta despedida. Y cuán bien oida fué su súplica, se vió á los dos años, en que, vencidas todas las dificultades de aquellos aciagos tiempos, volvió al arca esta palomita el dia de San José del año 1845, en compañía de su hermana Castora (de quien luégo hablaremos) para no salir más que á la mansion eterna de la gloria.

Emprendió la vida religiosa en hábito seglar, porque así lo exigian las circunstancias de aquel tiempo; pero ¡con qué espíritu y fervor! Brevemente se puede decir de su noviciado que se esforzaba con grande ánimo á no perder punto de perfeccion que pudiera alcanzar con la gracia de Nuestro Señor

en la perfecta observancia de sus constituciones y Reglas, y en el cumplimiento de todo lo tocante á su Instituto. Todas las personas que estuvieren alistadas en esta Compañía entenderán esto, como tambien que trabajaba por alcanzar y medrar en las virtudes sólidas y perfectas y en el estudio de las cosas espirituales, haciendo más caso de esto que de los dones naturales humanos. No se dice esto por conjeturas, sino con la posible seguridad, pues lo escribió quien la trataba á fondo y recibia sus cuentas de conciencia, y en el trato familiar la observó que siempre procuraba obrar lo más perfecto.

Con tan animosos principios, ¿qué se podia esperar sino progresos en la virtud y edificantes ejemplos? Mas ella nada de esto veia en sí sino faltas, imperfecciones y defectos que no quisiera tener. Aquel genio vivo y fogoso que ántes dijimos, sólo lo empleaba contra sí misma, pareciéndole que Dios estaria muy disgustado de sus ingratitudes y que no correspondia á sus gracias, y esto la traia consumida y llena de penas, siendo estas congojas lo único que hubo que reprender en ella; pero al oir la voz de la obediencia, por más alarmada que se hallase con tristes pensamientos, no era menester más para serenar su espíritu y someterse á cualquier cosa que se le aconsejase. No hay duda que el Señor quiso acrisolar á esta alma tan pura con excesivos temores de sus juicios, hasta causarle detrimentos en su salud con fuertes erisipelas y otros achaques.

En medio de esto sabía dar á cada cosa su tiempo, y así, en las horas que la Regla destina para recreacion, era el alma y alegría de sus hermanas. El espíritu marcial que habia heredado con la sangre le daba cierta inclinacion á las armas, peleas y conquistas, que le hacía exclamar: «Herманas mías, somos de la Compañía de María; vamos á hacer guerra al infierno: cuando nos tocan la campana, suenan las cajas, salimos al campo, presentamos la batalla, que venga, que venga Lucifer: cada niña que aprenda á persignarse es un tiro que le estremece, cada confesion que hacen es un cañonazo contra el infierno: ¡oh qué dicha! Somos soldados de Jesus y de María.» Otras veces decia: «Por Dios, hermanas, seamos como aquellos novicios del P. Baltasar Alvarez; no degeneremos de los altos pensamientos de hijos de Dios. Puédase decir de este noviciado lo que se decia de aquél: ¡oh Medina, Medina! ¡oh

Tudela, Tudela!» Todas estas cosas y otras semejantes no las decia en tono de magisterio, sino con una gracia y alegría que tenía encantadas á todas sus compañeras, y se animaban mutuamente.

Su noviciado duró cinco años, hasta que se obtuvo la licencia del gobierno para que pudiesen hacer su profesion solemne: la verificaron seis agradables víctimas, que en un mismo acto se consagraron al Señor el dia 12 de Junio de 1850. Estas fueron las hermanas Luisa y Margarita Herp, Francisca Perera, Martina y Castora Gomez, y Justa Roux. Nuestra Martina no sabía expresar los sentimientos de su corazón sino con lágrimas de ternura. Habiéndose preparado para el sacrificio con unos fervorosísimos ejercicios, bajo la direccion del P. Victorio Medrano, de la Compañía de Jesus, cuyo celo y destreza para este ministerio era grande; mas en esta ocasion como tan crítica, parece se excedió á sí mismo para alentar al fervor á estas nuevas esposas del Cordero, que no habia celebrado bodas en España en diez y seis años.

Nunca olvidó Martina estos dias de bendicion y gracia tan copiosa. Las virtudes que contienen los vótos, aunque no le eran nuevas, pues siempre las habia practicado, recibieron un nuevo lustre. Decíase á sí misma: «Esposa de Jesucristo, ¿sabes lo que exige de tí este título? Debes hacerte mansa y humilde como Jesus; conformarte en todo tiempo con la divina voluntad, y quebrantar la tuya, amar la obediencia y rendimiento de juicio, la pobreza, silencio y recogimiento interior; ser mortificada, constante contra tu genio, dulce con tu prójimo; en fin, mirar en todo lo que haces únicamente á Dios. Si nada de esto hallas en tí, ó si es lo ménos, de Esposa de Jesus sólo el nombre tienes, siendo indignísima de él. Trabaja, pues, trabaja para merecerlo, y no deshonres la Compañía de tu Madre María con vida negligente y de ninguna edificacion. Recuerda los vivos deseos que te acompañaban ántes de lograr la dicha de entrar en este paraíso, que sólo eran de agradar á Dios.»

Cuando se consideraba alistada en la Compañía de María, este recuerdo la enseñaba cómo debia portarse en todas ocasiones, y el celo que debia tener de la gloria de Dios y salvacion de las almas, particularmente en las escuelas, haciendo que todas las niñas le conocieran y ansiáran; la caridad, enseñando

y ayudando á sus prójimos con grande amor y cuidado; la humildad, haciendo cuenta que cada niña era su señora, á quien debía servir, disimulando sus impertinencias sin quejarse, por más molestas que fuesen, y esto deseaba con la divina gracia por toda su vida.

Deseaba asimismo cumplir esmeradamente cualquier oficio en que la obediencia la quisiese poner, sin atender á gana ó desgana, mayormente en las escuelas, diciendo: «Ya sabes que Jesucristo derramó su preciosa sangre por redimir á esas pobres almas; razon sería que tú, si fuese necesario, dieses tu último aliento en tan dichosa ocupacion. No mires nunca con más atencion á las niñas que te caen más en gracia ó te muestran mayor cariño, porque esto no sería buscar la gloria de Dios ni cumplir con tu Regla, sino buscar tu gusto y tu refinado amor propio. Mira no des á entender que trabajas mucho por la salvacion de las almas, sino trabaja en silencio todo cuanto te se posible, con la ayuda de Dios; pues el alabarse á sí misma de esta ó la otra cosa, desedifica á las demás religiosas, y mucho más á los seglares, que se guian por lo exterior, porque no ven otra cosa. Siempre que vayas al locutorio, reflexiona bien lo que has de hablar, procurando estar muy dentro de tí misma para no faltar en tus acciones y palabras, cuidando de observar las reglas de la modestia; pues en ese lugar, más que en otros, se edifica ó desedifica al prójimo, y éste forma regularmente el concepto bueno ó malo de toda la comunidad, por ver la modestia y juicio con que se presenta una sola religiosa, ó la soltura ó poca circunspeccion de otra.» Nos ha parecido copiar sus mismas palabras á la letra, por ser de mucha instruccion y espíritu.

No quisiera ella perder un ápice de lo que Dios, ya por sus inspiraciones, á las que estaba muy atenta, ó ya por medio de sus directores, le inspiraba para su adelantamiento en la virtud, y así tenía muchos apuntes para su gobierno, de los cuales tomaremos algunos, para que nos ayuden á adornar su retrato con sus mismos colores.

Un dia, en la oracion de la mañana, sobre aquellas palabras del Señor: «El que quiere venir en pós de mí, etc.» reflexionando los motivos, llegando al de la felicidad, le ocurrió: «Que si tuviera tanta facilidad para coger un pajarito que se le viniese á la mano y con sólo apretarla lo tuviese por suyo,

aunque en ella sintiera algun daño por tenerla mala, no dejaría de cogerlo con presteza. ¿Pues cuánto más fácil se pueden coger las ocasiones de mortificación entre día y á cada momento?» Se preparaba en la oracion para lo que pudiese suceder en aquel día, descendiendo á casos particulares, sin parar la atención en las criaturas, ni al cómo ni al por qué, diciendo: «Dios quiere que yo reciba esto con humildad, que me venza, que lo disimule, y por esta vía llenarme de sus gracias; y así, sea lo que sea, quedaré tranquila.»

«Conozco en mí, decia, un nuevo atractivo en todo lo que es Dios, que parece mi alma se va hácia El sin trabajo ni esfuerzo, y un grande conocimiento de las cosas terrenas. He conocido en la oracion, meditando sobre el ardiente deseo que tiene Dios de que le amemos, que mi amor debo tenerlo en mucho aprecio, cuando tanta estimacion hace Dios de él, y así cuidar mucho de no ponerlo en las criaturas, sino en ese Amante divino que tanto lo solicita. ¡Qué bondad!»

Sobre todo en la santa Comunión era en donde hallaba todo su tesoro, y de donde sacaba esfuerzos para pelear, trabajar y caminar á largos pasos en la vía de la perfección.

En la santa Comunión dice: «He experimentado gran suavidad, recogimiento y dulzura; muy deseosa de imitar á mi esposo Jesus en la pobreza espiritual y actual, humillaciones, menosprecios, etc., pidiéndole muy de veras este espíritu, desconfiando de mí y confiando en El y en la Virgen Santísima.

»Las hijas de María hemos de buscar, no sólo la gloria de Dios, sino la mayor gloria de Dios. De aquí infiero que cuando me culpáren de alguna cosa sin razón, y me viniesen deseos de excusarme diciendo no ser así, porque no desedifiquen, lo podré hacer por dar gloria á Dios; pero si fuese mayor gloria de Dios no dar satisfacción alguna, y humillarme vencíendome del todo, esto último será cumplir con la Regla más perfectamente.»

El día de San Estanislao, dice: «He disfrutado en la comunión de grande paz y alegría interior, dispuesta á sufrir por Dios cualquiera cosa, dándole muchas gracias porque así me conforta, pero sin perder de vista el tiempo de la desolación, y previniéndome para él, según las instrucciones que tengo recibidas, pido al Señor me dé su amor, y que éste vaya siempre

en aumento, sea por consolacion, sea por desolacion; con tal que yo ame mucho, aunque no lo conozca, y así padezca mucho, nada me importa.»

Otra vez, en un viérnes del Corazon de Jesus: «En la santa Comunion sentí vivos deseos de la union con Dios, y me fué dado á conocer que esto lo alcanzaria con el ejercicio de su divina presencia, recogimiento interior y vencimiento propio: tambien conocí que al presente lo que Dios quiere de mí es que sea constante en desempeñar con mucho esmero todas mis obligaciones y cargos de la obediencia, y con el ánimo hacer todos los ejercicios espirituales, ora me halle triste ó alegre, tentada ó tranquila, desolada ó consolada.»

Otros muchos apuntamientos tenía, que todos respiran aquel espíritu de abnegacion y virtudes sólidas tan encomendadas en nuestras Reglas. Mas porque este jardin no parezca deslucido si le faltase una flor tan vistosa como agradable en la tiernísima devocion á su amantísima Madre María Santísima, copiaremos á la letra sus mismos afectos, aunque sean algo largos.

Dice así: «Virgen Santísima, Madre de Dios y mia. ¿Cómo podré yo, la menor de vuestras hijas, y la más ingrata de las criaturas, dar á Vos, dulce María, las debidas gracias por las innumerables que de Vos he recibido? Bien veo que por mí sola no puedo; y por tanto, convido á vuestro digno esposo San José con todos los Santos y Santas y espíritus bienaventurados para que os las den por mí: y deseo, desde ahora, Reina mia, dulce Madre, Virgen la más pura, humilde, obediente, mortificada, prudente, y, en fin, dechado de todas las virtudes, deseo, repito, daros muestras de mi gratitud ¡oh hermosa Madre de Dios! observando con el mayor esmero todas las Reglas, especialmente las de la obediencia, modestia, silencio, humildad. Para cumplir bien esto, os pido con todo mi corazon me alcanceis la gracia que necesito y siempre me ayudeis, pues sin vuestra ayuda no me es posible hacer la menor cosa buena. Para cumplir lo que aquí os prometo me valdré de este medio. Desde las diez de la mañana hasta las once, entraré en vuestro dulcísimo corazon, para que Vos misma me enseñeis el modo de conducirme, tanto en lo espiritual como en lo temporal, y así espero llegar á ser una perfecta religiosa de vuestra Compañía; pero esto sin que yo lo conozca, para vivir hu-

milde. Madre mia, recibid mis buenos deseos y perfeccionadlos, dándonos á todas vuestras hijas mucha gracia para ganar muchas almas.

»Vírgen Santísima, á Vos me entrego; cuidad de mi alma y cuerpo: en vuestras santísimas manos está mi salvacion, mi salud ó enfermedad, todo lo dejo á vuestro cuidado, así la vida como la muerte, y desde ahora no quiero ya cuidar de otra cosa que de serviros, daros gusto y buscar en cuanto pueda, con la divina gracia, vuestra mayor gloria, cumpliendo con la mayor fidelidad y constancia los deberes de hija vuestra y esposa de vuestro dulcísimo Hijo Jesus. Para esto procuraré desde la mañana hasta la noche, ántes de principiar cualquiera obra de las ordinarias, reflexionar un poquito cómo se portaria la Santísima Vírgen en esta ocupacion, y así lo mismo ántes de hablar, y principalmente cuando digan alguna cosa que me disguste mucho ó me halle en alguna ocasion en que tenga dificultad para vencerme y otras cositas así, haciendo esta pregunta á mi corazon: ¿Con qué humildad, prudencia, silencio, mortificacion y tranquilidad se portaria la Santísima Vírgen en tal ocasion? Y animada con este pensamiento, obrar lo mejor que pueda con su ayuda.»

Por no alargar demasiado, dejamos de poner otros muchos de sus apuntes, que son tambien de grande edificacion.

En cierta ocasion le sobrevino un accidente repentino, que la puso á punto de espirar, estando en quietud con no pequeño susto de todas, y dijo despues que cuando la llevaban á su aposento en brazos de sus hermanas, se bañaba en dulce consuelo al pensar que iba á morir hija de María. Convaleció poco á poco de este insulto, y vivió algun tiempo con una mediana salud, hasta que por fin el Señor la fué purificando lentamente con otra larga enfermedad, que sufrió por espacio de siete meses con la mayor resignacion, deseando ir cuanto ántes á aumentar el coro de las vírgenes que cantan el cantar nuevo, cuya consideracion la tenía embelesada.

A medida de las penas interiores de su vida, fueron los consuelos en la muerte. Recibido el Santo Viático, no hubo inconveniente en presentarle una carta de su cariñosa madre, que la amaba tiernamente, á lo que respondió muy alegre: «Mi madre llora y yo me estoy riendo.» Recibió todos los Sacramentos y demás auxilios de la Iglesia con el mayor consuelo.

El día 3 de Noviembre, á las ocho de la noche, entró en agonía con gran quietud, sin hablar y sin dar muestras de conocimiento. Leida la recomendacion del alma, la comunidad se fué á recoger, y algunas quedando en el aposento con un Padre de la Compañía de Jesus á la cabecera. Como seguia siempre en el mismo estado, las religiosas se ocupaban en encomendarla á Dios, ya en secreto, ya reunidas.

A las once de la noche, por una que pareció casualidad, un reloj que estaba enfrente de la puerta comenzó á dar desatinadamente, lo que no acostumbraba; á esta novedad, como si fuera una gran cosa, Dios así lo dispondria, salimos todas del aposento, quedando sólo el sacerdote con la enferma. Entónces la que parecia enajenada, aprovechando aquel momento, le dijo: «Padre, ha estado aquí San Luis, ¡ay qué gusto! y me ha dicho que moriré en sábado, que tendré una muerte muy dulce, que vendrá la Virgen Santísima y mis hermanas fulana y fulana (nombrando á várias, que eran las últimas que habian muerto).»

Suponemos que así sucedió; pues á las dos horas del sábado, con la mayor tranquilidad concluyó su carrera á los treinta y cinco años, dejándonos llenas de pena por su ausencia y de envidia por su gloria.

ELOGIO

de la Madre Eulalia Sanchez, que murió el 10 de Noviembre de 1855.

La Madre Eulalia era natural de la ciudad de Borja, en Aragon, hija de padres distinguidos y piadosos, que fueron don Tomás Sanchez y doña Antonia del Rio, que la pusieron de pensionista en esta Casa, en donde muy luégo se consagró á Dios, abrazando nuestro Instituto de la Compañía de María. Nos dió bellísimos ejemplos de virtudes muy sólidas, siendo la principal en que se esmeraba la conformidad con la voluntad de Dios, de donde le nacia el nada pedir, nada rehusar y de nada quejarse. No porque no se le ofreciesen ocasiones de

hacer grandísimos vencimientos, que sabía llevar con una mortificación callada y sin ruido; no se oía su voz más que para decir en todo lo que ocurría: «Dios lo quiere así, eso es lo mejor.» En donde hay que ponderar los muchos y continuos actos que practicaba de humildad, caridad, paciencia, silencio y exacta observancia de Reglas, siéndole Superiora una que tenía habilidad para suministrarle ocasiones de ello, tocándole, aunque con mano suave, en lo más vivo. Desempeñó los oficios de Maestra de clases, enfermera, ropera, tornera y sacristana. Su vida y su muerte fueron muy al caso para excitar nuestra emulación; pues siguiendo á Cristo por el camino del propio vencimiento y abnegación continua, llegó á merecer entrar, como esperamos, en el reino celestial. Sucedió su fallecimiento el día 10 de Noviembre, á las diez de la mañana, siendo de cuarenta y tres años de edad y veintisiete de religion, recibidos oportuna y fervorosamente todos los Sacramentos, conservando el conocimiento perfecto hasta el último suspiro, pues aún en la recomendacion del alma repetía cuantos afectos le inspiraba el ministro del Señor, con muestra de que le era alegre y gustosa su partida para la vida bienaventurada. Algunos dias despues de su muerte, á una religiosa de mucho trato con Dios, que ya es tambien difunta, le pareció verla subir al cielo.

ELOGIO

de la Madre Francisca Perera, que murio el 24 de Noviembre de 1856.

El 24 de Noviembre, á las cinco de la tarde, llevó el Señor á nuestra querida Madre Francisca Perera, á la edad de treinta y ocho años y doce de religion, recibidos todos los Santos Sacramentos; muy en su acuerdo, y pedidos repetidas veces. Era natural de Manresa, y por consiguiente devotísima de nuestro Santo Padre Ignacio de Loyola, hija de los Sres. D. Francisco Perera y Ana Perera, quienes de sus tiernos años la educaron en sólida piedad; y frecuentando las clases de nuestras amadas

hermanas en el mismo Manresa, creció inocente, y con la misma inocencia llegó á abrazar nuestro santo Instituto en esta Casa, bien distante de su ciudad natal y de la casa de sus padres, y áun venció los obstáculos que aquella época oponia á la vida religiosa. Hizo su carrera por el seguro camino de la humildad profundísima. Un alma generosa, unida á un cuerpo contrahecho y torcido, la inclinaba siempre á ejercitar las virtudes más sólidas, puestas á cubierto de toda vanidad. Su trato siempre amable, cortés y sencillo, era el encanto de todas sus hermanas, á quienes deseaba servir como si fuese la menor de todas. Su bajo concepto la movia á pensar que todas le hacian ventaja en los dones naturales y sobrenaturales, y áun esto lo llevaba con santa paz y resignacion.

No nos detendremos en las demás virtudes, pues por este sólido cimiento se debe medir el alto edificio que le corresponde. Los empleos que ejerció fueron éstos: algun tiempo estuvo en las clases, despues despensera, enfermera, ropera de lino y lana, y últimamente tornera.

Siempre se le notó en todos ellos suma exactitud, á pesar de la incomodidad que sentia en sus miembros, pues su mala constitucion fué la que por fin le ocasionó la muerte. Y la recibió con tal serenidad, como quien nada tenía que temer de su Esposo, á quien siempre procuró agradar.

BREVE RELACION

de la vida y virtudes de la Madre Castora Gomez, que falleció el 18 de Febrero de 1858.

Nació la Madre Castora Gomez en la villa de Valtierra; de familia distinguida é ilustre, el 28 de Marzo de 1822: fueron sus padres D. Nicolás Gomez y doña Josefa Elío. Contaba la niña Castora pocos años cuando murió su padre D. Nicolás, dejando á su señora en triste soledad con dos hijas, que fueron educadas por su señora madre cristiana y finamente, segun que á su nacimiento convenia. Entrambas vistieron el hábito de nuestra Compañía en esta Casa de Tudela, y por los ejem-

plos que nos dejaron y virtudes en que resplandecieron, se ha creído conveniente escribir su edificante vida con alguna mayor extension, para que pueda servirnos de provechosa edificacion y como un espejo en que podamos mirarnos. Muy diversos fueron los caminos por donde el Señor llevó á las dos hermanas. Martina, que fué la mayor, era un ángel por su inocencia, modestia, candidez, rubor y vehemente anhelo con que deseaba agradar á su Divina Majestad, como queda ya referido en su vida. Todas sus delicias eran el retiro y la soledad, por poder vacar más libremente á Dios, dulcísimo bien y único consuelo de su alma. Castora, empero, con todas aquellas prendas naturales que hacen sobresalir y levantan sobre los demás á quien las posee, se aficionó al mundo, á sus vanidades y atractivos, y desempeñó en él un brillante papel. Era Castora de buen parecer, circunspecta y grave; su gracia en el decir extremada, y nada comun su discrecion; de magnánimo y generoso corazon, con despejado talento y superior capacidad. A tan relévantos dotes añadia modales dignos y nobles, y tal afebilidad, que con sólo hablar ganaba las voluntades, siendo encanto y embeleso de quien la trataba, y admiracion de cuantos la conocian.

Deseosa como era de parecer bien, y aficionada á las galas, diversiones y pasatiempos con que el mundo convida y halaga á la incauta juventud, gustaba de parecer en público y llamar la atencion hácia su persona, y de ser galanteada, poniendo en esto su dicha y su gloria. Sin embargo, ella en el fondo de su corazon encontraba un vacío, y no dejaba de conocer que los aplausos, gloria y placeres con que le brindaba el siglo eran cual flores del campo que al reir del alba se muestran galanas y hermosas, mas al caer del sol las contemplamos marchitas y sin lustre.

Habia ya llegado á los diez y ocho años, y por ser tan raras sus prendas, se le ofrecian ventajosos partidos; y todos, por disposicion del cielo, que tenía á Castora para mayores empresas, quedaron sin concertar y ningun efecto. Sucedió que un dia de sábado, arrebatada por el deseo de acertar, levantóse confiadamente, fuese á la iglesia para oir la santa Misa é implorar del Señor la luz que necesitaba, y que está prometida á los que á su Divina Majestad se acerquen; y para obtenerla más fácilmente postróse con tierna y filial devocion ante la

venerada imágen de Nuestra Señora de los Remedios, suplicándola interpusiese su mediacion y la patrocinase en su demanda. No se hizo mucho de rogar esta benignísima Madre, ni tardó en dispensarle el remedio que solicitaba; porque, sintiéndose instantáneamente poseida de un desacostumbrado recogimiento y fervor, que resolviéndose en un impetuoso torrente de dulcísimas lágrimas, anegó su corazon en tan celestial consuelo, y experimentó tal cambio en su espíritu, que, disipadas las ilusiones detrás de las cuales corria, se sintió fuertemente llamada á renunciar á la vanidad y á dar libelo de repudio al mundo, á quien hasta entónces habia procurado agradar. Salió, en efecto, de la iglesia muy otra delo que habia entrado; regresó á su casa, y no por casualidad, sino por altísima y providencial coincidencia acaeció que al llegar ella llegase tambien su señora madre y piadosa hermana, y que la dijesen: «Venimos del convento de la Enseñanza.» Palabra portentosa que, apenas oida por Castora, la inflamó interiormente, de manera que al punto, y con renovadas instancias, pidió á su señora madre la permitiese entrar desde luégo en el expresado convento en clase de pensionista. Concedióselo su madre, aunque muy maravillada y sorprendida de una petición que no esperaba. Con esto la pretendiente de tal modo activó su negocio, que una hora despues habia ya obtenido las convenientes y respectivas licencias del Prelado y Priora para su entrada, la que se verificó el dia 12 de Marzo de 1840, y sin más intervalo que dos dias desde que obtuvo la licencia. Pues hallándose su espíritu impelido hácia dos direcciones, la una hácia el mundo y la otra hácia su renuncia y abandono, quiso ponerse en situacion alta y despejada, desde donde pudiese divisar con mayor claridad lo que le estaria mejor y sería á Dios más agradable; que en el retiro y soledad suele el Señor comunicarse más á las almas y hablar más distintamente al corazon.

Mas aunque poseida de este grave pensamiento, como no es tan fácil ni hacedero á una jóven de su talla el despojarse en dos ó tres dias de los modales, usos y costumbres del mundo, se presentó á las religiosas con mucho aire y resábios de mundana; pero como el ejemplo es medio tan eficaz para modificar la conducta de las personas, los que veia en las religiosas de humildad, sencillez, modestia, piedad y moderacion en

todas sus acciones, y en las niñas educandas de sumision, docilidad y angelical candor, obraron en ella tal cambio, que dentro de poco tiempo vino á ser, no sólo imitadora, sino ejemplar espejo de todas sus compañeras. Ni es de maravillar que tan prontamente surtiesen en ella efecto estos ejemplos, porque se previno cuerdamente, removiendo los obstáculos que podrian frustrar su eficacia.

Es el caso que á los once dias de su entrada pidió licencia y se dispuso con especial cuidado para hacer una confesion general, con el fin de purificar su alma, lavándola de todas sus manchas en esta celestial piscina y dejar ahogados en ella los enemigos que la inquietaban é impedian el completo reposo de su conciencia. A este fin, valiéndose de las instrucciones que ya habia recibido y de las que solicitó de las religiosas, se preparó para esta provechosísima y trascendental obra, por el método más útil y universalmente practicado por personas espirituales y recomendado por los maestros de espíritu. Púsose, pues, en la presencia de Dios, y fijando su vista en aquella infinita bondad que le habia dado sér, y á quien era deudora de todo lo que era y poseia, repasó en su memoria las principales séries de beneficios que de su generosa mano habia recibido: recorrió los beneficios de la creacion y conservacion con todos los demás á ellos inherentes, el beneficio de la redencion con todos los méritos, gracias, auxilios y medios que nos mereció y con que nos ha enriquecido Nuestro Señor Jesucristo, y los beneficios particulares, así positivos como negativos, con que Nuestro Señor la habia favorecido, dispensándola bienes y librándola de males y peligros. Agradeció muy cordialmente al Señor estas bondades, y en vista del contraste que ellas formaban con sus defectos é infidelidades, suplicó encarecidamente á Su Divina Majestad se dignase alumbrarla para escudriñar atentamente hasta sus más ligeras faltas é ingraticudes, y darle copiosa gracia para aborrecerlas, detestarlas y arrojarlas léjos de sí; de aquí empezó solícita el escrutinio de toda su vida, dividiéndola en distintas épocas y repasando de una parte los mandamientos de la ley de Dios, los preceptos de la Iglesia, y los deberes de sus particulares obligaciones; y de la otra, los diversos tiempos, lugares, compañías y tratos, aspiraciones y entretenimientos, trayendo á cuenta y sujetando á juicio en

todos estos casos sus pensamientos, palabras y acciones, logró, con el auxilio de Dios, verse tal cual era. De aquí, humillada por la muchedumbre de sus faltas, y confundida por lo mal que habia correspondido á los favores y gracias del cielo, y anonadada al considerar que se habia atrevido á desagradar y ofender á la Majestad de un Dios que es bondad por esencia y digno de infinito amor, y viendo que se habia expuesto muchas veces á perder el inmenso tesoro del sumo bien y de hacerse para siempre desgraciada, su generoso corazon, oprimido de pena y de dolor, se deshacía en ayes, suspiros y lágrimas de compuncion, detestando todo el mal que habia hecho, é implorando misericordia y perdon. Coronó en seguida estas disposiciones con la firmísima resolución de querer morir mil veces ántes que volver á ofender á Dios, pues si bien temía de su flaqueza, esperaba confiadamente en el poderoso auxilio de la divina gracia. Así se preparó por algunos dias para llevar á cabo su deseada confesion general, la cual hizo con tan dolorosa especificacion y pormenor de sus faltas, con tan viva fé de la virtud sanativa de este Sacramento, y tal confianza en el valor de los méritos de Jesucristo, que no es maravilla produjese en ella los saludables efectos de que fué buen testigo el edificante tenor de vida que emprendió y continuó el tiempo que por entónces permaneció en la Enseñanza.

Y verdaderamente salió tan purificada y limpia de este salutífero baño, que habian desaparecido de su persona hasta aquellos dejos y resabios mundanales con que habia entrado, y á su vez apareció en ella la humildad, la sencillez y moderacion de todas sus acciones. Era admirable la subordinacion con que obedecia á sus Maestras, y se sujetaba á sus más ligeras insinuaciones, y en la debida limpieza y aseo de su persona no se vió ya ni afectacion ni exceso; declaróse enemiga irreconciliable de la ociosidad y pérdida del tiempo, ántes bien se la veia siempre ocupada y laboriosa, no ya en labores de capricho y de antojo, sino en las útiles y convenientes, siguiendo en esto el impulso y direccion de las que la gobernaban; y con el permiso de estas mismas, terminado el trabajo, buscaba gustosa el descanso en la lectura de libros piadosos que refocilaban su espíritu y le robustecian para sus nuevas tareas. En este género llamaban particularmente su atencion las vidas de los santos varones ilustres de la Compañía de Je-

sus, con cuyos ejemplos, celo por la gloria de Dios y bien de las almas y demás virtudes que allí se describen no se puede decir cuánto se deleitaba y cuánto se animaba á la imitacion. Sentia un singular atractivo en todo lo tocante a la piedad, culto y servicio de Dios, y así á todo ello acudia con puntualidad y exactitud y con señalado fervor; mostrábase en todo verdadero ejemplar y dechado de educandas, precediendo á todas, así como en la edad, en el ejemplo y ejercicio práctico de sus particulares deberes y observancias. Su proceder, en suma, era tan edificante, é inspiraba tal confianza á sus religiosas Maestras, que no dudaban dejarle la escuela para sustituirlas cuando por alguna necesidad urgente ó por algun lance imprevisto tenian que ausentarse. Y bien se echaba de ver con cuán justa razon se fiaban de ella para que mantuviese el órden en las niñas y no se interrumpiese la aplicacion al estudio y labores, porque jamás en este punto frustró las esperanzas de sus directoras, ántes bien se manejaba con tal acierto, dulzura y afabilidad, que en el tiempo que allí permanecia como suplente no se echaba de ménos la presencia de la principal. Tambien le encargaban el cuidado de prepararlas á recibir los Santos Sacramentos, lo que ejecutaba con especial gusto, por tener ocasion de ejercitar su celo hablándoles de la pureza, reverencia y espíritu de fé con que debemos llegar á recibir el Pan de los ángeles. Contenta vivia Castora en la soledad y léjos del mundo, y desde que bajando un dia al enterratorio donde descansan los restos de las religiosas, vió á qué nos reduce la muerte, despreció todo lo temporal, y sólo aspiraba á lo eterno. Manifestóse esto claramente cuando al cabo de un año se vió obligada á regresar á la casa materna, donde, brindada á asistir á los espectáculos y diversiones que ántes tanto apetecia, nunca se pudo conseguir de ella, ántes su modestia, sencillez y retiro causaban extrañeza á cuantos la habian conocido, y admirábanse de tan radical mudanza. Sentíase interiormente llamada á vida más perfecta, y no acababa de resolverse á romper los lazos que al mundo la ataban; mas el Señor, que queria á Castora para sí, dispuso que de nuevo entrase en este asilo de paz.

Ha sido en estos tan azarosos tiempos tan trabajada la república, y de tantas maneras revuelta y trastornada, que es cosa de mucha pena el pensarlo, cuanto más el escribirlo. Ha-

bia visto perseguida la Iglesia de Jesucristo, profanados los templos, los vasos sagrados servir en torpes festines, escarnecidos, encarcelados y muertos violentamente los ministros del Señor, arrojados de su casa sus siervos y esposas, coartada la libertad para recibir novicias en la comunidad, y otras mil y mil vejaciones que la pluma se resiste á escribir. En una de estas ocasiones, hallándose la comunidad con falta de sujetos para desempeñar lucidamente los ministerios de nuestro Instituto, resolvieron las Superiores valerse de la ayuda de alguna señorita seglar. Y como Castora vivia tan retirada en el mundo, y pedia de nuevo ser admitida en clase de seglar, fácilmente se persuadieron que aceptaria gustosa este cargo. Así fué, en efecto, y vimos segunda vez entre nosotras á Castora, muy más recogida y amiga del silencio que ántes, dada á la oracion y frecuencia de Sacramentos y á toda virtud. Habia ya pasado un año ejerciendo su celo y caridad en esta Casa, cuando, por obedecer á su señora madre, se vió precisada á pasar de vicerectora al colegio de Saldaña, en Búrgos. Creyeron sus directores que si Castora llegaba á encargarse de la direccion de aquel establecimiento, todo mudaria de aspecto, como sucedió. Supo Castora ganarse la voluntad de las niñas, darles gusto y aficion al trabajo y prácticas religiosas, y plantar en su corazon el santo temor de Dios, siendo de todas amada y obedecida, alcanzando cuanto de ellas exigia.

Desde algun tiempo el Señor estaba dando aldabadas á la puerta del corazon de Castora para que se lo diera y consagrara todo á Su Divina Majestad en la religion, rompiendo de una vez para siempre las ataduras de mentidas promesas y falsos halagos que le hacia el mundo, y ahora, por remate, la convidaba con un partido tan ventajoso, que llegó á estar indecisa si dar su corazon á Dios ó entregarle á la criatura. En tal conflicto resuelve, con anuencia de su confesor, ofrecer una novena de comuniones al Corazon sacratísimo de Jesus para obtener el acierto en negocio de tanta monta cual es la eleccion de estado. Como el Señor la habia elegido para Esposa suya, hizo que se desvaneciera el proyecto en que Castora pensaba, y conoció con esto claramente que sólo Jesus habia de ser su Esposo. ¡Esta era la voluntad de Dios, y va á cumplirla! Pero no sabia qué religion abrazar; inclinábase á ser capuchina, mas un Padre de la Compañía, á quien abrió su

corazon, despues de mucha oracion y haberlo consultado con Dios, le dijo: «Dios la quiere á V. en la Enseñanza de Tudela.» ¡Oh dulce Redentor de nuestras almas! ¿Y quién dirá vuestra Providencia con los hijos de los hombres? Vos, Señor, buscais nuestro amor y nosotros somos desamorados con Vos, á quien por infinitos títulos deberíamos amar. Vos llamais á la puerta de nuestro corazon, y nosotros no escuchamos vuestras voces. Pero infinito como sois en bondad y misericordia, no os cansais de esperar, y de nuevo volveis á llamarnos para atraernos á Vos. ¡Bendito seais mil veces, Señor!

Era el 14 de Mayo de 1845, y contaba Castora veintitres años, cuando por tercera vez le abrimos las puertas de esta Casa, donde habia determinado servir á su Dueño. Antes de entrar quiso cortar de raíz cuantas relaciones tenía, muriendo del todo para el mundo, y el mundo para ella. Y tomó tan á pechos el vivir en adelante segun el espíritu de Jesus y María, que sólo en ellos pensaba, sólo en Jesus y María encontraba paz y verdadera alegría.

Grande era el fervor con que empezó el noviciado y el ahinco con que se aplicó á la perfeccion. Ante todo, propuso en su corazon observar entera y perfectamente las Reglas todas de su Instituto, que, por ser tantas, tan menudas y de tan levantada perfeccion, requieren diligencia suma, vigilancia extraordinaria y continua mortificacion. Y así andaba tan solícita y cuidadosa, que rara vez, ó nunca, se la vió faltar á la más mínima de nuestras constituciones. Ni se crea por esto que fuese cabizbaja, con semblante triste ó melancólico, ni que se mostrase rígida ó austera: porque la verdadera virtud no destruye sino que perfecciona la naturaleza; ántes por su exterior se conocia la paz que reinaba en su alma, siendo su semblante apacible, moderado su andar, modesta su mirada, y sus acciones ajustadas en todo á la Regla. Hizo tan rápidos progresos en todo género de virtud, que las Maestras la presentaban por ejemplar y dechado á sus connovicias. Y no es de extrañar, porque habiéndose propuesto imitar á Jesus y María, procuraba hacerlo á la manera que lo enseña el Padre San Ignacio en el libro de los Ejercicios; de donde resultaba que todos sus pensamientos, sus palabras y sus obras tenian delante del Señor grande mérito, y los ojos de las que observaban su proceder no hallaban cosa que tildar. Ni es ménos de admirar

la exactitud y perfeccion en las obras pequeñas, ordinarias y cotidianas, que en las grandes y ruidosas, ántes es más de maravillar. Bien pequeña cosa es, como dice el P. Nieremberg, el echar la madre de familias la mano al huso, hilar y coser; con todo eso alaba de esto el Espíritu Santo á la Mujer fuerte, y no especificando de ella grandes hazañas, dice que empleó sus manos en cosas valientes y hazañosas; porque es grande valentía cumplir las obligaciones de su estado en cosas pequeñas.

Ataviada su alma de tantas virtudes, aguardaba con ánsia el dia de su desposorio con Jesus, que no pudo verificarse hasta despues de pasados cinco años, por las circunstancias de los tiempos tan calamitosos que atravesábamos. No fué esta pequeña mortificacion para Castora, que con el mayor ahinco de su corazon deseaba unirse á su Dios. Miéntras llegaba tan suspirado dia, para que su divino Amante no hallára en ella cosa que estorbára en lo más mínimo su íntima union, se preparó con especialísimo cuidado, y procuró evitar áun aquellas pequeñas faltas que son como connaturales á la debilidad de la criatura, preparando de este modo una morada purísima y ménos indigna del que es la misma santidad. Y para que se vea cuáles eran sus deseos y sus fervores, bueno será copiar á la letra los propósitos que hizo para la guarda de los votos. Dicen, pues, así:

«Para no faltar al voto de pobreza, propongo observar perfectamente las Reglas del art. 9.º de nuestras Constituciones. Lo aprenderé de memoria para practicarlo mejor, y el dia de retiro mensual examinaré lo que he faltado; pues haciendo lo que allí se manda, nada más necesito. El mismo dia daré vuelta por mi aposento y veré si hay algo supérfluo, y quitarélo al instante. Tambien daré por mi corazon para ver si hay en él apego á alguna cosa, y luégo la derribaré. Todas las cosas necesarias para mí han de ser pobres, ordinarias y groseras.

»Para guardar el voto de castidad, observaré con toda diligencia las Reglas que tratan de este voto, como en la pobreza. Tendré especial cuidado de evitar en pensamientos, palabras y obras la cosa más mínima que la pueda ofender de mil leguas, huyendo de la menor sombra de peligros y ocasiones. Para esto propongo la mortificacion de sentidos de este modo. Mortificaré la vista llevando los ojos bajos, y sin levantarlos á

mirar las cosas por mera curiosidad; y en el coro ó tribuna escogeré el lugar más retirado para no ver; y aunque me llame la atencion alguna cosa, jamás fijaré la vista en los objetos que haya en la iglesia, ántes he de salir sin poder decir quién ha estado. El mismo recato observaré en el locutorio. Mortificaré el oido no parándome á oír lo que se habla, aunque pueda hacerlo, si en ello tengo gusto, y huiré de oír nuevas y cuentos que no me pertenecen. Mortificaré el olfato no aplicando á él flores, frutas, ó aguas compuestas, á no ser por necesidad, y sufriré los malos olores. Mortificaré el gusto siempre que pueda, escogiéndolo, tanto en la comida como en la bebida, lo que ménos me guste. Para mortificar el tacto huiré de toda comodidad en la cama, en las posturas, en estar de pié, sentada ó arrodillada; tendré cuidado de no apoyarme, sino sufrir las incomodidades que en ellos se me ofrecieren.

»Para guardar el voto de obediencia, propongo observar con el mayor cuidado las Reglas de su artículo, valiéndome de los medios arriba dichos para practicarlos miéntras viva con niñedad, y nada más digo, pues en ellas se encierran todos los propósitos que yo puedo hacer acerca de esta virtud.»

Y en otro papel, hablando de la confesion general para su profesion solemne, se expresa en estos términos: «Cuando hice la confesion general para mi profesion solemne, sentí un dolor tan vivísimo de haber ofendido á un Dios tan amante, que sentí un grande horror áun á la sombra de imperfeccion; y para protestar al mismo Dios mi sentimiento de haberle ofendido, y resolucion de no disgustarle, concebí un vivo deseo de hacer voto de no cometer pecado venial advertidamente: lo manifesté á mi director y no me permitió hacerlo, pero me dijo que siguiese manifestándole este deseo. Al cabo de seis meses me dijo que comenzase un año de noviciado para preparacion; cumplido este plazo me lo permitió hacer por un año sólo en la comunión del 21 de Noviembre. Jamás habia sentido mayor consolacion: seguí renovándolo cada año con licencia; pero insistiendo yo en la peticion de que me permitiese hacerlo perpétuo; despues de cinco años lo hice en la comunión de renovacion del 2 de Febrero de 1855. Lo que mi alma sintió no puede explicarse: formé resolucion de imitar á María Santísima, y escogí Reglas para ejercicio particular.» Y como lo propuso se lo vimos cumplir.

Llegó, por fin, el día feliz y dichoso en que se ofreció á Dios por medio de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Su corazón rebosaba de alegría al contemplarse esposa de Jesucristo é hija de María. Tributaba al Señor himnos de bendición y alabanza por la misericordia y liberalidad grandísima que con ella había usado, sacándola del árido desierto del mundo y trasplantándola al ameno y delicioso jardín de la religión, donde la paz de Dios inundaba su alma de consuelo; donde gozaba de suaves y castísimos placeres, cuales nunca el mundo la había proporcionado. Quien en este día viera á Castora, la modestia de su semblante, su compostura exterior, su recogimiento, no pudiera ménos de moverse á devoción y bendecir á Dios. Y más si pudiéramos ver lo que en su corazón pasaba, la nobleza de sus sentimientos y los afectos que en ella excitaba la consideración de la inefable Providencia del Señor, que por medios y trazas tan no pensadas ni imaginadas la había como traído de la mano á su santa Casa, elegídola por esposa, y consumado con ella el desposorio. Esta reflexión la sacaba fuera de sí, y quisiera tener las lenguas y corazones de todas las criaturas para alabarle y amarle con todos ellos.

Y considerando á lo que la obligaba esta soberana merced y beneficio grande del Señor, hizo la heroica resolución de no vivir ya más para sí, sino sólo para su Amado, despojándose totalmente de su propio querer é interés. Comenzó libro nuevo y tejió una nueva tela de santa vida, buscando y amando únicamente las cosas verdaderas y perdurables, y trabajando valerosamente por alcanzarlas. Fué tan poderoso este propósito en su alma, y tan constantes sus efectos, que desde este punto hasta el postrero de su vida no se olvidó de lo que en este día propuso, ni se entibió su fervor, como veremos en la relación de las virtudes y santa vida que en adelante llevó.

Hecha la profesión, y puesta y embebida toda en Dios, nunca se hubiera hartado de darle gracias por tan señalada merced. Como vieron las Superiores las buenas prendas que tenía para enfermera, determinaron darle este oficio. Mucho se alegraron todas sus hermanas al saber que Castora tenía el cuidado de la enfermería; porque todas tenían bien conocidos los quilates de su acendrada caridad, y el gusto y afán con que servía á todas, aunque fuera á costa de cualesquiera penas y trabajos. Pero quien más se alegró fué ella misma, por tener

ocasion de ejercitar la caridad con sus hermanas de un modo especial, y servir las en sus necesidades. Una de sus principales máximas era la de desempeñar con la mayor perfeccion posible, y conforme al espíritu de la Regla, los oficios que le confiase la obediencia; por lo que trabajó y se afanó para poner en orden cuanto á su oficina pertenecia, esmerándose en tenerlo todo limpio y aseado: sin que por eso se pudiera decir de ella lo que Doroteo dijo por humillar á su discípulo Dositteo, que habia salido buen enfermero, empero no buen religioso. Y como la caridad es solícita y amorosa, era grande el cuidado y ansiedad que tenía cuando alguna de Casa caía enferma. Acudia luégo á visitarla y enterarse de su dolencia, y con oficiosa caridad le daba el remedio que le parecia más oportuno, si el caso era de poca monta; pero si era de alguna consideracion, daba de todo cuenta á la Madre Superiora y procuraba que el facultativo viniese á tiempo y visitase la enferma, enterándose bien de cuanto éste ordenaba para ejecutarlo al pié de la letra. A las que estaban postradas en la cama y aquejadas de dolores, trataba con singular cariño y dulzura, desviviéndose por hacerles más llevaderos sus achaques é indisposiciones, consolándolas y alegrándolas con palabras de edificacion, y dándoles gusto en cuanto podia. Encomendábalas á Dios, y le suplicaba les concediese la salud si les convenia, y si no paciencia y resignacion para sufrir con mérito las pruebas que con sus siervas hacía. En verdad que desempeñó á satisfaccion de la comunidad este difícil cargo, que tantos actos de mortificacion proporciona.

Diéronle despues el oficio de ropera, que desempeñó con igual diligencia y cuidado. Y aquí se vió cuán amante era de la santa pobreza, que verdaderamente amaba como á madre y la consideraba como firme muro de la religion. ¡Qué cuidado y diligencia en tener todas las piezas bien compuestas y arregladas! ¡Qué minuciosidad en quitar el polvo y las manchas de la ropa, aunque sufría mucho en estas ocupaciones, por tener algunas veces los brazos de manera que ni para sacudir un vestido le servian, si no era á costa de recios y agudos dolores! Pero por dar ejemplo á las que tenía que enseñar, lleváballo todo con paciencia y sufríalo por aquel Señor á quien sólo deseaba agradar con todas las veras de su alma. Ocupóse despues en la enseñanza, para cuyo oficio el Señor le habia dota-

do de tan raras prendas como en parte queda referido. Para desempeñar con acierto y provecho de sus discípulas cargo de tanta trascendencia y responsabilidad cual es la educacion de la juventud, procuró ante todas las cosas captarse la estima de las niñas y ganarles poco á poco el corazon, en lo que al principio tuvo que luchar con el carácter indócil y travieso de algunas, mayormente de las pensionadas. Pero como la veian siempre con el semblante de risa, afable y cariñosa con todas, nada áspera ni enojadiza, se fueron rindiendo las más rebeldes, y en breve tiempo quedó dueña y señora de todas las voluntades. Mostraba tomar parte é interés en todas sus cosas, así en las alegres como en las tristes, haciéndose como una de ellas, para que de esta manera, ganada su confianza y sabedora de todas sus cosas, más fácilmente pudiera enderezarlas por el recto sendero de la virtud. Tuvo siempre gran cuidado de no manifestar más cariño á unas que á otras, porque sabía muy bien que de semejantes preferencias, amistadillas y mimos suele nacer y originarse en las demás descontento, celos, envidias, murmuraciones y otros males que perturban la paz y buen órden, como tristemente enseña la experiencia. Sólo á las que perdian ánimo y quedaban rezagadas ó andaban mal tentadas, mostraba particular afecto para animarlas; hacerlas correr y serenar su espíritu. Despues que habia dado este primer paso, en ninguna cosa se desvelaba más ni ponía mayor solicitud y cuidado que en educarlas santamente, é instruir las en el temor y amor de Dios; pues sabía por propia experiencia que las máximas que se aprenden en la niñez, áun cuando en la edad de las pasiones y fervor juvenil se olviden y dejen de practicar por algun tiempo, nunca se borran del todo de la memoria, y producen un dia su fruto.

Aficionábalas al trabajo con mil medios que para esto sabía inventar su delicado ingenio. Observaba el natural, inclinaciones y tendencias de sus discípulas, y hacía un estudio particular sobre cada una de ellas, para sacar el mayor partido posible, tocando los resortes que más hacian al caso. Y como era de todas tan querida y amada, no habia cosa á que se negasen por darle gusto, criándolas limpias, virtuosas, aficionadas á las labores y al trabajo, y hacendosas en todo, dando esperanza de que más tarde serian la edificacion del pueblo y el consuelo de sus familias.

Con indecible júbilo de su alma se ocupaba en estos ministerios, donde campeaba su celo y caridad, cuando plugo al Padre de las misericordias probarla con una enfermedad que la impedía el ejercicio de la voz, y de consiguiente el dedicarse á la enseñanza. Tuvo que dejar igualmente el empleo de Maestra y de cantora, que ejercía desde su entrada en el noviciado, por tener muy delicada voz y ser hábil en las notas de música, y muy buena cantora. Sintió toda la comunidad la indisposicion de la Madre Castora, por ser ella la que llevaba el peso del coro, y porque en su entonacion fiábamos todas, y su sonrisa y majestuosa voz daba lustre y esplendor á nuestras fiestas y funciones de Iglesia. Mas adoremos la amorosa providencia del Señor, que mejor que nosotras sabe lo que conviene á éstas sus servidoras y siervas.

Pero donde más brillaron sus talentos y más dilatados espacios ocupó su celo, fué en el espinoso é importantísimo cargo de vice maestra, y últimamente de Maestra de novicias, que fué el postrer empleo que ejerció. Entendia la buena Madre muy bien lo que entendieron y enseñaron todos los fundadores de las religiones; que la buena formacion de las novicias es el fundamento de la religion. Y que la que fuere en un principio buena religiosa y buena novicia, será despues, regularmente hablando, buena profesa y buena Madre, y sujeto útil á la religion. Y que las que comenzaren con fervor y echen profundas raíces de oracion y mortificacion, y verdadero menosprecio de sí, esas subirán á excelentísima perfeccion y acabarán bien. Y por el contrario, si al comenzar la carrera fueren flojas y tibias en el servicio de Dios, no medrarán en la religion, siempre estarán en un mismo sér, y plegue á su Divina Majestad no empeoren cuanto más adelante vayan, ó vuelvan atrás. Viendo, pues, de cuánta importancia era que las jóvenes novicias se formáran segun el espíritu de nuestro Instituto, y que principiásen con fervor la vida religiosa, se propuso enseñarlas con sus ejemplos y no decirlas de palabra cosa que no pudieran verla por ella practicada. Bueno será que traslademos aquí lo que sobre este particular hallamos escrito de su propio puño: «En el otro cargo, en el de Maestra de novicias, procuraré no perder ocasion de adelantarlas más y más por palabra, y mucho más por el ejemplo; de forma que, considerándome como la última novicia, se vea en mí la

exactitud en la observancia de las Reglas, la caridad, afabilidad, paciencia, mortificacion, obediencia, silencio, modestia, puntualidad, etc. Las instrucciones que les dé y conversaciones en la recreacion, se han de dirigir á inspirarles un grande amor á su vocacion, religion y comunidad; lo que las ayudará poderosamente á vencer las tentaciones en su nuevo estado, inconstancias y mudanzas. Grande amor á sus Reglas, fundado en su fiel observancia, grande amor á la pobreza y obediencia, con esmerado cuidado en la pureza. Un grande espíritu de abnegacion y mortificacion interior, procurando por este medio la presencia de Dios y recogimiento interior. Aficion y esmero en la distribucion de los ejercicios espirituales, amor al retiro de su aposento y silencio, siendo atentas, sumisas, humildes, sufridas, puntualísimas, exactas, pulcras y activas, con mucha aplicacion á hacerse miembros útiles de la comunidad, de modo que sirvan de alivio á la Superiora y demás religiosas, con indiferencia para oficios y ocupaciones, celo ardiente por la salvacion de las almas de dentro y fuera, ayudándolas con palabras, ejemplos y oraciones fervorosas. Agradeciendo á Dios con afectos, y sobre todo con amor de obras, el beneficio de su vocacion, y á la religion el de su admission, teniéndose por la última de los miembros que la componen. El desprendimiento de su corazon de todo lo terreno, y más de su propia voluntad, con entera resignacion á la divina; despojándose de sí misma, y buscando á Dios en todas las cosas procurando perfeccionarse y adelantar cada dia más en la virtud. Y sobre todo las exhortaré y animaré á que mantengan siempre sereno el cielo de su espíritu, esto es, que sirvan á Dios con paz y alegría, y que miren la virtud con semblante risueño, no ceñudo; teniendo el yugo del Señor por suavísima carga, y no pesada; que sean exactísimas en evitar faltas é imperfecciones; que se duelan y propongan la enmienda, pero con dolor y propósito sincero que las humille, sin abatirlas; ántes bien, se levanten con nuevo ánimo para en adelante, haciendo escalon de cada falta para subir y adelantar en la perfeccion. En una palabra: que el espíritu de amor las haga obrar, las mueva con grande anchura de corazon, fundada en la desconfianza de sí mismas y grande confianza en Dios, á quien han de amar más como amoroso Padre que temer como á riguroso Juez; y con este mismo amor han de amar á las Su-

perioras, reconociendo en ellas á Jesucristo Nuestro Señor y á la Virgen Nuestra Señora, con las cuales han de ser clarísimas de conciencia, sencillas en manifestarles su interior, exponer sus dudas y pedir consejo. Y así en el trato con éstas, como con las demás Madres y hermanas, ha de reinar la union, sencillez, docilidad y candor en todo. En las correcciones, avisos y conversaciones usará de palabras y aire humilde, afable y pacífico, sin afectacion, acompañadas de un celo activo y ardiente, pero suave y medido; no arrebatado ni extremoso, pero sí prudente y discreto. Procuraré inspirarle confianza y amor, no por mí, sino para sacar yo mayor partido en el bien de sus almas, de la religion y gloria de Dios, que es el fin que me propongo en cuanto haga y diga. Las oiré y responderé con paciencia y dulzura, no perdonando medio alguno para consolarlas y remediar con la gracia de Dios á las que vea verdaderamente necesitadas. Probaré prudentemente, á las que juzgue ser útil ó necesario, con várias mortificaciones y negaciones de su propia voluntad, pero confitando muy bien la medicina amarga, para que cause efecto sin amargar el paladar. Alentaré á las flacas y pusilánimes, humillaré con las condiciones dichas á las soberbias, y ayudaré y comunicaré á todas, así en lo espiritual como en lo material, cuanto pueda serles útil; y esto lo obraré, no como si fuese Maestra, sino atendiendo á la voluntad y órden de la Madre Priora.» Hasta aquí sus palabras; por donde se deja conocer el arte y manera de tratar á sus novicias. Y es bien de advertir que no era la Madre Castora como otras, que en dándoles un poco de fervor escriben largos cartapacios de propósitos y reflexiones; mas pasado aquel ardorcillo y regalo de su Señor, se olvidan de ellos, y no cuidan de ponerlos en práctica; sino que lo que una vez escribia, lo ponía luégo en ejecucion, por ser muy pundonorosa con Dios y grande su fuerza de voluntad. Siendo, pues, tal la Maestra, no es de maravillar que infundiera en sus novicias el genuino espíritu de nuestra religion. Veámoslas dadas á la oracion y mortificacion de sus siniestros hábitos, aficionadas á las penitencias y maceracion de su cuerpo: Habia entre ellas mucha union y entrañable amor, procurando cada una ser la primera en el trabajo y en todo lo que era molesto y penoso. Aunque procuraba aficionarlas á las verdaderas y sólidas virtudes, con todo, ninguna cosa les encargaba tan á menudo, ni con tanta

fuerza de palabras y peso de razones, como la exacta observancia de todas las Reglas; y solia decir con frecuencia que la mayor parte de las faltas que se ven en las comunidades religiosas provienen de que sus individuos no se penetran del sentido de las Reglas.

Aconteció una vez que cierta novicia sentia mucha repugnancia en manifestarle su interior y darle cuenta de lo que por su alma pasaba. Venciendo al fin su empacho la novicia, fuese á donde estaba su Maestra y díjole sencillamente que sentia tanta dificultad en estar con ella, que cuando iba á su cuarto, apenas habia entrado por una puerta, cuando le daban ganas de salirse por la otra. A lo que la Madre Castora respondió con dulzura y sonrisa: «Si no es más que eso, hija mia, bien poca cosa es: yo le ruego que si alguna vez le dieran ganas de coger un palo y apalearme, por Dios que me lo avise ántes, para que pueda escapar.» Y con esta gracia ahuyentó la tentacion de la hermana, que fué en adelante de las más abiertas y sencillas. Cuando veia á alguna triste, melancólica y mal tentada, no es decible lo que hacía y practicaba para consolarla y disipar las nubes con que la oscurecia el tentador. Sentia en el alma las penas y trabajos de todas sus hijas; y si alguna vez con sus exhortaciones y prudencia no llegaba á calmarlas, acudia luégo á la oracion y hacía fuerza al Señor, como sucedió una vez que pasó gran parte de la noche orando juntamente con una de sus hijas sumamente afligida, y por las oraciones de su Maestra recobró la paz. Amábalas con entrañable amor, y tratábalas de manera que cada cual creia de sí que era la más amada y querida de su Maestra, y con esto vivian alegres y todo se les hacía fácil y llevadero. Y lo dicho puede bastar para ver cómo cumplió con tan difícil cargo.

En el desempeño de estos oficios se empleó la Madre Castora con contento y aplauso de todas; y aunque padecia, cinco años habia, muchos achaques é indisposiciones, con todo, el rigor y fuerza de su espíritu suplía las fuerzas corporales, y hacía que atendiera á todo, deseando seguir la comunidad; pero la obediencia la obligaba á moderar su fervor, y á omitir aquellas distribuciones que pudieran ser perjudiciales á su salud, de lo que sentia no poca pena en su interior. La raíz de su mal estuvo en el corazon, donde experimentaba fuertes palpitations, con muy recios dolores. Del corazon, como de miem-

bro tan principal, se derivó la enfermedad á todos los demás: irritósele el vientre y el estómago de manera que ni con el dedo se lo podia tocar sin causarle muy terribles sufrimientos. Las náuseas eran frecuentes, continúa la fatiga y opresion de pecho, y cualquier afecto, áun de alegría, y el mismo fervor y consuelos de la oracion, la trastornaban, como solia ella decirlo á la Superiora con gracia singular. Llegaron los males á ser tales y tantos, que á mediados de Noviembre del 57 la postraron en la cama, tres meses ántes de su muerte, que acaeció el 18 de Febrero del año próximo. Veíase obligada á estar inmóvil, sin mudar de posicion, y algunos dias eran tan intensos los dolores, que aunque era admirable su resignacion y heróico su sufrimiento, la hacian dar lastimosos ayes, capaces de enternecer á las mismas piedras. De resultas de estar siempre con la misma postura, se le hicieron llagas, y de una de ellas manaba sangre; y á pesar de estar como sobre áscuas, no se le notó el menor movimiento de impaciencia, ántes decia: «Sentiría que me viniesen deseos de morir por no padecer; no quiero más sino que se cumpla en mí la voluntad de Dios.»

El dia de San Antonio Abad se le administró el Santo Viático, que recibió con especiales señales de fervor. Desde este instante se la vió bañada en suavísimos consuelos y santa alegría, considerando que iba á salir de este valle de miserias y cárcel de su cuerpo y se le iban á abrir las puertas de la celestial Jerusalem, donde gozaria para siempre jamás de los abrazos y ósculos de su divino amante Jesus. Estaban alrededor de su cama sus Madres y hermanas, afligidas y llorosas por la pérdida de su tan amada Madre Castora. Todas deseaban hablarla y hacerle su encargo particular. Una le suplicaba que cuando se encontrase en las moradas eternas le alcanzase de Jesus la verdadera humildad. Otra pedia el celo de las almas. Esta el agradar siempre á Dios en todas las acciones, aquélla la perseverancia final; y de esta suerte iba cada cual dándole su encargo, segun su devocion. Ella prometia cumplir con todos, y daba algunos avisos de mucha perfeccion á las que se hallaban presentes, y al médico le dijo se preparára con tiempo para la muerte, y sabemos que las palabras de esta bendita Madre hicieron en su alma mucha impresion y no pequeño fruto. Quiso el Señor que cediera la violencia del mal, y que gozáramos por unos dias más de la presencia y santos ejem-

plos de esta querida hermana. Su vida más bien parecía milagrosa que natural; y el mismo facultativo se maravillaba grandemente de que subsistiera por tanto tiempo sin tomar alimento. Llegó el 18 de Febrero del 58, y á eso de las cuatro de la tarde le asaltó un dolor vehemente acompañado de bascas y vómitos penosísimos, que le duraron cinco horas, al fin de las cuales, rodeada de sus hermanas, que dirigian al cielo sus votos y súplicas por la enferma, y prevenida muy de antemano con todos los auxilios de nuestra Santa Madre Iglesia, rindió su espíritu á aquel Señor que para tanta gloria suya, bien de las almas y provecho de esta comunidad la habia criado, siendo á la sazón de treinta y seis años.

Esta es la vida y santa muerte de la Madre Castora Gomez; y porque las virtudes que en ella practicó son muy excelentes, y porque confiamos que, con el favor y ayuda del Señor, nos serán de alguna utilidad y aprovechamiento espiritual, diremos algo sobre varias de ellas y del modo como las practicaba, aunque no de todas, porque sería tarea demasiado larga y no conforme á la brevedad que nos hemos propuesto. Y empezando por la caridad, que es la más excelente de las virtudes, y la que como reina da sér de tales á las otras, que sin ella no tendrán más que apariencia exterior; fué tan ardiente la de esta bendita alma, que ni áun en medio de las ocupaciones de enseñar y dirigir á otras, tan expuestas de sí á la distraccion y disipacion, se enfrió la ternura de su afecto para con Dios, ni apartaba de Él su pensamiento y corazon. Por ser la oracion fragua donde se enciende el amor de Dios, fué muy dada á ella desde que abrazó el estado religioso, y siempre que tenía algun momento desocupado lo pasaba en la presencia de Dios, procurando con todas sus fuerzas juntarse con su Amado, apartando de sí toda mira de interés temporal y eterno, sino sólo por ser Dios bondad suma, santidad y perfeccion infinita. Y porque este desprendimiento de sí propio es uno de los principales caractéres de la verdadera caridad, y se halla tan repetido en sus escritos, quiero trasladarle aquí con sus propias palabras: «Es mi deseo, dice, é intencion, ceder todos los consuelos y gustos espirituales á todas las almas, para que, animadas con ellos, amen y glorifiquen más á Dios y le ofendan ménos. Todos los méritos adquiridos desde este momento hasta el último de mi vida, en el ejercicio de las virtudes,

esmero en evitar faltas, trabajos y dolores de espíritu y cuerpo, los cedó en beneficio de todas las almas, queriendo para ellas el premio de ellos, presentándome á mi amado Jesus y soberano Juez en el dia de mi muerte con sólo el mérito de un total desprendimiento de todas, en correspondencia de su amor, amándole con un amor desinteresado; sacrificome toda á su mayor gloria y bien de las almas, con el único fin de verle siempre amado y nunca ofendido.»

Y para que sus obras fuesen todas meritorias y agradables á Su Divina Majestad, dice en el mismo papel: «Hago intencion de que todas mis respiraciones sean otros tantos actos de amor y deseo de la *mayor* gloria de Dios y bien de las almas. Haré de modo que todos mis pensamientos, palabras, obras, deseos y sentimientos contribuyan *siempre* á la *mayor* gloria de Dios y *bien* de las almas. Emplearé mis potencias, sentidos, afectos del corazon y miembros de mi cuerpo, de modo que siempre resulte gloria á Dios y bien de las almas. Hago intencion de que el esmero que ponga en evitar faltas é imperfecciones, y practicar virtudes, sea con el único fin de procurar *mayor* gloria á Dios y bien de las almas. Os amo, Dios mio, y deseo veros amado, y os suplico comuniquéis este afecto de amor á todas las criaturas. Os doy infinitas gracias, y os las doy en nombre de todas las almas; y os suplico comuniquéis á todas este afecto de gratitud, con el único fin de procurar vuestra *mayor* gloria y bien de las almas.» Estas son sus palabras, que nos revelan la sublime perfeccion á que habia llegado, y la hoguera de amor divino que en su pecho ardía. ¡Oh alma generosa de Castora! ¡Cuán dichosas seríamos si acertáramos á imitarte, como tú imitaste á la Santa Madre Teresa de Jesus, á quien tan parecida fuiste en todo!

La ternura, devocion y lágrimas con que se llegaba al augusto Sacramento del altar, más son para contempladas que para escritas. Penetrábase de una fé vivísima, y componíase exteriormente de manera que cuantas la miraban se sentian recogidas; y en este celestial banquete era donde se unia íntimamente con su Dios, le estrechaba en su seno, y disfrutaba de las inefables dulzuras y regalos del divino Amador de las almas, y quedaba como endiosada. Causábala honda pena y partíasele el corazon de dolor el ver que delante del Santísimo se cometiera la menor irreverencia, y por esto, cuando tenía á

su cargo el pensionado y las escuelas, encargaba sobremanera á las niñas que en la presencia de Dios estuviesen con modestia, respeto y devocion. Y si en esto cometian alguna falta, no se la perdonaba, sino que las reprendia con alguna severidad.

Otra señal de su amor á Dios fué la delicadeza de conciencia que siempre tuvo esta buena Madre, procurando evitar, no sólo las faltas, sino los defectos é imperfecciones de que rara vez se ven libres aún los varones espirituales y consumados en la perfeccion. Estaba siempre tan sobre sí, que ni aún los primeros movimientos se notaban en ella, y por lo que vemos por sus cuentas de conciencia, que daba por escrito con mucha frecuencia á sus directores, hacía caso de cosas tan sencillas y menudas, que bien se necesitaba especial ilustracion del cielo para advertir en ellas. Animada del deseo de no ver en sí cosa, por pequeña que fuese, que pudiera ofender los purísimos ojos de su Amado, tres años ántes que muriera, habiendo considerado maduramente y consultado con su Padre espiritual, hizo voto de no cometer falta venial deliberadamente, como ya dijimos en otro lugar. Qué cuidado, diligencia y perfeccion exige el cumplimiento de este voto, se deja entender por sí mismo. Por donde se puede colegir cuán enemiga sería de tratar con las criaturas por la distraccion, pérdida de tiempo y dissipacion que sus conversaciones y entretenimientos regularmente hablando suelen ocasionar. Y así decia ella, y lo hallamos escrito de su mano, que nunca olvidaria lo siguiente: «Que en la religion, cuanto ménos trato con los de fuera, ya en visitas, ya por escrito, ya con seglares, ya con religiosas, mejor.»

Fué tambien ardiente y constante la devocion que tuvo al Sacratísimo Corazon de Jesus, donde vivia como encerrada, aprendiendo de aquel Corazon divino la mansedumbre y humildad, de que tantos ejemplos nos dejó, como diremos en su lugar. Escribió una fácil y hermosa práctica de la devocion á este deífico Corazon, con que excitó el fervor en muchas almas y consiguió que la amáran más y más. Esta devocion infundió en todas sus novicias y procuró arraigarla igualmente en el corazon de las niñas y discípulas, y de todas aquellas con quien se veia obligada á tratar. Tierna y filial fué tambien la devocion y recurso frecuente á María Santísima, procurando siempre promover su culto y veneracion, deseando verla de todos

los hombres conocida y amada, ensalzada y engrandecida. Bien sabido es que el amor de Dios y del prójimo no pueden de modo alguno separarse el uno del otro, por ser una misma virtud. Y quien tan ardientemente amaba á Dios, ¿cómo no amaría al prójimo? ¿Cómo no habia de desear salvar á todos los hombres? Bien hubiera querido salir de los estrechos límites de un convento, y, cual otro Javier, pasar los mares, penetrar en reinos y naciones bárbaras, y en ellos predicar el Evangelio y disipar las tinieblas en que yacen sepultados tantos infelices redimidos con la preciosa sangre de Jesus; pero por serle esto imposible y ajeno de su estado, ejercia su apostolado por medio de la oracion, rogando fervorosísimamente al Señor se apiadára de tantas gentes como le desconocen, las convirtiera á su fé, redujera al seno de la Santa Madre Iglesia á los herejes y cismáticos, y encendiera en su amor á todos los fieles cristianos. A este fin ofrecia sus oraciones, sus penitencias, sus devociones y sus obras todas.

Y en la ejecucion de los oficios que tenian algun roce con los prójimos, se echaba de ver el celo que tenía por el bien de sus almas. Allí, aunque en reducido campo, ejercia su apostolado, procurando, áun ántes de ser religiosa, que todas las niñas aprendieran bien la doctrina cristiana, enseñándolas á rezar con devocion, explicándoles el modo de oír la santa Misa y aficionándolas á la virtud; bien persuadida de que si las niñas salian del Colegio bien educadas y buenas cristianas, no sería pequeño el fruto que por este medio haria en sus familias.

Y como en la Casa de Dios se tenía por la menor é indigna de la Compañía de sus hermanas, servíalas en cuanto podia con esmero y alegría, ayudábalas en sus quehaceres, y consolábalas en sus tribulaciones. Hallábase en cierta ocasion algo indispuesta la hermana despensera, y aunque eran vacaciones y nuestra Madre Castora las necesitaba para rehacer sus fuerzas, fuese con todo á la Madre Superiora y le suplicó que la permitiera aliviar á la despensera, que estaba delicada; y tanto supo hacer y decir, que lo consiguió. Otra vez que la hermana cocinera no se sentía bien, se encargó ella de hacer la cocina por muchos dias, y bajaba muy de mañana á esta oficina para que no tuviera que madrugar. Siempre que habia alguna enferma, mayormente siendo enfermera, buscaba aliviarla de

mil modos y maneras, y quedábase con grande contento á verla. Cuando trabajaban en labores ú otros oficios, siempre escogia para sí lo más difícil y engorroso; pero con tal maña, que no se conociera. De estos ejemplos pudiéramos narrar muchos, pero basten los referidos.

En la guarda de las Reglas y observancias domésticas fué diligentísima; jamás se permitió dispensa ó exencion alguna, aun cuando se hallaba trabajada de enfermedades y oprimida de dolores. De ninguna manera se podrá mejor declarar esto, que copiando sus palabras. «Convencida de esto, que es necesario llevar la cruz, debo servirme de mi indisposicion corporal, de modo que forme mi cruz, y no mis comodidades y alivios. Por ahora no me impide la práctica de una sola Regla, pues sigo la comunidad desde el principio al fin del dia, con la ventaja de que sin notable daño me proporciona ocasiones de hacer las cosas con alguna dificultad y mortificacion del que pide contemplacion (el pecho); luego no debo eximirme de la observancia. Tampoco se me sigue notable daño en pasar con lo comun en los alimentos, sin tomar cosa particular y cara, y sí muchas privaciones y ejercicio de pobreza en muchas cosas; ya negándole al pecho lo que naturalmente pide, ya absteniéndome de lo que le daña, sin admitir otra cosa particular. Con este método en los alimentos obedeceré en lo que me prohíbe el médico, y ejercitaré la pobreza, mortificaré el gusto continuamente y el amor á mi persona, que me pide contemplacion y alivios, que aunque es verdad vendrian bien al pecho, no son precisamente necesarios. Así imitaré á Jesus, viviré conforme á religiosa, y haré penitencia sin ser notada de extraordinaria, pues creerán que es por mi indisposicion; y últimamente me quitaré de dudas en qué comeré, qué dejaré, quedando tranquila mi conciencia, pues esto me parece quereré haber hecho en la hora de la muerte, sacando de mi indisposicion provecho para mi alma, sin gran daño del cuerpo. Gracias os doy, Dios mio, porque me proporcioneis tantas privaciones y cositas repugnantes á mi amor propio, con las cuales ejercitaré la humildad y la mortificacion sin ser notada, y sólo Vos por testigo. Sólo siento que esta indisposicion me inutiliza para los oficios bajos y trabajosos en que podia haber sido útil á mi comunidad, exponiéndome á ser destinada á puestos altos; pero esto mismo me ha de servir para mayor

humillacion y mortificacion, por la mayor vigilancia con que he de perseguir y crucificar mi amor propio, pues cuantas más ocasiones se me presenten, más vencimientos haré. Dadme vuestra gracia, Dios mio. Amen.» Más adelante dice que cuanto más se guiaba por los anteriores sentimientos y mejor los practicaba, tanto mayor era la tranquilidad y alegría que disfrutaba.

Siendo Maestra de novicias, encargábalas mucho el exactísimo cumplimiento de todas y cada una de nuestras Reglas, y que huyesen de hacer aquellas cosas por las cuales podian ser molestas á las demás, como evitar el que las esperen ya en los actos de comunidad, ya en otras ocasiones, por ejemplo: acudir con lentitud cuando tocan la campana, aunque sea al torno, por la incomodidad que puede ocasionar su tardanza á las torneras, y principalmente por cumplir con la Regla, que dice: «Acudan á lo que son llamadas, etc.»

Y para que veamos hasta qué punto llegó en observacion regular, hará al caso que refiramos lo que le pasó á su señora madre doña Josefa Elío. Esta virtuosa señora habia consagrado al Señor, diez años habia, con generoso desprendimiento, los dos objetos más caros á su corazon, Martina y Castora. Quedó sola en su viudez, y vivia en compañía de una buena amiga que la daba gusto en todo; pero deseando vivir retirada y prepararse para la muerte, solicitó y obtuvo, no sin grandes dificultades, por ser raros estos casos, el ser admitida en esta Casa en clase de señora retirada. Vivía entre las colegialas, aunque en cuarto más cómodo y capaz, comia en su refectorio, y, segun el Breve de Paulo V, empleábase, juntamente con las Maestras, en la educacion de las niñas, sin venir á la habitacion de las religiosas. Conocia Castora que su señora madre hubiera tenido grande consuelo en verla y tratarla. ¿Y qué cosa más natural en una hija de noble corazon que desear consolar á su madre? Sin embargo, por amor á la regular observancia, y porque las ocupaciones de oficio lo impedian, rara vez se veian, y ménos se hablaban. Y como la buena señora, poco versada en puntos y menudencias de religion, creyera poder hacer ciertas cosas, la Madre Castora, venciendo la repugnancia y dificultad grande que en el avisarlo sentia, lo hizo por celo de la observancia regular, bajando doña Josefa sumisa la cabeza y quedando al propio tiempo edificada de la

maravillosa observancia de su amada hija. Murió esta señora un mes despues de la muerte de Castora, habiéndola probado ántes el Señor con muy terribles dolores en tres meses de enfermedad, que llevó con mucha resignacion y paciencia.

Es la mortificacion, como enseñan los Doctores, hermana de la oracion, y han de ir siempre acompañadas; porque oracion sin mortificacion es edificio sin cimiento. Ya dijimos cuán amante fué de la oracion; ahora diremos de su mortificacion. Desde que vistió el santo hábito, declaró guerra abierta á su amor propio y siniestras pasiones, y tomó tan á pechos el vencerse, que este empeño y afan de contrariar en todo su voluntad la ocasionó graves daños á su salud. Pero resuelta como estaba á ser Santa, no miraba en eso ni cuidaba de sí, y las Superiores tenian que irle á la mano y moderar sus fervores. En unos apuntes sobre el modo de practicar el exámen particular, dice lo siguiente, refiriéndose á esta virtud: «Se advierte que en el ejercicio de esta virtud se ha de andar con ojos de lince, para evitar faltas por medio de actos contrarios, y para esto al arrimarse la tentacion de vanagloria, propia estimacion, siniestra intencion, por mínima que sea, resentimientos, quejas, desahogos, descanso, comodidades, gustos, propia voluntad, etc., levantará el corazon á Dios y dirá: *Aborrezco en todo y no en parte cuanto el mundo ama y abraza.*»

Los sentidos traíalos muy mortificados, no consintiendo la menor cosa que apetecieran. Huia ver objetos curiosos y apacibles que pudieran recrear la vista, aunque fueran cosas devotas y santas. Cuando oia el santo sacrificio de la Misa, experimentaba mucha devocion y consuelo en mirar la sagrada Hostia al tiempo de alzar, y para mortificar sus ojos los bajaba, privándose de este regalo. Era enemiga de oir nuevas, y más de fuera, y así jamás preguntaba qué se decia ó pasaba por la poblacion, ni en Casa. Era mucha la aficion que tenía á la música, por ser buena solfista, y conocer bien todos los puntos y notas; y por contrariar esta aficion evitaba el cantar y oir músicas acordadas. Nunca tuvo flores en su cuarto, ni estando en el jardin las acercaba jamás al olfato, y mucho ménos gustaba de tener cosas olorosas y aromáticas, aunque pudieran serle de algun alivio en sus males. El sentido del gusto le mortificó en demasía; porque no pudiendo muchas veces co-

mer, á causa de sus achaques, de lo que se daba á la comunidad, no admitia otra cosa por mortificar el apetito; y bastaba que sintiera aficion ó gusto en algun manjar, para que lo dejara todo, ó tomase muy poco, por no ser notada. Nunca gustó de comidas sabrosas y delicadas, y daba gracias á Dios porque sus indisposiciones la obligaban á comer sin sal ni otra clase de condimento. No fué ménos mortificada en el sentido del tacto, procurando ya en la cama, ya estando en pié, ya sentada, alguna incomodidad, y puede con verdad decirse que buscaba su continúa mortificacion en todas las cosas posibles. Y cuando sus enfermedades y los mandatos de sus Superiores no le permitian macerar su delicado cuerpo, con la mortificacion del corazon lo suplía, extirpando de él todo afecto que no fuese celestial y divino.

La humildad la tuvo tan arraigada en lo profundo del alma que no daba entrada en el corazon á complacencia vana, ántes se reputaba por inútil é incapaz de hacer cosa buena, y por gravosa á la religion; y así, jamás se quejó de cosa que con ella se hiciese. Decia que era indigna de vivir entre las hijas de María; y de este bajo concepto que de sí misma tenía nació aquel afan y deseo que de servir á todas mostraba, y el ser tan agradecida por los beneficios que de sus hermanas recibia. Aunque tan versada en los caminos de la vida espiritual, nunca quiso guiarse por su propio parecer, dando espontáneamente cuenta de la conciencia á sus Superiores y directores, acusándose de sus defectos, pidiendo perdon y penitencia. Arrodillóse en cierta ocasion á los piés de una hermana para obtener de ella un vencimiento que era de gloria de Dios, y al ver la hermana la humildad de la Madre Castora, se dejó rendir y quedó en gran manera edificada.

Compañera inseparable de la humildad es la mansedumbre, que tambien poseyó en alto grado.

Su pobreza fué suma; su pureza, angelical; en toda su vida no cometió falta contra esta virtud. Su obediencia, cual la exigen las Reglas.

Este es el mayor elogio, aunque tan breve en palabras; mas porque de la obediencia en particular hallamos escritas en sus papeles reflexiones preciosísimas, no puedo dejar de transcribir aquí algunas. «Para conservar la igualdad de ánimo en todos tiempos, ocasiones, ocurrencias y accidentes, me propongo lo

siguiente. Mi Prelado es Jesucristo; mi Prelada, María Santísima; mi Director, mi santísimo Padre Ignacio; mi compañero en los varios oficios que en la religion me ponga, el ángel de mi guarda; la amiga con quien he de tratar y tener amistad particular, mi Venerable Madre Juana de Lestonac. Ahora vamos por puntos. Jesucristo es mi Prelado; nunca me faltará, á todas horas le puedo hablar y recibir sus consejos; como buena súbdita, estaré siempre contenta con sus disposiciones, siempre conforme y rendida, sin juicio contrario á sus ordenaciones, persuadida de que cuanto haga es lo más acertado y cabal, por más trastornos y amarguras que se vean ó sientan en lo que disponga ó permita, pues me ama como á las niñas de sus ojos, y nada dispondrá que no sea para mi bien. En el Prelado que Dios me diere en la tierra no veré más que á Jesucristo, sea quien fuere, y á Jesucristo lo reconoceré siempre como á mi único Prelado.

»María Santísima es mi única Prelada. Y esta Priora tan poderosa, tan perfecta, tan amable y amante de sus pobres hijas, será siempre mi Superiora. Sí, por cierto. Prelada perpétua la más sábia y la más santa, al mismo tiempo que la más amorosa y caritativa; á todas horas podré abrirle los senos de mi corazon, contarle mis penas, encuentros, disgustos, repugnancias, tentaciones, dolores, y todo cuanto bueno y malo haya en mí, segura de que para todo encontraré remedio y alivio; le daré mis quejas amorosas, le haré mil preguntas, le avisaré de los defectos ó imperfecciones que vea en la comunidad; para que los remedie, y le pediré consejo para todo cuanto haga, y no haré cosa alguna sin su licencia. En las Superioras que Dios me dé reconoceré á Vos, Madre mia, y á vos únicamente, por Superiora.

»Mi Padre San Ignacio es mi Director. ¡Oh y qué bien que lo voy á pasar! ¡Y qué adelantos puedo hacer bajo tan sábia direccion! Nada temo ya teniendo tal guía, y más que nunca me faltará, que luégo, en cometiendo la falta, me puedo confesar; y que á todas horas puedo darle cuenta de lo que pasa por mi interior, con la ventaja de que en pocas palabras me entenderá, y que no mudaré de Director, y que nadie ni nada le impedirá el dirigirme.

»El ángel de mi guarda será siempre mi compañero de oficios, siempre lo mismo, y precisamente el que tanto me ama,



CEU

Biblioteca

 B. Díez del Corral

me ayuda y me enseña. Ahora sí que estoy bien, pues ya no tengo que mudar de compañera, y más que siendo tan sábio, y para todo, me advertirá y me enseñará con el mayor cuidado y gusto.

»La depositaria de mis confianzas y amiga íntima es mi Venerable Madre; ya puedo reirme de las demás amistades, pues en ésta lo encontraré todo reunido, constancia, fidelidad, secreto y amor.

»Mi oficio nunca variará, porque siempre será uno mismo, y sólo el de agradar, amar y servir á Dios. El aposento en que yo habite siempre, el mismo, el Sacratísimo Corazon de Jesus. Despues de esto, ¿qué temeré? ¿Qué cosa me hará vivir inquieta? Las muertes, las enfermedades, la pobreza, los desprecios, etc., vienen por orden de mi Prelado; sean, pues, bien venidos, yo soy su súbdita. No me alterarán las mudanzas, porque no las habrá; no me angustiará el no hablar de mis cosas á la Superiora; el que no me haga caso ó me mire con indiferencia, etc., porque esto nunca sucederá; y lo mismo digo de lo demás: todo lo miraré bajo el punto de vista que me he propuesto, y esto hará por una parte que mi corazon no busque el consuelo y gusto en las criaturas y cosas caducas; y por otra, que mire con mayor veneracion, amor y respeto á mis Superiores, confesores y religiosas; y esto tambien hará que tenga más presencia de Dios y de María Santísima, que desempeñe con perfeccion mis obligaciones, y que consiga la igualdad de ánimo, y que saque todos los bienes que yo veo y concibo, si hago esto como Dios me enseña.»

Vehementísimo fué siempre el deseo que en su alma tuvo de la perfeccion y santidad. Digámoslo con las mismas palabras que ella lo refiere: «Paréceme que Dios exige de mí tan alta perfeccion como de los más grandes Santos; grande pureza de alma, para lo cual he de procurar la santidad en mis pensamientos, la santidad en mis palabras, la santidad en mis obras, la santidad en los afectos, deseos y sentimientos del corazon, viviendo como endiesada; y veo tan alta perfeccion en esa palabra *santidad*, que ella sola comprende cuanto conozco que Dios quiere. De aquí ¡qué vigilancia! ¡Qué abnegacion de potencias, sentidos, quererés é inclinaciones! ¡Qué perfecto silencio! ¡Qué rara modestia! En una palabra: ni negar nada á la gracia, ni conceder nada á la naturaleza, y esto es lo que

exige la fiel y exacta práctica de las Reglas, particularmente la 11 y 14.

»Tan ardiente amor, que no piense, que no hable, que no desee sino por el amor; que no haya en mi corazón una palpitation que no sea un acto de puro amor, de modo que supla lo que no es amado Jesus de todo el mundo, amándole yo todo lo que debian amarle tantos millones de corazones, procurando con esto desagraviarle y como templar el dolor que le causa la ingratitud de los hombres.

»Tan profunda humildad, que ame y desee mi propio desprecio y humillacion, siendo humilde en las palabras, humilde en las obras, humilde en los pensamientos, humilde de corazón. Tal desprendimiento, que viva como sola en el mundo, con solo Dios, viéndole, buscándole en todas las cosas, y de aquí gran pureza de intencion divina en todo. Tan continua presencia de Dios, que jamás lo pierda de vista, ni por un instante; que en Él viva y muera. Tan íntima union, que ni los sucesos adversos, ni las penas, ni las alegrías me separen de mi Dios, hallando sólo en él mi consuelo y mi todo.

»Esto es, Dios mio, lo que quereis de mí; y aunque parece un rasgo de presuncion pensarlo y creerlo así, no lo puedo dudar; esto es lo que quereis, pero sin ruido y sin pompa ni apariencia, camino llano y recto de mis Reglas, vida de sacrificio, vida de union con Vos.»

Así es como esta buena Madre llegó á tan alta y levantada perfeccion de santidad y alcanzó aquella conformidad con la voluntad de Dios, que ni los sucesos prósperos y alegres la levantaban, ni los adversos y tristes la abatian. Siempre estaba en un mismo ser, porque todo lo recibia de las manos de aquel Señor en quien sólo vivia. Y aunque fué muy probada con descontento, sequedad y aridez en la oracion, nunca aflojó un punto de su fervor, nunca cesó de caminar á grandes pasos hácia el monte santo de Dios, así en tiempo de tribulaciones y desamparos como en el de consolacion y regalo.

Loado, bendito y ensalzado sea Dios, porque se dignó plantar flor tan exquisita y peregrina en este su jardín, cuyos suaves y riquísimos aromas respiramos todavía las que vivimos en esta Casa de Tudela. ¡Plegue á Su Divina Majestad concedernos la gracia de imitar y seguir los pasos de tan santa

Madre, que está intercediendo por nosotros ante el trono del Señor, como piadosamente creemos!

Por la gran fama de santidad que tenía la Madre Castora ofrecieron algunas religiosas un obsequio á su grata memoria, haciendo una breve relacion de sus virtudes, que para completar la presente ha parecido conveniente poner aquí.

1.º El que presentó su Superiora decía así:

«Yo no pretendo canonizar á la Madre Castora, porque eso toca á la Santa Iglesia, si Dios lo tiene determinado, ni diré que siempre ha sido una santa; pero sí puedo decir que se ha ido santificando á largos pasos. Las faltas que trae consigo la flaqueza humana eran ya tan ligeras, que apenas pasaban de primeros movimientos, advertidos al punto, rechazados y resarcidos con actos contrarios. Vivía siempre vigilante sobre sí misma, siempre atenta á la voz del Señor, que exigía de ella grandes sacrificios; y en conociendo su voluntad que se interesaba la gloria de Dios y el bien de las almas, en nada reparaba, aunque le constase la mayor evidencia. ¡Y cuántos alcanzó su celo! No sólo se vencía en las cosas humanas, sino á veces en las más espirituales, y por consiguiente sus más favoritas, hasta privarse de mirar la Hostia consagrada, que era tocar en lo más vivo. Pero hecho ya el sacrificio de la voluntad, yo le mandaba que la mirase bien y le diera estrechos abrazos. Y obedecía. Diciéndole algunas veces que utilizaba demasiado, me contestaba: «Y bien, ¿y cómo he de hacer yo, si veo que Dios quiere de mí que sea santa, y grande santa?» Y me parecía que tenía razon, segun eran sus obras. Se habia propuesto no negar nada á la gracia, y nada conceder á la naturaleza, en cuanto lo permitiese la prudencia y la obediencia que la obligaba á mirar por su salud. Tres años ántes de su muerte consiguió, á pura instancia y pruebas de sus directores, la licencia para hacer voto de no cometer pecado venial con advertencia. Y ántes de entrar en religion habia hecho el de donacion de sus obras satisfactorias á las ánimas del Purgatorio.

»Dios Nuestro Señor le infundía aquella ciencia sagrada con que sabía dirigir con tanto acierto los espíritus de las que tenía á su cargo. Me parece habia llegado al tercer grado de humildad que pone el P. Alonso Rodriguez, pues no era de aquellas almas á quien Dios oculta sus dones para que se humi-

llen, sino que los conocia muy bien y sabía atribuirlos al Señor con reconocido agradecimiento, quedándose tan entera en su bajeza y propio conocimiento, como si nada tuviera. Como yo veia en ella tantos dones naturales y sobrenaturales, procuraba con frecuencia exhortarla á la humildad, y solia decir: «No tema V. R., no, que no me viene ni repunta de vanagloria hasta aquí...»

2.º Desde luégo que se hizo religiosa me llamaba mucho la atencion el esmero con que miraba la perfeccion que exige á los que la abrazan, como la procuraba en sí y en las que podia. Alguna vez me dijo que deseaba comunicar á todos los sentimientos de que estaba animado su corazon, y esto con toda sencillez: que habia adquirido una paz interior que no la perdía por cosa que ocurriese, y que siempre pensaba en lo que queria, pero que le habia costado mucho el conseguirlo. Y me pedía encarecidamente la ayudase á cumplir con perfeccion la Regla 27 del sumario, cuando notase que al exterior salia alguna cosa contraria.

3.º Las virtudes que sobresalian en la Madre Castora eran muchas, mas en especial la fiel observancia de nuestras santas Reglas; pues le oí decir las tenía todas y cada una tan presentes, que no podia faltar á ninguna de ellas sin incurrir en una grande ingratitud con Dios Nuestro Señor; así es que se le notaba en todas sus acciones y palabras este cuidado. La abstraccion de criaturas era tanta, que le tenía pedido por caridad á la Madre tornera la excusase de toda visita de locutorio y torno.

Sus conversaciones eran siempre de cosas útiles, espirituales, con tal gracia, que edificaba y recreaba, áun en medio de sus padecimientos.

4.º Tenía mucha pureza de intencion, y no se contentaba con haber dirigido desde la mañana hasta la noche todas sus acciones á Dios, sino que en cada obra se examinaba y decia: «¿Por quién haces esto? ¿Cuál es tu fin en esto que has dicho ó piensas?»

Al rezar las divinas alabanzas estaba con tal postura y recogimiento, que causaba devocion el mirarla; nunca levantaba los ojos, y tenía escrito: «Permaneceré siempre con la misma compostura sin mover ni una mano, ni áun para quitarme los mosquitos, si no es para pasar alguna cuenta del exámen.»

Tenía tambien un catálogo de actos de mortificacion de sentidos y propia abnegacion, que habia de hacer al año, al mes, á la semana y al dia.

5.º Tenía muy exacta vigilancia sobre sí misma; constante mortificacion interior y exterior; gran prudencia y madurez; espíritu de celo de las almas, que lo expresaba con todas sus hermanas; heróica paciencia, sobre todo en los largos y dolorosos sufrimientos de su última enfermedad; presencia de Dios habitual, que nosotras veíamos en su aire; gracia muy particular para hablar de cosas espirituales, sobre todo de nuestras santas Reglas, de las cuales tenía grande estima y penetracion; ardiente amor al Sacratísimo Corazon de Jesus, que queria inspirar en todos los corazones con sus palabras, sus ejemplos y sus vivos deseos de unirse á El por la sagrada Comunión: gran devocion á la Santísima Vírgen, procurando en todo la imitacion de sus virtudes.

6.º Parece que todas las virtudes resplandecian en ella. Tenía una compostura y modestia grande, y tanto, que observándola yo con todo cuidado, nunca la ví tocarse una mano con otra ni llegarla al cuello, y tenía gran cuenta en todos sus movimientos, sin hacer ninguno precipitado.

Sus conversaciones eran alegres, instructivas y espirituales, y esto nos encargaba mucho en las conferencias. Una de las virtudes en que más brillaba, y en que tambien con frecuencia nos amonestaba, era el no meterse en oficio ajeno, y alguna vez me admiraba ver en ella que el oficio que habia dejado no lo tomaba en boca, ni ménos examinaba cómo lo llevaba su sucesora; jamás la ví acriminar á nadie, ántes á todas disculpaba, y cuando no podia salvaba su intencion. Era muy exacta en el silencio, particularmente en los tránsitos y lugares que manda la Regla; y cuanto tenía que decir algo fuera de la recreacion, medía las palabras. De nada se quejaba, ni de los temporales, aunque por su temperamento padecia mucho frio.

En todas las virtudes se puede decir otro tanto.

7.º Me parece que nuestra Madre Maestra tenía el don de oracion, que lo manifestaba en su exterior recogido cuando se trataba de esta materia, y mucho aprecio á los ejercicios espirituales.

Gran caridad mirando á cada una como si fuese sola para adelantarla en su espíritu; recibéndolas siempre con grande

amor. Mucho celo de la gloria de Dios y salvacion de las almas; y este mismo nos inspiraba á nosotras.

Tal compostura exterior, que bastaba mirarla para componer el de sus hermanas, particularmente con los de fuera, pero á veces ni sabía con quién hablaba. Tan perfecta en el silencio, que ni áun estando enferma queria que la hablasen sino lo preciso. Muy continúa al trabajo, pues áun en sus males estaba á veces sin levantar cabeza de la costura en las roperías, y áun sin hacer visitas á pesar de lo mucho que la gustaba estar con Jesucristo sacramentado.

8.º Tenía mucho respeto, fervor, gravedad y celo en los ejercicios espirituales.

Modestia extremada en palabras, acciones y todo su porte. Con cierta gracia mezclaba en sus conversaciones algo de espiritual; cuando hablaba de Dios, lo hacía con fervor y celo, pero siempre prudente en el modo de decirlo, á quién lo decia, y á su tiempo. En los consejos, avisos y correcciones que daba, lo hacía con gravedad y seriedad, pero con la prudencia de mezclar en el acto, ó despues, la dulzura y caridad. Mucho esmero y limpieza en todas sus cosas y en cuanto la pertenecia. Era puntualísima en todo, observante, amante de las Reglas, particularmente de la obediencia y pobreza. Amaba y respetaba á sus Superiores, y era puntual y exactísima á sus mandatos.

Tenía mucho amor al orden y paz, sacrificándolo todo por ellos.

Su semblante algo sério, pero afable, con una gravedad religiosa, al mismo tiempo igual, mortificada y sufrida, tanto sana como enferma. Tenía mucho juicio, madurez y acierto en las cosas, y muy aprovechadora del tiempo. No tenía ni permitia ninguna familiaridad; no decia chistes, gracias ni bromas; nada de melosa; tenía mucho teson y ánimo cuando se trataba de la gloria de Dios y bien de la comunidad ó salvacion de las almas; un celo sin descanso, aborrecia la singularidad y exterioridad, amaba la sencillez y claridad de conciencia.

Era muy callada y enemiga de saber ni contar nuevas, si no la importaba.

PRÁCTICA

de la devocion al divino Corazon de Jesus, que compuso la Madre Castora Gomez.

Esta consiste en un ardiente amor á Jesucristo, en un pesar sensible de los ultrajes que recibe en el Santísimo Sacramento, y en un ardiente deseo de poner todos los medios para reparar las ofensas que se le hacen y la indiferencia y frialdad con que es correspondido su amor. La práctica de estas tres cosas comprende el ejercicio siguiente:

Primero. Se ocupará la memoria en el amor de Jesus por su continua presencia, procurando la pureza y santidad en todos los pensamientos, con el fin de corresponder á lo presentes que siempre nos tuvo y tiene; con el de suplir el olvido que hay de Jesus en todo el mundo y reparar lo que es ofendido con tantos pensamientos malos, soberbios y supérfluos.

Segundo. Se hablará continuamente con Jesus por medio de fervorosas aspiraciones, aprovechando todas las ocasiones que se tengan para hablar de Jesus con las criaturas, procurando siempre que todas las palabras sean santas; todo con el fin de corresponder á las palabras que Jesus habló durante su vida mortal, que todas fueran por nuestro amor; y á las que ha hablado y habla á nuestros corazones con sus inspiraciones, con el fin de suplir lo poco que se habla en el mundo de Jesus y con Jesus, y para reparar cuanto se le ofende por palabra en todo tiempo.

Tercero. Se obrará únicamente por el amor de Jesus, acompañando cada obra con un acto de este puro amor, con el fin de corresponder á cuanto Jesus ha obrado por nuestro amor, con el fin de suplir la falta de perfeccion y rectitud de intencion que hay en las obras que se hacen en todo el mundo, y lo poco que se hace y padece por Jesus.

Cuarta. Se velará constantemente sobre los movimientos del corazon para evitar todo deseo, afecto ó sentimiento contrario á los del divino Corazon de Jesus, reprimiéndoles y

combatiéndoles con diligencia constante, sacando de este divino Corazon, cada vez que en algo faltare, la virtud contraria á la falta para presentarla al Eterno Padre en satisfaccion de ella: todo con el fin de corresponder á la perfecta abnegacion que Jesus practicó por nuestro amor durante su vida mortal, y en cierto modo se puede decir que practica en el Santísimo Sacramento; para suplir el descuido que hay en el mundo de esta práctica, para resarcir los pecados y faltas que se cometen por falta de atencion á su interior, dejándose llevar del torrente de sus inclinaciones viciosas y movimientos desarreglados.

Quinto. Se procurará conformar y arreglar el interior y exterior al modelo de Jesucristo y de su divino Corazon, aprovechando todas las ocasiones que se presenten, ó ya buscándolas, para ejercitar repetidos actos de virtudes durante el dia, con el fin de corresponder á las muy sublimes que Jesucristo ejercita aún en el Santísimo Sacramento, dándonos ejemplos de lo que hemos de hacer mientras vivamos, con el de suplir el descuido que hay en todo el mundo de agradecer é imitar los ejemplos de un Hombre-Dios, y para resarcir los pecados y faltas que se cometen interior y exteriormente contra todas las virtudes.

Sexto. Avivar la fé de la presencia de Jesus Sacramentado, acompañando á ella la reverencia interior y exteriormente; redoblando el fervor y devocion, particularmente en las comuniones, en el santo sacrificio de la Misa, y en las visitas al Santísimo Sacramento, cerrándose en aquel divino Corazon, amándole, suplicándole, prometiéndole y llorando sus faltas y las ajenas, etc., segun dicte el fervor, y todo con el fin de corresponder á los designios que tuyo en instituir este compendio de amor, para suplir la indiferencia y frialdad en recibirle y visitarle, y para resarcir los ultrajes, sacrilegios, irreverencias y desatenciones que recibe de los hombres Jesus sacramentado. En fin, cuanto se piense, cuanto se diga, cuanto se padezca, cuanto se haga, cuanto se desee hasta la última respiracion, sea por el amor de Jesus, en el amor de Jesus y para el amor de Jesus.

Parece que este ejercicio encierra cuanto puede hacer una alma amante por el objeto amado. ¿Qué efectos produce el amor? Pensar en lo que se ama, hablar de lo que se ama, obrar

por el objeto amado, y practicar cuanto sabe que le agrada, asemejándose á él en todo, y evitando cuanto sabe le disgusta.

La fidelidad y constancia en esta práctica hará que en realidad se ame ardientemente á Jesucristo, y al fin de su vida se hallará con una inmensidad de bienes y méritos.

Actos de virtud que se sacan por suerte todos los dias del mes de Junio, á modo del mes de Mayo.

1.° Arreglar todas las acciones áun las más menudas, interior y exteriormente, al modelo de Jesucristo.

2.° Actos de caridad, afabilidad y benevolencia con el prójimo, poniendo la mira en resarcir el desden con que ha correspondido al amor de Jesucristo.

3.° Al empezar el dia, examina cuál es tu inclinacion, repugnancia ó defecto que más disgusta al Corazon Sacratísimo, para hacerle un sacrificio generoso.

4.° En todo el dia, ni alabarse ni excusarse de cosa alguna, y un acto de contricion.

5.° Dirigir muchas veces al Señor sacramentado desde donde nos hallemos, las acciones de todo el dia, y adorar sus llagas cinco veces.

6.° Por la mañana, y muchas veces al dia, ofrecer á Dios cuanto hiciéremos por la salvacion de las almas y personas que nos hayan dado algun pesar ó molestia.

7.° Silencio riguroso, y no mezclarnos en lo que no nos incumbe, y hablar de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus.

8.° Al despertar por la mañana, examina cuál es la inspiracion más fuerte con que el Señor te llama, y empieza á responderle en alguna cosa determinada.

9.° Mucha diligencia, fervor y fidelidad en todas las distribuciones espirituales.

10. Breves, ardientes y frecuentes actos y aspiraciones de devocion al Sagrado Corazon de Jesus, y deseo de la salvacion de las almas.

11. En cuanto hicieres, no tengas otra intencion que la de agradar á Jesus en este dia.

12. Destierra hoy todas las reflexiones del amor propio y respeto humano, y véncelo cinco veces.

13. En cuanto te permita la Regla, este dia te privarás de

todo gusto y descanso, y por lo ménos ofrece cinco actos al divino Corazon.

14. Honra hoy el silencio de Jesus, y ofrece en particular cinco actos.

15. Vence hoy toda repugnancia mostrándote indiferente para todo, y ofrece en la última visita las victorias conseguidas.

16. Vive hoy en soledad y retiro en el Corazon de Jesus, huyendo de toda vanidad y estimacion de las criaturas, y ofrece en la visita cinco actos de renuncia de la dicha estimacion.

17. Ofrece hoy en la última visita al Corazon de Jesus, cinco actos de mortificacion interior que hubieres practicado en su obsequio durante el dia, y habla de sus virtudes.

18. Este dia tendrás cautiva la lengua y mortificarás tu ligereza, para que no se propase en nada contra la caridad y humildad, sea alabándote ó disculpándote.

19. En este dia toda tu atencion será humillarte y alegrarte de que las otras te humillen, no huyendo nada de cuanto te se ofreciere y pudiere contribuir á tu abatimiento, y ofrecerás en la visita por lo ménos cinco prácticas de humillacion.

20. Pronta y puntual, imita á Jesus en la perfecta observancia de tus Reglas, obrando en silencio sin apresuracion ó inquietud.

21. Harás este dia cinco prácticas de resignacion, y las ofrecerás á Jesus.

22. Visitarás hoy á Jesus pidiéndole su amor y repetirás durante el dia quince veces: «Dios es mi todo; fuera de El, todo me es nada.»

23. Piensa hoy á menudo que sólo el corazon humilde es capaz de entrar en el Corazon de Jesus, de conversar con él, de amarle y de ser amado; harás una visita pidiendo la humildad.

24. Obedecerás hoy fielmente á los movimientos de la gracia, y exteriormente obedecerás pronto, sin réplica y amorosamente.

25. Al primer golpe de campana lo dejarás todo para correr á la voz del Esposo, y tus ejercicios de obediencia los ofrecerás para honrar la obediencia de Jesus en el Sacramento.

26. Procura hoy reparar el tiempo perdido y emplear todos los momentos, según el fin para que se te ha dado.
27. Hoy hoy el silencio de Jesús.
28. Mortificar cinco veces la propia voluntad.
29. Rectitud de intención todo por Dios.
30. Perfección en el obrar á imitación de Jesús, y adorar sus llagas cinco veces.

ELOGIO

de la hermana Eusebia Escudero, que murió el 22 de Agosto de 1858.

Nuestra angelical hermana Eusebia era natural de esta ciudad, hija de D. José Escudero y de doña Manuela Aguirre. Alumna de nuestras clases desde su tierna edad, siempre juiciosa, siempre compuestita y edificante, mereció en tiempo de exámenes el premio mayor que se da por buena conducta, por aclamación de todas sus compañeras.

Con tan buenas disposiciones, se enamoró de ella el divino Esposo para colocarla en el número de sus escogidas. Entró en nuestra Compañía é hizo su profesión á su debido tiempo, para ser un modelo de paz, tranquilidad y docilidad; jamás se quejó de nadie ni de cosa alguna, y nunca nadie tuvo que quejarse de ella. Esto, áun teniendo buen natural, se consigue con muchos vencimientos, y tuvo que ofrecerlos. Obediente hasta los ápices más delicados, nunca le salió al exterior ni dificultad ni acto del propio juicio. Aunque tan candorosa, fué muy útil para todos los oficios que en su corta vida le encomendó la obediencia. Diligente y amable en la enfermería, trabajadora en la ropería, en las clases primorosa en la costura, al mismo tiempo que celosa y solícita del bien de las almas, con la mayor igualdad para con todas; exactísima en el de distributaria del noviciado, en el que servía de gran descanso á su Madre Maestra.

En su última enfermedad se notaron bien los quilates de su mortificación, observando perfectamente el nada pedir, nada

rehusar y de nada quejarse. Fué su enfermedad una gran delicadeza de estómago, con frecuentes vómitos y mucha inapetencia. Recibió todos los Sacramentos con devoción y fervor; el día de la Asuncion de Nuestra Señora tuvo el consuelo de renovar otra vez sus votos, á los ocho dias de haber recibido el Santo Viático. En la Extremauncion y recomendacion del alma se esforzaba en responder: Amen. Pasó en agonía todo el día de la octava de Nuestra Señora con una tranquilidad de conciencia admirable: hubo vez que echándole agua bendita el sacerdote que la asistia, le dijo con su acostumbrada candidez: «Cá, si no hay necesidad, no me tienta;» dando con esto á entender que no sentia tentacion alguna. Sus hermanas contemporáneas la miraban con atencion, y volviéndose á ellas les dijo: «Hermanas mias, sean muy obedientes; ¡qué consuelo tan grande es en estos últimos momentos el haberlo sido! En la última hora de este día, cerca de la media noche, sus ojos vi-driados se serenaron, y echando una mirada amorosa á sus hermanas, entregó su espíritu al Señor, á los veintinueve años de edad y siete de noviciado.

ELOGIO

de la hermana Práxedes Ibañez, que murió el 21 de Julio de 1859.

Al mismo tiempo que una pena contristaba nuestro corazon, descubríamos en él un motivo de gozo, al ver una cándida criatura volar al tálamo de su Esposo con la ropa de la inocencia, que suponíamos habia conservado en su candor bautismal.

La hermana Práxedes Ibañez, hija de D. Manuel y doña Eugenia Saenz de Valluerca, nació en Salinas de Añana, en la Rioja, á 21 de Julio de 1843. A los once años entró para ser educada en nuestro Colegio, en donde descubrió mucha viveza y talento para todas las materias de instruccion á que se la aplicaba, y siempre tuvo gran propension á saber de todo, y hacerse útil al Instituto. Luégo que se vió en este asilo, y huér-

fana de padre y madre , empezó á manifestar vehementes deseos de ser religiosa, estando con empeño sin dejar piedra por mover hasta conseguirlo, como lo logró ántes de los catorce; fué dichosa en llevar el yugo del Señor desde su primera edad, y tanto corrió en seguimiento del Cordero , que consiguió celebrar su desposorio á los quince meses de noviciado, al cumplir los diez y seis años de edad, y á los ocho dias entró á los palacios eternos á gozar sin temor lo que tan vivamente habia deseado. Apenas se hallará una vocacion más fuerte, pues no será temeridad el decir que murió de deseo de profesar , porque sólo la idea de no llegar á conseguirlo la trastornaba, y así que se sintió un poco mala le entró tal cavilacion, que la enflaqueció, y le dieron unas calenturas muy fuertes, que llevó en pié hasta los últimos dias de su vida. El dia 17 de Julio de 1859 la precisaron á quedar en cama para recibir el Santo Viático , y no pudo entónces hacer su profesion por no tener aún los diez y seis años; éstos los cumplió el dia 21, y el 22 el señor gobernador eclesiástico tuvo el gusto de darle de nuevo la sagrada comunión , en cuyo acto pronunció sus votos con una alegría envidiable ; recibió el velo , anillo y corona , y adornada con estas joyas descansó en paz á las once de la noche del dia 28.

ELOGIO

de la Madre María Juana Elizalde, que murió el 31 de Julio de 1859.

Quisiéramos dar un detalle de las virtudes de la Madre María Juana Elizalde; mas la cosa se hace difícil por la sublimidad con que las practicaba, secreto sólo á Dios reservado.

Sin embargo, nos esforzaremos en dar una idea, aunque imperfecta, de las que más resplandecieron en ella.

Era natural de Garzain, en el Valle de Baztan. Sus padres fueron D. Fermin Elizalde y doña Juana María Barrinechea: acostumbrados en aquel tiempo y en aquel país á una cristianidad y virtud maciza á toda prueba, educaron á sus hijos en las

mismas ideas. A nuestra Madre Juana la llevaron á Vergara, donde aún estaban las primeras Madres echando los cimientos de su fundacion, para que allí cursase en las clases de María, y se impusiese en las virtudes y deberes de una buena cristiana. Luégo se conoció que Dios la tenía destinada para ser algun dia una de sus más tiernas y amantes esposas. Su devocion y compostura exterior, que conservó hasta sus últimos dias, constituian su carácter.

Al poco tiempo de estar allí, manifestó sus deseos de ser religiosa; mas como aquella fundacion estaba en sus principios, y aún sin edificar el convento, un Padre premostratense, á quien comunicó su vocacion, la dirigió á esta nuestra Casa, disponiéndolo así la divina Providencia. Antes de venir fué á visitar la santa casa de nuestro Padre San Ignacio, en Loyola, experimentando en ella aquellos sentimientos de fervor que inspira aquel santuario á cuantos le visitan. Allí le infundió Dios el valor, no sólo para llevar adelante su desprendimiento del mundo, sino, á imitacion del grande Apóstol Javier, para pasar á poca distancia de su casa sin decir adios á sus tan amados padres y hermanos, á quienes no volvió á ver más.

El dia de San José de 1803 tomó el santo hábito, y comenzó su noviciado con ánimo alegre, y con el mismo le prosiguió hasta su profesion. Mas el Señor, que quiere justificar á sus esposas por medio de padecimientos, ya interiores, ya exteriores, dió su cruz de los primeros á nuestra amada Maria Juana, que llevó hasta la muerte. La cosa más ténue bastaba para turbar su conciencia, y era increíble lo que su imaginacion agitada la atormentaba. En estos casos acudia á su Superiora y confesor, y sus palabras volvian la calma á su espíritu; mas esta calma sólo era presagio de otra tormenta que necesitaba los mismos remedios. Así la conservaba el divino Esposo en un bajo concepto de sí misma y en una contínua oracion. En esta última hallaba sus delicias y su descanso; pasaba todos los ratos que podia, sin faltar á sus obligaciones, ante el augusto Sacramento de nuestros altares; y nunca bastante satisfecha, le parecia no haber visitado sino de prisa al divino objeto de sus anhelos. Era tal su devocion en estas continuas y largas visitas, que no pudiendo contener su espíritu, exhalaba ardientes suspiros, juntamente con los fuertes golpes de pecho, cuando se creia sola, que resonaban en toda la iglesia.

Desempeñó los oficios de enfermera, ropera, portera, tornera, sacristana, Maestra de clases, de pensionistas, de novicias y Consultora. No es fácil contar cuántas virtudes mostraba en ellos, y con qué diligencia los practicaba, aún en medio de sus continuas turbaciones de espíritu.

Mas el divino Esposo, para trasladarla del monte de la mirra á los jardines floridos de los aromas, dispuso, para librarla de temores en su muerte, que un accidente apoplético la privára del conocimiento. Pero con una especie de prodigio hizo que para recibir el sagrado Viático se despejasen sus facultades intelectuales, que el accidente tenía suspensas, y con su fervor acostumbrado recibió al dulce Jesus, á quien tan tiernamente habia amado en su vida. Concluido el acto, y pasada una media hora, cayó en la misma impotencia que ántes; y sólo parecia tener conocimiento para querer repetir las aspiraciones á Jesus y María, que sus hermanas, conociendo su aficion, la repetian. Así pasó dos dias; se le administró el santo Oleo, y finalmente, murió en la festividad de nuestro Padre San Ignacio, á las doce del mediodía, teniendo setenta y siete años de edad y cincuenta y cuatro de profesion.

ELOGIO

de la hermana Narcisa Ibañez, que murió el 6 de Enero de 1860.

Segun el concepto que nos mereció la virtuosa é inocente vida de nuestra hermana Narcisa, si hubiéramos de instituir alguna comparacion, no hallaríamos con quién compararla más oportunamente que con los beatos hermanos Juan Berchmans, de la Compañía de Jesus, por la delicada observancia de sus Reglas, y con el beato Alonso, por la lucha que tuvo que sostener con el comun enemigo de las almas.

Era natural de Salinas de Añana, hermana mayor de Práxedes, de quien acabamos de hacer mencion. Habiendo muerto sus padres, un tio suyo, sacerdote, que se encargó de ellas, puso tambien á Narcisa en nuestro pensionado, en donde ya

se hallaba su hermana. Pronto se advirtieron en ella, aunque niña, virtudes muy sólidas de humildad y mortificación, sirviendo de ejemplar á todas sus compañeras.

Ya desde entónces la comenzó á favorecer el Señor con distinguidas comunicaciones interiores, así en la oracion como en sus comuniones, sintiendo en su alma la dulzura del divino Espíritu; preparándola de este modo para las terribles pruebas á que la destinaba.

Al año tomó nuestro santo hábito, y desde entónces se la vió adelantar á grandes pasos en todo género de virtudes. En una temporada que (aún siendo novicia) ejerció el cargo de enfermera, tuvimos ocasion de admirar su acendrada caridad con las enfermas; ¡con qué exactitud, con qué amor, con qué advertencia desempeñó este oficio! No habia alivio de que no echase mano ingeniosamente para bien de sus encomendadas.

La obediencia ciega la hacía útil para los empleos, convirtiendo en amable y bien dispuesto su mismo carácter, en apariencias poco brillante y á propósito; de modo que aún sin concluir su noviciado, se la empleó en las escuelas. Todas la admiraban como una santita, sin saber en qué resplandecía más.

Su amor de Dios la impelia á hacer actos y ofrecimientos tan heróicos, que hasta las penas del infierno hubiera sufrido por ganar almas para el cielo, y porque todo el mundo conociese á su Divina Majestád. Parece que no se saciaba de padecer, á pesar de que Dios la probó con las más terribles penas, y duras tentaciones que la ponian en el último aprieto, de lo que habria mucho que decir. Con gran frecuencia tenía que luchar contra las sugerencias del espíritu de blasfemia, de desesperacion y contra otras muchas á que temía que se la llevasen los diablos, y aún en la santa Comunión tuvo atrevimiento Satanás de sugerirle que mascase con irreverencia la Sagrada Hostia. Y como amaba tanto al Señor, eran tan fuertes las congojas y aflicciones que padecia su corazon, que llegó á pensar si el enemigo habia entrado en su cuerpo, segun los extraños efectos que en su interior sentia; y aún sus Superiores llegaron á temer algo sobre eso, y además de animarla y tranquilizarla con sus palabras, le daban reliquias y Evangelios para que los llevase consigo. Sucedia tal vez que la llamase

de noche á su Madre Maestra, para que la socorriese diciendo: «¡Ay, Madre, no vé V. R. cómo está todo el cuarto lleno de fuego, y tantos diablos que me amenazan! «Echeme V. R., por Dios, agua bendita!» Su Madre Maestra, le decia: «Calle hermana mia, duérmase, que no hay nada.» Entónces callaba, porque era obedientísima.

Sólo sus Superiores estaban al alcance de la rudeza de tales combates, pues en medio de tan deshecha borrasca sabía dominarse de modo que en su exterior se presentaba siempre suave, dulce y amable como si gozase de una paz octaviana.

Pero donde se hacian sentir más particularmente los progresos de su mortificacion fué en su última enfermedad, pues acostumbrada á no quejarse de nada, jamás se la oyó un ¡ay! ni un suspiro, ni una queja, así por lo que tocaba á su asistencia, diciendo siempre con carácter risueño que estaba bien, y era porque estaba haciendo el gusto de Dios. Era menester adivinar lo que necesitaba, pues jamás pidió un sorbo de agua, y aunque se la dejasen á mano para tomarla, no lo hacía sin preguntar á la enfermera cuántas veces beberia, y nunca rehusó cosa alguna. Habiendo sufrido en su vida tantas aflicciones, le dió el Señor suma paz y sosiego en su enfermedad y muerte, acaecida el primer viérnes de Enero, que cayó aquel año en la fiesta de la Epifanía del Señor. Contaba veinte años de edad y sólo nueve meses de profesion cuando murió, despues de recibidos los Santos Sacramentos.

ELOGIO

de la hermana Cipriana Anchorena, que murió el 29 de Mayo de 1860.

En la muerte de la hermana Cipriana nos servian de consuelo aquellas palabras del Santo Job: «El Señor me la dió y el Señor me la quitó: sea su nombre bendito.» Era inocentísima y dotada de un talento superior, que nos hacía conjeturar que llegaria á ocupar algun dia en la religion puestos muy distin-

guidos para lustre de nuestro Instituto; mas el Señor, que sabe más que nosotros lo que conviene, dispuso otra cosa.

Nació en Laredo, por hallarse allí de juez su señor padre D. Mariano Anchorena y su madre doña Casilda Errea, á la cual perdió á los trece años, y con este motivo entró á ser educanda en nuestro Colegio. Muy pronto conoció cuán bueno era habitar en la Casa de Dios para asegurar su salvacion; y así se dió prisa á suplicar que se la admitiese entre las hijas de María.

Emprendió con tal denuedo la carrera de la perfeccion, que, como ella misma dijo á su Superiora, desde el dia que profesó se propuso hacer todas sus obras con el purísimo fin de agradecer á Dios.

Fué muy señalada en la guarda de los votos. En cuanto á la pobreza, ni áun estampitas queria tener, por no pegar su corazon á otro objeto que á su divino Esposo Jesus.

En la castidad fué grandemente delicada y celosa de conservar la pureza angelical que desde su niñez adornó su bella alma. Su obediencia fué tan rendida, que la hizo sujetarse con muestras de alegría á pruebas harto duras que se hicieron con ella. Su piedad y espíritu de devocion la inclinaban frecuentemente á pedir el trasnochar para acudir á hacer la córte á su amadísimo dueño Jesus Sacramentado, en cuyo amantísimo corazon hallaba su dulce consuelo, cosa que no se le concedia, atendido el estado de su delicada salud. Por esta misma razon se le negaban las licencias para otras muchas mortificaciones que pedia. Su humildad la hacía estar pronta cuando convenia á declarar sus pequeñas faltas y á omitir toda disculpa de ellas.

Fué su última enfermedad una erisipela, en la que se la vió siempre paciente y resignada, y mucho más cuando se le reconcentró y vió por esto que Dios queria disponer de su vida.

Comulgaba en la cama cada ocho dias segun la Regla, y siguió haciendo lo mismo áun despues de haber recibido el Santo Viático, y áun una vez más despues de la Extremauncion. Pasó el lúnes de Pascua de Pentecostés en una penosa agonía, algunos ratos con terribles dolores, y cuando le cesaban aún se mostraba risueña. Aquel dia se confesó siete veces, á título, como ella se expresaba, de aumentar la gracia y presentarse más pura y limpia delante de Dios. Muchas veces se ponía á

término de morir, pidiendo por señas la vela, y se le leía la recomendación del alma; de aquí tornaba á reanimarse algún tanto: en esta alternativa perseveró hasta la una de la madrugada, en cuya hora apareció más permanentemente la alegría y quietud en su semblante, y se presentaba angelical y como dando indicios de la gloria anticipada de que ya parecía disfrutar: era una delicia el mirarla: no parecía moribunda, ántes se mostraba á todas tan alegre como quien iba á recibir la posesión de la eterna corona.

Otra vez delante de las que la asistían dijo: «Padre, écheme V. la absolución, que ya he formado el dolor, V. lo sabe todo, la materia, la acostumbrada; absuélvame V. para aumentar la gracia.» Esto cayó muy en gracia á las que estaban presentes. Con esta paz y serenidad tan extraordinaria, y con la risa en los lábios, instantáneamente espiró, y su semblante quedó tan apacible y risueño, que llamó la atención áun de los sacerdotes que asistieron al entierro. La azucena que tuvo en sus manos cerca de veinticuatro horas se mantuvo con toda la frescura y consistencia que tenía en la mata, sin marchitarse ni ablandarse.

Sucedió su muerte el 29 de Mayo de 1860, á los diez y ocho de su edad y catorce meses de profesión.

ELOGIO

**de la hermana María Ana Ferrandis, que murió el 4 de
Noviembre de 1860.**

La estudiosa y virtuosa hermana María Ana de Jesus Ferrandis nació en Cornudella, pequeño pueblo de la provincia de Tarragona, hija de D. Juan Ferrandis y doña María Piñol. Esta señorita empleó su juventud en el estudio de varias ciencias que la hicieron muy recomendable y aplaudida en el mundo. Su conducta era muy regular, pero no santa; mas habiendo asistido á los sermones de un fervoroso hijo de San Bernardo, entró dentro de sí misma, reconociendo la vanidad del mundo,

y comenzó á despreciarle, entregándose al retiro y al servicio de Dios del modo que mejor podia.

En Cornudella, pueblo en donde no habia quien pudiese servirle convenientemente de director, no se hallaba en su contorno ningun convento de religiosas, ni las habia visto nunca, ni tenía la más pequeña idea de lo que es ser religiosa: hablarles de esto era como hablarles de un mónstruo que no saben lo que es y que les causa horror. De aquí es que esta jóven tuvo que luchar durante muchos años con sus padres y con otras personas distinguidas que de todos modos querian casarla, ya con un caballero, ya con otro de las familias principales de la provincia; mas ella siempre se mantuvo firme, desechando tales propuestas y rompiendo con todos, animada como estaba del deseo de apartarse del mundo; pero no sabía cómo, ni á dónde ir, ni á quien dirigirse, hasta que por fin la divina Providencia dispuso que fuesen de mision á su pueblo unos Padres de la Compañía de Jesus. Entónces ella se dirigió al Padre Juan Bautista Vidal, manifestándole sus deseos, y las circunstancias que la rodeaban, sin haber podido hallar nunca un director cual ella necesitaba. Este Padre tuvo compasion de ella, probó aún más su vocacion, descubrió un alma inocente y muy querida del Señor, pues la probaba con abundantes cruces y le comunicaba especiales ilustraciones.

Y para dirigirla á esta Casa de Tudela, que era en lo que ménos pensaba, intervino otra admirable disposicion del Señor, por un modo impensado, propio de su sabiduría. Teníamos en esta ciudad una residencia de Jesuitas, que nos asistian y dirigian con el mayor esmero y celo del Instituto, en particular el Padre Victorio Medrano. Todos los de la Compañía que transitaban para otros puntos, se hospedaban, como es regular, en la residencia. Sucedió, pues, que pasando un dia uno de estos Padres, se le convidó á hacer á las religiosas una plática, en que tomó por materia la mortificacion interior, quedando muy edificadas y animadas á practicarla. Concluida la exhortacion, pasaron á saludarle á la reja; se halló presente tambien el Padre Medrano, que mirando por los adelantos del Colegio, le dijo: «Padre, búsqúenos V. una buena profesora de música, para que la enseñe á las niñas.» A lo que contestó: «Quien conoce una muy buena es el Padre Vidal, que está en Cataluña.» No fué necesario más; al instante se le escribió, se

tomaron los informes necesarios, y se arregló en breve tiempo, no sólo el venir ella, sino el traer consigo para el Colegio una niña á quien instrua.

Desde que ella supo que iba á hacerse religiosa, como tenían ideas tan extrañas de eso, mejor diremos, porque Dios así lo permitió, todos se burlaban y mofaban de María Ana, hasta por las calles, y tambien de la niña. Las que ántes se manifestaban sus mayores amigas, ahora se avergonzaban de hablar con ella, de modo que la pobre tenía que sufrir muchísimo, pero sin quejarse ni responder palabra á los insolentes, por lo muy acostumbrada que estaba á padecer. Era naturalmente muy tímida, y amaba con predileccion la humildad, y así tuvo gran trabajo en dar cuenta de lo que había aprendido, temiendo que si la comunidad lo sabía, la tendrían por más de lo que era; mas al fin, por órden de su director, aunque con mucha pena, hubo de entregarle la relacion siguiente:

«Desde muy niña me enseñaron á leer y un poco de escribir: á los nueve años aprendí la gramática catalana y la castellana; no sé si pasé dos años en eso; despues geografía: algo me entretuve con la astronomía, pero poco; despues las matemáticas, pero no aprendí más que la aritmética y el álgebra. Entónces empleé un poco de tiempo en libros muy buenos; despues leí algunas historias, la sagrada, la romana, la de Inglaterra, la de Méjico y no sé qué más: todas estas cosas estudié hasta la edad de diez y ocho años. Entónces aprendí tres años de piano, pero me dediqué poco á él. En cuanto á labores, sé el bordado de diferentes clases, coser, y algunas frioleritas más. Ahora hace medio año que aprendo latin, la gramática.»

Para sacarle esto, que ella creia redundar en alabanza propia, tuvo que valerse el Padre de toda la fuerza de la obediencia, porque ya sabía que nunca hallaba dificultad en obedecer.

Entró, pues, en su probacion y noviciado con el fervor que se deja entender, viniendo con tales disposiciones. Desde luego se manifestó en ella mucho espíritu de abstraccion de las cosas terrenas, inclinacion hácia Dios y anhelo por ganarle almas que le amasen. Ya desde entónces practicaba la mortificacion de un modo particular en cuantas cosas se le presentaban, echando siempre mano de lo más pobre y despreciable: todo cuanto se le daba le parecia bien, sin mostrar repugnancia ni melindres.

Su humildad la hacía tomar un aire encogido en el trato con las Madres y hermanas, y tenerse por la más inútil para todo, á pesar de su gran talento, y cultivado como dijimos. De aquí le nacía ser tan obediente, que fué en ella la virtud que en toda su vida acaso le ganó mayores palmas y coronas.

No se descuidó el tentador en armarle lazos, especialmente al tiempo de su oracion, á donde iba algunas veces como á un tormento, á sufrir las más recias batallas. Mas de esto habria mucho que decir...

Siendo destinada para ayudante, y despues para Maestra de las colegialas, allí fué donde desplegó su gran celo en formar los tiernos corazones de las niñas, valiéndose de mil industrias para atraerlas á la virtud é infundirles el mismo celo de la salvacion de las almas de que ella estaba animada. Era incansable en hablarles de Dios; de tal modo, que nunca le faltaba materia, y con tal gracia, que las tenía entretenidas dulcemente, aunque fuese por largo rato. Les proponia practicar actos de virtudes diarios, y escritos los metia en una bolsa comun, al fin del mes lo contaban y se daba premio á la que hubiese hecho más.

Para más animarse á vivir unida á Dios, se valía de estas consideraciones:

1.^a Un ángel, al paso que no pierde de vista á su encargado, á quien vigila, avisa, corrige y enseña, no deja de ocupar su sitio ante el trono del Altísimo, y le rinde sus adoraciones y le dirige sus alabanzas; así, una hija de María, á su imitacion, hará los mismos oficios con las niñas que se le han encomendado, sin perder por eso un punto de la atencion á sí misma, ni la presencia de Dios: de este modo, cuanto diga y haga irá dirigido á la gloria y agrado del Señor.

2.^a La misma grandeza y elevacion tiene un ángel destinado á guardar un pobrecito que un rico, y los mismos cuidados pone en el uno que en el otro. Así la hija de María, etc.

3.^a Un ángel, por más malo que sea á quien guarda, nunca desampara, ántes bien le avisa y protege con el mayor esmero, sin cansarse nunca de asistirle. Así una hija de María, por más díscola que sea la niña, y aunque vea perdido en un minuto el trabajo de un mes, no se canse, no desista, atendiéndola más que á la bien educada ó inclinada.

4.^a Un ángel sigue siempre al lado del que guarda, va á

donde quiera que vaya, cualquiera que sea su destino; así una hija de María, mientras la obediencia no la quite, no ha de querer mudar.

5.º Un ángel, no sólo cuida del alma del que tiene á su cargo, sino tambien del cuerpo. Así la hija de María, etc.

Cada uno de los dias de la semana se unia con los ángeles de guarda de las diferentes clases de personas, cristianos, infieles, herejes, niños por nacer, para que recibiesen el bautismo, niñas encargadas á nuestra instruccion, religiosas y misioneros.

Se tuvo por creible que se le apareció algunas veces el alma de una religiosa pidiéndole sufragios y avisándola de algunas faltas. Ella, aunque con gran repugnancia, dió cuenta de ello á su Madre Maestra. Esta, sin mostrar mucho crédito, mandó á sus novicias con disimulo ofrecer la comunión y otras oraciones por aquella alma que habia sido muy devota de San Francisco Javier. Hecho esto se le apareció por última vez, despidiéndose para la gloria en el dia del mismo Santo, que fué el vigésimo tercero despues de su muerte, dejándola llena de inexplicable y extraordinario gozo. Las Superiores, temerosas, dieron cuenta de todo á dos Padres de la Compañía de Jesus, quienes, bien informados del caso y todas sus circunstancias, mostraron no menospreciarlo.

Cumplidos los siete años que, segun costumbre, viven en el noviciado las hermanas jóvenes, pasó á la casa profesa, en donde pensábamos gozar de sus ejemplos y virtudes por largo tiempo; pero plugo al Señor frustrar nuestras esperanzas, pues apenas habian pasado ocho dias cuando apareció en su cara una erisipela, al parecer de poca consideracion; con todo, la mandaron acostar y se la cuidó con esmero, velándola de dia y de noche procurando que no se enfriase y conservase el sudor, como encargaba el médico; y esto más se hacía por precaucion que porque inspirase cuidado, á pesar de que se le notaba grande desasosiego.

Mas el sexto dia por la noche se agravó de manera que fué necesario llamar á toda prisa al médico y confesor, el cual, en un pequeño intervalo ó tregua que dió el delirio, pudo confesarla; comenzando de nuevo á delirar, no pudo recibir el Viático. A las cuatro de la mañana se le administró la santa Uncion, y poco á poco, sin dar más muestras de agonía que cesar

la respiracion, entregó su espíritu en manos de su Criador á las seis de la mañana, mientras la comunidad estaba comulgando el 4 de Noviembre de 1860, á los cuarenta de edad y siete de religion. Acaeció una cosa notable, y fué que no acostumbrando ella á cantar y que apenas se conocia el metal de su voz, un rato ántes de morir cantó suavísimamente con buena entonacion: *Regina cœli lætare, alleluia*, sin que esto pueda atribuirse al hábito ó costumbre, pues no la tenía de ello. Y no será temerario el creer que quiso Nuestro Señor recompensarla una vida tan llena de penas interiores, con anticiparla las delicias y dulzuras del paraiso.

ELOGIO

de la hermana Josefa Fernandez, que murió el dia 5 de Mayo de 1862.

La hermana Josefa Fernandez era natural de Torrelavega, provincia de Santander, hija de D. Isidoro Fernandez y doña Micaela Ontoria. Aunque criada en medio del mundo y en una casa opulenta, ningun atractivo tenian para ella ni la vista de cosas magníficas, ni las galas ni las diversiones; porque el Señor desde muy niña se habia posesionado de su corazon, y sólo Dios era el objeto de sus afectos. Y á la verdad, desde que entró en la religion edificaba grandemente la exactitud con que se acomodó á todas las prácticas de la Orden, así en el comer y vestir como en lo tocante á la observancia de las Reglas y demás prácticas religiosas; cosas todas que distan tanto de la vida cómoda y delicada del mundo. Y sin embargo de que rara era la cosa en que no encontrára materia de mortificacion y repugnancia, como alimentos, tratos, y usos propios de la Casa, lo llevaba con tal disimulo y vencimiento propio, que parecia que en todo hallaba gran gusto. Habian querido persuadirla los mundanos que las monjas vivian en tal desacuerdo, que poco á poco le daban á entender que se devoraban unas á otras, mas su generosa resolucion atropelló por todo. Decia que entre las

várias Reglas que habia visto, se habia enamorado de las nuestras, por la mucha abnegacion que contienen.

Su humildad la inclinaba á querer vivir olvidada y desconocida de todo el mundo; y tenía especial gracia para hacerse la tonta, creyendo ella que era mucha verdad cuando por probarla la decian que era inútil y que no valía para nada; pero si oia cosa que redundase en su alabanza, se confundia y sonrojaba.

Su obediencia era rendida y ciega; nunca miraba en la Superiora la persona á quien obedecia, sino la de Aquel por quien y á quien todas debemos obedecer, que es Cristo Señor nuestro, de lo que daba claros indicios en el trato respetuoso, afable y sumiso que tenía con ellas. Cuántas veces la hacía su ardiente celo por la observancia decir; áun á sus compañeras, con lágrimas en los ojos: «¡Ay, hermanas, que no miramos á nuestra Madre como manda Dios en la Regla! Si nos dijera haz ésto ó aquéllo, ¡con qué prontitud y alegría lo haríamos! Pues Jesus es el que nos manda por las Superiores.» Siempre que hablaba de esta virtud nos confundia, viendo la fé tan viva que manifestaba tener en las personas por quien Dios la hablaba.

La santa pobreza la hacía pedir las cosas peores para su uso. Si le daban alguna estampita con puntilla, la entregaba á la Superiora; y si ésta se la dejaba, pedia licencia para cortarle el calado, pareciéndole que estas cosillas, por de poco valor que sean, desdican de la perfecta pobreza.

Quando estaba con las niñas y se barria la sala de labor, procuraba recoger del suelo los alfileres, hilos y agujas que suelen ir entre los desperdicios, por el mucho cuidado que tenía de que nada se perdiese.

Por amor á la castidad observaba sumo recogimiento y guarda de los sentidos, especialmente de la vista; tan gran modestia en todas sus acciones, que nada habia que mejorar; ni áun las manos sacaba de las mangas para ahuyentar las moscas de la cara, como se lo notaron algunas. Estando en presencia de Jesus Sacramentado, no miraba á ninguna otra cosa, sino sólo si las niñas estaban con devota compostura. El sólo verla infundia devocion.

Tenía gran deseo de que la gloria y buen nombre del Instituto fuese adelante. Por su gusto, hubiera abandonado el

piano para excusar las alabanzas que la acarreaba su destreza, ejecucion y estilo; pero no se dejó llevar de este encogimiento, juzgando que, con el cebo de la música, podria atraer para Dios algunas almas.

Cuando fué nombrada Maestra del Colegio, causaba admiracion á las niñas por su carácter grave, fino y amable, la igualdad que con todas tenía, pues ni en las palabras ni en el modo de dirigirse á cada una se notaba diferencia. En el re- prender se conocia que, aunque en su exterior mostraba gravedad, su interior se conservaba tranquilo. Ni tampoco se les ocultaba á las niñas su union con las otras Maestras y su gran sumision á las mismas, y cuánto sentia que las disgustasen en lo más mínimo. Pero sobre todo, las faltas que más pena le causaban eran las irreverencias delante del Santísimo; éstas nos la dejaba pasar sin penitencia, con tal sentimiento, que les decia: «Hijas, más quisiera que me hiciesen Vds. á mí estas faltas, que delante de Jesus sacramentado.»

Amaba tanto á Dios, y tanto deseaba unirse á El por la sagrada comunión, que se mostraba hasta su exterior inflamado en este divino fuego. El dia ántes de la comunión le pasaba disponiendo á las niñas y recordándolas con várias jaculatorias que su fervor le dictaba, el amor tan grande con que Jesus se nos da, y la fria correspondencia de nuestra parte. Por la noche las reunia á todas y las declaraba los puntos para la comunión, acomodándose á la necesidad de cada una; las decia lo que habian de hacer ántes y despues de comulgar, y todo con tanto espíritu y celo, que algunas niñas afirmaban que más fervor sentian en su corazón al prepararlas la hermana Josefa, que en la misma comunión, porque sus palabras estaban tan llenas de espíritu y de consuelo, que las encantaba.

La jaculatoria con que desahogaba en aquel dia con más frecuencia su espíritu, era la de la Esposa: «Hallado hé al que ama mi alma; téngole y no le dejaré.» Su mayor consuelo era verlas á todas fervorosas, unidas y que gustaban de las cosas de Dios.

Mas por razón de su delicada salud, sólo estuvo en esta ocupacion año y medio, teniendo por mejor las Superiores que descansase de aquella ocupacion trabajosa, viviendo entre las jóvenes profesas y novicias. Volvió, pues, á su amado novi-

ciado, y aunque enferma, no podia estar sin ejercitar su caridad y sin aliviar á sus hermanas, si algo padecian. En cierta ocasion llegó á pedir á Nuestro Señor trasladase á ella cierto padecimiento y mal que otra sufría, lo cual oyó Dios, concediéndole lo que pedia. Anhelaba por transmitir á sus hermanas los sentimientos de espíritu que abrigaba en su pecho. En los ratos de conversacion les solia decir: «Tres son los modos de ejercitar el celo: primero, con el ejemplo; segundo, con las palabras; tercero, con la oracion.» Y todos tres los habia puesto ella por obra. El ejemplo, en la grande aplicacion que tuvo para formarse una verdadera hija de la Compañía de María, á fin de ganar muchas almas á Dios con sus palabras, que eran dulces, cariñosas y oportunas, sin gastar más con las niñas que las que les fueran útiles para sus almas y buena educacion, y con la oracion continua que hacía por la conversion de los pecadores.

A proporcion de las demás virtudes era tambien su tierna devocion á la Santísima Vírgen, con quien se regalaba llamándola su querida Madre.

Sus padecimientos fueron unos humores acres, que habiéndose reconcentrado, le ocasionaron por algun tiempo una afeccion al corazon, despues una pulmonía, en la cual fué menester administrarle los santos sacramentos de Penitencia y Viático, que recibió con mucho fervor, despues de lo cual mejoró, aunque sin salir del peligro. Hablaba muy poco en el tiempo de su enfermedad; pero la mañana de su muerte á todas llamaba para despedirse y pedirles perdon de lo que su humildad le representaba como faltas: riéndose con sus contemporáneas, les dijo: «Miren, hermanas, la última sonrisa; encomiéndenme á Dios.» Habia recibido á las tres de la mañana la Santa Uncion, y á las siete y media, leida la recomendacion del alma, espiró plácidamente, á los veintiocho años de su edad y cuatro y medio de religion.

ELOGIO

de la hermana María Jesus Sarasa , que murió el 21 de Mayo de 1862.

Los padres de nuestra hermana María de Jesus Sarasa fueron D. Miguel y doña Manuela García, honrados y buenos cristianos, y vecinos de Valtierra. Despues de la muerte de su esposa, deseando D. Miguel que su hija fuese educada esmerada y cristianamente, la puso de pensionista en nuestro Colegio, en donde dió mucho gusto á sus Maestras por su docilidad y aplicacion. Aquí fué donde Dios la llamó al estado religioso, y ella escuchó su voz, y estaba pronta á caminar al cabo del mundo, con tal que consiguiera entrar en una Casa de nuestra religion; y como se veian en ella tan excelentes disposiciones, fué sin dificultad admitida á tomar el hábito, juntamente con otras dos que le vistieron en el mismo dia. En el poco tiempo que vivió entre nosotras se hizo apreciar por su candor angelical, por su trato humilde y sencillo. Obtuvo los oficios de ropera, enfermera y ayudante de la clase de pequeñitas, en cuyo cargo se empleaba con mucho gusto, áun cuando se sentia fatigada de la tos; mas llegó ésta á molestarla tanto, que al fin se tuvo que rendir á las órdenes de la obediencia y del médico. En su postrera enfermedad fué de mucha edificacion su igualdad de ánimo y constante alegría, recibiendo á todas con tan risueño semblante, que nos tenía encantadas, y áun á los mismos facultativos edificaba. Tres dias estuvo sin movimiento, al cabo de los cuales entró en la agonía, que sufrió por tres horas, y fué muy penosa; y á las cuatro y media de la mañana del 21 de Mayo espiró dulcemente, á la edad de veinticinco años, tres de profesion, recibidos los Sacramentos y otros muchos socorros espirituales, con los cuales se le facilitaria la entrada en la gloria, mayormente despues de haberse preparado para la muerte con una vida tan ejemplar y ajustada.

ELOGIO

de la hermana Rosario Begar, que murió el 7 de Octubre de 1863.

El fallecimiento de nuestra amada hermana coadjutora María del Rosario acaeció el 7 de Octubre de 1863, á los veintitres de su edad, y tres de profesion religiosa. Era natural de Santander, de una familia honrada, de oficio pescadores; su padre Emeterio Begar, y su madre María Háras. La criaron como buenos y piadosos cristianos en las máximas de nuestra santa Religion. Pasó su niñez y juventud muy dada á la piedad, y sobresaliendo en devocion entre sus hermanas; gustaba mucho de frecuentar los santos sacramentos de Confesion y Comunión. Se empleaba tambien en enseñar la doctrina cristiana á las niñas de las escuelas dominicales. Las iglesias que más frecuentaba eran las de los conventos de religiosas, sintiéndose desde su más tierna edad inclinada á este dichoso estado. Desde que fueron los Padres de la Compañía de Jesus á aquella ciudad, se puso bajo su direccion, siéndoles muy obediente y sumisa, lo que la preservó de los peligros y asechanzas del mundo, conservándose inocente hasta llegar al puerto seguro de la religion.

En esta buena disposicion entró en nuestro noviciado, é hizo su profesion con gran consuelo de su alma. Desempeñó su oficio de coadjutora con mucho esmero. Era sumisa y humilde con sus Superioras, y procuraba en todo vencerse á sí misma, y segun el afan y esmero que ponía en adelante en la virtud, la última temporada de su vida ya presentía su cercano fin. El dia de la Ascension del Señor le dió un ataque fuerte cerebral, que le volvió á repetir al poco tiempo, dejándola muy estropeada é inutilizada para toda ocupacion. El dia de Nuestra Señora del Rosario recibió el Santo Viático con alegría espiritual, y la noche del 7 de Octubre, repitiéndole más fuerte el ataque, en pocos minutos nos la arrebató, sin poder recibir la Santa Uncion; creemos la halló el Señor bien dispuesta para presentarse ante su divino juicio.

DESCUBRIMIENTO

del cuerpo incorrupto de la Madre Francisca de Agreda.

El día 8 de Octubre de 1863, habiendo de enterrar en el nicho que le tocaba por turno á la hermana María Rosario Begar, se abrió el de la Madre Francisca Agreda, concurriendo para ello Claudio Sagaseta, carpintero; José Azcona, albañil, y sus ayudantes Pablo Martínez y Vicente Cornago, y las religiosas que estaban de guarda eran Madre Blasa Amézaga y Madre Concepcion García. Sacóse la caja y se destapó, y se encontró el cadáver de la Madre Francisca de Agreda entero é incorrupto, habiendo pasado catorce años desde su muerte. La religiosa que ocupó el mismo sepulcro anteriormente fué la hermana Vicenta Errea, que salió hecha polvo, así como las que la habian precedido en el mismo. Se dió cuenta del descubrimiento al Sr. Gobernador eclesiástico, Edo. D. José Ramon García, que vino acompañado del señor capellan don Francisco Puy á enterarse del caso por sí mismo, y á la tarde volvió con su secretario D. José María García y dos doctores en medicina, D. Miguel Escudero y D. José Ramon Sagastume, que reconocieron el cadáver, y dijeron despues por escrito lo que consta en el documento que luégo copiaremos.

Para que todo lo dicho quede en memoria, se hizo este asiento y se presentó á su señoría:

«La Madre Francisca de Agreda nació en Navarra, en la ciudad de Corella, el día 4 de Octubre de 1765. Hija legítima de D. Francisco y de doña Francisca Virto. Estuvo de educanda en nuestro Colegio unos tres años, segun la cuenta, y sin salir al mundo tomó nuestro santo hábito el 3 de Diciembre de 1780, de edad de quince años. Profesó el 4 de Diciembre de 1783. Recibió el grado de Madre el 8 de Diciembre de 1790. Ejerció en la religion los oficios de ropera, enfermera, Maestra de clases, dispensera, sacristana, tornera, portera, Prefecta de clases, Consultora y acompañante de locutorios. Vivió con edificacion de mucha virtud y observancia. Murió el 31 de Julio de 1849,

de edad de ochenta y cuatro años, recibidos todos los Sacramentos. Se enterró en la forma acostumbrada; le hizo el oficio de sepultura el Padre Victorio Medrano, de la Compañía de Jesus, capellan entónces de la comunidad, por no poder asistir aquel dia el M. I. Cabildo de la catedral.»

RESEÑA

del expediente instruido con motivo de la invencion del cuerpo entero é incorrupto de la Madre Francisca Agreda, religiosa del convento de la Enseñanza de la ciudad de Tudela.

El M. Iltre. Sr. Ldo. D. José Ramon García, canónigo magistral de esta santa iglesia catedral, Gobernador, Provisor, Vicario general de ella y su obispado por el Excmo. é Ilmo. señor D. Cosme Marrodan y Rubio, Administrador apostólico del mismo y Obispo de Tarazona, del Consejo de S. M., etc., etc. Fué llamado por la M. Rda. Madre Priora del convento de la Enseñanza de esta ciudad, por medio de su capellan el licenciado D. Francisco Puy, á la hora de las siete y media de la mañana del dia ocho de Octubre próximo pasado, con motivo de haber encontrado entero el cuerpo de una religiosa, que yacía catorce años há en el nicho que se abrió poco ántes para sepultar el cadáver de la hermana María del Rosario Begar. Pasó inmediatamente al convento, acompañado del mismo capellan, de la Rda. Madre María Inés Rivas y de otras religiosas; bajó al panteon y vió abierto el nicho de que se ha hecho relacion, que es el inmediato á la entrada y primero del segundo orden del lado de la izquierda; fuera del nicho la caja de madera de pino que se habia extraido y abierto por nuestro carpintero Claudio Sagaseta, y albañil José Azcona, para poner los huesos en el depósito.

La caja está sin pudrirse y en buen estado; contiene el cadáver de la religiosa exhumada y la tierra que la echaron cuando la sepultaron. El cuerpo de la religiosa está entero, y sólo se ha separado el brazo izquierdo por el hombro, porque sobre él

descansaba todo el cuerpo, á causa de una deformidad ó joroba que en vida tenía en la espalda; la carne consumida y flexible, cubierta con la piel, que se le conserva íntegra; si se comprime en los vacíos que hay entre los huesos, cede y se hunde; pero cesando la opresion vuelve á su estado natural y se distinguen los nervios; no conserva los cabellos, pero sí el único diente que tenía cuando murió, en la parte superior bastante salido, y tambien se advierte algun viso de color de carne y no exhala ningun mal olor. El santo hábito, aunque no se ha destruido, está podrido y se rompe con mucha facilidad; no así los zapatos, que tienen su consistencia.

Por la inscripcion que tenía el nicho por la parte exterior, y por los libros de admisiones de educandas, de entraticos, profesiones y defunciones de religiosas que obran en el archivo del convento, consta y aparece que el cadáver de que se hace relacion es de la Madre Francisca de Agreda, que nació en la ciudad de Corella, provincia de Navarra, el cuatro de Octubre de mil setecientos sesenta y cinco, hija legítima de D. Francisco y doña Francisca Virto, naturales y vecinos de la misma. Que despues de haber estado sobre tres años en clase de educanda seglar, sin salir al mundo, pasó al noviciado y tomó el santo hábito de coro y velo negro del citado convento de la Enseñanza en tres de Diciembre de mil setecientos ochenta, siendo de edad de quince años, en el que hizo su profesion religiosa el cuatro de Diciembre de mil setecientos ochenta y tres, y recibió el grado de Madre el ocho de Diciembre de mil setecientos noventa; que ejerció con toda exactitud, delicadeza y fidelidad los oficios de ropera, enfermera, Maestra de clases, dispensera, sacristana, tornera, portera, Prefecta de clases, Consultora, acompañante de locutorios, visitadora de ejercicios espirituales y guarda de hombres. Segun refieren las religiosas que la conocieron en vida, y consta en la carta de edificacion de la reseña presentada por la Madre Priora, vivió con edificacion ejemplar en la observancia y en la práctica constante de la virtud, en grado elevado y no comun, dando pruebas inequívocas hasta que exhaló el último suspiro, y murió en treinta y uno de Julio de mil ochocientos cuarenta y nueve, á las tres de la mañana, habiendo recibido los santos sacramentos de Confesion, Viático y Extremauncion, y demás auxilios espirituales.

Consta tambien, por relacion de las religiosas, que del cuerpo de la hermana Vicenta Errea, que se extrajo del mismo sepulcro á los veinte años de sepultada para colocar el de la Madre Francisca, sólo se encontraron los huesos descoyuntados, que es lo que se ha observado siempre con los cuerpos que han ocupado este nicho y los inmediatos.

En vista de estas observaciones, su señoría dispuso que se pongan á la caja que contiene el cuerpo de la Madre Francisca dos cerrajas diferentes, de las cuales una quedará en su poder y la otra en el de la comunidad.

El mismo dia ocho, á las cuatro y media de la tarde, previo recado de atencion de parte de su señoría, los señores doctores médicos cirujanos de la comunidad D. Miguel Escudero y don José Ramon Sagastume, en presencia del señor Gobernador eclesiástico, del infrascrito secretario, de la Rda. Madre Priora y otras religiosas, hicieron un reconocimiento muy detenido del cuerpo de la Madre Francisca, y habiéndose reservado dar su dictámen hasta meditar y conferenciar sobre las circunstancias del caso, con fecha diez del mismo Octubre, declararon: «Del exámen que hemos hecho acerca de su estado, no podemos ménos de reconocer que se halla íntegro y en un estado de desecacion notable, que ha llamado nuestra atencion, tanto más cuanto en el nicho donde yacía no se ha observado caso análogo desde la fundacion del convento; por lo que creemos que este hecho debe observarse con particular atencion, por si, trascurriendo más número de años, puede dar lugar á consideraciones de un órden más importante y elevado.—Dr. D. Miguel Escudero.—Dr. D. José Ramon Sagastume.»

Y vista la declaracion facultativa por su señoría, acordó que el cuerpo de que va hecha mencion se cubra con otro hábito de religiosa: que se destabique el nicho de la derecha de la pared que forma cabecera en la bóveda mortuoria del órden inferior é inmediato al que ocupa la Madre Fundadora del convento, oriental al que contiene otro cuerpo antiguo de religiosa en el de la izquierda, para depositar el de la Madre Francisca de Agreda. Así consta del expediente instruido con el motivo que se refiere, que obra en el archivo de este obispado. En cuyo testimonio damos la presente por duplicado, para que la una se deposite en el archivo del convento, y la otra en la caja que contiene el cuerpo que es la materia de esta relacion,

firmada de nuestra mano, sellada con el de las armas de esta santa iglesia, y refrendada por nuestro secretario de cámara y gobierno, en Tudela á siete de Noviembre de mil ochocientos sesenta y tres.—Por mandado de su señoría, José María García, secretario.

El mismo dia siete de Noviembre, en este queson las cuatro y media de la tarde, se deposita el cadáver relacionado, y se tabica el nicho en nuestra presencia, la de nuestro secretario y de la comunidad y firmamos.—Licenciado García.—Ante mí: José María García, *secretario*.—María Inés Rivas, *Priora*.—María Concepcion Puig.—María Blasa Amézaga.—Margarita Camporedondo.—Justa Roux.—María Concepcion García.—Simona Rada.—María Concepcion Lasaga.—Sotera Campuzano.—Bernabea Irigoyen.—Jorja García.—Gabina Palacios.—Paula Angos.—María Cruz Escalona.—María Dolores Uguet.—Margarita Herp.—Ezequiela Echevarría.—Juliana Medina.—Agustina Echeverría.—Rosa Pique.—Juana Milagro.—María Micaela Pardo.—Matilde Cabrit.—Marcelina Lison.

VIDA

de la Madre Francisca de Agreda, religiosa de la Compañía de Nuestra Señora de la Enseñanza, de Tudela, escrita por las Madres de la comunidad.

Segun los Santos Padres, el estado religioso en que habitan las vírgenes del Señor es el jardin religioso de la Santa Iglesia.

Este jardin está repartido segun sus órdenes y destinos en diversas formas y labores, que embellecen el de la Iglesia nuestra Madre, siendo una de ellas esta nuestra mínima Compañía de María Santísima. En este pequeño vergel descuellan á veces flores bien frondosas, aunque á sus modestos ojos sólo aparezcan humildes violetas y pequeñas margaritas.

Una de estas preciosas flores fué nuestra muy amada y ejemplar Madre Francisca de Agreda, de quien vamos á hacer, á lo ménos en cuanto alcanza nuestra rudeza, un pequeño elogio de sus excelentes virtudes.

Nació esta dichosa criatura en la ciudad de Corella, en Navarra, de familia distinguida. Sus señores padres, D. Francisco y doña Francisca Virto, habiendo dado á sus hijos lucida carrera de letras y temor de Dios, dedicaron su cariño especial á su única hija Francisca, y así, le procuraron una esmerada educacion, propia de su nacimiento y cristiandad, á costa del sacrificio de su separacion. Pusiéronla en nuestro Colegio de pensionista; y aunque de tan pocos años, supo vencerse á sí misma disimulando el tédio y descontento que le causaba el vivir en clausura y retiro de las diversiones del mundo. Mas el Señor, que vela sobre sus escogidos, la llamó eficazmente con su gracia y la convidó con su magnífico desposorio, cuando ella ménos lo pensaba. ¡Qué mudanza de la diestra del muy Alto! ¡Y cuánto le valió la devocion al apóstol de las Indias! Pues en lugar de alcanzar por la intercesion de este Santo, en una novena que le dirigió á este fin, el marchar pronto á casa de sus padres, le alcanzó una firmísima vocacion para un Instituto tan semejante al suyo, no para surcar los mares y recorrer las dilatadas regiones de la India, pero sí á la carrera de perfeccion trazada por la providencia del Señor, y correspondida fielmente por su criatura, que desde un principio se esforzó con grande ánimo á conseguirla en el cumplimiento de las Reglas del Instituto de la Compañía de María Santísima, en la que se alistó vistiendo el hábito en la fiesta de su amado protector, San Francisco Javier, 3 de Diciembre de 1780, á los quince años de edad, añadiendo el nombre de Javiera al de Francisca de Asís que ya tenía. Llegado el dia de su profesion, no se pueden ponderar sus fervores y sublimes pensamientos, y entrega á su divino Dueño. Ya no percibia su alma sino aquel dulce afecto que rebosaba en su corazon: «Mi Amado es todo para mí, y yo toda para mi Amado.» Desde entónces parecia que crecia en todas las virtudes. Su pureza angelical, cada vez con nuevos aumentos, tomó asiento firme en su inocente alma. Su obediencia ciega, pronta y alegre, movia todos sus pasos y acciones á la voz ó insinuacion de una Superiora santa, que tambien le tocó esta suerte, en la Madre Micaela Veraiz, animándose á la imitacion de sus muchas virtudes. La santa, pobreza que la desviaba de todas las conveniencias mundanas, la era ya tan grata, que procuraba estrecharla en todas sus cosas y acciones. Estos fueron sus primeros pasos.

Era obediente y rendida á todas sus Superiores, aunque fuese en lo más trabajoso, y áun para este género de obediencias ella misma se ofrecia. Sólo cuando en su vejez se le intimaban órdenes de algunos alivios para su persona, era cuando repugnaba un poco, y decia: «Jesus, ¡qué tormento!» pero obedecia prontamente, pues los primeros movimientos no siempre están en nuestra mano dominar. Siendo tornera, todas tenian libertad para mandarla, y á todas obedecia como si le fuesen Superiores.

Tuvo muchos oficios en la religion, complicados unos con otros, pero nunca cargos de superioridad. Doce años fué dispensera, otros doce Prefecta de clases, nueve sacristana, veintuno Consultora, treinta y tres años tornera, sin contar otros de más cortos plazos. Trataba á las gentes con agrado, expresion, sencillez y dignidad. No perdia ocasion de alabar su comunidad y sus monjas, de modo que todas quedasen en buen lugar. En sus palabras nunca se oia murmuracion, ni bromas, ni ociosidades; si á alguna se le escapaba una palabra contra la caridad, por leve que fuese, luégo disculpaba á la ausente, contraponiendo alabanzas. A todas daba la razon, pero sin meterse jamás en vidas ajenas ni en negocio alguno.

Para delinear el primoroso cuadro de sus virtudes religiosas, aunque siempre bastante imperfecto, no alcanza nuestra pluma á la nobleza y quilates de sus actos interiores; sin embargo, se ha procurado investigar los conceptos que de su mérito habian formado las pocas personas que aún existian de sus conocidas; suprimiendo, por no cansar, muchas noticias repetidas que darian aún más firmeza á la certidumbre de los hechos.

La primera que presentó relacion de méritos fué la que más los habia presenciado por su antigüedad, y citando hechos sabidos por tradicion de sus mayores; decia, pues, así:

«Conocí á la Madre Francisca de Agreda desde el año mil ochocientos seis, hallándose entónces en la edad de cuarenta y un años. Nunca ví en ella cosa mala, ni áun leve, ó que me pareciese falta: he hecho exámen sobre ello. Aunque á mí, siendo tan niña, me disgustaba la extrema afabilidad y cariño con que me trataba, bien pronto se trocó esta ingratitud en veneracion viendo su gran virtud, que áun siendo novicia no podia ménos de conocer. Tenía algunas como sandeces, que yo las juzgaba

como artificiosas, por humillarse y quedarse en su rincón, y así lograba el no ser tenida por gran cosa. Esta idea de que lo hacía de propósito se me fijó muy viva, y nunca se me ha borrado, especialmente desde que la traté más de cerca en tres años de torno que fuí su ayudante. No la encontraba tan escasa de luces como algunas la creían. Allí fué donde me dijo aquellas palabras parecidas á las que el Padre Juan Nuñez respondió á la Santísima Virgen: *Sí, Señora; quiero servir á vuestro Santísimo Hijo hasta no poder más.* Así dijo esta Madre: *He resuelto hacer por Dios todo cuanto pueda;* las dijo en un tono de resolución que yo la entendí en toda la extensión de la palabra, y ví que lo cumplía en todas sus acciones y ocasiones; y creo que lo habría cumplido siempre. Allí, en aquel cuartito, en ratos destinados á la quietud, la oí conversaciones de mucha edificación, en que mostraba grande amor á la observancia y á la perfección en sus obras, el sumo aprecio de su vocación, etc. En todo oficio distractivo y en todo lo que hacía estaba muy metida en Dios, de modo que las Madres sus contemporáneas la solían decir: *Agreda, Agreda, haz lo que haces,* queriendo significar con esto que así lo hacía siempre. Otras veces la llamaban: *Dios y yo, y nada más.*

En la oración nunca se sentaba, ni movía mano ni cabeza, con tan profundos suspiros, que daban bien á entender la intención con que trataba sus cosas con Dios. Celebraba con muchos actos de devoción, mortificación y otras prácticas piadosas las octavas de Corpus, Pentecostés, Adviento y las festividades de María Santísima; hablaba mucho de los Santos Apóstoles y les tenía particular devoción; le caían muy en gracia la paciencia con que Nuestro Señor aguantaba sus impertinencias y groserías. Hacía también especiales obsequios á los Santos de la Compañía, particularmente á su querido San Francisco Javier.

Cuando era joven, si hablaban de ceder la satisfacción á las ánimas, decía: «Yo no, yo no, que tengo muchas deudas; yo no me atrevo.» Pero después tengo oído que ya les había hecho donación entera.

Esperaba contra la misma esperanza, porque era muy combatida de temores de los juicios de Dios, á los cuales se sobreponía con la meditación de los méritos de Jesucristo, á quien acudía con la Cananea, la Samaritana y la Magdalena, que las

tenía muy presentes en su consideracion y conversaciones, y solia exclamar: «¡Qué bondad! ¡Cómo perdonó á aquella pobre mujer que la iban á apedrear, y sin pedírselo ella! ¡Qué misericordia!» No eran sus temores capaces de hacerla dejar nunca las comuniones de Regla, y áun rara vez las de devocion, á las que se llegaba con fervor y abstraccion de lo visible, que se conocia bien el tésoro que tenía en su corazon. Todo esto prueba que el amor sobrepujaba al temor. Y como de la abundancia del corazon habla la boca, la suya se recreaba en estas conversaciones de la vida, ya privada, ya pública, del Salvador del mundo, enterneciéndose con sus misterios y los de su Santísima Madre, como si los viera presentes. A veces la encontramos como entusiasmada delante de algunas imágenes de Jesucristo y de María Santísima, expresando sus afectos mentales, con los ojos fijos y algunas palabras entrecortadas, muy bien entendidas del original á quien se dirigian, que era el centro de sus amores. Especialmente visitaba con frecuencia á un divino Señor con la Cruz acuestas, de bulto, muy grande; allí tenía sus dulces coloquios, le daba golpecitos en el pié, se lo besaba y le miraba al rostro y le decia mil ternuras, le contaba sus cuitas y desahogaba su corazon encomendándose á su misericordia. En fin, era una amante verdadera, porque su amor se fundaba en obras y en virtudes sólidas.

El amor de Dios le daba aquel amor tan generoso para con el prójimo, tan desinteresado, tan general, tan práctico, que lo anteponia á todas sus propias conveniencias, como se irá viendo. Era muy amante de nuestro santo Instituto, y se afligia cuando enfermaba ó moria alguna de las que más trabajaban en él, diciendo: «Aquí estoy yo que no hago nada.» Aunque la obediencia sólo la ocupó tres años en el oficio de Maestra de clases, como fué tanto tiempo Prefecta, no perdía ocasion de aprovecharlas y atraerlas con afabilidad y dulzura. Siempre pedía mucho por los pecadores y se desconsolaba cuando oia que alguno no queria confesarse, ó cosa semejante, y ofrecia muchas oraciones y penitencias á este fin.

En tantos años de trato con los prójimos se vió su mucha prudencia, pues no hay memoria de que sus palabras hubiesen ocasionado disgusto alguno ni dentro ni fuera de Casa; ántes bien sabía sepultar en su pecho todo motivo de turbacion; se abstenia de dar noticias que pudiesen contristar; parecia que

era el ángel de paz que animaba á las Superiores y demás religiosas en tiempos de calamidades de que participaba la comunidad. Cuando la guerra de la Independencia quisieron las tropas francesas hacer cuarteles todos los conventos de monjas, y para esto reunir en uno todas las comunidades. ¡Cuánta fué la alegría de la Madre Francisca al ver que á nosotras nos cabia la suerte de no salir! Me parece que la veo ahora con el gozo que subió á noticiar á la Superiora que todas venian á nuestra Casa.

Andaba tan solícita y laboriosa, trabajando como la que más para acomodar las cosas y proporcionar alivios á las pobrecitas desalojadas, que se ganó el cariño de todas para siempre.

Aunque justicia es la virtud en general, y la Madre Francisca era un alma justa, tenía tambien esta virtud cardinal de dar á cada cosa el peso que le corresponde; y así no se ocupaba de bagatelas, ni ponía su atención en lo caduco, sino en cosas útiles y provechosas al bien comun, y sobre todo á la gloria de Dios; y sin jamás perjudicar á nadie ni en dicho ni en hecho.

Su fortaleza se manifestaba en trabajar hasta la muerte, incansable en todo lo que la obediencia la encomendó, siempre con brío y diligencia, sin alivios ni conveniencias; ántes procuraba descansar á las demás sin atender á frios ni calores, ni á ganas ni desganadas, pues sus padecimientos sabia ocultarlos con destreza y habilidad. Verdad que padeció achaques que no pudo encubrir, pues siendo jóven tenía con mucha frecuencia grandes erisipelas. Entrando más en edad, desaparecieron, y en su lugar le acometieron jaquecas que la mortificaron muchos años, hasta que atinaron con una medicina con que cesaron de repente. No para quedar sin cruz, pues Nuestro Señor nunca deja á sus fieles siervos sin hacerles participantes de las suyas, para que le sigan más de cerca.

Nuestra Madre Agreda no caía á todas en gracia, porque su conducta estrechita era una muda advertencia de ciertas cosillas leves, que otras de buena fé pasaban por ellas sin reparo, ántes de tener vida comun, ya en punto de pobreza, ya de amistades, ya de exenciones que para su delicadeza no eran de gusto. Otras veces la diversidad de genios le daban harto

que merecer, y cuando llegaban á sus oídos algunas palabritas que la herían, les solía llamar pendientes preciosos, y como tales los recogía para ofrecerlos á Dios con mucho disimulo y paciencia. En fin, era una mujer fuerte, porque aquélla hilaba lino y la Madre Francisca trabajaba mucho, mucho punto de malla para albas y manteles de altares, y asimismo otras labores, porque nunca estaba ociosa.

Sobre la virtud de la templanza, queda ya mucho que observar en lo narrado.

Todo lo escrito lo tengo por muy verdadero, aunque no fuera del todo libre de faltas, como hija de Adán. En mi concepto, el tiempo que la conocí era afable con todas; humilde, caritativa, mortificada, observante de Reglas, obediente, pobre, pura, económica, laboriosa, diligente, devota, fervorosa, y caminó al cielo por la estrecha vía de la cruz y de la humildad. Habiendo muerto, siendo yo Superiora, repito todo lo que dije en la carta circular que dí á todas las Casas de la Orden, fecha 10 de Agosto de 1849, y queda arriba copiada.—*María Concepcion Puig.*»

Veamos ahora como el Señor suele honrar á los que le honran.

Las obras santas practicadas en una vida oculta, sin nada de boato ni ostentacion, hubo quien las llamó virtudes pequeñas, y esto puede ser una ironía, pues no son sino grandiosas y agradables delante de Dios. Y si no, ¿qué hizo nuestro amado Jesus en los treinta años de vida privada? Nada á los ojos del mundo. Cumplir los mandaditos de su Santísima Madre y del Santo José, asear la casa, tener la madejita á su querida Madre: despues ayudar á serrar un madero, á acepillar una tabla, etc. Pero ¡ay qué merecimientos tan infinitos! Pues como era Dios, en todo los tenía. Desde allí dirigia sus miradas á su querida esposa Francisca, le proponia sus ejemplos, complaciéndose en lo bien que se los habia de imitar. Este agrado nos ha manifestado el Señor en la demostracion que ha usado en su cadáver, que ha conservado entero é incorrupto como lo vimos, á los catorce años de sepultado, lo que nos movió á dedicar á su memoria este pequeño obsequio.

Comenzando por su humildad, en su propio concepto era siempre la defectuosa; pensaba bien de todas y las respetaba, sin dar disgusto á nadie, asemejándose en esta virtud á su

Santo Francisco de Asís ; saboreándose en ella hasta el grado de corresponder con beneficios á quien le proporcionaba ocasiones de ejercitarla, aunque fuese la menor de Casa. Pasaba una vez por donde habia una porcion de niñas trabajando, las habló llena de afabilidad , con aquella su dulzura acostumbrada ; cuando una de ellas , que no habia traído muy buena educacion, se puso á remedarla, repitiendo sus palabras con tono despreciativo, lo recibió con un semblante tan tranquilo, que hizo grande eco en el ánimo de las que lo presenciaron : una de ellas, que deseaba ser religiosa, le fué esto causa de afirmarse más en su vocacion, viendo practicar tan exactamente la doctrina de Jesucristo y estimar más desde entónces á la Madre Francisca.

Por algun tiempo fué tratada por una sirvienta con modales tan toscos y despreciativos, que no sé cómo sufría con tanta humildad y disimulo, hasta que otra religiosa que lo advirtió dió cuenta á la Superiora para que pusiese remedio, como lo hizo.

Por cierta equivocacion la juzgaron haber tomado una cosa por hacer caridad, y de ningun modo era verdad : lo llevó con tanta resignacion y paciencia, que no profirió más palabras que éstas : *Sea todo por Dios, Él lo sabe todo.*

En otra ocasion le habló una jovencita con algun desden; le fué sensible, creyendo que le habia dado motivo para ello, y se la vió muy desconsolada, y le dió satisfaccion, debiéndolo hacer la jóven, que no le ocurrió pedirle perdon, sino entrarse en el coro avergonzada á pedírselo al Señor.

Por más que procuraba la Madre Francisca hacer bien á todas, muchas veces era mal correspondida, porque Dios Nuestro Señor lo ordena así para bien de sus escogidos, aunque sea con las mejores intenciones. Hubo vez que habiendo hecho por su mano una labor costosa de tiempo para un altar que otra cuidaba, cuando á ésta se la entregó, la recibió con poco aprecio y frialdad, capaz de herirla el corazon; mas no le volvió señal de resentimiento. En fin, eran sus virtudes tan arraigadas, que obraba lo mismo en los casos repentinos é imprevistos como si fuesen bien pensados ; á la manera que el oro bien acrisolado, aunque se le eche el granito de soliman, no le hace impresion ni se da por entendido.

Un Padre de la Compañía de Jesus hacía una apología de

la humildad, que muy bien se le podia aplicar á esta virtuosa Madre. Y porque no parezca que nosotras alabamos nuestras agujas, como dice con gracia el P. Rodriguez, podremos citar un ejemplo de un caballero que trataba con la comunidad. Habiendo llamado en el torno, miéntras bajaba la visita, exclamó en alta voz: «¡La Madre Francisca es Santa, la Madre Francisca es Santa; siempre humilde, siempre humilde!»

Siendo tan humilde, tenía que ser muy mortificada. Hasta los últimos años de su edad siguió los ayunos y abstinencias de Regla y de devocion, hasta que precisada por la obediencia, hubo de ceder. Por espíritu de mortificacion, al mismo tiempo que de caridad, se privaba muchas veces de los postres y del chocolate de la tarde, porque no queria su regalo en nada. Esto era con licencia, y cuando no se habia establecido aún la vida comun. Con este mismo espíritu de mortificacion se dejaba con mucho disimulo lo mejor de la porcion, y tambien por castigar alguna falta que le parecia haber cometido con su lengua.

Sabía muy bien que la perfeccion de una religiosa consiste en la exacta observancia de las más menudas Reglas, y se le notaba muy especialmente en los ojos, que jamás los levantaba, ni en el refectorio ni en ningun acto de comunidad.

En la pobreza era tan delicada, que trataba lo que usaba con un esmero que nada despreciaba, y lo más vil le parecia demasiado para su persona, llevándolo tan compuesto, que edificaba por su aseo y limpieza.

¡Qué caridad tan ardiente tenía la Madre Agreda para con sus prójimos, especialmente para con sus hermanas! A todas ayudaba, á todas alababa, y en su concepto todas le hacian ventajas y se sacrificaba con gusto por ellas. Muy pronto se experimentaron los quilates de esta virtud; pues estando en el noviciado recién profesada, la pusieron por compañera de aposento una novicia que padecia cierta enfermedad que necesitaba socorro diario, y este era repugnante y lleno de dificultades; pero éstas no las encontraba la hermana Agreda cuando se trataba de ejercitar virtudes; y así la estuvo sirviendo por espacio de cuatro años continuos con la mayor paciencia, prudencia y diligencia, y nadie lo pudo conocer. La paciente, agradecidísima, al mismo tiempo que muy afligida, se encomendó á las oraciones de otra hermana moribunda, diciéndola:

Luégo que se vea en el cielo, dígame á Nuestro Señor que me quite este trabajo, si conviene. Fué tan poderosa su intercesion, que desde entónces cesó completamente su padecimiento, dejando á su bienhechora aliviada de sus tareas y enriquecida de merecimientos.

Esta inclinacion de hacer bien á todas tuvo toda su vida. Cuando venía el hortelano muy temprano á la huerta, pedia la llave á la portera para que no se molestase, alegando que ella era muy fuerte y no le hacía ninguna impresion el frio, y esto lo hacía con quien no la tenía grande aficion, manifestando ella la suya de este modo.

Cuando ya en edad muy avanzada madrugaba con la Comunidad, se pasaba al aposento de otra Madre tambien anciana, á ayudarla á ponerse el jubon, siendo así que para ponerse el suyo habia tenido no poco trabajo; pero esto habia de ser sin que nadie lo supiera.

A cuantas veia algo delicadas andaba como solícita Madre, para que nada les faltase, diciendo á las Superiores que las pobrecitas eran merecedoras de todos los alivios.

A las enfermas de Casa visitaba con frecuencia y las consolaba en sus penas, y siempre que podia les dejaba algun regalito, disimulando el bien que hacía. Con igualdad religiosa se congratulaba con las que tenían felices sucesos propios ó de familia, y era el paño de lágrimas de las que sufrían.

Cuando se consideraba en la religion tan provista de todo lo necesario, y al mismo tiempo tendia su vista por una multitud de pobres llenos de necesidad y miseria, se llenaba su corazon de tal compasion y ternura, que quisiera poder aliviar á todos, aunque fuese á costa de su sustento. Tambien tenía particular cuidado de que nada se perdiese en la cocina, para que pudiese servir á los pobres; y cuando no podia, lo suplía con buenas palabras.

En oficios de mucho ejercicio, como sacristana, tornera, dispensera, andaba tan lista y gustosa, que parecia un pajarito á quien el amor daba alas para dirigir al divino servicio las acciones más insignificantes. De aquí aquellos fervores con que todo lo enderezaba á la mayor gloria de Dios; y aunque no sabemos de qué modo se le comunicaba el Señor, mucho se traslucian en su exterior los admirables efectos que causaban en su alma íntimas comunicaciones. Con Jesus Sacramentado

tenía sus delicias, le visitaba con frecuencia, le decia muchas jaculatorias como las siguientes: «Dueño de mi alma, ¡cuánto os ofenden los pecadores! Perdonadlos, Señor, y perdonadme á mí, pobrecilla.» Era muy fervorosa en los ejercicios espirituales, y las noches que precedian á la comunión las pasaba desvelada pensando en la dicha tan grande que tendria á la mañana en recibir á su divino Esposo, con quien era muy cariñosa, deshaciéndose en tiernos afectos. Cuando ya muy anciana la tenían que llevar á confesar porque no podia ir sola, tan pronto como la decian: «Madre Francisca, el confesor está,» principiaba á darse golpes de pecho y hacer actos de contrición por el camino. Tan abstraída solia orar, que una respetable religiosa que solia estar en la misma tribuna haciendo oración, decia: «Estoy segura que aunque yo me pusiera en cruz ó me postase en tierra, la Madre Francisca no lo sabria, porque no parece que habita en la tierra, sino en el cielo.»

Tenía sus delicias en cantar en el coro el Oficio de Nuestra Señora y emplear con gran fervor en ello toda la voz que el Señor le habia dado y deseaba que todas sacasen la suya para las divinas alabanzas. Siempre se le observó un ardiente amor, y ni los años ni los padecimientos la impedían el unirse á su Divina Majestad.

Una noche entró en el coro una religiosa jóven y la encontró en medio de él en pié hablando como si lo hiciera con alguna persona, y decia con muestras de grande afecto: «¡Ay prima mia de mi alma!» Hacía poco que habia muerto una señora que era prima suya, á quien mucho amaba. No se sabe si esto fué encomendarla á Dios ó si fué alguna otra cosa. La religiosa le preguntó: «¿Qué tiene V., Madre Francisca?» Contestó: «Nada, hija, nada; Dios se lo pague. ¿En dónde estoy, en dónde estoy?» Entónces la otra religiosa la cogió del brazo para sacarla de allí, y dijo que le apretó la mano tan fuertemente como quien no sabe lo que le pasa: «¿Pues qué tenía V.?—Calle, calle, no diga nada.» No se sabe más de esto.

Aunque temia tanto los juicios de Dios, poseia la virtud de la esperanza muy firme, así en las penas que padecia y mucho más en cuanto á su salvacion, fundada en los méritos de Jesucristo. Y lo más, decia, y era efecto de su humildad: «Señor, ya me purificareis en el Purgatorio; aunque tengo mucho miedo, espero veros y poseeros.»

Con la Virgen Santísima era ternísima; la llamaba Madre mía siempre que la miraba. Su Presentacion en el templo la encantaba; los trabajos é incomodidades de Belen la confundian; la calle de la Amargura y Monte Calvario la traspasaban el corazon, y solia exclamar: «¡Madre de mi alma! ¡Cuánto padecíais!» Su felicísimo tránsito, despidiéndose de los Apóstoles, le hacía derramar lágrimas. En fin, era una de las que más se señalaban en su devocion á San José y á los Santos de la Compañía de Jesus, especialmente á San Francisco Javier; decia que los debia muchas gracias y favores. A Santa Gertrudis la amaba mucho, cuidaba de su altar con particular esmero, y le hacía vários obsequios.

En los últimos años tuvo algunas caidas; pero las ocultaba todas las que podia. En una ocasion cayó por unas escaleras, y se quedó sin poderse levantar; la encontró una religiosa, y la halló dos heridas bastante grandes, y por el pronto no queria que lo dijese por ser rato que todas estaban en recreacion, disimulando el dolor por no causarles pena; mas la que la curó avisó á la Superiora; ella decia: «no ha sido nada, ya pasó.» Dios Nuestro Señor la socorria en muchos de estos lances, que eran suficientes para quedarse muerta; mas la amable Providencia nos la conservaba para nuestro consuelo y edificacion.

Al último de su vida perdió casi el habla para con las criaturas; esto es, decia todas las palabras trocadas, porque todas se le habian olvidado, pero lo que le hablábamos lo entendia bien.

Tenía una gran voz para el coro, que siempre la habia empleado con todas sus fuerzas en las divinas alabanzas; y cuando ya habia llegado á este estado como de mudez, tenía tal empeño en que la dieran licencia para ir al coro, que habia que condescender algunas veces, y lo que hacía era que, mientras cantaban un verso las de su coro, estaba gritando con gran devocion y compostura: *Domine, Domine... Domine...* todo lo que duraba aquel verso; mientras las del otro lado, callaba, y al verso siguiente, otra vez *Domine, Domine*, sin más palabras, así y así seguia hasta que se concluian las vísperas y completas, pero sólo en los salmos. Esto duró algunos dias, que nos causaba devocion y ternura. En esta situacion estaba en cierto modo impecable; pero se confesaba lo mejor

que podia con las preguntas del confesor, y con tales muestras de dolor, que no hallaba dificultad en absolverla. Decia el *Señor mio Jesucristo, Yo, pecadora*, y cumplia la penitencia con su ayuda. Cuando llegó el tiempo de administrarla los últimos Sacramentos, el médico dudaba de que estuviese capaz de recibirlos; pero el confesor, que tenía bien penetrado su estado, dijo que le constaba de su disposicion, y así los podia recibir sin dificultad. Al oír la campanilla del Santo Viático, tuvo una alegría y conmocion que se puso como á cantar, mas no la entendian lo que decia; otras dicen que era el *Tantum ergo*. Murió muy tranquila, y poco ántes no cesaba de darse golpes de pecho.

Fué su muerte el 31 de Julio, á la misma hora poco más ó ménos que murió nuestro Santo Padre Ignacio.

El Excmo. Sr. D. Cosme Marrodan, entónces canónigo magistral de esta Iglesia, ahora obispo de Tarazona, pronunció aquel dia el panegírico del Santo Patriarca, y al recomendar á la difunta á las oraciones de los fieles, no pudo ménos de derramar lágrimas de ternura.

Venerada hermana nuestra Madre Francisca de Agreda, cariñosa compañera de nuestra peregrinacion, y apreciable modelo de sólidas virtudes religiosas: descansad ya en paz, goce el alma en el cielo el premio de vuestros méritos, y haced oficio de obligada á esta vuestra amada comunidad. El cuerpo en la tierra, haciendo exhalar á nuestro corazon tiernos afectos de amor y creciente deseo de imitacion. Descansad tambien hasta que el Señor se digne honraros dignamente algun dia con más gloria, dándoos permiso para hacer algun milagro que la Santa Iglesia autorice para proceder á vuestra beatificacion, si ha de ser para mayor gloria de Dios.

RELACION

de la muerte de la Madre Justa Roux y hermanas María Pardo y Sotera Campuzano.

Durante el mes de Mayo de 1865 el divino Esposo llamó para sí á tres enamoradas almas, que no pensaban en otra cosa más que en amarle y servirle con todas las veras de su corazón. Fueron éstas: la Madre Justa Roux y las hermanas María Pardo y Sotera Campuzano. Mucho sentimos su pérdida, así por vernos privadas de sus ejemplos y santa vida, como porque daban grandes y bien fundadas esperanzas de que habian de ser utilísimas para llevar adelante el lustre y gloria de esta Casa.

Cuatro años hacía que la hermana María Pardo iba sufriendo su enfermedad con algunas treguas ó intervalos, que le permitian seguir las distribuciones de comunidad más ó ménos tiempo, segun sus fuerzas. El último año ya iba empeorando mucho, y por fin en el mes de Febrero quedó en cama para no levantarse más. Recibió el santo Viático, causándonos grande devocion y ternura cuando pronunció sus votos.

Cerca de la Purificacion de Nuestra Señora enfermó la Madre Justa Roux de una enfermedad semejante; pero caminó más aprisa, pues en tres meses concluyó su carrera. Esta el dia 7 de Abril, fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, consiguió, á puras instancias que hizo al médico, que se le administrase la sagrada Comunion por Viático: esto aumentó su gozo y devocion, porque no pensaba más que en su Dios, y en cuándo llegaria el instante dichoso de verle.

El dia 7 de Mayo, fiesta del Patrocinio de San José, á las ocho de la noche recibieron la Extremauncion, la Madre Justa y la hermana María, y se enviaron la enhorabuena la una á la otra.

Habia otra enferma, que era la hermana Sotera Campuza-

no; pero ésta no se juzgaba tan próxima á la muerte. A las once y media de esta misma noche del Patrocinio del Señor San José la campana mayor de la iglesia tocó por sí sola tres campanadas muy fuertes. (Está muy averiguado que no la tocó nadie, ni el aire.) La oyeron la mayor parte de la comunidad, unas que velaban y otras desde sus camas. A várias personas de fuera les llamó la atención, y el sereno se llegó á preguntar si habia alguna novedad en el convento; le dijeron que todo estaba quieto.

Al dia siguiente, las religiosas no querian mostrar al exterior que hacian grande caso de esto, por no contristarse unas á otras; pero sea de ello lo que fuere, las tres enfermas murieron en cinco dias.

El viérnes 12, al mediodía, espiró la Madre Justa tranquilamente: su cadáver ni se desfiguró ni causó mal olor: la enterró al dia siguiente el M. Iltre. Cabildo de la catedral.

Al anochecer del 13 se agravó la hermana Sotera, dándole un accidente que la puso en gran peligro; pero habiéndose despejado, deseó y recibió el Santo Viático á las diez de la noche. A las once y media le volvió á repetir el accidente, y se le administró la Extremauncion. Ya el Padre capellan no podia desamparar á sus dos moribundas, exhortando á fervorosos afectos, ya á la una, ya á la otra. La hermana María tenía el conocimiento y todos sus sentidos expeditos, y una tranquilidad admirable, que parecia cosa del cielo. La hermana Sotera en algunos momentos manifestaba tambien tener conocimiento; hablaba pocas veces, pero un semblante risueño era su contestacion, mostrando que oia y entendia.

Llegaron los últimos momentos de nuestra hermana María, y queriendo el Señor hacer la última prueba de su fidelidad, permitió al tentador le acometiese con una fuerte tentacion de desconfianza, que la puso en el mayor apuro. El confesor y Superiora se esforzaban en tranquilizarla y animarla con actos de amor y confianza, y su semblante afligido manifestaba gran lucha. Cuando la comunidad oraba con más fervor y leia el confesor unos Evangelios, al decir el de la Anunciacion de Nuestra Señora, de improviso se trasformó su semblante en una alegría como celestial, y espiró con una dulce y apacible risa en los lábios, á las ocho de la noche del 16. Esto consoló á todas, creyendo habria venido la Virgen Santísima á recibir

su alma para entregarla en manos del divino Esposo. Luégo se arregló su cadáver y depositó en el coro aquella misma noche, porque el médico habia anunciado que los cuerpos de las dos últimas no se podrian guardar las horas acostumbradas, por la corrupcion que ya de vivas tenian; pero se equivocó, pues el de ésta estuvo presente treinta y seis horas, sin que se percibiese más olor que el de las rosas de que estaba adornado, pues todo desapareció desde el momento que dió su espíritu al Señor.

No se dió noticia á la hermana Sotera de la muerte de la hermana María, porque estaba muy cercana la suya, que sucedió veinte horas despues, con la mayor tranquilidad. De esta se cree piadosamente que vió á su amado Jesus ántes de su fallecimiento. Quedó tambien esta hermana sin ninguna corrupcion, con un semblante tan alegre y agraciado, que llevaba tras de sí los ojos de todas.

Estas señales de la proteccion del cielo nos consolaban en nuestras penas, animaban nuestra esperanza, y excitaban en nuestros corazones el deseo de imitar los ejemplos de sus excelentes virtudes, que vamos á referir en las siguientes páginas.

ELOGIO

**de la Madre Justa Roux, que murió el 12 de Mayo
de 1865.**

La Madre Justa era natural de Tarazona de Aragon, hija de D. Claudio Roux y doña Josefa Marzal. Siendo aún niña perdió á la vez padre y madre en la epidemia del cólera morbo, quedando en manos de un buen tutor, que la miró siempre con amor paternal. El primer beneficio que la hizo fué confiar su educacion á este nuestro Colegio, de donde no volvió ya á pisar el mundo, mirando con maduro juicio el desengaño que da de sí al mejor tiempo.

El Señor la llamó á la religion; pero no podia por entónces cumplir sus ardientes deseos, por haber prohibido el gobierno

que se recibiesen novicias, y así solicitó estar en clase de aspirante en su probacion ó noviciado, hasta que Nuestro Señor fué servido de vestirla de nuestra librea, y por fin concederla, en compañía de otras hermanas, la profesion solemne el dia 12 de Junio de 1850, siendo á la sazón de veintidos años.

Era de genio fuerte y ágrío; pero á costa de grandes sacrificios lo venció tan completamente, que vino á ser dulce y amable con sus hermanas. Se le oyó decir una vez: «Mi genio es un toro; pero no se ha de salir con la suya.» En cierta ocasion, despues de unos ejercicios en que habia estado muy fervorosa, viviendo aún en el noviciado, hizo un acto que para su carácter debió ser de mucho mérito, y fué que estando todas sus compañeras reunidas, se echó á sus piés y se los besó á todas, causando mucha confusion, por ser la más antigua del noviciado.

En sus officios y obligaciones era muy esmerada y curiosa. Su aposento tan limpio y vacío de cosas supérfluas, que nada se hallaba en él, sino lo más preciso. Era de mucha caridad y compasion con las enfermas, y experimentaba gran pena y sentimiento cuando conocia haber mortificado á alguna. Llevaba con gran paciencia, además de los dolores de cabeza, la falta de vista, que la privaba ejercitarse en labores de gusto; y esto mismo la tuvo siempre en la clase más ínfima y más concurrida de niñas pequeñas de cinco años arriba. Se ocupaba gustosísima en enseñarlas, y las gobernaba con tal maña y acierto, que á pesar del desasosiego de aquella edad, las tenía con una quietud y silencio admirables, para poderlas instruir en cuanto eran capaces.

Tuvo tambien los empleos de sacristana y tornera, los que desempeñó con exactitud y no poco aprovechamiento de su alma. En fin, en los siete últimos años de su vida se la vió adelantar notablemente en el camino de la perfeccion.

Habiendo muerto la Maestra de novicias, la mandó la obediencia ocupar aquel puesto, juzgándola idónea para mantener el órden y observancia regular. Se portó en este cargo los dos años que en él estuvo con mucha obediencia y sumision á su Superiora, sin apartarse un ápice de sus órdenes, no obrando en nada por sí misma, y con mucho esmero y prudencia con sus discípulas. Tenía gran penetracion para conocer su interior y las inclinaciones que las dominaban. Las tenía á todas con mucha observancia, así en cuanto al silencio como en las

demás Reglas. Las prevenia para el porvenir, avisándoles de muchas cosas que les podian suceder en los oficios para cumplirlos con perfeccion.

Les solia decir: «Hermanas mias: sean muy condescendientes unas con otras; pero en las cosas dificultosas y en todo lo que sea trabajar, procure cada una ser la primera. Cuando les manden salir de un oficio, deben dejarlo como si nunca lo hubieran ejercido, no poniendo los ojos jamás en los cargos y oficios, sino en hacer la voluntad de Dios donde quiera que la obediencia nos coloque, y hacernos útiles á la religion é instrumentos de la gloria del Señor. Cuando las envian con algun recado á otras Madres ó hermanas, no sean curiosas indagando lo que pasa, y mucho ménos si es fuera del noviciado. Huyan siempre que sea posible de encontrarse por Casa con las que entran con algun quehacer. No den indicios á los de fuera que desean verlos, ni tengan conversaciones con las niñas, si no fuere para provecho de sus almas ó de cosas muy necesarias. Jamás deseen que les den noticias de ninguna cosa, ni las den á nadie sin licencia.» En fin, las exhortaba á que no fuesen fáciles en pedir dispensaciones y comodidades para el cuerpo; que fueran siempre muy puntuales á todas las distribuciones de comunidad, porque si al principio no se acostumbran á esto, difícilmente podrán más adelante conseguirlo. La que en el noviciado no doma bien su genio y sujeta su propio juicio y voluntad, no puede ser buena religiosa. Estas y otras cosas utilísimas las enseñaba; así como con el ejemplo la humildad, prudencia, observancia regular y otras virtudes.

Era muy dada á la vida interior y trato con Dios Nuestro Señor; y siempre que podia, mayormente al anochecer, se retiraba al coro y pasaba largos ratos en presencia de Jesus sacramentado, y todas las noches solia visitar una imágen de María Santísima, á quien tenía muy sensible devocion. Tambien acudió por cinco años consecutivos, sin faltar un solo dia, á un altar de la gloriosa Asuncion á pedirle una buena muerte; y se la alcanzó tan dulce y tranquila, que nos causaba una santa envidia el verla partir con tanta alegría á la verdadera pátria, que parecia que los instantes se le hacian años. Mostraba mucho gusto y consuelo en las visitas de sus hermanas, aunque participaba poco de las cosas de este mundo, por haber estado muy sorda durante su enfermedad.

ELOGIO

de la hermana María Pardo.

Fué la hermana María Pardo natural de Murchante, un lugarcito á la vista de Tudela: sus padres D. Valero Pardo y doña María Ramos Martinez, eran labradores bien acomodados y buenos cristianos. Cuando tuvo once años, la pusieron en nuestro pensionado, en donde descubrió gran talento y capacidad para instruirse en todas las materias que se enseñaban, y sobre todo en la ciencia de la salvacion. A pesar de sus pocos años, se le notó un cuidado particular en adquirir las virtudes. Era muy delicada de conciencia, por lo que cuidaba mucho de evitar las faltas más pequeñas; y cuando por la debilidad y flaqueza humana caia en alguna, no hallaba descanso hasta que se confesaba, llorando amargamente, de modo que era necesario aquietarla y consolarla. Su anhelo no era otro que el guardar limpia su alma, y así solia decir: «Vaya, no lo perdamos todo.» De aquí la admirable exactitud en todo cuanto le encargaban, siendo la admiracion de todas sus compañeras, á quienes siempre disculpaba y consolaba cuando las Maestras las reprendian.

Sólo pudo gozar de la vida del Colegio quince meses, pues se vió obligada á regresar á la casa paterna, para alivio de su madre, que la necesitaba. Grandes fueron sus angustias y penas al tener que despedirse: aunque tan jovencita, habia ya meditado sobre la eleccion de estado, y estaba resuelta á ser esposa de Jesus. Por sus pocos años desconfiaba de sí misma, y temia fuera de este sagrado asilo perder su vocacion. Su Maestra la animó y exhortó á pedir continuamente al Señor y á su Santísima Madre la diesen valor y constancia para proseguir en sus buenos propósitos, añadiendo que á nadie hablase una palabra sobre este asunto hasta que tuviese diez y seis años. Y así lo cumplió, perseverando siempre constante y silenciosa en su vocacion, edificando con sus palabras y ejemplos á toda su familia, instruyendo y exhortando á la virtud á

cuantas personas trataba, así amigas como parientes, con gran juicio y madurez, cuidando mucho de no dar á conocer su vocacion al estado religioso. Luégo que hubo cumplido los diez y seis años, manifestó la resolucion que habia tomado de hacerse religiosa de la Compañía de María, y no es decible cuánto lo sintieron sus padres; porque sobre amarla tiernamente, era su descanso, por ser en gran manera hacendosa y prudente en todas las cosas; mas viendo su firmeza y constancia, le dieron el sí que repetidas veces le habian negado.

Tomó el santo hábito de Nuestra Señora el 15 de Agosto, dia en que se celebra su gloriosa Asuncion, á la edad de diez y siete años, comenzando su noviciado con tal fervor, que desde los primeros dias se le echaba de ver en todas sus acciones exteriores. Siendo novicia y áun profesa, sufrió muchas inquietudes y temores, particularmente las vísperas de comunión; pues sólo el recuerdo de que al dia siguiente habia de comulgar, apurada por los escrúpulos, le daba una pena tan grande, que de buena gana hubiera dejado de hacerlo; pero como al mismo tiempo era obedientísima, en diciendo su Superiora que comulgase, lo hacía, y así en esto como en todo lo demás, obdedecia tan ciegameute, que no era necesario mandarle lo que habia de hacer, porque parecia que estaba adivinando la voluntad de su Superiora para ejecutarla; y solia decir á sus compañeras: «Siempre debemos mirar y tener presente á Dios en nuestras Superiores.»

Era muy trabajadora, amante del Instituto, sufrida, sin quejarse nunca de nada, con gran deseo de vencerse en todas las cosas, compasiva, cariñosa con las enfermas y amiga de que la advirtiesen sus faltas. Y para animarse más y más al fervor, escribia todas sus resoluciones y los sentimientos que Dios le comunicaba, los cuales no podemos ménos de transcribirlos aquí, aunque sean algo largos y repetidos; pues por sí solos nos darán más luz y noticia de sus virtudes que cuanto pudiéramos decir como testigos de vista; advirtiendo que la igualdad de su semblante significaba muy bien cuanto en ellos dice.

«A mayor gloria de Dios y de María Santísima.—Propósitos que hago en el principio de mi noviciado, fiada en la divina gracia.

»Cuando nos manden alguna cosa, no mirar si las otras ha-

cen mucho ó poco, ni meterse á reprender y enseñar; y ménos si hay más antiguas, si no es que lo pida la caridad ó necesidad, y entónces con mucha dulzura, acordándome siempre de nuestra Regla. Acuérdense las jóvenes de edad ó de religion, etc., y no cuidaré de lo que no me importa, y sólo cuidaré con exactitud de lo que á mí me hayan ordenado, procurando esforzarme con grande ánimo y tener recta intencion, sacudiendo toda flojedad si es en cosas manuales, y si espirituales, buscando todos los medios. Procuraré resistir á mis sentimientos. Cuando no me respondan á lo que digo ó pregunto, ó me respondan con sequedad ó mal semblante, aunque sean mis hermanas, pero mucho más si son mis Superiores, dejando toda cavilacion, el remedio será: «Dios lo quiere, bendito sea.»

»Procuraré no hablar nunca en la recreacion cuando hablan otras, ni interrumpir la buena conversacion, y en la buena y provechosa no decir cosa que pueda contristar á mis hermanas, y cada vez que así las ofendiere, haré, por lo ménos, una cruz con la lengua en el suelo, y esto hasta que consiga no propasarme en nada contra la caridad, humildad, ingenuidad y demás virtudes, teniendo delante aquella instruccion: «Cómo aprovechan segun Dios en la conversacion con sus hermanas.»

»Otros en mis primeros ejercicios de ocho dias: Fruto general que nos indica la Madre Justa. Proponernos por modelo á Jesus y á Jesus crucificado en pensamientos, palabras y obras... Jesus nos da ejemplo en todo cuanto nos pueda ocurrir.

»Procuraré no nombrar mi pueblo ni hablar cosa de él, ni de parientes, ni de ninguna persona, aunque venga bien en la conversacion y sepa que ha de caer en gracia. Tampoco escribiré á nadie ni mandaré ningun recado, aunque sepa que se habian de alegrar: todo esto si no me lo mandan ó si no fuere sumamente necesario, mirando en todo mi abnegacion. Tampoco me enfadaré, ni diré una palabra desabrida, ni abriré mi boca para quejarme cuando me llamen al locutorio, sean las personas que me llaman las que fueren; presentándome conforme me lo dice mi Regla; hablaré poco, y nada ocioso, segun pida la caridad y urbanidad.

»Procuraré no meterme jamás en oficio ajeno; y cuando no pueda hacer el mio, no me dejaré llevar de la flojedad, siendo carga á mis hermanas, ó por humildad mal entendida, no po-

niendo todo lo que está de mi parte. Tendré mucho cuidado para no desquiciar el cimiento de esta Casa, encogiéndome ó sobreponiéndome á las demás, pareciéndome que yo lo haría muy bien; me contentaré con llenar bien mi sitio y procurar perfeccionarme en él.

»No poner nunca mi confianza en cosa ni criatura alguna, aunque me parezca que adelantaré por su medio, ni en mis cuidados y vigilancia, que parece una cosa segura; no por cierto; toda mi confianza y esperanza será en solo Dios, aunque alguna vez parezca que me ha desamparado.

»No buscar consuelo en ninguna criatura, ni tener solicitud por que me oigan y atiendan tanto las Superiores como las demás, buscando todo mi consuelo en Jesus ultrajado, escupido, calumniado, perseguido, pobre, humilde, sufrido, obediente, crucificado; en Él descansaré, y en Él tendré todos mis cuidados.»

Estos eran los sentimientos de una novicia, y áun iba más adelante. «Propongo, decia en un dia de retiro, pedir licencia áun para las cosas más pequeñas é insignificantes, para que vayan esmaltadas con la obediencia, y no hacer caso de mi parecer en nada, haciendo ántes lo que me mande cualquiera; pero en las cosas de mi alma lo que me digan mis Superiores, rindiendo mi juicio, áun en las que aquí se me figuran claras y fáciles; no soy yo buen juez de mí misma; no haré caso de cuanto á mí se me ocurra, sino hacerlo todo sin discurrir, conformándome en todo cuanto me manden ó conozca que así lo sienten mis Superiores. Veo que este es el más grande medio para unirme á Dios y tener paz en mi alma. Así como me lo haceis conocer, Jesus mio, dadme vuestra gracia.

»Propongo tambien, con la gracia del Señor, una grande igualdad de ánimo en todas las cosas y ocasiones, y no dar nunca á conocer lo que pasa en mi interior, mucho ménos la tristeza y mal humor; que procuraré echar de mí apenas las advierta, y en seguida examinar de dónde provienen, y nunca hablar de lo que me pasa, tanto de consuelos como de penas, no queriendo más testigo que á Dios, abandonándome totalmente en sus manos para que haga de mí lo que quiera... como quiera... y por el tiempo que quiera. No hagais caso, Jesus mio, de la repugnancia de esta viciada naturaleza, que sólo ansío hacer vuestra santísima voluntad en todo, en todo, en todo.

»Tengo estos tres deseos: 1.º Esforzarme á vencerme á mí misma. 2.º Que todas las criaturas y cosas me ayuden á esto, quitándome el gusto. 3.º Trabajar para llegar al grado de amor de Dios que puede tener una criatura por medio de un abandono total á todo lo que exige mi instituto y santas Reglas.»

Cumplidos los dos años de su noviciado, el Ilmo. señor Obispo de Tarazona quiso tener el gusto de recibir sus votos, dándole por sí mismo la profesion, por ser sobrina de su mayordomo D. Bernabé Martínez, sacerdote ejemplarísimo, lo que contribuyó para la mayor solemnidad del acto. Pero en su corazon se celebraban las fiestas del amor divino, y contratos muy generosos con que se entregó enteramente á su crucificado Esposo, recibiendo en cambio de Su Divina Majestad grandes luces y auxilios y una voluntad constante para sacrificarse á su servicio hasta la muerte, cueste lo que costare, segun lo tenía escrito en su memorial como sigue:

«Dia 18 de Agosto hice mi profesion solemne. Este es el dia que todo un Dios tenía destinado para unirse con la más vil de sus criaturas: así me encuentro, y tal es mi pobreza, miseria, fealdad é inconstancia, que á no ser por la confianza que tengo en la misericordia de mi amabilísimo Redentor, no me hubiera atrevido á pronunciar y ofrecer estos mis amados compromisos, tan deseados de mi alma, y toda confiada en vuestra inmensa misericordia me ofrezco á cumplirlos con la perfeccion que me exigís. Quiero imitaros en la pobreza; con especial cuidado tener el corazon libre de todo apego, áun á los libros y papelitos que me ayuden; pues Vos en el pesebre y en la Cruz sois la más viva leccion de esta virtud. Cuando me pareciere que me falta algo, procuraré alegrarme, especialmente cuando estuviere enferma, sin quejarme de enfermeras, comida, medicina, cama, etc. Concededme, dulce Redentor de mi alma, que no viva ya yo, sino Vos en mí, y ya que quereis que me desprenda de todas las cosas criadas, y, como me lo habeis dicho en el momento más feliz, de mí misma, que es harto más difícil como hasta aquí me ha parecido, dadme vuestra gracia... para conseguir tan perfectamente que sólo á Vos ame, sólo en Vos piense, y por Vos sólo suspire.

»Ahora mis vicios y pasiones están como dormidos; haced que si despiertan no sea para matarme, sino para daros más gloria, combatiendo con ellos sin mirar en gana ó desgana,

sino levantando esta voz en mi alma: «A dar gusto á mi Amado» cueste lo que costare.» Aquí teneis mi alma con todas sus acciones, que han de ser puras y dirigidas á vuestro amantísimo y purísimo Corazon. Para esto dadme á conocer cuando el mio se inclina alguna cosa que no sea para Vos... Pronta estoy para de alguna manera resarcir la ingratitud de este mi corazon; y para que no éntre en él cosa que pueda desagradaros, guardaré con mucha diligencia las puertas de mis sentidos, especialmente ojos, oidos y lengua, y no tendré más cuidados que los de desnudarme cada dia más y más de todo lo que no sois Vos. Aquí teneis toda mi libertad, mi entendimiento, juicio y voluntad; disponed de todo ello á vuestro gusto, dadme fé y docilidad: inspirad á mis Superioras que me ordenen lo que sea más repugnante á mi genio y naturaleza, y á mayor gloria vuestra, que quiero imitaros hasta dar muerte á mi propia voluntad y juicio. Toda entera me teneis, Jesus mio, sin más deseo que el de vencerme á mí misma en todo, y que nadie se acuerde de este vil gusano. Sí, Jesus mio, en este dia me entrego en vuestras manos, quiero ser toda vuestra, no quiero pensar sino en unirme más estrechamente á Vos. Ya veis lo que anhela mi corazon, que es ser ciega en la obediencia, ardiente en la salvacion de las almas, y unirme estrechamente á Vos, cueste lo que costare. Concededme que en todos los acontecimientos de mi vida seais Vos mi primer consejero, y que mi corazon no se halle pacífico fuera de Vos, y que vuestra Cruz sea mi único consuelo en todas mis dificultades. Así lo deseo, así lo espero por la mediacion de la Vírgen Santísima y San José.»

Ya dijimos cuán amiga era de que la reprendiesen por sus propios defectos; y en prueba de ello contaba por dia dichoso para ella la víspera del Patrocinio de San José, por haberle una persona avisado de una falta, explicándose en términos tan expresivos, que daba bien á entender los vivos deseos que tenía de ir purificando su alma.

Decia así: «Ha llegado el momento en que Dios tenía dispuesto darme á conocer un defecto que á no tardar me hubiera precipitado, segun el vuelo que mi orgulloso genio iba tomando en mis pensamientos, en mis palabras y acciones. Jesus mio, ¿qué os daré por haberme dado persona que tan claramente me hace comprender mis vicios, así como vuestra expresa voluntad? No os puedo ofrecer más que una muerte completa y

continua de mí misma, contando, Dios mio, con vuestra divina gracia. Os lo prometo en este mismo momento, á pesar de la cruel contradiccion que siente mi naturaleza; pero la gracia me da un fuerte impulso para sujetarla enteramente. La humildad, la oracion continua, la fiel correspondencia á la gracia, serán los verdugos que la destruyan.

»Domingo 7 de Abril del 61, dia de retiro. Sacaré por fruto:

«1.º Vencerme en este genio soberbio y altivo. Si me preguntan ó dicen alguna cosa, aunque parezca ociosa, responderé con agrado y las ménos palabras que pueda, de suerte que aunque en mi interior haya amargura y aspereza, para las demás ha de ser todo blandura y suavidad. Para conseguir esto pondré en práctica aquellas palabras: Amándole en todas sus criaturas, y á todas en El, conforme su santísima y divina voluntad. ¡Ay! Si así mirára á todas mis hermanas, ¡qué pocas palabras y pensamientos ofenderian á Dios y á sus imágenes! Pues así las miraré desde ahora.

»2.º No acobardarme cuando empiezo y me salen al encuentro mis pasiones como tigres rabiosos, que me quieren tragar, pues por dejarme llevar de ese engaño no he dado paso en el camino del Señor, que principié el dia de mi profesion: ántes he sido infiel á mi Amado, en las pequeñas y bien merecidas pruebas en que me ha puesto. Esto es lo que ansío, amaros más y más cada dia, y seros tan fiel en tiempo de paz como en el de guerra. Para alcanzar este vencimiento, y el amor puro de Dios, y caridad obradora con mis hermanas, pondré estos cinco medios: Primero, el continuo recurso á Dios. Segundo, la pureza de intencion. Tercero, abnegacion en pensamientos. Cuarto, en palabras. Quinto, en acciones.»

Luces escritas durante la octava del Corpus.

«Lo que Jesus quiere es que padezca sin consuelo humano y con tranquilidad... Que no deje de manifestarme á mis Superiores, y no me guie en nada por mí misma. Me parece que me he de ver en tales aprietos de afliccion, sequedad y como desesperacion, que no encontraré reposo en ninguna parte...; en todo convengo, Jesus mio, pero me habeis de tener Vos de vuestra mano, para que no os ofenda, ni dé que sufrir á nadie. Padezer, y sufrir, y sumergirse en el océano de vuestro amor y misericordia.»

A los dos años de haber profesado, tuvo que pasar al colegio de señoritas internas, por haber fallecido una de las Maestras que las instruían. Allí fué donde manifestó su fervoroso celo por la gloria de Dios y provecho de las almas. Su aplicación era continúa; aprendió todo género de labores, y cuanto la podía hacer útil al Instituto para poder por este medio atraer á las niñas á la ciencia de la salvacion. Así es que en muy poco tiempo se formó una Maestra muy hábil, buscando en todo la mayor gloria de Dios y su propia perfeccion. Sabía insinuarse en el corazon de las niñas de diferentes modos, unas veces hablándolas en general, otras privadamente, y siempre con el celo y eficacia que pide nuestra vocacion. Todas ellas la amaban tiernamente, y al mismo tiempo le tenían un respeto sin igual. Un dia dió á una niña una penitencia bastante fuerte; á pesar de eso no dijo una palabra, ni se mostró resentida; porque tenía gracia para no dejarlas exasperadas, por fuerte que fuese la correccion. Encargábalas mucho la virtud de la modestia y el recato en todo su porte, y para cuando estuviesen en sus casas, les enseñaba el modo de conducirse con toda clase de personas, y el respeto y miramiento que debian tener á todos, avisándolas que se guardasen de familiaridades.

Fué muy devota de María Santísima, especialmente del misterio de su Inmaculada Concepcion, procurando plantar esta misma devocion en todas sus alumnas.

En este cargo, como es tan pesado, comenzó á sentirse asaltada de su larga indisposicion de pecho, lo cual no le fué obstáculo para entregarse con todas sus fuerzas á obras de tanto servicio de Dios, ayuda de sus hermanas, y abnegacion de sí misma. Pues á no estar postrada en cama, áun cuando por enferma no seguia la comunidad, pasaba casi todo el dia hasta muy tarde con las niñas, despreciando sus males, por aliviar el trabajo á sus compañeras en cuanto podia.

Sobre todo tenía la mira en no aflojar en el cuidado de su propia alma, no dejando nunca jamás los ejercicios espirituales si no fuese por obediencia ó caridad. Y así acudia á ellos con la mayor puntualidad, siempre que le era posible, dejando la letra comenzada, venciendo no pocas veces el respeto humano, cuando estaba en compañía de personas á quien debia alguna atencion. Para esto tenía presente estas máximas: Que debia estar muerta á sí misma para vivir á sola la justicia ó santi-

dad. Que debia tener siempre delante de los ojos á nuestro Criador y Señor, procurando proceder con espíritu de amor. Que Dios quiere que nos contrariemos y vencamos en todo, no obrando por genio ó por respeto humano, sino por agradarle y complacerle. Y así, aunque padeciese, era con tranquilidad y gusto.

Corto fué el plazo que Dios le concedió para obras tan gloriosas, que con tanto celo ejercitaba, á pesar de su poca salud, que era necesario grande amor de Dios para no rendirse bajo el peso de sus tareas; pero léjos de acobardarse, aún se quejaba de sí misma diciendo que el no haberse aplicado más á las labores y ciencias para ganar almas habia sido por flojedad, por no conocer el valor de estas obras. Y así un año ántes de su muerte, deseando dar gloria á Dios, hizo esta resolucion: «Doy principio al dibujo con ánimo resuelto de hacer cuanto esté de mi parte, no sólo para aprender esto, sino todo lo que sea compatible con mis fuerzas y gusto de mis Superiores, no perdiendo ni un minuto. Procuraré que nadie conozca á qué me inclino, ó á qué tengo repugnancia: no me pararé en si ésto ó aquéllo me mortificaba, sino en si es voluntad ó gloria de Dios, pues esto ha de ser el blanco de todos mis cuidados; y le tendré sumo en no perder por estas cosas el espíritu, pues las virtudes interiores son la forma ó alma de los actos exteriores. Para alcanzar esto con más facilidad y solidez me valdré de esta práctica. 1.º No entregarme, sino prestarme á las ciencias y labores. 2.º Examinar los motivos que me mueven al principio, al medio y al fin. 3.º Tener presente que debo hacer más caso del estudio de las cosas espirituales y virtudes sólidas que de los dones naturales y humanos. 4.º Que debo tener recta intencion, no sólo en general, sino tambien en todas las acciones particulares. Asimismo huir la diversidad de pareceres en todas las cosas, ántes bien edificar á mis hermanas con la modestia de mis acciones. Todo esto me pide mi muy amado Instituto, el cual yo prometí guardar delante de Dios y de toda la córte celestial.

»Nuestra vocacion es alta... es sublimè... al paso que peligrosa; pero Dios Nuestro Señor, al dárnosla, nos dió las gracias, dones y demás cosas necesarias para cumplir exactamente con ella. ¡Dios de mi corazon, Dueño adorado de mi alma, Jesus mio! ¿Qué os daré por haberme llamado á este dulce, ca-

riñoso, amante y querido Instituto? ¿Y á Vos, Madre mia, por hacerme hija vuestra? Lo conozco en esta renovacion; quereis que me domine á mí misma, y me sobreponga á todo cuanto en mis últimos ejercicios conocí. Lo haré, Dios mio, confiada en Vos. ¡Qué dulzura me haceis experimentar en este pensamiento amenizador y dulcificador de todos los padecimientos y fatigas en la educacion de las niñas! Pero ¡qué digo padecimientos y fatigas, si todas me las quita esta idea! Soy de la Compañía de María. ¡Dios mio! Salvad mi alma, santificadla, y por vuestro dulcísimo Nombre hacedme digno instrumento de vuestra gloria.

»El primer obstáculo que encuentro para llegar al grado de perfeccion y amor de Dios que quiere de mí, es entretenerme demasiado en las cosas exteriores, y algunas veces anhelar por concluiras.

»2.º La poca vigilancia en mis palabras, en mis acciones, y sobre todo en los movimientos del corazon.

»3.º Encuentro oculta soberbia y orgullo interior, y me roba el fruto de todo cuanto hago: éste me ha sido tanto más pernicioso, cuanto estaba más introducido y oculto en mi corazon. ¡Qué amor tan grande me teneis, Jesus mio!

»4.º Ciertos momentos críticos de gracia no aprovechados.

»5.º Con la excusa de este malecito del cuerpo, eximirme del exacto cumplimiento de algunas Reglas, y particularmente del silencio y de la mortificacion.

»6.º Interpretar la voluntad de mis Superiores, y no ser constante en ciertas menudencias que me ordenan.

»7.º No ser fiel á la gracia; mi amor propio y demás pasiones me impiden el sujetarme y humillarme, sufrir y tomar armas y fuerza en el adorable Corazon del mansísimo Jesus.

»¡Jesus mio y Dios mio! Héme aquí rendida, humillada y dócil á vuestros piés: habeis principiado á darme vuestra luz, dadme vuestra gracia, todo es vuestro, Dios mio: un empuje más de verdadero amor que me haga fuerte para vencer mi genio, mi carácter, mi orgullo, y dominarme completamente.

»Concededme que sea, no sólo compasiva con mis hermanas y deseosa de su bien y provecho espiritual y del de las niñas, sino un ardor grande por la salvacion del mundo, no omitiendo medio alguno para aprovechar á todos, disimular, sufrir, condescender, someterme, humillarme, vivir en un continuo

acto de amor, sacrificando mis gustos, mis fuerzas, mis potencias, mis sentidos y todo mi sér, procurando con todo el ahinco de mi corazón evitar faltas y purificarme cada vez más y más, inspirando estos mismos sentimientos á mis prójimos en cuanto pueda, en especial á las niñas, con quien he de ser muy mirada y sufrida, teniendo ante mis ojos la mansedumbre de Jesus, sin perderlo de vista, cuando estaba sentado en aquel banquillo de la ignominia.

»Haced, Dios mio, que dure en mí esta impresion; dadme una confianza sin límites en vuestra infinita misericordia, y con ella no temo el sufrir interior y exteriormente, porque me hace como superior á todo padecer este abandono en Vos que á veces me dais.»

Estos obstáculos que aquí pondera para el amor de Dios nos pueden servir de mucha instruccion para examinar nuestra conducta en el divino servicio, al mismo tiempo que nos manifiesta su gran vigilancia sobre sí misma.

Se encuentra tambien entre sus apuntes una cartita con este sobreescrito:

«A María Santísima, en la Jerusalem celestial, en el dia de su gloriosa Asuncion á los cielos.

»Del corazón infiel, á quien le hará agraciado Jesus.

»Señora: ¿Qué relacion puede tener la inmundicia con la belleza del sol? ¿Qué la flaqueza con un escuadron bien ordenado? ¿Qué la esclava con su soberana? ¿Qué el vil insecto de la tierra con la que tiene su trono sobre los querubines? Ninguna. Pues ¿cómo os dirigirá su peticion esta pobrecita? Ya sé cómo, diciéndoos: Madre de misericordia, sí, este es el título en que estriba mi confianza, pues son tan grandes las que me habeis hecho en este dia 15 de Agosto... ¡De once años haber recibido por primera vez el Cuerpo adorable de Jesus vuestro amantísimo Hijo en esta vuestra Casa! Y ¡ay! vos lo sabeis. A los otros siete vestir esta vuestra ropa en vuestro dia. Dos años despues hacerme posesion de vuestro Hijo, y en este mismo dia 15 llenar mi alma de confianza. ¡Ay Madre amantísima! Vos que este dia triunfásteis de todos los lazos, penas y angustias de esta vida, y ahora gozais de la alegría y paz sempiterna, ¿dejareis á esta miserable gemir bajo la inconstancia de la infidelidad y del olvido de mi amado Bien? Vos, miéntas estábais en la tierra, teníais vuestro corazón con todos sus

afectos en el cielo: esto es lo que os pide esta tierna criatura; alentadme en mis desmayos, dadme miradas de Madre. No os digo que me lleveis, como el ángel Estanislao, que no soy digna; pero llevaos todos mis afectos, para que, pensando, hablando y obrando en Aquel y por Aquel con quien estais unida, me hagais la última gracia que espero de vuestra poderosa proteccion, que es unirme para siempre con ese bien eterno. Y os suplico, ya que este es el dia grande para mí en este desierto de esta tierra, sea tambien en el que me lleveis, llena de santidad y amor, libre de toda atadura, sellada con la sangre del Cordero, á aquella Jerusalem celestial, cuando plazca á la suma bondad del Padre, por la sangre de Jesus, en la que confio, Esposo de esta hasta ahora infiel, pero ya no más. Amor puro, Madre mia, que esto es lo que amo hasta poseerle, sin temor de perderle jamás.—Indigna esposa de Jesus,—*María Micaela Pardo.*»

No era de aquellas que desean morir cuanto ántes para ir á gozar del descanso y regalo del divino Esposo; ántes bien trabajaba con gusto en la salvacion de las almas, para llevar su talento bien multiplicado, por lo que tuvo algo que vencer al principio de su indisposicion. Mas luégo que se persuadió que ésta era la voluntad de su dulce Dueño, se resignó tan generosamente, que abrazó su enfermedad y muerte con todos sus padecimientos, de tal modo, que todos le parecian demasiado suaves, como ya se dijo en la relacion que se hizo de estas tres dichosas muertes.

ELOGIO

de la hermana Sotera Campuzano.

Era la hermana Sotera de Torrelavega, provincia de Santander, hija de D. Juan María Gonzalez Campuzano y de doña Tomasa Ontoria. Vivía muy cristianamente en compañía de su señora madre viuda, y al mismo tiempo gobernaba la casa y familia de una hermana suya, sufriendo con muy buena gracia las impertinencias de los niños, que no suelen ser de poca

prueba y buen ensayo para los ejercicios de nuestro Instituto. Fué llamada de Dios para abrazarle á los treinta y tres años de su edad; pero con todo brío y fervor, que nada tenía por cosa pequeña ó menudencia en tratándose del servicio de Dios. Fué admirable la exactitud y aplicacion con que se dió á la perfecta observancia, y el esmero con que procuraba evitar hasta las menores imperfecciones. Hablaba sobre esto á su Superiora con tal humildad y sencillez, que ésta solia decir en algunas ocasiones: «Me confunde la humildad de esta buena hermana Sotera.» Algunas, despues de haberla tratado de cerca, confesaron no haberla visto nunca faltar á ninguna Regla; y en el tiempo que fué distributaria sentia en el alma que se quebrantase la menor regla ó disposicion de la obediencia; y en cuanto podia procuraba que todo se hiciese con la mayor perfeccion.

El amor que á Jesucristo tenía, y el considerar que dió la vida por nuestra salud, la impelian á trabajar y emplearse en bien y salvacion de las almas, procurando ante todo santificarse á sí misma.

Se juzgaba con severidad, examinando detenidamente todas sus acciones para que fuesen agradables á los ojos del Señor, á quien siempre tenía presente; de aquí provenia aquel cuidado, diligencia y devocion que se dejaba ver en su manera de obrar, y sobre todo en los ejercicios espirituales, exámenes de conciencia y lectura espiritual.

Cuando daba cuenta de su interior, solia decir que en la oracion no padecia distracciones, ó que eran rarísimas. Era tanta su fé y devocion delante de Jesus Sacramentado, que sentia mucha pena al tenerse que apartar de su divina presencia, y en los dias en que habia estado el Señor manifiesto en la iglesia, parecia que andaba como absorta y que ni áun á comer acertaba, porque era de trato íntimo con Dios, de quien recibió especiales ilustraciones. El mismo fervor mostraba cuando en la recreacion hablaba de Jesus, no sabiendo hablar más que de lo que amaba su alma; y si alguna vez se hablaba de cosas indiferentes, solia callar. Y para que se vea la exacta perfeccion con que regulaba todas sus acciones, pondremos aquí el método que escribió para sí, y que observaba puntualmente.

«Método que he de observar por todo el dia. Primeramente, por la mañana, en despertando, diré al Sagrado Corazon de

Jesus: «Este primer suspiro de este dia,» etc. Cuando toquen á despertar, me levantaré al momento, sin dar entrada á la pereza; diré: «Dios me llama...» y al vestirme, las oraciones acostumbradas. Al tiempo de lavarme, pediré á Nuestro Señor me limpie de toda mancha de pecado, y me conceda la gracia de no caer en desgracia suya. Traeré á la memoria el punto que he de meditar, los afectos y propósito. Puesta la toca, me arrodillaré y diré: «Os adoro y reconozco...» Levantaré la cama, limpiaré la mesa y demás cosas, pensando en el punto de la meditacion; iré á visitar á Nuestro Señor; en la visita ofreceré obras á la Vírgen Santísima, su asistencia para pasar bien el dia; me encomendaré al ángel de la guarda, santo de mi nombre y á San José: propondré guardar con mucho cuidado el exámen particular.

»Haré la comunjon espiritual: me entraré en el Sagrado Corazon de Jesus, le pediré que me encierre en él, y no permita salga de él en todo el dia: que mis respiraciones, lo que hable y haga, todo salga por la llaga de su sacratísimo costado. Luégo saldré de la tribuna pensando en estas palabras: «¿A dónde voy? ¿Qué voy hacer?» Al tomar agua bendita, pensaré que meto los dedos en la llaga del costado de Jesus; este pensamiento tendré todas las veces que la tome entre dia, y lo haré con mucha reverencia. Iré á la capilla del noviciado, y luégo que llegue, haré las adiciones, y empezaré la oracion: procuraré recoger las potencias y estar con el mayor recogimiento posible, sin dar entrada á ningun pensamiento inútil: concluida la oracion, haré el exámen de ella.

»Al ir á desayunarme, iré pensando que voy á alimentar el cuerpo para que el espíritu tome mayor fuerza, á fin de emplearme en el trabajo á mayor gloria de Dios; echaré la bendicion y luégo pensaré en los beneficios que Nuestro Señor me está haciendo, despues la accion de gracias: subiré pronto y me prepararé con la labor para ser puntual á la lectura. Estaré en ella con mucha atencion, procurando no perder ni una sola letra. Al ir ahora, pensaré que voy á hablar con Dios y con la Vírgen Santísima, y con qué reverencia lo debo hacer: en el coro no miraré á ninguna parte, nada más que al libro y alguna que otra vez al altar mayor, donde está Nuestro Señor.

»En la Misa, desde el principio hasta el *Sanctus*, rezaré las oraciones de San Gregorio, de la Sagrada Pasion; luégo estaré

en oracion y pediré por la conversion de los pecadores y por otras necesidades hasta despues del *memento* de los difuntos; luégo rezaré las llagas y me prepararé con vivos deseos de recibir en mi pecho á Jesus y haré la comunion espiritual: en seguida daré gracias á Nuestro Señor por haberme dejado estar en su presencia. Despues le pediré su bendicion, que me envíe el Espíritu Santo, para que ilustre mi entendimiento y poder enseñar á las niñas. A la Santísima Vírgen la diré: «Madre mia, enseñadme; á Vos os encargo que me enseñeis, yo voy á ser un instrumento dispuesto á decir y hacer lo que me mandeis.» La pediré su bendicion, me encaminaré á las escuelas, uniendo mi trabajo con lo que trabajaba y pasaba Nuestro Señor cuando andaba por el mundo buscando á los pecadores.

»Enseñaré á las niñas con espíritu de amor, sin mostrar distincion con ninguna; á las más pobrecitas las atenderé con más gusto. Purificaré la intencion frecuentemente; si me viene algun ímpetu de impaciencia, me reprimiré sin dar á conocer la más leve señal; haré de mi parte todo lo que pueda para que las niñas observen el silencio y tengan atencion á la doctrina. En saliendo de la escuela subiré la escalera pidiendo á Dios que no pierda ninguna de aquellas almas; haré un poco de exámen para ver cómo he empleado aquel tiempo y la visita al Santísimo; en seguida rezaré el Rosario de gozo y daré la leccion de latin; luégo me iré al exámen general, y concluido éste, á comer. No pensaré que voy á dar gusto al apetito, sino á sustentar la naturaleza para cumplir con la obediencia, considerando cuán grande es mi miseria, que no puedo pasar sin alimentarme; haré intencion que cada bocado que coma sea una comunion espiritual, y pediré á Nuestro Señor que por cada bocado se convierta un alma, y que cuantas gotas de sangre se crien en mi cuerpo por el alimento, otras tantas gaste en trabajar en honra y gloria suya; y miétras coma, escucharé atentamente la lectura.

»Despues de dar gracias, rezaré el segundo Rosario. En la recreacion procuraré hablar con moderacion y cosas de provecho. En seguida el tercer Rosario, y me iré á vísperas, pensando á dónde voy y qué voy á hacer, procurando estar con el mayor recogimiento posible.

»Antes de bajar á las escuelas haré un poco de exámen á ver cómo me he portado en aquel tiempo; bajaré con deseo de

ganar todos aquellos corazóncitos, y si pudiera todos los del mundo para Dios; haré como por la mañana: al salir, otro poco de exámen para ver qué pensamientos he tenido, y qué intencion en mis acciones y palabras. En saliendo visitaré al Santísimo y los cinco altares. En el noviciado, despues de arreglado el aposento, procuraré no perder un minuto de tiempo, y para cuando toquen á la lectura estar en el sitio destinado, la oiré con mucha atencion; para esto tendré cuidado de no levantar la vista, como no sea en un caso necesario, y mucho ménos hablar. De la conferencia procuraré sacar algun fruto de lo que en ella se trata. En seguida me prepararé con todo cuidado para la meditacion, preparando los puntos con mucha diligencia, empleando en ello el cuarto de hora, sin atender á otra cosa, como no sea que la obediencia lo mande. Luégo de preparados, me iré á la capilla con toda compostura y empezaré mi oracion; yéndo á maitines, seguiré la oracion por el camino, y si no hice el coloquio, ofreceré los maitines por coloquio. En este rezo uniré mis voces á las alabanzas que dan los ángeles al Señor en el cielo, y me gozaré de que Dios sea alabado y conocido por todo el mundo. Concluido esto, haré un poco de exámen de la oracion miéntras voy á cenar. En la cena atenderé á la lectura: despues de dar gracias, estudiaré ó haré alguna otra cosa hasta la recreacion, á donde acudiré puntual al toque de campana. Concluida ésta, haré el exámen, la visita; daré gracias á Dios, y prepararé los puntos, afectos y propósitos para la meditacion del dia siguiente.»

Este era el órden con que vivia en su interior; y en el exterior era modesta, amable para con todas, echándose de ver en cuanto hacía su devocion y recogimiento.

Era puntualísima á todos los actos de comunidad; exacta en la obediencia, muy humilde y mortificada; sufría con tanta paciencia y disimulo, que no se llegó á conocer su mal sino despues de largo tiempo que lo estaba padeciendo.

Fué éste una irritacion de intestinos, que le dió mucho que sufrir y ofrecer á Dios, y era lo que más sentía se le hiciese comida aparte: esto le parecia una singularidad, y le daba gran pena; pero todo lo llevaba muy resignada y con igualdad de ánimo, abandonándose entera y totalmente á la voluntad de Dios hasta el último suspiro. Su enfermedad degeneró, por último, en un accidente, que á ratos le acometia y á ratos le

dejaba libre para recibir los Santos Sacramentos con todò conocimiento, y para hablar á su Superiora cosas de mucho consuelo y edificacion. Los últimos dias, aunque con poca esperanza, quiso la medicina apurar todos sus recursos á costa de su sufrimiento, que á todo se habia ofrecido, disponiéndolo así Dios para más acrisolarla, y aceptándolo ella gustosa por su amor.

ELOGIO

de la hermana Teresa Antonia Arocena, que murió el 26 de Mayo de 1867.

Esta hermana fué al cielo por el camino de la modestia y silencio, agradecimiento y humildad. Era natural de la villa de Azcoitia, en la provincia de Guipúzcoa, hija de don José Arocena y de doña Sebastiana Cendoya, labradores muy nombrados y piadosos, que criaron á su numerosa familia en las virtudes cristianas y toda piedad.

Trataban mucho con los Padres Jesuitas; porque su casa, que estaba en un campo muy ameno, llamado de los Mártires, servía de recreo á la comunidad de Loyola en los dias en que se les concede á los novicios y estudiantes salir al campo. A nuestra amada hermana, que desde niña fué muy compuesta y devota, le llamaban mucho la atencion la alegría y modestia de los Padres y hermanos, y de este medio se valió el Señor para traerla á sí, con una vocacion tan decidida y constante, que superando muchas dificultades, por faltarles los medios á sus buenos padres, que tenian una familia de once hijos, pidió ser admitida para hermana coadjutora. Mas su carácter dulce y sus gratos modales y demás bellas cualidades hicieron conocer que sería más útil para religiosa de coro, y en este grado tomó el santo hábito é hizo su profesion. Y como el Amante divino la vió tan agraciada y bien dispuesta para el desposorio, quiso adornarla más y más, regalándola cruces propias de su cariño. Caminaba en su noviciado, ejercitándose en las virtudes alegremente, con la esperanza de que se acercaba

el día feliz de consumir su sacrificio, cuando le asaltó una enfermedad bastante grave, por lo que tuvo que volver al seno de su familia hasta recobrar su salud. Cuán doloroso le fué este golpe superior á la misma muerte, sólo se podría comprender conociéndole á fondo.

Mas aunque traspasada de dolor y envuelta en lágrimas, bajó su cabeza resignada á las órdenes del Señor. Para mitigar su pena, se le prometió que si se restablecía de sus males, volvería á ser recibida como nuestra muy amada hermana, lo cual se verificó pasados dos años, habiendo dejado en esta comunidad tan gratos recuerdos, que hacian desear su vuelta, y al fin quiso Dios que volviera para que tuviese la dicha sin igual de morir en esta su amada religion de la Compañía de María Santísima. No se puede ponderar la violencia que padecia su espíritu viéndose fuera de la clausura, privada de los buenos ejemplos y trato religioso de sus hermanas. Y aunque en su casa estaba á todo su placer, sin que nadie la impidiese ejercitarse en todas las obras de piedad, con todo no podia hallar consuelo ni descanso en cosa alguna, echando de ménos aquel recogimiento que se tiene en la religion, que á cada hora hay que acordarse de Dios; aquel orden y puntualidad en todas las cosas.

Regresó, pues, á esta Casa, y vistió de nuevo nuestro hábito, con tal fervor, que no hubo que advertirle de la más mínima de sus obligaciones. Ella pensaba profesar en pasando tres meses, que era el tiempo que ántes le faltaba para cumplir su noviciado. Pero como el caso era nuevo, se juzgó prudente consultarlo con la Casa de Burdeos, y el Sr. Obispo dispuso estuviera de novicia un año entero, desde el día de su segunda entrada. A pesar de las ánsias y vehementes deseos que tenía de profesar, no dió, sin embargo, la más mínima señal de impaciencia ni disgusto al recibir la noticia del retraso, y su fisonomía permaneció sin alteracion. La igualdad de ánimo, paz y sosiego en toda clase de sucesos parecia su virtud característica, y que todas á una voz elogiaron despues de su muerte: muchos casos se podrian citar, si no procurásemos la brevedad.

Hecha su profesion, la destinó la obediencia á Maestra de clases y enfermera. Cuando apenas comenzaba á ejercer estos oficios, le asaltó una afección á los bronquios, que la fué purifi-

cando por espacio de trece meses. Luégo que se sintió mal se alegró en su corazon, diciendo entre sí : «Esto es que vas muy presto á ver á Dios. ¡Oh qué gran dicha será el no ofenderle ya más!»

Y sentia que se dilatase tanto su enfermedad, pero aprovechaba los momentos para ir acrecentando méritos : y así es que en su corta vida la vimos practicar las virtudes de nuestro estado en un grado muy subido.

Al principio, como vascongada, nada sabía hablar en nuestro idioma ; pero lo aprendió tan perfectamente, que se explicaba muy bien, así de palabra como por escrito. Y aunque con las criaturas hablaba siempre muy poco, sabía explicar con Dios los afectos de su corazon, diciendo : «Dios mio : ¿podrá haber humillacion que baste para mí, desprecio que no merezca, trabajo que no abrace? ¿Seré floja y tibia, y amiga de mi propia satisfaccion?»

»No, Dios mio, no lo permitais. Madre mia, Vírgen Santísima, haced que sea una verdadera hija vuestra. Angel de mi guarda, ayudadme para que sea constante en mis propósitos, fiel en mis promesas. Amar, sufrir y trabajar por Dios, en Dios y para Dios.» Era cordialísima la devocion que tenía á la Vírgen Santísima, procurando imitarla, especialmente en su modestia y compostura, y contando para todo con su ayuda é intercesion.

Conocia muy bien, no sólo el fin para que Dios la habia criado, sino la estrecha obligacion en que estaba de aspirar á una alta perfeccion por la vocacion religiosa, y que no debia perdonar modo ni medio alguno para conseguirla ; y por esto se esmeró tanto en la observancia de las Reglas, que no sólo no le notaban faltas en ellas, pero ni áun en las prácticas y menudas costumbres del noviciado. Su amor al Instituto y todo lo que á él pertenece la hizo aprender muy bien que el espíritu que se requiere en una religiosa de la Enseñanza debe ser espíritu de fervor y celo, espíritu de abnegacion, espíritu de recogimiento y de caridad ; para con las Superiores, amor verdadero, respetuoso, confiado y afable ; para con las demás, un amor generoso y sufrido ; en fin, espíritu de humildad, de verdadera obediencia y regular observancia. De aquí le nació el ser muy atenta con sus Superiores, deseando verlas honradas de todas sus hermanas ; y á éstas amaba con tanto cariño,

que estando enferma tenía más cuidado de las que la asistian que de sí misma.

Sus conversaciones con sus compañeras eran siempre espirituales, y del aprecio á su vocacion.

Hablando de la conformidad con la voluntad de Dios, dijo un dia: «que siempre se habia conformado con todo lo que le pudiese suceder, ménos en que la despidiesen por sus indisposiciones,» y así despues en su última enfermedad, decia muchas veces: «que todo cuanto padecia era nada y se le hacía un cielo, con sólo el pensamiento de que habia de morir en casa de la Virgen Santísima.» Diciéndole una novicia que se le hacian largos los dos años de noviciado, le contestó: «Mire, hermana, propóngase conseguir una virtud; v. gr., la humildad; examínese de cuando en cuando á ver lo que ha adelantado, y viendo que ha sido poco, dirá entre sí: ya llevo tanto tiempo y no he conseguido siquiera una virtud, ¡ay qué retrasada! voy á darme más prisa; y con esto se le hará el tiempo más breve.» Mucho procurabá consolar á las demás y animarlas con la palabra y el ejemplo á la perfecta observancia, especialmente á obedecer en todo, hasta en lo más mínimo.

Sus Reglas favoritas eran las de la modestia, como tambien la 10, 11 y 16 del Sumario, procurando estudiarlas mucho, meditarlas y hablar de ellas.

Asegura una novicia, compañera suya de aposento, que jamás la vió entrar sin que rezase hincada de rodillas el Ave María, aunque estuviese muy de prisa, ó para salir al instante.

En su obediencia nunca se le oyó queja, obstáculo, ni dificultad á cuanto se le mandaba. Solamente se afligió mucho en una ocasion en que le dijo su Madre Maestra que la queria hacer distributaria del noviciado: fué afligida á suplicarle por amor de Dios que desistiese de semejante pensamiento, diciendo que ella no servía para mandar á otra, sino para obedecer y servir las á todas.

Aún siendo novicia, la hicieron ropera de lienzo; y así en este oficio como en el de enfermera tuvo tal paz y armonía con todas, que no se notó la más ligera falta, descontento, ni variedad de pareceres. Ella escogia siempre lo más trabajoso y repugnante para sí, observando siempre la máxima de condescender en lo posible con sus hermanas, y darles gusto en todo.

Su fé era tan viva, que en todo veia á Dios; y con sólo verla, podia una decir que vivia y obraba en su presencia, porque era tan reposada, dulce é igual en su trato, que ni una sola vez la vimos un primer movimiento de alteracion. De aquí tambien aquella confianza en Dios hasta el punto de espirar; tan inalterable en su alma, que algunas veces preguntaba á los directores si sería aquel buen camino.

Fué muy encendido el amor que tuvo á Dios y al prójimo, pues la menor ofensa de Su Divina Majestad la horrorizaba; y para con el prójimo era tan mirada en sus palabras y obras, que nunca vimos que disgustase á nadie, ántes bien mostraba un cariño singular á todas.

Su prudencia se echó de ver claramente en la delicadeza y cordura con que desempeñó los oficios que la encomendaron.

Su mortificacion, en las enfermedades que padeció no buscando alivios ni regalos para su cuerpo.

Con la práctica de estas y otras virtudes se fué preparando para el trance terrible de la muerte, que fué tan quieta y tranquila como habia sido su vida. Despues de haber recibido el santo Viático, siguió con la costumbre de comulgar los domingos, miéntras pudiese. El dia 26 de Mayo, habiendo recibido al Señor muy de mañana, ántes que la comunidad, estando ésta oyendo Misa, y Teresa dando gracias, avisó á la enfermera que la cuidaba, que sentia novedad. Acudimos luego todas, y miéntras nosotras rogábamos por ella y el sacerdote echaba la absolucion y leia la recomendacion del alma, ella tranquilamente preguntó á su Superiora qué encargos le hacía para el cielo, y prometió cumplirlos de su parte; como tambien al sacerdote que se hallaba presente nunca le diesen dignidades. Y cerrando sus ojos, entregó dulcemente su espíritu al Señor, á las dos horas de haberle recibido en su pecho, á la edad de veintisiete años, y á los veinticinco meses de profesion, dejando muy buen olor de sus virtudes.

ELOGIO

de la hermana Angela Otal, que murió el 23 de Junio de 1867.

Nació la hermana Angela en la villa de Alagon, provincia de Zaragoza. Fueron sus padres los distinguidos señores don Carlos Otal y doña Juliana Ligués, quienes la criaron y educaron como correspondia á su clase y cristiandad; y como la apacible índole de la niña favorecia admirablemente los paternales designios, y por otra parte Nuestro Señor, que la habia escogido cual deliciosa flor que habia de trasplantar al predilecto jardin de la religion, cultivaba ya desde sus más tiernos años, y con particular esmero, su bella alma con los poderosos atractivos de su divina gracia, muy pronto se descubrieron los deseados y pretendidos efectos de tan solícita labor. Y á la verdad, desde su infancia comenzó á dar tales indicios y muestras de virtud, que manifestaban cuán bien recibia su tierno corazon la buena semilla que en él se depositaba, dejando traslucir los sazonados frutos de santidad, que para el porvenir prometian tan fundadas esperanzas. La docilidad, sumision, respeto filial y obediencia á sus padres corrian parejas con su espíritu de devocion, humildad y amor al retiro, sin que por eso descuidase de la aplicacion á cumplir con sus deberes de escuela y labores en que las niñas de su edad y condicion suelen ocuparse.

A proporcion que iba saliendo de la infancia y creciendo en años, crecian tambien y brillaban más los resplandores de ésta como aurora de su luminosa vida.

Empeñábase con particular solicitud, no sólo en aprender los rudimentos de esta vida cristiana, sino en oir con esmerada atencion todas las instrucciones que recibia en órden al modo de cumplir más exactamente y con mayor perfeccion los divinos preceptos y las prescripciones de nuestra santa Madre Iglesia. Procuraba informarse de todo lo concerniente á la digna y fructuosa recepcion de los Santos Sacramentos; y cuando

ya su edad se lo permitió, leía con mucho gusto por sí misma cuanto podía servir á este intento. Y que todo este empeño no se dirigia á la pueril complacencia que le pudiera resultar de una instruccion meramente especulativa, se ve claramente por el hambre y sed que manifestaba en recibir estas medicinas y alimentos de nuestras almas, y por el fervor con que desde el principio se acercaba al tribunal de la Penitencia para purificar su alma, y señaladamente á la sagrada mesa del altar, para alimentar, robustecer y recrear su espíritu con el manjar divino que bajó del cielo. Veíase esto mismo en la compostura y devoto recogimiento con que asistia al santo sacrificio de la Misa, recogimiento y devocion que, á más del provecho que de él sacaba su inocente alma, producía notable edificacion en todos los circunstantes que la observaban. Y esto, no sólo en este sublime acto de religion, sino tambien en todas las demás funciones de iglesia, pues en todas ellas la acompañaba la viva fé de hallarse en la siempre veneranda Casa del Señor.

Lo más digno de loa que se halla en el espíritu de devocion y recogimiento y amor á la virtud de esta angelical jovencita, es su teson y constancia en proseguir por el apetecible camino que habia comenzado.

Porque no la sobrevino lo que desgraciadamente suele acontecer á otras, que, empleados sus primeros años en la práctica de devocion y ternura de espíritu, y aún habiendo dado esperanzas de conseguir despues sazoados frutos de virtud, al llegar al peligroso paso de la edad juvenil, fijando su inexperta mirada en el florido sendero con que en aquella edad las convidaba el engañoso mundo, se desvian por él, atraídas por su aparente hermosura, y desvanecidas con los falaces perfumes que le embalsaman, apartándose así de la vía recta y segura que las codicia al término feliz de la verdadera dicha. Porque nuestra Angela estuvo tan léjos de dejarse seducir por los atractivos y encantos del mundo, que ni se detuvo ni se desvió un momento en su feliz jornada. El esplendor y brillantez del lujo y galas mundanas no embelesaron su vista. Las alabanzas y sanas lisonjas no fueron bien recibidas de sus oidos. Las riquezas, honras y esperanzas, cebo y aliciente de que se suele valer el mundo seductor, no pudieron atraer su generoso corazón. Huía recelosa de todas las cosas que podian distraer su

espíritu del objeto que siempre le había ocupado desde que con la luz del cielo descubrió cuán bueno y amable es Dios. Por eso hacía poco caso de los bienes de la tierra, teniendo siempre fijas sus miradas en el cielo.

Ni se ha de creer por esto que viviese tan abstraída que faltase á las conveniencias que exige la calidad de las personas con las cuales, sea por razon de parentesco ó amistad de familia, conversaba, si bien áun en estas ocasiones se traslucia siempre la hermosura de la virtud que la embellecia. Así es que su trato era dulce y amable, pero en todo ajustado á las reglas de modestia y decoro: urbana, pero sin afectacion; caritativa y humilde, pero sin desdoro de su dignidad personal; sus palabras medidas y templadas, y todo su comportamiento tan agradable, recatado y candoroso, que robaba el afecto y cariño de todas sus amigas. Y en este particular de elegir las que lo habian de ser suyas se movia principalmente por la virtud que columbraba en ellas y al provecho espiritual de su alma, que ni familiaridad la prometia. Por lo cual, movida de este piadoso sentimiento, no se desdeñó alguna vez de tener por amiga alguna jóven, que si bien merecia serlo por su religiosidad y por lo que podia ayudarla en sus prácticas piadosas, no hubiera sido tan aceptable si únicamente hubiera tenido en cuenta, en esta difícil eleccion, la igualdad de fortuna y clase.

No obstante, á pesar de este enajenamiento de las vanidades é ilusiones engañosas del siglo, como por otra parte reconocia que no puede ser sólida y verdadera la virtud que no tiene por base la observancia de la divina ley, y no ocultándosele que una de las principales obligaciones de una hija cristiana es el respeto, docilidad y obediencia á los que le dieron el sér y están en lugar de Dios, que son su padres, sabía en las ocasiones sacrificar su gusto y su amor al retiro; pues conocida la voluntad que la manifestaban, sea de que se vistiese y adornase conforme á su calidad, sea de que saliese con ellos á visitas de conveniencia, ó se presentase en concurridos paseos, sea, en fin, que los acompañase á diversiones honestas y recreativas del ánimo, obedecia sumisa y rendida, áun con muestras de agrado y complacencia, si bien, á imitacion de San Francisco de Borja y otros Santos, se prevenia para estos conflictos, ciñendo sus delicadas carnes con ocultos y áspe-

ros cilios. Así no es de maravillar que quien se disponia á la pelea con tan ventajosa armadura, saliese ileso y triunfante de estas refriegas. En esto mismo se mostraba la fineza y subidos quilates de su generoso corazon para con Dios; pues no es de todos sino de muy adelantados en la virtud el sacrificar sin queja y muestras del mal humor el propio gusto é inclinaciones para más al gusto acomodarse á lo que el Señor exige en determinadas circunstancias.

Ni es extraño que supiese moderar sus afectos é inclinaciones, pues tenía tan entrañada aquella máxima de espíritu, «Tanto más aprovecharás cuanto más fuerza te hicieres,» que ponía particular estudio en ejercitarse en el vencimiento propio, llegando no pocas veces á obtener en este género muy señaladas victorias: como cargar más la mano sobre ciertos manjares únicamente porque eran ingratos á su paladar, ó esquivar otros por la contraria razón de serle muy agradables: aplicar sus delicados lábios á cosas muy repugnantes, para vencer el horror que le causaban, sobrepujando con el rigor de su espíritu la casi invencible aversion que siente á cosas tales nuestra naturaleza. Cosa es ésta que se refiere de solos algunos Santos; y no propóniéndola para la imitacion, sino para excitar á admiracion á fin de que nos confundamos y humillemos comparándolo con nuestra delicadeza. Solia tambien, despues de haber asistido al santo sacrificio de la Misa que se decia en un oratorio de su familia, repentinamente y de sorpresa postarse á besar los piés del celebrante; no sabremos decir si lo practicaba movida más del deseo de vencerse y dominarse á sí misma, que de la llama de viva fé que ardia en su pecho y del alto y justo concepto que tenía de la excelsa dignidad de los sacerdotes. Diríamos, seguras del acierto, que ambas á dos estas razones, auxiliándose la una á la otra, obraban poderosamente y de consuno sobre su ánimo, dejándonos así ejemplos de distintas virtudes en un mismo acto.

Destinado su señor padre á juez de primera instancia de Tudela, y con esta ocasion trayendo consigo la familia, vino entre ella nuestra Angela. Aquí, además de continuar sus ejercicios piadosos y seguir como ántes las demás prácticas piadosas, deseó vivamente frecuentar nuestras escuelas, lo cual, sin embargo, no pudo conseguir de sus señores padres, que, movidos sin duda de la ternura y cariño que la profesaban, y

que ella sabía merecer con su apacible condicion y amabilidad de carácter, no se atrevían á privarse ni áun por poco tiempo de su halagüeña presencia. Pero quiso la buena suerte que se hallase en nuestro convento una novicia que habia sido muy amiga suya, á la cual deseó ver y hablar; mas aunque no le era tan fácil ella como deseaba, el cumplimiento de este deseo piadosamente industrioso le logró algunas veces. Y como acercando el fuego á una materia bien dispuesta luégo se introduce y penetra, así las espirituales conversaciones de su amiga, inflamadas en el fuego del amor divino, fácilmente se introdujeron y penetraron en el fervoroso corazon de Angela. La sencilla y franca relacion de las prácticas del noviciado, de la caridad que reina entre todas, del amor maternal de las unas y correspondencia filial de las otras, de la continúa aplicacion y estudio que animaba á todas de aspirar á la perfeccion, y, por fin, del celo por la salvacion de las almas que profesa nuestro Instituto, principalmente por medio de la educacion y enseñanza de las niñas, todo esto, á la manera que un terreno fértil y bien labrado á beneficio de la lluvia da abundantes frutos, no tardó en producir copiosas gracias, santos deseos y resoluciones muy generosas.

En efecto; desde aquel tiempo, comparando los peligros del mundo y la vanidad de las cosas humanas con la bien fundada seguridad que ofrecen para salvarse el estado y profesion de la vida religiosa y la solidez de los bienes, consuelo y felicidad que lleva consigo la práctica constante de la virtud en que se ejercitan las hijas de la Compañía de María; y despues de haberlo bien pensado y consultado, no titubeó en determinarse á abrazar nuestro Instituto, siguiendo los impulsos interiores con que á ello le solicitaba la divina gracia. Y considerando que aquel Señor que habia comenzado tan plausible obra en su alma era el que la habia de continuar y conducir á su perfeccion, se creyó desde aquel punto más obligada á tratar en este negocio con Su Divina Majestad, por el medio eficacísimo de la oracion, rogándole incesantemente diese cima á tan importante obra. Con este intento imploraba con filial confianza la intercesion y valimiento de la soberana Reina de los cielos, obsequiándola con tiernas prácticas de piedad, é interesándola con fervientes súplicas, en que le expresaba su santa demanda. Ni se contentó con esto su discreta piedad,

pues estando bien persuadida de que lo más sólido de la devoción á María Santísima consiste en la práctica de sus admirables virtudes, aumentó desde entónces su anhelo por conseguir las que más brillaron en Nuestra Señora. Entregóse, por tanto, con cuidado especial á la adquisicion de una profundísima humildad, sin la cual no es posible levantar con firmeza el edificio espiritual de la perfeccion. Redobló su solicitud en lo tocante á la modestia y compostura de su persona, huyendo aún de la más ligera sombra que pudiese oscurecer el brillo de supureza, y de las más ligeras faltas que pudiesen empañar el candor de su alma. El mismo ahinco mostró en otras virtudes, no intentando solamente en todo esto el merecer su favor, sino el hacerse cada vez más agradable á los ojos del divino Esposo de las almas.

Quedábale, además, otro paso que dar, en que traslucia se hallarian graves obstáculos. El paso era el de comunicar su pensamiento á sus señores padres para obtener al tiempo oportuno su beneplácito. Comunicóselo, en efecto, y aunque aquellos señores, como buenos cristianos, no se opusieron manifiestamente al plausible designio de su querida hija, tomaron sin embargo, el partido de las dilaciones, que suele ser el recurso de las que ha de ceder lo que mucho le cuesta. Pretenden en semejantes casos muchos padres de familia que para conceder tales licencias se han de asegurar de tal modo de ver en ello la voluntad de Dios, con una claridad tan manifiesta, como si un ángel del cielo viniese de parte de Dios á declararla. Este modo de obrar, aunque al parecer hijo de la más fina prudencia, conduce no pocas veces á pruebas peligrosas, cuando traspasa los límites de lo justo, en fuerza de la ofuscacion que suele producir el vehemente amor paterno. Así sucede cuando dejamos aparte los verdaderos medios de probar la vocacion divina; se recurre á los que no son á propósito al objeto.

Es la vocacion á la vida religiosa un llamamiento interior con que Dios excita y mueve al alma para servirle segun el espíritu, y por las prácticas y medios establecidos en cada uno de los respectivos Institutos. Por tanto, la vía conveniente para conocer si la voz interior que se oye es locucion divina ó mera ilusion, es la de acercarse más á Dios, y la de pedirle luz con que nos alumbre, acudir á los medianeros celestiales,

examinar el fin y demás circunstancias que nos mueven, instituir una sincera comparacion entre las disposiciones y aptitudes de la persona llamada, y del fin, medios y Reglas del Instituto á que se inclina. Lo cual exige se consulte el asunto con la persona que dirige su espíritu y otros sujetos de saber, probidad y bien instruidos en el ejercicio y práctica de la vida religiosa, y con especialidad del modo de proceder en el particular Instituto de que se trata. Por aquí se verá cuán errado es el juicio que sobre este punto forman los que se guian por los dictámenes, usos y prudencia del mundo; porque se cree comunmente que para averiguar la vocacion divina se debe tomar otro camino contrario. «Es necesario, dicen, que esa jóven se distraiga y desahogue; que no viva en ese recogimiento y retiro, causa de su melancolía; conviene que no viva tan de continuo en la iglesia; que haga lo que hacen las compañeras y amigas de su clase; preséntese en los paseos públicos, frecuente las partidas de diversion, no sea tan esquiva para admitir las invitaciones á un honesto y decente baile; aprenda á conocer el mundo en los teatros.» «Es tambien muy conducente, añaden, hacerla viajar, porque la variedad de aires, personas, costumbres y la vista de tanta diversidad de objetos que en los viajes se descubren, dilatarán su corazon y podrá juzgar de las cosas exenta de prevenciones. Si despues de todo esto insiste en abrazar la vida religiosa, se podrá asegurar que Dios la llama para ella.»

En parte tienen muchísima razon; porque la que se resiste á todas estas pruebas, y en medio de tanto ruido no deja la voz del Señor, conviene decir que es llamada con voz muy fuerte y robusta; pero no tienen en cuenta que la divina vocacion no es una gracia inadmisible ó que se puede perder, y que para una vez que no la pierda, para una que no quede rendida y seducida entre las dificultades de ese insidioso camino, y entre la turba de trabajos que en él la combaten, habrá ciento que, aunque verdaderamente llamadas de Dios, si emprenden la misma carrera, comiencen con la disipacion á flaquear en sus buenos propósitos, y á titubear despues, y, por último, á darse por vencidas, perdiendo la joya preciosa con que el Señor las habia privilegiado: y cuando sucede alguno de estos casos, claman sentenciosos y muy satisfechos los mundanos: «Esta jóven no tenía verdadera vocacion.» «Sí la

tenía, se debería exclamar contra ellos; pero la ha perdido desgraciadamente por vuestra indiscrecion é incompetentes pruebas.»

No eran de este carácter los cristianos padres de Angela, ni querian arrebatár del corazón de su hija esta dádiva regalada del cielo; pero dignos son de compasion, porque en el gran mundo no pudieron eximirse de algunas de sus injustas exigencias. Yo no dudo que los respetos, á su parecer imprescindibles, de la amistad y familia, en combinacion con el tiernísimo cariño que profesaban á su amable hija, y el dolor de una temprana separacion, les obligaron á adoptar una parte á lo ménos del sistema que acabamos de indicar, si bien rodeando estas mismas pruebas con todas las cautelas que les inspiró su alta y piadosa prevision. Y tal vez se debe en algo á estas precauciones el que nuestra Angela no fuese tan combatida en este palenque, que llegase á dejarse vencer, ó á desmerecer la asistencia ó auxilios de la mano poderosa del Señor. Y á la verdad, cual roca firme que sin conmoverse espera desdeñosa los embates de las sucesivas olas de mar, así veia llegar y pasar las avenidas de este mar borrascoso del mundo, sin que conmoviesen un punto su corazón, ni ahogasen en el pecho sus buenos deseos, ni empañase su vista interior, siempre fija en el cielo.

Con tan poco interés miraba el lujo cuando se le ordenaba vestir ricamente y adornarse con elegantes y valiosas preseas, como pudiera si sus vestidos hubiesen sido los más ordinarios y usuales; y léjos de encantarla su preciosidad, sólo le servian para afianzarla con más firmeza el concepto que tenía formado de la vanidad de las galas mundanas. La asistencia á espléndidas y escogidas reuniones; las armonías de las orquestas teatrales, y, en una palabra, los encantos alucinadores del siglo que se ofrecian á sus ojos, así en los viajes como en su permanencia en populosas ciudades, no prestaban á su espíritu sino materia de mortificacion, y la excitaban cada vez más al deseo de su amado retiro y de entregarse del todo á Nuestro Señor, si bien en lo exterior no manifestaba su pena, sino que, como es dicho, se mostraba dentro de los límites de lo decoroso, amable y condescendiente con su familia y con las amigas que ésta le proporcionaba. Es cierto que estas precisas condescendencias le resultaban comunmente muy costosas, pues ro-

bándole el tiempo que solia dedicar á sus devociones y ejercicios piadosos, se veia á su vez obligada á hurtársele al sueño en las altas horas de la noche, por no faltar al imprescindible propósito que tenía hecho de no dejarlos ni disminuirlos por ningun género de acontecimientos.

Cuando de Andalucía, á donde fué enviada para que estuviese en compañía de una muy estimada hermana suya, regresó á Zaragoza, continuó el mismo tenor de vida, sin desmerecer en la virtud de la obediencia, trabajando en acrecentar y perfeccionar las otras virtudes, siempre atenta á agradar á Dios y á no hacerse indigna de conseguir lo que deseaba. No se hizo indigna por cierto, pues á fuerza de llamar á las puertas de la bondad divina y de la piedad paterna, obtuvo el beneplácito que por mucho tiempo habia solicitado, accediendo á ello sus señores padres, movidos de sus perseverantes súplicas. Y así dispuestas las cosas para su entrada, fué conducida á esta ciudad, y con gran júbilo de su alma ingresó en nuestro monasterio, por el que tanto habia anhelado, el 26 de Setiembre de 1863, contando á la sazón veintiun años de edad.

Quien tales muestras de virtud dió en medio del mundo, ¿qué no haría trasladada á este paraiso de la religion? Luégo que principió su noviciado se penetró bien de la importancia de aprovechar el precioso tiempo de la probacion, por ser en el estado religioso un como axioma que, segun se dispone el sujeto en el noviciado, así serán sus adelantos en la perfeccion en el resto de su vida. Procuraba formar justa idea del espíritu de su Instituto, y aficionarse á él en todas sus partes. Miraba á Dios en sus Superiores, y mostrábales una filial y sincera confianza, abriéndoles su corazon con llaneza y santa sencillez; oia con docilidad sus instrucciones, se esforzaba en ponerlas en práctica, y era grandemente solícita y cuidadosa de la observancia de las Reglas. No era ménos cuidadosa de la puntualidad, modestia y compostura con que acudia y practicaba los ejercicios piadosos usados en la religion. Oia la lectura espiritual como cartas venidas del cielo. Hacía la meditacion inflamada con la llama de una viva fé de la presencia de Dios, á quien hablaba; desahogaba fervorosa su amor á Jesus sacramentado en las frecuentes visitas que le hacía, recreándose al mismo tiempo. En la dulce ternura con que saludaba á su tierna Madre, se mostraba hija legítima de la Compañía de

María. No hay que decir el fervor con que se preparaba en este tiempo á recibir los Santos Sacramentos, constando cuál era aquel con que acostumbró recibirlo áun ántes de comenzar su vida religiosa.

Era muy exacta en practicar las várias mortificaciones que suelen usar en los noviciados, y no era la menor, sino tal vez la mayor, la de prescindir, como exigia su nuevo estado y su espíritu de vencimiento propio, de todo lo tocante á composturas, perfumes y afeites á que desde niña, por las exigencias de su señora madre, estaba habituada. Antes bien, la pasada costumbre, combinada con el bajo concepto que tenía de sí misma, la hacía más diligente en huir de semejantes regalos. Y decimos combinada con el bajo concepto que de sí tenía, porque éste era tal, que el enemigo quiso de él sacar partido, porque no una vez sola, sino muchas, la tentó, diciéndole que, «siendo ella tan despreciable é indigna, habia sido una desbaratada y loca presuncion el querer pretender ser enumerada entre almas privilegiadas que Dios habia escogido para sí.» Pero descubierto por sus directores y Superiores el ardid de Satanás, luégo dócilmente se aquietaba y robustecia con la confianza de aquel Señor de quien todo lo esperaba.

En esto, concluido su noviciado y juzgándola la comunidad á propósito para su Instituto y digna de la profesion, gustosa la concedieron su voto las Madres, y ella tuvo el gran consuelo de ligarse más estrechamente con Dios, por medio de los santos votos de pobreza, castidad y obediencia, que constituyen la parte sustancial del estado religioso. La profesion, como era justo que así sucediese, añadió nuevos estímulos á su espíritu para correr por el camino de la perfeccion.

Fruto de esta solicitud era aquella amabilidad tan extraordinaria, que tenía encantadas, no sólo á todas sus hermanas, sino tambien á las niñas, las cuales hablaban con entusiasmo de la fineza y delicadeza de su amable trato, la condescendencia con todas las personas que la rodeaban, sacrificando gustosa su tiempo en obsequio de las que la habian menester, como lo experimentaban cada dia várias hermanas á quienes enseñó á hacer flores y otras habilidades. Y no era menor señal de su aprovechamiento el asídúo estudio de vencerse á sí misma; y cuando algun ejercicio ó práctica le daba en rostro, solía decir: «Tengo un genio tan fuerte, que lo tiraria todo.»

Pero estaba siempre tan sobre sí, que luégo que advertia en ello exclamaba victoriosamente y con mucha gracia: «Calla, Angela, calla, acuérdate de tu esposo Jesus.» En estos lances echaba ella la culpa de todo á su mal genio, sin advertir que en esto le era infiel su corazon, que en verdad era tan bondadoso, que la hacía de un carácter invencible y encantador.

Y no era casual recurso que hacía al recuerdo de su esposo Jesus en estas ocasiones, sino preveniente de la piadosa costumbre que tenía en otras várias de acudir á El, y no sólo para animarse á sí misma, mas tambien para infundir ánimo y vigor á sus hermanas. Era bello el oirla cuando les decia, inflamada con el fuego de la caridad, que amasen mucho á Jesus, y que si alguna vez, agobiadas con el grave y molesto peso de la enseñanza de las niñas, llegasen á sentir, en fuerza de las fatigas, algun desaliento, cobrasen ánimo y nuevos bríos, representándose á su dulcísimo Esposo en el acto de recorrer las sinagogas, villas y ciudades, fatigado tambien, y cansado por ganar almas. De esta misma industria se ayudaba para aliviar la molestia que acaso alguna de sus hermanas sentia en lo prolongado y penoso de algun oficio, diciéndole con tierno cariño que se trasladase en espíritu al taller y casa de Nazaret.

Ni se limitaba su fervorosa caridad á solas palabras en el alivio de sus hermanas, sino que además pasaba á las obras, prestándose tan pronta y gustosamente á todo lo que se les ofrecia, que llegó á asegurar á una hermana enferma que en ninguna cosa sentia más placer ni encontraba mayor alegría que en servir á todas y hacer algun sacrificio por ellas.

Este mismo amor que á sus hermanas tenía, y el finísimo que profesaba á su Instituto y santas Reglas, brillaba de tal suerte en su preciosa alma, que le hacía traslucir tan al vivo afuera, que habria ella deseado trasmitir áun á los seculares el mismo fuego que en sí sentia. Tal era la satisfaccion y contento que manifestaba de habitar en esta Casa de María Santísima, tal el gozo de vivir con tan amadas compañeras, tales y tan fervorosas las oraciones que tributaba al Señor y á su Santísima Madre por haberla acogido á este puerto de salvacion. Y á la verdad, rara sería la persona que, visitándola en el locutorio, no saliese prendada de la felicidad y dicha de que mostraba gozar; rara la que no saliese encantada de las deli-

cias de la fraterna caridad; rara, en fin, la que no saliese muy pagada y áun apasionada de un Instituto que tan sabrosos frutos produce. Pero ¿á qué dudar de una cosa que multitud de personas atestiguan haberle sucedido?

De sentir es que su acendrado amor á la honestidad la hiciese traspasar los límites de la conveniente discrecion, con no manifestar sino muy tarde y á impulsos de la obediencia, la enfermedad que con universal sentimiento puso fin á sus dias. Esta enfermedad fué un cáncer que, cuando se vino á saber, habia hecho tan funestos progresos, que se declaró incurable por vários facultativos. En el curso de su dolencia se le formaron lastimosísimas llagas, que la paciente, sin embargo, no consintió en manifestar al médico, sino de relacion de una religiosa á quien se las confiaba por órden de la Superiora. Era tal la robustez y fortaleza del espíritu de que estaba animada la enferma, que recibió, no sólo con conformidad en la voluntad de Dios, sino con alegría, la noticia de que su enfermedad era mortal. Los dolores que por la índole maliciosa y destructora de esta dolencia sufría eran extraordinarios y grandemente crueles; tales, que de ellos afirmaba el médico que era necesario más valor para comprometerse un hombre á padecerlos, que para pasar por las llamas de un horno encendido. Y ¡oh poder de la gracia divina! esta tierna y delicada jóven los soportaba magnánima, con tan admirable paciencia y resignacion, que, á juzgar por su sèmlante placentero, por la tranquilidad y dulzura de sus palabras, por el sosiego y afabilidad de sus acciones, no se hubiera podido conjeturar ni áun una mínima parte de sus padecimientos: el ardiente amor que profesaba á Jesus Crucificado era la verdadera causa de éste prodigio.

Y como si el lecho de su dolor fuera para su espíritu deliciosa cama de rosas, no ansiaba por levantarse de él, ni por recobrar la salud perdida, sino que únicamente anhelaba ser desatada de los lazos de este cuerpo caduco, y ser trasladada del enojoso valle del mundo á las celestiales alegrías, unida para siempre con su divino Esposo. De aquí es que cuando sus hermanas la invitaban á que uniese á las de ellas sus oraciones y súplicas al Señor, rogándole se dignase mostrar en ella las maravillas de su poder, restituyéndola la salud, áun á costa de un milagro obrado por intercesion de nuestra Venerable

Madre Fundadora, que pudiese servir para acelerar su beatificación, jamás quiso convenir en ello, no por otro motivo sino porque de este modo se retardaría el cumplimiento de sus vivos deseos de volar á su Amado; estos mismos la inducian á contar los días y las horas que le faltaban, pareciéndole que se dilataba el plazo apetecido, á imitación del santo Rey Profeta, que decia: «¡Ay de mí, que se prolonga demasiado mi destierro!»

Y no es maravilla, porque el testimonio de su inocente y candorosa alma, y las hermosas virtudes con que la adornó en el ameno jardín de la vida religiosa, la infundian tal sosiego y paz, que disipaban y hacian desaparecer de ella los temores de la muerte. No contribuyó poco á esta quietud de su bendita alma la entrañable devoción que profesaba á la siempre Virgen María, Madre de Dios y Madre suya, regocijándose cuando se hablaba de sus alabanzas, teniendo grande estima de su altísima dignidad y mérito, sirviéndola, amándola é imitándola con teson, y depositando en ella toda su confianza después de Dios.

San Luis Gonzaga, de quien fué devotísima y fiel imitadora de su angelical vida, pareció querer alzarse con la honra de presentar en su día al comun Señor la preciosa alma de esta su sierva; pero ya que no alcanzó lo que parecia pretender, logró por lo ménos hacerlo, como en apéndice de su fiesta, pues acaeció la muerte de su devota el día 22 de Junio, mientras sus congregantes cantaban una muy armoniosa Salve en preparacion á la solemnidad, que, para más festejar á su angelical Patron, habia diferido hasta el 23 aquella piadosa juventud.

La comun pena y universal sentimiento que se inició en todas las religiosas con su enfermedad, y se acrecentó cuando en los últimos días recibió los Santos Sacramentos, progresando el mal y se iban disminuyendo las esperanzas de conservarla en vida, subió de punto en su fallecimiento. Pues que sobre perder de vista aquel modelo de virtudes y buenos ejemplos, veian asimismo frustradas las favorables conjeturas que habian hecho al órden del bien de las almas, honra y gloria de Dios y de nuestro Instituto, fundadas en su aptitud para los ministerios, en sus relevantes cualidades y en la edad juvenil de veinticuatro años. Pero el Señor dispuso privarnos de este consuelo en la tierra, para dárnosle más cumplidamente por la intercesion de su sierva en el cielo, como esperamos.

ELOGIO

**de la Madre Dolores Uguet, que murió el día 25 de
Diciembre de 1874.**

Las virtudes de la Madre Dolores Uguet son tanto más dignas de eterna memoria, cuanto más ocultas á sus ojos, y merecen que no las perdamos de vista para copiarlas en nuestras almas.

Era natural de la villa de Ablitas, hija de D. Juan Uguet de Resaire, doctor en medicina, y de doña Juana Gabidia, personas muy recomendables por su virtud y buenos respetos, madurez y misericordia, y otras virtudes.

Cuando Dios quiso llamó fuertemente á las puertas de su corazón, inspirándola el desprecio de toda vanidad, y que se consagrarse á su servicio en el estado religioso. Antes de determinarse por ninguna Orden en particular, acudió á la oración, al consejo de algunas reglas de varios Institutos, hasta que por fin se decidió por nuestra santa Compañía. No dejó de admirar á los mundanos la resolución de nuestra Dolores, por ser una señorita elegante y que podía haber aspirado á una colocación ventajosa, según el mundo. Pero á nada atendió sino á buscar un asilo seguro para su salvación.

Sus padres le dieron su consentimiento con mucha generosidad, viniendo ellos mismos á entregársela al Señor, de quien la habían recibido.

Desde el primer día dió la Madre Dolores pruebas de que quería de veras perfeccionarse hasta en las cosas más menudas de la religion, pues hacía preguntas de tanta delicadeza, que admiraba á sus contemporáneas. Aun ántes de entrar en religion, estaba ya dominada de un gran temor de los juicios del Señor, que le duró toda su vida, aunque mezclados siempre con gran confianza, lo que hacía que fuese nimia y recelosa en el exámen de todas sus acciones.

El mismo día que profesó hizo un acto muy agradable, colado, como es de suponer, por la obediencia, y fué que se pre-

sentó á su Superiora y comunidad , con mucha gracia coronada de flores , acompañando é intercediendo por una novicia coadjutora á quien se le habia dilatado la profesion, y que estaba á punto de ser despedida por algunas faltas de sumision; tanto supo hacer y decir, que saliendo fiadora de la enmienda de la hermana, obtuvo lo que pedia. La hermana por quien intercedió, despues de hechos los ejercicios espirituales con fervor y humildad, hizo su profesion y sirvió á la comunidad largos años.

Nuestra hermana Dolores siguió siempre fervorosa adelantando en las virtudes. Vários fueron los achaques que la molestaron; y sufrió con admirable paciencia y resignacion, por más de veinte años, cierta enfermedad que tenía en secreto y le proporcionaba innumerables incomodidades, dolores y vencimientos , humillaciones y continúa mortificacion , sin quejarse con nadie, ni mostrar la menor impaciencia ni en éste ni en los demás males. Tuvo un humor tan terrible en la garganta , y se le aplicaron remedios tan fuertes, que el mismo facultativo se admiraba de ver su paciencia y decia: «Muy sufrida es;» porque la desollaron toda la parte anterior del cuello, y esto por muchos dias. Ultimamente sufrió por ocho años el asma que se le apoderó del pecho y le hacía levantar el corazon al cielo, figurándose ya muy cercana á su fin , y pareciéndole que se iba ahogar de un momento para otro.

Pasó por todos los officios y cargos de la religion , excepto el de Maestra de novicias, y en todos nos dejó raros ejemplos de virtudes.

En el de Priora, que ejerció tres años , era tanta su humildad y desconfianza de sí misma, que apenas se atrevia á obrar en nada sin pedir consejo, siendo así que estaba dotada de un talento y comprension excelente; y por esto fué quince años Consultora. En el officio de Subpriora tenía toda aquella vigilancia y providencia que el Instituto le exigia. Fué tambien Procuradora con una nimiedad de conciencia para con Dios y una solicitud tan maternal para con sus hermanas, que á todo atendia, procurando el bienestar de todas y que nada les faltase.

En las clases estuvo veintiun años; allí desplegaba su celo en la instruccion de las niñas, inventando medios con que infundir en su corazon amor á la virtud, inspirándoles afectos

tiernos con que se ejercitasen en la presencia de Dios, con no pequeño fruto de las almas. Otros diez años fué Maestra en el Colegio, y despues Madre principal del mismo por seis años. Mucho fué lo que allí trabajó, y su esmero y fruto que hizo en las jóvenes, de las que salieron buenas cristianas, virtuosas madres de familia y fervientes religiosas que poblaron los monasterios. Cuantas existen de su época, se hacen lenguas de su prudencia, celo por el bien y salvacion de sus almas, que no la dejaba sosegar, poniendo de su parte cuanto estaba á su alcance, sin perdonar trabajo alguno, por grande que fuese, para plantar en su alma las verdaderas virtudes.

Cuando tenía que reprender, lo hacía de tal modo, que léjos de exasperarlas las dejaba convencidas, corregidas y admiradas, por lo cual era querida y respetada de todas. El cuidado que ponía para prepararlas á confesar y comulgar era extraordinario. En sus conversaciones, cuando las acompañaba al locutorio, notaban su mucho espíritu en todo lo que hablaba.

Era amantísima de nuestro Instituto, y cuando ocurría hablar de él lo hacía con tales palabras, con tal estima y aprecio, que, como muchas afirmaban, le comunicaba á cuantos la oían. Y por esta razon procuró siempre cumplir con exatitud los oficios en que la ocupó la santa obediencia.

Era tambien muy dada á las cosas espirituales, y cuando por sus enfermedades no podia asistir á los actos de comunidad, luégo hacía que la refiriesen las lecturas, sermones, conferencias y demás cosas que se habian tratado, porque no queria carecer de ningun pasto espiritual. Guardaba mucho recogimiento interior, y pasaba largo tiempo delante de Jesus sacramentado, mayormente en los últimos años de su vida. Allí se olvidaba de sus trabajos y se consolaba con su amado Jesus, y suspiraba por salir de la cárcel de este cuerpo y unirse con El por siempre jamás. Sus visitas eran tan frecuentes, que apenas hacía obra sin pedirle su bendicion; de este amor que á Jesus tenía, nació el vehemente y ardentísimo deseo que siempre manifestó de parecerse á El, buscando, ya en los libros, ya en cuanto veía y oía, modos y maneras de imitarle, procurando no perder un punto de perfeccion que pudiese alcanzar con la gracia de Dios. Pero donde más se manifestaba su encendido amor era en la sagrada comunión,

para la cual se preparaba con diligencia suma y extraordinario cuidado.

Tuvo siempre mucha desconfianza de sí misma y grandes temores de la muerte; y cuando éstos le asaltaban, para consolarse acudia á la Virgen Santísima de los Dolores, á quien profesaba tierna devocion, y con quien tenía afectuosos coloquios; pues áun cuando por hallarse mal no la permitian asistir al coro, se bajaba con disimulo, miéntras se rezaban las vísperas, al coro bajo, para estarse allí con su Madre Santísima. Y en su última enfermedad pidió que llevasen á su aposento aquella hermosa imágen, para tenerla siempre ante sus ojos. Y como la vió quiso abrazarla, y lo hizo con tanto afecto y tiernas palabras, que parecia que queria entregar el alma en el acto, lo que causó á todas mucha devocion. Pedíale que le alcanzase de su Santísimo Hijo una muerte dulce y tranquila, como en efecto la tuvo.

Era observantísima de las Reglas, teniéndolas siempre presentes para sí y para las que estaban á su cargo, pues era muy vigilante y prevenida. Se le notaba gran puntualidad á todas las distribuciones y actos comunes, afan por trabajar, áun cuando por su indisposicion últimamente podia hacer pocas cosas, y así solia decir: «Trabajemos hasta que no podamos más.»

En los últimos años en que sin escrúpulo hubiera podido dispensarse de servir y leer en refectorio, no quiso hacerlo; leia y servía como las demas, y aunque la tos la molestaba mucho, solia traer consigo un poco de agua para apagarla, á fin de no privarse de aquel ejercicio de humildad.

En la obediencia fué ejemplar, bastándole saber la voluntad de la Superiora para ejecutarla prontamente, siempre y en todo. Estando ya muy fatigada del pecho, quiso la Superiora, en una recreacion, que se cantasen algunas letrillas á la Virgen Santísima, y dijo que tambien la Madre Dolores habia de cantar. Al punto se puso hacerlo, hasta que le dijeron: «Basta, Madre.»

Quando la comunidad iba á la huerta, no gustaba de quedarse en la sala ú aposento, sino que decia: «No hay que hacer caso del cuerpo; primero es la obediencia.»

Fué siempre enemiga de singularidades; ni admitia otros alimentos que los que la comunidad, á no ser cuando tenía que

comer sin sal, por no poder sufrirla su garganta, pero sin mudar de manjares. Estando una vez en cama con gran deseo de confesarse, entró la Madre Priora á preguntarle á qué hora le vendria mejor hacerlo, para avisar al confesor; mas no pudo conseguir otra respuesta que «cuando V. R. quiera.» Y estando en los últimos dias de su enfermedad muy cansada pedia que la volviesen un poco; pero, con sólo decirle que la voluntad de su Superiora era que estuviese quieta, quedaba tranquila y contenta en la misma postura, y áun decia: «Jesus no buscaba estos alivios.» De modo que con estos y otros ejemplos tenía encantadas á cuantas la asistian de dia y de noche.

Tenía tanto amor y cariño á las religiosas y un trato tan dulce y bondadoso, que edificaba grandemente. Su caridad velaba sobre las necesidades de todas, y no queria que nadie padeciese, ni que á nadie le faltase nada, deseando que todas se mantuviesen en buena salud; y para esto andaba mirando y observando á quién podia dar tal y tal cosa, y avisando á quien podia remediarlo. Tambien la ocupaba un santo deseo del bien espiritual de todas, y de que fuese siempre adelante la observancia de la comunidad. Era su prudencia muy notable en decir las cosas, y mortificábase muchas veces callando y sufriendo lo que por de pronto no podia remediar, aguardando para ello tiempo oportuno y ocasion favorable. Nunca daba señal alguna de digusto é impaciencia, ni manifestaba aversion á las personas, sino á las faltas y defectos que deseaba curar.

De su humildad se podrian referir muchas y muy edificantes cosas; pero á lo dicho sólo añadiremos que tenía muy bajo concepto de sí misma; y recordando sus faltas, mayormente las que habia cometido estando en la Casa de Dios, se confundia tanto, que llegaba á persuadirse que era la criatura más imperfecta é indigna de que el Señor escuchase sus ruegos y oraciones, y de merecer la gloria que Dios tiene prometida á los que le sirven fielmente; pero nunca desconfió de su bondad y misericordia infinita, y esperaba que los méritos de Nuestro Señor Jesucristo suplirian lo que á su miseria é indigencia le faltaba. Esto decia de sí; pero, nosotras que admirábamos su exacta observancia en todo, y las virtudes que en ella resplandecian, la venerábamos como dechado y ejemplar de religiosas. En unos ejercicios que dió un Padre de la Compañía, habló un dia de la caridad, y dijo: «Que si alguna tu-

viere cualquier cosilla con alguna de sus hermanas, que se pidieran perdon con muestras de verdadera caridad.» La Madre Dolores, luégo que terminó el acto de comunidad, fué en busca de una Madre y de una hermana de obediencia para pedirles perdon, creyendo que les habia ofendido.

Era muy pobre y muy amante de la pobreza, y muy agradecida á todo lo que con ella se hacía. Su semblante siempre modesto y recatado; en todas sus palabras y acciones daba á conocer la perfeccion y pureza de su alma: y sucedió alguna vez que, viniendo á visitarla una señorita, quedó tan edificada, que luégo decia: «Cuando estuve con la Madre Dolores, me parecia ver á San Francisco de Sales.»

Contaba setenta años cuando le acometió la última enfermedad, que la tuvo postrada en cama treinta dias, y el Señor la favoreció, sustituyendo á los temores y congojas que tanto la habian atribulado por toda su vida, una paz y sosiego admirables. Recibió el Santo Viático, con gran fervor, el dia 10 de Diciembre, dedicado á Nuestra Señora de Loreto; y aunque ántes lo recibia con temor, entónces lo deseaba y pedia se lo diesen á menudo. La víspera de la Expectacion del parto de Nuestra Señora recibió la Extremauncion, y en el dia del nacimiento del Salvador del mundo salió de esta tierra para ir á celebrarle en el cielo entre los cánticos de los ángeles, como piadosamente creemos.

Se hallaron en su muerte várias cartas para la Santísima Vírgen, ofreciéndole el presente de sus votos en el dia de renovacion; y por no privar á algunas almas afectuosas de ese gusto, copiaremos una de ellas. Dice así:

«Madre amantísima de mi alma: ya teneis otra vez á vuestros sacratísimos piés á la más mínima de vuestras hijas. Sí, Señora mia: con una grande confianza os pido que mañana, al pronunciar los votos, los tomeis de mi lengua, ó más bien de mi corazon, y los presenteis á la Santísima Trinidad y al Corazon de mi dulcísimo Jesus. Sí, Madre mia; pedidle que los acepte, y perdone todos mis descuidos y poca fidelidad en su observancia. Si Vos lo haceis, seguro lo tengo, pues nada os niega mi Jesus de cuanto le pedís. Entre tantas hijas de vuestra santa Compañía, soy la más pobrecita, la más ruin, la más necesitada, y por eso la que tiene más necesidad de vuestros cuidados.

»Cuando una madre tiene muchas hijas, y entre ellas una enfermiza, con aquélla son todos sus cuidados. Pues, Madre mia, mi alma está muy llagada, y es preciso que Vos me ayudeis para sanarla y me alcanceis fortaleza en aquéllas... valor en estas dificultades... humildad en las caídas, y sobre todo amor de mi Dios. Sí, Señora; amor pido por el mismo Dios. Mirad que despues de Su Majestad sois toda mi confianza. Ayudadme á limpiar mi pobre alma, ántes que vaya al tribunal de mi Juez; sí, de mi Juez, pues aunque estuviera en mi mano no elegiría otro Juez: pero venid, Madre de mi amor, en mi compañía; vamos, que con Vos irá segura vuestra hija; no me dejéis hasta que vaya á ver á mi Dios; y áun en el Purgatorio, cuidad de mí para que me limpie luégo para ir pronto á amar mucho, mucho, á mi Jesus y á Vos, Madre mia, en el cielo.—*Maria de los Dolores.*»

ELOGIO

de la hermana Juana Milagro, que murió el 25 de Agosto de 1869.

La hermana Juana Milagro era natural de esta ciudad, de padres honrados y muy cristianos. Desde muy niña se educó siempre en nuestras clases, sin que jamás diese un motivo de disgusto ó de reprension; ántes bien, decia una de sus Maestras: «Esta niña todo lo que se le enseña lo hace con perfeccion.» Así siguió hasta que abrazó nuestro santo Instituto el dia 3 de Diciembre de 1857, teniendo de edad veintidos años. Y lo abrazó con grande amor y aficion, de donde le nacia, desde muy á los principios, el hablar siempre con mucha estima de nuestras santas Reglas y prácticas de la Casa. Se distinguió tambien en el amor que tenía á las Superiores, pues en las recreaciones del noviciado, si alguna vez la Madre Maestra no se hallaba presente, solia decir: «Hermanas mías, seamos muy obedientes para hacer ménos pesada la cruz á nuestras Superiores.» Y ella de su parte daba pruebas de verdadera hija, pues era tanta su docilidad, que á la menor insinuacion

de las Superiores obedecía prontamente y con la mayor alegría, así en las cosas espirituales como en las exteriores, y asimismo á la voz de la campana, dejando al primer golpe lo que estaba haciendo.

Era muy activa y tenía todo lo que usaba muy limpio y ordenado. Esta misma actividad mostraba en el cumplimiento de todo lo que tocaba á su oficio, procurando aliviar cuanto podia á sus compañeras, y así prevenia las cosas que habian de hacer con tiempo, y con humildad les pedia consejo, aunque tuviesen ménos años de religion. Era muy sencilla en su trato, y aunque silenciosa, nada tenía de triste, sino que con dulzura y agradable semblante contestaba con pocas palabras á lo que se le preguntaba. Cumplió muy bien con el oficio de enfermera y ayudante de ropería y sacristía.

En fin, ha sido en la religion una monjita muy callada, humilde, obediente, atenta á las inspiraciones divinas, imitadora de aquel Señor, su dulcísimo Esposo, de quien se dijo que «no acabaria de romper la caña cascada,» etc. Este era su carácter, mas no flojo ni insensible, sino que iba descubriendo un buen talento para la enseñanza de las niñas, á quienes instruía con aplicacion y santo celo, con mucha complacencia de las personas que la oían, y hacía formar muy buenas esperanzas de sus progresos en este empleo. Pocos dias ántes de su última enfermedad decia con su acostumbrada sencillez: «Voy á aprovechar todos los instantes para estudiar y hacerme útil á nuestro santo Instituto.» Pero el Señor habia ya fijado el plazo de su existencia para poco tiempo.

De su obediencia se pudieran referir muchos casos; pero al fin de sus dias dió un ejemplo muy edificante de esta virtud. Estando un dia muy afligida pidiendo que le trajesen el confesor porque se iba á morir, la Superiora, por animarla, la dijo que se dejase de aprensiones, se levantára y fuese á Misa; y todo aquel dia estuvo más animada y agradable con sus hermanas. A los pocos dias tuvo un delirio muy triste, ó fuesen sugerencias de Satanás, que la hicieron padecer mucho por espacio de veinticuatro horas, que excitaba nuestra compasion, haciéndonos dirigir al cielo nuestras plegarias. Al cabo de este tiempo respiró un aire refrigerante y sereno que daba gusto el oirla y verla tan consolada cuando decia: «Como he visto á la Virgen tan alegre cuando pensaba que todo el cielo estaba

enfadado contra mí, yo tambien me he alegrado. Por Dios que me ayuden á dar gracias á Dios por tantos beneficios.» Habiéndose serenado, recibió el Santo Viático. Esto paró en una tífus nerviosa, que en muy pocos dias, recibida la Santa Uncion y recomendacion del alma, la entregó en manos de su Criador el 25 de Agosto, siendo de edad de treinta y tres años y doce no cumplidos de religion.

ELOGIO

de la hermana Micaela Mena, que murió el 4 de Setiembre de 1869.

La hermana Micaela Mena no fué ménos recomendable por su religiosidad y observancia. Era natural de la villa de Mañeru, en esta provincia de Navarra, hija de D. Manuel y de doña Justa Gastesi, que la dieron una educacion fina y eristica, imponiéndola en el santo temor de Dios y buenas costumbres. De modo que con su edificante conducta era el ejemplo de su pueblo por su vida retirada, frecuencia de Sacramentos y ejercicios de piedad. Despues de la muerte de su padre, era el consuelo de su madre, cargando sobre ella todo el gobierno de la familia y educacion de sus hermanitos, enseñándolos el modo de vivir cristianamente, y preparándolos para los Santos Sacramentos. Recibió tambien mucha instruccion en la Escuela Normal de Pamplona, en donde se hizo muy útil para poderse ejercitar despues en aprovechar á otras almas. Y su señor padre, estando para morir, la dijo: «Hija mia, no te metas en Instituto de vida contemplativa, porque es más propia para tí la vida activa.» Y así ella prefirió la nuestra, que abraza una y otra. Pero Dios Nuestro Señor no quiso que lograra el deseo que la animaba de ejercitarse en tareas apostólicas, pues casi todo el tiempo que vivió en la religion tuvo que estar sufriendo várias enfermedades, excepto una temporada ántes de su profesion, lo que ella contaba en el número de los grandes beneficios que de Dios habia recibido para poder profesar. Despues decia: «Ahora que ya he logrado la dicha de ser su espo-

sa, que haga Nuestro Señor de mí lo que quiera; tan pronta estoy para morir como para vivir en cruz y trabajos, si es esa su voluntad;» y así llevaba sus males con mucha paciencia y resignacion.

Era muy obediente y mortificada, teniendo asentado entre sus propósitos el pedir á Dios todos los dias que las Superiores le mandasen aquello que le fuese más duro y repugnante. Así se iba aproximando á su partida con aquella serenidad de una conciencia tranquila hasta la última hora; pues estando ya para espirar, recibidos los últimos Sacramentos, volviéndose á su confesor que la estaba auxiliando le dijo (y fueron sus últimas palabras): «¡Ay qué consuelo, Sr. D. N.! Meta V. monjas á todas cuantas pueda.» Este fué un acto de celo del bien de las almas, un acto de caridad, un acto de gratitud y aprecio á su santa vocacion, y de un conocimiento de lo poco que vale todo lo de este mundo. Ella estaba bien penetrada de estos sentimientos, que la habian hecho vivir de un modo que prometia ser muy idónea para la obediencia de las Reglas y adelantamiento del Instituto, si el Señor, con su altísima sabiduría, no hubiera ordenado el privarnos de ella al mejor tiempo; para probar tambien nuestra resignacion en la pérdida de tan excelentes jóvenes, cuando más se necesita trabajar para la gloria de Dios en estos calamitosos y aciagos dias.

ELOGIO

de la hermana Isabel García, que murió el 26 de Diciembre de 1869.

Con gusto nos extenderíamos en elogiar á nuestra angelical hermana Isabel; pero al mismo tiempo nuestro corazon se resiente con la falta de su dulce compañía. Alma cándida, enamorada de su Dios, de su religion, de sus hermanas y de toda virtud.

Era natural de Vitigudino, en la raya de Portugal, hija de D. Miguel García, escribano real, y de doña Teresa Repila. Que-

rida y amada de sus padres con predileccion, bien educada y de suyo bien inclinada.

Tomó el hábito de Nuestra Señora el dia del Apóstol Santiago, nuestro Patron, el año de 1866, é hizo su profesion á su debido tiempo con un fervor envidiable, no pensando más que en vencerse á sí misma y caminar á largos pasos á la perfeccion á que Dios la llamaba. Y así, era extremada su vigilancia exterior para alcanzar la posesion de sí misma; para no obrar por su inclinacion, sino segun el mayor agrado de Dios, porque creia que del amor á la comodidad y propia estima nacia todas sus faltas. Y ya era todo su anhelo el hacerse santa, pareciéndole que el olvido de Jesus por un cuarto de hora, una satisfaccion del amor propio, una inmortificacion ó cualquiera otra falta semejante, sería una punzada para el corazon de Jesus, y que no debia dejar pasar ninguna de ellas sin penitencia. Tal era la valentía con que emprendió su camino, pues decia: «¡Dios mio, no me sentaré ni me pararé en el camino de la perfeccion, ni por tentaciones, ni por faltas, ni ménos por flojedad ó disipacion, sino que, contando con vuestra gracia, haré siempre lo más perfecto!»

Este deseo de lo más perfecto se le notó desde que pisó los umbrales de la Casa de Dios, con grande afan de adelantar y de aprender todas las prácticas religiosas y los medios para conseguirlo. La primera compañera de aposento que le pusieron en el noviciado para que la instruyese en las menudencias que en él se practican, dice: «Que jamás vió en ella la menor dificultad ó repugnancia á cuantas cosas le enseñaba.» Su sencillez y exactitud eran extremadas, y tan constante, que poco ántes de morir le aseguró «que seguia haciendo las mismas cosas enteramente igual que los primeros dias, y que nunca olvidaba aquellas cosas de consejo que le dijo haber oido de los Padres de la Compañía.» De modo que era un objeto de edificacion cuando enferma, como lo habia sido cuando sana. Pues si hubiésemos de referir las muchas virtudes que en tan corta vida practicó, se podria casi decir que se parecia á los Kotskas, Gonzagas y Berchmans.

Y empezando por su amor á las Reglas, las miraba con tal aprecio y respeto, áun en las cosas más insignificantes, que no se le notaba falta alguna contra ellas. Tomaba una Regla cada tres dias para poner sobre ella un especial cuidado, comen-

zando por la primera de la imitacion de la Santísima Virgen interior y exteriormente, porque esta Señora era todo su embeleso, su confianza y su amor. Y en la imitacion de tan dulcísima Madre ponía un particular empeño, y en hacerse toda para todas sus hermanas por la caridad, modestia, obediencia, y sobre todo por el recogimiento interior. En las del silencio era exactísima, y en las de la modestia un angelito sin pero. Su finura y trato, dulce y amable, le daban un atractivo singular. Siempre condescendiente, siempre aplicada á las labores, al estudio, á las cosas espirituales, y parecia que de éstas tenía una sed insaciable, sin que esto la retrajese de ser la primera en todos los quehaceres del noviciado.

A todas sus hermanas tenía un amor y caridad tan acendrados, que hubiera tenido el mayor sentimiento si les hubiese dado el menor disgusto ni en obras ni en palabras. Mostrábales el más tierno cariño y respeto, teniéndolas en su ánimo como si fueran Superiores.

En tiempo de estudios tomaba con igualdad el que tocaba ó el que le ordenaban, fuese dibujo, aritmética, etc., sin gastar palabras ociosas; y aún si preguntaban á otras lo que ella sabía, se lo callaba y procuraba aprender lo suyo con grande esmero. Ni en conferencias, ni en doctrina no osaba corregir á otra, aunque lo supiese mejor, sino pensar muy bien lo que habia de hablar, con modestia y humildad.

Estaba muy alerta contra sus pasioncillas; y cuando veía en sus hermanas más virtudes, talentos ó habilidad, pedia á Jesus se les aumentase si era de su agrado, y que ella por su parte procuraria tambien hacerse apta para el Instituto; y para que la obediencia pudiera hacer de ella todo cuanto quisiese, procuraba aprender de todo, trabajar mucho, y sufrir siempre.

Si hablamos de su obediencia, hay tantos testigos cuantas han vivido en su compañía. Unas dicen que ha sido una obediencia perfecta siempre y en todo, tal como mandaron nuestras santas Reglas. Otras que era una obediencia ciega, no sólo á las Superiores, sino á todas las que la decian cualquier cosa. Ya dicen que su vida era un continuo acto de obediencia, ya que era su virtud característica; y que tenía tan grabadas en su corazon las advertencias de sus Superiores, que si alguna hermana se descuidaba un poco en esto, llena de caridad y con

su natural dulzura, le decía: «¡Ay, hermana carísima, si no nos han dicho que no lo hiciéramos así!» Una vez le dijo una Superiora que fuese con otra á la tribuna á rezar tres Ave Marías; lo hizo puntualmente, y en saliendo le dijo su compañera: «¿Por qué no ha rezado algo más?» A lo que contestó «que sólo le habian dicho tres Ave Marías.»

Al principio de su enfermedad, cuando se la daba algún alivio, lo primero que le ocurría era si tenía licencia de la Madre Maestra: en fin, sólo veía en sus Superiores á Nuestro Señor y á su Santísima Madre.

Así como á personas ménos perfectas ó tentadas de Satanás, les es molesto el acudir á los superiores por remedio en sus tribulaciones interiores, así en Isabel era un empeño preferente el derramar su corazón como agua en el seno de sus Madres, y sacar de allí alivio y consuelo para todo, recibiendo sus palabras con tal sencillez y sumisión, que jamás se le escapó una réplica á cuanto se le decía. Más como su deseo era perfeccionarse en todo, le ocurrió que áun este afecto debía mortificar, no huyendo, sino deseando que no la oyesen, ó que no la hiciesen caso, pues aquel gusto que sentía le parecía contrario á la humildad, obediencia y mortificación. ¡Cuánto sutaliza el amor y el deseo de sacrificarse por el Amado!

En cada comunión ofrecía al Señor alguna victoria de sí misma; como el no quejarse de no ser oída ó atendida, sin poner jamás mal semblante, ántes bien, si algo se descuidaba, pedía á su Madre Maestra aquella penitencia que le fuese más sensible y dura. También de no ponerse triste, aunque cayera en faltas, que era lo que más sentía, sino arrepentirse y empezar de nuevo con grande alegría y confianza. Efecto todo de lo bien que tomaba los consejos que se le daban.

Desde la oración de la mañana pensaba que Dios, por su bondad, le concedía aquel día para emplearlo en su servicio, particularmente aquella hora de la oración para ordenar todas sus obras á su mayor honra y gloria. Y así procuraba sacar fruto de mortificación de sentidos y potencias; amar la humillación, quitar los gustitos, despreciarse á sí misma, ser generosa con Dios y no quebrantar Regla alguna con advertencia. Estos eran los frutos de su oración.

Su humildad le hacía creerse inútil para todo, y deseaba que todas la avisasen de sus defectos, pues que ella no los co-

nocia. Y si alguna vez, aunque tan sencilla con sus Superiores, se le ponía algo de repugnancia para decir alguna falta, pues ya se sabe que las virtudes caminan cuesta arriba, entonces estaba más pronta para confesarla, ó ya en la conferencia, ó ya en la recreación delante de todas. Y pedía á Dios en todas las distribuciones que se le ofreciese alguna humillación y que todas la despreciasen sin ofensa de Dios.

En cuanto á la afición á parientes, desprendió su corazón en tales términos, que ni aún quería pedir licencia para escribir á su padre, á pesar del gran amor que le tenía, á no ser que le insinuasen, y entonces con total indiferencia, apreciando más la filiación de su Dios, y diciendo: «Fuera amistades pasadas, fuera parientes; y si tales pensamientos vienen á tentarme, procuraré que siempre me hallen ocupada en las cosas de mi Padre celestial.» Este era todo su tesoro, en quien descansaba su corazón, ansiando por cumplir su voluntad en la vida y en la muerte.

Muy adelante estaba ya su enfermedad, que fué de unos tres meses, cuando aún seguía observando todas las distribuciones del noviciado, en cuanto le era posible. Y ejercitándola continua mortificación sin quejarse de nada, y aunque padecía muchos ratos de gran sed, no pedía agua si no se la daban, hasta que, compadecida la enfermera, le mandó que la pidiese á menudo, si acaso ella se olvidaba.

Visitándola una hermana, preguntándole cómo se hallaba, le dijo que todo cuanto padecía lo llevaba con sumo gusto, unido con lo que Jesús había padecido, y así era su paciencia tan edificante.

Otro día, poco antes de su partida de este mundo, estaba hablando con otra su compañera de noviciado de la mucha confianza que tenía en lo tranquila que esperaba la muerte. Entonces la otra se atrevió á preguntarle qué era lo que más la consolaba de todo lo que había hecho en vida. Y le respondió: «Hermana mía: la claridad de conciencia, porque como siempre he dicho cuanto me ocurría y he pedido consejo á mis Madres, ya no me queda cosa que me dé pena.» Sólo deseaba morir asistida de sus Superiores á los dos lados de su cama, en muestra de la gran confianza que le habían merecido en vida. Con tan santas disposiciones y tan dulces esperanzas nada más le restaba que dejar la tierra y volar al cielo, despedirse

del valle de lágrimas para entrar en la dulce posesion de la pátria de los escogidos. Así creemos que lo consiguió el dia del protomártir San Estéban, á las doce del mediodía, á la edad de veinticinco años. Recibidos á tiempo, despacio y fervorosamente todos los Santos Sacramentos, asistida de un Padre de la Compañía de Jesus, el que le habia dado la profesion, quedando como dulcemente dormida en la paz del Señor.

ELOGIO

de la hermana Gabina Palacios, que murió el 4 de Noviembre de 1871.

Era nuestra hermana Gabina natural de esta ciudad, hija de padres honrados y buenos cristianos, Santiago Palacios y Vicenta Cubero, pero escasos de bienes de fortuna. Habiéndose pasado á vivir á Zaragoza, allí tuvo la niña Gabina la proporcion de educarse en las escuelas de nuestro Instituto, á donde acudia con puntualidad. Atendia con aficion á las lecciones de sus buenas Maestras, y al observar el celo y gracia con que preparaban á las niñas para la primera comunión, esto fué lo que la hizo y movió su corazon á abrazar nuestro santo Instituto, y poder ser ella tambien algun dia la que atrajese aquellas tiernas almas al conocimiento y amor de Dios. ¡Ardua empresa é ilusoria idea en su situacion! Pero el Señor, que á nadie desampara con su altísima providencia, la suministró medios con que poder conseguirlo. Ni ménos parecia á nuestra amada Casa, y sin embargo, el director de su alma, que era un Padre de la Compañía de Jesus, la encaminó movido sin duda de la divina Providencia.

Allanadas, pues, todas las dificultades, y hecha su primera probacion, y en ella los ocho dias de ejercicios, vistió el santo hábito de Nuestra Señora el dia de San Estanislao de Kotska del año 1860, á los quince de su edad.

Hecha su profesion empezó su carrera con vivos deseos de irse perfeccionando en el desempeño de los deberes de tan santo Instituto. Estos eran sus pensamientos; pero los desig-

nios de Dios eran de una vida de cruz y mortificacion. Quitóle la salud á los cinco años.

Se vió asaltada de unos accidentes que le dieron mucho que padecer, con otros mil achaques dolorosos; quedó impedida de la mano derecha por mucho tiempo, y áun años sin poderse persignar con ella ni hacer accion útil ni necesaria; cargaron en sus piés y manos humores escrofulosos que la llenaron de llagas muy enconadas; daba lástima el verla andar, especialmente en las escaleras; tenía tambien en la espalda descompuesto el hueso principal del espinazo: en fin, era un compuesto de padecimientos. Esta prueba le sirvió mucho para los adelantos de su alma. A esto se le añadía una multitud de escrúpulos y tentaciones de toda clase, que tenían su alma en otra cruz invisible, agitada y temerosa, pensando que ofendía á Dios á todas horas. Luégo la guerra de su natural, que como niña sin una educacion esmerada no habia sabido amoldar un genio algo fuerte, le sirvió para continuos sacrificios y vencimientos tan bien aprovechados, que pasado algun tiempo no parecia la misma que al principio. Cuantas veces el amor propio queria sacar la cabeza, ella valerosamente le tiraba del freno y hacía retroceder, sin que el exterior manifestase la lucha. Le ayudaba para su humildad y confusion el acordarse de la pobreza de sus padres, viéndose ella en la religion tan bien asistida de todo y en sus dolencias hasta con regalo. Esto, y el tener presente el voto de pobreza, no le permitian decir, «esto no me gusta,» sino que debia mortificarse en todo. Se habia resignado ya á la divina voluntad tan enteramente, que todo lo sufría con una cara de paz y de paciencia inalterable. Jamás se le oía una queja ni un ¡ay! en tantos males como padecía. Era exactísima en la observancia de las Reglas: seguía constantemente todas las distribuciones de comunidad con el mayor trabajo, sin eximirse de lo que todas hacian; si no podia trabajar, leía todas las lecciones de comunidad para aliviar á las otras, y con la mayor atencion se las aplicaba á sí misma como un medio que Dios le daba para su aprovechamiento espiritual: otros ratos estudiaba para habilitarse en la enseñanza, y áun acudía á las escuelas tan encorvadita y coja para hacer lo que podia. En fin, iba con todas á todo, sin llamar la atencion y sin aparentar santidades; callaba y obraba, y Dios se lo guardaba para el premio.

Era vigilante en la guarda de sus sentidos; bajaba sus ojos particularmente en la Iglesia, poniéndose retirada, y áun en las demás distribuciones no miraba cosa; no se le oyó nunca preguntar novedades ó curiosidades; huía de los olores agradables y se detenía en los repugnantes; nunca tocaba á las niñas pequeñas para hacerles fiestas, por más cariño que las tuviese, y el mismo recato guardaba consigo misma. Este era su porte exterior.

En el interior, como hemos dicho, sumamente agitada de ansiedades, pero siempre haciendo grandes resoluciones, que sin duda Dios se las aceptaba; pues á pesar de sus luchas y tormentos interiores, daba por bien empleado cuanto padecía por el buen rato que despues gozaba en la santa comunión; y aunque fuese con trabajo, siempre sacaba por fruto el deseo de ser cada dia mejor. Todas sus cosas las hacía con método y la oración con muy esmerada preparación. Considerando que por ella había Jesús derramado su sangre, se encendía en deseos y resoluciones de ser muy fiel en corresponder á todas sus inspiraciones, y se ofrecía á hacer y padecer todo cuanto el Señor quisiese con gran voluntad.

Entre los papелitos de apuntes que tenía para enfervorizarse, había uno que decía: «Hoy dia 1.º de Diciembre se ha dignado Dios darme á conocer que soy del número de los predestinados. Y mi Madre Santísima me ha dicho que si rezo bien el Rosario y soy fiel en servirla, vendrá á la hora de la muerte y que la verá. Dios quiere que sea la víctima y que me sacrifique por la conversión de los pecadores, pero que sea con licencia.» Y prosigue diciendo: «Siento estos dias mucho gusto y fervor en el servicio de Dios, despues que, ayudada de su gracia, me determiné á mortificarme un poquito más. Aunque en la oración á veces me distraigo, he hecho tres propósitos, meditando cómo correspondía mi Madre Santísima á la gracia para corresponder yo también á su imitación. Y han sido, perfección en las obras ordinarias, presencia de Dios figurándome á mi lado y hablándole familiarmente, y la mortificación de mi genio.» Hasta aquí aquella apuntación. Y no nos detenemos á expresar otros muchos que tenía muy fervorosos, ya de obediencia ciega, ya de otras virtudes.

Pero fuera de esto, lo cierto es que el Señor se la llevó para sí en tiempo de la mayor necesidad de los infelices peca-

dores para cuya conversion cualquier sacrificio es bien empleado.

Hacia unos meses que se resentia del estómago, sin poder llevar los alimentos, y al mismo tiempo se le iban renovando los demás síntomas. Tuvo que rendirse á la cama, y llegó al extremo de no poder tomar alimento en muchos dias, por más experiencias que se hicieron. Y así su vida tenía que acabar cual la lámpara sin aceite; como sucedió muy en breve el dia 4 de Noviembre de 1871, despues de haber recibido todos los Santos Sacramentos con la mayor tranquilidad y quietud, conservando el perfecto conocimiento hasta el último suspiro, y se puede decir sin agonía. Y dijo su Padre espiritual que Dios le habia librado de ella por haberla ya sufrido en vida con sus muchas penas interiores; el cual, habiendo sido llamado precipitadamente para acompañarla en el momento supremo, al entrar en su aposento la dijo para animarla: «¿Conque queria marcharse sin decirme nada?» No pudiendo contestar de palabra, volvió un poquito la cabeza, asomando la sonrisa en su semblante, señal de la paz y gozo de su alma en aquel terrible trance.

Su director y Padre espiritual, que la habia dirigido bastantes años, tenía formado de esta hermana el juicio siguiente, que conviene conste en esta breve reseña de su vida: «La hermana Gabina ha sido una de las criaturas en que se han visto más visibles las señales de su felicísima predestinacion. 1.º Por el tiempo y circunstancias en que fué llamada á la religion en esta comunidad, careciendo enteramente de los medios temporales para ello, ántes repugnándole su situacion, la de su familia y el género de vida que por necesidad llevaban en una poblacion como Zaragoza, y siendo ella de muy bella figura. 2.º Por las multiplicadas y dolorosas pruebas que el Señor le exigió en su estado exterior corporal y en el interior de su alma, siendo este segundo la causa moral y muy constante del primero. 3.º A juzgar por lo que esta criatura sufrió en su cuerpo, segun queda apuntado nada más en la relacion de su vida, se creeria que su naturaleza estaba profundamente viciada desde sus primeros años: nada de eso. Era de un temperamento muy sano, á toda prueba, como se vió siempre en medio de las escaseces y privaciones consigüientes á la penuria de su familia. Deseosa ella misma desde su primer ensayo

de noviciado de seguir el ejemplo de los Santos más sufridos y penitentes, pedia al Señor, ya que la habia llamado á una religion en que no se profesa el rigor de las penitencias y asperezas que otras loablemente exigen de Regla, le diera en qué pensar y padecer constantemente, ya en el cuerpo, ya en el alma, contando con los auxilios de su divina gracia. Una tregua le ponía sencillamente al Señor: que no sucediera así hasta despues de su noviciado, porque sería mucho de temer que la despachasen entónces. Así se cumplió, y á poco de profesa le atacaron los males que ántes se han referido. 4.º No fueron ni siquiera comparables los dolores y padecimientos de su cuerpo con los que sufrió en su espíritu; á no haberle asistido una gracia especial en muchos casos, hubiera sucumbido á la vehemencia de la tentacion del enemigo, de su resistencia aún más violenta, y esto, á no dudarlo, le prodigó la série de sus padecimientos físicos. 5.º Como jamás abandona Jesus á los que padecen por Él y sufren animosos los tormentos de su cruz, la hermana Gabina experimentó muchas veces los consuelos y alivios que la sostuvieron; y cuando éstos se prolongaban, repetía aquellas célebres palabras del Apóstol de las Indias: «Basta, Jesus mio, basta.» A lo dicho pudiera añadir más el citado Padre; pero, siguiendo el buen espíritu de la hermana, lo reserva bajo el celemin.

ELOGIO

de la hermana Francisca Ignacia Aguirreche, que murió el día 21 de Enero de 1872.

Grandes y excelentes virtudes descubrimos en nuestra hermana coadjutora Francisca Ignacia, ejercitadas sin ostentacion ni aplauso humano. Era natural de Regil, provincia de Guipúzcoa. Sus padres Agustin de Aguirreche y Manuela María de Izaola eran de santas costumbres y muy trabajadores, carácter propio del país, y criaron tambien á su hija religiosamente en mucho trabajo de campo, siendo de una estatura y fuerzas varoniles. Despues tuvieron que desprenderse de ella

para ponerla á servir en una casa muy buena, en donde nada perdió de su edificante conducta. Frecuentaba los Sacramentos caminando más de dos leguas, pues encargada por sus amos de vender en el mercado de Azpeitia sus pollos y otras haciendillas, aprovechaba la ocasion para ir á confesarse con los Padres de la Compañía, en Loyola, volviendo en paz á su casa á cumplir con sus obligaciones.

Dios la llamaba á vida más perfecta en el cláustro, y su direccion, afortunadamente, cayó en manos de su paisano el Rdo. Padre Domingo Olascuaga, el cual nos hizo este regalo para hermana coadjutora, en prueba de la estimacion con que miraba á esta Casa. Habia hecho con este Padre su confesion general, y á largos pasos se adelantaba en el camino de la perfeccion, de la que nunca se volvió atrás; pues desde el momento que vistió el santo hábito de Nuestra Señora, se propuso con gran resolucion y eficacia, como su único objeto, agradar siempre á Dios en todos los instantes de su vida, y así lo practicó constantemente.

Aplicaba su particular cuidado á hacer bien la oracion, exámenes, presencia de Dios y la perfeccion en todas sus acciones. Sólo anhelaba por tener un corazon puro para amar y fuerte para padecer. Iba á Jesus con mucho amor y confianza, viendo lo que nos amó y lo que padeció por nosotros, y gozaba en esto una alegría y una tranquilidad que no se puede explicar. Decia, y con razon, que la verdadera devocion consiste en la abnegacion y desprecio de sí misma, y resignacion entera en las manos de Dios, así en lo próspero como en lo adverso, uniéndose estrechamente con Dios por amor, y conformando del todo su voluntad con la divina en todas las cosas. «Lo que yo quisiera, decia, es hacerme santa y pronto; evitar todos los pensamientos que no sirven para la eternidad, seguir á Jesucristo, haciéndolo todo por su amor y guiada por la santa obediencia.» Se hallaba siempre con mucho deseo y preparacion para la union con Dios por medio de oraciones y jaculatorias. No queria que nadie la llevase ventaja en pureza de intencion, humildad, obediencia y caridad.

En medio de esto se humillaba delante del Señor reconociendo sus faltas, suplicándole la juzgase con misericordia. Cuando en la oracion no sentia devocion, le ocurría que al candelero que está en el altar, ahora le pongan luz, ahora no,

lo mismo es; por tanto, que ella debia contentarse con lo que Dios le diese, con tal que tuviese misericordia de ella, pues nada merecia.

Conservaba muy en su corazon los consejos de una Madre Maestra, que lo que más deseaba de ella era la abnegacion, la mortificacion y la perfeccion en todas sus cosas pequeñas y grandes, espirituales y corporales. No muchas oraciones y visitas, sino cumplir bien con sus obligaciones; hablar poco con las criaturas y mucho con Dios. De aquí le resultaban aquellos fervorosos propósitos de continúa mortificacion; no discurrir lo venidero, no quejarse de nada; hacer todo á mayor gloria de Dios; tener grande ánimo, aunque cayese en alguna falta sin voluntad; tener gran paz aunque pase lo que pase, aunque se muera alguna monja ó algun pariente; teniéndose por indigna de tener cosa buena; de tratar bien á las enfermas, á todas con igualdad, hablando con voz baja y con modestia; de ser muy clara de conciencia, diciendo ántes de ir: «Señor, si es para gloria vuestra, que encuentre acogida;» y si no lo es, quedar con la misma paz, considerando que no merezco tanta dicha, y vivir siempre alegre.

Y así várias veces dijo á su confesor que no sentia pena en su corazon de haber cometido una falta con advertencia de serlo. Que se habia propuesto, y con la gracia del Señor logrado, vencerse en algunas cosas que le repugnaban, y que no se acordaba de haber cedido á su genio. De donde inferia su Padre espiritual que esta buena hermana llegó á lo que llegan pocas; á dominar su genio hasta en los primeros movimientos.

Su meditacion ordinaria era sobre la vida, Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, en donde hallaba todas sus delicias y consuelos. Deseaba sacar de allí mucha contricion de sus culpas; y si no sentia contricion, procuraba compasion para no quedarse sin nada. Todas las horas del dia tenía repartidas para los Santos de su devocion, pidiendo á cada uno la imitacion de alguna virtud en que más resplandecia, y sobre todo con la Santísima Vírgen á quien tenía siempre en su corazon, porque le robaba todos sus afectos, y dirigiéndole todas sus acciones, especialmente sus padecimientos, como luégo diremos.

Estaba dotada de un entendimiento claro, con el que sabia reprobar lo malo y elegir lo bueno, y mucho más con el auxi-

lio de la gracia, y así aborrecia las más menudas faltas, procurando con todas sus fuerzas evitarlas, y no dejando una sin penitencia.

Su amor de Dios la impelia á orar siempre con fervor, tratar familiarmente con su divina Majestad, aplicando á este su corazon, espíritu y todas sus fuerzas hasta hallar gracia en sus divinos ojos, tener su espíritu unido con el divino, y andar siempre en su presencia. Este exámen de la presencia de Dios era el que más le gustaba, siéndole muy fácil el pasarse muchas horas del dia sin desviarse de Dios, que unas veces era en los pasos de su vida santísima ó de su sagrada Pasion, y otras en la manifestacion de su amor, como á la Beata Margarita Alacoque.

Su caridad fraterna era sin límites para todas y en todo. Ni Superiores, ni ancianas, ni jóvenes, ni compañeras de oficio se pudieron quejar jamás de haber visto en ella un mal semblante, una palabra de queja, ó muestra alguna de incomodidad.

En dos épocas diferentes tuvo el oficio de enfermera, que ejercia con tal amor, dulzura, solicitud y cuidado, que las enfermas, aunque tenían otras bien exactas en el mismo oficio, se gozaban al ver entrar por sus puertas á la que era objeto de sus cariños. Hubo época en que por largo tiempo tuvo que asistir á tres enfermas de mucha gravedad sin descansar dia ni noche, sino lo que la Regla y la obediencia disponen con su discreta providencia; pero como sobre ella cargaba lo principal del trabajo, su espíritu pasaba aún más adelante con sus santas intenciones de agradar al sumo Bien con alegría y devoción.

Estas tres enfermas volaron al cielo en Mayo el año 1865 en cinco dias, dejándola por joya en su testamento una riquísima cruz engastada en tan preciosos diamantes, que en el cielo sabremos los quilates de sus merecimientos.

Empezó por quedar baldada de las dos caderas hasta los piés, progresando el mal en tales términos, que llegó á estar como muerta y sin sentido toda aquella parte, de modo que metiéndole el facultivo más de una vez un alfiler entero por una pierna, nada sintió. Inmóvil en una cama por espacio de catorce meses, sufrió remedios muy fuertes con la misma tranquilidad y alegre semblante que si estuviera en la más

perfecta salud. Sólo eran sus palabras : «Así lo quiere Dios: hágase su voluntad.» Verificándose á la letra en manos de sus hermanas el ver un cuerpo muerto que se deja tratar como querian. Esto se dice en pocas palabras; pero los actos de virtudes y mortificaciones que se encierran , ni se comprenden, ni se pueden explicar. El ejercicio de la presencia de Dios padeciendo fué lo que calmaba sus dolores agudísimos, sabiéndole muy bien, como ella decia, que se pareciese un poquito á su divino Esposo.

Ni aún en su lecho estaba ociosa, pues como en la parte superior sólo padecia el trabajo de la postura, y sin fiebre, trabajaba, leia y recreaba á sus hermanas; además de su exactitud en los ejercicios espirituales, sin perder un ápice de todos ellos, y sólo por aprecio á la caridad que tenian sus hermanas; cuando le llamaban la atencion para tomar alguna cosa de medicina ó de remedio, no las despachaba si la interrumpian en la oracion y exámenes.

Recibia el Pan de los ángeles cada ocho dias, con su acostumbrado fervor. Seguia puntualmente la distribucion de los ejercicios anuales y tríduos de renovacion.

Para con la Santísima Vírgen nada omitia de sus obsequios como visita de córte, flores de Mayo, oficio de la Inmaculada y demás devociones, cumplido ántes lo de obligacion; para todo hallaba proporcion en su cama, respirando siempre para con su amabilísima Madre los más tiernos afectos, y aún copiando de libros los que más la enamoraban. No sabia escribir sino malísimamente, porque no aprendió más en la religion, pero á su modo sabia expresar los sentimientos de su corazon. Y así, todo lo que vamos diciendo de su interior es sacado de los apuntes que se hallaron en vários papelitos, y de las cuentas de conciencia á su Superiora, además del testimonio de su Padre espiritual.

Cumplido el plazo que la divina Providencia tenía señalado, comenzó su convalecencia por grados muy lentos, venciendo tan grandes dificultades para el manejo de sus miembros, por espacio de muchos meses, que ya parecia un gran triunfo cuando pudo llegar al comulgatorio en una silla de ruedas que por mucho tiempo le sirvió de litera por los tránsitos de casa. En fin, llegó á recobrar una mediana salud y el uso de sus piés, para emprender nuevas tareas con que

dar gloria á Dios en los ejercicios y oficios propios de su clase.

Si consultamos el concepto en que la tenian sus hermanas compañeras, nos dicen á una voz que le notaban constantemente igualdad de ánimo, así en la salud como en la enfermedad: que hablaba poco, y con prudencia y con sumo cuidado de no disgustar á nadie; tan humilde, que trataba á todas con respeto, no sólo á las mayores sino á sus iguales: que su caridad cuidaba, no sólo de las enfermas, sino tambien de las sanas, para que no enfermasen: muy obediente y mortificada, sin dejar salir su genio en las ocasiones; y en fin, que era pobre religiosa, y muy amante de sus Reglas. Con tales ejemplos siguió siempre hasta el fin de su carrera.

El último año de su vida se iba extenuando y enflaqueciendo notablemente, al paso que su espíritu se robustecía con la esperanza y deseo de la gloria, con una cara de pascua cuando veia que se acercaba la muerte. Hubo de rendirse á la cama unos dos meses ántes, deseando que llegase el momento feliz, y pidiendo con instancia los últimos Sacramentos. Recibidos ya todos á su tiempo, fatigada y ansiosa con los paratismos que preceden á la muerte; y en uno de ellos, presente toda la comunidad, se le leyó la recomendacion del alma, y vuelta en sí, se le acercaron várias religiosas, como á saludarla en muestras de cariño, que mucho agradeció. Se hallaba tambien una señora que estaba haciendo su primera probacion para vestir el santo hábito y habia acudido á encomendarla á Dios en aquel trance, y acercándose á la cama, la miró con cierta expresion; nótolo la enferma, y volviéndose á ella, la dijo con semblante muy risueño: «Sea V. siempre una verdadera hija de María, y tenga V. mucha devocion á la Virgen Santísima.» Palabras que le quedaron muy impresas.

Nuestra Ignacia estaba sazónada para el cielo, y con su lamparita encendida para salir á recibir el Esposo celestial, que vino el 21 de Enero de 1872 y la introdujo en la sala de las bodas, como piadosamente creemos, á los cuarenta y dos años de edad y diez y siete de religion.

Bien persuadido el Padre director que el Señor premiaba las bellas disposiciones de su alma con vários consuelos inefables, preguntóle en los momentos de su penosa agonía «si sentia de un modo especial la presencia de Jesus y de María

cerca de su cama.» Contestóle que sí con una sonrisa que probaba lo mismo que decia. Y habiendo espirado, dijo el Padre á la comunidad: «Esta muerte ha correspondido á la vida humilde, pura y obediente de la hermana Ignacia, que de Dios goce.»

ELOGIO

de la hermana Tomasa Gil, que murió el 11 de Abril de 1872.

La hermana Tomasa nació en un pueblo de Aragon, llamado Villahermosa; sus padres Antonio Gil y Juana María Jimeno eran unos devotos y sencillos pastores. Nuestra Tomasa pasó sus primeros años siempre sujeta al trabajo, pues desde los diez años la pusieron á servir, primero en una casa de mucha cristiandad, sí, pero de mucho boato, con gran número de sirvientes, en donde se acostumbró mucho al trabajo y á vivir muy sobre sí, pues Dios le daba su santo temor y buenas inclinaciones, y la devocion á María Santísima la libraba de todo peligro.

Cuando por temporadas estaba en su casa, si la iban á convidar otras jóvenes para alguna diversion, las decia: «No quiero, que no me gustan esas diversiones que teneis.» Y más queria estarse en casa aprendiendo oraciones y cosas buenas.

Despues fué á servir á Zaragoza á casa de una familia tambien muy piadosa y muy afecta á los Padres de la Compañía de Jesus, la cual ella miraba como principio de su felicidad; que la señora la llevaba á confesar con aquellos Padres, con cuya direccion se le renovaron los deseos que desde muy niña habia tenido de ser religiosa. Desde entónces frecuentaba mucho los Sacramentos, y habia veces que por los muchos quehaceres de la casa no podia ir á comulgar á la hora regular, y por no privarse de tanto bien, iba concluidas sus ocupaciones, siendo ya las diez ó más tarde; de modo que, á pesar del trabajo que como sirviente única tenía, no se desayunaba hasta el mediodía. Gustaba mucho del retiro, y nada de la pobla-

cion la llamaba la atención, ni salía de casa por pasatiempo áun los días festivos, si no era para acudir á las Escuelas dominicales, en que era puntualísima y muy aplicada, mereciendo por esto el ser premiada varias veces con los mejores premios.

Las señoras instructoras conocieron su mérito en los rápidos progresos que hizo en poco tiempo, por lo que la colocaron entre las más aprovechadas; y siempre que se hacía algun ejercicio público de los ramos de enseñanza ó en las festividades de las Escuelas, le confiaban los discursitos ó declamaciones propias del caso, que ella aprendía con mucha facilidad, y decia con gracia y despejo. Nada de esto la envanecía, y repetía que su buena memoria y todo era don de Dios. Estaba tambien alistada en algunas piadosas congregaciones.

Viendo sus buenas disposiciones físicas y morales, su Padre director, que lo era de esta Comunidad, nos la propuso para hermana coadjutora. No dudamos en recibirla, y verdaderamente salió cierto el concepto de su idoneidad. Entró en la Casa de María como si entrara en un cielo, segun ella decia. No habia cosa dura ni trabajosa para ella: á todas quería ayudar, y cargar con lo más árduo y difícil de sus oficios, de modo que trabajaba por siete, y era menester irle á la mano para que no se excediese: dicho se está que nunca se excusó del trabajo, por duro que fuese. Ni era sólo el trabajo material; sino que teniendo de su natural un genio fuerte, se mostraba tan dulce y cariñosa en el trato con sus Madres y hermanas, que ganaba las voluntades. Como habia lucha interior con sus pasiones, si alguna vez se traslucia entre sus iguales, luego lo confesaba llanamente, que todo consistia en su mal genio, y así que no se ofendiesen, y les pedia perdon. Tanto se reprimía para vencerlo, que es de creer le ocasionó el perder su salud y tenerla padeciendo bastante tiempo, hasta que murió, se puede decir, con las armas en las manos. Tuvo que ceder á la obediencia para no ocuparse en ejercicios penosos, que habia sido siempre su gusto y afición; y como sólo descansaba no descansando, ya que aquello no era permitido, se dió á la costura, en la cual empleaba tantas horas del día, que cosiendo mucho y bien, alivió el trabajo de muchas, con gran consuelo suyo, porque así iba adelantando mucho en las virtudes, especialmente en la obediencia, que era su favorita. Cuando ha-

blaba de la dicha de ser religiosa, no hallaba expresiones para manifestar su gratitud. Muchas veces se le habia oido exclamar con grande afecto: «¿Cómo, Dios mio, os pagaré el beneficio de haberme traído á esta santa Casa, sin yo merecerlo?» Porque el pensar que era hija de María Santísima la encantaba.

Estando ya más enferma, que no podia seguir la comunidad, procuraba serle útil de otro modo, empleándose en hacer muchas oraciones por sus Madres y hermanas. Un dia dijo á una religiosa: «Hoy he rezado cinco partes de Rosario por toda la comunidad; pero especialmente por las Superiores, para que el Señor les dé salud y acierto en su oficio, y por las que se emplean con las niñas, para que tengan mucho celo y salven muchas almas.»

Estaba muy conforme y resignada para salir de esta vida cuando Dios fuese servido. Y así, cuando le dieron la nueva de recibir los Santos Sacramentos, que fué á las tres de la mañana, la oyó con tranquilidad, y en seguida los recibió devotamente; y á las doce horas, con gran paz y quietud, entregó su espíritu al Señor el dia 11 de Abril de 1872, á los treinta años de su edad y ocho de religion. La hermana Tomasa siempre se dió prisa á llegar al grado de perfeccion religiosa á que Dios la llamó; y en cuanto llegó, Dios tambien se dió prisa en llamarla para sí.

ELOGIO

de la hermana Francisca Pujador, que murió el 22 de Marzo de 1874.

La hermana Francisca arrebató para sí los afectos de nuestros corazones en el corto espacio de su fervorosa vida. Su semblante angelical, sus modales agradables, finos y dulcemente expresivos, manifestaban que lo que veian nuestros ojos sólo era un destello de otra más alta comunicacion entre dos amorosos corazones que con estrecha union se correspondian amantes entre esposo y esposa.

Desde su niñez fué escogida del Señor para su trato familiar.

Su padre D. Pedro Pujador, doctor en medicina en Barcelona, y su madre doña María de los Angeles Faura, personas bien versadas en la práctica de la oracion, criaron á sus tiernos hijos con la misma leche. Aún muy pequeñitos, ya tenian sus ratos destinados para este santo ejercicio: como Francisca era juiciosita, instruía á sus hermanitos, y ellos veneraban sus consejos y la consultaban sus dudas para el acierto de su vida, y el resultado de tan felices principios fué el abrazar el uno el Instituto de la Compañía de Jesus, y ella el de la Compañía de María Santísima, y el tercero, cuando esto se escribe, al lado todavía de sus padres.

Nuestra hermana Francisca fué algun tiempo alumna de nuestro Colegio, en donde descubrió la superioridad de sus talentos en los ramos de instruccion á que se dedicó. No se le ocultaba á su penetracion que la comunidad encontraria alguna dificultad en recibirla para religiosa, á causa de su escasa salud; pero ella oía en su corazon la voz de su Amado, que la decia: «Aquí quiero que me glorifiques;» lo que le hizo prescindir de todos los respetos humanos y de las oposiciones que hubo de sufrir, confiada en quien tan dulcemente la atraía. En efecto: fué admitida en atencion á sus bellas prendas, para ser alistada bajo las banderas de la Reina del cielo, con indecible gozo de su alma el dia 8 de Agosto de 1867. Sólo trató ya de echar sólidos cimientos para un elevado edificio de perfeccion, fundándose en profunda humildad, en continúa abnegacion y perfecta obediencia.

Su humildad la inclinaba á servir y complacer á todas sus hermanas de noviciado; como estaba tan instruida y hábil en toda clase de ciencias y labores de su sexo, acudian á ella en sus dificultades, y á todo atendia con gran dulzura y paciencia, sin mostrarse la sábia ni hacerse rogar, y de su parte se sujetaba á su compañera de aposento en las cosas más pequeñas, como si fuera Superiora, y nunca dió lugar á que le repitiese una misma cosa dos veces.

En todo buscaba lo más mortificativo á su amor propio, aunque le costase algun sacrificio. Trabajaba constantemente en olvidarse de sí y que nadie se acordase de ella, procurando por este medio unirse más íntimamente con su Dios. Conocia que para el aprovechamiento espiritual se necesitaba gran recogimiento interior. Era todo su esmero en la oracion guardar

las adiciones de nuestro Padre San Ignacio, sobre todo la primera y segunda, no dando lugar, despues de leído el punto, á otros pensamientos hasta concluida la oracion y su exámen, sacando siempre algun fruto práctico para entre el dia, especialmente para conseguir la humildad. Procuraba acomodarse al genio de todas, en particular en las labores y en el estudio, persuadiéndose que era más acertado lo que otros decian ó hacian. Desde el principio de su noviciado se propuso vivir sólo de obediencia, procurando saber siempre la voluntad de la Superiora; y cuando por estar léjos no podia preguntarlo, hacer lo que le parecia más conforme á la obediencia; y en caso de duda, lo más contrario á su inclinacion natural. Llevaba ante sus ojos esta máxima: «Francisca, haz lo mejor, y lo mejor es no hacer nunca tu voluntad; y así, mortifícate aún en lo que te parece más santo, mirando tu opinion como la cosa más despreciable.»

Se esmeraba en el cumplimiento de todas sus Reglas, especialmente en las del silencio y modestia; esta le era como característica; lo mismo se la veía en el coro que en la recreacion, en el aposento sola como en la comunidad; jamás interrumpió ni alzó la voz en las recreaciones; á todas tenía atencion y miraba como á sus Superiores, segun dice la Regla; su prudencia y peso en las palabras y acciones eran superiores á su edad. En cuanto á la obediencia, decia: *Primero morir que faltar á esta virtud, ni despreciar ninguna inspiracion, aunque sea insignificante.* Recordaba entre dia la hacienda tan abundante que el Señor le habia dado, para no despreciar nada, y así proponia hacer todas las cosas conforme á las Reglas. En cada obra que hacía, reflexionaba cómo le gustaria á su Esposo que la hiciese, y escuchando la respuesta, si le era repugnante, se resignaba diciendo: «Lo haré, Jesus mio, por daros gusto; pero dad fuerzas á mi espíritu para que nunca haga mi voluntad. Tenía particular cuidado en la continúa mortificacion, de hacer tantos actos por la mañana y tantos por la tarde, aunque fuesen pequeños, como en callar una palabrita que deseaba decir, queriendo hacer una cosa tomar la contraria, cortar pensamientos inútiles, reirse cuando le tentaba el mal humor, etc., etc.; cosillas todas que son á los ojos de Dios de agradable hermosura. Iba siempre de frente á la mortificacion, abrazándose á ella al primer impulso de la gracia.

Donde subió de quilates su virtud y mérito fué en los muchos achaques que apuraron su salud. Nunca se quejaba de sus males, ántes bien era necesario irle á la mano para que no trabajase como las demás; porque en toda ocupacion trabajosa queria ser la primera, y se avergonzaba de verse tan bien servida. Una noche que padecia acerbos dolores de vientre, á causa de una irritacion, aconsejándole que se pusiese de una postura más provechosa, contestó: «¡Ay, no! que me enseñó mi director que siempre me echase de lado;» y así pasó toda la noche y toda la enfermedad sin cambiar de postura, ni buscar alivio, ni descubrir ni sacar las manos sin necesidad, aunque se abrasára de calentura. Esta misma mortificacion y sufrimiento mostró en las demás enfermedades que despues padeció.

Como tanto anhelaba completar su espiritual enlace con su amado Jesus, y se veia con indisposiciones que ya la habian retardado algunos dias, quiso, como solícita enamorada, manifestar por billetes expresivos sus temores y ansiosos deseos. Decia, pues, así: «Mi amadísimo Esposo Jesus: A impulsos del amor tomo la pluma para manifestaros el ardiente deseo que tengo de unirme con Vos y pedir os una gracia, que no dudo me concedereis; me faltan tres dias de ejercicios, y temo no poder profesar el dia 2, aunque creo me hareis semejante partida; y como aquél es dia de gracias, espero me concedereis todas las que os pida. Que se consiga la paz en España, la salud para toda la comunidad y la perfecta observancia de las Reglas. Os pido la gracia de no separarme jamás de Vos. Mirar el convento como la antesala del cielo, de donde pase á celebrar las bodas eternas. Vuestra humilde sierva,—*Francisca.*»

Otra á Nuestra Señora.—«Mi amadísima Madre: Permitidme que me dirija á Vos, aunque indignísima, para pedir os gracias y favores como de vuestra mano. Dadme primero que me porte como verdadera hija vuestra y que sepa sacrificarme; dadnos pronto la paz de la Iglesia. Dignaos decir á mi Esposo Jesus que le quiero mucho y que deseo verle, como tambien á Vos, Madre mia. Vuestra indignísima hija, que os ama,—*Francisca.*»

Por fin fueron oidas sus súplicas en el cielo. Y dándole la alegre nueva de que ya Jesus aceptaba su sacrificio, lleno de júbilo su corazon, pronunció sus votos el dia 6 de Setiembre.

de 1869. Y si fervoroso habia sido su noviciado, desde este dia se la vió adelantar y crecer notablemente en la práctica de las virtudes.

Grandes esperanzas daba de ser muy apta para cualquiera de los oficios de la religion; mas el Señor atajó sus pasos porque queria que muy temprano gozase de su gloria, y así sólo se empleó por algun tiempo en las clases, en la ropería y en el Colegio de maestra de dibujo y de lengua francesa.

Los cuatro años que sobrevivió á su profesion los pasó al pié de la cruz por sus muchas enfermedades, llevadas con la mayor resignacion y alegría. Recibió los Santos Sacramentos con gran fervor, y esperaba con serenidad el último paso á la eternidad, que se verificó el dia 22 de Marzo de 1874, á las cinco de la tarde, á los veintitres años de su edad,

Esta dichosa hermana se propuso sacar una copia del Beato Juan Berchmans, y la sacó muy parecida.

ELOGIO

de la hermana Concepcion Paez, que murió el 25 de Marzo de 1874.

La hermana Concepcion era hija de D. Luis Paez y de doña Juliana Ruiz, vecinos de Logroño. Quedó viuda su madre con seis hijas, á quienes criaba cristianamente. Siendo niña, jugando con otras compañeritas, entraron en una ermita de Nuestra Señora, y postrándose á los piés de la sagrada imágen, sintió un toque de la gracia tan vehemente, que allí mismo la hizo prorumpir en estas expresiones: «Madre mia amantísima, os prometo ser religiosa,» y haciendo interiormente al mismo tiempo una resolucion ó voto de castidad. Mas como aún era niña, se fué enfriando aquel fervor, y el tentador, que no se descuida, le proponia muy árdua la empresa, y ya le pesaba haberlo hecho, porque el mundo tambien le iba agradando, aunque siempre sin poder desechar la inspiracion divina. En vano buscaba directores que la aprobasen su inconstancia, al mismo tiempo que les consultaba con remordimiento, hasta que por fin uno

de ellos le dijo terminantemente que debía ser religiosa. En este momento cesó la tormenta y renació la paz de su alma y el vivo deseo de consagrarse á Dios cuanto ántes. Aunque difícilmente, obtuvo el consentimiento de su madre á duras penas. Se hizo la pretension en esta Casa de María Santísima, y consiguió ser admitida en virtud de los buenos informes que de su excelente conducta se recibieron, y del permiso de su madre.

Como ella tenía pocas noticias de esta comunidad, persuadió á su señora madre á que viniese un dia á informarse de todo y tratar el modo de verificarlo. Puesta ya en el locutorio con su madre, y vistas las religiosas que con tanto agrado y cariño la trataban, reflexionó en su corazon: «Si ahora vuelvo á casa, tengo que repetir tantas despedidas cuantas son mis hermanas y la de mi tierna madre, que le será cada vez más sensible. ¿Qué será de mí?» Expuso su pensamiento diciendo: «Pues, madre, ya que estamos aquí, mucho mejor sería que me quedase ahora, é hiciéramos el sacrificio, para evitar otros muchos.» La madre, aunque con gran dolor, reflexionó tambien que despues sería más costoso, y así condescendió á ello por un toque del Espíritu Santo. A todas pareció muy bien esta resolusion, y luégo se prepararon á la funcion de la entrada. Llegada la hora, abrióse la portería, y dando el último abrazo á su querida madre, ésta, no teniendo corazon para presenciar la escena, se retiró á un lado, miéntras la hija recibia los abrazos de la comunidad. Ved ya otro nuevo asalto del tentador; pónete en la imaginacion: «¡Qué has hecho, infeliz! ¡Qué has hecho! ¡En dónde te has metido! ¡Qué tropelías son éstas! Aún podias volverte con tu madre.» Mas nos fué oida esta sugestion; este corazon nuevamente victorioso siguió con paso firme y constante hasta entonar en el coro el cántico de alabanza á su Libertador.

Hizo los ejercicios de su primera probacion, y el dia del Santo Apóstol Santiago tomó el santo hábito de Nuestra Señora, y emprendió su noviciado con tan fervorosa abstraccion de todo lo criado, que no se vió en ella cosa que llamase la atencion con ninguna clase de esplendor, y se podia decir de ella que toda la hermosura de la hija del Rey está en su interior, gozando constantemente de su divina presencia, que jamás la interrumpió por ningun motivo: las jaculatorias seña-

ladas para cada cuarto de hora nunca tuvo que suplir por haberlas dejado en el anterior, ni tampoco interrumpió el método de vida perfecta que desde sus principios se propuso, y hasta en su semblante se manifestaba por su angelical modestia, como si habitase entre aquellos moradores celestiales.

Se ha dicho mucho en pocas palabras, pero fundadas en sus cuentas de conciencia y porte regular de sus acciones, que no desmentia.

Durante su noviciado vivió siempre en lucha contra los enemigos del alma, que parece se habian conjurado contra su vocacion.

Al principio de la revolucion del año 68 se presentaron su señora madre y una hermana sumamente afectadas por lo que habian visto en su ciudad, con determinacion decidida de llevarla á su casa; con tales demostraciones y palabras tan penetrantes las combatió, que extrañaron á las Madres que la acompañaban, y no ménos admiraron en ella la prudencia, modestia, firmeza y valentía con que se defendió de semejantes ardides, propiamente sugeridos por Satanás. Sus Madres Superiores la dieron parabienes de su victoria. Pasado este lance, despues de algun tiempo vino un señor sacerdote á quien ella habia conocido muy bueno; pero en aquella ocasion se mostró muy contrario, y con ciertas expresiones bastante chocantes, que la obligaron á decir: *Mucho me extraña que un señor sacerdote diga palabras tan ajenas de su carácter.* Aún no paró en esto, sino que cierto sujeto que años pasados habia sido pretendiente de su mano, quiso otra vez meterse en cuestiones, á lo que ella con la mayor entereza y circunspeccion le despidió, diciéndole: *Yo soy esposa de Jesucristo, y nadie me puede privar de tan gloriosa dicha; vaya V. con Dios.* No satisfecho con esto, volvió á escribirle con la misma idea, y entre otras palabras le nombraba á San Ignacio. Su contestacion fué una carta dictada con tal perfeccion, elocuencia y sabiduría, propiamente inspirada por el Espíritu Santo, y entre otras expresiones que le decia, le ponía ésta: «Puesto que tanto quiere V. á San Ignacio, imítele V. en entregarse á Jesucristo, pues que tambien el Santo habia sido militar.»

¡Con qué fervor haria su profesion á los dos años quien con tan deshechas borrascas nunca perdió la paz interior de

su alma, ni le ocurrieron distracciones en la ocasion, ni otros pensamientos extraños que la tentasen!

En el espacio de los cuatro años que sobrevivió á su profesion, se ejercitó en ser ayudante de ropera, de clases, de dispensera y de enfermera.

Su principal anhelo era cumplir perfectamente con la obediencia y prácticas del noviciado, como otro Berchmans, y toda entregada á Dios.

Su enfermedad fué una afeccion al corazon, que en breve tiempo la llevó á ver á Jesus y María, por quienes habia sido llamada en su niñez á la religion. Recibió todos los Santos Sacramentos con mucha alegría, porque la muerte era el único medio que encontraba para unirse al sumo Bien, y lo consiguió, como piadosamente creemos, el dia de la Anunciacion de Nuestra Señora, año 1874.

ELOGIO

**de la Madre María Blasa Hurtado de Amézaga, que murió
el 21 de Mayo de 1874.**

Larga memoria quedará en esta comunidad de las virtudes de la Madre Blasa, siendo la más visible y como característica su ardiente caridad.

Nació esta religiosa en la ciudad de Vitoria, hija de los señores D. Juan Gualberto Hurtado de Amézaga y doña Jacoba Zubia, marqueses de Riscal de Alba. Los primeros años de su niñez fueron mezclados de diversos sucesos, ya prósperos, ya adversos, como el mundo suele darlos, hasta que encontró su descanso en la Casa del Señor. Habiendo muerto sus padres, quedaron cinco hijas al cuidado de su hermano mayor, que ejerció con ellas los oficios de un verdadero padre. A dos de ellas les tocó la suerte de entrar en este nuestro Colegio en clase de encomendadas; la mayor tuvo que salir por su delicada salud, y la menor, María Blasa, estuvo por espacio de cinco años, hasta que vistió el hábito de Nuestra Señora. En el noviciado, su espíritu devoto, su exacta obediencia y sumi-

sion á las Superiores, con cierta inclinacion á ser útil para el Instituto, la fueron haciendo cada vez más idónea para abrazarlo en la profesion religiosa, en la que se ofreció á Dios fervorosamente el dia de San Anselmo, 21 de Abril de 1826.

Era de un carácter inclinadísimo á favorecer á todas á cualquiera costa, y sin desdeñarse jamás de los oficios más humildes y mortificativos: siempre la hallaban las Superiores pronta á aceptar toda incomodidad de dia y de noche, en toda clase de oficios y ocupaciones.

Los que tuvo en propiedad fueron enfermera, ropera de lienzo, Maestra de clases externas y del Colegio, dispensera, Procuradora, tornera, portera reglar, sacristana, Consultora y Prefecta de salud, todos desempeñados con tal esmero y aplicacion, como si sólo hubiera nacido para ser una sirviente de todas, olvidada de su alto nacimiento: ¡tanta era su humildad!

Parecia que se habia quedado con el oficio de enfermera para toda su vida; era la confianza de todas para descubrirle todos sus malecillos, ya de medicina, ya de cirugía. Dios le daba gracia y conocimientos para hacer con acierto curas bien difíciles y propias de facultativos, ora por la modestia y recato de las mismas enfermas, ó bien porque era determinada para ponerse á ello, con grande consuelo y satisfaccion de las pacientes. Decia una Superiora que estando las enfermas en manos de la Madre Blasa, quedaba descansada. Se ocupaba con tanto gusto y agrado en estas cosas, que se le notaba la alegría que tenía en hacerlas. Y no porque no tuviese repugnancia que vencer, que sí la tenía, y sólo Dios era testigo de los vencimientos que hacía por su amor. A ninguna enferma grave desamparaba en su última agonía, pues regularmente le ayudaba á tener la vela en la mano, le limpiaba el sudor, le cerraba los ojos y aseaba su cadáver, y muchas veces, aunque no le tocaba de oficio, ayudaba á amortajar. Esta caridad le premió el Señor dándole una muerte sin agonía, pues fué tan breve, que no dió tiempo para tentaciones ni para congojas, á nuestro modo de entender, como luégo se dirá.

Volviendo ahora á lo que decíamos de su oficiosidad en toda clase de labores de córte, costura, bordados y vários géneros de primores, no solamente la tenían siempre ocupada, sino que su destreza equivalia á muchas manos.

En los oficios de Marta, cuando tuvo que atender á ellos

como oficiala subordinada, no cedia á la más diligente coadjutora; todo esto sin perder de vista la atención de María para su aprovechamiento espiritual.

Tenía muy impresas en su corazón las máximas siguientes: «Aunque siempre tengas buen ánimo y mejor intención, no conseguirás la perfección si te falta la aplicación.» Esto la hacía trabajar en su aprovechamiento, diciendo con San Luis y San Estanislao: «¿Qué es esto para la eternidad? No soy criada para estas cosas que se acaban con el tiempo.» Se aplicaba á vencerse á sí misma, y con este ánimo procuraba someterse, no sólo á la obediencia de las Superiores, mas también á toda criatura por amor de Dios, cortando el vuelo á la viveza de su imaginación. Ver, oír, callar y obrar en todo lo que conduzca á la gloria de Dios. Se esmeraba con el mayor cuidado en conseguir su fin evitando toda falta é imperfección, porque lo contrario le podría ocasionar su desgracia. Nada quería tener de más; en cuanto podía procuraba le faltase algo de lo necesario, acordándose de la pobreza de Jesús y María en el portalito de Belén.

Dejando aparte la solicitud que tenía en prepararse para la oración, exámen general y particular, rezos y demás ejercicios espirituales, se proponía estos tres medios para no caer en la tibieza: 1.º Presencia de Dios. 2.º Pureza de intención, procurando agradar á la bondad divina por sí misma, etc. Y 3.º Una familiaridad filial con Jesús.

Entre las muchas devociones que tenía, eran sus favoritas la Virgen Santísima de los Dolores y el bendito Estanislao de Kotska, de quien había tomado los ejemplos siguientes para obsequiar á Nuestra Señora. En su Inmaculada Concepción, examinar su conciencia, purificándola de sus imperfecciones á vista de aquel espejo sin mancha. En la Natividad, procurar nacer á nuevo fervor. En la Presentación de María Santísima en el templo, renovar á su ejemplo el holocausto que de sí había hecho á Dios, consagrándose de nuevo á servirle en la religión. En la Encarnación del Verbo divino, entregar su corazón para que en él obrase su santísima voluntad. En la Visitation, enfervorizarse en deseos de dar á conocer á Dios en todo el mundo. En la Expectación, deseaba que Dios naciese en su corazón y en los corazones de todos los fieles con nuevas misericordias. En la Purificación, se dolía de que no conociesen

todos sus defectos, y sentia grandemente que la tuviesen en buena opinion cuando la Reina de los ángeles se humillaba como las demás mujeres, yendo á purificarse, siendo la pureza misma. En la festividad de las Nieves recapitulaba los favores grandes que habia recibido de la Santísima Virgen, atribuyéndolos á benignidad de esta Señora, más que á mérito propio; le pedia humildemente continuára su Patrocinio.

¡Cuánto se recreaba con las gracias del santo jóven Estanislao! Cuando en una ocasion le preguntaron los Superiores: «Caso que le señalasen para ir á las Indias, ¿qué preparacion haria el hermano?» contestó el angelical mancebo: «Caso, Padre, que yo mereciese tanta dicha, no prevendria otra que un buen sombrero de paciencia, un manteo de caridad para con Dios y el prójimo, y unos zapatos de mortificacion.» Esto lo recordaba con frecuencia en los oficios más molestos.

A los piés del Crucifijo tenia la imágen de San Estanislao en aquel acto en que, hallándose en peligro de muerte, se encomendaba á Santa Bárbara para no morir sin Sacramentos, y vino la Santa con dos ángeles que le traian la santa comunión. Estos eran los deseos de la Madre Blasa; pero como el Señor tanto se agrada de las comuniones espirituales, se contentó con ellas en aquella hora, porque su muerte fué un vuelo que súbitamente la colocó en su presencia. Pues aunque se sentia delicada hacia bastante tiempo, el dia que le parecia que se encontraba más aliviada, estando conversando con la enfermera despues de cenar, repentinamente se le rompió una vena cerca del corazon; sin dar más tiempo que para llamar á la comunidad que estaba cerca, espiró sin otro auxilio que algunas palabras de su Superiora y las plegarias de todas sus hermanas, que clamaban al cielo en su ayuda. Aunque se apresuraron médico y confesor, su alma ya habia salido de este valle de lágrimas. Esto fué el 21 de Mayo, á los setenta y un años de su edad.

ELOGIO

de la hermana Celestina Lizaso, que murió el 31 de Mayo de 1874.

Celestina ardia en celo por la salvacion de las almas, que era el blanco de sus deseos. Era natural de esta ciudad, hija de D. Luis Lizaso y de doña Dolores Azcárate.

Esta señora, al tiempo de su muerte, dejó muy recomendado á sus hijos la fuga constante de todo teatro y reuniones mundanas; esto, unido á sus buenas inclinaciones, sacó unos hijos, como suele decirse, de familia de Santos. Uno de ellos, que seguia la carrera eclesiástica, murió muy jóven en sus buenos deseos: otros dos, tambien de pocos años, se encaminaron al cielo, estando admitidos para entrar en la Compañía de Jesus: el uno estaba en tal opinion de virtud, que las gentes, cuando lo llevaban á enterrar, cortaban pedacitos de tela de su caja para guardarlos por reliquias. La hija mayor es religiosa de nuestra Compañía en la Casa de Zaragoza: otra Concepcionista en un convento de Tarazona, muy buenas religiosas; la menor aún soltera, vive sirviendo de buen ejemplo á sus contemporáneas: dos hermanos militares en la carrera de ingenieros, ajenos á los vicios que suelen reinar en aquella profesion. A éstos, las temporadas que volvian á su casa, su hermana Celestina cuidaba de llevarlos á confesar, disponiéndolos agradablemente para ello, porque su deseo era siempre encaminarlos para Dios, y á cuantos más podia. Por esta misma causa, en las Escuelas dominicales era nuestra Celestina una de las principales instructoras; y hay muchas que confiesan deber su arreglo de vida á los buenos consejos de su directora. Mas no le faltaron ocasiones de distraerse en el mundo, pues hasta á Tetuan, en el Africa, la llevaron unos tios militares, donde se detuvo algun tiempo viendo las costumbres de los moros. Aún esto le excitó más el deseo de salvar almas, y así nada vaciló su vocacion, ántes vino más animada y fervorosa para abrazar nuestro santo Instituto.

Se hallaban entónces haciendo misiones en esta ciudad dos Padres de la Compañía de Jesus. Comunicó su vocacion con uno de ellos, el cual mucho le ayudó hasta llevar á cabo su santa resolucion.

En efecto: obtenida la licencia de su señor padre, y viniendo él mismo á entregarla en la Casa de María Santísima, tomó el santo hábito el dia de Santa Teresa, con el mayor fervor y anhelo por corresponder á tanto honor y gracia del cielo. Así, y á su debido tiempo, hizo la profesion solemne con gran consuelo de su alma.

Se propuso desde este dia ofrecer todas sus obrás á mayor gloria de Dios en obsequio de María Santísima y santificacion de su alma, conversion de los pecadores, alivio de las benditas ánimas de Purgatorio; necesidades de la Santa Iglesia, santidad de toda la comunidad y toda la Orden, y por la Compañía de Jesus, y por los que nos favorecen y ayudan en espíritu. Desde aquel dia formó intencion para toda su vida de unir sus oraciones, mortificaciones, penitencias, confesiones, en una palabra, todo lo que hiciese y padeciese hasta el último suspiro de su vida, y hacerlo todo por amor de Jesus y María, juntamente con lo que se hace en todo el mundo, sin dejar rinconcito de la tierra por ofrecer, uniendo los méritos de los justos, Santos, ángeles y demás jerarquías celestiales, y sobre todo con la más bella y más pura de todas las criaturas María Santísima, y finalmente, los de su Sacratísimo Niño Jesus, embeleso de los corazones, sin aspirar á recompensa alguna, solamente por agradar á Dios, por parecerle no la merecia por sus pecados.

Todas las horas del dia dedicábalas á los Santos de su devocion por su órden.

Aunque tan cuidadosa de la observancia de las Reglas, tenía ante sus ojos estas cinco principalmente: Primera, de la obediencia. Segunda, de la mortificacion continúa. Tercera, del estudio de la perfeccion. Cuarta, de la modestia. Quinta, del desprendimiento del mundo.

Miraba con interés el bien espiritual y temporal de la comunidad. Valiéndose de su ángel de la guarda y otros Santos, se esforzaba en procurar el espíritu de caridad, especialmente con aquellas hermanas á quienes tenía alguna repugnancia por la diversidad de genios, de pareceres, cueste lo que cos-

tare, hablándolas con más cariño y ocultando sus defectos con la mayor dulzura. Decía que tenía un genio muy fuerte; pero no se le echaba de ver hasta que despues de su muerte se encontró en sus escritos que cada dia se esforzaba á completar el número de cien vencimientos ó votos de mortificacion en diversas materias.

Deseaba tener salud para poder ayudar á la salvacion de las almas, siquiera de treinta y tres, en reverencia de los treinta y tres años que Jesucristo vivió en la tierra. Quizá ganaria más con su oracion, pues procuraba sacar el espíritu de obediencia y celo de la salvacion de las almas, sin descuidarse de su propia santificacion; y esto lo miraba mucho en las escuelas, temiendo que si trabajaba con indiferencia, aunque las niñas se aprovechasen, la religiosa quedaria sin nada para sí. «De la oracion, decia, es de donde ha de salir la fuerza y eficacia que se necesita para trabajar con provecho.»

Aunque tuvo poco tiempo para ejercitarse en otros oficios, no descansaba en las clases y en el Colegio como Maestra de dibujo y de gramática francesa.

Decía que para tener la muerte de los justos era necesario pensar continuamente en ella, evitar hasta las más mínimas imperfecciones; y creia firmemente que la religiosa obediente de entendimiento, áun en las cosas más pequeñas, no interpretando, sino representando en casos raros lo que parece de más gloria de Dios, la que es clara de conciencia con las Superiores, la que es en todo mortificada y siempre conforme con la voluntad de Dios, tendrá una muerte tranquila. Estos eran sus sentimientos.

Conocia que su salud iba decayendo y que se aproximaba su temprano fin, y se entretenia en gustosas conversaciones con Jesus y María para implorar su asistencia para aquella hora.

Decíales, entre otras expresiones amorosas, las siguientes: «Así como las madres cuidan de sus hijas y disculpan sus defectos para que el padre no les castigue, así, Madre mia, espera la Celestinita aquella que os dice que valeis más plata y oro que hay en las minas. Madre mia, si pudiera, cuántas cosas os diria! Pero no sé más que el mismo cantar: os doy el corazon y un abrazo. Me ocurre una idea, y es que cuando vengais á mi muerte y esteis al lado de mi almohada, no vengais sola,

sin el chiquito, y traedlo bien abrigadito, y Vos venid con vestido blanco y manto azul con estrellas; y yo me pondré debajo de él, y me purificareis de mis faltas é imperfecciones; porque espero conseguir de Jesus ser toda suya, que ya me habrá perdonado todo lo de mi vida pasada, que de corazon lo detesto. Defendedme del enemigo, y dadme en aquel momento dolor y confianza en Jesus y en Vos. Os pido tambien, y decídselo á Jesus, que quiero, porque quieren mis Superiores, salud para trabajar á mayor gloria de Dios y bien de las almas, si es voluntad vuestra. Cuidad de mis hermanos para que no se condenen, y colocadlos en el estado en que sean Santos.

»Tened compasion, Madre mia, no puedo más; sin embargo, hágase la voluntad de Dios y no la mia. Quiero seguir á Jesus hasta la muerte, á fin de poder exclamar con Él: «¡Todo se ha consumado!» He hecho todo lo que Jesus exigia de mí. Pero hasta entónces, querida Madre mia, sostened un poco mi debilidad, y dejad que tome algun aliento, recostada en vuestro regazo; sostenedme Vos por algunos momentos el peso que me agobia; alcanzadme fuerzas para proseguir este largo camino de la Cruz. Hablad á mi alma, pues lo que ella desea es escucharos; revelad á mi corazon de una manera clara este gran secreto del Calvario, esta divina y santa ciencia que sabe lo que quiero, que puedo sufrir con Jesus, que lo hace todos los dias con Vos y en Vos, y que desea hacerlo hasta la muerte, hasta el postrer instante en que desaparecerán las lágrimas de la tierra, para dar lugar á los goces del cielo. ¡Oh! ¡Cuándo será esto, Madre mia, cuándo será! Pronto, hija mia, pronto. Todo es corto ménos lo que es eterno; no te dejes amilanar por la fuerza del combate; las espinas de la tierra prepararán las rosas del Paraiso; tras de las angustias de esta vida pasajera, vendrá un torrente de inefables delicias y felicidades. Un dia más, una hora más, un sacrificio más: el cielo es tuyo. Dios mismo será tu recompensa; su paternal mano enjugará para siempre las lágrimas de tus ojos, y tú para siempre irás á gozar en el océano del amor. Pues bien, Madre mia: en sufrir ya consiento; la Cruz será mi vida hasta el postrer aliento.»

Quando al empezar el mes de María vió su imágen tan hermosa, la dijo con grande afecto: «¡Madre amantísima de mi alma, no se acabe este mes de Mayo sin que me lleveis al cielo!» Así sucedió, pues que como tan preparada estaba para la

muerte, la recibió con toda tranquilidad en la madrugada del 31, fiesta de la Santísima Trinidad, habiendo recibido muy bien y á tiempo todos los Santos Sacramentos y demás auxilios de nuestra Santa Madre Iglesia, á los treinta años de edad.

ELOGIO

de la Madre Ezequiela Echeverría, que murió el 20 de Setiembre de 1874.

Nuestra querida hermana la Madre Ezequiela nació en la villa de Elgoibar, provincia de Guipúzcoa, hija de D. Clemente Echeverría, farmacéutico de profesion, y de doña Prudencia Unánue, personas bien recomendables por su virtud y prendas nobles. Su dilatada familia siguió los excelentes ejemplos de sus padres, pues cuatro de ellos se consagraron á Dios.

Tenian un tio, hermano de su madre, en la Compañía de Jesus, el Padre Celedonio Unánue, que habia sido víctima entre los memorables del 17 de Julio del año 1834. Fué atravesado su pecho de parte á parte por una bayoneta; pero el Señor conservó su vida milagrosamente, para que se emplease más tiempo en su divino servicio.

Cuando el año 40, despues del convenio de Vergara, don Carlos de Borbon y su augusta esposa doña Teresa y demás familia pasaron á Francia, aquel religiosísimo Príncipe quiso llevar consigo dos Padres de la Compañía de Jesus para consuelo de su alma, siendo uno el ya mencionado Padre Unánue, y el otro el Padre Valentin Ruiz. Toda esta esclarecida familia se hospedó en Bourges, en casa de una señora cristianísima y muy piadosa, y de todos era director el dicho Padre Celedonio.

Pasados unos dos años, llevaron á nuestra Ezequiela con un hermano á Francia á recibir una más extensa instruccion y más esmerada educacion, y tuvieron la satisfaccion de estar con los mismos señores emigrados y su tio en la misma casa. Aquí esta jóven se ganó muy pronto el cariño mútuo de la

augusta señora doña Teresa, que conservó toda su vida, como tambien el afecto de la señora de la casa, que la trataba como si fuese una hija. Mas como su corazon anhelaba por el retiro, hizo las diligencias para ser admitida en las religiosas del Sagrado Corazon de Jesus, en París. Consiguiólo y empezó su primera probacion por algun tiempo; pero no siendo éste el fin á que Dios la destinaba, no pasó adelante en sus pruebas ni llegó á vestir el hábito. Mudándose la época, regresó al seno de su familia, en Elgoibar, donde permaneció ejemplar, siendo el modelo de sus hermanas, sin usar otro traje que el hábito bendito de Nuestra Señora de los Dolores, con su escudito de plata, recibiendo los Santos Sacramentos dos veces en semana, practicando en este tiempo muchas virtudes; todo esto bajo la direccion del Padre José Ramon de Lasúrtegui, de la Compañía de Jesus. Este Padre siempre encontró en ella un espíritu sencillo y recto, nada extraordinario ni escrupuloso; un alma obediente y dócil á todos los avisos, consejos y prácticas que le sugeria para el adelantamiento de su espíritu en el servicio de Dios, y siempre constante en el ejercicio de la oracion y exámenes de conciencia, etc.

Para que se vea cuán penetrada estaba del espíritu de la Compañía de Jesus, escribió á la Superiora de esta Casa una muy exacta cuenta de su conciencia. Este acto de tanta sencillez y confianza fué un mérito más para su admision. Por fin llegó á esta ciudad el 1.º de Enero de 1849, en compañía del Padre Victorio Medrano, tambien Jesuita, que por hallarse entónces estos Padres dispersos fuera de sus colegios, venía á ser director de esta comunidad.

Entró nuestra Ezequiela en la Casa de María Santísima, y con aquella dulzura y amabilidad que le era característica, atrajo para sí todo nuestro afecto. Llegó á buen tiempo, en que todo marchaba prósperamente á la mayor perfeccion de la regular observancia. Principió su primera probacion con ocho dias de ejercicios de San Ignacio, dirigidos por el dicho Padre Medrano, muy versado en este ministerio. No digamos que empezó su fervor, sino que prosiguió aumentándose á grandes pasos el que ya tenía; era su alma como un vaso de agua cristalina que no puede sufrir la más ligera mota; para con sus Superioras como una niña pequeñita que no tiene malicia para disimular el más oculto pensamiento. Su humildad la hacía

tenerse por tan inútil para todos los ministerios de nuestro Instituto, que á todas las conceptuaba superiores á sus luces, y pedia á Dios aquello que en su concepto le faltaba, y diese con mayores aumentos á sus hermanas para su mayor gloria.

Si esto era en su noviciado de virtudes, mucho más resplandecía en ellas despues de su profesion.

Apreciaba más que á ningun otro Instituto al nuestro, por ser tan grato á Dios y de utilidad al prójimo, y sentia en el alma no tener mejores dotes para desempeñar sus funciones con más exquisito celo.

Llegado el tiempo de ejercitar los diversos empleos de este cuerpo místico de la Virgen á gloria de Dios, se dedicó á desempeñarlos con toda perfeccion. En las clases se dejaba ver su grande celo y caridad ardiente, con que ganaba los corazoncitos de las niñas para Dios. En el colegio de internas enseñó por algun tiempo el francés con mucha paciencia, y la caligrafía. Tambien fué dispensera, y trataba á sus hermanas con agrado, igualdad y prudencia. El oficio de sacristana parece que le venía de molde. ¡Qué pulcritud! ¡Qué delicadeza! ¡Qué devocion! ¡Qué amabilidad y respeto en su trato con los sacerdotes! ¡Con qué gusto se ocupaba en preparar las Hostias y demás objetos para el divino Sacrificio! Parecíale que vivia entre los mismos ángeles. Pues ¿qué diremos de la perfeccion con que desempeñaba el cargo de Maestra de novicias? Allí no habia más que celo de la perfecta observancia. Practicaba en alto grado las virtudes de la caridad, paciencia, mortificacion, vigilancia, modestia y madurez, sin dar á conocer lo que la disgustaba, pero sin dejar pasar la menor imperfeccion que no la corrigiera con igualdad, lo mismo á unas que á otras, no buscando otro fin que agradar y complacer á la divina Bondad. Su exactísima obediencia á su Superiora era del todo ciega, y áun á una Madre que tenía por Vicemaestra la trataba con tal atencion, que jamás se le ofrecia, no digo palabra, pero ni áun pensamiento que contradijese á los suyos.

En tan importante oficio hablaba consigo misma de este modo: « No mandes á tus novicias cosas que tú no hagas. A nada ménos hemos sido llamadas que á la perfecta imitacion de María Santísima, toda vez que nuestra Regla nos obliga á poner todo nuestro cuidado y estudio en imitar á esta Santísi-

ma Virgen. Tu cargo es interesante á la religion, pues de tu escuela han de salir las que despues han de dar gloria á Dios y honra á la comunidad. Ten presente que no te basta ser buena Maestra de novicias, sino que es necesario que seas buena y perfecta religiosa. Pues las novicias, no sólo han de aprender lo que les dices, sino que han de ver en tí lo que les enseñas. Fúndalas bien en obediencia, recogimiento interior y mortificacion de pasiones.»

Véanse ahora algunos de los muchos consejos que daba á sus novicias: Para evitar el pecado venial les proponia estos medios: 1.º Trabajar con diligencia en no perder punto de perfeccion. 2.º Una asídua vigilancia. 3.º Resistir á los primeros movimientos desarreglados. 4.º Vivir siempre en la presencia de Dios. 5.º Fervorosa oracion.

Las enseñaba que cuando la virtud es combatida, la victoria no se consigue resistiendo, sino sufriendo con valor y cediendo al prójimo con humildad, como lo practicaba nuestra Venerable Madre Juana de Lestonac en las grandes pruebas que el Señor la deparó, particularmente con una imprudente Superiora que la mortificó y humilló mucho, sin haber culpa alguna en la venerable Madre. Y sería gran soberbia en una hija suya quéjarse y no querer sufrir las pruebas que el Señor le envía para que, á imitacion de su Madre, sufra, y así agradarle á El y al mismo tiempo conseguir aumentos de grados de gloria; y que esto debian tener presente en las pequeñas ocasiones para portarse en ellas con valor en ceder y sufrir todo, á imitacion de nuestra venerable Madre.

Que debian evitar los obstáculos que impiden la perfeccion, y son: La negligencia en despojarse de los malos hábitos traídos del mundo. La inconstancia en los propósitos y en hacer las penitencias que se han pedido á la Superiora y Padre espiritual. La aficion á criaturas ó cosas terrenas; cargarse de cuidados del mundo; meterse en lo que no les importa; ocuparse de lo que las otras hacen ó han de hacer; no estar unida con la Superiora; querer formarse nuevo camino de virtud, dejando el ordinario á un lado y las Reglas, constituciones y santas prácticas; tener miramiento á su cuerpo, tratarlo con delicadeza, dejando de mortificarlo, y hacer penitencia por no sufrir, ó por miedo de perder la salud; desanimarse pareciéndole que no tiene fuerza ni que podrá llegar jamás á la perfeccion, por lo

mucho que hay que trabajar para alcanzarla; no tener un ardiente deseo de ser perfecta, y por esto dejar de aspirar á lo alto; aflojar en el método de vida propuesto en algunos ejercicios, y dejar de hacer los diarios con la comunidad ó lo ántes posible cuando no se ha podido hacer con ella.

Para alejarlas de los obstáculos, les proponia estos medios: De nada hacer alto, de nada extrañarse, de nada pedir razon ni quejarse de que no se la den en cuanto se haga, ordene y suceda en la comunidad.

Abnegacion en todas las cosas por medio de una total indiferencia en vida ó en muerte, salud ó enfermedad, honor ó humillacion, como en oficios, disposiciones de Dios y de la obediencia, adversidad ó prosperidad, para conservarse y permanecer siempre en santa paz, ánimo y alegría santa.

En fin, todos sus oficios desempeñó con la mayor exactitud, y fueron: el de Consultora, Prefecta de la salud y ropera de lana, dejando en todos excelentes ejemplos.

Su trato con Dios nada tenía de extraordinario, pero sí de afectuoso y delicado; entregábase á Su Divina Majestad sin reserva, lo que hizo en várias ocasiones con el mayor fervor, poniendo por testigos á su Santísima Madre María, ángel de su guarda, San José y San Ignacio, que eran los principales de su devocion. Particularmente en tiempo de ejercicios era tanta la eficacia con que se entregaba á ellos, que Nuestro Señor la comunicaba cada vez mayores luces para perfeccionar su alma. Sobre todo los últimos que hizo diez meses ántes de su muerte se persuadió tan de veras que eran los últimos, que hizo una muy verdadera preparacion, quedando llena de consuelo y tranquilidad espiritual, ansiosa de unirse con su Dios, y al mismo tiempo con perfecta indiferencia en su santísima voluntad.

Muy pronto empezó á resentirse su salud con cierta decomposicion de estómago, que paró en una irritacion crónica, que le dió mucho que padecer, así por no tener nada de alimento, como por las incomodidades propias de la enfermedad, de vómitos y agudos dolores, etc., y remedios repugnantes. Todo lo sufrió sin oírsele una queja; siempre se hallaba con semblante sereno y cariñoso.

A pesar de hallarse con una perfecta indiferencia para vivir ó morir, conociendo que la voluntad de sus Superiores era que

pidiese á Dios la salud por la mediacion poderosa de San José, empezó á este fin los siete domingos con una grande confianza en el Santo. Pero sin duda no le convenia, pues el sexto domingo, en que se celebraba el Dulcísimo Nombre de María, sintiéndose peor, pidió el santo Viático, que recibió con indecible consuelo y fervor. La misma mañana dijo á sus hermanas que sentia una alegría interior que no podia explicar: le parecia el dia más grande de su vida.

Iba agravándose más, y se le administró la santa Uncion, contestando ella misma á las oraciones con grande tranquilidad. Llegó el domingo séptimo de San José, y dedicado á Nuestra Señora de los Dolores; y si contenta y alegre habia estado ántes, este dia subió de punto. Comulgó tempranito y pasó la mañana esperando un milagro de San José, si era para gloria de Dios, y añadía: «Yo lo quiero, porque esta es la voluntad de mis Superioras; pero si no me conviene, tan conforme estoy: hágase la voluntad de Dios.» El mismo dia se le leyó la recomendacion del alma, y nuestra moribunda contestaba con una serenidad envidiable; desde aquel momento no cesó de dirigir al Señor fervorosos afectos, y cuando ya casi no podia hablar, observaron las que le asistian que hacía fervorosas jaculatorias, pidiendo á Dios por todos, y se le pudo comprender alguna que otra expresion en favor de España.

Hallándonos sin director ni capellan, porque á éste último le habian desterrado aquellos dias, y el primero, habiéndolo sido tiempo atrás, sólo venía por plazos cortos, asistióla un Padre dominico, confesor de la comunidad de dominicas, la que tenemos en nuestro convento; el cual, á vista del fervorósimo afecto de nuestra Madre Ezequiela, no se atrevió á sugerirla los actos propios de aquel trance, porque la moribunda se enardecia de tal modo, que se ponía á punto de espirar. El mismo Padre aseguró á las dos Superioras de ambas comunidades que la enferma se habia quitado dos horas de vida con su vehemente fervor, y despues que nuestra buena hermana entregó su espíritu al Señor, así, sin agonía, dijo conmovido: «Si ésta no va derecha al cielo, digo que pocas van.» ¡Verdad eterna! Como se vive, se muere.

Fué su tránsito á la edad de cincuenta y dos años y veinticinco de religion.

La Madre Ezequiela era de carácter sumamente impresio-

nable; y advertida ella misma del peligro que corria la paz de su alma en momentos dados, se propuso, especialmente en unos ejercicios de año, no dejar nunca el freno de la mano, y como medio preventivo, asirse constantemente á la práctica del exámen particular; con ambas cosas es indudable que llegó, no solamente á dominar su carácter, sino á trocarlo en apacible é inalterable, que es una de las prendas de una religiosa perfecta.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

	Págs.
Dedicatoria.....	V
Censura.....	VII
CAPÍTULO PRIMERO.—Compendio breve del Instituto y religion de la Compañía de María Santísima ó de la Enseñanza, sacado de la historia de esta esclarecida Orden.....	13
CAP. II.—D. Francisco Garcés del Garro forma el proyecto de instituir en esta ciudad de Tudela una Casa de la Compañía de María Santísima.—Destino de su familia.—Caudales con que se comenzó.—Permiso.—Piden religiosas á Barcelona.....	20
CAP. III.—Salen de Barcelona las Madres Fundadoras.—San Rafael.—Venerable P. José Martinez.—Llegan á Fontellas.—Capitulaciones..	23
CAP. IV.—Llegan á Tudela.—Su recibimiento.—Toman posesion del convento.—Nombramiento de Prelada.—Herejías.—Se descubren.—Sana intencion de D. Francisco Garcés.....	25
CAP. V.—Pobreza de la Casa.—Observancia de Reglas.—Muere la reverenda Madre Fundadora Eulalia Argila.—Santa Visita.—Eleccion de nueva Superiora.—Vuélvense las demás Fundadoras á Barcelona.—Se termina la fábrica de la iglesia.—Funciones que se celebran.....	28
CAP. VI.—Bienes temporales de la comunidad.—Capitulaciones.—Pension Real.—Nuevas obras.—Despojan á la comunidad de sus bienes.—Se los devuelven.—Proteccion de San Francisco de Jerónimo.—Remédiase lo espiritual y temporal mejorando la observancia.....	32
CAP. VII.—Comiézase á tratar de las fundaciones del siglo XVIII.—La de Zaragoza.—Venerable P. José Martinez.—Llamamiento de Dios á unas señoras.—Dificultades.—Se establece la hermandad.—Se elige la casa.—Real Refugio para huérfanas.—Hacen sus votos simples.—	

El Padre les señala las Reglas.—Se abren las escuelas.—San Valero Patron	36
CAP. VIII.—Memorial presentado al Sr. Arzobispo.—Favorable despacho.—Piden Madres Fundadoras á Tudela.—Salen de esta comunidad.—Recibimiento en Zaragoza.—Visitan á Nuestra Señora del Pilar.—Llegan á su convento.—Hácese eleccion de Priora en la Madre Croy.—Las hermanas toman el santo hábito.—Hacen su profesion.—Vuélvense las Madres Fundadoras á Tudela.....	40
CAP. IX.—Fundacion de la Casa de Méjico, copiada á la letra del libro de su Historia.....	50
I.—Su pátria, nacimiento y educacion de sus primeros años.....	50
II.—Mueren sus padres y entra en el convento de la Concepcion....	53
III.—Sale de Méjico para el puerto de Veracruz: embárcase: llega á Zaragoza, y conducta que allí observó.....	59
IV.—Oposiciones que tuvo, y firmeza de su vocacion.....	64
V.—Vence las oposiciones, sale de Zaragoza para Tudela de Navarra, toma el hábito y hace su profesion religiosa.....	69
VI.—Progresos en la virtud de la hermana María Ignacia despues de su profesion.—Solicita la licencia para la fundacion, y sale para ella.....	73
VII.—Sigue el viaje de las Madres Fundadoras hasta llegar al puerto de la Veracruz.....	77
VIII.—Salen de la ciudad de Veracruz para la Puebla de los Angeles y á la de Méjico.....	83
IX.—Toman posesion de su convento y empiezan á ejercer sus ministerios.....	91
X.—Su devocion al Santísimo Sacramento, á María Santísima y á otros Santos.....	98
XI.—Su observancia de los votos y otras virtudes.....	103
XII.—Fé, esperanza y caridad de la Madre María Ignacia.....	109
XIII.—Ultimos años de su gobierno, y su dichosa muerte.....	111
Elogio de la Madre Tomasa Tellez, una de las compañeras de la Madre Ignacia Azlor.....	116
CAP. X.—Fundacion de la Casa de Santiago de Galicia.—Contradicciones.—Escaseces de la Casa.—Consiguen un buen convento.—Cumplen las funciones del Instituto.....	120
Elogio de la Rda. Madre Priora Nicolasa Colmenares, que murió el 8 de Agosto de 1788.....	124
Elogio de la Madre Joaquina Arizeun, que falleció el dia 17 de Febrero de 1815 en la misma Casa.....	127
CAP. XI.—Fundacion de la Casa de la Isla de Leon ó ciudad de San Fernando.....	128
Elogio de la Rda. Madre Fundadora y Priora del convento de la Real Isla de Leon, Madre Petronila Apérregui.....	129
Elogio de la Madre Manuela Basazábal, una de las Madres que acompañaron en la fundacion de San Fernando á la Rda. Madre Apérregui.....	137
CAP. XII.—Fundacion de la Casa de Vergara.....	139

Elogio de la Madre Joaquina Marco, la primera que murió en la fundacion de Vergara, y que falleció el dia 4 de Diciembre de 1805..	141
Compendio de la vida de la Rda. Madre María Concepcion Saez de Tejada, que murió el 13 de Abril de 1820.....	148
Elogio de la Madre Concepcion Orobio, que murió el dia 18 de Noviembre de 1823.....	159
CAP. XIII.—Caridad que usó la comunidad con una religiosa francesa de la Visitacion.....	161
CAP. XIV.—La proteccion de Dios en la guerra de los franceses, año 1808.—Llegan á Tudela el 8 de Junio.—Atropellos.—Empiezan á golpear las puertas.—Son socorridas de un sacerdote.—Entran el Santísimo Sacramento en la clausura.....	162
CAP. XV.—Nuevos apuros, de que Dios las saca felizmente.....	167
CAP. XVI.—Lo más amargo del cáliz que el Señor dió á probar á sus esposas.—Oracion continua.—Se refugian aquí las Madres Capuchinas.—Nuevos atropellos.—Absolucion general.—Voto á Nuestra Señora del Pilar.—Rompen puertas y torno, y entran en la clausura.....	173
CAP. XVII.—Milagro estupendo de María Santísima y San Rafael.—Quedan algunos oficiales á custodiar las religiosas.—Hacen cuarteles de todos los conventos.—Queda éste para acoger á todas las comunidades.....	177
CAP. XVIII.—Nueva providencia de Dios en dias aciagos.....	183
CAP. XIX.—Descubrimiento del cuerpo incorrupto de la Rda. Madre Fundadora Eulalia Argila.....	186
CAP. XX.—Se establece la vida comun.—Por el escaso número de religiosas, hubo que pedir otras á Barcelona.....	191
CAP. XXI.—Sucesos interesantes.—Se consigue licencia para dar hábito y profesion.—Muere el capellan.—Viene un Padre de la Compañía.—Mejoras que consigue la comunidad.—Véndense las haciendas.—Las hijas de María Inmaculada.—Una ruina en la iglesia.—Capilla de San José.....	193
CAP. XXII.—Carta de Nuestro Santísimo Padre Pio IX.—Cuerpo de San Víctor, mártir.....	196
Elogio de la Madre Ignacia de Gante, que falleció el dia 12 de Abril de 1740.....	201
Elogio de la Madre Francisca Croy, que murió el dia 7 de Diciembre de 1767.....	211
Elogio de la Madre Luisa Lecumberri, que murió en Octubre de 1778	212
Elogio de la Madre Gertrudis Borda, que murió el dia 18 de Setiembre de 1788.....	213
Elogio de la Madre Javiera Bitas, que murió el 6 de Abril de 1789.	214
Elogio de las hermanas María Bayart, que murió el 7 de Junio, é Inés Bayart, que murió el 25 del mismo mes, año 1795.....	216
Elogio de la Madre Magdalena Goizueta, que murió el dia 21 de Octubre de 1795.....	217
Compendio de la vida de la Madre Micaela Veraiz, que falleció el 25 de Abril de 1796.....	220

Elogio de la Madre Manuela de Trel, que murió el día 25 de Abril de 1799.....	226
Elogio de la Madre Margarita Mateo, que murió el día 23 de Enero de 1800.....	227
Elogio de la hermana Babila Ustarraz, que murió el día 20 de Noviembre de 1802.....	229
Elogio de la Madre Rosa Irazoqui, que murió el día 4 de Diciembre de 1803.....	230
Elogio de la Madre Joaquina Ramirez, que murió el día 24 de Setiembre de 1803.....	232
Elogio de la Madre Ramona Lardizábal, que murió el día 14 de Setiembre de 1808.....	233
Elogio de la Madre Bruna Victoria, que murió el día 12 de Enero de 1819.....	237
Elogio de la Madre Manuela Gomez, que murió el día 18 de Febrero de 1819.....	239
Elogio de la hermana Josefa Goñi, que murió el día 17 de Julio de 1826.	241
Elogio de la Rda. Madre Antonia Elorz, que murió el día 18 de Abril de 1827.....	243
Elogio de la hermana Vicenta Errea, que murió el día 15 de Enero de 1829.....	245
Elogio de la hermana Manuela Ugalde, que murió el 10 de Febrero de 1830.....	249
Elogio de la hermana María Pilar Anciso, que murió el día 16 de Agosto de 1837.....	250
Elogio de la Madre Isabel de la Justicia, que murió el día 23 de Abril de 1840.....	251
Elogio de la Madre María Ana de la Justicia, que murió el día 12 de Setiembre de 1841.....	253
Elogio de la Madre Juana Mauleon, que murió el 20 de Mayo de 1842.	256
Elogio de la hermana Fermina Aizpurúa, que murió el 20 de Junio de 1843.....	259
Elogio de la Madre Juana Gomez, que murió el día 1.º de Agosto de 1843.....	260
Compendio de la vida de la Madre Dolores Huidobro, que murió el día 1.º de Mayo de 1848.....	262
Carta circular edificante que se escribió á las Casas de la Orden en la época de la muerte de la Madre Francisca de Agreda, de quien se hablará más largamente el día 1.º de Octubre de 1853.....	267
Elogio de la Madre Cármen Velazquez, que murió el día 21 de Octubre de 1851.....	269
Elogio de la Madre Felipa Sanchez, que murió el día 1.º de Noviembre de 1851.....	274
Elogio de la hermana Luisa Herp, que murió el 29 de Agosto de 1853.	276
Elogio de la Madre Francisca Agell, que murió el día 19 de Julio de 1854.....	278
Elogio de la hermana Martina Gomez, que murió el día 4 de Noviembre de 1854.....	281

Elogio de la Madre Eulalia Sanchez, que murió el dia 10 de Noviembre de 1855.....	291
Elogio de la Madre Francisca Perera, que murió el dia 24 de Noviembre de 1856.....	292
Breve relacion de la vida y virtudes de la Madre Castora Gomez, que falleció el dia 18 de Febrero de 1858.....	293
Práctica de la devocion al divino Corazon de Jesus, que compuso la Madre Castora Gomez.....	326
Elogio de la hermana Eusebia Escudero, que murió el dia 22 de Agosto de 1858.....	330
Elogio de la hermana Práxedes Ibañez, que murió el dia 21 de Julio de 1859.....	331
Elogio de la Madre María Juana Elizalde, que murió el dia 31 de Julio de 1859.....	332
Elogio de la hermana Narcisa Ibañez, que murió el dia 6 de Enero de 1860.....	334
Elogio de la hermana Cipriana Anchorena, que murió el dia 29 de Mayo de 1860.....	336
Elogio de la hermana María Ana Ferrandis, que murió el dia 4 de Noviembre de 1860.....	338
Elogio de la hermana Josefa Fernandez, que murió el dia 5 de Mayo de 1862.....	343
Elogio de la hermana María Jesus Sarasa, que murió el dia 21 de Mayo de 1862.....	347
Elogio de la hermana Rosario Begar, que murió el dia 7 de Octubre de 1863.....	348
Descubrimiento del cuerpo incorrupto de la Madre Francisca de Agreda.....	349
Reseña del expediente instruido con motivo de la invencion del cuerpo entero é incorrupto de la Madre Francisca Agreda, religiosa del convento de la Enseñanza de la ciudad de Tudela.....	350
Vida de la Madre Francisca de Agreda, religiosa de la Compañía de Nuestra Señora de la Enseñanza de Tudela, escrita por las Madres de la comunidad.....	353
Relacion de la muerte de la Madre Justa Roux y hermanas María Pardo y Sotera Campuzano.....	366
Elogio de la Madre Justa Roux, que murió el 12 de Mayo de 1865...	368
Elogio de la hermana María Pardo.....	371
Elogio de la hermana Sotera Campuzano.....	382
Elogio de la hermana Teresa Antonia Arocena, que murió el dia 26 de Mayo de 1867.....	387
Elogio de la hermana Angela Otal, que murió el 23 de Junio de 1867.	392
Elogio de la Madre Dolores Uguet, que murió el dia 25 de Diciembre de 1874.....	405
Elogio de la hermana Juana Milagro, que murió el dia 25 de Agosto de 1869.....	411
Elogio de la hermana Micaela Mena, que murió el dia 4 de Setiembre de 1869.....	413

Elogio de la hermana Isabel García, que murió el día 26 de Diciembre de 1869.....	414
Elogio de la hermana Gabina Palacios, que murió el día 4 de Noviembre de 1871.....	419
Elogio de la hermana Francisca Ignacia Aguirreche, que murió el día 21 de Enero de 1872.....	423
Elogio de la hermana Tomasa Gil, que murió el día 11 de Abril de 1872.....	429
Elogio de la hermana Francisca Pujador, que murió el día 22 de Marzo de 1874.....	431
Elogio de la hermana Concepcion Paez, que murió el día 25 de Marzo de 1874.....	435
Elogio de la Madre María Blasa Hurtado de Amézaga, que murió el día 21 de Mayo de 1874.....	438
Elogio de la hermana Celestina Lizaso, que murió el día 31 de Mayo de 1874.....	442
Elogio de la Madre Ezequiela Echevarría, que murió el día 20 de Setiembre de 1874.....	446





CEU

Biblioteca

B. Díez del Corral



FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



15057636

NOTRE-DAME DE DÉLIVRANCE



O BON ET TRÈS DOUX JÉSUS !
je me prosterne à genoux en
votre présence : je vous prie
et vous conjure avec toute la
ferveur de mon âme, de dai-
gner graver dans mon cœur
de vifs sentiments de foi, d'es-
pérance et de charité, un vrai
repentir de mes égarements
et une volonté très ferme de
m'en corriger, pendant que
je considère en moi-même et
que je contemple en esprit vos
cinq plaies avec une grande
affection et une grande dou-
leur ayant devant les yeux
ces paroles prophétiques que
David prononçait déjà de vous
ô mon JÉSUS :
ILS ONT PLAIE À VOS BRAS & VOS PIEDS
ILS ONT COMPTÉ TOUTES VOS OS.

Indulgence
plénière ap-
plicable aux
Âmes du
Purgatoire.

ŒUVRE EXPIATOIRE
pour la délivrance des âmes délaissées

MONTLIGEON (ORNE) FRANCE

OBRA EXPIATORIA

ASOCIACION

PARA EL

Rescate de las Almas Abandonadas del Purgatorio

ESTATUTOS

ARTICULO 1º — Esta ASOCIACION está establecida en la Iglesia de LA CHAPELLE-MONTLIGEON, con el beneplácito de Monseñor TREGARO, Obispo de Séez.

ART. 2º — Se dicen siete misas semanales, para el alivio de las almas más abandonadas del Purgatorio, y tres al mes, para los Sacerdotes difuntos que se hallan en el mismo caso. (*Estas misas son de fundacion perpetua. Ascienden proxivamente á mil, las que se celebran actualmente cada semana*).

ART. 3º — Dichas misas se celebran con el producto de las ofrendas y cotizaciones que recibe la asociacion para este fin.

ART. 4º — La cotizacion prescrita, para participar durante un año del beneficio de todas las misas, es de *cinco centimos*. La suscripcion perpetua, cuesta *cinco pesetas*.

ART. 5º — Toda persona que reuna veinte cotizaciones ó haga la ofrenda de *una peseta*, tendrá derecho al título de Bienhechora de la Obra, y recibirá una estampa de Nuestra Señora de Montligeon.

ART. 6º — Los nombres de todos los Asociados están inscritos en un registro especial de la Obra.

Visto y aprobado por Nos,

† FR.-MARIE, Obispo de Séez.

Séez, 3 de Octubre de 1884.

Ha sido recibido miembro de esta Asociacion.

SEGUNDO GRADO: DECENA DEL ROSARIO



X.—QUINTO MISTERIO DOLOROSO

La Crucifixion del Hijo de Dios

FRUTO: *El amor de Jesus.*

TERCER GRADO: COMUNION REPARADORA

Semanal: El (Indulg. plen.)

Mensual: El dia del patrono de mes. (Indulg. plen.)

General: El dia 16 á las (Indulg. plen.)

Ejercicios de la tarde: El dia á las

Oficio del Corazon de Jesus. I.—EL PROMOTOR

Sr. D.

Cel. del coro D.

calle

APOSTOLADO DE LA ORACION

PRIMER GRADO

INTENCION GENERAL PARA SETIEMBRE

Las Iglesias de Oriente.

ORACION COTIDIANA PARA ESTE MES

¡Oh Jesus mio! por medio del Corazon immaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente dia, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazon.

Os las ofrezco en especial, para que las iglesias de Oriente, tan amadas de vuestro Corazon Sagrado, unidas á la Cátedra de Pedro, formen un solo rebaño con un solo Pastor.

PROPÓSITO

Rogar á Dios y dar alguna limosna por la union de nuestros hermanos de Oriente á la Iglesia Romana.

PATRONO DE MES

Lunes, 10 de Setiembre.—San Nicolás de Tolentino, cf.—Devocion á las almas del Purgatorio.

Máxima. «Las almas del Purgatorio son las más necesitadas, y serán las más agradecidas; muévate á socorrerlas la compasion y tambien el interés.»

(*Santa Brígida.*)

